



OBRAS COMPLETAS XI

SAN VICENTE
DE PAUL

conferencias / 3
1632/1659

sígueme



VICENTE DE PAÚL

OBRAS
COMPLETAS

TOMO XI / 3

VICENTE DE PAÚL

OBRAS
COMPLETAS

SAN VICENTE DE PAÚL

TOMO XI. CONFERENCIAS 3

Conferencias a los Misioneros

1632 -1659

Trad. de A. Ortiz sobre la edición crítica de P. Coste.
Ediciones Sígueme – Salamanca : 1974. 2 Vol.
[Adquiridos todos los derechos por Editorial CEME, en 1982]*

* Las cifras entre corchetes indican el número del documento en la edición francesa de Coste, el tomo y las páginas. Siendo la base de la traducción española la edición de André Dodin: *Entretiens spirituels aux missionnaires, Paris , Du Seuil, 1960*, el orden de la edición de Coste es alterado. (N. del E.)



CONFERENCIAS

1 [83,XI, 100-102]*.

CONSEJOS EN EL RETIRO ANUAL DE 1632

Serie de recomendaciones dadas por san Vicente sobre la vida de piedad, la vida de comunidad y el trabajo de las misiones.

Entregarse enteramente a Dios para servirle en la vocación a la que ha querido llamarnos.

Estimar mucho nuestra vocación y apreciarla más que a todas las demás vocaciones del mundo, llenándonos de confusión si no la apreciamos debidamente, al ver cómo los extraños la tienen en tan gran estima y cómo nos solicitan desde varios lugares.

Tener mucho afecto a todos los reglamentos, mirándolos como medios que Dios nos presenta para perfeccionarnos en nuestra vocación. Hacer firmes propósitos y resoluciones sólidas de guardarlos puntualmente. Si hay algunos que quizás vayan contra nuestros sentimientos, procurar vencernos con ello y mortificarnos. Y sobre todo tener cuidado de no demostrar en modo alguno a los demás nuestra aversión.

Buscar una tierna y cordial amistad con todos los de la casa; si por ventura le tenemos antipatía a alguien, no decirselo a na-

* La cifra entre corchetes indica el número correspondiente a la conferencia en edición francesa de Coste, el tomo y la página. Los números de las conferencias en español coinciden exactamente con los de la edición Dodin. N. del E.

Conferencia 1. — Bibl. municip. de Bordeaux, ms. 803, p. 17-23.

El autor del manuscrito formaba parte de la Congregación de la Misión en 1665 (cfr. *ibid.*, p. 1).

Hay otra copia del siglo XVII en los Archives departamentales de l'Aube. 5.G.39.

die más que al superior, e intentar con toda clase de medios vencerse en esto.

Todos los que sean nombrados superiores para las misiones han de procurar seriamente que se observen con exactitud los reglamentos.

Demostrar un gran respeto a todos los que nos pongan por superiores y manifestar que estamos contentos de que nos manden y nos reprendan por nuestras faltas.

Respetarnos mucho los unos a los otros; aunque en las recreaciones hemos de portarnos alegremente, es preciso ser respetuosos; para ello, es muy conveniente no tocarse, ni tutearse, ni hablar en latín corrompido, que se presta a decir tonterías

No enfadarse nunca ni reprender a los demás públicamente, sobre todo en materia de predicación, catecismo y confesiones.

No hablar nunca con los otros de las faltas o imperfecciones que hayamos observado en alguno; si se cree que la corrección puede ser de provecho, hacerla en secreto a la persona que ha faltado, con toda la caridad y mansedumbre que sea posible; y si la cosa es importante, avisar al superior.

Es muy conveniente no alabar a nadie más que muy raramente y con prudencia, al menos en presencia de él.

Tener grandes deseos de llegar a la perfección; para ello, incitarnos mutuamente en nuestras conversaciones, alabando siempre la virtud y la mortificación. Si sentimos antipatía de alguien, nos contentaremos con decírselo al superior o director; y sobre todo no hablar nunca de ello con los demás, ni en público ni en particular, y mucho menos despreciar la virtud de los que la practican.

Ser muy mortificados y hacernos indiferentes en todo, sobre todo en lo que se refiere a la comida, cama y vestido; si se tiene necesidad de algo, le podremos avisar a quien se cuida de ello, y éste al superior. Nunca hay que hablar de si se come bien o mal, de si uno tiene buena o mala habitación, de si está bien o mal vestido.

Observar inviolablemente en las misiones todo lo siguiente: 1.º levantarse a las cuatro y acostarse a las nueve; 2.º hacer la oración; 3.º rezar el oficio con los demás; 4.º ir a la iglesia y salir de ella con los demás; 5.º decir la misa por turno; 6.º no

salir de la iglesia sin permiso, diciéndole el motivo al superior; 7.º tener lectura durante la comida; 8.º tener capítulo todos los viernes; 9.º no hablar nunca en público de la confesión ni proponer ningún caso de conciencia sobre ella, sin haber hablado antes con el superior.

Cuando se presente alguna diferencia que resolver o haya alguna dificultad especial, no hacer nada sin habérselo comunicado antes al superior, para hacer lo que a él le parezca.

Cuando se le pida algo al superior, estar preparado para la negativa y aceptarla con agrado cuando nos la dé; guardarse de murmurar o de mostrar algún resentimiento, y no decir que en adelante ya no le pediremos nada.

2 [84,XI,103-104].

CONSEJOS DURANTE EL RETIRO ANUAL DE 1635

Otra serie de consejos, como la anterior, sobre la piedad, la vida de comunidad y las reglas y métodos de trabajo en las misiones.

Someterse con gusto e indiferentemente a todos los superiores que nos asignen, sobre todo en las misiones.

Honrar la pobreza de vida de nuestro Señor; contentarse con lo que disponga el superior; no quejarse nunca de ello ni mucho menos admitir conversaciones sobre ese punto.

Evitar como una peste de la comunidad toda clase de alianzas, partidismos y amistades particulares.

No hablar nunca de la dirección de los asuntos de la casa ni de la de los particulares.

Estimar los reglamentos y ser fieles en su cumplimiento.

No omitir nunca en las misiones la lectura en la mesa, ni en todo ni en parte, ni siquiera después de haber terminado y clausurado la misión.

Conferencia 2. — Bibl. municip. de Bordeaux, ms. 803, p. 24-27. Archives départementales de l'Aube, 5.G.39.

No hablar de las predicaciones, catecismos o confesiones para alabar o criticar a nadie, por haber tenido en ellos algún éxito o fracaso.

No intentar establecerse en los espíritus, evitando para ello las visitas y el trato con las personas de calidad, ni buscando que nos escriban, a no ser por asuntos de la Caridad o para el mantenimiento de la juventud en la devoción.

No emprender ninguna avenencia difícil, o que pida algún tiempo, sin órdenes del superior.

Demostrar mucho honor y respeto a los señores párrocos y vicarios de los lugares adonde vayamos; no emprender nada contra su gusto, ni incluso sin habérselo dicho, sobre todo en las cosas importantes, como son la fundación de la Caridad, la comunión de los niños, la procesión y las avenencia de importancia, sin su aprobación.

No ir nunca a comer a casa de otros durante la misión, ni tampoco fuera de ella, a no ser por gran necesidad y con el permiso del superior.

No convidar ni admitir nunca a nadie en nuestra mesa durante la misión, a no ser a los señores párrocos, y ello muy pocas veces.

No recibir ningún regalo de nadie, por pequeño o grande que pueda ser.

No comentar las dificultades que se presenten para resolver, sino hablar de ello con el superior, el cual se conformará en esto con las normas de la Misión y según Dios le inspire.

Huir de las pompas y de la aparatosidad extraordinaria en las procesiones y comuniones de la juventud.

Sufrir de buen grado que nos quiten las predicaciones y catecismos que hubiéramos comenzado en una misión, para que hablen otros en nuestro lugar; e incluso, en el pequeño catecismo, dejar que nos interrumpen y que otro ocupe nuestro sitio, si le parece bien al superior.

Cuando haya que confesar a mujeres o señoritas, acercarse a ellas lo menos posible y, para ello, hacer que se retiren todos los que estén alrededor. Además del cuidado que cada uno tendrá que tener en este punto, el superior irá de vez en cuando a ver si lo observan y poner orden en ello.

Amonestarse caritativa y humildemente los unos a los otros de las faltas que se hayan observado. Y que esta práctica se mantenga en vigor y florezca entre nosotros.

3 [85,XI,105-107].

CAPITULO DEL 29 DE OCTUBRE DE 1638

Respeto debido al señor prior. Avisos en el capítulo. Condescendencia con los ejercitantes. Puntualidad. Guardar secreto sobre lo que se diga en el capítulo. Huir del espíritu de murmuración.

A propósito de la acusación de un hermano por haber hablado con cierta insolencia al señor prior ¹, el padre Vicente dijo que esta falta extrema (así la llamó) no había sido la única y que seguramente la habrían precedido otras muchas faltas de respeto y palabras irreverentes a los de casa, antes de llegar a esos extremos. Le dio mucha importancia a esa falta, añadiendo que debíamos considerar al señor prior como a nuestro padre.

Al acusarse otro de haber dado ciertos avisos en algunas cosas que le interesaban, el padre Vicente dijo primeramente que eso era una buena señal; el que da avisos es porque desea avanzar en la virtud, y que eso era una virtud, pero que la virtud consiste en el medio, ya que los dos extremos son viciosos. Dijo que había observado que, si había espíritus discordes, rebeldes y poco mortificados en una comunidad, eran precisamente los que nunca daban avisos, por miedo a recibirlos también ellos. Dijo también que era peligroso avisar de demasiadas cosas; para ello, dio la norma de que no se avisara nunca a una persona más de dos veces y que incluso no se hiciera la segunda advertencia sin haberlo madurado antes seriamente y sin haber hecho un amplio examen de la acción o de la cosa que se quería avisar. Para examinar esa amonestación y hacerla legítimamente, dijo que había que observar estas circunstancias: 1.º si había antipatía, y si esa antipatía era quizás la causa del aviso que damos; 2.º si tenemos

Conferencia 3. — Recueil de diverses exhortations, p. 1.

1 Adriano Le Bon.

o no interés en esa cosa; 3.º ver si es una falta verdadera, y si es de cosas poco importantes, asegurarse de si no lo habrán hecho por precipitación; si sólo lo han hecho una o dos veces, no decirles nada: no hay ningún santo, por muy grande que sea, que no cometa alguna falta; 4.º ver si no se trata de un movimiento de desquite, para replicar a nuestro hermano por alguna amonestación que él nos haya hecho. Dijo también que a veces no había que amonestar a uno por tener cara triste, pues puede ser que no sea más que recogimiento lo que a nosotros nos parece tristeza.

Dijo además que deberíamos tener cuidado de no mentir, cuando le decimos a nuestro hermano que le avisamos por espíritu de humildad y de caridad, pues puede suceder que falte alguna de esas cuatro condiciones. Pues bien, amonestar con espíritu de humildad y de caridad, es juzgarse más criminal que aquel a quien acusamos, o contra el que damos testimonio advirtiéndole sus faltas, y hacerlo con el deseo de mirar por su perfección.

A propósito de uno que se acusó de haber despedido a un ejercitante para otro día distinto de aquel en que había deseado empezar sus ejercicios, con el pretexto de que ya había demasiados, el padre Vicente dijo que había que honrar la gran bondad de nuestro Señor, que acogía a todos los penitentes en cualquier tiempo que se presentasen.

Dijo que era una santa *falta de educación* el dejar una compañía cuando la campana nos llamaba a algún ejercicio, de cualquier calidad que fueran las personas con las que entonces tratásemos.

El padre Vicente recomendó que no se hablase, ni dentro ni fuera, de lo que se había dicho en el capítulo, aunque antiguamente lo hicieran los primeros cristianos, declarando públicamente sus faltas. Pero después de que, por desgracia, surgió algún escándalo por ello, se ordenó que todos se confesasen en privado a oídos del confesor; y dijo que la forma de vivir en comunidad era la imagen de la forma de vida de los primeros cristianos que, para ser recibidos en la iglesia, dejaban sus bienes y los traían a los pies de los apóstoles. Dijo además que había que guardarse del espíritu de murmuración, totalmente contrario al de la caridad, que ata entre sí a los corazones con el afecto de

la cordialidad, y que ese espíritu había sido la causa de todo el desorden que nos había traído el pecado de Adán.

4 [86,XI, 107-109].

CONFERENCIA DEL 29 DE OCTUBRE DE 1638

SOBRE LA PERSEVERANCIA EN LA VOCACIÓN

El padre Vicente indica los motivos para afirmarse en la vocación, junto con los medios para conseguir este fin.

1.º Es Dios es el que nos ha llamado y el que desde toda la eternidad nos ha destinado para ser misioneros, no habiéndonos hecho nacer ni cien años antes ni cien años después, sino precisamente en el tiempo de la institución de esta obra; por consiguiente, no hemos de buscar ni esperar descanso, contentamiento ni bendiciones más que en la Misión, ya que es allí donde Dios nos quiere, dejando desde luego por sentado que nuestra vocación es buena, que no está basada en el interés ni en el deseo de evitar las incomodidades de la vida, ni en cualquier clase de respeto humano.

2.º Nosotros somos los primeros llamados. Se dice que son los primeros de una congregación aquellos que entran en ella durante el primer período de su fundación, que es ordinariamente de cien años. Así pues, si somos nosotros los primeros elegidos para devolver al aprisco a las ovejas extraviadas, ¿qué pasará si huimos? ¿dónde creemos que podremos refugiarnos? *Quo ibo a spiritu tuo et quo a facie tua fugiam?*¹. Si un rey hubiera escogido a algunos soldados entre los demás para que dieran el primer asalto, ¿no sería este honor para ellos un poderoso motivo para superar todo deseo de huir?

3.º En esta vocación vivimos de modo muy conforme a nuestro Señor Jesucristo que, al parecer, cuando vino a este mundo, escogió como principal tarea la de asistir y cuidar a los po-

Conferencia 4. — Recueil de diverses exhortations, p. 3.

1. Sal 138,7.

bres. *Misit me evangelizare pauperibus* ², y si se le pregunta a nuestro Señor: «¿Qué es lo que has venido a hacer en la tierra?» — «A asistir a los pobres» — «¿A algo más?» — «A asistir a los pobres», etc. En su compañía no tenía más que a pobres y se detenía poco en las ciudades, conversando casi siempre con los aldeanos, e instruyéndolos. ¿No nos sentiremos felices nosotros por estar en la Misión con el mismo fin que comprometió a Dios a hacerse hombre? Y si se le preguntase a un misionero, ¿no sería para él un gran honor decir como nuestro Señor: *Misit me evangelizare pauperibus*? Yo estoy aquí para catequizar, instruir, confesar, asistir a los pobres. Y ¿qué es lo que supone esta forma de vivir como nuestro Señor, más que nuestra predestinación? *Nam quos praescivit et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui* ³. si abandonamos nuestra vocación, hay motivos para creer que es la carne o el diablo lo que nos aparta de ella. ¿Acaso les obedeceremos? Si Dios nos ha llamado a esta vida, no será él seguramente el que nos quiera separar de la misma. Dios no se contradice. Sin embargo, no conocemos los secretos de Dios y no queremos juzgar a nadie, aunque siempre diremos que esa retirada es sospechosa y dudosa.

Medios. — 1.º Hay que pedirle a Dios esa confirmación o firmeza en nuestra vocación; se trata de un don de Dios.

2.º Hay que sentir mucha estima de nuestra vocación.

3.º Guardar puntualmente todos los reglamentos de la casa, pues, aunque haya pocos, no hay ni uno solo que no sea importante.

4.º No permitir que se hable ni contra los superiores ni contra las maneras de obrar o de gobernar la casa.

5.º Vivir juntos con mucha caridad y cordialidad.

Para animar a los hermanos coadjutores en su vocación añadió que ellos llevaban, lo mismo que los sacerdotes, una vida conforme con la de nuestro Señor y que imitaban la vida oculta de Jesucristo, durante la cual él se ocupó en faenas corporales, trabajando en el taller de un carpintero y en casa como un criado; de esta forma ellos imitaban una vida de treinta años. mien-

2 Lc 4,18.

3 Rom 8,29.

tras que los sacerdotes, en sus funciones, sólo imitaban una de tres años y medio; que ellos honraban la vida de siervo de nuestro Señor, y los padres su sacerdocio; de este modo, la conformidad con nuestro Señor se encontraba en ambas vocaciones; por lo demás, gracias a la unión que hay entre los miembros de un mismo cuerpo, lo que un miembro hace es también obra de todos los demás; por eso, los hermanos confiesan con los confesores, predicán con los predicadores, evangelizan a los pobres con los sacerdotes misioneros que los evangelizan y, por tanto, viven en esa conformidad con nuestro Señor Jesucristo.

5 [87,XI, 110-112].

CAPÍTULO DEL 17 DE DICIEMBRE DE 1638

Suspiros y gemidos proferidos durante los ejercicios de piedad. No avisar en el capítulo de cosas buenas en sí, a no ser que haya habido excesos. No invitar sin permiso a los extraños a comer en el refectorio. Rezar para conocer nuestros defectos.

Habiéndose acusado un hermano de verse inclinado a lanzar suspiros, el padre Vicente dijo que los suspiros provenían de tres o cuatro causas; hay suspiros que provienen de un movimiento del Espíritu Santo por la santa compunción que inspira al alma ante la visión de sus faltas, del infierno, del cielo, etc., y éstos no hay que reprobarlos; otros provienen de cierta enfermedad del bazo, que él llamó flatulencia; otros provienen de algún hábito contraído por suspiros producidos en el calor y fervor de la oración y devoción; otros promueven adrede estos suspiros para excitarse a la piedad. Añadió que se podía avisar y acusarse de los suspiros de estas tres últimas clases en el capítulo, pero siempre después de haber tratado de ello con el superior; y además, que no se hiciera esto más que cuando el que los produce lo hace con demasiada frecuencia.

Dijo además que se podía invitar y excitar a los demás a decir alguna cosa edificante; y esto a propósito de una amonesta-

Conferencia 5. — Recueil de diverses exhortations, p. 5.

ción que se hizo de que un hermano decía al llegar otro hermano: «¡He aquí a nuestro hermano N. que nos dirá alguna cosa buena!»; y añadió que el saludo ordinario de los antiguos padres del desierto y de los primeros cristianos, era decirse unos a otros: *Dic nobis verbum aedificationis*. Puso como norma que no se hiciesen amonestaciones sobre cosas que eran sustancialmente buenas, a no ser por su cantidad de exceso, su excesiva frecuencia o por ser fuera de propósito.

Al acusarse uno de haberse tomado la libertad de dar de comer a un extraño en el refectorio por su autoridad privada, el padre Vicente comentó esta falta y dijo que quería ir quitando poco a poco este abuso, que se había introducido en la comunidad, de convidar y dar de comer tan fácilmente a los extraños en la casa, y que esto no se practicaba en ninguna casa religiosa ni particular; que no había costumbre de ello y que esta gran facilidad les había dado a algunos extraños el atrevimiento de meterse ellos mismos en el refectorio, y luego se habían burlado; las rentas, nos dijo, no han sido donadas por los fundadores para este fin y, ya que nosotros no somos más que los administradores, hemos de dar cuenta a Dios. Dijo que un hijo se cuidaría mucho de invitar a nadie a comer y a beber sin haber pedido y obtenido el permiso de su padre; que era presumir de amos introducir a los extraños con tanto atrevimiento e inconsideración e indicó algunas razones por las que creía que las demás comunidades no toleraban semejante abuso.

La primera, que estar así, fuera de hora, en el refectorio, con cualquier pretexto, para hacer que comieran allí otros, era convertirlo en una fonda, y esto es escandaloso. La segunda, que esto molesta a los encargados, que tienen otras cosas que hacer y se ven obligados a dejarlas para atender a los que se presentan. La tercera que, como están reguladas las porciones y su número, a veces no hay nada preparado y hay que retirar de la comida de la comunidad para esas personas.

El padre Vicente concluyó diciendo que había que acabar con aquella costumbre, que no debería haberse introducido y que se había mantenido por abusar de la facilidad de los superiores o por la propia temeridad de los de casa.

Dijo que, cuandouviésemos ganas de conocer nuestros defectos para corregirnos de ellos, nos dirigiésemos interiormente

a la corte celestial, pidiéndole a nuestro señor Jesucristo, a su santa madre, a nuestro ángel de la guarda, a nuestros patrones, que nos avisasen de nuestras faltas; y añadió que esta práctica era excelente y sería muy eficaz.

6 [88,XI, 112-113].

CAPÍTULO DEL 19 DE ENERO DE 1642

Dios mide sus gracias por las necesidades de cada uno. Lectura diaria de un capítulo del Nuevo Testamento.

Dios nos concede sus gracias según las necesidades que de ellas tenemos. Dios es una fuente de la que cada uno saca el agua según sus necesidades. Como una persona que necesita seis cubos de agua, saca seis; si necesita tres, tres; un pájaro que sólo necesita un sorbo, no hace más que sorber; un peregrino en el hueco de su mano saca para saciar su sed: lo mismo pasa con nosotros cuando acudimos a Dios.

Hemos de tener mucho interés en ser fieles a la lectura del capítulo del Nuevo Testamento, haciendo al comenzar los actos: 1.º de adoración, adorando la palabra de Dios y su verdad; 2.º entrar en los sentimientos con que las pronunció nuestro Señor y aceptar esas verdades; 3.º resolverse a la práctica de esas mismas verdades. Por ejemplo, cuando lea: «Bienaventurados los pobres de espíritu»¹ me resolveré y me entregaré a Dios para practicar esa verdad en tal y tal ocasión. Lo mismo cuando lea: «Bienaventurados los mansos»², me entregaré a Dios para practicar la mansedumbre. Sobre todo hay que evitar leerlo por estudio, diciendo: «Este trozo me servirá para tal predicación», sino leerlo sólo para nuestro provecho espiritual. No hay que desanimarse si, después de haberlo leído varias veces durante un mes, dos meses, seis meses, no se siente uno tocado. Llegará alguna ocasión en que tengamos una pequeña luz, otro día tendremos otra mayor, y otra todavía mayor cuando la necesitemos.

Conferencia 6. — Recueil de diverses exhortations. p. 7.

1 Mt 5,3.

2 Mt 5,4.

Una sola palabra es capaz de convertirnos: sólo basta una, como sólo una le bastó a san Antonio.

7 [89, XI, 113-114]

CONFERENCIA DEL 19 DE FEBRERO DE 1642

No extrañarse de las pruebas que Dios envía. Hay que romper con nuestros apegos.

El padre Vicente dijo que no había que extrañarse de verse uno en situaciones deplorables de desconfianza, de pensamientos horribles y abominables, ya que esas situaciones no provienen de nosotros mismos; Dios las permite para probarnos; por lo demás, esas situaciones pasarán: *Numquam in eodem statu permanet* ¹ Refirió a este propósito el ejemplo de la señora de Chantal, que se creía siempre en una situación deplorable, de forma que sólo veía abominaciones en su alma y no se atrevía a fijarse en sus acciones, para no ver en ellas tantos defectos o de vanidad, o de respeto humano, o de satisfacción propia, etcétera.

Dijo también que había que estar en continua mortificación, sobre todo el misionero; que había que cortar, sajar, romper, deshacerse de todos los apegos que pudiera uno tener a sus cosas, incluso a ciertas oraciones; que esto era una idolatría para con unos objetos privados. Refirió el ejemplo de un gentil hombre muy valiente ². Un día, al examinarse para ver si sentía algún apego, se preguntó si lo tenía a sus amigos, a su sombrero, y así a las demás cosas, a las que se dio cuenta que no tenía ningún apego y estaba dispuesto a dejarlas de buena gana por Dios. Cuando se examinó sobre su espada, con la que se había portado tan valientemente, sintió que estaba pegado a ella, y para deshacerse de ese afecto, la tomó, la golpeó contra una piedra, la partió en dos, y ya no se sirvió nunca de ella, abando-

Conferencia 7. — Recueil de diverses exhortations, p. 7.

¹ Job 14,2.

² El. conde de Rougemont.

nándose por entero a la providencia de Dios y confiando en su santa misericordia.

8 [90, XI, 114-115]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 18 DE MARZO DE 1642

SOBRE LA HUMILDAD

El padre Vicente recomienda la humildad individual y colectiva.

El padre Vicente dijo que, si algo teníamos que pedir para la compañía, era la obediencia y la humildad; que era preferible ponerse a llorar cuando se nos aplaude, ya que nuestro Señor ha dicho: *Vae vobis, cum benedixerint vobis homines* ¹; que había que escoger siempre la última fila, en nuestro caso particular, con la convicción que hemos de tener de ser el menor de todos; y lo que un particular pensaba de sí mismo, tenía que aplicarlo a la compañía, creyendo que es la más pequeña en la iglesia de Dios, la peor de todas y que, si ella no tenía estos sentimientos, Dios le retiraría sus gracias; que sería un loco si se imaginase que era ella la compañía que había profetizado san Vicente Ferrer, que en los últimos tiempos aparecería una compañía de sacerdotes que sería de gran provecho a la iglesia de Dios.

Dijo que había que amar el desprecio y la confusión por no tener éxito en las predicaciones, en los cargos, que había que huir como del fuego cuando viésemos que tienen para con nosotros sentimientos de honor y de respeto; para ello, mandó que quitaran el paño mortuorio de terciopelo que estaba sobre el cuerpo de nuestro hermano Le Boeuf ², diciendo que esto era una representación del fasto del mundo.

Conferencia 8. — Recueil de diverses exhortations, p. 8.

¹ Lc 6,26.

² Eloy Le Boeuf, nacido en Roye (Somme) entró en la C. M. el 24 de septiembre de 1641. a la edad de 19 años

9 [91, XI, 115-116]

CONFERENCIA DEL 21 DE MARZO DE 1642

SOBRE LA SOBRIEDAD Y EL SILENCIO EN LA MESA

El padre Vicente recomienda la sobriedad e insiste en el silencio que hay que guardar en el refectorio

El padre Vicente habló con insistencia de las ventajas de la sobriedad y de aguar bien el vino; que era sensualidad obrar de otra manera y que la compañía había recibido un grave escándalo por cierto desorden causado por un misionero que se emborrachó; que aquello había sido un hecho cierto y que Dios permitía esas faltas para ponernos en guardia y señalarnos que hay muchas faltas en la compañía.

Aquel mismo día habló con la misma vehemencia contra los que hablaban en la mesa durante la lectura, y repitió varias veces estas palabras: «¡Hablar en la mesa durante la lectura!», hasta quince o veinte veces. ¡Resulta que, por imitar a esta compañía, muchos buenos eclesiásticos se hacen leer durante las comidas y escuchan con avidez esa lectura, mientras que nosotros caemos en este defecto, y esto en el mismo nacimiento de la compañía! ¡Ay! ¡Que estas faltas se den al comienzo de la compañía!

10 [92, XI, 116]

CONFERENCIA DEL 22 DE MARZO DE 1642

SOBRE LAS VIRTUDES TEOLOGALES

El P. Vicente recomienda la práctica de las virtudes teologales.

Dijo el padre Vicente que es preciso que las virtudes teologales sean las primeras que se impriman en nuestros corazones;

Conferencia 9. — Recueil de diverses exhortations, p. 9.

Conferencia 10. — Recueil de diverses exhortations, p. 9.

hay que comenzar con la fe, sin que admitamos nunca en nuestro ánimo ningún razonamiento contrario a esta virtud, contrario a la sagrada Escritura, contrario al sentido de explicación de la iglesia. Dijo luego que hay que tener mucha confianza en Dios, desconfianza de nosotros mismos y mucho amor a Dios; y a este propósito refirió el ejemplo de un gentilhomme que había sido antes libertino y que ahora está tan lleno de amor de Dios, que no puede hacer más que amarle; el amor de Dios tiene tanto atractivo sobre su espíritu que se puede decir en cierto modo que las almas condenadas y los demonios no tienen tanto odio a Dios como amor le tiene este gentilhomme.

11 [93,XI, 117-119]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 26 DE JUNIO DE 1642

Muerte edificante de la condesa de Saint-Paul. Se humilla el padre Vicente. Trabajos de los misioneros de Annecy

Carta de un misionero a uno de sus hermanos

Padre:

He creído que era mi obligación comunicarle los buenos consejos que nuestro bondadoso y veneradísimo padre nos ha dado esta mañana en la repetición de la oración a propósito de nuestros hermanos de Annecy. Nos decía que el padre..., con otro de la compañía y tres del seminario daban una misión con mucho fruto; por otra parte, que el padre..., con otro de la comunidad, estaban ocupados en otra misión, y que los padres Tholard y Bourdet (hermano del que usted conoce) se habían quedado en casa haciendo ambos la última ordenación con gran fruto. Nos ha hecho admirar la bondad de Dios con estos dos últimos, y sobre todo con el padre Bourdet, que mientras estuvo aquí no logró tener éxito en las ocupaciones exteriores; muchos creían que no tenía suficiente sentido común y tenían miedo incluso de que tuviera que repetir su oración; incluso el padre de

Conferencia 11. — Recueil de diverses exhortations, p. 10.

la Salle, o algún otro, habían propuesto muchas veces que se le despidiese; por lo demás, era muy espiritual y obediente. Yo he tenido la dicha de verlo algún tiempo en el seminario y me ha parecido tal como nuestro padre lo describía; sin embargo, ahí está ahora, nos decía, dirigiendo a los ordenandos, que en esta ocasión eran nada menos que 39, y en aquel país los ordenandos tienen más talento y prudencia que por aquí.

Estos son los temas de sorpresa y admiración que nuestro buen padre nos proponía hoy. Luego nos exhortó a tener mucha confianza en Dios, que siempre se ha complacido en hacer maravillas por medio de las cosas pequeñas, y añadió que por eso teníamos que esforzarnos mucho en la humildad y en la obediencia. Pero lo que más me movió a escribirle es que nos dijo que, al leer las cartas que escribieron dichos padres Bourdet y Tholard, se le ocurrió en su corazón venir al seminario a gritarles a todos nuestros hermanos que saliesen para ir a trabajar al campo, que ya tenían bastante ciencia y capacidad, que Dios quería servirse de ellos. Estas son sus palabras: «Vayamos, hermanos míos, vayamos a servir a nuestro buen Amo».

También se le ocurrió la idea de enviar a Roma a los que no tuviesen edad para ser sacerdotes, para obtener de Su Santidad poder ordenarse antes de la edad. No puedo expresarles con cuánta efusión, con qué abundancia del espíritu de Dios decía todo esto, con qué fuego, con qué violencia; solamente puedo decirle que mi corazón se llenó de gozo y de contento; sin embargo, él se lamentaba de que no sentía este movimiento con violencia, porque quizás había cometido algún pecado y Dios le retiraba sus gracias. ¡Ya puede usted pensar que si así se conmovió mi corazón tan duro, cuánto más los de toda la compañía! Nuestros buenos hermanos, a quienes no parecía que iba expresamente dirigido aquel discurso, estaban muy impresionados.

En otra ocasión nos refirió la muerte de la virtuosa condesa de Saint-Paul, que a pesar de haber sido muy hugonote y muy princesa, cuando le llevaron a nuestro Señor, se arrojó del lecho para adorarle y exclamó: «Bien sabéis, Dios mío, que soy indiferente a todo lo que no sea amarle y cumplir tu voluntad y que, por el contrario, estoy decidida y dispuesta a cumplirla por entero». De allí nuestro buen padre sacaba motivos de confusión para nosotros, que somos tan obstinados en resistir a la volun-

tad de Dios, en hacer la nuestra y no condescender con la de los superiores, en no querer ir a la misión, etc. ¡Y una mujer nos da esta lección!

Aquel mismo día, en la misma repetición, al decir uno de nuestros buenos hermanos que se sentía confuso por aprovecharse tan poco de los buenos ejemplos y de tantas maravillas como veía en él, el padre Vicente dejó que pasaran aquellas palabras y después de la repetición dijo: «Hermano mío, entre nosotros existe la práctica de no alabar nunca a nadie en su presencia»; que la verdad era que él era una maravilla, pero una maravilla de malicia, peor que el demonio; que el demonio no había merecido estar en el infierno tanto como él; y añadió que no exageraba nada en esto.

12 [94, XI, 119-120]

CAPÍTULO DEL 27 DE JUNIO DE 1642

Hay que rezar por los superiores.

Carta de un misionero uno de sus hermanos.

Padre:

...Tras la recomendación que nos hizo el padre Vicente a propósito del padre Almerás ¹, dijo que había que rezar mucho a Dios para que le comunicara abundantemente su espíritu a fin de que él pudiera distribuírselo a los demás. Si pudiera hablar el niño que está mamando, pediría que su madre estuviera bien alimentada, para poder él recibir su alimento; lo mismo tiene que ocurrir con los inferiores, ya que los superiores y directores son como los pechos que tienen que alimentar a los demás. Cuando se seca el canal de nuestra casa, nos quedamos sin agua. Por eso hay que pedirle a Dios que no haya obstáculos en los canales, que son los superiores y directores.

Conferencia 12. — Recueil de diverses exhortations, p. 12.

¹ Director del Seminario interno.

SOBRE LA UNIÓN ENTRE LAS CASAS DE LA COMPAÑÍA

Motivos de esta unión, medios para conseguirla. El padre Vicente indica tres medios. No cree conveniente establecer una correspondencia entre las casas.

Carta de un misionero a uno de sus hermanos

Padre:

El tema de la conferencia de esta tarde me ha parecido de tanta importancia para el bien y mantenimiento de la compañía, y tan claras han sido las razones que se han aducido sobre esta materia, que me parecería ir en contra de mi conciencia si no se las comunicase a usted. El tema era la unión entre las casas de la compañía. El primer motivo que se señaló es que todos éramos misioneros y no formábamos más que un cuerpo; lo mismo que hay una relación tan estrecha entre las partes del cuerpo, esa misma unión tiene que haber entre los miembros de una comunidad; unión que tenía que extenderse a la observancia de los mismos reglamentos, de la misma manera de obrar, las mismas prácticas, la misma forma de predicar, de catequizar, de confesar; y que, sobre todo, esta unión tenía que grabarse en los corazones para tener la misma voluntad y los mismos sentimientos.

El segundo motivo es que, por medio de esta unión, se prescinde de esas pequeñas satisfacciones que la naturaleza reclama; como, por ejemplo, desear ir a una casa en vez de a otra para vivir con mayor libertad, ya que en todas se verán las mismas prácticas y observancias.

También se citó la unión de los primeros cristianos, en los que *erat cor unum et anima una*¹, la unión de la iglesia en los sacramentos, en el santo sacrificio y en las ceremonias.

Conferencia 13. — Recueil de diverses exhortations, p. 12.

¹ Hech 4,32.

El segundo punto se refería a los medios para tener esta unión. Esto es lo que dijo nuestro bondadoso y venerado padre, que no habló sobre los motivos. Dijo que el medio principal y mejor era pedírsela a Dios, que era el medio de unión, el padre de la unión, ya que era el que unía los corazones. «Pidámosela, pues», decía.

El segundo medio era inclinar el corazón hacia todos los de la compañía y sentir una gran estima por todos los miembros que la componen.

El tercero, en el que insistió mucho, estas son más o menos sus palabras:

Hay que hablar siempre bien de todas las casas de la compañía y no decir nunca: «Se hace esto, se hace aquello»; no, jamás, ¡que Dios nos guarde! ¡Ay, padres! ¡Quién nos diera el espíritu de nuestra pobre fundadora! ², Yo soy testigo de que no solamente no hablaba nunca mal de nadie, sino que nunca encontraba nada digno de crítica y todo le parecía bien. ¡Ay padres! ¡Quién nos diera esa caridad de encontrarlo todo bien! ¡Quién nos diera esa virtud, incluso de buena educación! La difunta señora esposa del general de las galeras tenía la práctica de no hablar nunca mal de los ausentes; lo sabe el padre Portail, que la conoció tan bien como yo. Yo nunca la oí decir nada en descrédito de los ausentes; por el contrario, era su abogado y desviaba con destreza las conversaciones que tendían a la maledicencia.

¡Qué villano e indigno de un buen espíritu es no encontrar nada bueno! Fijaos cómo casi todo lo que nos parece malo, sólo lo es en nuestra imaginación. No, no, es que nos engañamos. Los que tienen legañas, lo ven todo legñoso; lo mismo pasa con los que se empeñan en criticarlo todo: la pasión les ciega la razón. Veámoslo todo bien; no pongamos nunca la mano en los defectos ajenos; si hemos visto algo malo, olvidémonos de ello, no se lo digamos nunca a los otros, no juzguemos mal las intenciones de nuestros hermanos, de por qué y cómo lo hacen. Estoy poniendo el dedo en la llaga. Me gustaría que entre nosotros se extendiese esa santa práctica: verlo todo bien; que se diga que en la iglesia de Dios hay una compañía que hace profesión de

² La señora de Gondi.

estar muy unida, de no hablar nunca mal de los ausentes, que se diga de la Misión que es una comunidad que nunca encuentra nada que criticar en sus hermanos. La verdad es que yo estimaría esto más que todas las misiones, las predicaciones, las ocupaciones con los ordenandos y todas las demás bendiciones que Dios ha dado a la compañía, tanto más cuanto que en nosotros estaría entonces más impresa la imagen de la santísima Trinidad. Hay compañías en las que hay quienes se desafían a ver quién es más virtuoso. Pues bien, desde hoy todos los miembros de esta compañía acepten este desafío: a ver quién habla mejor y quién defiende más a los ausentes. Si alguno hace lo contrario ante nosotros, échemonos a sus pies. ¡Ay, padres! Si obramos así, ¿quién podrá hacernos daño? ¿Acaso los hombres? Ellos no harán nada. ¿Acaso los demonios? Ellos nada pueden contra la caridad; la caridad les hace huir. ¡Ay padres, quién nos concediera esto! ¡Dios mío, Dios mío! La compañía duraría entonces hasta el fin del mundo. ¡Quiera Jesucristo, el que nos une a todos, derramar hoy en esta conferencia este espíritu sobre la compañía!

En relación con el medio que se ha dicho de escribir y establecer una comunicación epistolar, les pido que por ahora lo deje en la compañía; quiero pensar un poco más en ello. Es cierto, como se ha dicho, que se trata de una santa costumbre y que los padres jesuitas la practican mucho y la tienen como regla; les he preguntado y anteayer hablé con uno de los más antiguos y me dijo que algunos sacaban de ella mucho bien, pero que también surgían a veces graves inconvenientes. La verdad es que hay tres o cuatro a los que Dios les ha dado su bendición para escribir. Todos nosotros nos sentimos emocionados y maravillados por una carta de uno de esta comunidad que escribió a los de Richelieu, que nos inflamó el corazón y nos dio tema para tener una conferencia; hasta tres conferencias tuvimos; pero algo que me ha dicho uno de los antiguos me hace que persista en mi opinión. Les pido que lo dejemos; la compañía no tiene gracia para esto; no conozco más que a dos o tres a los que Dios les haya dado esta bendición.

Por el contrario, he visto otras cartas... Unos escriben con estilo ampuloso, elevado, como diciendo: «Yo sé hacer las cosas»: no es más que vanidad. Otros tienen un estilo afectado, lo

cual es indigno de un sacerdote de la Misión que hace profesión de sencillez. Otros escriben de asuntos mundanos, de bromas; hasta hablan de los defectos con palabras encubiertas; esto es maledicencia. ¡Qué diabólico es todo esto! Así pues, que la compañía se abstenga de ello hasta que lo haya obtenido de Dios. Si alguno siente en su interior deseos de escribir las prácticas de virtud, los frutos de las misiones, las bendiciones que Dios les da, le aconsejo que lo haga en particular. Tal era la práctica de la primitiva iglesia, que instituyó los protonotarios para escribir las acciones heroicas de los mártires, y los obispos enviaban a todas partes esos relatos; se leían, y esto inflamaba el corazón de los cristianos y los unía maravillosamente entre sí. ¡Quiera Dios concedernos esta gracia! ¡Pidámosela, hermanos míos!

Tenía algunos otros medios que proponerles, pero lo haremos en otra ocasión. Los padres jesuitas acostumbran escribir desde el lugar en que están a su superior general para ponerle al tanto de todo lo que pueda acreditar a la compañía; y el superior general escoge lo mejor y lo envía por todas las provincias. Los que tengan afición a escribir, que lo hagan así, pero que sea siempre de cosas que atañen a la piedad.

Esto es, padre, poco más o menos lo que dijo nuestro buen padre o, mejor dicho, lo que dijo Dios hablando por su boca. Sólo nos queda hacer buen uso de ello, sobre todo de este santo desafío lleno de caridad. No dudo de que usted progresará cada vez más en esta santa práctica. También yo quiero entregarme a ella, con la gracia de Dios.

14 [96,XI, 124-125]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 20 DE JULIO DE 1642

Práctica del silencio. Tratar con respeto los papeles en que está escrito el nombre de Dios o de la santísima Virgen.

El padre Vicente nos recomendó, en la repetición de la oración, que hiciéramos nuestras acciones en silencio, sin ruido, sin

Conferencia 14. — Recueil de diverses exhortations, p. 15.

tumulto, sin jaleo, y adujo varias razones: 1.º *Te decet [silentium], Deus, in Sion* ¹: que el silencio agrada a Dios; 2.º por el escándalo que se da al no observarlo. Añadió que una persona piadosa le había dicho que se cerraban las puertas con demasiada rudeza. Al limpiar la vajilla, había que hacerlo en silencio, sin ruido. Conocía una casa, muy distinta de nuestra profesión, donde había 200 personas, pero en la que todos se habían acostumbrado a hablar bajo, y esto porque el dueño había dicho que así lo quería. Le pidió a la compañía que pusiera atención en ello durante un mes y dijo que esa debería ser la primera falta que había que acusar en el capítulo.

Aquel mismo día recomendó que no usasen en ciertos lugares los escritos en donde se hablase del santo nombre de Dios o de la Virgen: 1.º porque ese santo nombre tiene que ser muy venerado y reverenciado; 2.º porque, lo mismo que está prohibido jurar el santo nombre de Dios en vano, tampoco debemos servirnos de él suciamente. Se le ha dicho al pecador: *Quare tu assumis testamentum meum per os tuum* ², y les recomendó a los encargados que lo tuvieran en cuenta.

15 [97,XI,125-126]

CONFERENCIA DEL 5 DE SEPTIEMBRE DE 1642

Buena acogida que se merecen los misioneros al volver del campo.

El padre Vicente recomendó que se recibiese con mucha caridad a los que vuelven del campo y dijo que había que recibirlos como a personas que vuelven de expulsar demonios, de hacer reinar a Jesucristo y hacer triunfar el nombre de Dios. Si se acostumbra recibir en triunfo a los que han ganado una bata-

1 El manuscrito dice: *Tē decet hymnus, Deus, in Sion* (Sal 64,2) pero estas palabras no significan ni mucho menos que a Dios le agrade el silencio; por eso preferimos creer que S. Vicente se expresó en esta repetición lo mismo que en la del 1 de agosto de 1655 (cfr. p. 168).

2 Sal 49,16.

Conferencia 15. — Recueil de diverses exhortations, p. 16.

lla, ¿por qué no a los que acaban de vencer al diablo? Para ello dijo que, cuando regresara alguno de ellos, el portero tocase cinco o seis veces la campana, para llamar al procurador y al que se cuida de los ejercitan-tes, y que acudan enseguida. Al sonido de la campana, ellos deben de-
jarlo todo, a no ser el santo sacrificio de la misa.

16.

CONVERSACIÓN ENTRE RICHELIEU Y
SAN VICENTE
(1638-1642)

Me encargaron un día que le rogase al señor cardenal de Richelieu que asistiese a la pobre Irlanda en tiempos de la guerra de Inglaterra con-
tra su rey.

Al hacerlo así, me dijo: «¡Ay, padre Vicente! ¡El rey tiene demasiados
asuntos para poder atender a ése!».

Le dije que el papa le ayudaría y que le ofrecía 100.000 escudos. Y
me contestó: «Cien mil escudos no son nada para un ejército; se necesi-
tan muchos soldados, mucho equipo, muchas armas y muchos medios
de transporte; el ejército es como una gran máquina que cuesta mucho
mover»

17 [98,XI, 126-128]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN; OCTUBRE DE 1643

SOBRE EL ESTUDIO

*El padre Vicente encomienda a los estudiantes a las oraciones de la com-
pañía; después de exponer los motivos de esta recomendación, indica con
qué espíritu han de entregarse al estudio los seminaristas.*

El día que comenzaron las clases, en la repetición de la oración, el pa-
dre Vicente aprovechó la ocasión para encomendar a

Conferencia 16. — L. ABELLY., *o.c.*, I, cap. 35, 170.

Conferencia 17. — Recueil de diverses exhortations, p. 19.

los estudiantes a las oraciones de la compañía, diciendo que, si algo había recomendado con insistencia alguna vez, había sido esto; y señaló las razones, diciendo: 1.º que, aunque todos los sacerdotes estén obligados a ser sabios, nosotros estamos especialmente obligados a ello, en virtud de los ejercicios y ocupaciones que nos ha dado la divina providencia, como son los ordenandos, la dirección de los seminarios eclesiásticos y las misiones, aun cuando demuestre la experiencia que los que obtienen más éxito son los que hablan con mayor familiaridad y sencillez popular. De hecho, hermanos míos — añadió —, ¿hemos visto alguna vez que los que se ufanan de predicar bien hayan producido quizás algún fruto? Sin embargo, se necesita ciencia. Y añadió además que los que eran sabios y humildes formaban el tesoro de la compañía, lo mismo que los buenos y piadosos doctores son el mejor tesoro de la iglesia.

Indicó también otra razón por la que recomendaba esto con cariño e interés: que éste es el estado más peligroso, no sólo para los estudiantes particulares, sino incluso para la compañía en general, que tiene mucho interés en que los particulares estudien como es debido, para hacerse capaces de las tareas en que ha de ocuparlos. Pues bien, como naturalmente deseamos saber algo nuevo, si no reprimimos este deseo y esta curiosidad, no habrá hoja escrita que no sirva para nuestra vanidad; y empezando por el espíritu, acabaremos por la carne; por deseos de parecer, apacentándonos de humo, querremos estar por encima de los demás, ser tenidos por sutiles, de mucha inteligencia, de juicio equilibrado: ¡y quién sabe adónde llegaremos! ¡Hermanos míos, tengamos mucho cuidado de que este espíritu no se introduzca en la compañía! Así fue como se hundió en el infierno el espíritu maligno.

Aquí refirió el ejemplo de una comunidad de las más florecientes en la iglesia de Dios, que se deshizo en menos de seis años por culpa de ese espíritu de saber y de acumular ciencia sobre ciencia, que se introdujo en ella y produjo un enorme desorden.

A continuación añadió algunos medios para estudiar como es debido:

1.º Estudiar sobriamente, queriendo saber sólo las cosas que nos conciernen según nuestra condición.

2.º Estudiar humildemente, esto es, sin querer que se sepa ni que se diga que somos sabios; no querer estar por encima de los demás, sino ceder a todo el mundo. ¡Ay, padres! — nos dijo — , ¡quién nos diera esa humildad, que es la que nos sostendrá! ¡Qué difícil es encontrar a un hombre que sea a la vez muy sabio y muy humilde! Sin embargo, no se trata de dos cosas incompatibles. Conocí a una persona santa, a un buen padre jesuita, llamado..., que era muy sabio; y con toda su ciencia era tan humilde, que no recuerdo haber conocido un alma tan humilde como aquella. Todos conocimos también al buen padre Duval, tan sabio y al mismo tiempo tan humilde y sencillo, que no se puede pedir más.

3.º Hay que estudiar de forma que el amor corresponda con el conocimiento, sobre todo en los que estudian teología, como lo hacía el señor cardenal de Bérulle, el cual, tan pronto como había concebido una verdad, se entregaba a Dios, o para practicar tal cosa, o para entrar en esos sentimientos, o para producir aquellos actos; por este medio, adquirió una santidad y una ciencia tan sólidas que apenas se puede encontrar algo semejante.

Y concluyó de este modo: «Se necesita la ciencia, hermanos míos, ¡y ay de los que no emplean bien el tiempo! Pero tengamos miedo, hermanos míos, tengamos miedo y hasta temblemos y temblemos mil veces más de lo que podría deciros; porque los que tienen talento tienen mucho que temer: *scientia inflat*¹; y los que no lo tienen, todavía es peor, si no se humillan».

18 [99,XI, 129-132]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
21 DE OCTUBRE DE 1643

Hacer penitencia para expiar los pecados e imitar a nuestro Señor. Ejemplos de una hija de la caridad y de la señorita du Fay. La compañía ha de sentirse feliz de no contar en su seno más que con hombres de humilde condición y poca ciencia.

¹ 1 Cor 8,1.

Conferencia 18. — Recueil de diverses exhortations, p. 20.

Sobre la meditación del pobre Lázaro y el rico epulón, uno de nuestros hermanos llegó en su oración al tema de la penitencia; esto le dio motivo para hablar, diciendo que el día anterior los sacerdotes de la conferencia habían tocado también la cuestión de la penitencia; y lo que dio lugar para ello fue el pensamiento de cierta persona, que decía que no les correspondía a los sacerdotes hacer penitencia, sino sólo al pueblo; que ellos tenían que dedicarse al estudio y al santo sacrificio y consumirse allí, iluminando al pueblo y procurando alentarlos con la predicación y otras maneras en el amor de Dios. No obstante, en la conferencia se dijeron cosas tan interesantes para probar que los eclesiásticos tienen que entrar en el espíritu y en los actos de la penitencia, que nos dijo el padre Vicente que nunca se había visto tan impresionado, y nos indicó algunas cosas de las que allí se dijeron:

1.º Se alegó la razón de que es una venganza, como la llama san Agustín, que se toma contra los pecados para satisfacer a la justicia de Dios y reparar en cuanto podamos el daño que se le ha hecho. Por consiguiente, se trata de cumplir con la justicia. ¿Qué medio más grande y eficaz para reconciliar a los hombres con Dios que éste? Los sacerdotes también cometen pecados, que son incluso mayores y más enormes delante de Dios que los de los laicos, y quizás son la causa de los castigos con que Dios prueba al pobre pueblo.

2.º Nuestro Señor, que es el modelo perfecto del sacerdote, nos ha dado ejemplo continuo de penitencia, a pesar de ser inocente y la misma inocencia, satisfaciendo sin cesar por los pecados del pueblo. ¡Ay, hermanos! ¡Ay, sacerdotes! ¡Temblemos y llenémonos de vergüenza ante el hecho de que los mismos cánones condenen a los sacerdotes a duras penitencias! ¡No presumamos, padres, no presumamos! ¡Tenemos necesidad de penitencia y no hacemos penitencia! ¡Dios mío! ¿Quién nos dará el espíritu de penitencia? Padres, lo que ha dicho este buen hermano es verdad: uno solo de nuestros pecados merece una gran penitencia. ¿Acaso no es una gran misericordia de Dios recibarnos en su gracia después de habernos rebelado contra él?

Luego habló de una hermana de la caridad, fallecida recientemente, y nos dijo algo de lo que se comentó en la conferencia que se tuvo sobre sus virtudes, entre las que se señaló el espíritu de penitencia que siempre se había apreciado en ella. 1.º Era de las primeras, e incluso la primera, en la oración. 2.º Nunca perdía la ocasión de orar, apenas tenía un momento de tiempo; la vieron rezando a Dios de rodillas sobre una piedra puntiaguda. 3.º Sentía una devoción especial en oír la santa misa, de forma que nunca perdía la ocasión de oír otra, aunque ya hubiera oído una o dos. 4.º Hacía ordinariamente lo más costoso y humilde que hubiera que hacer, como conducir el caballo por las parroquias; y lo hacía con celo muy grande; cuando se veía mojada y empapada de agua, decía: «¿Pues qué? ¿No hay que padecer algo por amor de Dios?». Estas palabras las tenía siempre en los labios en ocasiones semejantes. ¿Lo veis, hermanos? ¿qué santidad es esta? ¡Ved qué tesoros en el barro, en el barro, pues no era más que una pobre viuda, aparentemente ruin de cuerpo y de espíritu! ¡Ved cómo es sabiduría delante de Dios lo que para los hombres no es más que locura y bajeza! Y al contrario, lo que parece esplendor, dignidad y sabiduría a los ojos de los hombres, ante Dios no es más que locura. ¡Locura, locura delante de Dios! Ved a David, un pobre pastor. San Gregorio de Tours era un hombre maltrecho de cuerpo, un enano: cuando su fama llegó hasta el papa y éste lo quiso conocer, al principio experimentó cierto disgusto, pero cuando el santo le dijo estas hermosas palabras: *Ipse fecit nos et non ipsi nos*¹, concibió de él mejor opinión y lo acogió con cariño.

Todos conocemos a la buena señorita du Fay, hermana del señor de Vincy: por una desgracia natural, tiene una pierna dos o tres veces más gruesa que la otra, pero está tan unida a Dios que no sé si he visto alguna vez a un alma tan unida a Dios como ella. Solía llamar a su pierna su «bendita pierna», pues era la que le había apartado de las compañías y hasta del matrimonio, en donde podría haberse perdido.

1 Sal 99,3.

Hermanos míos, miremos estos defectos, tanto del cuerpo como del espíritu, como una misericordia especial de Dios, y sintamos siempre una reverencia especial para con aquellos que tengan tales defectos, mirándolos siempre como si fuesen rasgos de un gran maestro, aunque la obra no esté todavía acabada. Los que entienden un poco de pintura aprecian mucho más una pequeña pincelada de un gran pintor, que un cuadro acabado de un aficionado. *In nomine Domini!*

Me parece que ya os he dicho otras veces lo que me dijo el superior general del Oratorio ² sobre la compañía. Entre otras cosas me dijo: «Padre Vicente, ¡qué feliz es usted al tener en su compañía el sello de las obras de Jesucristo! Pues, lo mismo que al instituir la iglesia quiso escoger a unos pobres hombres, ignorantes y pecadores, para fundarla y plantarla por toda la tierra con esos instrumentos, a fin de demostrar más su poder, derribando la sabiduría de los filósofos por medio de unos pobres pecadores, y el poder de los reyes y emperadores por la debilidad de quienes respondían a las injurias con su humildad y rezaban por quienes los maldecían y, cuando los golpeaban, demostraban su superioridad presentando la otra mejilla, de la misma forma la mayor parte o casi todos los que Dios llama a su compañía son pobres o de humilde condición, o de los que no resplandecen mucho en ciencia». Pues bien, hermanos míos, a pesar de eso, todo este reino está inflamado y lleno del espíritu de esta pequeña compañía y este aprecio ha llegado hasta el punto de que el difunto rey, poco antes de morir, me hizo el honor de decirme que, si recuperaba la salud, no permitiría que se nombrase ningún obispo sin pasar tres años por la misión. ¿Qué es todo esto, hermanos míos? *In nomine Domini! In nomine Domini!*

Hermanos míos, os decía últimamente que necesitabais ciencia; os lo repito una vez más. Por amor de Dios, emplead bien el tiempo, pero no descuidéis la virtud.

2. El padre de Condren (cfr. L. ABELLY, *o.c.*, I, cap. 21, p. 94).

La compañía debe dedicarse con celo a las misiones. Refutación de los pretextos que podrían alegarse para dispensarse de ellas. Cómo pueden participar en las mismas los hermanos coadjutores.

El tema de la oración de este día era el de dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Y a propósito de la justicia, el padre Vicente se puso a hablar de las misiones que iban a empezar y se humilló mucho ante el hecho de que, siendo la costumbre de años anteriores empezar a principios de octubre, este año se había comenzado más tarde. Dijo esto con grandes sentimientos de temor ante el juicio de Dios; a continuación dijo muchas cosas hermosas para animar a los misioneros al trabajo y empezó por la obligación que tenemos de trabajar por la salvación de las pobres gentes del campo, ya que es ésa nuestra vocación, y de corresponder a los designios eternos que Dios tiene sobre nosotros. Pues bien, lo más importante de nuestra vocación es trabajar por la salvación de las pobres gentes del campo, y todo lo demás no es más que accesorio; pues no hubiéramos nunca trabajado con los ordenandos ni en los seminarios de eclesiásticos, si no hubiésemos juzgado que esto era necesario para mantener al pueblo y conservar el fruto que producen las misiones cuando hay buenos eclesiásticos, imitando en esto a los grandes conquistadores, que dejan una guarnición en las plazas que ocupan, por miedo a perder lo que han conquistado con tanto esfuerzo. ¿Verdad que nos sentimos dichosos, hermanos míos, de expresar al vivo la vocación de Jesucristo? ¿Quién manifiesta mejor la forma de vivir que Jesucristo tuvo en la tierra, sino los misioneros? No hablo solamente de nosotros, sino de los misioneros del Oratorio, de la doctrina cristiana, de los misioneros capuchinos, de los misioneros jesuitas. Hermanos míos, esos son los grandes misioneros, y de los cua-

Conferencia 19. — Recueil de diverses exhortations, p. 23.

Esta repetición fue publicada por L. ABELLY, *o.c.*, II, cap. 1, sec. 1, art. 1. p. 3 s.

les nosotros no somos más que una sombra. Ved cómo se van hasta las Indias, al Japón, al Canadá, para llevar a cabo la obra que Jesucristo empezó en la tierra y que no abandonó desde el instante de su vocación. *Hic est Filius meus dilectus, ipsum audite!* ¹. Desde aquel mandato de su Padre, no cesó un solo momento hasta su muerte. Imaginémonos que nos dice: «Salid, misioneros, salid; ¿todavía estáis aquí, habiendo tantas almas que os esperan, y cuya salvación depende quizás de vuestras predicaciones y catecismos?».

Hay que considerar bien todo lo dicho, ya que Dios nos ha destinado en este tiempo para estas almas, y no para otras; y eso mismo es lo que vemos en la Escritura, donde leemos que Dios destinaba a sus profetas a tales personas y no quería que fuesen a otras. Hermanos míos, ¿qué responderemos a Dios si, por culpa nuestra, muriese alguna de esas almas y se perdiese? ¿No seríamos nosotros mismos, por así decirlo, los que la habríamos condenado? Porque ¿quién respondería de esa alma? Esto es tan cierto como que estamos aquí y que Dios, cuando muramos, nos pedirá cuenta de ello.

Pero también, si correspondemos a las obligaciones que tenemos, ¿qué sucederá? Sucederá que Dios irá aumentando de día en día las gracias de la vocación, dará a la compañía hombres de espíritu templado para obrar con el espíritu de Dios, y bendecirá todo lo que se haga dentro y fuera; en fin, las almas que se salven por nuestro ministerio le darán a Dios testimonio de nuestra fidelidad y bendecirán al grupito de misioneros que están ya en el cielo: el padre de la Salle, el padre de Sergis y todos los demás, junto con nuestro buen hermano Desfriches, que ha muerto hace poco, y que son todos los que componen ese grupito de misioneros en el cielo. *In nomine Domini!*

¡Oh! ¡Qué felices serán los que puedan decir, en la hora de su muerte, aquellas hermosas palabras de nuestro Señor: *Evangelizare pauperibus misit me Dominus!* ². Ved, hermanos míos, cómo lo principal para nuestro Señor era trabajar por los pobres. Cuando se dirigía a los otros, lo hacía como de pasada. ¡Pobres de nosotros si somos remisos en cumplir con la obligación

1 Mt 17,5.

2 Lc 4,18.

que tenemos de socorrer a las pobres almas! Porque nos hemos entregado a Dios para esto, y Dios descarga en nosotros. *Declinantes ab obligatione adducet Dominus cum operantibus iniquitatem*³. *Quos non pavisti, occidisti*. Este pasaje se entiende del alimento temporal, pero puede aplicarse al espiritual con la misma razón. Mirad, hermanos míos, cuántos motivos tenemos para temblar si somos demasiado caseros, si por la edad o con el pretexto de alguna enfermedad aminoramos la marcha y decaemos de nuestro fervor.

Pero quizás diga alguno: «¿Y si se me encarga de los ordenandos o de los seminaristas?». Esto está bien, cuando Dios quiere que nos ocupemos de ellos y la obediencia nos lo ordena; entonces, que sea en hora buena; pero incluso entonces, por lo que a nosotros respecta, deberíamos sentirnos como en una situación violenta, ya que, como os he dicho, se trata de cosas accesorias y no principales.

2.º Alguno podría quizás excusarse por la edad. En lo que a mí se refiere, a pesar de mi edad, delante de Dios no me siento excusado de la obligación que tengo de trabajar por la salvación de esas pobres gentes; porque, ¿qué me lo podrá impedir? Si no puedo predicar todos los días, ¡bien!, lo haré dos veces por semana; si no puedo subir a los grandes púlpitos, intentaré subir a los pequeños; y si no se me oyese desde los pequeños, nada me impedirá hablar familiar y amigablemente con esas buenas gentes, lo mismo que lo hago ahora, haciendo que se pusieran alrededor de mí como estáis ahora vosotros.

Hermanos míos, conozco personas ancianas que, en el día del juicio, se levantarán contra nosotros; entre ellos un santo varón, un buen padre jesuita, que predicó en la corte durante cerca de diez años. Cuando tenía unos sesenta años, le sobrevino una enfermedad que le puso a dos dedos del sepulcro, y como Dios le diera a conocer la vanidad de sus discursos elevados y de sus charangas, que deleitan mucho, pero aprovechan poco, y tuviera por ello remordimiento de conciencia, al recuperar la salud, pidió permiso para ir a las aldeas a catequizar y a predicar familiarmente a esos buenos campesinos, y perseveró en esta tarea durante veinte años hasta su muerte. Antes de morir, pi-

3 Sal 124,5.

dió que le hicieran un favor después de muerto, que le enterraran con la regla con que llamaba a los niños, como se acostumbra en esos sitios para hacer que contesten al catecismo, para que esa regla, según decía, diese testimonio de cómo había dejado la corte para seguir a nuestro Señor en el campo.

3.º También se podía alegar que así se acortaría la vida. ¡Hermanos míos! ¡y ¿qué?! ¿acaso es una desgracia para una esposa desterrada ir a reunirse con su esposo? ¿Es una desgracia para un viajero acercarse a su patria? ¿Es una desgracia para los que navegan llegar al puerto? ¿Pues qué? ¿Vamos a tener miedo de que llegue por fin algo que nunca desearemos bastante y que siempre llega demasiado tarde?

Finalmente nuestro padre concluyó de esta manera, dirigiéndose a los buenos hermanos:

Lo que les he dicho a los padres, os lo digo también a todos vosotros, hermanos; no creáis que estáis libres de la obligación de trabajar por la salvación de los pobres, pues también vosotros podéis hacerlo a vuestro modo tan bien como los mismos predicadores y con menos peligro. Por lo demás, estáis obligados a ello. La misma obligación que tenía la cabeza de nuestro Señor de llevar la corona de espinas para redimirnos, la tenían también sus pies de llevar y sufrir los clavos con los que estaban clavados a la cruz; y lo mismo que fue recompensada su cabeza, también lo fueron sus pies, y compartieron la misma gloria.

20 [101,XI,137-142]

CONFERENCIA DE 1644

SOBRE LOS CARGOS Y OFICIOS

Nuestro Señor, dueño del mundo, se humilló. Peligros a que están expuestos los que ocupan algún cargo. Medios para desterrar de la compañía la apetencia de cargos.

El padre Vicente concluyó esta conferencia poco más o menos con estas palabras:

Conferencia 20. — Recueil de diverses exhortations, p. 26.

No sé cómo hablaros de este tema, que me concierne. Luego, haciendo una pequeña pausa, se humilló interiormente delante de Dios y dijo: Os diré lo que pienso. Lo que más me ha impresionado de lo que se ha dicho hoy y el último viernes, es lo que se ha indicado sobre nuestro Señor, que era el señor natural de todo el mundo y que se hizo sin embargo el último de todos, el oprobio y abyección de todos los hombres, ocupando siempre el último lugar en cualquier sitio que se encontrase. Quizás creáis, hermanos míos, que un hombre es muy humilde y que se ha rebajado mucho cuando ha ocupado el último lugar. ¿Pues qué? ¿Se humilla un hombre ocupando el lugar de nuestro Señor? Sí, hermanos míos, el lugar de nuestro Señor es el último. El que desea mandar, no puede tener el espíritu de nuestro Señor; este divino Salvador no ha venido al mundo a ser servido, sino a servir a los demás ¹; y esto lo practicó de forma maravillosa, no sólo durante el tiempo que permaneció con sus padres y con las personas a quienes servía para ganarse la vida, sino incluso, como muchos padres han señalado, durante el tiempo que los apóstoles estuvieron con él, sirviéndoles con sus propias manos, lavándoles los pies y haciéndoles descansar de sus fatigas.

Finalmente, reprendió a sus apóstoles, que disputaban entre sí sobre cuál era el mayor, diciéndoles: «Mirad; es menester que el que quiera ser el primero, se haga el último y el servidor de todos los demás» ². Fijaos, hermanos míos, es ese maldito espíritu de orgullo el que posee a los que desean ser elevados y llevar la dirección de los demás. Yo no sería capaz de expresar mejor ese deplorable estado más que diciendo que esas personas tienen al diablo en su cuerpo; porque el diablo es el padre del orgullo, del cual están ellos poseídos. Dios mío, cuando un espíritu perverso ha llegado a ese estado, ¡qué desgraciado es y cuán digno de compasión!... Fijaos, hermanos míos, en esa otra dificultad que hay para mantenerse en el mismo estado de virtud que se tenía antes de ocupar el cargo, y que pide trabajar incesantemente por anularse delante de Dios y mortificarse en todas las cosas. De lo contrario, es fácil que la preocupación y

1 Cfr. Mt 20,28.

2 Mt 20,26-27

el ajetreo de los asuntos le distraigan de amar a Dios y de unirse a él por la oración y el retiro. ¡Ay! ¡Ya casi no le queda tiempo para pensar en sí mismo! Hoy le decía a un superior que me hablaba de algunos a quienes él destinaba a ciertos cargos: «¡Ay! — le decía yo — ; los va a estropear usted; son almas muy unidas a Dios; y decaer de su perfección, es echarlo todo a perder». ¡Pero qué se le va a hacer! Se trata de un mal necesario. Lo peor de todo es lo que le he oído decir a uno de los hombres más santos que he conocido, el señor cardenal de Bérulle, y lo he experimentado hace mucho tiempo que sucede casi siempre, o sea, que ese estado de superior y de director es tan malo, que deja de suyo y por su naturaleza una malicia y una mancha villana y maldita; sí, hermanos míos, una malicia que infecta el alma y todas las facultades de un hombre, de forma que, fuera del cargo, le cuesta enormemente someter su propio juicio y encuentra defectos en todas las cosas. ¡Es una pena! ¡Cuánto le cuesta luego tener que obedecer! En fin, sus palabras, sus gestos, su manera de andar y su actitud conservan siempre algo que denotan su suficiencia, a no ser que se trate de un hombre lleno de Dios. Pero creedme, hermanos, que hay muy pocos de estos; los cargos llevan de suyo a parar en aquello.

Está además la cuenta tan exacta que Dios les pide a quienes se encargan de los demás, aunque sólo sea de un hermano a quien se tiene como compañero en un oficio. ¡Ay, cuán miserable soy! ¿Qué le responderé yo a Dios, dado que durante tanto tiempo...? ¡Que Dios me lo perdone, si así lo quiere! Hermanos míos, habrá que darle cuenta a Dios de las palabras, acciones, posturas que hayan podido desedificar a las personas de quienes hemos estado encargados, si no les hemos amonestado sus faltas cuando era preciso y con el debido espíritu de mansedumbre, de humildad y de caridad, atendiendo a estas circunstancias: la primera vez, con mucha bondad y mansedumbre, aprovechando la ocasión; la segunda, con un poco más de severidad y de gravedad, pero acompañada siempre de mansedumbre, utilizando súplicas cariñosas y demostraciones llenas de bondad; la tercera, con celo y calor, indicándoles incluso qué será lo que tendremos que hacer con ellos. A este propósito, sabido es lo que hizo el cardenal Belarmino, siendo arzobispo de Capua,

cuando le avisaron que un obispo de su diócesis estaba peligrosamente enfermo; fue a verlo, y habiendo visto en él mucha paz y tranquilidad de espíritu, esto le extrañó y le hizo sospechar que estaría padeciendo seguramente una ilusión del espíritu maligno. *Dicentes: pax, pax, et non erat pax* ³. Se decidió a desengañar a aquel obispo, diciéndole: «Monseñor, ¿cómo es que goza usted de tan gran paz, tan extraordinaria para las personas de nuestra condición en semejante ocasión? ¿Ha pensado usted bien y ha ponderado debidamente las palabras del apóstol: *Argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina?* ⁴. ¿Es posible que no se encuentre usted culpable delante de Dios en este punto de tanta trascendencia? Si no es así, desengañese usted señor obispo, pues indudablemente hay una ilusión en su manera de actuar». Esto le impresionó al obispo y, lleno de lágrimas, se excitó a la contrición o, mejor dicho, se turbó de tal manera que fue necesario que el arzobispo viniera a verle expresamente para concederle la paz por otro medio. ¡Dios mío! ¿quién no temblará en ese momento terrible, sobre todo si ha cooperado en obtener cargos?

Le preguntaba hace poco a un obispo si, cuando subía las montañas para ir a su obispado, no se le había ocurrido pensar en el peso de su carga. «¡Ay, padre, no he tenido que esperar para entonces, ya que, tres semanas después de ser consagrado, sentí unos remordimientos tan punzantes, que me arrepentí y ;me hubiera gustado mucho volver a comenzar!». Sin duda alguna, la mayor parte de los que son elevados a las dignidades, se encuentran en esta situación antes o después; pero ¿qué haremos para desterrar por completo de la compañía ese espíritu maldito y diabólico de aspirar a los cargos?

1.º Os diré que si hay alguien entre vosotros que no se sienta impresionado sensiblemente, sí, sensiblemente, del pesar de haber pretendido los primeros cargos, y no se encontrase todavía dispuesto a aborrecer este apetito y esta maldita afición a los cargos y dignidades, está en un deplorable estado y es digno de compasión. Deberá mortificarse con cilicios, disciplinas y

3 Jer 6,4.

4 2 Tim 4,2

demás mortificaciones, hasta que Dios le conceda su misericordia. Y tiene que ir ante el santísimo sacramento para quejarse ante Dios: «¡Dios mío! ¿qué he hecho? Realmente estoy lleno de pecados. Pero, Dios mío, ¿por qué permites que me aleje tanto de ti por un espíritu maldito y diabólico? ¡Dios mío, ten misericordia de mí!».

2.º Me gustaría, hermanos míos, que toda la compañía le agradeciese a Dios la gracia que le he concedido de no permitir que este espíritu de mandar y ser superior se apoderase de los que ocupan cargos; por el contrario, todos los superiores de las casas de esta pequeña compañía me escriben de todas partes (excepto uno, recientemente nombrado); generalmente no dejan pasar seis meses sin escribirme, pidiéndome todos ellos con insistencia que los separe del cargo. Finalmente, el de Roma ⁵, que ha sido ya depuesto, me ha escrito con tantos sentimientos de alegría y de gratitud que no es posible imaginar más. Me hubiera gustado leer su carta a la compañía, pero siento habérmela olvidado. Hermanos míos, ¡cuántas bendiciones recibirá la compañía mientras quiera Dios conservarla en ese espíritu, que es el espíritu de la humildad, el espíritu de nuestro Señor! Hay que darle gracias a Dios y pido a nuestros hermanos que se acuerden de ello en la comunión, y los sacerdotes en la santa misa; sería muy conveniente celebrarla por esa intención. ¡Cuántas oraciones y misas han dicho algunos superiores de la compañía para que quisiera Dios permitir que dejaran el cargo! *In nomine Domini!*

Cuando es la obediencia la que nos pone en el cargo, enhorabuena, hemos de someternos; es lo que ordenó el señor obispo de Ginebra ⁶: que cuando una religiosa fuera elegida para algún oficio, aunque se creyese indigna, se sometiese a ello y acudiese a la reja para recibir la bendición y esperar de Dios las gracias necesarias para desempeñar su cargo; porque, cuando Dios nos llama a ello, hermanos míos, o es porque ve en nosotros disposiciones, o porque está decidido a darnoslas.

5 Bernardo Codoing.

6. San Francisco de Sales.

El padre Vicente sugiere pensamientos piadosos, actos de confianza, de contrición y de amor.

Bien, hermano mío, ¿cómo se encuentra usted? Ahora resulta que es nada menos que nuestro gran general, el primero de todos los misioneros, nuestro Señor, el que quiere llevarle a la misión del cielo. Fijese; él quiere que vayamos todos allá, cada uno cuando nos llegue la hora, siendo ésta una de las principales reglas y constituciones que él ha dado en la tierra: *Volo ut ubi ego sum, illic sit et minister meus*¹; *Vos estis qui permansistis mecum*, etcétera² ¡Dios mío! ¡Qué consuelo ha de sentir por haber sido elegido de los primeros para ir de misión, pero a esa misión eterna en donde todos los ejercicios consisten en amar a Dios! ¿No es verdad que nuestro gran superior querrá concederle la gracia de ser del número de esos felices misioneros? Sin duda, tiene usted que esperarlo así de su bondad y, con esta confianza, decirle humildemente: «¡Señor mío! ¿De dónde a mí tanta dicha? ¡Ay! ¡No soy yo el que la he merecido!; no, porque ¿qué proporción hay entre el trabajo de las misiones que se hacen aquí abajo y la alegría y recompensa eterna de los misioneros que están contigo? Por tanto, sólo lo espero de tu bondad y liberalidad, mi buen Señor. Y aunque, además de la desigualdad que hay entre el trabajo de las misiones de aquí abajo y la alegría y recompensa que tú concedes allá arriba, he cometido innumerables pecados, desidias e infidelidades que me hacen indigno de ello, yo espero sin embargo de tu bondad y liberalidad infinitas que me perdonarás esta gran deuda, como a aquel pobre deudor del evangelio: *Et omne debitum dimisi ei*³, ya que tu misericordia y bondad es infinitamente mayor que mis indig-

Conferencia 21. — Arch. de la Mission, copia del siglo XVII o XVIII

El uso de las citas latinas es explicable si se piensa que este hermano era clérigo.

1 Jn 12,26.

2 Lc 22,28.

3 Mt 18,32.

nidades y malicias». Por lo que se refiere a las negligencias pasadas, ¡ay!, ¿qué remedio podemos aplicar ahora más eficaz que el pesar por haberlas cometido? Y luego esforzarse en glorificar a Dios y honrarle todo lo que podamos este poco tiempo que nos queda. Pues bien, es cierto que uno de los mayores honores y la mayor gloria que es usted capaz de darle en estos momentos, es esperar con toda la extensión a su corazón en su bondad y en sus méritos infinitos, a pesar de esa indignidad y esas infidelidades cometidas en el pasado; porque el trono de su misericordia es la grandeza de las faltas que perdona. Esa confianza es la que él espera de usted, a fin de que le obligue así a decirle con ese afecto de padre que le ha tenido desde toda la eternidad: *Hodie mecum eris in paradiso*, «*Hodie mecum eris in Paradiso*»⁴. Consuélese y alégrese al mismo tiempo con este pensamiento y con esta confianza filial de que él le dirá desde arriba estas mismas palabras: *Hodie mecum eris*; y ríndale ahora, mi querido hermano, este homenaje: es ésta la mejor ocasión.

También es este el tiempo de ejercitarse mucho en frecuentes y ardorosos actos de amor a nuestro querido Maestro; y estos hermosos actos de esperanza, tan agradables a su divina majestad, que acaba de hacer, tienen que dirigirse a ello. Pues, si él es tan magnífico, tan liberal y tan bueno como usted espera, ¿no es verdad que tiene muchos motivos para entusiasmarse y decir: «¡Dios de mi corazón! tu infinita bondad no me permite compartir con nadie mis afectos con mengua de tu amor ¡posee tú solo mi corazón y mi libertad! ¿Cómo podré querer a otro más que a ti? ¿quizás a mí mismo? ¡Ay! Tú me quieres infinitamente más que yo mismo; tú deseas infinitamente más mi bien y puedes hacérmelo mejor que yo mismo, que nada tengo y nada espero más que de ti. ¡Oh, mi único bien! ¡Oh, bondad infinita! ¡Ojalá pudiera amarte como todos los serafines juntos! Pero ¡ay! ¡es demasiado tarde para poderles imitar! *O antiqua bonitas, sero te amavi!* Pero al menos te ofrezco con toda la magnitud de mi afecto la caridad de la santísima reina de los ángeles y la de todos los bienaventurados. ¡Dios mío! Ante el cielo y la tierra te entrego mi corazón, tal como es. Adoro por amor tuyo los decretos de tu paternal providencia sobre tu pobre servidor:

4 Lc 23,43

detesto, en presencia de toda la corte celestial, lo que me pueda separar de ti. ¡Oh, soberana bondad, que quieres ser amado por los pecadores! Dame tu amor, y luego mándame lo que quieras: *Da quod jubes et jube quod vis*».

Sí, mi queridísimo hermano, es cierto, y no cabe duda de ello, que Dios se ha complacido siempre en que usted le amase, pero especialmente en esta hora; para que le amásemos, nos ha hecho a su imagen y semejanza ⁵, dado que uno no ama más que a lo que es semejante a él, si no en todo, al menos en algo. Ese gran Dios, al crearnos con el plan de exigir de nosotros esa agradable ocupación de amarle y ese honorable tributo, ha querido poner en nosotros el germen del amor, que es la semejanza, para que no nos excusásemos diciendo que no podríamos pagarle jamás. Ese enamorado de nuestros corazones, al ver que, por desgracia, el pecado había estropeado y borrado esa semejanza, quiso romper todas las leyes de la naturaleza para reparar ese daño, pero con la ventaja maravillosa de que no se contentó con devolvernos la semejanza y el carácter de su divinidad, sino que quiso, con el mismo proyecto de que le amásemos, hacerse semejante a nosotros y revestirse de nuestra misma humanidad. ¿Quién querrá entonces negarse a tan justa y saludable obligación?

Además, como el amor es infinitamente inventivo, tras haber subido al patíbulo infame de la cruz para conquistar las almas y los corazones de aquellos de quienes desea ser amado, por no hablar de otras innumerables estratagemas que utilizó para este efecto durante su estancia entre nosotros, previendo que su ausencia podía ocasionar algún olvido o enfriamiento en nuestros corazones, quiso salir al paso de este inconveniente instituyendo el augusto sacramento donde él se encuentra real y substancialmente como está en el cielo. Más aún, viendo que, rebajándose y anulándose más todavía que lo que había hecho en la encarnación, podría hacerse de algún modo más semejante a nosotros, o al menos hacernos más semejantes a él, hizo que ese venerable sacramento nos sirviera de alimento y de bebida, pretendiendo por este medio que en cada uno de los hombres se hiciera espiritualmente la misma unión y semejanza que se ob-

5 Gen 1,26.

tiene entre la naturaleza y la substancia. Como el amor lo puede y lo quiere todo, él lo quiso así; y por miedo a que los hombres, por no entender bien este inaudito misterio y estratagema amorosa, fueran negligentes en acercarse a este sacramento, los obligó a él con la pena de incurrir en su desgracia eterna: *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, non habebitis vitam* ⁶.

Ya ve usted cómo se ha esforzado por todos los medios imaginables en conseguir que todos los hombres le amasen; por eso, tiene usted que excitar su corazón para pagar este justo y suave tributo al amor de un Dios que ha sido el objeto de todos sus planes sobre usted, y que para obtenerlo ha hecho todo lo que ha hecho con usted. Crea que el mayor presente que puede usted ofrecerle, es el de su corazón; no le pide nada más: *Fili, praebe mihi cor tuum* ⁷.

Y si sus pensamientos le dicen que es una temeridad el que un pobre deudor y un mal esclavo aspire a las caricias y besos del Esposo, dígalos que es Dios el que lo manda y lo desea. Si la dificultad que ha podido usted tener en formar, por ejemplo, algún acto de fe, le causa alguna pena y escrúpulo, recurra a los actos de amor que, a pesar de la mayor facilidad en producirlos, le serán sin embargo más meritorios, pues agradarán más a Dios y, por otra parte, encerrarán también dentro de sí los actos de las demás virtudes interiores. Y si le cuesta hacer actos de contrición, hágalos por el camino del amor; en el fondo, se trata siempre de lo mismo.

¿No desea que en usted se cumpla la voluntad de Dios? ¿no quiere que él se complazca infinitamente en usted? ¿No desea que él reciba toda la gloria que espera de los dolores que permite que sufra usted ahora? Si pudiera usted procurarle la gloria que espera de todas las criaturas, ¿no lo haría de buen grado? ¿Pues no se goza usted en toda la gloria y perfección que Dios tiene en sí? ¿No detesta de todo corazón lo que va en contra del agrado y del contento de Dios? ¿No le gustaría haberle amado durante toda su vida, como la santísima Virgen?

Pues bien, entreténgase con frecuencia en estos actos tan hermosos, tal como desea de usted su divina majestad, y crea

6 Jn 6,54.

7 Prov 23,26.

que ésas son las lámparas encendidas de esas vírgenes sensatas que, por esta causa, fueron admitidas en las bodas eternas del Esposo ⁸. ¡Qué hermosa disposición es ésta para entrar con él!

¿No quiere usted dejarnos con la esperanza de que no se olvidará de nosotros cuando esté en el cielo, con el pequeño grupo de misioneros que ya están allí?

Haga el favor de manifestarles la confianza que tenemos en sus santas plegarias, para que ellos nos obtengan de nuestro gran general la gracia de cumplir tan bien nuestra misión aquí abajo que podamos decir con humilde confianza en la hora de nuestra muerte: *Feci quod jussisti, fac tu quod promisisti*: esto es, estar en la misión del cielo, que es una misión de amor que durará eternamente.

Luego, retirándose, el padre Vicente les dijo a los que se quedaban al lado del enfermo:

De vez en cuando podéis entretenerle y consolarle, comparando los dolores de nuestro Señor con los suyos, y otras veces diciéndole cómo se portaba algún santo en esta ocasión, sobre todo, excitadle mucho a la confianza en Dios.

22 [103,XI,148-150]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN, EN 1645

SOBRE LAS TENTACIONES

Utilidad de las tentaciones y de las disposiciones con que hay que aceptarlas.

El padre Vicente, en una repetición de la oración, dijo que el de la tentación era un estado feliz, y que un día pasado en semejante situación nos proporcionaría más mérito que un mes sin tentaciones. Venid, tentaciones, venid; sed bienvenidas. — Pero es que son contra la fe. — ¡No importa! No hay que pedirle a Dios que nos libre de ellas, sino que nos haga utilizarlas bien y que impida que caigamos. Son un gran bien. Un apóstol ha dicho: *Omne gaudium existimate, fratres, cum in varias ten-*

⁸ Cfr. Mt 25,4-10.

Conferencia 22. — Recueil de diverses exhortations. p. 30.

*tationes incideritis*¹. Por el contrario, es una señal de reprobación el que todo salga a nuestro gusto. Testigo de ello es aquel hecho de san Ambrosio, tan celebrado por la historia. Este santo llegó un día a casa de un hombre muy rico y le preguntó si había tenido alguna vez algún disgusto; éste le respondió que no y que todo le salía bien, que tenía varios hijos y que éstos le producían mucho gozo. San Ambrosio dijo: «Salgamos de aquí; no hace buen tiempo». Apenas salió, empezó a aparecer una nube por encima de la casa, se formó una tempestad, cayó un rayo en aquella casa y mató al dueño y a sus hijos.

1.º Hay que aceptar verse tanto más tentado cuanto más se avanza en la virtud. — 2.º No hay que extrañarse de ser tentado. — 3.º Aceptarlo de buena gana. — 4.º Dar gracias a Dios por ello.

El primer grado es esperar la tentación, sintiéndonos satisfechos de tener que combatir. Job dice: *Quare posuisti me contrarium mihi et factus sum mihimetipsi gravis?*² Es que nosotros estamos compuestos de varias partes. Hay que recordar aquí la historia de un capitán, que le pagaba a cada uno su soldada y también le daba el pan de la munición; pero luego los ponía en el batallón donde era mayor la fatiga, en vez de alimentarlos delicadamente y hacer de ellos unos holgazanes que no sirven para nada. También Dios da al principio satisfacciones, pero luego nos va poniendo en los aprietos y tormenta de las tentaciones y pruebas. Una persona que ha oído hablar de las cosas del mar decía que, cuando se ven marchar en orden una gran cantidad de delfines, saltar sobre las aguas, y ver cómo se posan en el mástil una multitud de pajarillos, se siente gozo; pero luego, cuando falta el agua, el pan y los viveres, todo son fatigas y preocupaciones. El agua de la marea, por estar siempre en reposo, está corrompida, cenagosa y maloliente; por el contrario, los arroyos y las fuentes, que corren con agilidad por entre las piedras y las rocas, son aguas mansas y hermosas. ¿A quién no le gustaría más ser arroyo que ciénaga, aunque sea a costas de tropezar con las piedras? Y no hay que extrañarse de que nos aburran las mismas cosas, ya que estamos compuestos de la misma manera.

1 Sant 1,2.

2 Job 7,20.

SOBRE LA LECTURA EN VOZ ALTA

Consejos sobre la forma de leer bien en público.

Como uno de los preguntados se excusase por no haber oído bien el tema de la oración, san Vicente dijo:

Es verdad; yo también me he dado cuenta de que se lee demasiado bajo. Hermano, lee usted demasiado bajo y un poco aprisa; por favor, ponga cuidado en ello. Demasiado baja, la lectura se oye con dificultad; demasiado rápida, cuesta entenderla, ya que la inteligencia no capta enseguida las cosas. La semana pasada, le pedí al lector que leyera más pausadamente, para dejar tiempo a que las verdades se imprimiesen mejor en el espíritu y para dar mayor facilidad a la reflexión. Cuando la lectura es precipitada, no se comprende nada, todo pasa y nada queda. Por ese motivo la iglesia ordena que la lectura se haga pausadamente. Incluso ha establecido para ello un oficio especial. Dios ha querido que hubiera un orden para esto; estableció con su sangre un cúmulo de gracias para que el lector se haga oír bien del pueblo cuando lee la sagrada Escritura en voz alta, clara y pausadamente. Cuando uno lee así, se diría que cada una de sus palabras golpea y conmueve el corazón. Desgraciadamente, muchos no cumplen con esta regla; también hemos de reconocer que otros son fieles, gracias a Dios, y que su lectura conmueve a los oyentes y a mi mismo, que soy tan miserable. Parece como si comunicaran a los que oyen el espíritu que les anima a ellos mismos. Si sus palabras llevan la gracia, es porque son ellos los primeros en atender, escuchar y conmoverse. ¡Quiera Dios que

Conferencia 23. — El día en que San Vicente dio esta repetición, de la que sólo existe una traducción italiana en los archivos de la Misión, Renato Almerás, era, al parecer, asistente de la casa madre. Esta indicación nos permite situarla entre 1642 y 1646, o bien entre 1654 y 1660.

tengamos este espíritu! Sí, ¡quiera Dios que sea así! Pidámosle esta gracia y, para obtenerla, ofrezcámosle de antemano nuestra lectura, rogándole que la haga provechosa, a pesar de nuestros pecados, a las personas presentes y que las toque con su gracia. Hay que leer, repito una vez más, con pausa y claramente, de forma que no se pierda nada. De una lectura rápida no se saca ningún fruto, no queda nada.

Le pido a la compañía que adopte esta práctica, que siguen ya otros muchos; así, la palabra divina que anunciamos dará gloria a Dios y será útil a las almas.

Dirigiéndose al padre Almerás, dijo:

Me parece, padre, que los sacerdotes están privados de este beneficio; en nombre de Dios, ponga orden en ello; también hemos de tomar parte en la lectura, lo mismo que en el servicio a la mesa.

Sobre todo, que la compañía quiera tener lectura en la mesa; se lee demasiado rápido, como si hubiese prisa. Es verdad, lo reconozco, que desde hace algún tiempo los lectores son más lentos y se paran al final de las frases; pero no basta; hay que leer la frase pausadamente, lentamente, sin prisas, detenerse luego y volver a comenzar la siguiente. ¿Cómo comprender, si no se hace así? Nuestro espíritu es como un recipiente pequeño de cuello muy estrecho; hay que echar el agua poquito a poco, en hilillo, para que no se pierda nada y se llene el recipiente; si se le echa rápidamente y de golpe, penetrará muy poco, y quizás nada. De la misma forma, con una lectura rápida, porque entonces se queda siempre atrás y no puede pararse en ninguna parte. Y no se saca ningún fruto. Les ruego a todos los que lean que en adelante se fijen en esto y que eleven de vez en cuando a Dios su corazón durante la lectura, pidiéndole que grabe bien en los espíritus de los oyentes lo que se lee, y que sobre todo aproveche al lector.

El padre Vicente añadió que había diferencia entre leer lentamente y leer pausadamente.

ALOCUCIÓN SOBRE LA CARIDAD
Y LA UNIÓN (FINALES DE 1646)

Sólo la unión nos permite subsistir en Jesucristo y atraer a las almas.

Estad siempre unidos y Dios os bendecirá; pero que esta unión sea por la caridad de Jesucristo, ya que toda otra unión que no esté cimentada con la sangre de este divino Salvador no puede subsistir. Por tanto, tenéis que estar unidos entre vosotros en Jesucristo, por Jesucristo y para Jesucristo.

El Espíritu de Cristo es un espíritu de unión y de paz; ¿cómo podríais atraer a las almas a Jesucristo si no estuviéseis unidos entre vosotros y con él mismo? De ninguna manera. Por tanto, no tengáis más que un mismo sentimiento y una misma voluntad; si no, seríais como los caballos que, atados a un mismo carro, se pusieran a tirar los unos de un lado, los otros de otro, y acabarían por estropearlo y destrozarlo todo.

Dios nos llama para que trabajemos en su viña. Id, pues, como si no tuvierais en él más que un solo corazón y una misma intención; de esta manera es como produciréis fruto.

25 [105,XI, 152-153]

EXTRACTO DE UNA CONFERENCIA ¹

SOBRE LA OBRA DE LOS ORDENANDOS

Sólo por la práctica de la humildad podrá la compañía conservar la obra de los ordenandos y hacer en ella algún bien.

Conferencia 24. — L. ABELLY, *o. c.*, II, cap. 1, 145-146.

San Vicente se dirige a los misioneros que marchan a Irlanda: los padres Juan Bourdet, Gerardo Brin, Edmundo Barry, Francisco White, Dermot Duggan; dos clérigos, Felipe Le Vacher y quizás Tadeo Lye; dos hermanos coadjutores, Pedro Leclerc y Salomón Patriarche. Esta alocución no figura en la edición de Coste.

Conferencia 25. — Ms. du frère Louis Robineau.

1. San Vicente se atribuye aquí 67 años, esta conferencia tiene que ser de 1647 o de los primeros meses de 1648.

Hace 67 años que Dios me soporta en la tierra; pero, después de haber pensado y repensado muchas veces para encontrar un medio de adquirir y mantener la unión y la caridad con Dios y con el prójimo, no he encontrado ningún otro que la santa humildad; es el primer medio, el segundo, el tercero, el cuarto y el último. No conozco ningún otro: rebajarse por debajo de todo el mundo, estimarse el más malvado y miserable de todos. Porque, fijaos, hermanos míos, el amor propio nos ciega mucho. Vuestro hermano lee bien, pero vosotros oís mal; él lo explica bien, pero vosotros no comprendéis. El león, con toda su fiereza, si ve que una persona se humilla ante él y se pone de rodillas, no le hará ningún daño. Mientras nos mantengamos en el espíritu de humildad, tendremos motivos para esperar que Dios nos seguirá dando la dirección de los ordenandos; pero, si alguna vez se nos ocurre actuar con ellos como de maestro a discípulos, sin respeto ni humildad, adiós ese cargo; se lo darán a otros, y sucederá que en lugar de dirigir a otros ni siquiera podremos dirigirnos a nosotros mismos. Sé muy bien que algunos tienen sus razones para actuar con más autoridad; pero, para la Misión, yo no creo ni veo que sea ese el espíritu con que tiene que obrar, ni que pueda producir así mucho fruto. Si algunos de los ordenandos cometiese alguna falta, hemos de atribuirnos la causa a nosotros mismos.

26.

CONFERENCIA SOBRE LA COMUNIÓN FRECUENTE (1648?)

En otra ocasión, hablando a la comunidad sobre este mismo tema, les dijo que pidieran a Dios que les diese el deseo de comulgar con frecuencia, pues había motivos para gemir delante de Dios y entristecerse al ver cómo se enfriaba esta devoción entre los cristianos, debido en parte a las nuevas opiniones.

Conferencia 26. — L. ABELLY, *o.c.*, III, 77-78.

Esta conferencia no figura en la edición de COSTE.

Las ediciones de L. ABELLY de 1667, 1668, etc., hacen mención de ella sin reproducirla (II, 45-46). P. COLLET da en la edición de 1748 un extracto más corto y modifica algunas palabras (T. II, l. VII, P. 137. Cfr. *Vie abrégée*. Paris, 1764, p. 388).

Hablando de esto con el superior de una santa compañía y con otro que era un gran director de almas, al preguntarles si veían ahora acercarse al confesionario y recibir la comunión a tantas personas como antes, éstos le dijeron que la frecuencia y el número había disminuido mucho; que, sin embargo, la eucaristía era el pan cotidiano que nuestro Señor quiso que se le pidiese y que los primeros cristianos tenían costumbre de comulgar todos los días, pero que ciertos nuevos advenedizos habían apartado de ello a mucha gente, y que no era extraño que se les escuchase, dado que la naturaleza se complacía en ello y que los que seguían sus inclinaciones abrazaban con gusto estas nuevas opiniones, que parecían aliviarles al quitarles la preocupación y el esfuerzo que se requieren para ponerse y mantenerse en las disposiciones necesarias para recibir digna y frecuentemente la sagrada comunión.

Añadió que había conocido a una señora de elevada condición y piedad, que por consejo de sus directores siguió comulgando durante mucho tiempo los domingos y jueves de cada semana, pero habiéndose puesto luego en manos de un confesor que seguía esta nueva doctrina, por no sé qué curiosidad y afectación de mayor perfección, se había apartado de esta santa práctica, comulgando al principio solamente una vez cada ocho días, luego cada quince, luego una vez al mes, etc..., y habiéndolo dejado una vez más de ocho meses, un día se puso a reflexionar en sí misma y se vio en un estado muy deplorable, muy llena de imperfecciones y expuesta a cometer un gran número de faltas, a complacerse en la vanidad, a dejarse dominar por la cólera, por la impaciencia y por las demás pasiones y, finalmente, muy distinta de como había sido antes de apartarse de la sagrada comunión. Quedó entonces muy extrañada e impresionada, y se dijo llorando: «¡Desgraciada de mí! ¡En qué estado me encuentro ahora! ¡De dónde he caído y a dónde me llevarán todos estos desórdenes y arrebatos! ¿A qué se debe este cambio tan desdichado? Se debe sin duda a que dejé mi primera dirección y escuché los consejos de estos nuevos directores, que son muy perniciosos, ya que producen tan malos efectos, como he podido palpar por propia experiencia». «¡Dios mío! ¡que me abres los ojos para reconocerlo, dame la gracia de separarme por completo de ellos!».

Se separó de sus nuevos directores y renunció a sus peligrosas máximas que la habían destrozado y casi echado a perder; siguió otros consejos más saludables y volvió a sus prácticas anteriores, frecuentando como antes los sacramentos con las disposiciones requeridas. Y así encontró el descanso de su conciencia y el remedio para todos sus defectos.

27 [106,XI,153-155]

CONFERENCIA DEL 1 DE OCTUBRE DE 1649 ¹

SOBRE LAS VIRTUDES DEL HERMANO SIMON BUSSON ²

Este hermano no tenía un solo defecto

Después de haber preguntado a cinco miembros de la comunidad, el padre Vicente concluyó con estas palabras:

¡Qué cosas tan bonitas, padres míos, qué cosas tan bonitas hemos oído de nuestro hermano coadjutor, que sólo ha estado con nosotros 2 ó 3 años! ³. ¡He aquí un montón de virtudes abundantes, hermosas y divinas! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Sea siempre bendito tu santo nombre. Este es un gran motivo de estímulo para nuestros hermanos, un gran ejemplo de edificación para nuestros clérigos y una causa de confusión para mí, miserable, que os he escuchado y que soy un gran pecador... ¡Dios mío!... El padre Duval, que era un gran doctor de la Sorbona, grande sobre todo por la santidad de su vida, me dijo un día: «Mire, padre, cómo esas buenas personas nos disputan la puerta del cielo y nos la ganan» ⁴. ¿Cómo puede ser esto? ¿Es que la ciencia y las demás cualidades honorables impiden nuestra santificación? No; son nuestras propias miserias.

Conferencia 27. — *Notices sur les prêtres, clercs et frères défunts de la Congrégation de la Mission.* Paris 1885, 1re série, t. II, p. 437.

¹ Conocemos el día de la conferencia por el autor de la nota biográfica del hermano Simón Busson; el año, por la carta que escribió San Vicente a Renato Almeras el 11 de septiembre de 1649.

² Muerto el 6 ó 7 de septiembre de 1649.

³ En su carta a Renato Almeras, dice San Vicente con mayor exactitud: «dieciocho o veinte meses»; según el catálogo del personal, Simón Busson ingresó en la Congregación «por cuaresma de 1648».

⁴ Cfr. Mt 21.31.

Lo que he de deciros con ocasión de esta conferencia, es que jamás he observado un solo defecto en este joven, ni uno solo. Cuando le hablaba me parecía ver en él un ángel sin mancha, un hombre prevenido por la gracia, llena de humildad, de obediencia, de mortificación, de mansedumbre, de piedad, de fervor. Todas esas virtudes las tenía, al menos en un grado más que mediano.

Entonces, un hermano que ya había hablado y quería añadir algún detalle interrumpió al padre Vicente. Este le pidió que callara.

Hermano, pronto van a tocar a coro y hay tantas cosas que decir sobre las virtudes que hemos observado en este buen joven, que no bastaría con unas cuantas horas. Hay aquí tantas personas que lo han conocido, que no queda tiempo para que puedan comunicarnos todo el bien que en él han observado. Por eso no sé si convendrá dejar este tema para otra conferencia para la edificación común y para excitar nuestra frialdad; ya lo pensaremos. Esperando que todo esto haya sido para la gloria de Dios y edificación de la congregación, le pido a Dios que nos dé la gracia de aprovecharnos del suave olor que se ha esparcido por nuestros corazones. ¡Si las virtudes pudieran verse lo mismo que se ven las plantas que brotan de la tierra, cuánto se las podría apreciar entonces en un pobre cuerpo! Si penetrásemos más adentro, encontraríamos cosas todavía más hermosas que las que se han dicho. Entretanto, démosle todos juntos gracias a Dios por las que concedió a este buen hermano Simón y roguémosle que nos dé la gracia de imitar sus virtudes. In nomine Domini!

28 [107,XI,155-156]

ALOCUCIÓN DEL 9 DE ABRIL DE 1651
DEUDA DE GRATITUD AL PRIOR ADRIAN LE BON

Adrián Le Bon ha sido un padre para la compañía. La gratitud nos pide que recemos por él.

Conferencia 28. — Ms. du frère Robineau, p. 136.

Cuando Adrián Le Bon exhaló su último suspiro, el padre Vicente se levantó y dijo a los misioneros presentes en la cámara mortuoria:

Bien, hermanos míos, nuestro padre está ya delante de Dios; somos hijos suyos; ha sido un padre que ha tenido con nosotros tanta bondad como puede un padre tener con sus hijos. Quiera tu bondad, Dios mío, aplicarle las buenas obras y pequeños servicios que la compañía ha procurado hacer en tu honor hasta el presente. Te las ofrecemos, Dios mío, suplicándote que se las apliques. Muchos de nosotros estábamos quizás en la indigencia, y él nos ha provisto de sustento para alimentarnos y mantenernos. Hemos de tener cuidado, hermanos míos, de no caer en ese miserable pecado de ingratitud para con él y para con todos estos buenos padres ¹, de quienes somos hijos y a quienes hemos de reconocer y respetar como tales. Hemos de sentir mucha gratitud para con ellos por el bien que nos han hecho, y procuremos todos los días, hermanos míos, acordarnos del padre prior y de rezar a Dios por él.

29 [224, XII, 437-444]

RESUMEN DE LA CONFERENCIA
COMO OCUPARSE DE LOS EJERCITANTES ¹

Tres motivos para ocuparse debidamente de los ejercitantes. Medios espirituales, consejos prácticos para ayudarles: cómo tratar con ellos, no atraerlos a la compañía, enseñarles a meditar y recomendarles que sigan el reglamento del retiro.

El padre Vicente dijo, al comienzo de la conferencia, que había pensado varias veces en dar este tema y que había pensa-

¹ Los religiosos del antiguo priorato de San Lázaro.

Conferencia 29. — Manuscrit des Conférences.

¹ La conferencia no lleva fecha. Este tema fue tratado en San Lázaro en 1652, el 27 de octubre de 1656, el 17 de enero de 1659, el 16 de abril de 1660 y sin duda alguna otras veces antes de 1650.

do en los mismos motivos que los ya mencionados, ya que lo más probable es que Dios comunique los mismos pensamientos a casi todos.

He aquí el primer motivo. Que la compañía tiene vocación para esto; Dios la ha llamado para esto; esto se demuestra porque empezó sin ese plan y sin pensar en dar ejercicios; pero poco a poco, sin darse cuenta, se fue metiendo en ello. Creo, dijo, que fue el padre Coqueret ² el que empezó, y luego envió a que los hicieran sus alumnos; luego el primero llevó al segundo; el segundo al tercero; y así hasta ahora.

Segundo motivo. Según san Agustín, las prácticas de las que se desconocen los autores, vienen de los apóstoles, y por consiguiente de Dios. Lo mismo pasa con esta obra de los señores ejercitantes, porque no tiene autor; es Dios. El padre Vicente añadió que en ella no había nada suyo, lo mismo que en las demás prácticas de la casa, como veremos algún día, dijo. Así pues, veamos la obligación que tenemos de continuar esta obra, ya que es Dios el que la ha establecido y es su autor; y esto con fervor, no sea que Dios les pase a otros la gracia que nos ha dado, para que la realicen mejor que nosotros; esto es lo que pasará, si la cumplimos con tibieza.

Tercer motivo. Dios se sirve para esta obra de los obreros más pobres de su iglesia. Si consideramos los grandes talentos la virtud, la piedad y la devoción de los demás, resulta que somos los peores; tal es el sentimiento que debe tener cada uno en su interior; y si los particulares están obligados a pensar así, ¿por qué no la compañía, que está compuesta de esos particulares? Se ha ido en contra de todas las máximas. *Nemo dat quod non habet*, sin embargo, unos hace ya dieciocho meses, otros un año, otros seis meses, otros cuatro meses, dirigen a los ordenandos. Unos pobres seminaristas, que todavía ayer estaban en pecado, se convierten en directores de aquellos con quienes vivieron la vida del siglo. Fíjense, padres, cómo no hay nada nuestro en ello: es Dios el que lo hace.

Luego, el padre Vicente añadió:

² Doctor de Navarra y muy amigo de San Vicente.

Todavía tengo más motivos, pero pasemos a tratar de los medios.

El primer medio es considerar que es la obra de las obras, mayor que la obra de la creación, pues se trata de convertir a un pecador en justo, a un vicioso en un hombre perfecto. La creación del mundo no es tan difícil, ya que dixit et facta sunt ³; la nada no puede resistirse a Dios; pero en este ejercicio, la voluntad del pecador, sus inclinaciones, sus pasiones, sus tentaciones, todo esto se opone a los designios de Dios. Miren, padres, cuánta es la grandeza de esta obra. Es tan difícil conseguir que un pecador se aparte del pecado como hacer que la piedra suba para arriba, como hacer que la pluma y el fuego bajen para abajo. Sin embargo, éste es el plan de Dios, ésta es su voluntad: que de un pecador hagamos un santo, que hagamos reinar a Dios en su alma, para ganarla más perfectamente para él.

Segundo medio es entregarse a Dios para ello, pedirle que nos dé su espíritu para la dirección de los ejercitantes, mostrarle a Dios frecuentemente nuestros anhelos y nuestros deseos de su gloria. ¡Ay! ¡Nosotros nada podemos! ¡Es él el que tiene que hacerlo! Y entonces el padre Vicente refirió lo que un padre franciscano escribió sobre la forma de visitar a los enfermos, esto es, al salir para ir a visitarlos, elevar el corazón a Dios: «¡Oh, Dios mío! Dame la gracia de consolar a ese pobre enfermo, etcétera». También nosotros tenemos que decir: «¡Oh, Dios mío! Dame la gracia de poder ser útil a este ejercitante. ¡Dios mío! Ya que es tu voluntad, dame la gracia de portarme bien en esta visita; la hago por amor a ti». Y dijo que la oración era muy eficaz y que es el mejor medio. Nos habló de la fe de un escribano de la corte suprema, que tiene tanta confianza en la oración que, cuando pide alguna cosa para la gloria de Dios, la obtiene; y esto por mediación de la santísima Virgen, de san Pedro y de san Pablo.

Tercer medio es creer que Dios nos envía al ejercitante. Nuestro Señor fue enviado por su Padre eterno a los hijos de Israel que andaban perdidos: *Missus sum ad oves quae perie-*

3 Sal 32,9.

rant⁴. Es la gracia que nos ha dado por esta ocupación; nos ha elegido para dirigir a los ejercitantes. Y el padre Vicente indicó que Jesucristo había sido dado por Dios a los israelitas para redimirlos, y éstos a Jesucristo para que fueran redimidos; y el profeta fue dado a la viuda de Sarepta para alcanzarle de Dios un hijo, y recíprocamente la viuda fue dada al profeta para atender a sus necesidades. Y no hemos de creer que es una casualidad el que hayamos sido dados como directores a los ejercitantes, sino que Dios nos ha elegido para esto, y que al traerlos aquí ha escogido a uno de vosotros: a Pedro, a Juan, a Antonio, para que fuera su director; y les da la gracia para dirigirlo, de forma que, cuando el superior o algún otro nos dedica a dirigirlos, hay que elevar nuestro corazón a Dios y decirle: «¡Dios mío! ¡Tú eres el que me lo envía, concédeme tu gracia!»; y antes de ir a otro sitio, acudir a postrarse humildemente ante el santísimo sacramento del altar y decirle a nuestro Señor: «Dios mío, tú me envías un alma redimida por tu preciosa sangre y quieres que yo haga que ella se aproveche de tu sangre derramada por ella y pueda decir algún día en el juicio que yo soy su corredentor, lo mismo que tú, Dios mío; te doy las gracias por ello», o alguna cosa semejante...

Después de esto, hay que ir a ver al ejercitante y entretanto orar a Dios, ofrecérselo a Dios, rezar a su ángel de la guarda, llenarse de espíritu de humildad, y no de doctor, de autoridad, de mando; ¡oh, Dios mío! ¡no!, y entrar en su habitación modestamente alegre y alegremente modesto, decir con él el Veni *Sancte Spiritus*, y luego preguntarle cómo está y, cuando haya respondido: «Bien, gracias a Dios», decirle: «¡Que Dios le bendiga por el deseo que usted tiene de hacer este retiro!», felicitarle y procurar animarle, porque estará preocupado de lo que harán con él, al verse solo en su habitación.

Si es posible, hay que saber mezclar estos tres colores; la modestia, la alegría y la mansedumbre, procurando demostrarle así que se va con sumisión y humildad, como si se le dijese: «¡Ay, señor! Me han escogido para dirigirle, pero soy incapaz de ello; yo he sido muy pecador y lo sigo siendo; he abusado de las gracias de Dios y sigo abusando», o alguna cosa semejan-

4 Mt 15,24.

te. Guárdense de preguntarles quiénes son; a muchos les ha molestado esa pregunta; podrían decirse en su interior: «Mira qué hombre tan curioso! ¿para qué querrá saber quién soy?». Preguntadles más bien: «¿Ha hecho ya alguna vez ejercicios?». Dirán que sí o que no. Si dicen que sí, añadid: «¿Se acuerda usted todavía de las prácticas?». Responderán ordinariamente: «Sí, padre; pero en general solamente. Será conveniente que me las recuerde usted». Y entonces podréis enumerar esas prácticas.

Luego, hay que explicarles la finalidad de los ejercicios: se trata de llegar a ser un perfecto cristiano y perfecto en la vocación en que uno está: perfecto estudiante, si es estudiante; perfecto soldado, si es soldado; perfecto juez, si es un hombre de justicia; perfecto eclesiástico, como san Carlos Borromeo, si es sacerdote.

Finalmente, seamos desinteresados; no les digamos nada que les demuestre que nos gustaría tenerlos en nuestra compañía, ni siquiera lo deseamos: *non concupisces*⁵. Sabed, hermanos míos, que si Dios ha concedido alguna gracia a esta pequeña compañía, ha sido por el desinterés que siempre ha tenido. Y quede esto dicho sobre la primera entrevista.

El padre Vicente añadió que le habían impresionado mucho los motivos del hermano Carlos, así como los de los demás, por la gracia de Dios; y que esos sentimientos no son fruto de la voluntad humana, sino de Dios, y que nunca había visto a la compañía tan impresionada. Luego, volviendo a lo que se decía, repitió con fuerza y decisión: «El desinterés», añadiendo que en esto tiene que seguir el atractivo de Dios y su voluntad. ¡Oh, no quiera Dios, hermanos míos, que doblemos e inclinemos la voluntad de Dios hacia la nuestra! ¡Hemos de seguirla nosotros a ella! ¿No es esto justo, padres, no es esto justo?

El padre Vicente refirió el ejemplo de un joven, con el alma más bella que él había visto jamás entre los ejercitantes. Al difunto padre de la Salle, que era su director, le dijo que quería ser de la casa, y se habría decidido si se le hubiera dicho la más mínima palabra sobre ello. El padre de la Salle consultó al padre Vicente, que le aconsejó no dijese nada. Ahora ese joven está con los capuchinos, haciendo cosas maravillosas. Hemos de te-

⁵ Rom 7,7; 13,9

ner este desinterés; hay que seguir la voluntad y el atractivo de Dios.

Pero me diréis: «El fin de los ejercicios es perfeccionarse en su vocación o escoger una; ¿y si resulta que el ejercitante quiere entonces escoger una, *verbi gratia*, entrar en religión?». En ese caso, no hay que creer a su pequeño espíritu, sino juzgar según las máximas del evangelio. Por ejemplo, a veces el que quiere dejar el mundo es un letrado, un juez, un sacerdote, que hace mucho bien en su provincia: de suyo el juicio humano dirá que hay que convencerle de que permanezca en su vocación. ¡Dios mío! No hay que portarse así, sino más bien según las máximas del evangelio, en la historia de aquel joven que le preguntaba a nuestro Señor cuál era el medio de ser perfecto. «Hay que guardar los mandamientos de Dios», le respondió el Salvador. Y como el joven dijese que los había cumplido siempre, nuestro Señor prosiguió: *Vade et vende omnia quae habes et da pauperibus* ⁶. Es que guardar los mandamientos es una gran perfección, pero no basta para todos. Como el joven añadiera: «Ha muerto mi padre; permíteme que vaya a sepultarlo», nuestro Señor respondió: *Sinite mortuos sepelire mortuos suos* ⁷. ¡Pues qué, Dios mío! Me parece que aconsejas una injusticia, dado que tú mismo has ordenado que queden deshonrados todos los que deshonran a sus padres. Pero no es deshonrar a los padres dejarlos para seguir a nuestro Señor. De esta forma, en el retiro, hay que resolverlo todo según las máximas del evangelio.

También es conveniente preguntar a los ejercitantes para qué hacen el retiro, y esto les gusta. Les diréis: «Señores, unos vienen para extirpar algún vicio que les atormenta especialmente; otros, para adquirir alguna virtud; otros, para perfeccionarse en su vocación; otros, para escoger una».

El padre Vicente indicó que hay que orientar el retiro a la finalidad de quien lo hace. Dijo que había fines generales, como el de hacer de un pecador un justo. Añadió que, cuando los ejercitantes dicen que sienten ganas de abandonar el mundo, hay que responderles que hagan honor a este pensamiento; y cuando bajan a los detalles, manifestando sus deseos de ser cartujos,

6 Mt 19,21.

7 Lc 9,60.

capuchinos, jesuitas, recomendémosles también que hagan honor a esta idea, sin demostrarles nunca que los querríamos entre nosotros. Si dicen que tienen ganas de ser de nuestra compañía, invitémosles también a respetar esta idea y ayudémosles como les ayudaríamos si manifestasen otro deseo. Y si se les ocurre aquí este deseo, no hay que disuadirles por ese motivo.

Al final, el padre Vicente exhortó a la compañía a continuar este ejercicio después de su muerte, los mayores, los que les siguen y los jóvenes, aun cuando llegara a cansarles, como era de prever.

Medios para dirigir a los ejercitantes. — Cuando no saben meditar, hay que preguntarles si han estudiado. Si son teólogos o médicos, digámosles que se trata casi de un estudio de filosofía o de teología, a no ser que los teólogos y los médicos sólo utilizan la memoria y el entendimiento, mientras que en la meditación se recurre también a la imaginación y al sentimiento, y añadamos que las razones se sacan de las consideraciones. Si no han estudiado, aconsejémosles que tomen un libro en la mano, que se detengan en una consideración particular y se paren allí largo tiempo, a fin de permitirle que se fije en la memoria, para que se acuerden de ella; en el entendimiento, para que comprendan aquella verdad; y finalmente en la voluntad, para que se aficionen a ella. *Sicut oleum effusum* ⁸. El padre Vicente recomendó mucho esta práctica.

Segundo medio. — Hay que recomendar a los ejercitantes la fidelidad al reglamento del retiro. Conviene saber discernir la calidad de los dirigidos; pues hay que dirigir de diferente manera a un hombre de gran condición y a un hombre ordinario, a un ignorante y a un sabio. Pero la fidelidad hay que recomendársela a todos. Puede ser útil recurrir con los grandes a alguna comparación; por ejemplo, como las dietas recetadas por los médicos aprovechan mucho, si se observan con todas sus circunstancias, lo mismo pasa con la fidelidad al reglamento del retiro. También hemos de instruirles en lo tocante al orden de la jornada, al método de la oración y del examen particular, recomendarles que no salgan de sus cuartos antes de estar vestidos, y que guarden silencio.

⁸ Cant 1,2.

SOBRE LA CONDENACIÓN DE JANSENIO

Dar gracias a Dios por librarnos del error.

Cuando la condenación de las cinco proposiciones de Jansenio, el padre Vicente dijo a su comunidad «que había que dar gracias a Dios por la protección que otorgaba a la Iglesia, y especialmente a Francia, para purgarla de esos errores, que iban a arrojarla a un gran desorden». Añadió que, «aunque Dios le había concedido la gracia de distinguir el error de la verdad, antes incluso de la definición de la Santa Sede apostólica, no había tenido nunca por ello ningún sentimiento de vana complacencia, ni de vana alegría por ver que su juicio había sido siempre conforme con el de la Iglesia, reconociendo que esto era efecto de la pura misericordia de Dios, por lo que se sentía obligado a darle gloria».

31.

CONDENACIÓN DE JANSENIO. JUNIO DE 1653

Las 5 proposiciones fueron condenadas el 31 de mayo de 1653, pero la condenación no se promulgó hasta el 9 de junio. El 29 de junio, el padre Vicente escribía que la noticia había llegado a París (IV, 620).

La víspera de Pentecostés, 31 de mayo de 1653, el papa Inocente X, por su bula enviada a Francia, condenó 5 proposiciones de Jansenio.

El padre Vicente habló entonces a su comunidad, refiriéndole que el papa había dicho a los señores diputados

Conferencia 30. — L. ABELLY, *o. c.*, III, cap. 2, 7.

¹ Véase la conferencia siguiente.

Conferencia 31. — Ms. du frère Louis Robineau, p. 57.

«que nunca en su vida había recibido tan gran abundancia de luz y de gracias, sobre todo la víspera y el día de la pronunciación de la bula. Su Santidad quiso asistir personalmente, a pesar de tener 79 años, a las conferencias y estuvo en ellas a veces hasta 3 ó 4 horas enteras, a pesar de las súplicas y advertencias que le hacían sus parientes y amigos de que no lo hiciera, ya que esto le mataría y perjudicaría notablemente a su salud; pero, a pesar de todos estos ruegos y advertencias, él había tenido movimientos interiores tan urgentes que no hizo para nada caso de esos ruegos y advertencias».

También nos dijo que la mayor preocupación de toda su vida había sido la de entregarse a las nuevas opiniones, con miedo de adherirse a ellas. En tiempos de la herejía de Arrio se quebraron muchas columnas, lo mismo que en tiempo de Calvino; después de habernos dicho esto, siguió su discurso diciendo: «Hemos de dar muchas gracias a Dios por haber preservado a la compañía de este mal que hoy vemos condenado por la Santa Sede. Cuando nos encontremos con algunos de los que tenían estas opiniones, no hemos de reprochárselas, sino más bien pasar todo esto en silencio».

32 [109, XI, 157]

EXTRACTO DE UNA CONFERENCIA ¹
ELOGIO DE JUAN LE VACHER

El padre Le Vacher, que está en Túnez, ha conseguido allí grandes frutos, aunque siempre ha tenido que soportar afrentas; pero así es cómo la virtud se robustece ², cómo Dios da fuerza y cómo aumenta los ánimos para no disminuir el celo por cualquier sufrimiento. Cuando un corazón se encuentra en esas situaciones, se siente especialmente robustecido por Dios; Dios da una fe, una claridad, una evidencia de fe tan grandes que se

Conferencia 32. — Vie manuscrite de M. Jean Le Vacher, p. 15.

¹ Esta conferencia debe situarse después de la muerte de Julián Guérin; por tanto, entre 1648 y 1660.

² Cfr. 2 Cor 12,9.

desprecia todo; no se asusta uno entonces ante la muerte. En aquel sitio hay muchos peligros y mucho que sufrir todos los días. Pero él no quiere salir de allí, deja pasar todas las ocasiones de descanso y prefiere correr todos los riesgos. Demos gracias a Dios por todo esto y pidámosle que nos dé ese espíritu de ir a todas partes, de sufrir, de pasar por todo para salvar al prójimo.

33 [110,XI, 157-165]

CONFERENCIAS DE LOS DÍAS 16 Y 23 DE OCTUBRE DE 1654

SOBRE LA POBREZA

Faltas contra la pobreza. No pedir nada ni rechazar nada. No tener nada superfluo o especial.

Los viernes 16 y 23 de octubre de 1654 se tuvo la conferencia sobre el tema de la virtud de la pobreza, que contenía tres puntos: en el primero, las razones que tenía la compañía para entregarse a Dios en la práctica de esta virtud según la promesa que cada uno ha hecho a Dios; en el segundo, las faltas que se han observado en la compañía contra esta virtud, y las que se pueden cometer; y en el tercero, los medios para mantenerse debidamente en la práctica de esta pobreza y observarla cumplidamente.

El padre Vicente, que presidió esta conferencia, me hizo el honor de llamarme para tomar la pluma y recoger las faltas que señalasen los que hablaban sobre este segundo punto, para que pudiera ponerse cuanto antes el remedio contrario y pensar en lo que había que hacer.

Así pues, estas son las faltas que se indicaron, junto con algunos medios y los nombres de los que hablaron.

En primer lugar, el hermano *Alejandro Véronne*¹ dijo que era una falta contra esta virtud de la pobreza, profesada en la com-

Conferencia 33. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 5.

1. *Al margen:* Nota que el hermano Alejandro Véronne era entonces el encargado de comprar las provisiones para la comunidad.

pañía, ser demasiado espléndidos y liberales con los bienes de la casa, 2.º hacer y dedicarse a cosas superfluas, trabajos inútiles, etcétera; 3.º en la cocina y en la despensa, va contra la pobreza arrastrar los muebles, dar demasiada carne, pan, vino y otras cosas; 4.º dejar que se estropeen las mantas, los colchones; 5.º pedir prestado dinero de fuera y, con ese pretexto, emplearlo en uso propio; 6.º rechazar la ropa que se da; 7.º en la zapatería, mandar hacer calzado a la moda, con tacones altos; lo cual ha sido causa de que haya habido que rehacerse los a algunos por no poder utilizarlos. Los hermanos jesuitas que se ven por el mercado van siempre uniformados en el hábito, zapatos, sombreros, manteos, y siempre vestidos de la misma forma. Al comienzo, también la compañía de la Misión se mantenía en ese mismo estado. ¡Qué lejos estamos ahora de aquello! Y entonces veíamos cómo el padre Dehorgny usaba a veces hábitos raídos, una sotana vieja, y así en lo demás.

El primer medio consiste en entrar por esta práctica y tomar todo lo que se dé, excepto las cosas que uno no puede llevar, como por ejemplo, un alzacuellos demasiado alto que, por eso mismo, le hace a uno daño; en ese caso, se puede avisar al encargado.

En segundo lugar, no querer estar nunca bien provisto de todo, sino sentirnos contentos de que nos falte siempre algo.

El hermano Tratebas. — La primera falta es usar de alguna comodidad o de algunos bienes que uno pueda tener, y esto sin permiso, ya que la pobreza nos quita el uso, aunque no el dominio; el que utilizase alguna cantidad notable, como veinte libras, podría llegar a pecado mortal; 2.º recibir algo sin permiso, es falta por hacerlo sin permiso, como un cuchillo o algo semejante; 3.º no poner mucho cuidado en las cosas que usamos y que hemos de conservar; dejar las ropas llenas de barro o de polvo, también va contra la pobreza; así como también dejarlas sucias, pues a veces hay que dárselas a otro, y a éste le cuesta aceptarlas; 4.º no contentarse con lo que se le da a uno; 5.º quejarse de la comida, de la bebida o de alguna otra cosa.

El primer medio es aceptar esta práctica; el segundo, no pedir nunca cosas necesarias, a no ser las que no se ven por fuera; pero de las que se ven por fuera, no pedir las, sino esperar que

los encargados se den cuenta de que lo necesitamos y nos lo den; el tercero, no rechazar nunca nada de las cosas que nos dan.

El hermano Lapostre. — La pobreza consiste en no apropiarse nunca de ninguna cosa de la comunidad, ni de las cosas de fuera que nos pertenecen, más que según el beneplácito del superior, a quien hay que pedir permiso; obrar de otra manera es ir en contra del voto de pobreza. De las cosas de la comunidad no tenemos ni el dominio ni el uso; para las cosas de fuera que nos pertenecen, sólo tenemos el dominio y no el uso.

2.º También es una falta contra esa virtud de la pobreza de la que hablamos, comprar alguna cosa sin permiso.

3.º No se puede dar nada sin permiso, ni siquiera darle a uno de comer; el hacerlo es una falta contra la pobreza ².

4.º Dejar que se estropeen las cosas que usamos.

5.º Apropiarse de algún libro, con el pretexto de guardarlo, sin permiso del superior; para ello, hay que preguntarle de antemano si le parece bien.

En sexto y último lugar, es también una falta contra la pobreza tener alguna cosa sin permiso, o tener algo superfluo.

El primer medio consiste en adoptar la práctica de no pedir nada ni rechazar nada, especialmente respecto a las cosas que no son necesarias. En segundo lugar, es conveniente que alguien se cuide de atender a las necesidades de cada uno ³.

El padre Almerás. — Faltas: 1.º Tener tapete en la mesa, colgaduras de cama, un montón de libros, aunque sea con permiso; 2.º Pedir libros una vez al asistente, otras al superior, luego al asistente, y así sucesivamente, como por ejemplo, porque desea uno leer ciertos tratados, y conservar esos libros después de leídos; 3.º *item*, de todas las demás cosas, como un cuchillo u otras cosas superfluas, por miedo a quedarse sin ellas, o con el pre-

2 *Al margen:* Aquí el padre Vicente, tomando la palabra, dijo que, para invitar a comer a los parientes o amigos, hay que pedir permiso las menos veces que se pueda.

3 *Al margen:* Aquí el Padre Vicente recomendó a los encargados de atender a las necesidades de los demás, que pusieran gran interés en ello; y al padre Almerás, que se fijase y lo hiciera cumplir.

texto de que dentro de algún tiempo, por ejemplo dentro de un año, podremos necesitarlas; 4.º conservar lo que sobre del dinero de un viaje que hayamos hecho y pedirle al superior: «Padre, ¿le parece que compre alguna cosa con esto?»: esto es una falta; lo que hay que hacer es darle el dinero al procurador y esperar luego dos o tres días, y entonces, si se necesita comprar alguna cosa, ir a pedírselo al superior; 5.º durante el viaje, darse buena vida por el camino y comer manjares demasiado delicados; 6.º al ir de una casa de la compañía a otra, llevarse todo lo que uno pueda, llenar el saco; 7.º así como también llevarse muchos libros, cuando uno va a la misión o al campo; 8.º ocultar muchos objetos, por miedo a que los vean: pequeños crucifijos, agnusdei, rosarios, en una cajita, y no sé cuántas estampas. Todo esto, dijo, son faltas contra la pobreza, y no he visto nunca que personas de esa clase, que hayan estado apegadas a esos objetos, hayan permanecido en su vocación, ni siquiera en el seminario.

Uno de los medios principales para unirnos a Dios es la práctica de la pobreza, etcétera.

A continuación el padre Vicente, nuestro veneradísimo padre, concluyó esta conferencia de la manera siguiente y presentó como primer motivo para guardar la pobreza este pasaje de san Mateo: «Vended todo lo que tengáis y dádselo a los pobres, etcétera» 4.

El segundo motivo es que se le hemos prometido a Dios. Un día Jefe hizo voto de que, si ganaba la batalla, le ofrecería a Dios en sacrificio la primera criatura que se presentase a él a su vuelta; su hija, al saber que volvía victorioso su padre, quiso ir a su encuentro para felicitarle por su triunfo y alegrarse con él; pero él, al verla, exclamó: «¡Dios mío! ¿Es menester que sea mi propia hija?». Y entonces le entraron grandes angustias, al considerar por un lado que lo había prometido a Dios con voto, y por otro que tendría que morir su hija; y era quizá su única hija; y cuando él le dijo que tendría que morir, por habérselo prometido a Dios, ella le pidió tiempo para llorar su virginidad; él se lo concedió; y luego, al cabo de poco tiempo, la hizo morir,

4 Mt 19,21.

antes que faltar a la palabra dada a Dios ⁵. ¡Y qué es lo que no hizo Abraham, antes de dejar de obedecer a Dios! ⁶.

Sabemos que los antiguos filósofos despreciaron las riquezas hasta el extremo, a pesar de ser paganos; testigo de ello es uno que no recuerdo... ¿Se acuerda usted, padre de la Fosse? — El padre de la Fosse le dijo que era Diógenes. Bien, Diógenes, o quien quiera que sea, continuó el padre Vicente; Alejandro le envió un día una gran cantidad de dinero, él pensó para sí: «Alejandro me envía esto, porque soy un hombre de bien; por eso mismo dijo a los que se lo habían llevado, decidle a Alejandro que me deje seguir siendo lo que soy».

San Gregorio quiso que cierto religioso, en cuya habitación se habían encontrado diez monedas, se viese privado de la visita y del trato con los demás religiosos; el mismo santo ordenó que, al morir, su cuerpo fuera enterrado en el campo público. Vean, padres, lo que esto significa: ¡y por diez monedas solamente!

Cuando han venido para entrar en la compañía, les dijeron que había que hacer y guardar el voto de pobreza, y contestaron que así lo harían; al cabo de un año, hicieron el propósito; al cabo de dos años, hicieron los votos. ¡Y después de ello, faltar a ese voto, entristecerse de haber hecho lo que se ha hecho, arrepentirse de ello y decir que, si hubiera que volver a hacerlo, no lo harían! ¡Ay padres y hermanos míos! ¡qué estado tan deplorable! ¡Empeñarse incluso en que le den a uno dispensa, lamentarse de haber hecho bien las cosas y estar en una situación tan digna de lástima! ¡Oh, Salvador mío! ¡Salvador mío y Dios mío!

El estado de los misioneros es un estado apostólico, que consiste, como los apóstoles, en dejarlo y abandonarlo todo para seguir a Jesucristo y hacerse verdaderos cristianos; es lo que han hecho muchos de la compañía, que han dejado sus parroquias para venir a vivir aquí en la pobreza y, por tanto, cristianamente ⁷; y, como me decía un día cierta persona, sólo el diablo puede decir algo en contra de la Misión; ir, por ejemplo, de aldea

⁵ Juec 11,29-40.

⁶ Gén 22.

⁷ *Al margen*: Hay cierto pasaje en donde se dice que ser pobre y cristiano es la misma cosa.

en aldea para ayudar al pobre pueblo a salvarse y a ir al cielo, como veis que se hace. Por ejemplo, el buen padre Tholard, que está allí ahora, y el señor abad de Chandénier ⁸, teniendo incluso que dormir sobre la paja ⁹.

La primera falta contra la pobreza es ocultar alguna cosa, por ejemplo, los libros;

2.º Comprar alguna cosa, bien con dinero de la casa o con dinero de sus padres, sin permiso.

3.º Tener cajones cerrados en el cuarto, o una maleta.

4.º Muchos libros.

5.º Dinero.

6.º No entregar el dinero al procurador, al volver del campo, va contra la santa pobreza, aunque sólo se guarde el dinero para entregarlo al día siguiente.

7.º Un superior que arregla bien su cuarto, y esto a costa de la casa, obra contra la santa pobreza; las incomodidades con que se tropieza en las casas particulares sólo nacen por culpa de los superiores que no han observado bien ni han hecho observar esta santa virtud. Hoy he recibido una carta de una persona de la compañía, que me escribe: «Padre, tal superior ha pasado hoy por aquí con una hermosa casaca y dos maletas; ¿no remediará usted esto antes de morir?». Le he contestado que lo haría y que pondría remedio a esta miseria.

8.º Un superior particular que vende o compra algo en beneficio de la casa de que es superior, comete una falta contra esta santa virtud, así como también el que compromete a la casa sin órdenes del superior general.

9.º El que manda hacer algo para adornar una construcción, o cualquier otra cosa no necesaria, falta contra esta virtud de la pobreza.

El primer medio consiste en entregarnos a Dios para observar bien la santa pobreza; el segundo, ir a visitar las habitaciones de vez en cuando. Les ruego a los encargados que tengan cuidado en esto. Que empiecen mañana por la mía, luego por la

8 Luis de Chandénier, abad de Tournus.

9 *Al margen*: Nota que estos señores estaban misionando entonces cerca de Maule.

del padre Portail, la del padre Alméras ¹⁰ y el padre Chrétien ¹¹. En mi habitación hay dos mantas que utilizo para sudar; que las quiten. Gracias a Dios, mi habitación de arriba no está cerrada, ni tampoco la sala de abajo ¹².

Les ruego a los sacerdotes que celebren mañana la santa misa, y a los hermanos que ofrezcan el domingo próximo su comunión, para dar gracias a Dios de que haya inspirado a alguien de la compañía (creo que es el padre Portail) tener una conferencia sobre esta virtud; también me gustaría que le dierais gracias por ese mismo medio porque ha permitido que recibiéramos hoy, tan oportunamente, este aviso del que acabo de hablar.

Espero, con la ayuda de Dios, escribir una circular y enviarla a todas las casas de la compañía, a los superiores, para que tengan una conferencia sobre este mismo tema de la pobreza, e indicarles lo que se ha hecho aquí, para que hagan y observen las mismas cosas y visiten las habitaciones de los de su casa.

El padre Vicente rogó al padre Alméras que fuera por todas las habitaciones, que quitase las cortinas de la cama y otras cosas, diciendo que en la Misión se acostumbra dormir sin cortinas; que pusiera remedio a ese montón de libros que algunos tienen en sus cuartos, que mandase a la biblioteca los superfluos y que procurase practicar esta virtud que atraerá mil bendiciones, afirmó, sobre la compañía.

34 [111, XI, 166-168]

CONFERENCIA DEL 13 DE NOVIEMBRE DE 1654

SOBRE LA CASTIDAD

Esta conferencia tenía tres puntos: el primero, razones para conservar y adquirir la virtud de la castidad; el segundo, faltas que se pueden cometer contra esta virtud; el tercero, medios para adquirirla o conservarla.

10 Asistente de la casa madre.

11 Sub-asistente de la casa.

12 *En nota:* Nota que la habitación de arriba es el cuarto donde duerme el padre Vicente; y la sala de abajo es la de san José. donde recibe a los externos que vienen a tratar o a hablar con él.

Conferencia 34. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 9.

Primer punto. — Hay precepto de Dios que nos obliga a guardar la castidad, etc.; 2.º se lo hemos prometido a Dios; el que falta, comete un doble pecado; lo mismo que el que hace este voto, tiene un doble mérito, o al menos un mérito mayor, etcétera; 3.º a causa de la ocupación de los misioneros, que consiste en tratar con muchas personas de uno y otro sexo, etc.

Segundo punto. — Faltas que pueden cometerse contra esta santa virtud: 1.º en pensamientos; 2.º en palabras; 3.º en obras; 4.º en omisiones.

En palabras: no decir nunca palabras que tiendan a ese pecado, y no tolerar ningún pensamiento sucio en nuestro espíritu.

Por obras: ¡es algo que ni siquiera hay que nombrarlo! ¡no hay que tolerar jamás en la compañía a uno que haya llegado a eso! ¹ Los padres jesuitas son fieles en despedir a los que ven inclinados a ese maldito pecado y esto es lo que hace que no se oiga siquiera hablar de ellos.

Por omisiones: no hacer lo que Dios quiere que se haga para librar-nos de ello, ni utilizar los medios que nos ha dado. Es una gran falta tocarse, mirarse, oír, etc., acostarse indecentemente, tener antipatía a la mortificación, regalarse, tratarse bien en casa o en el campo, hacerse servir los manjares mejores y más delicados, el mejor vino; todo esto son faltas contra esta santa virtud de la castidad

Tercer punto: Medios. — El primero es beber poco vino, y este poco, mezclado con agua; el segundo, no hablar a solas con las mujeres, ni escribirlas cartas y ser cauto con ellas; el tercero, no aceptar la dirección de las religiosas. Si el obispo así lo ordena, indicarle las razones que tenemos para no hacerlo.

Sí, se me dirá, pero usted, padre, bien que lo hace. — Contestaré que es verdad que el bienaventurado Francisco de Sales me encargó de dirigir la casa de la Visitación de esta ciudad, a

En su deposición en el proceso de beatificación de san vicente, el hermano Chollier declaró que el resumen de esta conferencia era del hermano Luis Robineau.

¹ Cfr. Ef 5,2.

pesar de mi miseria, y que la bienaventurada madre de Chantal me urgió para que así lo hiciera. Pero hace diez o doce años ² que pedí a las religiosas que me excusaran, y estuve dieciocho meses sin ir a verlas; ellas recurrieron a la señora marquesa de Maignelay, y el señor obispo coadjutor, que actualmente es señor cardenal de Retz, me ordenó que continuase. Y después de morir el señor arzobispo de París, aprovechando la ocasión para excusarme, ellas hicieron que los señores vicarios generales me ordenasen continuar; pero, si quiere Dios que vuelva el señor cardenal de Retz ³, haré todo lo que pueda delante de él para descargarme de ello.

Además, no frecuentar nunca a las Hijas de la Caridad ni entrar nunca en sus habitaciones, bajo ningún pretexto. En la conferencia que les di el otro día, les dije que, aunque fuera yo el que iba a entrar en su habitación, me diesen con la puerta en las narices.

Cuando se hable en el locutorio, dejar siempre la puerta abierta y ponerse en un sitio en donde todos nos puedan ver.

Ya avisaremos si será quizás conveniente quitar de aquí el locutorio y acudir más bien a hablarlas en la iglesia; los jesuitas lo hacen en la iglesia; también el Oratorio, los capuchinos y otros muchos. Habrá que pensar un poco en ello; haga el favor de recordármelo, padre Alméras.

En las confesiones, no dejar acercarse demasiado el rostro de las mujeres al nuestro; creo que quizás haya que hacer confesonarios portátiles en forma de tabique.

No dar nunca misiones a las religiosas, a no ser que lo mande el obispo, y luego, no recibir cartas de religiosas, con el pretexto de un consejo que quieran pedirnos, etc.; y decirles, como hizo el difunto padre de la Salle a las religiosas de Crécy, en donde había dirigido una misión: «No me escribáis».

² En el año 1646.

³ Por entonces estaba desterrado. Detenido el 19 de diciembre de 1652 y conducido a Vicennes, el coadjutor pudo tomar posesión mediante procurador de la sede arzobispal de París a la muerte de su tío (21 de marzo de 1654). Trasladado el 30 de marzo de 1654 al viejo castillo de Nantes, logró evadirse el 8 de agosto. El 3 de noviembre estaba en Piombino (Toscana) y el 28 de noviembre en Roma.

La humildad es un medio muy excelente para adquirir y conservar la castidad. Quienes conozcan a algunos de la compañía inclinados a este vicio, tienen que avisar al superior, sobre todo cuando sean personas a las que se quiere enviar lejos, como, *verbi gratia*, las Indias, las Hébridas, etc.; y el que no lo haga, será culpable de las faltas que ellos cometan en aquellas misiones y del mal que sobrevenga.

35 [112,XI, 169-172]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 25 DE ENERO DE 1655

SOBRE LOS ORÍGENES
DE LA CONGREGACIÓN DE LA MISION

Intenciones por las que conviene tomar la comunión en este día: dar a Dios gracias por la fundación de la Congregación. Circunstancias de dicha fundación. Segunda intención: pedir perdón a Dios por faltas cometidas.

El padre Vicente nos dijo, al final de la repetición de la oración, que la compañía debía comulgar por tres fines: el primero, para dar gracias a Dios por la misma compañía en general, de que quisiera Dios dar comienzo a la Misión en el mismo día de la conversión de san Pablo, ya que él hizo la primera predicación para disponer al pueblo a la confesión general, atendiendo a los ruegos que le había hecho la señora esposa del general de galeras, predicación que Dios bendijo abundantemente.

¡Ay, padres y hermanos míos! Nunca había pensado nadie antes en ello, no se sabía lo que eran las misiones; tampoco yo pensaba en eso ni sabía lo que eran; y en esto es donde se reconoce que se trata de una obra de Dios: pues donde no tienen parte alguna los hombres, Dios es el que obra, y esto viene inmediatamente de él; y luego él se sirve de los hombres para ejecutar sus obras. Pues bien, fueron dos cosas de dicha señora para ordenar que se tuvieran confesiones generales en aquel pobre

Conferencia 35. — Manuscrit des répétitions d'Oraison, f^o 15.

pueblo, una de las cuales... Si se lo digo a la compañía, señalaré a cierta familia; ¿se lo diré, Dios mío?...

Entonces se detuvo unos momentos y luego, continuando,. dijo:

Pues sí, he de decírselo, porque además ya no queda nadie de aquella familia: todos han muerto, y el párroco del que voy a hablar, también; sé incluso que uno de sus parientes, que era una persona buenísima y que vino a verme hace algún tiempo, ha fallecido hace poco, y era el último que quedaba de aquella familia. Pues bien, el hecho es que, al confesarse un día la citada señora con su párroco, se dio cuenta de que éste no le daba la absolución, murmuraba algo entre dientes, haciendo lo mismo otras veces que se confesó con él; aquello le preocupó un poco, de modo que le pidió un día a un religioso que fue a verla que le entregase por escrito la forma ¹ de la absolución; así lo hizo. Y aquella buena señora, volviendo a confesarse, le rogó al mencionado párroco que pronunciase sobre ella las palabras de la absolución que contenía aquel papel; él las leyó. Y así siguió haciéndolo las otras veces que se confesó con él, entregándole siempre aquel papel, porque él no sabía las palabras que había de pronunciar, tan ignorante era. Cuando ella me lo dijo, me fijé y puse más atención en aquellos con quienes me confesaba, y vi que, efectivamente, era verdad todo esto y que algunos no sabían las palabras de la absolución.

Ahora bien, aquella buena mujer, que no era todavía más que una muchacha cuando sucedió esto ², al acordarse luego de aquello y considerando el peligro en que estaban todas aquellas pobres almas, para poner remedio a este mal decidió mandar que predicase sobre la forma de hacer una buena confesión general y sobre la necesidad que había de hacerla al menos una vez en la vida; lo que tuvo éxito, como acabo de decir de forma que, al no poder escuchar a todo el pueblo que acudía de todas partes, hubo que pedirle al padre rector de los jesuitas de Amiens que enviase alguna ayuda. Vino él personalmente, pero sólo es-

1 *Forma* = Fórmula.

2 Margarita de Silly se casó con Felipe Enmanuel de Gondi en 1602. Cloy-sault indica en la vida del padre J. B. Romillon que había sacerdotes de la diócesis de Aix que no sabían la fórmula de la absolución (*Recueil de vies de quelques prêtres de l'Oratoire*, t. 1, p. 126).

tuvo hasta el día siguiente, porque tenía que hacer, y envió a algunos de sus padres para ayudarme. Más tarde, al ver los resultados, se pensó en la forma de conseguir que de vez en cuando se fuese a las tierras de dicha señora para dar allí misiones. Me encargaron que hablara con los padres jesuitas para rogarles que aceptaran esta fundación. Me dirigí al padre Charlet ³. Pero me contestaron que no podían aceptar esta fundación, por ser esto contrario a su instituto; de modo que, al ver esto y que no se encontraba a nadie que se quisiera encargar de dar estas misiones, se tomó la resolución de asociar a algunos buenos sacerdotes.

La otra razón que movió a dicha señora fue, como se ha dicho, el peligro en que se encontraban la mayor parte de sus pobres súbditos del campo en relación con su salvación, por no haber hecho una buena confesión general.

Y es también esta primera razón la que ha hecho que nos entreguemos a Dios para encargarnos de los ordenandos, para conseguir que todos los sacerdotes se instruyan debidamente en las cosas necesarias a su condición, como saber pronunciar bien la forma de la absolución y las demás cosas absolutamente necesarias para el uso de los sacramentos de la iglesia. ¡Ay, hermanos míos! ¿Quién hubiera pensado entonces que Dios deseaba hacer, por medio de la compañía de la Misión, el bien que por la gracias de Dios vemos que ha hecho? ¡Ay! ¿Quién podría saber entonces que Dios querría servirse de ella para ir a buscar hasta en los caseríos, hasta el fondo de Berbería, a esos pobres cristianos esclavos, para sacarles, si no de un infierno, al menos de un purgatorio? ¿Y quién podría saber que nos iba a utilizar en tantos otros lugares, como vemos que está haciendo?

Así pues, la primera razón (como acabo de decir) por la que hemos de comulgar hoy es para dar gracias a Dios por la fundación de la Misión; la segunda, para pedirle perdón por las faltas que la compañía en general y cada uno en particular hemos cometido hasta el presente; y la tercera, para pedirle la gracia de corregirnos y realizar cada vez mejor las ocupaciones que le conciernen.

³ Provincial de Francia de 1616 a 1619.

SOBRE LA HOSPITALIDAD QUE SE LE DIÓ AL CARDENAL
DE RETZ EN LA CASA DE ROMA

El padre vicente da gracias a Dios por los actos de virtud practicados por la compañía en esta ocasión.

Tenemos un motivo para dar gracias a Dios por lo que acaba de hacerse a propósito del señor cardenal de Retz, que ha sido recibido por la casa de la Misión de Roma: 1.º porque en esto hemos hecho un acto de gratitud para con nuestro fundador y prelado; 2.º porque en esto hemos obedecido al papa, que ordenó al superior de la Misión de Roma que recibiese en la Misión a dicho señor cardenal; y finalmente, en tercer lugar, por haber hecho aún otro buen acto de obediencia, acatando las órdenes del rey, el cual, al no estar satisfecho de la conducta del señor cardenal de Retz, ha visto mal que lo hayamos acogido en Roma; esto le ha dado motivos para mandar al superior de la Misión de Roma¹ y a todos los sacerdotes misioneros franceses que allí había que salieran de Roma y volviesen a Francia. Y he aquí que ya ha llegado el superior. Ved cómo se van siguiendo todas las virtudes y cómo una engendra a la otra, y ésta a otra. ¡Oh! ¡Cuánto estimo el que la compañía haya cumplido con este deber de obediencia al soberano pontífice! ¡Cuánto deseo que la compañía adopte los sentimientos de inmensa gratitud y que haga especial profesión de obedecer al soberano pontífice, de obedecer al rey su príncipe, de modo que cuando se os diga: «Id»,

Conferencia 36. — Manuscrit des répétitions d'oraison, fº 17.

I Thomas Berthe. Cfr. v, 270, carta de M. Th. Berthe relatando los hechos. VI, 21, carta de san Vicente al nuncio. V, 336, carta de san Vicente a Ch. Ozenne, 12 de marzo de 1655. — La orden de Luis XIV sobre el regreso de los sacerdotes de la Misión a Francia se encuentra en la Bibliothèque Nationale, ms. fr. 20 666, fº 219, Rº minute de Brienne. — La carta de Lionne del 8 de febrero de 1655 da cuentas a Brienne de la ejecución de estas medidas. Archives Aff. étrangères Rome 127, fº 275.

vayáis; y cuando se os diga: «Haced esto», lo hagáis; y cuando se os diga: «Venid para acá», vengáis enseguida! ²

37 [114, XI, 173-176]

EXTRACTO DE UNA CONFERENCIA, ABRIL 1655

NOTICIAS DE FRANCISCO LE BLANC,
MISIONERO EN ESCOCIA

El padre Le Blanc ha sido encarcelado. Está expuesto a morir. Hemos de mantener en nosotros el deseo del martirio y compadecer sus sufrimientos. Trabajos y sufrimientos del padre Le Blanc.

Encomendaremos a Dios a nuestro buen padre Le Blanc, que trabajada en las montañas de Escocia, y que ha sido hecho prisionero por los ingleses herejes, junto con un padre jesuita. Los han llevado a la ciudad de Aberdeen, de donde es el padre Lumsden, que no dejara de verlo y ayudarle. En aquel país hay muchos católicos que visitan y asisten a los sacerdotes que sufren. Entretanto ese buen misionero está en camino hacia el martirio. No sé si hemos de alegrarnos o de afligirnos por ello; pues, por una parte, Dios recibe honor por su detención, ya que lo ha hecho por su amor; y la compañía podría sentirse dichosa si Dios la encontrase digna de darle un mártir, y él está contento de sufrir por su nombre y de ofrecerse, como lo hace, a cuanto Dios quiera hacer con su persona y su vida. ¡Cuántos actos de virtud estará practicando ahora, de fe, de esperanza, de amor a Dios, de resignación y de oblación, disponiéndose cada vez mejor para merecer esa corona! Todo esto nos mueve, en Dios, a sentir gran alegría y gratitud.

Mas, por otra parte, es nuestro hermano el que sufre; ¿no tenemos que sufrir con él? De mí confieso que, según la natu-

Z Cfr. Mt 8,9.

Conferencia 37. — I. ABELLY, *o.c.* l. II, cap. 1, sec. 9, p. 208 s.

raleza, me siento muy afligido y con un dolor muy sensible; pero, según el espíritu, me parece que hemos de bendecir por ello a Dios como si se tratara de una gracia muy especial. Es lo que Dios hace cuando uno le ha hecho notables servicios: lo carga de cruces, de aflicciones y de oprobios. Padres y hermanos míos, tiene que haber algo muy grande, incomprendible al entendimiento humano, en las cruces y en los sufrimientos, ya que Dios suele pagar el servicio que se le hace con aflicciones, persecuciones, cárceles y martirio, a fin de elevar a un alto grado de perfección y de gloria a los que se entregan perfectamente a su servicio. El que quiera ser discípulo de Jesucristo tiene que esperar todo esto; pero debe esperar también que, cuando se presente la ocasión, Dios le dará fuerzas para soportar las aflicciones y superar los tormentos.

El padre Le Vacher me escribía un día desde Túnez que un sacerdote de Calabria, donde los espíritus son rudos y toscos, concibió un gran deseo de sufrir el martirio por su nombre, como en otros tiempos el gran san Francisco de Paula, a quien también inspiró Dios ese mismo anhelo, pero sin que llegara a ejecutarlo, por destinarlo Dios a otra cosa; pero aquel buen sacerdote se vio tan movido por este deseo, que cruzó los mares para encontrar ocasión de ser martirizado en Berbería, donde finalmente murió confesando el nombre de Jesucristo. ¡Oh, si quisiese Dios inspirarnos ese mismo anhelo de morir por Jesucristo, de cualquier forma que sea, cuántas bendiciones atraeríamos sobre nosotros! Ya sabéis que hay varias clases de martirio: pues, además del que acabamos de mencionar, está el de mortificar incesantemente nuestras pasiones, y también el de perseverar en nuestra vocación, en el cumplimiento de nuestras obligaciones y de nuestros ejercicios. San Juan Bautista, por haber tenido el coraje de reprender al rey un pecado de incesto y de adulterio que había cometido, y haber sido matado por este motivo ¹, es honrado como mártir, aunque no murió por la fe, sino por defender la virtud, contra la que había pecado aquel incestuoso. Por consiguiente, consumirse por la virtud es una especie de martirio. Un

1 Cfr. Mc 6.17-19.

misionero, que es muy mortificado y muy obediente, que cumple perfectamente sus obligaciones y vive según las reglas de su estado, hace ver, por medio de ese sacrificio de su cuerpo y de su alma, que Dios merece ser el único servido y que merece ser incomparablemente preferido a todas las ventajas y placeres de la tierra. Obrar de este modo es publicar las verdades y las máximas del evangelio de Jesucristo, no con las palabras, sino con la conformidad de vida con Jesucristo, y dar testimonio de su verdad y de su santidad ante fieles e infieles; por tanto, vivir y morir de esta forma es ser mártir.

Pero volvamos a nuestro buen padre Le Blanc, y consideremos cómo lo trata Dios, después de haber hecho tantas cosas buenas en su misión. He aquí una cosa maravillosa a la que algunos le querían dar el nombre de milagro. Hace algún tiempo, hubo en el mar una especie de mal tiempo que hacía la pesca muy infructuosa y puso al pueblo en una extrema necesidad; le pidieron que hiciera algunas preces y echase agua bendita en el mar, pues se imaginaban que la perturbación atmosférica se debía a algún maleficio; así lo hizo, y Dios quiso que volviera enseguida la serenidad y que abundase de nuevo la pesca.

El mismo fue el que me lo escribió. Otros me han hablado también de los grandes trabajos que sufría en aquellas montañas para animar a los católicos y convertir a los herejes, los continuos peligros a que se exponía y la escasez que padecía, no comiendo más que pan de avena. Por consiguiente, si a un obrero que ama tanto a Dios le corresponde hacer y sufrir estas cosas por su servicio y, después de esto, Dios permite que le vengán otras cruces mayores todavía y que lo encarcelen por Jesucristo y hagan de él un mártir, ¿no hemos de adorar esta voluntad de Dios y, sometiéndonos amorosamente a ella, ofrecernos a él para que cumpla en nosotros su santísima voluntad? Pues bien, le pediremos a Dios esta gracia, le daremos las gracias por la última prueba que quiere hacer de la fidelidad de este servidor suyo y le rogaremos que, si no quiere dejárnoslo, le dé al menos fuerza en los malos tratos que está sufriendo o que pueda sufrir en adelante.

SOBRE LA PRUEBA DE LA TENTACIÓN

*Providencia de Dios sobre las almas que pasan por las pruebas
de la tentación.*

Dirigiéndose a un hermano coadjutor que acababa de manifestar que no sentía ninguna fatiga en las ocupaciones de la casa, el padre Vicente dijo:

Tiene usted muchos motivos para dar gracias a Dios por esa gracia que le concede nuestro Señor. Dios obra algunas veces así en los comienzos, para que las personas se entreguen con gusto a él; las guía primero por medio de ese gusto que hace que les agrade todo, para hacerles pasar luego de allí a la indiferencia; de la indiferencia, a algún pequeño disgusto; del disgusto, al descontento; del descontento a veces a ciertos pensamientos blasfemos, de odio a Dios, a la virtud, a las personas que mantienen el orden. Y esto es un ejercicio al que Dios somete a esas almas para hacer que crezcan en la virtud. Esas son señales de su amor. Y luego, después de haberlas probado así, ¿qué es lo que hace Dios? Las hace entrar en dulzuras y consuelos tan grandes que es una maravilla. Y entonces se puede decir que se ha acabado el cuadro.

Conocí a una religiosa ¹ que sentía tanta aversión al bien y tan grandes y abominables tentaciones, que llegó incluso a tener pensamientos de odio contra Dios, de forma que dijo algunas veces que, si salía de su religión para entregarse a toda clase de placeres, no sería porque se sintiera inclinada a cometer semejantes villanías, sino más bien para disgustar más a Dios y vengarse más de él, conculcando sus órdenes y sus leyes. Y ¿qué es lo que pasó al final de esa prueba? Que Dios, sacándola de ese estado de sufrimiento, la condujo a otro estado de suavidad y dulzura y de anhelos de él tan grandes y admirables que murió finalmente en olor de santidad. Así es como Dios guía a veces a las almas.

Conferencia 38. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 16.

¹ Sor Clara-María Amaury, religiosa de la Visitación.

Hay (nos decía) otra persona, que vive todavía y que yo conozco, que no sabe lo que es tentación ni de la carne, ni de aversión, ni de odio, etc.; sin embargo, no hay ningún alma que se sienta tan tentada de no tener tentaciones como esta. Parece una paradoja, pero es así; y no admite consuelos en esa tentación, puesto que en la sagrada Escritura y en la vida de los mayores santos se dice que todas las almas, a las que Dios ha llevado a la santidad, han tenido que pasar por el sufrimiento; y él mismo quiso someterse a él, a pesar de ser el Santo de los santos. Esto induce a esa misma persona a tener a veces el pensamiento de que está reprobada, ya que está fuera del estado de sufrimiento, pues — dice — está escrito que el que quiera vivir piadosamente, tendrá que padecer persecuciones ², «yo no sufro nada; luego no soy piadoso».

Bien, volviendo a su caso, hermano, de que no siente pena en nada, le digo que tiene que humillarse mucho y desconfiar de ese estado en que está ahora. El verdadero cristiano tiene que obrar continuamente contra sus inclinaciones, y sobre todo los que se han entregado a Dios, o en la religión o en alguna comunidad. San Pablo dice que hacía el mal que no quería hacer y que sentía aversión a hacer el bien que quería hacer ³; también nosotros hemos de superarnos en todas las dificultades y aceptar los males y penas que nos vengan, como cosas que nos vienen de parte de Dios, y permanecer en el estado en que él ha querido ponernos.

39 [116,XI, 179]

FINAL DE UNA CONFERENCIA SOBRE LA TEMPLANZA,
ABRIL DE 1655

ELECCIÓN DE ALEJANDRO VII

El padre Vicente anuncia esta elección a la compañía y encomienda el nuevo papa a sus oraciones.

² 2 Tim 3,12.

³ Rom 7,19

Conferencia 39. — Manuscrit du frère Robineau, p. 29.

¡Qué miserable que soy al precipitarme sobre la comida, para devorarla, como esos de los que acabo de hablar! ¡Cuántos motivos para humillarme!...

Ha querido nuestro Señor darnos un papa. Me han dado la noticia al ir a la reunión ¹. La hermana del señor cardenal Mazarino se lo ha dicho a las religiosas de Santa María del arrabal de Santiago, que me lo han comunicado. Es un buen papa, el que más ha profundizado en las materias de estos tiempos y que ha sido de la opinión contraria a las ya condenadas. Los sacerdotes de la Misión dirán mañana la misa como acción de gracias, etcétera, y la oirán nuestros hermanos, y el domingo próximo comulgarán por esta misma intención. Las damas de la reunión de la caridad tienen que comulgar mañana por esto.

40 [117,XI, 179-180].

CONCLUSIÓN DE LA CONFERENCIA DEL
30 DE ABRIL DE 1655

SOBRE EL OFRECIMIENTO
DE NUESTRAS ACCIONES A DIOS

Ofrecer a Dios las principales acciones que hacemos durante el día.

¡Bien! ¡Alabado sea Dios por todo lo que acaba de decirse! Procuraremos, padres, sacar provecho de ello; pongamos interés en ofrecer nuestras acciones a Dios, sobre todo las principales; y aunque en el ofrecimiento de la mañana se le ofrezcan a Dios todas las acciones del día, sin embargo conviene durante la jornada ir ofreciéndole cada una de ellas en particular. No digo que haya que ofrecérselas todas y entretenerse en decir continuamente: «Dios mío, te ofrezco lo que estoy haciendo»; pero conviene hacerlo sobre todo en las acciones principales; así, todo lo que se haga será agradable a Dios. ¡Qué dicha dar siempre gusto a Dios, hacer todo lo que uno hace por amor de Dios y para agradarle! Entreaguémonos, pues, a Dios para hacer en adelante to-

¹ La reunión de las damas de la caridad.

Conferencia 40. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 17.

das nuestras acciones por su amor y por complacerle; de esta forma toda acción, por pequeña que sea, será de mucho mérito ante su divina Majestad. ¿No acabamos de oír lo que se ha dicho, de que es la pureza de intención lo que hace todas las acciones iguales? ¡Dios nos dé la gracia de aprovecharnos debidamente de todo esto!

41 [118, XI.180-183]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 23 DE MAYO DE 1655

SOBRE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Razones para honrar de manera especialísima el misterio de la santísima Trinidad. Necesidad de instruir a los pobres en este misterio. Al final, noticias sobre un misionero enfermo.

Además de la obligación que tenemos como cristianos de honrar esta fiesta, tenemos nosotros un motivo especial, ya que un papa, en las bulas de aprobación de la compañía, nos ha dado como patrono a la santísima Trinidad. Esto nos tiene que animar mucho a todos, en la medida de nuestras posibilidades, a celebrar con gran devoción esta fiesta, así como también aficionarnos mucho a no dejar pasar ni una sola ocasión de enseñar este misterio. Reconozco que nos hemos descuidado un poco en esto, y que poníamos más interés al principio que ahora con el progreso de la compañía. Sin embargo, fijaos, algunos doctores sostienen que los que no sepan este misterio y el de la encarnación están en estado de condenación; incluso san Agustín y santo Tomás enseñan que el conocimiento de estos misterios es un medio de necesidad para la salvación. Pues bien, si es así, juzgad, padres y hermanos míos, cuánta importancia tiene que enseñemos estos misterios a quienes los ignoran.

1.º Estamos obligados a ello como cristianos, pues todo cristiano tiene que instruir a los otros en las cosas necesarias para la salvación, cuando sabe que éstos las ignoran.

Conferencia 41. — Manuscrit des répétitions d'oraison, fº 18 vº.

2.º Estamos obligados a ello como sacerdotes, los que lo son.

3.º Como misioneros.

Y aunque vosotros, hermanos, no seáis sacerdotes ni hayáis estudiado, no estáis sin embargo libres de esta obligación; y debéis, cuando os encontréis con algún pobre, enseñarle este misterio, si no lo sabe, e incluso a un número pequeño, y hasta grande. Vemos cómo, si falta un sacerdote, un laico puede bautizar a un niño; y la iglesia misma se lo permite a las mujeres, cuando falta un hombre. En fin, hemos de procurar enseñar a todo el mundo este misterio. ¡Ay! ¡Cuántas buenas almas hay que no hablan nunca a un pobre, sin catequizarlo, incluso laicos y del otro sexo! ¡Hasta hay algunos que van a las aldeas a instruir a esas pobres gentes y me han pedido que, cuando se encuentren con algunos deseosos de hacer una confesión general, acepte que nos los envíen a nosotros!

Nuestras pobres hermanas de la caridad hacen esto con mucha gracia y bendición en las aldeas en que están. Una señora me dijo, estos últimos días, que me rogaba le enviase una Hija de la Caridad, especialmente para instruir a los pobres en este misterio, necesario para la salvación, dando algunas clases. ya que la mayor parte de esas pobres gentes no van a las predicaciones, ni a los catecismos, y así ignoran ordinariamente este misterio. Vean, padres, todo esto. Así es como Dios obra cuando los que deben enseñar no enseñan: los sustituye por otros, para que lo hagan, incluso de sexo diferente. Cuando voy por esas parroquias de París visitando a la Caridad, les pregunto muchas veces a esas buenas damas: «Bien, señoras, ¿cómo se portan nuestras hermanas de la Caridad?». Y ellas me responden: «Padre, por la gracia de Dios, lo hacen muy bien; todos los pobres quedan instruidos en las cosas necesarias para la salvación, gracias a Dios». Bien; ¡sea Dios alabado y glorificado por siempre!

Así pues, desearía: 1.º que todos tengamos mucha devoción a esta fiesta y deseemos enseñar este misterio; 2.º que tomemos la resolución de no encontrarnos nunca con un pobre, sin enseñarle las cosas necesarias para su salvación, si creemos que no las sabe; 3.º que pidamos perdón a Dios por la negligencia que hemos tenido en observar esto hasta el presente, y que nos humillemos mucho por ello delante de Dios.

Tengo noticias de que el buen padre Lebas se encuentra mejor, gracias a Dios, y fuera de peligro. Ha recaído tres veces, y la última vez creyeron que no volvería a recuperarse. Ruego a la compañía que dé gracias a Dios por haber conservado a este su servidor, que es muy buena persona y muy virtuoso. No lo hemos visto por aquí, ya que apenas terminar su seminario en Richelieu fue enviado a Agde, donde ha dado muy buenos ejemplos. Por todo ello daremos gracias a Dios, así como también de que esté mejor el padre de Martinis, que ha estado enfermo en Roma, aunque sigue con peligro de recaer, según dicen los médicos, si no le cambiamos de aires.

42 [119,XI, 183-187]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 27 DE MAYO DE 1655

En la oración hay que atender más a los afectos que a las consideraciones. Noticias de Francisco Le Blanc y de Tomás Lumsdem, misioneros en Escocia. El padre Vicente recomienda que se hagan ensayos de las ceremonias.

En la repetición de la oración, que se hacía sobre la fiesta del santísimo sacramento del altar, un hermano clérigo, que repetía su oración, dijo que se había mantenido quieto escuchando a Dios, que hablaba en su corazón. El padre Vicente tomó la palabra para decirle:

Hermano, esa palabra que acaba de decir: «He escuchado a Dios», es un poco dura; hay que decir más bien: «He estado en la presencia de Dios para escuchar si quería nuestro Señor inspirarme algún buen pensamiento o algún buen movimiento».

Luego ordenó que siguiera la repetición, y al final dijo:

Hermanos míos, he observado que en las oraciones que todos hacéis, cada uno se esfuerza en referir una serie de razones, razones y más razones; es algo que se nota. Pero no ponéis mucho afecto. El razonamiento es algo, pero no es bastante; se necesita otra cosa; se necesita que actúe la voluntad y no sólo el

Conferencia 42. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 19 v^o

entendimiento; porque todas nuestras razones no consiguen fruto, si no llegamos al afecto. No se consigue entonces el fin que se buscaba. Por ejemplo, hoy, sobre la fiesta del santísimo sacramento había que decir: «Bien, ¿para qué ha sido instituida esta fiesta? Para dar gracias a Dios por la institución del santísimo sacramento del altar, que instituyó nuestro Señor Jesucristo el día antes de su pasión, para el bien de todos los fieles»; y a continuación excitarse a la acción de gracias por este grande e incomparable beneficio del Hijo de Dios, hacer actos de gratitud, de adoración, de humillación, de reconocimiento; pedir a los ángeles que nos ayuden a dar gracias, ya que no somos dignos de hacerlo nosotros como es debido; y exclamar continuamente a Dios: «¡Señor, sé bendito y alabado por siempre por habernos dado tu carne y tu sangre como comida y bebida! ¡Señor mío, cómo podré darte las debidas gracias por ello!». Y así, entretenerse en actos fervientes de la voluntad delante de Dios. Porque fijaos, hermanos míos, es verdad que el razonamiento nos hace ver la belleza de una cosa, pero no por eso nos la da. Por ejemplo: vemos una manzana en el árbol, y aunque la vemos muy bien y, al verla, nos parece muy hermosa, no por eso la tenemos, ni gozamos de ella porque no la poseemos; pues una cosa es ver algo, y otra muy distinta tenerlo y poseerlo; una cosa es ver y admirar la belleza de la virtud, y otra tenerla. Pues bien, el razonamiento nos hace ver la virtud, pero no nos la da; como cuando una persona le dice a otra: «Toma, ahí tienes esa manzana; mira qué hermosa»; pero no por ello nos la da en posesión. Pues eso es lo que ocurre con el razonamiento en nuestra meditación.

Por lo que se refiere a las razones para que veamos la realidad del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor en este sacramento, no hay más que considerar lo que se nos dice en san Juan: «Esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre; el pan que doy, es mi propio cuerpo; el vino que os doy, es mi sangre» ¹. Nadie duda de esta verdad más que los herejes, que se empeñan en entenderla en otro sentido. Nuestro Señor mismo nos lo asegura, incluso mediante juramento, pues dice que el que no coma car-

¹ Cita compuesta y parcialmente inexacta: cfr. Mt 26,26; Jn 6,51.

ne y beba su sangre no tendrá la vida eterna ². Por eso no hay nada que examinar ni que hurgar en este aspecto. Lo que hemos de hacer en esta meditación es dirigirnos a Dios con actos de fe, de esperanza, sí, de esperanza en este divino misterio, de caridad, de humildad, de gratitud, de adoración y de dependencia. Bien, pidamos también perdón a Dios por las faltas que hayamos cometido con este sacramento.

Hemos tenido noticias del padre Le Blanc: ayer por la tarde recibí carta del buen padre Lumsden, en la que me dice que la persecución se intensifica en aquel país; el padre Le Blanc ha sido trasladado de la ciudad de Aberdeen, donde estaba, a un pueblo, con un padre jesuita y otro sacerdote secular, de forma que no sabemos aún lo que pasará. Habíamos pensado enviar a alguien para sacarle, pero no podemos hacerlo. ¿Qué hacer? Nos lo impiden dos razones: 1.^o que, si pedimos su libertad, habrá que declarar que es sacerdote; y esto sería descubrirlo, ya que ésa es la razón de que lo hayan encarcelado; la segunda cosa que nos lo impide es que, tal como están de embrolladas ahora las cosas entre Francia e Inglaterra ³, no se sabe lo que puede pasar. Escocia empezaba a respirar un poco desde hace algunos años y se hacían bastantes conversiones; pero, desde hace diez o doce días, se han renovado las órdenes, que son muy rígorosas, contra los pobres católicos; de forma que ni siquiera está seguro el pobre padre Lumsden. Me dice también que hace mucho tiempo que no recibe noticias del padre Duiguin. Quizás haya sido culpable de ello el mal tiempo, ya que aquellas montañas están totalmente cubiertas de nieve; pues la carta que recibí ayer lleva fecha del mes de marzo.

¿Se han hecho ensayos de ceremonias? — El padre Admirault ⁴ respondió que no. — El padre Vicente dijo que había que hacerlos. Le he pedido al padre abad de Chandénier ⁵ que dijese la santa misa y dirigiese el oficio; deseo que la compañía acepte esta costumbre de ceder siempre (como, por ejemplo, a los obispos que vienen a visitarnos y a las demás personas piadosas)

2 Cfr. Jn 6,53.

3 El manuscrito indica que el santo dijo por distracción Francia y España.

4 Maestro de ceremonias de San Lázaro.

5 Luis de Chandénier, abad de Tournus.

las principales funciones que se hagan. Así es como se portaban los primeros cristianos con las personas distinguidas que iban a visitarles. Se sabe incluso que en un concilio unos obispos se quejaron de otros obispos, porque, habiendo ido a visitarles, no tuvieron con ellos esta atención, ya que el visitado tiene que ceder por humildad ante el que visita. Por tanto oficiará el padre de Chandénier que, al lado de mí, tan miserable, es un santo y tan modesto y virtuoso que puede servirnos de ejemplo.

Y dirigiéndose al padre Portail, le dijo: «Padre Portail, ¿qué es lo que hay que hacer?». Tras la respuesta del padre Portail, volvió a tomar la palabra el padre Vicente y dijo que antiguamente, al comienzo de la iglesia, una de las misiones que tenían los diáconos y las diaconisas era ensayar las ceremonias en vísperas de las fiestas, o sea: los diáconos a los hombres y las diaconisas a las mujeres y niñas; por ejemplo, les enseñaban la forma de hacer bien la reverencia, la inclinación, la postración; porque entonces solían postrarse en tierra; ¡en aquel tiempo! Y así en todo lo demás. Pues bien, hermanos míos, procuremos hacer bien esta acción y practicar bien la inclinación y la genuflexión; por ejemplo, cuando se vaya en procesión, hacer bien la genuflexión y luego la inclinación.

Entonces el padre Portail dijo que no se hacía inclinación, y el padre Vicente respondió:

Tiene usted razón, padre; vea mi torpeza y cómo también yo necesito ser instruido. Conviene que se practique este ejercicio, para que los que no sepan cómo se hace, o se hayan olvidado de ello, lo aprendan debidamente.

43 [120, XI, 187-188]

CONFERENCIA DEL 11 DE JUNIO DE 1655

SOBRE LA SOBERBIA

El padre Vicente pide que todos los meses se medite sobre este tema; propone el ejemplo de nuestro Señor. Hay que referir a Dios el aprecio que los demás tengan de nosotros.

Conferencia 43. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 21 v^o.

El padre Vicente le pidió al padre Alméras, su asistente, que se encargase en serio de que todos los meses se propusiera este tema de meditación, así como también el de la envidia y la pereza, porque — decía —, lo mismo que el agua va socavando y horadando la piedra, incluso el mármol, a fuerza de caer gota a gota sobre él, también hay motivos para esperar que, meditando con frecuencia en estos temas, la gracia de Dios nos toque y nos mueva a librarnos de estos malos vicios y a adquirir la humildad, que es la virtud contraria. Algunas veces me fijo en la piedra sobre la que cae el agua en nuestra sacristía; a pesar de su dureza y de que sólo cae gota a gota, no deja de horadarla. Por eso podemos esperar también que estos temas, meditados y vueltos a meditar varias veces, se imprimirán finalmente en nuestros corazones con la gracia de Dios, a pesar de que seamos más duros que las piedras. ¡Ay, padres y hermanos míos! Decíme, por favor, qué es lo que vino a hacer el Hijo de Dios al mundo y qué es lo que quiso parecer, una vez en él: ¡un hombre humilde!

Y refirió aquel pasaje de David: «Fue como una bestia de carga, etc.»¹. Fijaos en los mulos: ¿se sienten orgullosos por estar bien enjaezados, por llevar oro y plata, por ir adornados de hermosas plumas? También nosotros, si nos alaban, si nos estiman, por haber hecho quizás alguna acción brillante a los ojos del mundo, riámonos de todo eso y no lo tengamos en cuenta. ¿Somos acaso nosotros? ¿No es Dios el que lo hace? ¿No se le debe a él toda la gloria? ¡Salvador mío, danos la humildad, la santa humildad, te lo ruego! Fijaos, hermanos míos, si hay alguien en el mundo que ha de temer la vanidad, son los misioneros, por razón de sus ocupaciones; si hay alguien en el mundo que tenga que combatir este vicio, son los misioneros. La humildad es una de las partes integrantes del espíritu de la compañía de la Misión; de forma que, si dicen que somos ignorantes, animales, personas sin inteligencia, sin gobierno, hay que sufrir todo esto con paciencia; y no sólo con paciencia, sino incluso con satisfacción de que nos consideren de ese modo.

¹ Sal 72,23.

Desgracias de Polonia. Celo de los misioneros de Berbería; una conversión obtenida por ellos. Advertencias dadas a un hermano.

Encomiendo a las oraciones de la compañía el reino de Polonia, que está muy alborotado por culpa de un gran número de enemigos que lo están atacando. Es de la gloria de Dios que recemos por él, ya que son los enemigos de la Iglesia los que lo atacan. Pido a los sacerdotes que, si pueden, celebren hoy por esta intención; y a los hermanos, que comulguen. Además de esta razón que acabo de indicar, estamos obligados a ello porque nos han llamado de aquel reino para trabajar allí y establecernos en aquel país.

Además os encomiendo a nuestro pobre y bienaventurado prisionero, el padre Le Blanc y a los demás misioneros que están en las Hébridas, a los de las Indias, Berbería, a nuestros pobres misioneros de Berbería, que trabajan con tanta bendición de Dios. Ciertamente, muy buen ejemplo es el que dan a aquellos pobres esclavos a quienes atienden, pues algunos desean entrar a nuestra casa ¹; si les sirvieran de escándalo, seguro que aquellas buenas gentes no se animarían, como vemos, a venir a hacerse misioneros.

Os voy a hablar de una conversión, muy digna de admiración. Hace poco que un calvinista esclavo se ha convertido al catolicismo. Los hugonotes de Inglaterra envían de vez en cuando dinero a aquel país para rescatar a los de su partido. Pues bien, un enviado, dirigiéndose a aquel esclavo, le preguntó si quería que lo rescatase. Dicho esclavo respondió que prefería seguir siendo esclavo toda su vida y permanecer católico, que renunciar a ello para obtener la libertad; y se negó a ser rescatado.

Conferencia 44. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 22.

¹ Dos esclavos libertados, Guillermo Servin y Renato Duchesne, entraron en San Lázaro como hermanos coadjutores.

Es una conversión maravillosa. Realmente, padres, tengo muchos motivos para temer que ese hombre sea mi juez el día del juicio.

Luego, llamando a un hermano coadjutor a quien tenía que hacer una advertencia, le dijo:

Hermano, póngase de rodillas.

Y en presencia de toda la compañía, le dijo:

Hermano, tengo la obligación de amonestarle aquí por las faltas que comete y de las que no se corrige, a pesar de las advertencias que en particular se le han hecho, y en virtud de la obediencia.

Entonces expuso en voz alta las faltas de aquel hermano, que eran muy grandes y que no quiero referir aquí. Solamente diré que el padre Vicente lo trató con palabras muy mansas y que demostraban un espíritu lleno de caridad y de compasión, aunque acompañado de firmeza, prohibiéndole a dicho hermano que se acercase a comulgar hasta que él se lo dijera, y pidiéndole a los sacerdotes que no lo admitiesen, si se presentaba a ellos. Y añadió:

Y para que se acuerde usted, mi pobre hermano, no beba vino durante ocho días, y le ruego a nuestros hermanos dispenseros que se encarguen de ello, para que, si él se pone en un sitio donde haya un cuartillo, se lo quiten. ¡Váyase. hermano!

45 [122,XI, 191-195]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 14 DE JULIO DE 1655

Hay que confesar y comulgar siempre que lo ordena la regla. Advertencia a un misionero poco cumplidor. El superior debe insistir en la observancia de las reglas. Efectos de la relajación en la orden de san Benito; miedo de que la congegación de la Misión siga este triste ejemplo.

Un hermano coadjutor, al repetir su oración, dijo que a veces le costaba ir con tanta frecuencia a confesar y a comulgar, — sobre todo cuando había fiestas entre semana — , y que tenía

Conferencia 45. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 22 v^o.

miedo de que esto llegase a ser un hábito y no se preparase uno tanto como si se hiciera menos veces; el padre Vicente interrumpió su discurso y dijo:

Hermano, hace usted muy bien en tener miedo de no ir con todas las disposiciones requeridas para la recepción de los sacramentos; sin embargo, aunque al parecer no se sienta usted tan dispuesto como desearía, no por ello hay que dejar de confesarse y comulgar los días que la regla lo ordena y tal como la compañía lo ha practicado hasta ahora. Es un abuso creer que si, por ejemplo, se confiesa usted y comulga menos veces, va a estar mejor dispuesto. Más aún, creo que si, haciéndolo menos veces, como usted dice, sintiera usted mayor disposición y comulgase entonces con mayor sentimiento y lágrimas, sería muy de temer, hermano, que esto fuera solamente un desahogo de la naturaleza y del amor propio, que se satisface y contenta en sí mismo creyendo que es en esto en lo que se agrada. Por eso hay que insistir en la observancia de las reglas y de las prácticas de la compañía.

Ayer le advertí también a uno de la compañía que se dispensaba de la oración, del capítulo y de otros ejercicios de la comunidad; sin embargo, vemos que no se corrige; ¿qué habrá que hacer, padres? ¡Fijaos en la pena de un pobre superior, cuando ve a sus inferiores en un relajamiento y pereza tan grandes, y cuánto tiene que sudar y trabajar para que vuelvan las cosas a su estado primitivo! ¡Quiera Dios que lo consiga! En ese caso, se podría llamar a esto una especie de milagro, pues es cierto que una comunidad que se ha dejado relajar y ha caído en el desorden no vuelve nunca al estado primero de perfección del que ha caído. San Pablo dice de una persona, que después de convertida a Dios ha vuelto a caer de ese estado, que es imposible que vuelva a levantarse, esto es, que es muy difícil ¹; lo mismo pasa con una comunidad. Por eso, padres, mantengámonos firmes en la observancia de las reglas.

¡Oh, qué cuentas tiene que dar a Dios un superior que no ha tenido coraje suficiente para hacer que se observe la regla, siendo así causa de que la compañía se relaje en la práctica de la virtud! ¡Qué cuentas tiene que dar a Dios un superior co-

1 Hebr 6,4-6.

barde! Pues no solamente tendrá que dar cuentas del mal que se ha hecho a Dios (y del que ha sido motivo por su cobardía en la compañía, durante el tiempo en que ha sido superior, que es quizás de dos o tres años más o menos, sino también del mal que se cometa durante el tiempo del que lo suceda, y del segundo y del tercero.

¡Qué cuentas tendrá que dar también a Dios un sacerdote o un hermano que haya sido causa, por su mal ejemplo, de una parte del mal que se haga en la compañía, que haya sido descuidado en sus ocupaciones, o las haya abandonado para poder tener menos trabajo y más libertad!

Al comienzo de la orden de san Benito, su ocupación y ejercicio consistía en atender a muchas parroquias, enseñar y formar a los niños y jóvenes, de forma que la nobleza les entregaba sus hijos para que los instruyeran y educaran; muchas personas piadosas les dieron muchos bienes, casas, tierras, herencias, construyeron iglesias para dárselas a esos padres y les erigieron abadías y prioratos. Los flojos vieron que era demasiado; por eso se dijeron: «¿Para qué esforzarnos tanto? Dejemos, dejemos todas esas parroquias, todas esas instrucciones, contentémonos sólo con el coro, conservemos sólo dos tercios de los diezmos de las parroquias, y el otro tercio démoslo a un vicario perpetuo». Fijaos y atended a lo que dicen: «Conservemos los diezmos»; esto es, quedémonos con la grasa. Aquella fue, padres, su manera de pensar; pusieron vicarios perpetuos, abandonaron la instrucción de la juventud, ¿y qué hizo Dios? ¿Queréis saberlo? Permitió que la mayor parte de sus abadías y prioratos cayera en manos de laicos, abades comendatarios y priores simples, sin carga alguna, ya que muchos de esos prioratos tienen muy poca carga, solamente decir algunas misas. En ese estado caeremos también nosotros, si Dios no pone su mano.

¡Pues qué! — dirá un misionero flojo — ¿para qué tantas misiones? ¡Ir a las Indias, a las Hébridas! ¡Es demasiado! ¡A las cárceles, a los niños expósitos, al Nombre de Jesús! Todo esto es emprender demasiadas cosas; hay que dejarlo; la verdad es que cuando muera el padre Vicente, habrá que cambiar las cosas; habrá que dejar todas esas ocupaciones, por no poder atenderlas. ¡Las Indias, las Hébridas, las cárceles, los niños expósitos!, etc. — De forma, padres, que habrá que decir: «Adiós,

misiones; adiós, Indias; adiós, Hébridas; adiós, cárceles, Nombre de Jesús, niños expósitos, Berbería! ¡Adiós todo esto!». ¿Y cuál es la causa de todo este mal? Una persona floja, unos misioneros flojos y llenos de amor a su propia comodidad y descanso.

¡Ay padres! ¡Ay hermanos míos! Cuando veáis esto, podréis decir: ¡Adiós todas estas ocupaciones! San Juan decía: «Cuando veáis a esas personas entre vosotros, tenedlas por anticristos»². Hermanos míos, yo os digo lo mismo: cuando veáis a un misionero flojo que tenga semejantes discursos, o queriendo que se dejen todos esos bienes que acabo de deciros, decid con valentía: «Ese es un anticristo». Sí, hermanos míos, es un anticristo. Decid: ¡Ha nacido el anticristo: ahí está!». Pues qué: si estando todavía la compañía en su cuna (pues la compañía acaba de nacer ahora; está en la cuna), si a pesar de eso, por la gracia de Dios, ha podido abrazar tantos bienes tan agradables a su divina Majestad y a los que ha dado su bendición, ¡con cuánta mayor razón tendrá que aceptarlos cuando se encuentre más avanzada en edad y haya adquirido más fuerzas! Vemos que, si un niño tiene bastante fuerza y coraje, a pesar de ser joven y delicado, para lograr realizar alguna cosa, con mucha mayor razón la hará cuando sea mayor y tenga veinticinco o treinta años. Así tiene que pasar también en la compañía de la Misión. Está bien, ¡alabado sea Dios! ¡Bendito y glorificado sea por siempre jamás! ¡Quiera su divina Majestad darnos la gracia de que nunca caiga sobre la compañía ese mal que acabo de decir!³.

46 [123,XI, 195]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 18 DE JULIO DE 1655

ELOGIO DE ADRIAN BOURDOISE

El padre Vicente encomienda a Adrian Bourdoise a las oraciones de la compañía.

² Cfr. 1 Jn 2,18.

³ La redacción que conserva L. ABELLY, *o.c.*, l. III, cap. 10, p. 105, de esta última difiere notablemente de la que aquí ofrecemos.

Conferencia 46. — Recueil de diverses exhortations, p. 71.

El padre Vicente encomendó con mucha insistencia a las oraciones de la compañía la salud del padre Bourdoise, enfermo grave de apoplejía ¹, y alabó mucho el celo de este buen sacerdote por el estado eclesiástico, del que se había servido Dios para poner los fundamentos de esta santa compañía de sacerdotes de San Nicolás de Chardonnet, aunque era de un origen tan pobre que sólo pudo hacer sus estudios con la ayuda de los demás alumnos, que le daban algunos trozos de pan; e incluso cuando se lo echaban a algún perro, el hambre le obligaba a adelantarse a cogerlo.

El padre Vicente refirió también que el padre Bourdoise le había dicho que era una gran obra la de trabajar por la instrucción de los pobres, pero que todavía era más importante instruir a los eclesiásticos, ya que, si éstos son ignorantes, forzosamente lo serán también los pueblos que ellos dirijan. Y decía la verdad, decía la verdad.

Luego el padre Vicente le pidió a Dios varias veces que nos hiciera participar del gran celo que tenía este buen sacerdote y de los grandes bienes que había hecho a la iglesia.

47 [124,XI,196-200]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 20 DE JULIO DE 1655

Está prohibido introducir a los extraños en el jardín sin permiso. Los estudiantes no pueden ir de recreo al cercado, a no ser en los días de vacación. No preguntar a los porteros cosas indiscretas. Cerrar las puertas y no llevar a los extraños al claustro.

Como un hermano coadjutor dijese que en la oración había repetido interiormente algunos versículos de los salmos de David que inclinan a la confianza en Dios, el padre Vicente lo interrumpió:

¹ Murió al día siguiente.

Conferencia 47. — Recueil de diverses exhortations, p. 72.

Es una buena práctica repasar de memoria algún pasaje de la sagrada Escritura y darle vueltas para sacar de él algún sentido y hacer algo concreto.

Otro hermano se puso de rodillas para excusarse de repetir la oración. El padre Vicente le dijo:

Hermano, ya que está usted de rodillas, le voy a advertir de una falta que ayer cometió: vino una persona a preguntar por usted y enseguida usted tomó y llevó al jardín a esa persona sin permiso. Hermano, eso no está bien; ya sabe que hay una regla expresa que lo prohíbe y que siempre se ha observado fielmente esta regla y no hacer nunca nada que esté prohibido, sin pedir permiso. Ninguno de los antiguos ha hecho eso. El padre Alméras me decía, poco antes de marcharse, que estaba edificado de ver el comportamiento de los antiguos; y me contó que uno de ellos, habiéndose encontrado en el claustro con uno que había venido a verle, le pidió que aguardase a que le dieran permiso para hablar con él; y esto lo había hecho ya en otras ocasiones.

También tengo otra advertencia que hacer a todos nuestros hermanos estudiantes: en vez de tener el recreo en el jardín los días que no son de vacación, lo tienen en el cercado; digo lo que he visto; hace poco fui al cercado (es la tercera vez que lo hago este año) y me quedé sorprendido de verlos allí. ¿No nos parece bastante el jardín? ¿Es que no es bastante grande y bastante ancho? Pocos habrá en París tan grandes como el nuestro; id a cualquier casa, a los comerciantes, a los banqueros, a las personas de palacio, y casi nunca los veréis en el jardín; tienen que trabajar todos de día y de noche, después de haber pasado toda la mañana en palacio; apenas comer, tienen que estudiar documentos para poder referir sobre ellos por la tarde. Pero a nosotros nos parece poco el jardín y queremos ocupar también el cercado. Y todavía habrá algunos que no se contenten con el cercado. ¡Hemos de llevar una vida... no sé como deciros... *Iautior*, o para decirlo en francés, *más cómoda*..., me parece poco esta palabra, *más voluptuosa, más delicada, espléndida, a gusto, más ancha* que las personas del mundo! ¿Creéis que los señores ordenandos, que nos ven desde la ventana, a todas horas, paseándonos por el cercado, por los jardines, mezclados con esos pobres afligidos que por allí se pasean y con los que allí traba-

jan, no dirán en su interior: ¡Vaya cómo viven esas personas sin tener nada que hacer!»?

Tengo miedo de que esto les escandalice. Efectivamente, es propio de hombres que no tienen nada que hacer y que no se ocupan de Dios y son disipados, ir allá fuera de hora, sin permiso — que nunca se niega cuando es necesario — ; y si hubiese alguna situación especial que pidiese más aire que el del jardín, nunca se les negará, y creo que nunca se ha negado a nadie; pero ese apego que se siente a esa amplia finca de San Lázaro es causa de muchos males, porque hay otras casas sin jardín. En Crécý, la Providencia nos había dado uno, pero nos lo han quitado; en Sedán tampoco hay jardín, aunque es verdad que están a punto de comprar una casa con jardín en las afueras, para ir allá a pasearse alguna vez. Y cuando uno se aburre en esas casas, ¡cuesta tanto decidirse a quedarse en ellas! Entonces dicen que los aires son malos, empiezan a quejarse, se sienten mal, escriben. Por eso recomiendo de nuevo la observancia de esta regla y la prohibición de ir al jardín o al cercado, fuera del tiempo de recreo marcado por el reglamento, y menos todavía de llevar allá a nadie sin permiso expreso.

También hay algunos sacerdotes, sí, sacerdotes, aunque no muchos, gracias a Dios, pero algunos a los que se ve con frecuencia acudir a la puerta para mirar quién va y quién viene, quién pasa por la calle, y se ponen a charlar con el portero: «¿Hay alguna carta para mí? Debería haber alguna. ¿No han venido a buscarme?». ¡Y saben muy bien que los porteros no tienen que decir nunca nada! Esto es ser una persona disipada, que no se ocupa de Dios. ¡Que no vuelva a repetirse esto! Les pido a los porteros que se lo indiquen a quienes lo hagan en el futuro y que vengan a decirme: «Padre, fulano y mengano vienen con frecuencia a la puerta».

Todavía me queda otra advertencia, y de esto soy yo tan culpable como los demás. Primeramente, que cuando se pasa por una puerta, no se la cierra nunca; siempre encuentro todas las puertas abiertas y yo mismo, pobre de mí, tampoco las cierro; no me contento con dejar que los otros falten a esta regla, sino que yo soy el primero en faltar a ella.

Había una vez en Hamburgo un gran monasterio, de los más célebres de Alemania, que ha decaído tanto — según me escri-

bían últimamente — que actualmente sirve de lugar público. En donde estaba la iglesia se observan aún restos de muros, pero se ha convertido en mercado donde se vende carne y otras cosas. Mirad cómo trata Dios a los que descuidan las reglas. Vemos muchas veces estos efectos de la justicia de Dios, que castiga a los que abusan de sus gracias y de las ocupaciones que les había encomendado, castiga a este monasterio, castiga a esta orden, castiga a esta compañía. Tengo miedo de que, por nuestra negligencia, y sobre todo por la mía, nuestra casa se convierta también en una plaza pública. Apenas entra uno en el patio: «¿Adónde va usted?». — «Al claustro». — Y hete aquí dos puertas abiertas. En el patio de abajo, lo mismo; y en el claustro, y los dormitorios, y los cuartos, y la cocina; menos mal que ésta está ahora cerrada.

Los jesuitas de la calle de San Antonio no dejan entrar a la gente; las hacen esperar a la puerta o las pasan a la galería; su casa está bien dispuesta para ello. ¿Por qué hacer pasar a todo el mundo a nuestro claustro? Les pido a los porteros que, cuando venga alguien a buscar a alguno de nosotros, lo hagan esperar a la puerta o lo metan en una sala, pero no en el claustro. Si no son personas a las que se les deba mucho respeto, se les puede decir: «Señor, tenga un poco de paciencia; voy a buscarlo»; pero hacerles esperar lo menos posible. Les ruego a los porteros que sean diligentes en buscar a quien esperan, y a éstos que acudan cuanto antes.

Recomiendo una vez más la práctica de esta regla y mando que sean cuidadosos en cerrar todas las puertas. Cuando el superior dice: «Ordeno esto», como tiene la autoridad de Dios, no se puede faltar a sus órdenes sin faltar a lo que Dios pide de nosotros; pues Dios es orden; Dios y el orden es la misma cosa.

48 [125,XI, 200-205]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 24 DE JULIO DE 1655

Miseria general provocada por las guerras. Trabajar con abnegación, celo y entrega. Ejemplo que dan

Conferencia 48. — Recueil de diverses exhortations, p. 78.

los misioneros de Berbería y de Madagascar. Indulgencia plenaria concedida por el papa a todos los misioneros en la hora de la muerte.

Renuevo la recomendación que hice, y que nunca se hará bastante, de rezar por la paz, para que quiera Dios reunir los corazones de los príncipes cristianos. Hay guerra por todos los reinos católicos: guerra en Francia, en España, en Italia, en Alemania, en Suecia, en Polonia, atacada por tres partes, en Irlanda, incluso en las pobres montañas y en lugares casi inhabitables. Escocia no está mucho mejor; de Inglaterra, ya sabéis su triste situación. Guerra por todas partes, miseria por todas partes. En Francia hay muchos que sufren. ¡Oh, Salvador! ¡Oh, Salvador! Si por cuatro meses que hemos tenido la guerra encima, hemos tenido tanta miseria en el corazón de Francia, donde los víveres abundaban por doquier, ¡qué harán esas pobres gentes de la frontera, que llevan sufriendo esas miserias desde hace veinte años! Sí, hace veinte años que están continuamente en guerra; si siembran, no están seguros de poder cosechar; vienen los ejércitos y lo saquean y lo roban todo; lo que no han robado los soldados, los alguaciles lo cogen y se lo llevan. Después de todo esto, ¿qué hacer? ¿qué pasará? No queda más que morir. Si existe una religión verdadera... ¿qué es lo que digo, miserable?... ¡si existe una religión verdadera! ¡Dios me lo perdone! Hablo materialmente. Es entre ellos, entre esa pobre gente, donde se conserva la verdadera religión, la fe viva; creen sencillamente, sin hurgar; sumisión a las órdenes, paciencia en las miserias que hay que sufrir mientras Dios quiera, unos por las guerras, otros por trabajar todo el día bajo el ardor del sol; pobres viñadores que nos dan su trabajo, que esperan que recemos por ellos, mientras que ellos se fatigan para alimentarnos...

Buscamos la sombra; no nos gusta salir al sol; ¡nos gusta tanto la comodidad! En la misión, por lo menos, estamos en la iglesia, a cubierto de las injurias del tiempo, del ardor del sol, de la lluvia, a lo que están expuestas esas pobres gentes. ¡Y gritamos pidiendo ayuda cuando nos dan un poquito más de ocupación que de ordinario! ¡Mi cuarto, mis libros, mi misa! ¡Ya está bien! ¿Es eso ser misionero, tener todas las comodidades? Dios es nuestro proveedor y atiende a todas nuestras necesidades y

algo más, nos da lo suficiente y algo más. No sé si nos preocupamos mucho de agradecerse.

Vivimos del patrimonio de Jesucristo, del sudor de los pobres. Al ir al refectorio deberíamos pensar: «¿Me he ganado el alimento que voy a tomar?». Con frecuencia pienso en esto, lleno de confusión: «Miserable, ¿te has ganado el pan que vas a comer, ese pan que te viene del trabajo de los pobres?». Al menos, si no lo ganamos como ellos, recemos por sus necesidades. *Bos cognovit possessorem suum*¹: las bestias reconocen a quienes las alimentan. Los pobres nos alimentan, recemos a Dios por ellos; que no pase un solo día sin ofrecérselos al Señor, para que quiera concederles la gracia de aprovechar debidamente sus sufrimientos.

Decía... ¡qué iba a decir, miserable!... Decía últimamente que Dios espera que los sacerdotes detengan su cólera; espera que ellos se coloquen entre él y esas pobres gentes, como Moisés, para obligarle a que las libere de los males causados por su ignorancia y sus pecados, y que quizás no sufrirían si se les instruyese y se trabajase en su conversión. Es a los sacerdotes a quienes corresponde hacerlo. Esos pobres nos dan sus bienes para esto; mientras ellos trabajan, mientras combaten contra estas miserias, nosotros somos el Moisés que levanta continuamente las manos al cielo por ellos ². Somos los culpables de que ellos sufran por su ignorancia y sus pecados; nuestra es, pues, la culpa de que ellos sufran, si no sacrificamos toda nuestra vida por instruirlos.

El padre Duval, un gran doctor de la iglesia, decía que un eclesiástico tiene que tener más faena de la que pueda realizar; pues, cuando la vagancia y la ociosidad se apoderan de un eclesiástico, todos los vicios se echan encima de él: tentaciones de impureza y otras muchas. Me atrevería a decir... He de pensar en ello; quizás lo diga en otra ocasión. ¡Oh, Salvador! ¡Mi buen Salvador! ¡Quiera tu divina bondad librar a la Misión de este espíritu de ociosidad, de búsqueda de la comodidad, y darle un celo ardiente de tu gloria, que la haga abrazarlo todo con alegría, sin rechazar nunca la ocasión de servirte! Estamos hechos para

1 Is 1,3.

2 Cfr. Ex 17, 8-13

esto; a un misionero, un verdadero misionero, un hombre de Dios, un hombre que tiene el espíritu de Dios, todo le tiene que parecer bien e indiferente; lo abraza todo, lo puede todo; con mayor razón ha de hacerlo una compañía: una congregación lo puede todo cuando está animada y llevada por el espíritu de Dios.

Nuestro misionero de Berbería y los que están en Madagascar, ¿qué no han emprendido? ¿qué no han ejecutado? ¿qué es lo que no han hecho? ¿qué es lo que no han sufrido? Un hombre solo se atreve con una galera donde hay a veces doscientos forzados: instrucciones, confesiones generales a los sanos, a los enfermos, día y noche, durante quince días; y al final los reúne, va personalmente a comprar para ellos carne de vaca; es un banquete para ellos; ¡un hombre solo hace todo esto! Otras veces se va a las fincas donde hay esclavos y busca a los dueños para rogarles que le permitan trabajar en la instrucción de sus pobres esclavos; emplea con ellos su tiempo y les da a conocer a Dios, los prepara para recibir los sacramentos, y al final los reúne y les da un pequeño banquete ³.

Habló también de los hermanos Guillermo y Duchesne ⁴ que, después de haber sido esclavos, fueron redimidos con ayuda del cónsul ⁵, por el celo que les animaba en sus ocupaciones al lado de los pobres esclavos ⁶.

En Madagascar, dijo también el padre Vicente, los misioneros predicán, confiesan, catequizan continuamente desde las cuatro de la mañana hasta las diez, y luego desde las dos de la tarde hasta la noche; el resto del tiempo lo dedican al oficio y a visitar a los enfermos. ¡Esos sí que son obreros! ¡Esos sí que son buenos misioneros! ¡Quiera la bondad de Dios darnos el espíritu, que los anima y un corazón grande, ancho, inmenso! *Magnificat anima mea Dominum!*⁷: es preciso que nuestra alma en-

³ San Vicente piensa aquí en Juan Le Vacher.

⁴ Guillermo Servin y Renato Duchesne, hermanos coadjutores.

⁵ El hermano Barreau.

⁶ Según el autor de la vida manuscrita del padre Juan Le Vacher que reproduce una parte de este discurso, San Vicente habría dicho aquí: «Con cuánta caridad y religiosidad alivia y mantiene a estos pobres esclavos lo podemos ver por los frutos que aquí tenemos».

⁷ Lc 1,46.

grandeza y ensalce a Dios, y para ello que Dios ensanche nuestra alma, que nos dé amplitud de entendimiento para conocer bien la grandeza, la inmensidad del poder y de la bondad de Dios; para conocer hasta dónde llega la obligación que tenemos de servirle, de glorificarle de todas las formas posibles; anchura de voluntad, para abrazar todas las ocasiones de procurar la gloria de Dios. Si nada podemos por nosotros mismos, lo podemos todo con Dios. Sí, la Misión lo puede todo, porque tenemos en nosotros el germen de la omnipotencia de Jesucristo; por eso nadie es excusable por su impotencia; siempre tendremos más fuerza de la necesaria, sobre todo cuando llegue la ocasión; pues cuando llega la ocasión, el hombre se siente totalmente renovado. Es lo que decía el padre N. cuando llegó: sus fuerzas se duplicaron tan pronto como las necesitó.

Me olvidaba de comunicar a la compañía la noticia que he recibido y que hemos de agradecer a Dios. Nuestro santo padre el papa ha concedido a todos los misioneros indulgencia plenaria *in articulo mortis*. Cuando fue el padre Blatiron a ofrecerle los respetos de toda la compañía, le pidió esa gracia y la de que tomara a la compañía bajo su protección; le concedió ambas cosas. ¿Quién podrá comprender la importancia de esta gracia? ¡Indulgencia plenaria en la hora de la muerte, la aplicación de todos los méritos de nuestro Señor Jesucristo! De forma que en la hora de nuestra muerte nos veremos revestidos de esa capa de inocencia que nos pondrá en situación de agradar a los ojos de Dios en el momento en que tengamos que darle cuenta de nuestra vida. El Señor del evangelio arrojó de su presencia al que se presentó ante él sin tener el vestido nupcial ⁸, que el señor nos dará en la hora de nuestra muerte por medio de esa indulgencia, si somos fieles a nuestra vocación y queremos vivir y morir en el puesto en que nos han colocado; se lo agradeceremos a Dios, los sacerdotes en la santa misa y los hermanos en la comunión; y así lo haremos hoy, si os parece.

Encomiendo a vuestras oraciones a un ejercitante, que tiene especial necesidad. ¡Cuánto bien hará, si se convierte por completo, y cuánto mal si no lo hace! Me contento con deciros esto para que veáis cuánta necesidad tiene de verse asistido.

8 Cfr Mt 22,12.

SOBRE LA GENUFLEXIÓN

Hacer bien la genuflexión. Motivos: el ejemplo de nuestro Señor, de las personas religiosas. La edificación mutua. La casa de San Lázaro debe ser el modelo de las demás cosas.

Al final de la repetición de la oración, dijo el padre Vicente:

Amonesto a la compañía en general de una falta que varios cometen aquí en presencia de nuestro Señor, ante el santísimo sacramento del altar. He observado que algunos, al hacer la genuflexión ante el santísimo, no llegan hasta el suelo o lo hacen con poca devoción. Ya había observado esto otras veces y me había propuesto decírselo a la compañía, pero soy tan miserable que me he olvidado. Al llegar ayer un poco antes a la oración, me fijé en cómo hacían algunos la genuflexión; y para avisar a la compañía y para que no se me olvidara, lo escribí en mis apuntes. Hoy también he venido un poco antes y he observado lo mismo. Y para que se corrijan los que no hacen reverentemente la genuflexión, tal como conviene a la gloria de la majestad del Dios vivo, he creído que era mi deber no retrasar más esta advertencia a la compañía, y así lo hago, para que se ponga atención en esto. Gracias a Dios, hay otros que la hacen bien y con mucha reverencia, no sólo exterior, sino también interior; esto se ve, con la gracia de Dios, y se aprecia fácilmente; pero hay otros que la hacen muy mal.

Los motivos que hemos de tener para hacer esta genuflexión con la debida reverencia exterior e interior, tal como corresponde a los verdaderos cristianos, es el ejemplo del Hijo de Dios y de las demás comunidades religiosas. El Hijo de Dios se postró rostro en tierra en el huerto de los olivos; los cartujos vemos cómo se echan también por tierra; los dominicos hacen una

Conferencia 49. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 24 v^o.

genuflexión y a continuación una inclinación profunda. Cuando está expuesto el santísimo en el altar, nos arrodillamos con las dos rodillas con profunda humildad, adorando la majestad de Dios.

Otro motivo es el ejemplo que hemos de dar a todas las personas que vienen aquí y que nos ven y nos observan de los pies a la cabeza; que vienen aquí a recogerse para aprender la manera de vivir bien: los eclesiásticos que pasan por aquí, los ordenandos, los ejercitantes, los cuales, si ven que nos contentamos con hacer una pequeña genuflexión sin llegar al suelo, por ejemplo, creerán que tampoco ellos están obligados a más y dirán: «Si estos padres de la misión no hacen más que esto, tampoco yo he de hacerlo; porque indudablemente, si hubiera que hacer más, ellos lo harían». Los de las otras casas dirán: «En San Lázaro se hace así». Y así iremos todos decayendo, por descuido del superior; porque, fijaos, las faltas que se cometen en una comunidad se le imputan al superior si, por no poner remedio a ellas, se las sigue cometiendo; y Dios le pedirá cuentas.

Yo tampoco he dado en esto el ejemplo que debía. ¡Qué se le va a hacer! Con la edad que tengo y mis piernas tan mal, no lo puedo hacer como se debe. Pero si veo que la compañía no se corrige, me esforzaré en hacerlo lo mejor que pueda, aunque no pueda levantarme sin apoyar las manos en el suelo, a fin de dar en esto ejemplo a la compañía. Es cierto que a los viejos les cuesta hacerla, pues cuando una persona llega a los 65 ó 66, entonces le resulta muy difícil levantarse. Los enfermos y los impedidos, como el padre Boudet, por ejemplo, tienen alguna excusa; pero para los demás, no creo que haya ninguna: están obligados a dar este ejemplo a todos cuantos los vean y se fijen en ellos.

Fijaos, hermanos míos: de ordinario la copia no es mejor que el original; si hay faltas en el original, lo ordinario es que se encuentren también en la copia. La casa de San Lázaro es el original, del que toman ejemplo y sacan copias todas las otras casas y las personas que vienen. Si el original es defectuoso, ¿cómo serán las copias? ¹. ¡Que Dios nos dé su misericordia y

¹ L. ABELLY, *o.c.* l. III, cap. 8, sec. 1, final, p. 80, añade aquí dos frases que no figuran en nuestro texto: «Les ruego, pues, padres y hermanos míos, que pongan mucha atención en esto y se porten en esta

su santa gracia! Pido a la compañía que ponga en esto especial atención, y al padre Admirault que se fije en los que faltan y tome nota para avisarles luego.

¿No os acordáis, hermanos míos, de lo que os dije en cierta ocasión? En la música, el que aprende un motete y quiere luego aprender un segundo y un tercero, encuentra más facilidad para aprender el segundo que la que tuvo para el primero, y el tercer motete lo aprenderá todavía con mayor facilidad. Del mismo modo, hoy nos cuesta hacer un acto de virtud, un acto de religión; la segunda vez, nos costará menos; la tercera, menos que la segunda; y así llegaremos a perfeccionarnos cada vez más. ¿No os acordáis también de lo que antes os dije?... Pero, en fin, no quiero cansaros más; lo dejaremos aquí, si os parece.

De forma que el padre Vicente tuvo entonces algún motivo para no acabar lo que había ya empezado; y así terminó encomendando a las oraciones de la compañía a los que lo habían pedido, y recibiendo las humillaciones de algunos que pidieron perdón a Dios por algunas faltas que habían cometido.

50 [127,XI,208-210]

CONFERENCIA DEL 30 DE JULIO DE 1655

SOBRE LA CASTIDAD

El padre Vicente exhorta a los misioneros a tener mucho amor a la castidad. Cita el ejemplo de san Ignacio y de los jesuitas.

Bien, padres, pidamos insistentemente a Dios esta virtud de la pureza. Si tenemos esta virtud, ella nos traerá otras muchas.

ocasión de forma que la reverencia interior prevenga y acompañe siempre a la exterior. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad, y todos los verdaderos cristianos deben portarse de esta forma, según el ejemplo del Hijo de Dios que, postrándose rostro en tierra en el huerto de los olivos, unió a esta devota postura una humillación interior muy profunda, por respeto para con la majestad soberana de su padre».

Conferencia 50. — Recueil de diverses exhortations, p. 84.

Si no la tenemos, estamos perdidos, la Misión está perdida. Nosotros tenemos especial necesidad de ella, ya que continuamente estamos en la ocasión. ¡C)h Salvador, concédenos la gracia de honrar esa admirable pureza que tú quisiste tener en la tierra!

Mañana celebramos la fiesta de un gran santo, san Ignacio, que poseyó de manera excelente esta virtud y la transmitió a esa grande y santa compañía que fundó. Al comienzo de esa compañía, todos se sentían admirados de ver vivir a aquellos jóvenes con tanta pureza, aunque continuamente en la ocasión. Preguntaron un día a uno de sus padres qué es lo que hacían para conservarse con tan gran pureza; él respondió que llevaban sobre sí una cosa que les preservaba de caer: la sobriedad y la guarda de los sentidos exteriores. ¡Quiera la bondad de Dios hacernos partícipes de ese espíritu que tan abundantemente derramó sobre aquella santa compañía!

Procuremos imitarla en esto: sobriedad, guarda de los sentidos, y utilizar los demás medios que se han dicho para conservarnos en tan gran pureza. Pero el medio de los medios es recurrir frecuentemente a nuestro Señor en todas las ocasiones, a cada hora; recurrir a nuestro Señor y tener mucha devoción a su pureza y a la de la santísima Virgen. Pidámosle esta gracia; el corazón me dice que, si insistimos en esto, nos dará su misericordia. Los sacerdotes que no tengan una obligación particular, celebrarán mañana por esta intención; los hermanos no comulgarán mañana, pero el domingo se lo pedirán a Dios y le ofrecerán para ello su comunión, para que Dios quiera dar este precioso don a la compañía. ¡Cuánto me edificó el otro día lo que me escribió uno de nuestros hermanos, que está entre los salvajes! Los hombres y las mujeres van casi desnudos; él está entre ellos y los ve; pero ¿qué digo?, no se atreve a verlos ni a mirarlos, y por eso se ve libre de impurezas. ¡Oh Salvador! Se lo decía hace poco a las damas de la caridad, que se llenaron de consuelo, al ver cuán poderosamente Dios asiste en las ocasiones. Es lo que le pediremos a Dios, si os parece bien, por intercesión de nuestra Señora, de san José, de nuestros ángeles custodios, de san Pedro y de san Ignacio.

Guardar el silencio. En el recreo, conversar con modestia. Ejemplo de los ejercitantes, de los cortesanos, de los grandes, de la Sorbona. Lo que hagan los primeros de la compañía será imitado por los que vengan luego; ejemplo de Recab, de Adán.

Al final de la repetición de la oración, el padre Vicente tomó tema para hablar de lo que dijo un hermano coadjutor de la despensa, que se puso de rodillas y pidió perdón a Dios por hablar demasiado alto, sin corregirse de ello. Entonces el padre Vicente dijo:

La verdad es que se hace mucho ruido en la despensa, y esto molesta a los que están al lado y les impide oír la lectura; aunque le han avisado, no se corrige; además, cuando le llaman para que acuda, usted no responde y se hace el sordo. Esto, hermano mío, es una falta importante; corríjase de ella.

No sé de dónde procede todo este ruido que hacemos y el poco silencio que hay entre nosotros. Al comienzo de la compañía se observaba mejor el silencio, se tenía la costumbre de hablar más bajo de lo que ahora se habla. Esto se debe a que hay entre nosotros alguno duro de oído y nos vemos obligados a elevar el tono para darnos a entender; de ahí que luego continuemos hablando alto. En nuestras conversaciones hay que confesar que hay mucho descuido en esto y que se habla fuerte, y todo esto por mi culpa, ya que soy el único culpable de todo el mal que se hace en la compañía, porque yo mismo hablo demasiado alto y doy mal ejemplo a los demás, y porque no me aplico a corregirlo.

Creo que es san Benito el que pone, como primer punto de humildad, el silencio, el silencio. *Te decet hymnus, Deus, in Sion* ¹; y un doctor ² le da la vuelta a este versículo y dice: *Te*

Conferencia 51. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 25 v^o.

1 Sal 64,2.

2 San Jerónimo.

deceat silentium, Deus, in Sion. Hemos visto que a veces, cuando teníamos cincuenta o sesenta ordenandos, no se hacía ningún ruido. Por ejemplo, en el colegio de Bons-Enfants, donde al comienzo recibíamos a los ordenandos, estaban todos en aquel sitio tan pequeño y recogido con un silencio maravilloso. Gracias a Dios, hay en la compañía quienes dan muy buen ejemplo; si que los hay, y muchos, por la gracia de Dios.

Hace algún tiempo había un buen doctor, ya muerto, que tenía la costumbre de hacer aquí todos los años su retiro, y a quien yo tenía siempre el honor de servir. Un día, al hacerme su comunicación, le pregunté cuál era la pasión que mejor reconocía dentro de él. Pensó un poco y me dijo: «Padre, me hace usted pensar mucho; sin embargo, le diré que nosotros, los del norte, estamos muy poco sujetos a las pasiones; no es que no haya algunas, pero comúnmente hablando puede decirse que no las hay».

Y en efecto, luego me he fijado y he visto por experiencia que era verdad lo que decía, que los del norte están mucho menos sujetos a dejarse llevar por la pasión, por los movimientos de cólera, y que los del sur y los de estos países más cálidos lo están más. Por eso fijaos cómo en ciertas ciudades, como por ejemplo Constantinopla, hay un cuerpo de policía, esto es, personas que van por toda la ciudad, por los mercados y las ferias, con alguaciles y guardias para vigilar y castigar a los que hablan demasiado alto y hacen demasiado ruido; también podéis ver por París a esos comerciantes jurados que van de tienda en tienda y, si ven a uno que se excita y habla demasiado alto, sin proceso alguno y en el acto le obligan a echarse en el suelo extendido y le dan veinte o treinta bastonazos. Pues bien, esas gentes, esos turcos, se portan así por miedo a la policía; nosotros hemos de hacerlo mucho mejor, por amor a la virtud.

Una de las resoluciones que tomó ese buen doctor del que acabo de hablaros, fue la de imitar en algo a otro doctor de la Sorbona que es ahora obispo y da muy buen ejemplo, pues es un prelado dotado de grandes virtudes, a quien yo veía todos los días y trataba con él.

Nuestro Señor Jesucristo es el modelo verdadero y el gran cuadro invisible con el que hemos de conformar todas nuestras acciones; y los hombres más perfectos que están aquí abajo, vi-

viendo en la tierra, son los cuadros visibles y sensibles que nos sirven de modelo para regular todas nuestras acciones y hacerlas agradables a Dios.

Me gustaría, padres, que vierais el silencio que hay en el Louvre y la forma con que se hablan entre si; veriais a veces a cuarenta, cincuenta, ochenta, cien personas esperando, hablando unas con otras en voz baja, de modo que puede oírse el zumbido de una mosca de Un extremo a otro de la sala. En casa del difunto cardenal de Richelieu, donde estuve muchas veces, había un silencio maravilloso; y en casa de éste ³ veis también que todos están charlando entre si tranquilamente, con urbanidad y modestia.

Si vieseis a los profesores de la Sorbona, cómo tienen juntos sus recreos; ¡qué hermoso es! Tienen una alameda, por donde se pasean de tres en tres, de cuatro en cuatro y conversan así unos con otros con cordialidad, afecto y respeto mutuos. De mí os confieso que no sé de dónde procede que salgan tan mal nuestros recreos, dado que esto va contra la manera de conversar debidamente, contra la urbanidad, y hasta contra el sentido común. En esto los más culpables son nuestros hermanos estudiantes, y yo el primero, por no dar el buen ejemplo que debería.

Se pregunta uno de dónde viene que en el parlamento haya algunas cámaras con mejor reputación que las demás, y no se ve más razón sino que, como los primeros presidentes y consejeros de aquellas cámaras dieron un buen comienzo y establecieron una forma de tratar los asuntos con solidez y con todo el conocimiento posible, los que siguieron conservaron ese mismo espíritu y esa misma jurisprudencia y estos se los comunicaron a sus seguidores, y así sucesivamente, continuándose y conservándose hasta ahora aquella buena estima y reputación.

Recab dormía bajo tienda y no bebía nunca vino. Sus hijos, viendo esto, dijeron: «Nuestro padre no duerme más que bajo tienda y no prueba el vino; ¿por qué no vamos a hacer nosotros lo mismo? ¿Somos acaso mejores que él? El nos ha dado este buen ejemplo; ¿por qué no aprovecharnos de él?». Así lo hicieron, y luego sus hijos dijeron igualmente: «Nuestros padres han hecho así; hemos de imitarlos». Y así de generación en genera-

3 El cardenal Mazarino.

ción, durante trescientos años, los hijos de Recab guardaron esta costumbre, que agradó tanto a Dios que, como dice la sagrada Escritura, bendijo a la familia de Recab ⁴. Ya veis, padres y hermanos míos, lo que hace el buen ejemplo y qué importante es que en el comienzo se deje un buen fundamento y un buen ejemplo, donde puedan apoyarse los que vengan más tarde.

¡Cuánta cuenta he de darle yo a Dios, por no dar a la compañía el ejemplo debido! Y lo que digo de mi, hay que decirlo también de los que son los primeros en la compañía; pues no solamente seremos culpables del mal que hagamos personalmente, sino también del mal que cometan por culpa nuestra los que vengan luego, por no haberles dejado el ejemplo que deberíamos, ni la manera de actuar y de hacer las cosas del modo conveniente a los verdaderos misioneros, tal como piden de nosotros las reglas y las santas costumbres de la compañía, si no hacemos penitencia de ello.

Así vemos cómo el mal cometido por Adán pasa a todos sus hijos hasta nosotros, y a los que vengan después de nosotros ⁵. Y si Adán no hubiese hecho penitencia de su pecado y del mal ejemplo que dio a toda su descendencia, no sólo hubiera sido castigado por su falta personal, sino por las que hubieran cometido sus hijos y todos sus descendientes por su culpa ⁶.

Al revés, ¡de cuántas buenas obras y santas acciones serán causa los buenos sujetos de la compañía, que hayan puesto un buen fundamento y hayan dado buen ejemplo! Pues, a medida que los que les sigan vayan haciendo bien y manteniéndose en el camino recto que ellos les han trazado, en esa misma medida aumentará su gloria y recibirán de Dios la recompensa en el cielo. Todo esto, hermanos míos, ¿no nos tiene que animar a ponernos en adelante en el buen camino, a ser fieles en la práctica de las reglas y de las santas costumbres de la compañía, a guardar el silencio, a seguir una manera de conversar con los demás que sea la más agradable a Dios que nos podamos imaginar? Pidámosle esta gracia a nuestro Señor y comulgad hoy por esta intención.

4 Jer 35.

5 Rom 5,12.

6 Sab 10,1-2

EXCESOS QUE HAY QUE EVITAR EN EL AMOR DE DIOS

Amor que le hemos de tener a Dios. Forma de mantener este amor en nuestro corazón. Sentimientos de san Francisco de Sales. Pedirle a Dios que nos enseñe a orar.

Tengo que hacerles una advertencia a nuestros hermanos del seminario; he de darles un aviso para que sepan cómo hay que portarse en estas materias (de las que acababa de hablarse). Es verdad que la caridad, cuando habita en un alma, ocupa por entero todas sus potencias: no hay descanso; es un fuego que actúa sin cesar; mantiene siempre en vilo, siempre en acción, a la persona que se ha dejado abrazar una vez por él. ¡Oh Salvador! La memoria ya no quiere acordarse más que de Dios, detesta todos los demás pensamientos y los considera como importunos, los rechaza y admite sólo a los que le representan a su amado y que pueden agradarle; necesita a toda costa hacerse familiar su presencia, necesita que su presencia sea continua en su alma.

De aquí las ansias del entendimiento, su interés forzoso en buscar y rebuscar nuevos medios para conseguir esa presencia. Estos no son buenos, necesito otros; si pudiese practicar eso, lo obtendría; hay que hacerlo; pero yo tengo aún esta devoción, ¿cómo compaginarla con esta otra? No importa, hay que hacer las dos cosas. Y cuando uno se ha cargado con una nueva devoción, busca otra y otra; ese pobre espíritu se abraza con todo y no se contenta con nada, va más allá de sus fuerzas, acaba agotado y cree que no tiene nunca bastante. ¡Oh dulce Salvador! ¿por qué todo esto? La voluntad permanece ansiosa, obligada a producir actos tan frecuentes como está en su poder producir; actos y más actos, duplicados y triplicados en todo tiempo y lugar, en el recreo, en el comedor; los veis siempre enardecidos; no piensan en otra cosa; ni siquiera descansan en el trato y conversa-

Conferencia 52. — Recueil de diverses exhortations, p. 89.

ción con los demás. En una palabra, por aquí y por allí, por todas partes todo son ardores, fuegos y llamas; actos continuos; siempre están fuera de sí mismos.

¡Oh! ¡Que en estos excesos, en estas ansias y arrobos también hay peligros e inconvenientes! — ¿Pues qué? ¿hay inconveniente en amar a Dios? ¿Se le puede amar demasiado? ¿Puede haber excesos en una cosa tan santa y tan divina? ¿Podremos alguna vez amar bastante a Dios, que es infinitamente amable? — Es cierto que nunca amaremos bastante a Dios y que nunca nos excederemos en su amor, si atendemos a lo que Dios merece de nosotros. ¡Oh Dios Salvador! ¿quién pudiera subir hasta ese amor extraño que nos tienes, hasta derramar por nosotros, miserables, toda tu sangre, de la que una sola gota tiene un precio infinito? ¡Oh Salvador! No, padres, es imposible; aunque hagamos todo lo que podamos, nunca amaremos a Dios como es debido; es imposible, Dios es infinitamente amable. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que, aunque Dios nos manda amarle con todo nuestro corazón y todas nuestras fuerzas ¹, su bondad no quiere que esto llegue a perjudicar y arruinar nuestra salud a fuerza de actos; no, Dios no nos pide que nos matemos por esto.

Algunos, tres o cuatro del seminario, llevados de este deseo y abrazados de este fuego, se han puesto a producir estos actos continuamente, de día y de noche, siempre en tensión, y la pobre naturaleza no ha podido resistir una acción tan violenta; en ese estado, la sangre se inflama y, bullendo con estos ardores, envía vapores calientes al cerebro, que se llena enseguida de fuego; de ahí se siguen mareos y dolores de cabeza, como si a uno se la apretaran con una venda; los órganos se debilitan y se presentan nuevas molestias; se queda uno inútil para el resto de su vida y no hace más que languidecer hasta la muerte, que no tardará en presentarse.

Esto puede parecer deseable, ya que es bueno verse reducido a ese estado por la caridad que se le tiene a Dios; morir de esta forma es morir de la manera más hermosa, es morir de amor; es ser mártir, mártir de amor. Parece que estas almas bienaventuradas pueden aplicarse las palabras de la esposa y decir con

1 Deut 6,5.

ella; *Vulnerasti cor meum* ²; ¡tú eres, Dios mío, el que me has herido con tu amor; tú eres el que me has afligido y traspasado el corazón con tus flechas ardorosas; tú eres el que me has puesto este fuego sagrado en las entrañas que me hace morir de amor! ¡Seas bendito para siempre! ¡Oh Salvador, *Vulnerasti cor meum*!

Entre los sacrificios que se le ofrecían a Dios en la antigua ley, el holocausto era el más perfecto, ya que se quemaba la hostia en reconocimiento de la soberanía de Dios, y se la consumía enteramente sobre el altar, sin reservar nada de ella; todo quedaba reducido a cenizas, a polvo, por la gloria de Dios. Creo que se podría llamar a esas almas víctimas de amor, holocaustos, ya que, sin reservarse nada, se consumen y van inmolándose por completo. ¡Dios mío! ¡Qué glorioso es morir de este modo y qué dichoso perecer por estas llagas tan hermosas!

Sin embargo, hay que tener cuidado con todo esto: hay mucho peligro y muchas equivocaciones; vale más, mucho más, no calentarse tanto, moderarse, sin romperse la cabeza por hacerse esta virtud sensible y casi natural; porque al fin, después de todos estos esfuerzos no hay más remedio que relajarse, abandonar la presa; y ¡cuidado! no lleguemos a hartarnos por completo y a caer en un estado peor que el de antes, en la condición peor de todas y de la que uno casi nunca se levanta. San Pablo dice que es imposible que uno que haya amado y saboreado las dulzuras de la devoción, y luego ha perdido estos gustos y se ha aburrido, vuelva a reponerse ³. Cuando dice que esto es imposible, quiere decir que es muy difícil, que casi se necesita un milagro.

Eso es lo que muchas veces se gana por romperse la cabeza y por querer hacerse la virtud sensible, eso es lo que se gana: queda uno disgustado de toda clase de devoción, disgustado de la virtud, disgustado de las cosas más santas, y cuesta muchos trabajos y fatigas volver a recuperarse. ¡Oh Salvador! Eso es lo que les pasa de ordinario a esas personas, que perjudican y estropean notablemente su salud, pues siempre se ponen enfermas, ya que esta gran violencia que se hacen suele acabar en esto. Es preciso, a pesar de todo, relajarse, ya que no es posible seguir

2 Cant 4,9.

3 Hebr 6,4.

todo ese gran número de actos que hacen cada día; entonces bastará con tres o cuatro; y si hacían cincuenta, que se contenten con hacer uno o dos, y hasta ninguno; es necesario abstenerse de ello hasta haberse recuperado por completo, si es que acaso todavía es posible recuperarse; pues, de ordinario, queda uno estropeado para el resto de sus días y lo que sigue.

Por eso hay que tener mucho cuidado. Les pido a los padres directores que pongan en ello una atención especial. Esto sucede en los comienzos: cuando uno empieza a saborear las dulzuras de la devoción, ya no puede saciarse y se sumerge uno cada vez más, sin tener nunca bastante. ¡Necesito tener esta presencia de Dios, pero continuamente! ¡He de esforzarme en ello! Y uno se empeña en ello, sin dar su brazo a torcer; se apega a ello con una obstinación invencible, hasta ponerse enfermo, como decíamos hace un momento. ¡Es demasiado! ¡Es demasiado!

Muchas veces el demonio nos tienta por ahí; cuando no puede llevarnos directamente a obrar mal, nos incita a abrazar más bien del que podemos, y nos sobrecarga hasta que nos hundamos bajo un peso demasiado grande, bajo una carga demasiado pesada.

Hermanos míos, las virtudes consisten siempre en el justo medio; todas ellas tienen dos extremos viciosos; cuando uno se separa de un extremo, corre el peligro de caer en el vicio contrario; hay que caminar debidamente por el centro, para que nuestras acciones sean dignas de alabanza. Por ejemplo, la caridad de la que hablamos tiene dos extremos que son malos: amar muy poco o nada en absoluto, y amar con demasiado celo y con ansia. No preocuparse nunca de amar, no hacer ningún acto de amor o muy raras veces, es negligencia y pereza en contra de la caridad, que nunca está ociosa; pero también hacer actos hasta quemarse la sangre y romperse la cabeza es excederse en esta materia y caer en el otro extremo vicioso; la virtud está en el medio; los extremos no sirven para nada.

Le ruego, pues, al padre [Delaspiney], encargado del seminario, que tenga en cuenta esto en las comunicaciones; sí, padre, le suplico que se fije bien y ponga la mano en ello, para que no se estropee nadie la cabeza; hay que moderar a los que tienen demasiado fervor, no sea que se excedan, así como también excitar y despertar un poco a los que carecen de él y no hacen

ningún acto, con el pretexto de no incomodarse; hay que evitar la negligencia y no ser flojos. Pues bien, estos rompimientos de cabeza provienen de ordinario de un deseo desmesurado de progresar, del amor propio y de la ignorancia, y porque uno quiere hacerse sensibles las virtudes y las cosas espirituales; se quiere de un solo paso llegar a un eminente grado de virtud, desconociendo la debilidad de nuestra naturaleza y la flojedad de nuestros cuerpos, y actúa uno por encima de sus fuerzas; de ahí que la pobre naturaleza se sienta oprimida, agobiada, y se ponga a gritar y a quejarse, hasta obligarnos a aflojar. Hemos de atender a las necesidades naturales, ya que Dios nos ha sujetado a ellas, y acomodarnos a su debilidad. Dios lo quiere así; es tan bueno y tan justo que no nos pide más; conoce muy bien nuestras miserias, tiene compasión de ellas y, por su misericordia, suple a nuestros defectos. Hay que tratar buenamente con él, sin preocuparnos demasiado; su bondad y su misericordia llenarán lo que nos falta.

Me acuerdo, a propósito de esto, de una idea del obispo de Ginebra ⁴, que decía con palabras muy divinas y dignas de tan gran hombre: «No me gustaría llegar a Dios, si Dios no viniese hacia mí!». ¡Palabras admirables! No le gustaría ir a Dios, si Dios no fuese primero hacia él. Estas palabras brotan de un corazón perfectamente iluminado en esta ciencia del amor. Si esto es así, un corazón verdaderamente lleno de caridad, que sabe lo que es amar a Dios, no querría ir hacia Dios, si Dios no se adelantase y lo atrajese por su gracia. Esto es estar muy lejos de querer obligar a Dios y atraérselo a fuerza de brazos y de máquinas. No, no, en esos casos no se consigue nada por la fuerza.

Dios, cuando quiere comunicarse a alguien, lo hace sin esfuerzos, de una manera sensible, muy suave, dulce y amorosa; así pues, pidámosle muchas veces este don de la oración, y con mucha confianza. Dios, por su parte, no busca nada mejor; pidámoselo, pero con toda confianza, y estemos seguros de que acabará concediéndonoslo, por su propia misericordia. El no se niega nunca, cuando rezamos con humildad y confianza. Si no lo concede al principio, lo concederá luego. Hay que perseverar sin desanimarse; y si no tenemos ahora ese espíritu de Dios, nos

⁴ San Francisco de Sales.

lo dará por su misericordia, si insistimos, quizás dentro de tres o cuatro meses, o de uno o dos años. Pase lo que pase, confiemos en la providencia, esperémoslo todo de su liberalidad, dejémosle hacer y tengamos siempre ánimos. Cuando Dios, por su bondad, le concede a alguien una gracia, lo que éste creía difícil se le hace tan fácil, que allí donde tenía tanta pena encuentra ahora placer y no tiene más remedio que extrañarse en su interior de este cambio tan inesperado. *Hic est digitus Dei, haec mutatio dexteræ Excelsi* ⁵. Entonces uno se siente sin esfuerzo alguno en la presencia de Dios; ésta se hace como natural, sin cesar nunca; y esto se hace además con mucha satisfacción. No es menester esforzarse ni forjar en el ánimo palabras altisonantes: eso es lo que estropea el estómago; Dios escucha muy bien sin que le hablemos, ve todos los rincones de nuestro corazón y conoce hasta el más pequeño de nuestros sentimientos.

¡Oh Salvador!, no tenemos más que abrir la boca para que tú descubras nuestras necesidades; tú oyes el suspiro más tierno, el movimiento más pequeño de nuestra alma, y con un dulce y amoroso impulso obtenemos de ti incomparablemente más gracias y bendiciones que con esas extremas violencias. ¡Oh Salvador!, tú sabes lo que quiere decir mi corazón; me dirijo a ti, fuente de misericordia; tú ves mis deseos y cómo no tienden más que a ti, no aspiran más que a ti y no quieren otra cosa más que a ti. Digámosle muchas veces: *Doce nos orare* ⁶; concédenos, Señor, ese don de la oración; enséñanos tú mismo cómo hemos de rezar. Es lo que le pediremos hoy y todos los días con confianza, con mucha confianza en su bondad.

⁵ Cita compuesta Ex 8,15; Sal 76,11.

⁶ Lc 11,1.

Conferencia 53. — Recueil de diverses exhortations, p. 94.

SOBRE LA POBREZA

Importancia y necesidades de la pobreza en las comunidades religiosas. Ejemplo de nuestro Señor, de los primeros cristianos, de los buenos misioneros. El padre Vicente se alegra y da gracias a Dios por el espíritu de desprendimiento que reina en la compañía.

Esta materia es de tantas consecuencias que creo será conveniente continuar con ella la próxima vez; volveremos entonces a tratarla el viernes próximo, y podemos esperar de la bondad de Dios, que obra según las disposiciones de los sujetos, que nos concederá todavía mayores gracias; pues, como se acaba de decir, la pobreza es lo que nos debe mantener. ¿Qué pasaría con la compañía si llegara a introducirse en ella el apego a los bienes del mundo? ¿en qué se convertiría? Los santos dicen que la pobreza es el nudo de las religiones. Nosotros no somos religiosos; ha sido conveniente que no lo fuésemos, y no somos dignos de serlo, aunque vivamos en comunidad; pero se puede decir que la pobreza es el nudo de las comunidades, y sobre todo de la nuestra, que la necesita más que las otras; es ese nudo el que la desliga de todas las cosas de la tierra y la ata a su Dios. ¡Oh Salvador, concédenos esta virtud, que nos une inseparablemente a tu servicio! ¡Que no busquemos ni pretendamos otra cosa más que a ti solo y tu gloria! ¡Bendito sea Dios!

Pues bien, la pobreza que profesamos es un voto simple que hacemos de abandonar los bienes del mundo para servir a Dios, vivir en común y no tener nada en particular. Esto debe entenderse en cuanto al uso; los que tienen algún beneficio, lo dejan; los que tienen otros bienes, los dejan o ponen en manos del superior la disposición de sus frutos; y viven todos en común. Así ninguno tiene más que los demás; aunque algunos tengan posesiones, no usan de ellas particularmente, aunque sigan siendo dueños de sus fondos. Si, por desgracia, llegaran a perder este espíritu y quisieran salirse del lugar en donde Dios los había puesto, después que el papa los dispense del voto, o el superior,

al salir vuelven a disfrutar de sus bienes y de sus rentas. ¡Bendito sea Dios! Es verdad que, si mueren dentro de la Misión, bien aquí, o en las Indias, o en cualquier sitio, tienen la disposición de sus bienes como de una cosa que les pertenece en propiedad; sin permiso del superior, pueden hacer con ello lo que quieran y dejárselo a quien les parezca. Ese derecho que se tiene sobre el patrimonio y sobre las herencias que se reciban no impide que vivamos en la santa pobreza.

Si tenemos algunos bienes, no tenemos el uso de ellos, y en esto somos semejantes a Jesucristo que, teniéndolo todo, no tenía nada ¹; era el dueño y señor de todo el mundo y el que hizo todos los bienes, pero quiso privarse de su uso por nuestro amor; aunque era el señor de todo el mundo, se hizo el más pobre de todos los hombres y tuvo menos que los mismos animales: *Vulpes foveas habent; volucres caeli, nidos, Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet* ²: el Hijo de Dios no tiene ni una piedra donde reposar su cabeza. ¡Oh Salvador! ¡Oh Salvador! ¿qué será de nosotros si nos apegamos a los bienes de la tierra? ¿Y qué llegaremos a ser siguiendo el ejemplo de la pobreza del Hijo de Dios? ¡Que los que tengan bienes, no deseen usarlos, si han renunciado a ellos! ¡Y que los que no tengan, no quieran tenerlos!

Al comienzo de la Iglesia, todos los que querían hacerse sacerdotes abandonaban sus bienes: *Dominus pars haereditatis meae et calicis mei* ³. Un sacerdote tiene que renunciar a todo para no tener más que a Dios solo, ¡más que a ti solo, oh Salvador! ¿No es bastante? ¿No es justo que así sea? ¿hay que pensar en más cosas? *Dominus pars haereditatis meae et calicis mei!*

Así pues, al comienzo había que abrazar la pobreza para ser sacerdote; había entonces muy pocos; sólo se ordenaba a los necesarios, según los beneficios que había; y cuando un sacerdote fallecía, se ordenaba el escogido para ese beneficio, de forma que muchas veces se estaba nombrado antes de ser sacerdote; pero luego se creyó más conveniente y oportuno, y hasta necesario, que hubiera más sacerdotes. Por eso, aunque no hubiera

1 2 Cor 8,9; Gal 4,1.

2 Mt 8,20.

3 Sal 15,5.

ningún beneficio, recibían las órdenes con un título de patrimonio, y así aumentó el número de sacerdotes. Pues bien, este título es diferente según los lugares, o al menos los señores obispos piden más en un sitio que en otro: en París se necesitan 50 escudos, en otras partes 100, y en otras basta con 80; algunos hay que se contentan con 50 libras, más o menos.

Así pues, los sacerdotes hacían una especie de voto de pobreza al principio, como por ejemplo san Basilio, san Jerónimo y otros que no recuerdo. También los santos, los primeros cristianos, y no sólo los sacerdotes, sino todos, abrazaban la pobreza. ¡Oh Salvador! Los primeros cristianos hacían todos voto de pobreza: *nec quisquam eorum quae possidebat aliquid suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia* ⁴; ninguno de ellos consideraba como suyo particular nada de lo que poseía, sino que todas las cosas eran comunes entre ellos; vendían sus posesiones y traían el dinero a los apóstoles, que lo distribuían luego a cada uno según sus necesidades. Vemos incluso cómo uno, habiendo intentado desprenderse de todos sus bienes, fue rigurosamente castigado por san Pedro, que ejerció un acto de justicia, haciendo morir a Ananías, y poco después a su mujer, que cayeron muertos a sus pies por la virtud de Dios que había en él, y por la autoridad que le daba, los castigó inmediatamente ⁵. San Basilio y san Jerónimo, basándose en que san Pedro realizó un acto de justicia haciendo morir súbitamente a sus pies a Ananías y a su mujer, a la vista de todo el mundo, ante toda la iglesia, nos aseguran que los primeros cristianos hacían una especie de voto de pobreza.

¡Qué dicha para la Misión poder imitar a los primeros cristianos, vivir como ellos en común y en pobreza! ¡Oh Salvador! ¡Qué ventaja para nosotros! Pidámosle a Dios que, por su misericordia, nos dé este espíritu de pobreza. Sí, el espíritu de pobreza es espíritu de Dios; porque despreciar lo que Dios desprecia y estimar lo que él estima, buscar lo que él aprueba y aficionarse a lo que él ama, es tener el espíritu de Dios, que no es otra cosa más que tener los mismos deseos y afectos que Dios, entrar en los sentimientos de Dios. Y ése es el espíritu de

4 Hech 4,32.

5 Hech 5,1-11.

Dios: amar, como él y los suyos, la pobreza, a la que se opone el espíritu del mundo, ese espíritu de propiedad y de comodidad que busca la satisfacción propia, ese espíritu de apego a las cosas de la tierra, ese espíritu de anticristo, si, de anticristo, no ya de ese anticristo que ha de venir un poco antes de nuestro Señor, sino de ese espíritu de riquezas opuesto a Dios, de esas máximas contrarias a las que ha enseñado el Hijo de Dios.

Bien, ¡ánimo! Evitemos ese espíritu de condenación y roguemos a Dios que nos dé el suyo, el espíritu de pobreza; pidámosle que lo conserve en nosotros; porque, gracias a Dios, siempre ha existido en esta pequeña compañía; ese espíritu de abandono de todas las cosas, que nos hace dejarlo todo por Dios, que nos aleja de las comodidades, de los tiempos y de los lugares, para ir acá o a las Indias, si que existe, gracias a Dios, en la Misión. Uno tiene que marcharse a cien leguas: ¿cuándo se va a marchar usted, padre, a ese lugar tan lejano? — Hoy, mañana, ahora mismo. Y se va uno tan fácilmente a cuatrocientas leguas, a Roma.

¡Oh Salvador! Es tu espíritu el que hace esto, tú eres el que has dado este espíritu a la Misión. Desde hace treinta años creo que no he encontrado a nadie, o mejor dicho, a uno solamente, que se haya negado a ir a un sitio. ¡Bendito sea Dios! Pero ¿qué es lo que pretenden los que quieren tener siempre y, aunque tengan, no tienen nunca bastante? ¿Qué es lo que pretenden? Lo sé muy bien; quieren gozar de la vida y dar rienda suelta... ¿lo diré?... ¡Ya pensaré en ello!

Los bienes son llamados medios, pues no los queremos para tenerlos solamente a ellos sino para tener otra cosa; los que los buscan, quieren pasar el tiempo, gozar, acomodarse, ascender. ¡Oh Salvador! ¿Es esto ser misionero? ¿Es ése el espíritu de la Misión? No, no, él está fundado en la pobreza, el que tiene este espíritu, lo tiene todo, lo puede todo y nada teme; y Dios, que no abandona jamás a quienes lo dejan todo por él, aumenta las fuerzas cuando es preciso ⁶, y da nuevas fuerzas. Es lo que me comunica el padre Mousnier, que está en Madagascar.

Padres y hermanos míos, pidamos todos este espíritu a Dios; que nos separe de todos los bienes del mundo para unirnos a

6 Cfr. Mt 19,27.

él; ese espíritu sin el cual es imposible vivir en comunidad. Pidámoselo todos juntamente, os lo ruego; recemos por ello toda esta semana; quízás, por su gracia, le inspire a alguien que venga a inflamarnos el viernes en este espíritu de pobreza; busquemos esta semana el medio de conseguirlo. ¡Dulce Salvador!, te conjuramos por ti mismo: concédenos este espíritu, que hará que sólo te busquemos a ti. Ese espíritu viene de ti, depende de ti dánoslo, pues; te lo suplicamos con toda humildad. Padres, pidámoselo mucho; si lo tenemos, lo tendremos todo; si morimos en ese espíritu, seremos bienaventurados. ¡Qué honor, qué dicha y qué gloria, morir como murió el Hijo de Dios! ¿Hay una dicha mayor? ¿Se puede desear un final mejor y más glorioso? Así es como moriremos, si vivimos en el espíritu de pobreza. Tenemos que esperar lo de la bondad infinita de Dios.

Seguiremos el viernes con este mismo tema, *in nomine Domini!*

54 [131,XI, 229-232]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
10 DE AGOSTO DE 1655

SOBRE LA OBRA DE LOS RETIROS

El padre Vicente recomienda un asunto importante a los hermanos de la compañía. Manifiesta su satisfacción por el bien que se hace en los retiros. Cita a una persona que fue a darle las gracias en Bretaña por haber hecho el retiro en San Lázaro. Invita a la compañía a perseverar en su misión.

Hay un asunto importante, cuyo éxito no está asegurado, y que encomiando a las oraciones de la compañía; se lo ofreceremos, si os parece, a nuestro Señor, para que le dé su bendición por su misericordia.

El padre Vicente encomendó también a las oraciones de la compañía a los padres Mousnier y Bourdaise, que están — dijo —

Conferencia 54. — Recueil de diverses exhortations, p. 96.

en la isla de Madagascar y que todos los días se ven expuestos a nuevos peligros, para que quiera Dios darles, por su misericordia, el espíritu de san Lorenzo, que les haga resistir hasta el final, como este gran santo, y enfrentarse con todas las dificultades que se presenten.

Encomendó también a otras muchas personas a las oraciones de la compañía, y entre ellas a un ejercitante, y dijo:

Os suplico, padres y hermanos míos, que deis gracias a Dios por esa inclinación que les da a muchas personas de venir a hacer aquí el retiro, que es una maravilla; muchos eclesiásticos de la ciudad y del campo lo dejan todo por venir; muchas personas solicitan ser recibidas y tienen que pedirlo con insistencia desde mucho tiempo antes. ¡Gran motivo para alabar a Dios! Unos vienen a decirme: «Padre, ya hace mucho que le pedí esta gracia; ya he venido muchas veces sin poderlo obtener»; otros dicen: «Padre, tengo que ir, me han encargado de un beneficio al que he de ir a atender cuanto antes; concédame este favor»; otros: «He acabado mis estudios; tengo que retirarme y pensar en lo que voy a ser»; otros todavía: «Padre, lo necesito mucho; si usted lo supiera, me concedería enseguida esta gracia».

¡Qué gran favor y gracia ha hecho Dios a esta casa, al llamar a tantas almas a los santos ejercicios y servirse de esta familia como de instrumento para servir a la instrucción de esas pobres almas! ¿En qué otra cosa deberíamos ocuparnos, sino en ganar un alma para Dios, sobre todo cuando ella viene a nosotros? No deberíamos tener otra finalidad, ni mirar más que a esto, sólo a esto. ¡Ay! Le han costado mucho al Hijo de Dios, y es a nosotros a quienes él las envía para devolverles su gracia. Padres, tengamos cuidado de no hacernos indignos de ello y que Dios retire su mano de nosotros. Es verdad que hay algunos que no sacan ningún provecho, que vienen por necesidad y que sólo buscan un poco de descanso; pero no por eso hemos de dejar de asistir a los demás; por algunos que no hagan buen uso de ello, no hay que perjudicar a tantas almas buenas que sacan mucho provecho. ¡Qué frutos, qué frutos tan maravillosos! Ya os lo he dicho, y por ahora me contentaré con deciros un ejemplo.

El último viaje que hice a Bretaña, hace cinco años, apenas llegué, vino a darme las gracias una persona muy distinguida por el gran favor que, según decía, le habíamos hecho de admitirle

a hacer aquí ejercicios. «Padre, me dijo, sin eso estaba perdido; se lo debo todo; aquello fue lo que me dio paz y me hizo emprender una forma de vivir que conservo todavía, por la gracia de Dios, con toda satisfacción. Padre, le estoy tan agradecido que se lo digo a todos los compañeros con quienes hablo; les aseguro que sin el retiro que, gracias a usted, hice en San Lázaro estaría condenado. ¡Cuánto se lo agradezco, padre!». Esto me dejó muy impresionado.

¡Qué desdichados seríamos si, por nuestras negligencias, obligásemos a Dios a retirarnos esta gracia! Es cierto que no todos se aprovechan de este modo, pero ¿es que el reino de Dios no está compuesto de buenos y de malos? Es una red que coge toda clase de peces, buenos y malos¹; de todas las gracias que Dios concede, siempre hay algunos que abusan de ellas, pero no por eso deja de concederlas; ¡cuántos hay que no han querido aprovecharse de la muerte y de la pasión de nuestro Señor! ¡Oh dulce y misericordioso Salvador!, tú ves que la mayor parte no lo tienen en cuenta, pero no por eso te negaste a morir, a pesar de ver esa muchedumbre de infieles que se burlan, y ese gran número de entre nosotros que desprecia y pisotea tu preciosa sangre. No hay ninguna obra de piedad que no se profane, nada tan santo que no se abuse de ello; mas a pesar de eso, a pesar de todos esos abusos, nunca hay que desistir, con el pretexto de que algunos abusen; no hemos de cansarnos ni enfriarnos en nuestros ejercicios, por el hecho de que no todos se aprovechen de ello. ¡Qué pérdida y qué desgracia, si llegáramos a cansarnos de esa gracia que Dios nos ha concedido por encima de las demás comunidades, y privar a Dios de la gloria que de ahí saca! ¡Qué desgracia! ¡Desgraciado de mi, desgraciado de aquel que, por su pereza y por miedo a perder su comodidad, por deseo de darse buena vida cuando hay que trabajar, frenase el fervor de esta santa práctica! Pase lo que pase por culpa de algunos, no hemos de cansarnos nunca de ello; tengamos ánimos; Dios, que nos ha dado esta gracia, nos la mantendrá; y hasta nos las dará mayores. Esperemos más todavía; tengamos un corazón firme contra las dificultades y un coraje inflexible; sólo es ese maldito espíritu de la pereza el que se acobarda ante cualquier con

¹ Cfr. Mt 13,47-48.

tradición; no hay trabajo que no rehuya, ni carga que no tema, ni satisfacción que no busque; ese amor propio lo arruina todo. Expulsemos lejos de nosotros esa flojera; pidamos a Dios que, por su misericordia, conserve lo que liberalmente nos ha dado; es un gran regalo el que ha hecho a la compañía, pidamos a su bondad que no nos hagamos indignos de él por nuestra negligencia; recemos mucho por ello.

¡Oh Salvador! Suscita en nosotros, suscita ese espíritu de san Lorenzo, que le hizo triunfar en medio de las llamas de la furia del infierno; suscita en nuestros corazones ese fuego divino, ese fervor ardiente que nos haga triunfar de todas las artimañas del diablo y de nuestra mala naturaleza, que se opone al bien; fomenta en nosotros un celo ardiente de procurar tu gloria en todas nuestras ocupaciones, para que perseveremos en ellas constantemente hasta la muerte, a ejemplo de ese gran santo cuya fiesta celebramos; te lo pedimos por su intercesión.

55 [132, XI, 232-252]

CONFERENCIA DEL 13 DE AGOSTO DE 1655

SOBRE LA POBREZA

Motivos para practicar la pobreza: se lo hemos prometido al superior y a Dios y es necesaria para la vida de comunidad. Sin la pobreza no hay cumplimiento de la regla, ni hay piedad. La codicia perdió a Judas. Naturaleza de la pobreza en la compañía. Medio de practicarla pedírsela a Dios, amarla, hacer frecuentes actos.

Es difícil, queridos padres, comprender debidamente la importancia de la virtud de la santa pobreza. Es el apoyo de las comunidades; los santos padres dicen que es el muro de sostén de todas las religiones; es su muralla; es lo que las defiende y las conserva.

¡Quiera Dios que podamos comprender hoy debidamente cuánto nos conviene y qué necesario es que sintamos mucho

Conferencia 55. — Manuscrit des Conférences.

afecto a la santa pobreza! ¡Oh Salvador, te pedimos que nos hagas partícipes de tus luces, para que conozcamos esta virtud y le tengamos mucho amor! ¡Ah, si pudiéramos descubrir su belleza; si Dios nos hiciera la gracia de mostrárnosla! ¿Quién de nosotros no sentiría entonces el corazón abrasado del deseo de tenerla? ¿a quién no le gustaría ser pobre?

Bien, padres, terminaremos esta tarde la charla sobre la pobreza, en cuanto que la profesamos con un voto simple; en otra ocasión podremos tratar más especialmente de ella, cuando podamos, como de una virtud singular. Porque esta virtud comprende otras muchas, y también hay varios vicios que le hacen la guerra; pero esta tarde, cuando pensaba en lo que tiene que inclinarnos a una exacta práctica de la pobreza, se me ocurrió este pensamiento: porque hemos dado palabra de ello al superior. Le hemos prometido guardarla muy estrechamente. Por esta intención hemos venido aquí y se nos ha recibido con esta condición; en esto hemos empeñado nuestra palabra al superior, hemos aceptado esta obligación y hemos hecho esta promesa. ¿No es verdad, padres y hermanos míos, que cuando vinisteis se os indicó esto y se os dijo: «Ved si podéis aceptar esta práctica y si podéis guardar con exactitud esta pobreza; vedlo y pensad en ello»? Os tomasteis tiempo para reflexionar; pensasteis en ello delante de Dios; tomasteis esta resolución en su presencia; no digo todavía que se lo prometisteis a Dios: ya hablaremos luego de ello. Así pues, tras pensar bien y seriamente en ello, creísteis que podíais y dijisteis: «Sí, padre, así lo quiero con la gracia de Dios, y le prometo observar en todo y por todo la santa pobreza». A eso es a lo que os comprometisteis voluntariamente después de una santa y seria reflexión. ¿No es verdad, padres y hermanos míos, que esto sucedió de este modo y que el superior, al ver vuestra decisión, os admitió luego?

¿Querriais ahora romper vuestra promesa, faltar a vuestra palabra, a esa palabra que los hombres del mundo guardan con tanta fidelidad, y sin la cual un hombre no es hombre? Si, un hombre que no tiene palabra no es hombre: sólo tiene las apariencias, sino que es un animal, un animal feroz, que merece ser echado de la sociedad humana. ¡Oh Salvador! ¿Qué es un hombre sin palabra? Es el peor, si, el peor y el más detestable de los hombres. Por eso ni siquiera el mundo, que soporta toda

clase de maldades, puede soportar ésta. El hombre que no guarda la palabra dada, resulta odioso a Dios y a los hombres ¹. Dios los trata como a enemigos, como si fueran almas impías; sí, Dios trata de ese modo a los que faltan a su palabra en las cosas del mundo: *Declinantes in obligationes adducet Dominus cum operantibus iniquitatem* ²: *adducet cum operantibus iniquitatem*. Pondrá a esa clase de gentes que no mantienen sus promesas entre los pecadores; castigará como un pecado la falta a la palabra dada. *Adducet cum operantibus iniquitatem*. ¡Oh Salvador! Si los que no guardan su palabra en las cosas del mundo son tratados con tanto rigor, ¿cómo serán castigados los que faltan a su palabra en una cosa tan santa? Los que faltan a la obligación que han asumido de observar la santa pobreza, ¿cómo serán tratados? ¡Oh Salvador! Si tú castigas como un pecador el faltar a la palabra en las cosas de la tierra, en los bienes de este mundo, que tan poco aprecias y que nada valen ante ti, ¿cuál será tu rigor contra los que faltan a su palabra en la virtud que tanto te interesa, que te pertenece, que te es propia, como la santa pobreza? ¿En qué lugar los pondrás? ¡Oh Salvador! ¡Sin duda en el último de todos, en el más vergonzoso que se pueda imaginar.

Tengamos miedo, padres, tengamos miedo de faltar a la palabra que le hemos dado al superior en lo que se refiere a la santa pobreza. Como muy bien sabéis, cuando un hombre falta a su palabra en el mundo, queda deshonrado para siempre; es para él una infamia que no podrá borrar. ¡Qué motivo de confusión! Va siempre cargado con su reproche; lleva siempre consigo su vergüenza; todos lo miran con desprecio; le señalan con el dedo: mirad, allá va, ¡el mentiroso! ¡el embustero! ¡el impostor que, después de darme su palabra, no la ha guardado! ¡ése es el mentiroso que ha venido a hacerme una promesa en mi casa, para burlarse luego y faltar a su palabra! ¡ése no es un hombre! ¡no es posible fiarse de él! ¡no tiene vergüenza!

Pues bien, si se dice todo esto, y con razón, de aquel que no se ha preocupado de cumplir sus promesas, ¿qué habrá que decir, cuando entre nosotros falte alguno a la palabra que ha

1 Cfr. Prov 8,13.

2 Sal 124,5.

dato al superior en cosas tan santas, y para la gloria de Dios y de su salvación eterna? ¿Qué habrá que decir? ¿Qué no se deberá decir? ¡Qué confusión ha de tener un hombre sin fe que ha traicionado a la compañía! ¡Qué mayor infamia que no haber cumplido su palabra! No creo que haya entre nosotros esa clase de gentes, indignas de toda sociedad; no, por la gracia de Dios, no conozco a ninguno. Esta es la primera razón que nos debe hacer amar la santa pobreza: la palabra que hemos dado de ella al superior; si faltamos a ella, quedaremos deshonorados para siempre y seremos los más infames del mundo. Uno que no es hombre de palabra es un...

Y digo más todavía: hemos hecho voto de pobreza. Como primera razón he alegado que se lo hemos prometido al superior. Pues bien, en segundo lugar digo que se lo hemos prometido también a Dios; le hemos dado nuestra palabra a Dios mismo y hemos protestado delante de él que seríamos fieles en la observancia de la santa pobreza. ¡Prometérselo a Dios, oh Salvador! Si estamos tan estrechamente obligados a cumplir lo que hemos prometido a un hombre, al superior, ¡cuál será la obligación de cumplir lo que hemos prometido a Dios! ¿Cuál es, padres, esta obligación? ¡Quién podrá comprenderlo! ¡Haberle dado la palabra a Dios, a un Dios! ¡Haber dado fe ante un Dios de majestad infinita! ¿Quién, entre los ángeles y los hombres, puede concebir hasta dónde llega esta obligación? ¡Y romperla, faltar a ella, burlarse de ella! ¡Oh Salvador! ¿de qué suplicios se hará merecedor un hombre así?

Si es insoportable ser llamado embustero por un hombre del mundo, ¿qué será cuando todos los hombres, todos los ángeles, todas las criaturas, reprochen nuestra perfidia? ¿Qué será cuando Dios mismo nos diga: «¡Mírate, mírate mentiroso, villano, cobarde, desvergonzado, que has venido a mi casa, junto a mi altar, a darme tu palabra, para faltar luego a ella! Eres un pérfido que me has hecho voto, que ante mi altar has hecho una promesa para engañarme, traidor, que te has alistado bajo mis banderas para abandonarlas y seguir el partido de mi enemigo y servir al diablo. ¡Eres un traidor, traidor, traidor!»?

Padres y hermanos míos, ¿qué será de nosotros? ¿quién podrá soportar esas terribles palabras? ¿quién no se sentirá ano-

nadado? ¡Qué horribles truenos! ¡Faltar a la palabra a un Dios, y a un Dios fulminante! ¡Ay, padres! ¿Qué haremos? Hemos de echarnos a temblar y recurrir a su infinita misericordia.

Estas son, padres, las dos razones que nos obligan a observar el voto de la santa pobreza: que le hemos dado palabra al superior y a Dios. La tercera razón que se me ha ocurrido es que sin esa virtud es imposible vivir en paz en una comunidad como la nuestra; y no sólo es imposible vivir bien, sino también perseverar en ella mucho tiempo, es imposible. Digo, pues, padres, en tercer lugar, que es sumamente difícil, y hasta imposible, que una persona a quien se le haya metido en la cabeza el deseo de tener, pueda cumplir con su deber entre nosotros y vivir según el reglamento que ha abrazado, siguiendo la marcha ordinaria de la compañía. Una persona que sólo se preocupa de sus gustos, de buscar sus propias satisfacciones, de comer bien, de pasar alegremente el tiempo (pues eso es lo que pretenden quienes tienen ese deseo insaciable de riquezas), ¿podrá acaso desempeñar debidamente sus ocupaciones en la Misión? Es imposible. Las prácticas de virtud, los reglamentos y el buen orden de la casa son incompatibles con ese afecto a las riquezas y a la propia satisfacción. Es muy difícil preocuparse al mismo tiempo de dos cosas tan opuestas: es imposible practicar las dos cosas a la vez. Vamos a verlo, padres, vamos a verlo.

El espíritu del misionero consiste en preocuparse ante todo de su propia perfección. Es lo que nos recomienda la primera de nuestras reglas, según el principio de la verdadera caridad, que ha de comenzar por nosotros mismos, por deshacernos de nuestros defectos y adquirir las virtudes que corresponden a nuestro estado y vocación.

¿Y cómo ese hombre, que sólo piensa en las riquezas, podrá cumplir con este mandamiento? El que quiera poseer, el que no esté contento con su situación, estará pensando noche y día solamente en los medios que le sirvan para poseer más cosas; las necesita, según él piensa, y necesita encontrar los medios para ello. Allí estará toda su ocupación; cuando esté solo en su cuarto, se pondrá a pensar: «¿Tendré que seguir siempre así? No, no puede ser; cuando haya hecho esto, cuando haya obtenido aquello, cuando estemos allí, haremos esto y esto y esto».

Y otros mil pensamientos, en los que se enredará ese pobre espíritu.

De noche seguirá pensando en ello. Y cuando se despierte, éste será el primer pensamiento: ¿hay que levantarse a las cuatro? Ya suena la campana: ¿tendré que estar siempre con esa campana importuna sonando a mis oídos? Todavía es muy temprano; este reloj se adelanta demasiado; ¡a quién se le ocurre levantarse tan pronto! No he dormido bien esta noche; tendré que descansar una hora más. Pero vendrán a despertarme. Vendrá el padre Vicente que está siempre gritando, gritará a mi lado (¡un importuno despertador!): «Padre, ¿qué hace usted? Ya están todos en la oración; sólo se ha quedado usted en la cama. ¿Le pasa algo, padre? ¡Hay que levantarse!». Y en la oración dirán: «¿Dónde está el padre fulano? No ha venido todavía; ya no viene a la oración; le pasa algo». Y todavía se imaginarán cosas peores.

¿Qué decir a todo esto? Quizás se levante. Se levantará mohíno, dando vueltas en la cabeza a ideas por el estilo. ¿Se levantará quizás por amor de Dios? Ni mucho menos. Lo hará por vergüenza de los demás. Lo que teme es el qué dirán; eso es lo que le hace levantarse y venir a la oración.

Y en la oración, juzgad vosotros mismos qué podrá hacer un hombre con tales disposiciones. ¡Pobre oración! ¡qué mal hecha estarás! Y tú, oh Salvador, oh Dios mío, ¡qué mal te verás tratado por esa persona! o se dormirá o pensará en algo muy distinto de lo que hay que pensar delante de Dios, en presencia de su divina Majestad, ante quien tiemblan los ángeles. Estará pensando, pobre de él, en los medios para poseer más; y ese tiempo sagrado, destinado a entretenerse con Dios, lo empleará él entreteniendo sus pasiones, pensando en tonterías y quizás en cosas peores.

¿Y el divino sacrificio? Volverán esos mismos pensamientos, y ocurrirá lo mismo. ¿Y cómo rezará su oficio? Cómo lo demás, con mil distracciones.

Si los que tienen el espíritu tan lejos de las pretensiones del mundo como lo está el cielo de la tierra, y sólo piensan cada día en librarse lo más posible de ellas, no pueden sin embargo verse libres, ¿cómo, oh paciencia de Dios, queréis que los que tienen todo su espíritu y todo su afecto apegado a la tierra,

queden exentos de todo ello? ¿Cómo se logrará eso? Es imposible, padres; lo veis vosotros mejor que yo.

¿Y cómo va la puntualidad? ¡Dios lo sabe! ¿Y la humildad? No hay nada tan contrario a ella. ¿Y cómo la caridad con los demás? El deseo de poseer sólo se preocupa de sí. ¿Cómo la paciencia, la mansedumbre, la afabilidad, la condescendencia? ¿Cómo ese candor tan recomendado? Dios lo sabe. ¿Y La castidad? Dios lo sabe. ¿Cómo queréis que un hombre que sólo piensa en sus placeres, en su propia satisfacción, en divertirse y pasarlo bien, pueda practicar las virtudes? ¿Cómo? Todo va en contra de esos deseos en una comunidad; todo le resulta gravoso; hace las cosas a medias y a la fuerza, a no ser cuando se trata de contentar su vanidad y su pasión.

¿Hay que ir a una misión? ¡Es un poblacho donde no hay más que pobres campesinos y pobres mujeres! ¡Oh Padre, no vale la pena ir allá! Si se le pide que vaya, tiene un buen acopio de excusas; no le faltan nunca; y el pobre superior no tiene más remedio que aceptarlas gimiendo; ¿qué otra cosa puede hacer? Pero, si es una misión de importancia, donde puede satisfacer su vanidad, allá está mi hombre. Se ofrece a ella, la pide, hace todo lo que puede de forma directa o indirecta para que le envíen. Irán a escucharme tales y tales personas; estará también fulano y mengano; vendrán muchas personas distinguidas e importantes a mis sermones; haré maravillas; hablarán luego de mí; dirán: «¡Ese es un buen misionero, un excelente predicador, un hombre de valía!». Eso es precisamente lo que faltaba; ése es el alimento que puede saciar a ese pobre espíritu. «Hablarán de mí el padre fulano y el padre mengano; y ese buen olor que yo dejaré de mi capacidad servirá para que pueda obtener en esa ocasión aquel cargo».

¡Oh Salvador! ¿Es eso ser misionero? Eso es un diablo, no un misionero. Su espíritu es el espíritu del mundo. Está ya de corazón y afecto en el mundo; solamente está en la misión su esqueleto. Buscar la comodidad, seguir sus gustos, vivir bien, hacerse estimar, todo eso es espíritu mundano: y eso es lo que pide, allí está su espíritu.

Acordaos, padres, de que las riquezas no son más que medios, esto es, algo que se quiere para obtener otra cosa; ningún hombre quiere poseer bienes, a no ser para utilizarlos en ad-

quirir honores o placeres. Por eso los quiere. Pues bien, ¿cómo queréis que un hombre que pretende eso, que no puede ni quiere aceptar ninguna de nuestras prácticas, que pertenece al mundo de corazón y de afecto y que sólo está aquí en su esqueleto, que apetece y ansía todo lo que los hombres del siglo apetecen y ansian, pueda permanecer constante en su vocación? Es imposible; lo veis bien Padres; ya no está aquí: sólo está aquí corporalmente; después de haber faltado a la palabra dada al superior, después de conculcar la promesa hecha a Dios, sólo se preocupa de contentar su pasión y gozar de los placeres, a cualquier costa.

¿Qué concluiremos, padres, de todo esto? ¿Qué vamos a concluir, si no lo que el apóstol y el Espíritu Santo concluyen, que *cupiditas est radix omnium malorum*?³ No hay ningún mal en el mundo que no provenga de esta maldita pasión de poseer. La ambición, la avaricia, el amor a las riquezas, es la fuente de toda clase de males. *Cupiditas, radix omnium malorum*. El que está sometido a esta avaricia tiene dentro de sí el principio, el origen y la fuente de todo mal, *radix omnium malorum*. No hay nada de lo que no sea capaz un hombre excitado agujoneado de este deseo; tiene dentro de sí todo lo que se necesita para poder hacer cualquier cosa descaradamente; no hay un crimen tan enorme, tan extraño, tan horrendo, que no sea capaz de cometer fácilmente un hombre apegado a sus intereses. *Radix, radix omnium malorum*: ahí está la semilla y la raíz de todo; *radix*, no busquéis otra causa: esta es.

Si digo estas cosas, no es porque yo sepa, gracias a Dios, que haya aquí alguien atacado de ese mal; pero puede ocurrir esto; lo digo *ad praeventionem*. Mucho antes de que el mal llegase les decía el Hijo de Dios a sus discípulos: «Tened cuidado; ahí está; lo veo venir; está ya a la puerta; permaneced vigilantes»⁴. Me gustaría deciros lo mismo, para que evitemos este horrible monstruo, el más espantoso que el infierno puede producir. Si ahora, gracias a Dios, no está en la compañía, pronto puede venir. *Venient ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces*⁵. Bajo mansas apariencias, bajo esa piel de

3 1 Tim 6,10.

4 Cfr. Mt 24,33.

5 Mt 7.15.

oveja, puede ocultarse el corazón de un lobo rapaz. Tened cuidado; que cada uno cuide de si mismo; porque puede estar allí. La compañía de nuestro Señor, aquella santa compañía, constaba sólo de doce, y sin embargo entre ellos había uno atacado de este mal. Tenemos un ejemplo espantoso en aquel desgraciado Judas, en quien se palpa claramente esta verdad: *cupiditas, radix omnium malorum*; no hay ningún crimen tan extraño que no pueda cometer un hombre que desea poseer riquezas. San Gregorio y los demás santos consideran aterrados esta espantosa caída del maldito Judas. Veamos un poco con ellos por qué caminos lo condujo este pecado infame, hasta hacerle caer en el peor de todos. Judas disponía de la bolsa común⁶; todo estaba en sus manos y entregado a su discreción; él gobernaba y hacia lo que le parecía bien. Pero este deseo de poseer le hacia murmurar de sus compañeros; se quejaba de todo; se molestaba incluso contra las personas que, derramando sus perfumes, deseaban honrar al Maestro, ya que esto no iba a parar a su bolsa ⁷, él metía la mano, robando el dinero de la comunidad y el de los pobres. ¿Qué más? Le disgustaban los gastos que se hacían por el Hijo de Dios. Más tarde llegó a presentarse a los enemigos de su Maestro; vivía y trataba con ellos ⁸. Y en esas compañías, ¿cómo despedazaría a su Señor? ¡Dios mío! Lo hizo pasar por un impostor, por un seductor ⁹, por un mago. De hecho, Jesús fue luego tratado de esas cosas. En una palabra, lo vendió como si fuera un animal y el más indigno y criminal de todos los hombres, lo entregó él mismo en manos de sus enemigos, so pretexto de amistad ¹⁰; luego se marchó y atormentado por los remordimientos de su crimen, creyó, miserable de él, que su Maestro no era lo bastante bueno para perdonarle. ¡Dulce Salvador! ¡Dios de las misericordias! Eso es la desesperación. Se colgó con sus propias manos. Después de colgado, reventó y vomitó sus malditas entrañas, en las que el deseo de riquezas le había hecho concebir tanto crímenes ¹¹. Y finalmente, se hundió

6 Cfr. Jn 13,28.

7 Cfr. Jn 12,46.

8 Cfr. Lc 22,3-6.

9 Cfr. Mt 28,62.

10 Cfr. Mt 26-49.

11 Cfr. Hech 1,8.

en el infierno. Así se condenó Judas; allí es donde le precipitó el deseo de poseer, después de haberlo llevado de crimen en crimen hasta cometer un deicidio, ¡un deicidio! Después de esto, ¿no tenemos también nosotros motivos para tener miedo, si un hombre escogido por el Hijo de Dios, que vivió siempre a su lado, a su mesa, llegó por este vicio al colmo de la abominación?

Este vicio, como los demás, se insinúa insensiblemente. Al comienzo, se trata de poca cosa; sólo unas pequeñas satisfacciones; luego, más libertad. El leoncillo va creciendo. Vienen los pequeños placeres; luego, otros mayores; luego pasa como con Judas; se emplean toda clase de maquinaciones justa e injustamente, como Judas que vendió a su Maestro; y al final aquella vibora se pone tan furiosa que destroza las entrañas del que la alimentó y calentó en su seno.

Hay algunos, dos concretamente, que ya han salido de aquí; fue ese deseo de poseer para poder disfrutar lo que les incitó a salir; no penséis que fue otro el motivo. Pero después de salir, tras haber vivido no sé cómo, Dios lo sabe, han muerto de la forma que voy a deciros, para que veáis mejor la fealdad de este monstruo. Uno, después de haber llevado, ¡Dios mío! ¡qué vida!, ha muerto, pero con una muerte, ¿lo diré? No, vale más que me calle. El otro, al caer enfermo y verse en peligro de muerte, mandó buscar a un sacerdote de la casa. Fue a verlo. Habiéndose confesado antes de morir, le dijo: «Padre, entre tantos pecados como he cometido, y de los que ahora me siento culpable, me siento sumamente atormentado, aparte del remordimiento de haber dejado mi vocación, por haberme llevado al salir 500 libras de la Misión; esto me causa grandes temores. ¡Ay, padre! Ahora me es imposible devolverlas. Tenga piedad de mí. Pídale, por favor, al padre Vicente y conjúrele, en nombre de Dios, indicándole el estado deplorable en que me encuentro, que se compeza de mi alma y me perdone esa suma, si muero, para que vuelva a verse libre mi alma; si me pongo bien, haré todo lo posible por devolvérsela».

¿Qué es esto? ¡Llevarse una cantidad tan notable, robarla, conservarla por un tiempo tan largo! ¡Mirad cuánta avaricia! ¡Qué monstruo tan espantoso! Yo se las perdoné, lleno de compasión, si es que se las puedo perdonar. Digo esto para que

veáis mejor el horror de este crimen y de ese deseo insaciable de riqueza, que lo arruina todo, lo trastorna todo y no perdona ni a las cosas más santas.

A veces discurro dentro de mí mismo si es verdad que la pobreza es tan hermosa, y cuál debe ser la belleza de esa virtud a la que san Francisco llama su esposa. ¡Cómo arrebatara su hermosura! Me parece que está dotada de tanta excelencia que, si pudiéramos tener la dicha de verla un poco solamente, nos veríamos prendados de su amor y nunca querríamos separarnos de ella; no la abandonaríamos jamás y la amaríamos por encima de todos los bienes del mundo. ¡Oh, si Dios nos concediese la gracia de correr el velo que nos impide ver tanta belleza! ¡Oh, si retirase, por su gracia todos los velos que el mundo y nuestro amor propio nos ponen ante los ojos! Entonces, padres, quedaríamos embobados ante los encantos de esta virtud, que robó el corazón y los afectos del Hijo de Dios; ésta ha sido la virtud del Hijo; él quiso tenerla como suya; fue el primero en enseñarla, quiso ser el maestro de la pobreza. Antes de él nadie sabía lo que era; era desconocida. Dios no quiso enseñárnosla por los profetas; se la reservó para venir él mismo a enseñarla. En la ley antigua, no se la conocía; sólo se estimaban las riquezas; nadie hacía caso de la pobreza, pues no conocían sus méritos.

Ved el Eclesiastés, que era de la ley antigua, en la que no se reconoce la pobreza; su excelencia la hacía reservar para el Hijo de Dios, que tenía que predicárnosla con palabras y ejemplos. ¡Oh Salvador, misericordioso Salvador! Descúbrenos tú mismo con tu gracia la belleza de esta virtud, tan importante que viniste tú mismo a enseñárnosla. Por ella empieza todos sus sermones. En san Mateo la pone como la primera de las bienaventuranzas. Hace de ella como la base de su doctrina y la perfección. A un hombre que había guardado todos los mandamientos de Dios, le dijo: «*Si vis perfectus esse, vende omnia quae habes et da pauperibus*»¹² Vende todos tus bienes; déjalo todo; no te reserves nada; ahí está la puerta y la entrada de la perfección; la pobreza nos coloca en un estado perfecto, no porque sea ella nuestra perfección, sino porque es una disposi-

12 Mt 19,21

ción necesaria para llegar a ella, y una condición, un estado, por donde hay que pasar y donde hay que estar para ser perfecto; por el contrario, el deseo de poseer riquezas es un estado que nos abre el camino ancho y espacioso para toda clase de males. Así pues, la pobreza nos coloca en un estado de perfección. Pero veamos cuál es ese estado de pobreza, cuál es esa virtud y en qué consiste: tal es el punto segundo.

¡Ay! Me he detenido demasiado en el primero. El tiempo pasa. Terminaré pronto. Por favor, padres y hermanos míos, soportadme. San Pablo decía: *Supportate me* ¹³, *supportate me*. Soportadme también a mi un poco esta tarde; un poco de paciencia y enseguida acabo.

Bien, la pobreza es una renuncia voluntaria a todos los bienes de la tierra, por amor a Dios y para servirle mejor y cuidar de nuestra salvación; es una renuncia, un desprendimiento, un abandono, una abnegación. Esa renuncia es exterior e interior no solamente exterior. No sólo hay que renunciar externamente a todos los bienes; es preciso que esa renuncia sea interior, que parta del corazón. Junto con los bienes hay que dejar también el apego y el afecto a esos bienes, no tener el más mínimo amor a los bienes perecederos de este mundo. Renunciar externamente a los bienes, conservando el deseo de tenerlos, es no hacer nada, es burlarse y quedarse con lo mejor. Dios pide principalmente el corazón, el corazón, que es lo principal. ¿De dónde viene que uno que carezca de bienes merezca más que el que teniendo grandes posesiones, renuncia a ellas? De que el que no tiene nada, va con más afecto; y eso es lo que Dios quiere especialmente, como vemos en los apóstoles.

Los actos de esta virtud son innumerables; además de los que acaba de decir nuestro hermano, yo voy a considerar sobre todo tres clases, en relación con la vivienda, el alimento y el vestido. Se puede practicar la santa pobreza en todas estas cosas, contentándose con lo que Dios nos da, así como también se puede pecar en contra de ella, mostrándose descontento, quejándose, murmurando, gruñendo. Pero ¡oh Salvador! ¿qué motivos podemos tener para quejarnos? ¿qué nos falta? ¿quién hay en el mundo que tenga todo lo que aquí tenemos? No sólo

13 2 Cor 11,1.

tenemos con qué guarecernos del calor y del frío, sino, gracias a Dios, hasta de las menores incomodidades.

Esta casa es bastante amplia y cómoda. Tenemos patios hermosos y un cercado. ¡Dios mío! Los apóstoles, los discípulos de nuestro Señor no tenían todas estas comodidades. ¿Y no careció de ellas el Hijo de Dios? El sufrió, como todos cuantos le han seguido, la desnudez, el frío y el calor, el hambre y la sed. Y nosotros ¿qué sufrimos? Nada; no queremos sufrir, no estamos contentos con esta casa, con estos muebles; queremos habitaciones y sillas tapizadas; queremos hermosos libros y muebles espléndidos. Ese maldito espíritu de tener todo lo que pueda dar contento a la sensualidad no se siente nunca satisfecho.

En lo que toca al alimento, ¿dónde hay mejor pan y mejor vino? ¿dónde una carne mejor? ¿dónde frutas mejores? ¿Qué es lo que falta? ¿Qué hombres del mundo tienen todo esto? ¡Ay! ¡Cuántos hay, y de gente distinguida, que no tienen lo que nosotros! Un consejero del parlamento se sentiría satisfecho. Los gentileshombres no tienen más de ordinario, a no ser los que tienen montería o los que cazan. Sé de obispos que viven y se contentan con una porción como nosotros. ¡Y son obispos! ¡Oh Salvador! ¿qué dirán de nosotros, si no estamos contentos con lo que tenemos? Que queremos vivir aquí más a gusto, más espléndidamente, con más lujo, comiendo mejor que las gentes del mundo. ¡Y sin embargo hemos renunciado a él! ¡Oh Salvador! No sé, gracias a Dios, de nadie que se queje; pero prevengamos el mal, porque puede pasar todo esto; prevengamos el mal; *ad praeventionem*.

También va contra la santa pobreza no estar contentos con los libros que tenemos; gracias a Dios, tenemos muchos y de muchas clases. También se peca contra esta virtud atribuyéndonos la propiedad, como si tuvieran que servir para nosotros solos; y esto ocurre con frecuencia. Algunos toman y cogen libros, se los apropian. Y este vicio se pega a todos, incluso a los que se creen más virtuosos. Hace solamente dos días que uno de la compañía, ¿lo diré?, el superior de una casa, me lo decía: el padre tal, al marcharse de aquí, se llevó..., ¿lo diré?; no, no conviene que lo diga: el espíritu humano podría empezar a pensar: «¿Quién es el que se marchó? ¿A quién se ha destinado?»;

y si refiero todo esto, lo hago solamente para que podáis ver la fealdad de esta maldita avaricia y la hermosura de esta bella virtud, la santa pobreza.

Hay además otros actos, los que nuestro hermano acaba de decir, y otros muchos que vamos a dejar.

Bien, padres y hermanos míos, examinémonos ahora; que cada uno se enfrente con su conciencia. Veamos: ¿siento yo apego a esto o a aquello? Si así es, si nos sentimos culpables, quitemos, quitemos ese maligno espíritu, este diablo, de entre nosotros. Si nuestra conciencia no nos remuerde en esto, bien, *in nomine Domini!* ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios! Y termino. Un poco de paciencia para ver algunos medios.

Nuestro hermano ha indicado el medio principal: pedirselo muchas veces a Dios, rogarle que nos dé ese espíritu, que es propio suyo y que comunica a sus hijos; hacer frecuentemente la oración sobre esto, ya que la pobreza es un don de Dios, un gran regalo de Dios.

Otro medio es tomar afecto a la pobreza por todos los caminos imaginables. Hemos dado palabra de ello al superior; se lo hemos prometido a Dios; no podemos hacer nada sin la pobreza. No, padres; no, hermanos; un misionero no será nunca misionero sin la virtud de la pobreza. Nadie puede durar aquí sin esta virtud. Considerad frecuentemente su belleza: es la predilecta de Dios, la virtud propia de su Hijo, de su madre y de sus amigos. Este horror, este espíritu de libertinaje y este deseo de tener riquezas, opuesto a ella, que nos hace abandonar el lugar en donde Dios nos ha colocado, nos hace salir de nuestra vocación; pues, esas personas que nos dejan, ¿qué es lo que pretenden? Sin duda, situarse en un estado más perfecto: quieren tener riquezas para servir mejor a Dios en el mundo. Estarán en una condición más santa; vivirán más perfectamente en el mundo, porque el mundo es un estado más perfecto. Como veis, ésta es su pretensión. O lo que quieren más bien es buscar su satisfacción, darse gusto, vivir la buena vida, comer bien. Necesariamente tiene que tratarse de una de las dos cosas; no hay punto medio; si salen, es porque estarán en un estado más perfecto en el mundo, o porque gozarán allí de más libertad.

El mundo es un estado más perfecto: es la santidad misma; se vive allí mejor que en el retiro... ¡Ay, padres! ¿verdad que es una broma? La verdad es que lo único que buscan es el libertinaje y vivir su vida; por eso, sin duda alguna, por eso se salen. Acordaos de ello. Por eso han salido algunos. En esto podemos ver cuán detestable es este deseo de tener riquezas y cuán amable es la santa pobreza, que nos pone y nos conserva en un estado de perfección al que no podríamos llegar sin su ayuda. El que quiera seguir al Hijo de Dios necesita ser perfecto: necesita abandonar todo. *Vade, vende omnia quae habes et da pauperibus* ¹⁴. Esa es la primera de las bienaventuranzas; es toda la herencia que el I lijo de Dios ha dejado en este mundo a sus queridos hijos.

El tercer medio, que es excelente y de gran provecho, es hacer con frecuencia actos de esta virtud, como ha dicho nuestro hermano. Siempre y en cualquier ocasión podremos hacerlos. Esos actos deben ser tanto exteriores como interiores, al menos uno cada día, un acto cada día. Si, Dios mío, yo renuncio de buena gana a todos los bienes del mundo; no quiero tener nada; veo bien que esto me falte, ya que es esa tu voluntad. Por eso renuncio de todo corazón a todos los bienes que hubiera podido tener en el mundo, por amor hacia ti, Salvador mío, no ya por amor a mis parientes; pues dejarlos por amor a los parientes es amar a los parientes, no a Dios; pero hacerlo por amor a Dios es amar a Dios. Y hay que renunciar a lo que se posee por amor a Dios, por Dios, por Dios, no por enriquecer a los parientes. Los que sientan más devoción y tengan el espíritu más fuerte, podrán hacer dos actos de pobreza cada día, y hasta tres, para empaparse el alma en ese espíritu de la santa pobreza, del que nos vienen toda clase de bienes, y por el que subimos a la más alta perfección.

Bien, ¡bendito sea Dios! Bastará con estos medios, junto con los que habéis pensado vosotros, ya que no hay tiempo para que habléis todos y nos hemos alargado demasiado. Padres y hermanos míos, le pediremos todos juntos a Dios este espíritu de pobreza; os ruego, padres y hermanos míos, y os conjuro por

14 Cfr. Mt 19,21.

la pobreza del Hijo de Dios, por las entrañas misericordiosas de Jesucristo, por todo lo que os es querido, que no dejéis pasar ningún día sin hacer algún acto de santa pobreza, de no murmurar y estar contentos con lo que Dios nos ha dado. ¡Qué felicidad sufrir algo por la santa pobreza, teniendo una vivienda pobre, padeciendo alguna molestia en la misión, aquí o en otras partes! ¡Cuántos hombres en el mundo no tienen donde cobijarse! ¡Ni siquiera el Hijo de Dios! *Vulpes foveas habent et volucres caeli nidos, Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet* ¹⁵. También les ruego y recomiendo todo cuanto puedo a los que cuidan de la pobreza, que atiendan a las necesidades de los demás y no dejen que les falte nada, preguntándole a cada uno todas las semanas una vez y mejor dos que una, con todo interés, si necesitan algo y atenderlos; y os ruego a todos que se lo digáis. El encargado de atender a los padres, que ponga mucho interés; a los encargados de los hermanos y de los seminaristas, en una palabra, a todos los que tienen esta ocupación, les recomiendo que sean muy diligentes y cumplidores en esto. Pero sin preocuparnos ninguno demasiado, como las gentes del mundo, de qué tendremos o dejaremos de tener; vivamos sin preocupaciones, pensando sólo en nuestra salvación y en servir a Dios. ¡Qué dicha vernos libres de esos cuidados importunos, viviendo en la santa pobreza en la que Dios es nuestro proveedor! Amemos esta hermosa virtud y pidámosela muchas veces a Dios.

Sí, Señor mío, Salvador misericordioso, te suplicamos humildemente que nos des la gracia de practicar durante toda nuestra vida esa santa virtud, tan propia tuya, que has venido a enseñarnosla tú mismo; te rogamos, por tus entrañas misericordiosas, que nos des ese espíritu y nos haga participar del gran amor que tú tienes a esta virtud.

Ruego a los sacerdotes que celebren por esta intención, y a los hermanos que ofrezcan su comunión la próxima vez, para que Dios, por su santa misericordia, derrame este espíritu sobre nosotros y sobre todas las órdenes que tienen necesidad de ella. Esperemos esta gracia de su bondad. ¡Bendito sea Dios!

15 Mt 8,20.

Cómo hay que hacer oración. San Vicente anuncia que van a empezar los ejercicios de predicación.

El padre Vicente aprovechó la ocasión para hablar, a propósito de lo que dijo un clérigo, al empezar a repetir su oración, que habiendo intentado ponerse en la presencia de Dios, se le ocurrió pensar si era verdad que nuestro Señor está en el santísimo sacramento del altar y si no sería eso una tontería. Entonces el padre Vicente, interrumpiendo a aquel hermano, dijo que esa manera de hablar no era conveniente, ni bastante respetuosa, y que no había que hablar así; que entretenerse en semejante pensamiento, era dudar en cierto modo de la verdad de nuestro Señor Jesucristo en el santísimo sacramento. ¿Está allí? ¿No está? Esto es una falta importante.

Y esto me da motivo para deciros, padres y hermanos míos, que tengo miedo de que muchos no hagan la oración como es debido (a pesar de que es uno de los mejores medios que tenemos para llegar a la virtud) y que se entretienen demasiado en buscar razones y textos, y en ajustar y concordar una cosa con otra; lo cual, más que oración propiamente dicha, es estudio. Muchos dicen en su interior: «Tendré que decir alguna cosa, si me preguntan», y se entretienen en apañar lo que tienen que decir. Hermanos míos, no hay que hacer estas cosas.

Uno de estos últimos días, me decía uno de la compañía, al regresar del campo, que notaba que la compañía se había relajado en la oración y en la forma de hacerla. Fijaos, los que vienen de fuera y han estado algún tiempo lejos de casa ven mejor las faltas que los que están siempre en ella.

Me acuerdo que un día fui a ver al difunto señor de Marillac ¹, que era un gran siervo de Dios y un hombre de mucha

Conferencia 56. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 27 v^o.

¹ Miguel de Marillac, Guardasellos (el cargo de guardasellos fue creado para el mantenimiento de los sellos de Francia y para sellar los edictos y cartas reales, cuando el canciller, a quien pertenecía dicha función, estaba lejos de la corte o se veía en la imposibilidad de cumplir este oficio).

oración; al entrar en su despacho, noté que había una telaraña en el crucifijo que estaba sobre su oratorio y, creyendo que quizás la araña habría urdido aquella misma noche aquella tela, tuve la curiosidad de acercarme para verla de cerca, pero vi ciertas señales de que ya hacía bastante tiempo que estaba allí; entonces dije en mi interior: «¡Señor mío! Seguramente este gran siervo de Dios está tan recogido en sí mismo y tan confundido ante la majestad de Dios, que no se atreve a mirar aquí en la tierra la imagen de aquel que está en el cielo, por el respeto y veneración que le tiene». Pues bien, para reconocer los medios de hacer bien una cosa, hay que considerar sus ventajas y sus desventajas, qué es lo que puede ser útil y qué puede estorbar, por ejemplo, en la oración. Voy a decir algunas cosas.

1.º Los que van a la oración con un espíritu de negligencia y por cumplir con la obligación, encuentran en ello un impedimento muy grande para hacer bien la oración, si se dejan llevar de él.

2.º También el espíritu de curiosidad es malo, pues se entretienen en cavilar, en andar buscando pasajes para referirlos y poder presumir; esto es todo lo contrario de la oración, pues la oración tiene que hacerse solamente para ser mejor y corregirse de los defectos y adquirir las virtudes contrarias a sus faltas de ahí provienen muchos dolores de cabeza y de estómago. Si esto es así, lo primero que tiene que hacerse en la oración es ponerse debidamente en la presencia de Dios, de una de las cuatro maneras que enseña el bienaventurado Francisco de Sales. Un día, el señor comendador de Sillery me decía, hablando de este tema, que le había dicho un santo ² que lo que más le ayudaba a hacer la oración era ponerse al principio debidamente en presencia de Dios, considerando que Dios lo veía y lo miraba y tenía los ojos fijos en él. Luego se hacen los actos de costumbre y se pasa a la segunda parte de la oración, que es el cuerpo de la oración, y se considera el tema de la misma: una virtud, o un vicio, o algún misterio.

Por ejemplo, hoy tenemos como tema de nuestra meditación el amor de Dios, las razones que tenemos para amar a Dios. ¡Ay,

2 *En nota:* Parece ser que se trata del bienaventurado Francisco de Sales.

hermanos míos! No hay que buscar muchas razones para excitarnos a ese amor, ni hay que salir fuera de nosotros mismos para encontrarlas; no tenemos más que considerar los bienes que nos ha hecho y que sigue haciéndonos cada día; y además nos lo ha mandado él mismo, para obligarnos más a ello. Veis cómo este tema inflama la voluntad por sí mismo.

Cuando el alma, en la oración, se inflama inmediatamente ¿qué necesidad hay de razones? Por ejemplo, cuando una persona necesita luz en el sitio donde está, ¿qué es lo que hace? Toma su eslabón y hace fuego, luego acerca la mecha y enciende una vela. Cuando ha hecho esto, se queda tranquila; ya no le da más al eslabón ni va a buscar a nadie para que le dé fuego, porque ya tiene, ya no necesita nada, ya lo hizo, ya tiene la luz suficiente para iluminar. Así también, cuando un alma, tras haber entrado en la oración y considerado una razón, si esa razón le basta para inflamar su voluntad en el deseo de la virtud o en la huida del vicio, y es suficiente para hacerle ver la belleza de aquella o la falsedad de éste, ¿qué necesidad tiene entonces esa persona de ir a buscar razones en otra parte? Todo esto serviría únicamente para intranquilizarla y producirle dolores de cabeza y de estómago.

A continuación, ¿qué es lo que hay que hacer? ¿Hay que quedarse allí y contentarse con verse inflamado y convencido del tema que se medita? No; hay que pasar a las resoluciones y a los medios de adquirir la virtud o huir del vicio que se medita. Si se trata de una virtud, hay que ver también los impedimentos, las ocasiones que nos pueden hacer caer en el vicio contrario, y tomar así los medios proporcionados y ponerlos en ejecución; y esto, ¡Dios mío!, desde ahora: quiero empezar enseguida, y para ello me propongo hacer tal y tal cosa.

Así es, padres y hermanos míos, como hay que hacer nuestras oraciones; sobre todo hemos de cuidar mucho de dar gracias a Dios por los pensamientos que nos haya inspirado; la gratitud es una disposición para nuevas gracias. Pidámosle hoy a Dios, en la santa misa y en nuestras comuniones, que le dé a la compañía la gracia de obrar así, que le dé el don de la oración. No nos contentemos con pedir ese don para nosotros mismos; pidámoslo para toda la compañía en general.

Actualmente es el tiempo en que la compañía tiene menos ocupaciones, ya que han cesado las misiones. En este tiempo se acostumbra ejercitarse, bien en la controversia, bien en la predicación, componiendo sermones, comunicándose los unos a otros, como hacíamos cuando estaba aquí el señor obispo de Alet ³, o bien en la explicación de la sagrada Escritura. Creo que convendrá que nos ejercitemos en la predicación, para que cada uno vea cómo la hace, ya que uno predicaba el año pasado de una manera y ahora ha cambiado y predica de forma muy distinta, y así se verá quiénes lo hacen como es debido. Antes se hacía esto algunas veces en el refectorio; creo que en adelante será mejor que lo hagamos en particular en algún lugar, para ver el talento de cada uno. Asistirán los sacerdotes y los clérigos. Se irá haciendo por turno, empezando por los sacerdotes; luego lo harán los estudiantes y los del seminario, que también asistirán. Empezaré yo el primero; luego el padre Portail. Yo no podré hacerlo mañana ni pasado, por ciertos problemas que han surgido; será, Dios mediante, el jueves; podrá ser después de vísperas y en la sala de San Lázaro.

El viernes pasado di a la compañía motivo de escándalo, por gritar en voz alta y golpear las manos; parecía como si estuviera enfadado con alguien; por eso le pido perdón a la compañía ⁴.

57 [134,XI, 257-287]

CONFERENCIA DEL 20 DE AGOSTO DE 1655

SOBRE EL MÉTODO QUE HAY QUE SEGUIR
EN LAS PREDICACIONES

El padre Vicente indica las razones que tienen los misioneros para predicar según el pequeño método

3 Nicolás Pavillon.

4 *Al margen*: Al decir esto, el padre Vicente se puso de rodillas ante toda la compañía y luego fue a revestirse para celebrar la misa.

Conferencia 57. — Manuscrit des Conférences.

Euntes in mundum universum, praedicate evangelium omni creaturae
1. Id por el mundo, por todo el mundo, *in mundum universum*, y predicad el evangelio a toda criatura.

Son palabras de nuestro señor Jesucristo, sacadas de san Marcos, capítulo 16.

Me parece, padres, que estas palabras que, después de su resurrección, antes de subir a los cielos, dijo nuestro Señor a los apóstoles, se dirigen también a toda la compañía, y especialmente a los que están destinados a la predicación. Muchas veces he sentido un gran consuelo, y sigue consolándome también ahora, al ver cómo Dios nos ha concedido la gracia de enviarnos a predicar, lo mismo que a sus apóstoles, por todo el mundo. ¡Oh Salvador! ¡Nosotros tenemos las mismas cartas credenciales que los apóstoles! Por eso vemos, por la misericordia de Dios, cómo un hombre va lleno de gozo a llevar hasta el cabo del mundo la palabra divina. No hay más que decirle: «Padre, ¿cuándo se va usted a Italia, a Polonia?»; y siempre está dispuesto, por la gracia de Dios; va por todas partes, como los apóstoles, y predica la palabra de Dios de la misma forma que la predicaron los apóstoles.

¿Y cómo predicaban los apóstoles? Con toda llaneza, familiaridad y sencillez. Esa es también nuestra forma de predicar: con un discurso común, llanamente, con toda sencillez y familiaridad. Padres, para predicar como apóstol, esto es, para predicar bien y con utilidad, hay que hacerlo con sencillez, con un discurso familiar, de manera que todos puedan entender y sacar provecho. Así es como predicaban los discípulos y los apóstoles; así es como predicaba Jesucristo; es un gran favor el que Dios ha hecho a esta pobre y miserable compañía, al concedernos la dicha de imitarle en esto.

Hay que confesar que en ninguna otra parte se sigue este método; la gran perversidad del mundo ha obligado a los predicadores a tener que mezclar lo útil con lo agradable, sirviéndose de hermosas palabras y de conceptos sutiles, utilizando todo lo que puede sugerir la elocuencia, a fin de contentar de algún modo y de detener en cuanto puedan la malicia del mundo. Pero, oh Salvador, ¿para qué esa ostentación de retórica? ¿Qué se

1 Mc 16,15.

consigue con ella? Es fácil de ver: que muchas veces uno quiere predicarse a sí mismo. Pero Dios, por su misericordia, ha querido dirigirse a esta pequeña compañía, con preferencia sobre las demás, para enseñarle este método. Así pues, tendremos la charla sobre este método, y luego continuaremos uno tras otro, hasta llegar a los seminaristas, para que todos podamos aprenderlo.

Así pues, mi predicación va a ser sobre el método de predicar bien; y para que, tratando del método, pueda seguirlo yo mismo, dividiré mi sermón en tres puntos: en el primero veremos los motivos que tenemos para apreciar mucho este método; en el segundo, diré en qué consiste, para que lo conozcamos y podamos practicarlo en el futuro; y en el tercero, señalaré algunos medios que podrán servir para la adquisición de este método.

Para ello necesitamos la gracia de Dios. ¡Oh Salvador! Te suplicamos humildemente que la derrames sobre nosotros; acudimos a ti, Espíritu Santo, por intercesión de la santísima Virgen. Y como aquí estamos en una charla familiar, la saludaremos solamente de corazón; y así os pido que lo hagáis.

El primer punto, mis queridos padres, es sobre las razones que tenemos para abrazar el método familiar de predicar que Dios ha querido dar a esta pequeña compañía. La primera razón es su eficacia. Es que este método es sumamente eficaz, sumamente eficaz para iluminar los entendimientos y mover las voluntades, para hacer ver con claridad el esplendor y la belleza de las virtudes y la horrible fealdad de los vicios, y para dar al mundo todo lo que necesita para salir del atolladero del pecado y ponerse en el buen camino de la gracia y la práctica de buenas obras. Esta eficacia tan grande se manifiesta fácilmente en la consideración de lo que se consigue por medio de este método. Veamos, pues, sus efectos; veamos lo que produce.

Afirmo que este método contiene todo lo que se necesita alegar para convencer plenamente al mundo; no deja nada de cuanto se puede aportar para convencer y ganarse a las almas. Me atrevo a asegurar que no hay ninguna forma de predicar tan eficaz, al menos que yo sepa. No, lo repito, no hay manera de predicar, actualmente en uso, tan indicada para ganar los corazones y producir grandes efectos. Y os ruego que no me creáis:

vedlo vosotros mismos; considerad bien todos los métodos que se siguen en la predicación, consideradlo bien y juzgad con toda verdad, según lo que el corazón os diga, según vuestra conciencia. Poneos delante de Dios y decidme si hay un método más poderoso que el nuestro para conseguir la finalidad y llegar a la meta.

Según este método, en primer lugar, se hacen ver las razones y motivos que pueden mover y llevar al espíritu a detestar los pecados y los vicios, y a buscar las virtudes. Pero no es suficiente reconocer las grandes obligaciones que tengo de adquirir una virtud, si no sé lo que es esa virtud ni en qué consiste. Veo bien que tengo mucha necesidad de ella y que esa virtud me es muy necesaria; pero, padre, no sé lo que es, ni dónde la puedo encontrar. ¡Ay, yo no la conozco, pobre de mí! ¿cómo podré ponerla en práctica, si no me hace usted el favor de mostrármela, enseñándome en qué consiste principalmente, cuáles son sus obras y sus funciones?

Y he ahí el segundo punto, que realiza todo eso; porque, según nuestro método, tras los motivos que deben inducir nuestros corazones a la virtud, hay que ver en segundo lugar en qué consiste esa virtud, cuál es su esencia y su naturaleza, cuáles sus propiedades, cuáles sus funciones, sus actos y los actos contrarios a ella, las señales y la práctica de esa virtud. Levantáis el vuelo y descubris plenamente el esplendor y la belleza de esa virtud, haciendo ver con familiaridad y sencillez lo que es, qué actos hay que practicar sobre todo, bajando siempre a los detalles.

Bien, ya veo lo que es y en qué consiste esa virtud, las acciones en que se realiza, cuáles son sus actos; me parece que ya lo tengo bien comprendido; sé que es una cosa buena y necesaria; pero, padre, ¡qué difícil resulta! ¿Cuáles son los medios para llegar a ella, los medios de practicar esa virtud tan hermosa y deseable? No sé lo que estoy obligado a hacer para ello, ni qué camino seguir. ¿Qué voy a hacer? — De verdad, padres, sinceramente, ¿creéis que basta con decirle a esa persona los motivos, señalarle en qué consiste la virtud, si la pasáis ahí y la dejáis ir sin más? No sé, pero a mí me parece que no es bastante; más aún, si la dejáis ahí sin indicarle ningún medio de practicar lo que le habéis enseñado, creo que no habréis conseguido

mucho; eso es burlarse de ella; nada se ha hecho, quedándose allí; es burlarse de ella. Y podéis verlo mejor que yo: ¿cómo queréis que yo haga una cosa, aun cuando sepa que me es muy necesaria y aunque tenga muchas ganas de hacerla, si no tengo medios para ello? ¿Cómo queréis que la haga? Es una burla; no se puede hacer eso. Pero indicad a ese hombre los medios que es el tercer punto del método; dadle los medios para poner en obra esa virtud, y entonces se quedará contento.

¿Qué es lo que ahora le falta? ¿No tiene ya ese hombre lo que necesita para trabajar en la virtud? ¿Queda aún algo por decirle? No, creo que no. Primero le habéis hecho ver las grandes ventajas de esa virtud, los grandes daños que acarrea su pérdida y todos los males del vicio contrario; le habéis hecho ver su importancia y su necesidad; luego le habéis indicado y le habéis hecho palpar lo que es, en qué consiste esa virtud, los medios y su práctica; finalmente, le habéis puesto en la mano los medios de conseguirla. Después de esto, ¿queda algo por hacer para llevar y poner a un hombre en el ejercicio de la virtud? ¿Queda algo, padres? Decidme, por favor, ¿sabéis si se necesita algo más? ¿por qué no hacéis el favor de indicármelo?

Por lo que a mí respecta, no he sabido nunca, ni sé actualmente, que se necesite nada más. Pues ¿qué es lo que se hace, cuando se quiere convencer a un hombre del amor y de la práctica de alguna cosa? Nada más que esto: se le señalan las grandes ventajas que sacará de ello, las desventajas que obtendrá si no lo hace; se le hace ver lo que es eso y se le manifiesta su belleza; y en fin, si le ponemos en la mano los medios para conseguirlo, ya no queda nada que hacer. No es posible hacer nada más para convencer y conquistar a un hombre, sea quien fuere. Y en eso consiste nuestro método; eso es lo que hace el pequeño método. No hay que divagar en nada más. Os aseguro sinceramente que, con todo lo viejo que soy, no sé ni he oído decir que haya que añadir nada más para persuadir a un hombre. Todos los días vemos por experiencia que, cuando se alegan los motivos tan poderosos que tenemos para hacer alguna cosa, nuestra alma se abraza inmediatamente a ella, la voluntad la acoge, no precisa nada más, la quiere, la desea tener; sólo, anhelamos la ocasión de hacernos con ella y tener los medios para entrar en su posesión. ¿No lo veis? ¿No es verdad que es

así, y nada más que así? ¿Se necesita algo más? ¡Dios mío! ¡Yo creo que no!

¿Veis, pues, la gran eficacia del pequeño método? Pero, para que esta eficacia aparezca con mayor claridad y distinción, si es posible, pongamos un ejemplo común y ordinario. Cuando se quiere convencer a un hombre de que acepte algún empleo, un cargo, de que se case, ¿qué se hace sino señalarle el placer, el provecho y el honor que le vendrá de todo eso, las ventajas tan grandes que allí encontrará?

Se quiere convencer a uno para que acepte una presidencia; ¿qué es lo que se hace para ello? No hay más que señalarle las ventajas y el gran honor que acompañan a ese cargo: «Un presidente, señor, es el primero de la ciudad; todo el mundo le cede el puesto y le deja la acera; no hay nadie que no le honre; su autoridad le da un gran crédito en el mundo, en la justicia; lo puede todo. ¡Un presidente, señor! Se codea con un obispo; los mismos soberanos le respetan y le honran. ¡Un presidente! Puede obligar y hacer favores a quien quiera, adquirir muchos amigos, hacerse respetar por todos. ¡Señor! ¡Un presidente! ¡Vaya cosa tan importante!». Y así se le dicen las demás ventajas que tiene el ser presidente.

Y al principio veréis cómo empieza a quemarle el deseo de tener esa dignidad. ¿Qué es lo que se ha hecho para que nazca en él ese deseo? Se le han mostrado las ventajas que hay en ese cargo, como habéis visto, las razones y los motivos que tiene para aceptarlo. ¿Pero nos contentamos con ello? Ni mucho menos; hay que decirle en qué consiste el oficio de presidente. ¿Qué es lo que hay que hacer en ese cargo? ¿En qué consiste? «Será usted el primer magistrado, miembro de ese cuerpo tan honorable; usted será el jefe de ellos; no tendrá que informar a nadie; distribuirá los asuntos; recogerá el parecer de los demás y será usted el que pronuncie el veredicto». Eso es lo que se le explica más o menos, junto con las demás funciones de ese cargo.

Y ya tenemos a un individuo con deseos de ocupar el cargo de presidente y que ya sabe en qué consiste. Pero con todo esto no tiene todavía nada, si no se le sugieren los medios para conseguir ese oficio; tendría motivos para enfadarse y quejarse de aquel consejero impertinente, que ha venido a fomentar en él el deseo de ese cargo, sin sugerirle ningún medio para conseguirlo.

Pero si el que le da ese consejo le indica también los medios: «Señor, usted tiene tantas rentas por una parte, tanto dinero por otra; tome de allí esa cantidad, de aquí esta otra; además, yo conozco al señor tal, que es el que vende ese cargo; también el señor tal íntimo mío y amigo de él; haré que trate con él; allí tenemos un buen apoyo; haremos esto y esto, conseguiremos aquello»; eso sí que es servir bien a un individuo y ponerle en el camino más seguro para llegar a la dignidad de presidente; si se le hubiese dejado sin decirle los medios para conseguir ese cargo, después de haberle mostrado sus grandes ventajas y habérselo dado a conocer, no habría adelantado más que molestar a ese hombre y haberle quitado el sueño. No hay nada en el mundo, de lo que se quiera persuadir a alguien, en que no se usen estos mismos medios; es ésta la forma más eficaz y a la cual es imposible no rendirse si se tiene sano el juicio.

Padres, lo mismo ocurre con las cosas espirituales; y para llevar a ellas al espíritu humano, no sé que haya más solución que la de hacerle ver las ventajas que allí hay, decirle en qué consisten y lo que hay que hacer para obtenerlas; y no habrá nadie de sano juicio que no se rinda a tan poderosos motivos. ¿Quién puede decir algo contra este método, si contiene en sí todo lo que puede inducir a los hombres a trabajar en la adquisición de alguna cosa: las ventajas y desventajas que hay en ella, en qué consiste y los medios para alcanzarla? Yo no veo ningún método mejor, y estoy totalmente convencido de esta verdad. ¿Y quién no lo ve? Es tan evidente que habría que cegarse los ojos para no verlo. ¡Oh Salvador! Y éste es, padres, el primer motivo que tenemos para aceptar con gusto esta práctica: su eficacia, su gran eficacia.

La segunda razón que tengo para ello es que se trata del método que quiso utilizar nuestro señor Jesucristo para convencernos él mismo de su doctrina; fue también éste el método que siguieron los apóstoles para publicar la palabra de Dios por todo el mundo. ¡Oh Salvador, ése es tu método! ¡Oh Salvador! Sí, padres, es el método del que se sirvió el Hijo de Dios para anunciar a los hombres su evangelio. ¡Oh Salvador! El Hijo de Dios, que era la palabra y la eterna sabiduría, quiso exponer la altura de sus misterios con formas de hablar aparentemente bajas, comunes y familiares. ¿Y tendremos nosotros vergüenza de hacer-

lo así? Tendremos miedo de perder nuestro honor, si hacemos como el Hijo de Dios? ¡Oh, Salvador!

Pero ¿en dónde vemos que el Hijo de Dios utilizó este método? En el evangelio; sí, en el evangelio. He aquí los tres puntos del método observados en sus sermones. Veámoslo. Cuando Jesucristo predica..., la pobreza, por ejemplo, en san Mateo, la pone como la primera de las bienaventuranzas y empieza así todos sus sermones: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum* ²; bienaventurados los pobres de corazón y de afecto, porque su herencia es el reino de los cielos. Esa es la primera razón que el Salvador del mundo alega para llevar a los hombres al amor de la pobreza: *Beati pauperes*; los pobres son bienaventurados. ¡Qué gran razón para amar la pobreza, pues es ella la que nos da la felicidad! Pero ¿en qué consiste esa bienaventuranza? Hela aquí, como una segunda razón para confirmar la primera: *Quoniam ipsorum est regnum caelorum*: porque de ellos es el reino de los cielos. Y después de estas razones, nos enseña lo que es la pobreza. Cuando aquel joven fue a buscar a nuestro Señor para que le dijera lo que tenía que hacer para asegurar su salvación, Jesús le dijo: *Vende omnia* ³; véndelo todo, no te reserves nada. Así dice y explica perfectamente en qué consiste la pobreza: en una perfecta renuncia a todas las cosas de la tierra; una renuncia completa: *vende omnia*... Indica también los medios para conseguirlo, cuando les dice un poco más tarde a los discípulos: es más difícil..., perdón, es más fácil que pase un camello por el agujero de una aguja que hacer entrar a un rico en el cielo ⁴; la puerta es muy estrecha ⁵, y esas gentes inflamadas y cargadas de bienes no podrán pasar. ¡Poderoso medio, poderoso medio, que arrastra detrás de sí a los espíritus! El fuerza, arrastra la necesidad de la salvación; no hay medio, si se tiene el corazón apegado a las riquezas. ¡Qué medio tan poderoso para hacer que se abraze la pobreza!

Y éste es, padres, todo el método de los sermones de nuestro Señor; como acabamos de ver, presenta las razones, los actos y lo que es, e indica medios poderosos para ello.

2 Mt 5,3.

3 Mt 19,21,

4 Cfr. Mt 19,24.

5 Cfr. Mt 7,13-14.

Vengamos a los apóstoles: ¿cómo convencieron a sus oyentes de las verdades del evangelio? Predicándolas en un estilo familiar, sencillo y popular. Podemos verlo en todos sus escritos: *non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis*⁶: no empleamos las sutilezas de la elocuencia para atraerlos a nuestra causa; no queremos halagaros con bellas y agradables palabras; no utilizamos los sofismas de la prudencia humana; *non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis*; no hemos aportado más que lo que era necesario para daros un sencillo conocimiento de la virtud, que hay en la fe que os predicamos, tratando con vosotros con toda sencillez, sin intentar sorprenderos, amablemente para que vieséis la verdad de los misterios que hemos venido a predicaros, no ya por las artes y mañas de nuestros razonamientos, sino por la virtud de Dios, que reluce en la humildad y en la sencillez: *non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis*.

Después de los apóstoles, todos los hombres apostólicos que les siguieron practicaron este mismo método, predicando familiarmente, sin esa ostentación de elocuencia llena de vanidad. Padres, el que dice misionero dice apóstol; por tanto, es preciso que hagamos como los apóstoles, ya que hemos sido enviados, como ellos, a instruir a los pueblos; es preciso que vayamos allá con toda bondad y sencillez, si queremos ser misioneros e imitar a los apóstoles y a Jesucristo.

La tercera razón en favor del pequeño método, es la consideración de los grandes frutos que se han seguido de las predicaciones hechas con este método. No acabaría nunca si tuviese que referir tan sólo una pequeña parte de lo que Dios ha querido realizar con este método. Tenemos tantos ejemplos, que habría para estar aquí toda la noche. Recordemos solamente uno o dos, para poder descubrir mejor las grandes ventajas del pequeño método. Recuerdo un caso, que no tiene semejante, de una cosa que nunca ha pasado entre nosotros; nunca he oído yo decir, yo que ya sólo tengo canas, que ningún predicador haya llegado hasta aquel extremo. ¡Oh Salvador, oh Salvador! Los bandidos, como vosotros sabéis, son esos ladrones que hay en Italia; dominan por toda la campiña, y roban y asaltan por to-

6 1 Cor 2,4.

das partes; son criminales y asesinos; en aquel país hay muchos asesinos, por culpa de las venganzas, que allí llegan a los mayores extremos; se comen unos a otros, sin perdonarse jamás, por la rabia que se tienen. Esa clase de gentes, tras haberse deshecho de sus enemigos, para huir de la justicia y de otros tan malvados como ellos, se van a los caminos, viven en el bosque, robando y despojando a los pobres campesinos. Les llaman bandidos. Son tantos que Italia está llena de ellos; casi no hay ninguna aldea donde no haya bandidos. Pues bien, habiéndose tenido una misión en alguna de esas aldeas, los bandidos que allí había dejaron ese maldito género de vida y se convirtieron por la gracia de Dios, que quiso en este caso servirse del pequeño método. ¡Es algo inaudito hasta ahora! Nunca se había visto, por lo que yo sé, que los bandidos dejaran sus latrocinios. Y esto es, padres, lo que Dios ha querido realizar por medio de esta pobre y mala compañía, predicando según el pequeño método.

¡Oh Salvador! ¿No es verdad, padre Martín, que en Italia se han convertido los bandidos en nuestras misiones? Ha estado usted allí, ¿no es verdad? Estamos aquí en una charla familiar

haga usted el favor de decirnos cómo se consiguió todo esto.

— Padre Martín: «Sí, padre; así es. En las aldeas donde se ha tenido la misión, los bandidos han venido como todos los demás a confesarse; sucede esto ordinariamente».

— ¡Oh Salvador! ¡Qué cosa tan prodigiosa! ¡Los bandidos convertidos por las predicaciones hechas según el pequeño método! ¡Ay, padres! ¡Hasta los bandidos convertidos!

Y he aquí el otro ejemplo, no menos admirable. Hace algún tiempo me escribían desde Autun, que habían tenido una misión en... Es una aldea junto al mar; todavía hay por aquí algunos seminaristas, sí, seminaristas, que estuvieron en aquella misión; quizás haya alguno más; pero ciertamente hay dos seminaristas, y quizás alguno más. Había naufragado un barco en aquella costa; las mercancías y toda la demás carga de aquel barco fue tirada por la borda; toda aquella aldea de que os hablo y de sus alrededores corrieron como al pillaje y se llevaron todo lo que pudieron atrapar: fardos, telas, paquetes, todo lo que pudieron agarrar, sin conciencia alguna; eso era robar a aquellos pobres y desventurados comerciantes que habían naufragado. Pero cuando se dio la misión en aquella aldea según el pequeño método, se

les hizo devolver lo que habían cogido a aquellos pobres comerciantes; después de exhortarles y predicarles según este método, se decidieron a restituirlo todo. Unos devolvían los fardos, otros las telas, otros el dinero, otros firmaban un pagaré, al no poder ya devolver lo que habían robado.

Esos son, padres, los efectos del pequeño método. Id a buscar algo semejante entre esas formas rebuscadas, en esa elocuencia ampulosa, en esas pompas oratorias; buscad algo parecido. Difícil resulta encontrar a uno solo que se haya convertido con muchas de esas predicaciones de adviento y de cuaresma. Lo vemos en París. ¿Qué restituciones se han visto después de todas esas predicaciones tan elocuentes? ¿No veis, padres, qué grande es el número de los que se convierten? ¡Ay, trabajo os costará encontrar uno solo! Sin embargo, por la gracia que Dios ha querido darle a esta humilde compañía con este pequeño método, una misión obtiene tan grandes frutos y conversiones tan admirables, que jamás se han visto ni oído cosas semejantes.

En fin, padres, apelo a la experiencia, a vuestra propia experiencia. ¿No habéis conseguido grandes provechos dondequiera que habéis predicado según este método? ¿Qué conversiones no se han visto? Aquel hombre y aquella mujer que vivían mal acudían a vosotros: «¡Ay, padre! ¡Renunciamos a nuestra mala vida! ¡Ay, padre! Desde este momento nos separaremos para siempre. ¡Ay, padre! Le prometo que no volveré a verla jamás». ¿Qué es esto? ¿qué significa todo esto? Los rencores, aquellas enemistades inveteradas que parecía imposible pudieran remediarse, aquellas divisiones, ¿no se han reconciliado gracias a la fuerza que Dios daba a vuestras predicaciones, hechas según este método? En una palabra, no hay pecadores que no se hayan visto tocados por la gracia, por medio del pequeño método, y que no hayan acudido a postrarse a vuestros pies, pidiendo misericordia. Lo sabéis mejor que yo; no os digo nada que no hayáis visto y hayáis hecho mucho más.

¡Dios mío! ¡Qué frutos ha producido este método en todos los sitios en que se ha usado! ¡Qué progresos! ¡Y cuántos mayores serían, si yo, miserable de mí, no los hubiera impedido con mis pecados! ¡Ay, miserable de mí! ¡Le pido humildemente perdón a Dios! ¡Oh Salvador! Perdona a este miserable pecador, que estropea todos tus planes, que se opone y va siempre en

contra de ellos; perdóname por tu infinita misericordia, todos los impedimentos que he puesto a los frutos del método que tú has inspirado y a la gloria que tú habrías conseguido sin mí miserable. Perdóname el escándalo que doy en esto, y en todo. lo que atañe a tu servicio. Y vosotros, padres, perdonadme el mal ejemplo que siempre os doy; os pido perdón por ello.

La última razón, que diré en dos palabras, está sacada de nuestra salvación, para la que estamos aquí y en el mundo. ¡Ay, padres, cuánto miedo tengo! Corren mucho peligro esos pobres predicadores que se detienen en hermosos conceptos, en arreglar sus pensamientos y en emplear las palabras que inspira la moda, sin tener en tanta cuenta lo más provechoso. ¡Cuánto temo por esas personas! Y lo que más me asusta en esto es la sagrada escritura; todos sabéis las palabras exactas, yo no las recuerdo, pero sé el sentido: un profeta maldice a aquel que, estando en un lugar elevado, desde donde ve cómo el lobo rapaz entra en el aprisco, a la vista de aquel enemigo no se pone a gritar con todas sus fuerzas: «¡Salvaos, salvaos, que viene el enemigo! ¡Poneos a salvo!». ¡Ay de él si no grita con todos sus pulmones: «Salvaos»! ⁷. Y eso es precisamente lo que hacen esos predicadores que no atienden sobre todo al provecho de sus oyentes; aunque ven al enemigo, no dicen palabra; se ponen a cantar aires lisonjeros, en vez de hacer resonar la trompeta: «Vamos a perdernos; allí, ahí está el enemigo; ¡pongámonos a salvo!».

¡Ay, padres, cuán felices podemos considerarnos de que nuestro mérito nos aparte de esos peligros! ¡Cuidaremos mucho de despreciarlo! Tengamos cuidado no sea que, para contentar en este punto nuestra vanidad, nos veamos expuestos a la maldición del profeta: *vae, vae*, ¡ay de aquel! ¿para qué subir al púlpito y ponerse a predicar, si no es para hacer que el mundo se salve y para gritar: «Ahí está el enemigo, ahí está; tened cuidado; poneos a salvo». Si se pervierte el uso de la palabra de Dios, si uno se sirve de ella para presumir, para hacerse estimar, para que digan: «¡Qué hombre tan elocuente! ¡Qué capacidad la suya! ¡Qué fondo, qué talento!», ¡ay!, ¿no incurrimos entonces en la maldición a los falsos profetas? ¿No acabará abandonándonos Dios, ya que no hacemos más que abusar de las cosas

7 Cfr. Ez 3,17; Jer 48,6.

más santas para contentar un poco nuestra vanidad, y emplear el medio más eficaz para la conversión de las almas en satisfacer nuestra ambición? ¡Ay, padres, cuántos motivos hay para temer y desesperar en cierto modo de la salvación de esas personas que convierten el remedio en veneno, que para tratar la palabra de Dios no usan más método que el que les proporciona la prudencia de la carne, su humor, la moda y el capricho! ¡Y quiera Dios que no lo hagan por vanidad y orgullo! ¡Dios quiera que no sea orgullo! ¡Oh Salvador! ¡No permitas que ninguno de esta pequeña compañía, que está consagrada a tu servicio, caiga en un peligro tan grande, abusando así de tu sagrada palabra; No, Señor; así lo esperamos de tu bondad; no lo permitas, por tu misericordia.

Acabamos de ver cuatro razones por las que tenemos que aficionarnos mucho a este pequeño método de predicar que Dios ha querido darle a la compañía. El primer motivo es su gran eficacia, ya que toca todos los recursos necesarios para convencer; lo cual no ocurre con los otros métodos, al menos tan eficazmente. El segundo, es la manera de predicar de nuestro Señor, que siguieron los apóstoles. El tercero, que sus efectos son maravillosos; ha producido grandes frutos, según la experiencia que todos tenéis. Y finalmente, el peligro tan grande de condenarse en que se incurre actuando de otro modo y viniendo a aprovechar menos a los oyentes. No nos detendremos más en esto; todo esto lo sabéis mejor que yo, y lo diríais mejor que yo y con más fuerza y eficacia. Las palabras de Dios, en boca de un profano como soy yo, pobre de mí, no tiene efecto. Por tanto, no hay nada, tras estos poderosos motivos que acabamos de ver, no hay nada, a no ser mis enormes defectos, que pueda impedir que os aficionéis al pequeño método. ¿Hay acaso alguno más indicado, más cómodo y mejor? Si lo sabéis, haced el favor de indicármelo; decidme, padres, ¿hay otro mejor? Yo, desde luego, no lo conozco; y estoy seguro de que también vosotros estaréis convencidos de ello, más por vuestra propia experiencia que por lo que acabo de deciros. Lo que pasa únicamente es que yo, miserable de mí, que lo estropeo todo, no soy capaz de adoptar esta santa práctica; pero, con la ayuda de Dios, procuraré aprenderla e imitar a algunos de la compañía, a quienes Dios

les ha concedido especialmente este don, y que observan maravillosamente este santo método.

Vayamos al segundo punto. ¿En qué consiste el método de que hablamos? Se trata de una virtud que, en nuestras predicaciones, nos hace guardar cierta disposición y un estilo adecuado al alcance y al mayor provecho de los oyentes. Eso es; esa es su esencia y su naturaleza.

Es una virtud; nuestro método es una virtud, una virtud, un orden; pero me parece que esa palabra de orden es demasiado amplia, poco precisa; *latius patet*; digamos, pues, que es una virtud, por el mero hecho de ser un orden, pues la virtud está en el orden, aunque no todo orden es virtud. Por eso digo que nuestro método es una virtud, ya que la virtud nos dispone para obrar bien, y este método también nos dispone para el bien, ya que, al observarlo, predicamos de forma útil para todo el mundo y nos ajustamos a la capacidad y al alcance de nuestro auditorio. Nuestro método es también una virtud, ya que es hijo de la caridad, que es la reina de las virtudes. La caridad nos hace adaptarnos a todos, para que podamos ser útiles a todos; y el método, que aprende esta lección de la caridad, hace lo mismo.

Por lo demás, yo tampoco sé muy bien en qué consiste este método; pero creo que todos vosotros lo sabéis, gracias a Dios, y cuáles son sus propiedades. Hace que hablemos llanamente en nuestro discurso, lo más sencillamente que podamos, con toda familiaridad, de forma que nos pueda entender hasta el más pequeño de todos, aunque sin utilizar un lenguaje corrompido, ni demasiado bajo, sino el lenguaje usual, limpio, puro y sencillo; nada de afectación; buscando sólo la utilidad y el provecho de los oyentes; este método excita, instruye, calienta, aparta fácilmente del vicio y convence del amor a la virtud, produciendo mejores efectos dondequiera que se emplea bien.

Pero, padre, ¿en esto consiste este método? — Sí, padres; los efectos, las propiedades y la definición, la naturaleza; eso es en lo que consiste precisamente este método. Pero como no tenemos tiempo para decir las cosas con todo detalle y en particular, y como yo tampoco sabría hacerlo, pobre de mí, que he llegado a esta edad sin haberlo aprendido por culpa de mi pereza, de mi estupidez, de mi torpeza, pues soy un tonto y un estúpido, un

bestia, una bestia pesada; ¡pobre bestia!, por eso el padre Portail, que deberá hablarnos mañana, nos lo enseñará en concreto y nos dirá qué es lo que hay que hacer para practicarlo bien. Y así lo hará, según espero. Su conferencia será sobre este método; él lo conoce bien y hará el favor de enseñárnoslo.

Pero ¿qué veo? Han pasado tres cuartos de hora; padres, sopórtenme un poco más, por favor; sopórtenme, miserable. Digamos algo del tercer punto; veamos qué medios hay para ponernos en posesión de este método tan útil. Esto es bien fácil para un hombre que sólo busca la gloria de Dios y la salvación de las almas. Cuando se quiere orientar todo a esos fines, es fácil seguir este método, que está hecho expresamente para ello. Pero se trata de brillar un poco, de buscar la estima de los demás; si sigo este método, se dirá: «Mira un pobre hombre; lo que hay que hacer es decir cosas bonitas, hay que ir con una actitud completamente distinta. ¡Oh, cierto!; ¡cierto! hay que predicar de otro modo». ¿Sí, eh? ¿qué es toda esa fanfarria? ¿Quiere demostrar que es un gran retórico, un maravilloso teólogo? ¿Cosa extraña! Con todo eso, va por un mal camino. Quizás logre que le estimen algunas personas que apenas lo entienden; pero, para adquirir el aprecio de los sensatos, no es ése el mejor camino

Para pasar por un hombre a quien se entiende y tener fama de persona muy elocuente, hay que saber persuadir al auditorio de lo que uno quiere que abrace y apartarlo de lo que uno quiere que evite; pero esos señores hacen todo lo contrario. ¿Y los tendrán por buenos oradores la gente prudente? Indudablemente, si le preguntáis a uno de ellos: «¿Por qué predica usted? ¿Con qué fin anuncia usted la palabra de Dios?», os contestará: «Ante todo, para convertir; luego, para apartar a los hombres del vicio y llevarlos a la virtud». Eso es lo que anhelan, según dicen: convertir al mundo; esa es su finalidad; eso es lo que deben, no digo ya obtener — puesto que no depende de ellos — pero sí buscar en todos sus discursos: decir y proponer por su parte lo que es más educado, a su juicio, para conseguir su finalidad. Y una vez que haya dicho todo lo que es más indicado para convencer, entonces será un predicador, un buen predicador: ha alcanzado su fin, lo ha hecho debidamente. Pero esto no consiste en rebuscar bien las palabras, en arreglar bien los pe-

ríodos, en expresar de una forma poco común la facilidad de sus conceptos y pronunciar su discurso en un tono elevado, como un declamador que pasa por encima de todo lo que dice. Esta gente, ¿logra su fin? ¿Convencen de veras del amor a la virtud? ¿Se sentirá el pueblo conmovido y correrá luego a hacer penitencia? ¿Se logran grandes conversiones? ¡Ni mucho menos! Sin embargo, ésas son las pretensiones de esos grandes oradores. ¿No querrán quizás solamente adquirir fama y que todo el mundo diga: «Realmente este hombre habla bien; es elocuente; tiene hermosas ideas; se expresa de una forma agradable»? A eso se reduce todo el fruto de sus sermones. ¡Oh, Salvador! ¿Es eso lo que vosotros pretendéis? ¿Subís al púlpito, no ya para predicar a Dios, sino a vosotros mismos, y para servirlos (¡qué crimen!) de una cosa tan santa como la palabra de Dios para alimentar y fomentar vuestra vanidad? ¡Oh divino Salvador! Padres, lo primero que se necesita es tener rectitud de intención, no querer ni pretender nada en esta tarea más que lo que Dios pide de nosotros, buscar sólo la conversión de los oyentes y el aumento de la gloria de Dios. Después de haber purificado nuestra intención, nos será fácil utilizar el método más útil que tenemos para ello, tal como vemos y experimentamos cada día.

Otro medio: *attende tibi* ⁸; ten cuidado contigo, no vayas a deshacer con tu conducta lo que edificaste con tu predicación; no destruyas por un lado lo que levantaste por otro; hay que predicar sobre todo con el buen ejemplo, siendo fiel al reglamento, viviendo como buen misionero, porque sin eso, padres, nada se consigue, nada se consigue. A una persona desordenada, este método le será más perjudicial que ventajoso; aparte de que no podría practicarlo, al menos por mucho tiempo, ya que este método está totalmente en contra del espíritu de libertinaje. Hay que ser sinceros en los buenos sentimientos de devoción y practicarlo para hacer nacer buenos sentimientos en los demás. Si un hombre no siente mucho aprecio de la virtud ni mucho amor a sus obligaciones, no podrá observar este método, eso es seguro. El que está hundido en el desorden, sin reglamento alguno, viviendo en el libertinaje, ¿cómo podrá sacar de él a los demás?

8 1 Tim 6,16.

Sería una burla. Le dirán: *Medice, cura teipsum* ⁹. Está claro; no hay nada tan evidente. Así pues, *attende tibi* pon primero los ojos en ti mismo, practica fielmente los reglamentos y costumbres de nuestra vocación, ya que de este modo cumpliremos la voluntad de Dios. *Attende tibi* es otro medio para obtener pronto este método tan excelente de predicar.

Un tercer medio muy eficaz es aficionarse a este santo método, apreciarlo mucho. ¿Por qué no lo hemos aceptado? Porque no lo amamos, porque preferimos seguir nuestros gustos, nuestras fantasías y las reglas de no sé quién, de un profano; nos resulta antipático este método, no lo estimamos. Tengo miedo padres, de que hablemos bien de él sólo de labios afuera; pero en el corazón, en el corazón... ¡Ay! No sé... Tengo miedo de que este método no nos vaya, que nos resulte importuno e incómodo, que nos sea molesto. Pero este método nos lo ha dado Dios, viene de Dios; él mismo lo practicó; los apóstoles lo siguieron; es el método de los apóstoles y del propio Hijo de Dios, el método del Hijo de Dios, el método de la eterna Sabiduría; ¡y nosotros lo rechazamos, no lo queremos, no lo amamos! Nosotros, que hacemos profesión especial de seguir a nuestro Señor y nos llamamos sus servidores, despreciamos y rechazamos su método, que él mismo nos enseñó y nos dio. ¡Oh Salvador! ¿Qué dirán de nosotros? Que amamos lo que Dios odia, y que odiamos lo que Dios ama. ¡Oh Salvador! ¡Ay, padres! Sintámonos esta tarde unidos todos juntos en esto, en aficionarnos cada vez más y estimularnos mutuamente en este método. ¡Quiera Dios que, por su gracia, yo alcance esta tarde este favor, que os pido por todo el amor que sentí a la gloria del Hijo de Dios, por las entrañas de su misericordia!

Pero ¡ay!, soy un miserable, que no sé ser breve. Soportadme todavía un poco más. ¡Quiera Dios que tengamos todos un mismo corazón, que nos sintamos íntimamente unidos en la observancia de este método divino! Padre Portail, me uno a usted para conseguirlo, a usted que lo ha recibido de Dios, y al padre Alméras, que también lo tiene; me uno a ustedes con todo mi corazón y prometo hacer en el futuro todo lo posible para entrar por este método divino.

⁹ Lc 4,23.

Pero, padre, ¿me permite usted indicarle las objeciones que tengo contra él? ¿querrá usted escuchar mis razones? — ¡Ay! ¡Ojalá tuviese tiempo para ello! Le escucharía de buena gana. Bien, veamos un poco, lo que el tiempo nos permita; resolvamos las dificultades que el espíritu humano puede poner contra lo que acabamos de decir.

¿Es posible utilizar este método y observar sus tres puntos en toda clase de materias? Aparte de que esto sería muy aburrido y fastidioso, no es fácil, e incluso es imposible usarlo siempre sin exponerse. — Así es; sí, señor. A la larga aburre hablar siempre del mismo modo; el espíritu del hombre es tan tornadizo que pronto se cansa hasta de las mejores cosas. Pero, aparte de que nuestras misiones son cortas, las podréis adobar un poco, de forma que no se llegue a ver vuestro artificio ni se descubra vuestro método, cambiando unas veces el orden de los puntos poniendo uno delante de otro, o bien proponiendo sólo dos. Hay también otras formas que ahora no se me ocurren. Además, el método es diferente para los distintos temas: está el método para tratar de la fiesta de un santo, el método para tratar de un misterio, el método para tratar de una parábola, el método para tratar de una sentencia, el método para tratar del evangelio corriente y de las demás materias de la predicación. El padre Portail, que conoce bien todas estas maneras de predicar, os explicará esos distintos métodos, ya que yo no los conozco, aunque con la ayuda de Dios quiero aprenderlos de él y de los demás que han recibido de Dios este don.

Pero, padre, ¿es que los demás métodos no son tan buenos como éste? Vemos a muchos predicadores, muy doctos y excelentes, que no saben lo que es este método y no por ello dejan de producir grandes frutos y de predicar muy bien. — Sí; todos los métodos pueden ser buenos y santos; no pretendo aquí condenar ninguno de ellos, ¡Dios me guarde! Por lo demás, Dios se sirve de quien quiere y de quien bien le parece para procurar su gloria: *Potens est de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ*¹⁰; puede hacer de estas piedras hijos de Abraham. Dios es omnipotente y, si así lo desea, puede servirse de la dureza de esta piedra para ablandar los corazones más duros y llevarlos a una

10 Mt 3,9.

santa conversión y penitencia. Pero, oh Salvador, a pesar de todo, ¿cuántos vemos que se convierten con todos esos métodos? Nosotros tenemos la experiencia del nuestro; padres, todos vosotros la tenéis; pero de los del tiempo, de los de moda tenéis la experiencia contraria: no hacen más que resbalar por encima, rasgar superficialmente, sin tocar más que la superficie. Un poco de ruido, ¡y allí acaba todo! Todos los días se tienen grandes predicaciones en esta ciudad, muchos advientos, muchas cuaresmas; encontradme un hombre, de esos mismos que llevan escuchando esas predicaciones desde hace treinta o cuarenta años, que se haya hecho mejor. ¡Oh Salvador! Trabajo os costaría encontrar uno solo, uno solo que se haya convertido después de oír todas esas predicaciones; ¿y qué es esto en comparación de los frutos que vemos que produce el pequeño método? Eso es lo que me convence de que, puesto que ninguno produce tales frutos, no hay ninguno que sea tan bueno, ninguno que le sea preferible, al menos entre nosotros, que sólo buscamos la salvación de las almas.

Sabemos que es el método del Hijo de Dios y de los apóstoles, del que se sirvieron y se sirven todavía grandes personajes, y no solamente nosotros, pobres miserables; es el método de los predicadores que hacen milagros, de nuestros señores obispos, de los doctores. El señor obispo de... me decía que, aunque predicase cien mil veces, no tendría nunca otro método. EL señor de Sales, ese gran hombre de Dios, me decía lo mismo; y tantos otros, ¡oh Señor!, que me da vergüenza nombrarlos.

Y no creáis, padres, que este método sirve sólo para el campo, para la gente menuda, para los aldeanos. Es verdad que es excelente para el pueblo, pero también es muy eficaz para los oyentes más capaces, para las ciudades, incluso para París, para el mismo París. En la misión que se hizo en San Germán, venía gente de todas partes, de todos los barrios de esta gran ciudad; se veía gente de todas las parroquias, personas distinguidas, doctores, sí, hasta doctores. A todo ese gran mundo se le predicó siguiendo el pequeño método. El señor obispo de Boulogne ¹¹, que dirigía la palabra, no utilizó otro. ¡Y qué fruto se consiguió! ¡Dios mío! ¡qué fruto! Se hicieron confesiones generales,

11 Francisco Perrochel.

lo mismo que en las aldeas, con mucha bendición de Dios. Ahora bien, oh Dios, ¿se ha visto alguna vez que se convirtiera tanta gente en las predicaciones refinadas? *Caeli caelorum!* Todo queda por los aires. La única conversión que allí se consigue es que la gente diga: «¡Cuánto sabe este hombre! ¡Qué cosas tan bonitas!».

Pero afirmo más todavía: el pequeño método es para la corte, incluso para la corte. En la corte ha aparecido ya por dos veces el pequeño método: y, me atrevo a decirlo, ha sido bien recibido. Es verdad que la primera vez surgieron muchas contrariedades y hubo muchas oposiciones; sin embargo, se obtuvieron grandes frutos, grandes frutos. Hablaba el señor obispo de Alet ¹² Se acabaron entonces, gracias a Dios, todas las objeciones contra el pequeño método. La segunda vez el encargado de hablar era uno de los nuestros, el padre Louistre. Gracias a Dios no hubo ninguna oposición; el pequeño método, me atrevo a decirlo a pesar de mi miseria, el pequeño método triunfó; se vieron frutos maravillosos. ¡El pequeño método en la corte! ¡Y luego diréis que es para la gente vulgar y para las aldeas! ¡En París, en París, y en la corte, en la corte, en todas partes, no hay otro método mejor ni más eficaz! Porque el mejor método es el que da todo lo necesario para ganar a los oyentes; y el nuestro tiene todo lo necesario para ese fin. La conclusión es clara. Aceptemos todos este pequeño, pero poderoso método.

He aquí el cuarto medio, y acabo. Consiste en pedirselo a Dios, pedirselo muchas veces a Dios; se trata de un don de Dios, hay que pedirselo...

Este es el cuarto medio, ¡oh Salvador! ¡Y ya termino! Esos son los cuatro medios para entrar por este método: pureza de intención, mucho cuidado con uno mismo — *attende tibi* — ; aficionarse a este método, aficionarse, aficionarse; y pedirle a Dios muchas veces que se lo dé a los que él ha escogido para aumentar su gloria por este medio, tal como, por su misericordia, hay muchos en esta compañía. ¡Bendito sea Dios!

¡Divino Salvador, que viniste a la tierra para predicarnos con toda sencillez y enseñarnos con tu ejemplo este santo método, te suplicamos humildemente que nos hagas entrar a todos en tu es-

12 Nicolás Pavillon.

píritu de sencillez, y que nos des, por tu gracia, este santo método, para que por este medio podamos anunciar con provecho tu santa palabra y llevarla por todo el mundo, lo mismo que tus discípulos, a quienes se lo diste! ¡Oh dulce Salvador, derrama sobre nosotros este espíritu de método! Esperamos que, cooperando por nuestra parte, Dios nos dará esta gracia. El padre Portail nos hablará mejor mañana de este santo método.

¡Y ya está! ¡Bendito sea Dios! Habría mucho que decir, pero es demasiado tarde. Siempre me alargo demasiado, me entretengo mucho en las cosas; soy un pesado, como un animal bien gordo.

No creo que haya nada que nos impida ahora adoptar este método de predicar. ¿Acaso el gusto? ¡Dios mío! ¡Si es este método el que nos ha hecho predicar con más satisfacción que todos los demás! No creo que todos los gustos del mundo puedan igualar al que se saca de este método. ¿Qué mayor satisfacción puede tener un predicador que ver cómo sus oyentes acuden a él, verlos llorar, como os ha pasado muchas veces a vosotros mismos? ¿No es verdad que veis con frecuencia a vuestro auditorio derramar lágrimas? Y cuando queréis marcharos, hay que escaparse violentamente: corren detrás de vosotros, ¿no es verdad? Dígame usted, por favor, sinceramente, díganos si es verdad todo esto. — Sí, padre, no sabe uno qué hacer para que le dejen marchar. — ¡Oh Salvador! ¿hay en el mundo mayor alegría que esta? ¡Ver a todo el mundo impresionado por lo que predicáis! ¿Qué mayor satisfacción puede tener un orador, que la de obtener lo que busca? ¿Qué mayor alegría? Y esto es, padres, lo que según vuestra propia experiencia se obtiene todos los días con el pequeño método.

¿Qué es lo que pretendéis? ¿La conversión del pueblo? Pues he aquí que, después de vuestros sermones según este método acuden todos a vosotros, tan convencidos que están dispuestos a hacer todo cuanto les ordenáis. ¿Qué mayor alegría, oh Salvador, qué mayor alegría?

¿Os sentís celosos de conquistar honor? ¿Hay acaso algún método en el mundo en que se alcance más? No se trata de que os sirváis de él para alcanzar honor: eso sería una intención diabólica. Pero, padres, ¿puede haber para nosotros mayor honor que vernos tratados como los apóstoles, como el Hijo de Dios?

Pues bien, nos dicen las mismas alabanzas que le dijeron a Cristo: «Bienaventurados, se les dice a los misioneros, los vientres que os llevaron». Cuando se marchan, gritan detrás de ellos: «¡Bienaventurados los pechos que os dieron de mamar! ¡Benditas sean vuestras madres!»¹³. ¡Oh Salvador! ¿Qué más se ha dicho del Hijo de Dios? Pues se dicen estas alabanzas a los misioneros y otras muchas, que seguramente os molestan, cuando utilizan sólo este pequeño método. Por consiguiente, hay mucho honor y mucha satisfacción en seguirlo; aunque no será por ello por lo que lo abracemos, sino por amor a Dios, que nos lo ha dado.

¡Pero es un método tan vulgar! ¿Qué dirán de mí, si predico siempre así? ¿Por quién me tomarán? Acabarán despreciándome y perderé todo mi honor. — ¡Perderéis vuestro honor! ¡Oh Salvador! Predicando como predicó el mismo Jesucristo, ¡perderéis vuestro honor! Tratar la palabra de Jesucristo como la quiso tratar el propio Jesucristo, ¡es carecer de honor! ¡Es perder el honor hablar de Dios como habla su hijo! ¡Oh, Salvador! ¡Entonces Jesucristo, el Verbo del Padre, no tenía honor! Hacer los sermones como es debido, con sencillez, hablando familiarmente, de forma ordinaria, como lo hizo nuestro Señor, ¡es carecer de honor y obrar de otro modo es ser hombre de honor! Disfrazar y falsificar la palabra de Dios, ¡es tener honor! ¡Es tener honor cubrir de afectación, enmascarar y presentar la palabra de Dios, la sagrada palabra de Dios como frase bonita llena de vanidad! ¡Oh divino Salvador! ¿qué es esto? ¿Qué es esto, padres? ¡Decir que es perder el honor predicar el evangelio como lo hizo Jesucristo! Yo preferiría decir que Jesucristo, la eterna Sabiduría, no supo cómo había que tratar su palabra, que no la entendía bien, que habría que portarse de una manera distinta de como él lo hizo. ¡Oh Salvador! ¡Qué blasfemia! Pues eso es lo que se dice, si no claramente, al menos tácitamente y en el corazón; si no por fuera, delante de los hombres, al menos delante de Dios, que ve los corazones. ¡Y se osa pronunciar esas horribles blasfemias delante de Dios, a su cara!, ¡y se siente vergüenza de los hombres! ¡Delante de Dios! ¡Delante de Dios! ¡Misericordioso Salvador! ¡Ay, padres! Ya veis que es una blasfemia decir y

13 Lc 11,25.

pensar que se pierde el honor predicando como predicó el Hijo de Dios, como él vino a enseñarnos, como el Espíritu Santo instruyó a los apóstoles.

Un día le preguntaba al padre... «Dígame, padre, por favor; ¿qué hacía san Vicente Ferrer para convertir a tantas personas y atraer al mundo de todas partes, de forma que le seguían en caravana?». Y él me respondió: «Así es; aquel gran hombre predicaba con sencillez, familiarmente, procurando que todos lo entendieran». ¡Oh Salvador! ¡Oh sencillez, qué persuasiva eres! La sencillez convierte a todo el mundo. La verdad es que, para convencer y conquistar el espíritu del hombre, hay que obrar con sencillez; ordinariamente no se consigue esto con hermosos discursos de artificio, que gritan alto, hacen mucho ruido, y queda todo en eso. Todos esos hermosos discursos, tan estudiados, de ordinario no hacen más que conmover la parte inferior. Quizás logren asustar a fuerza de gritar en no sé qué tono; calentarán la sangre, excitarán el deseo, pero todo esto en la parte inferior, no en la parte superior; ni la razón ni el espíritu quedarán convencidos. Y todos esos movimientos de la parte inferior no sirven para nada, si no queda convencido el entendimiento; si la razón no lo palpa, todo lo demás pasará pronto, demasiado pronto, y aquel discurso será inútil. Por tanto, ¡viva la sencillez, el pequeño método, que es el más excelente y el que puede producir más honor, convenciendo al espíritu sin todos esos gritos que no hacen más que molestar a los oyentes! Oh, Padres. Esto es tan cierto que, si un hombre quiere ahora pasar por buen predicador en todas las iglesias de París y en la corte, tiene que predicar de este modo, sin afectación alguna. Y del que predica así dice la gente: «Este hombre hace maravillas, predica como un misionero, predica 'a lo misionero', como un apóstol». ¡Oh Salvador! Y el señor... me decía que al final todos acabarían predicando así. Lo cierto es que predicar de otra manera es hacer comedia, es querer predicar a sí mismo, no a Jesucristo.

¡Predicar como misionero! ¡Oh Salvador! Tú has sido el que has hecho a esta pequeña y humilde compañía la gracia de inspirarle un método que todo el mundo desea seguir; te lo agradecemos con todas nuestras fuerzas. ¡Ay, padres! ¡No nos hagamos indignos de esta gracia, que todo el mundo aprecia tanto que se dice de un excelente predicador: «Predica a lo misionero». ¿Qué

sería si fuéramos los únicos en despreciarlo? ¿No tendría Dios motivos para quejarse de que hagamos tan poco caso de ese gran don que nos ha hecho, para comunicarnos sus luces, y por medio de nosotros a todo el mundo?

Bien, ¡bendito sea Dios! Les ruego que mañana los sacerdotes ofrezcan por ello la misa, y a los hermanos que comulguen por esta intención la próxima vez.

58 [135, XI, 287-292]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 22 DE AGOSTO DE 1655

Enfermedad del obispo de Luçon. Noticias de los misioneros de Escocia, Berbería, Madagascar y Génova. Exhortación al celo y al desprendimiento.

El padre Vicente encomendó a las oraciones de la compañía a algunas personas que se lo habían pedido, entre ellas el señor obispo de Luçon¹, que estaba gravemente enfermo.

Es un obispo, dijo, de gran bondad y mucha caridad para con la compañía, como siempre lo ha demostrado; participa mucho de la bondad de Dios. Como agradecimiento, pediremos a Dios que le dé lo que más convenga a su gloria.

También encomiendo a sus oraciones a nuestros padres que están en el extranjero. Hace algunos días he sabido que había salido el padre Le Blanc; me lo ha dicho el superior del colegio de los escoceses; no sé si será verdad, pues no he recibido ninguna carta suya; de todas formas, le daremos gracias a Dios y no dejaremos de rogar a su divina bondad que le dé fuerzas para soportar todo cuanto quiera la divina Providencia que le suceda, aceptando las penas con que se encuentre, si está libre, y la misma muerte, si así lo desea Dios, siempre con una resignación perfecta con la divina voluntad. No tendría más que decir: «No soy sacerdote», para verse totalmente libre; pero prefiere morir

Conferencia 58. — Recueil de diverses exhortations, p. 75.

Esta misma conferencia, redactada de otra forma y más resumida, se encuentra en el manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 29.

¹ Pedro Nivelles, murió el 11 de febrero de 1660

antes que decir: «No soy sacerdote». Si lo dijese, le dejarían marchar inmediatamente, le abrirían las puertas de la cárcel.

También tenemos que rezar por los padres Duiguin y Lumsden, que trabajan en aquellas tierras. ¡Oh Salvador! ¡Cuánto fruto hacen por allí! Habrá que leer lo que han escrito. Las mismas damas han reunido sus escritos y sus cartas, y las leen con sentimientos de religión y bendición. ¡Oh Salvador!

Los que están en Berbería, el padre Le Vacher y los demás, trabajan allí con muchas fatigas y tienen que sufrir en aquellos sitios muchas contrariedades, pero no dicen ni una palabra de ello...; sin embargo, tienen que padecer mucho, de los turcos y de los esclavos, visitan, atienden y mantienen a esos pobres prisioneros, corriendo de acá para allá; y no dicen una palabra de nada; al contrario, por sus cartas vemos que están contentos de sufrir y que piden todavía más y quieren más sufrimientos todavía. ¡Oh Salvador! Pidamos a Dios que dé este espíritu a todo el cuerpo y al corazón de la compañía. Es una gran bendición de Dios, que se digne servirse para ello de esta pequeña compañía, concediéndonos el honor de sufrir por él en algunos miembros de los nuestros, en la persona del padre Le Blanc y de los demás. ¡Qué gran favor el que nos hace mandándonos así a llevar su palabra por el mundo!

Había algunos religiosos que se embarcaron para ir adonde están nuestros misioneros en Berbería; pero, al llegar allí, se encontraron con tantas dificultades que tuvieron que volver; gracias a Dios, los nuestros siguen y están trabajando con mucho éxito. Tengamos cuidado de no hacernos indignos de esta gracia y que Dios la retire de nosotros. Un franciscano me decía hace poco: «¡Oh, padre, qué gran bendición! ¡Qué grandes progresos realizan!». El pedía para los que están en las Indias y en el Oriente un asistente al lado de su general, para que de esta forma se pudieran remediar muchas necesidades que padecen en aquellos sitios; así lo pidió en el capítulo general, pero se lo negaron por varias razones. Aquel padre decía con mucho resentimiento: «Tened cuidado, no sea que Dios os retire esa gracia que os ha concedido, y os castigue quitándoos de vuestro cuerpo esa vocación, y haciendo que ya no vaya nadie a esos países». Demostraba mucha pena y me decía: «Padre, ¡qué gran bendición la que Dios les ha dado por...». No me atrevo a decirlo.

Tengamos cuidado de que Dios no nos quite esta gracia. El ha querido servirse de esta pequeña compañía para realizar sus designios. Seamos como aquel pequeño aldeano que llevaba la talega y que, cuando veía arrodillarse y orar al que acompañaba, se arrodillaba también él para rezar con la talega al hombro; y cuando le preguntaron qué hacía, dijo: «Le pido a Dios que le escuche a usted; me gustaría decirle lo que usted le dice, pero no sé; por eso le ofrezco lo que usted le dice».

Somos nosotros los que llevamos la talega al hombro, pobres idiotas que no saben decir nada, esos espigadores que vienen detrás de los grandes misioneros. Demos gracias a Dios de que haya aceptado nuestros servicios; ofrezcámonos las grandes cosechas de los demás junto con nuestras pocas espigas, siempre dispuestos a hacer todo lo posible por el servicio de Dios y del prójimo. Si Dios nos ha dado tantas bendiciones, todavía puede darnos más; si a aquel aldeano le dio esa gran luz y esa gracia, que mereció que la historia hablase de él, esperemos que, si hacemos todo lo posible para contribuir con todas nuestras fuerzas a la gloria de Dios, Dios hará lo demás, recibirá con benevolencia y bendecirá nuestros humildes trabajos y ofrecimientos.

Dios se sirve de quien quiere para realizar cosas grandes. Acordaos de nuestros padres que están en el extranjero, por ejemplo el padre Le Blanc; él no dice palabra, no son personas que hallan brillo; pero ya veis las maravillas que realiza Dios por este servidor suyo y por todos los demás. Esperemos en Dios; aceptemos su santa providencia sobre nosotros.

También tenemos que rezar por los demás, por el padre Bourdais y el padre Mousnier. ¡Oh Salvador! Hace pocos días hablaba con uno de esos señores que ha venido de allí. ¡Qué cosas me decía del padre Nacquart! ¡Qué gran siervo de Dios! ¡Con qué sentimientos me hablaba de él! ¡Cuánto bien ha hecho! ¡Cuánto hemos perdido con ese siervo de Dios, pero con cuánto provecho! ¡Oh, Salvador! *Sanguis martyrum, semen christianorum*² Esto me hace esperar que su martirio (ya que ha muerto por Dios) será semilla de cristianos y que Dios, por su muerte, nos dará mayores frutos. ¡Y qué cosas me dijo también del pa-

² Cita larga de Tertuliano: «*Plures effcimur quoties metimur a vobis; semen est sanguis christianorum*» (Apologeticus: P.L. 1.535).

dre Gondrée! ¡Qué sentimientos! Tengo todavía delante de mí a aquel hombre, su mansedumbre, su gran modestia; todavía me acuerdo de las cosas tan hermosas que nos decía cuando estaba ya a punto de embarcarse. ¡Qué gran hombre de Dios! ¡Oh Salvador! ¡Bendito sea Dios!

Bien, pidámosle a Dios que dé a la compañía ese espíritu, ese corazón, ese corazón que nos hace ir a cualquier parte, ese corazón del Hijo de Dios, el corazón de nuestro Señor, que nos dispone a ir como él iría y como él habría ido si hubiera creído conveniente su sabiduría eterna marchar a predicar la conversión a las naciones pobres. Para eso envió él a sus apóstoles; y nos envía a nosotros como a ellos, para llevar a todas partes su fuego, a todas partes. *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur*³; llevar a todas partes ese fuego divino, ese fuego de amor y temor de Dios, por todo el mundo: la Berbería, las Indias, el Japón. Es la promesa de aquellas palabras. *Sanguis martyrum, semen christianorum*. Han atormentado a los cristianos, los han perseguido por doquier; ¡con cuánta rabia y crueldad los mataban! Pero finalmente, por la misericordia de Dios, los asuntos han cambiado de aspecto, ha muerto el rey cruel y su sucesor no hace morir a nadie; por el contrario, ha permitido a los portugueses que trafiquen, a los misioneros que vayan allá, y todos viven con mucha seguridad y sin peligro alguno, por la gracia de Dios.

Pidámosle todos a Dios este espíritu para toda la compañía, que nos lleve a todas partes, de forma que cuando se vea a uno o dos misioneros se pueda decir: «He aquí unos hombres apostólicos dispuestos a ir por los cuatro rincones del mundo a llevar la palabra de Dios». Pidámosle a Dios que nos conceda este corazón; ya hay algunos, gracias a Dios, que lo tienen y todos son siervos de Dios. ¡Pero marcharse allá oh Salvador, sin que haya nada que los detenga, qué gran cosa es! Es menester que todos tengamos ese corazón, todos con un mismo corazón, desprendido de todo, con una perfecta confianza en la misericordia de Dios, sin preocuparnos ni inquietarnos ni perder los ánimos. «¿Seguiré con este espíritu en aquel país? ¿Qué medios tendré Para ello?». ¡Oh Salvador, Dios no nos fallará jamás! Padres,

3 Lc 12,49

cuando oigamos hablar de la muerte gloriosa de los que están allí, ¿quién no deseará estar en su lugar? ¿Quién no tendrá ganas de morir como ellos, con la seguridad de la recompensa eterna? ¡Oh Salvador! ¡No hay nada tan apetecible! Así pues, no os atéis a cosa alguna; ánimo, vayamos donde Dios nos llama él mirará por nosotros y nada tendremos que temer. ¡Bendito sea Dios! Pidámosle por esta intención.

Me han escrito de Génova que necesitan nuestro apoyo y nuestras oraciones, a las que se encomiendan; estamos obligados a ello; ha habido que enviar y trasladar a todos nuestros padres que han pasado por allí y que han sido recibidos de una manera... Dios lo sabe. El buen padre Blatiron no acaba de gustarles; él no me dice nada, pero sé que les ha atendido debidamente.

59 [136, XI, 292-297].

CONFERENCIA DEL 22 DE AGOSTO DE 1655

SOBRE EL MÉTODO QUE HAY QUE SEGUIR EN LA PREDICACIÓN

El padre Vicente sigue desarrollando los motivos que han de inducir a los misioneros a predicar según el pequeño método.

Padres, vamos a continuar el tema ya comenzado del método de predicar. Como he sabido, ya habéis progresado mucho, por la gracia de Dios. Creo que será conveniente que hagamos aquí lo que ya se ha hecho sobre esto mismo en otras ocasiones. Estaban el señor obispo de Boulogne ¹, el obispo de Alet ², el padre Ricard y todos nosotros; venían también algunos sacerdotes de París; y nos ejercitábamos con toda sencillez y familiaridad,

Conferencia 59. — Manuscrit des Conférences.

Esta conferencia se tuvo en una reunión extraordinaria celebrada el domingo después de vísperas en la llamada sala de San Lázaro.

1 Francisco Perrochel.

2 Nicolás Pavillon.

como ahora lo hacemos; se tomaba un tema, y cada uno decía los motivos que tenía para ello; luego hablábamos de los actos y finalmente de los medios. Esto es lo que se hacía, y cada uno exponía buenamente su parecer, y algunas veces se improvisaba un discurso sobre ello, el obispo de Boulogne por una parte, el de Alet por otra, y también el padre Portal; yo era el único que nunca decía nada que valiera la pena. Se estudiaba cómo había que hacer para tratar bien un asunto, para convencer, pero siempre con toda sencillez; y así es como lo hacían.

Los padres del Oratorio también tienen esta práctica de ejercitarse en la predicación, cuatro cada día; padre Alméras, usted que ha estado en Roma, ¿verdad que así lo hacen allí?

Padre Alméras: «Sí, padre; lo hacen cuatro cada día, cada uno durante media hora».

— Suben cuatro al púlpito y predicán, cada uno durante media hora, sobre cuatro temas distintos. ¿No es así, padre Martín?

Padre Martín: «Sí, padre; estoy escuchando».

— Así pues, predicán cuatro; hablan durante media hora de diversos temas; uno sobre el evangelio, otro sobre algún misterio, otro sobre la vida de un santo, otro sobre alguna virtud, pero así, desde un púlpito no elevado; aparte está el púlpito grande, donde se tienen los sermones; son los capuchinos y alguna otra orden, de la que no me acuerdo, los que predicán desde el púlpito elevado, en la iglesia de los padres del Oratorio; pero ellos no predicán más que desde el púlpito pequeño.

Padre Alméras: «Padre, ese púlpito no es tan pequeño, tiene unos siete u ocho escalones para subir a él, poco más o menos como el del nuevo edificio».

— Bien. Lo cierto es que no predicán más que desde ese púlpito, con sencillez, en un tono lo más familiar que pueden, de una forma muy sencilla; y esto durante dos horas al día, media hora cada uno. Y es allá adonde acuden todos los devotos de Roma. Todos van allá. La mayor concurrencia es la de los padres del Oratorio, que hacen esos pequeños sermones, tan sencillos y familiares; si algún predicador habla de otra forma, le corrigen y amonestan para que guarde el método de su padre, el beato Felipe. Les corrigen cuando faltan, y así es como se mantienen en su método.

Padre Alméras: «Padre, ¿quiere que diga una cosa muy edificante y que, a mi juicio, es muy útil a este propósito?

— Sí, padre; hágalo; usted que ha visto bien todo esto, díganoslo, por favor.

Padre Alméras: «Padre, en cierta ocasión, me parece que era en tiempos del beato Felipe Neri, me parece que aún vivía, hubo uno que dijo un sermón muy bonito, que no pasó de media hora, pero de una forma un poco más elevada que de ordinario; había algo que le exaltaba; todos le admiraron e incluso sus palabras fueron de mucha utilidad; su sermón era útil, pero de un aire un poco más elevado que de ordinario. El superior le dijo luego: «Realmente usted nos ha predicado muy bien; me parece un discurso muy bonito; le ruego que nos lo predique una vez más, que es muy bonito». Y le obligó a que predicara el día siguiente la misma pieza, y así ocho o diez veces a continuación, de forma que todo el mundo decía: «Ese es el padre de un solo sermón; el padre del sermón».

Padre Vicente: Bien, muy bien; esto nos enseña perfectamente cuánto aprecian esos padres la sencillez, y cómo conviene que hagamos nosotros lo mismo, conservando nuestro método en la sencillez, y no como yo hago, gritando fuerte, dando golpes con las manos, elevando las manos sobre el púlpito. Esos padres predicán con tanta moderación, que no osarían hacer otra cosa y ellos se contendrían. Pero acude a ellos toda Roma, y con mucha devoción. Esa es la mejor manera de actuar, con sencillez, con familiaridad, sin exaltarse como yo lo hago, miserable de mí.

El segundo ejemplo que nos enseña el interés con que hemos de observar nuestro método es el de los hugonotes; aquel era de un santo, éste de los hugonotes. También Calvino compuso un método de predicar: tomar un libro, como hizo nuestro Señor, leer, explicarlo según el sentido literal y el espiritual, y luego sacar consecuencias morales. Ese es el método de Calvino, que siguieron luego los hugonotes en sus predicaciones; todavía hoy los hugonotes tienen conferencias cada tres meses... No, no es eso... (alguien le sugirió: *consistorios*); tampoco, no son consistorios..., ¡ah, sí! coloquios. Así pues, en sus coloquios, donde se reúnen cada tres meses varios ministros, tratan de la manera de predicar, y los que no lo saben bien procuran aprenderla: unos predicán, y los otros están así (señalando a la derecha)

o así (señalando a la izquierda), al lado del púlpito; y observan si predicar debidamente, según su manera, y se amonestan entre sí; y los que no saben este método, no pueden ocupar ningún cargo. También siguen esta costumbre en el consistorio.

Bien, padres. Si la prudencia humana, ¿qué digo?, si la invención del diablo y la herejía obran con tanta precaución para mantenerse, ¿qué medios no habremos de utilizar nosotros para conservar nuestro santo método, ya que ello, por motivos puramente humanos, se esfuerzan tanto por una cosa vana e inútil? ¡Oh Salvador! Creo, pues, que será conveniente, como ya se ha hecho otras veces, tomar un tema y decir cada uno brevemente sus razones. Habría que tomar alguna nota en ese caso. Hermano, ¿tiene usted por ahí una escribanía?... Vaya a buscar papel; puede encontrar en mi cuarto... Esa puerta está cerrada; vaya por la otra parte.

¿Qué tema vamos a elegir? Hablemos hoy de la humildad; primero dirá cada uno sus motivos, en breves palabras, sin extenderse; basta con un pasaje o una breve razón.

Padre Alméras, ¿qué razón puede usted indicarnos para animarnos a ser humildes?

Después de que el padre Alméras señaló una razón para ser humilde, el padre Vicente le preguntó otra razón al padre más antiguo que le seguía, y a continuación a los demás, según el orden en que estaban sentados. Cada uno señaló una razón o dijo que no se le ocurría nada más que lo ya indicado, y en breves palabras.

Después que los padres antiguos expusieron sus razones, pasó a los actos de humildad, tras haber recordado su definición.

Mientras se proponían diversos actos, él dijo:

Hay que bajar siempre a lo concreto; ya lo habéis visto; es allí donde está el fruto; bajar a los detalles, señalando las circunstancias, el lugar, el tiempo en que hay que practicar este acto o aquel.

El padre Alméras le indicó algo, y el padre Vicente respondió:

Sí, padre; y en eso es en lo que faltamos en la mayor parte de nuestras conferencias, en que decimos bien las cosas generales, pero ahí queda todo; no es bastante; es preciso, en cuanto es posible, especificar y señalar los actos particulares. En esas

conferencias, en que se logran maravillas hay algunos que tienen ese don de Dios de bajar a los detalles cuando hablan; todos se fijan muy bien entonces; y esto, concretado especialmente en tal y tal ocasión, es lo que más aprovecha; ahí está el fruto principal. Si alguno, después de ellos, manifiesta hermosos pensamientos, alega razones poderosas y un montón de textos de los padres y de los concilios, muy bien, pero corre el peligro de borrar todo lo que el otro, al concretar, dejó de bueno en las almas. Y de la misma forma que, cuando uno deja algo impreso sobre una cosa, pero viene otro con una esponja a borrarlo, todo desaparece y ya no puede leerse nada, también el espíritu pierde los buenos sentimientos que tenía y se marchan sus santos pensamientos. El discurso elevado pone otras ideas, que echan fuera a las primeras. Es menester bajar siempre a lo concreto, demostrar detalladamente los actos, y entonces es cuando de ordinario se saca mucho fruto. Entonces el espíritu se propone tal acto para tal ocasión, y esta acción para esta otra; concretando siempre, todo lo que sea posible.

A continuación se pasó a los medios de adquirir la humildad, y tras haber indicado algunos, dijo al final:

Doy gracias a Dios por los pensamientos que os ha dado y por tantas cosas tan hermosas que acabáis de decir. Ya veremos si habrá que continuar. ¡Bendito sea Dios!

60 [137, XI, 297-301]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
24 DE AGOSTO DE 1655

El señor de Flacourt ha traído cuatro jóvenes malgaches a San Lázaro. Reprimenda a un hermano coadjutor.

El padre Vicente recomendó con mucha insistencia que pidieran a Dios por cuatro jóvenes negros que había traído consigo el señor de Flacourt, comerciante de esta ciudad de París,

Conferencia 60. — La primera parte de esta instrucción hasta "*Un hermano coadjutor se acusó*" está sacada del manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 30; la segunda del *Recueil de diverses exhortations*, p. 107.

que acababa de llegar de Madagascar, y a los que había enviado desde Nantes para que se presentasen al padre Vicente, para que quisiera su divina Majestad darles la gracia de ser buenos cristianos y verdaderos católicos, puesto que — decía — , si Dios les daba esa gracia, bastaría con esos cuatro para convertir a todos los de su país y nación. Para ello el padre Vicente recomendó a la compañía que les dieran buen ejemplo y que no los convirtiera en su pasatiempo; que él no sabía a quién podría encomendarle su dirección e instrucción, ya que se necesitaría un ángel para ello, debido a la dificultad que preveía tendrían aquellos jóvenes para entregarse como es debido a la práctica de las virtudes cristianas, según lo que podría observarse por su espíritu; tenía dudas de si los pondría a estudiar o les enseñaría algún oficio; que los padres jesuitas siempre han puesto muchas dificultades para admitir en las órdenes sagradas a las personas de aquellos países de Indias, puesto que han visto que los hombres de aquellos países no están dotados ordinariamente de las cualidades requeridas en un sacerdote, y sólo han admitido a los hijos de un padre o de una madre que fuese europea. Por ejemplo, un portugués que se hubiera casado en las Indias con una indiana, o un indiano casado con una mujer portuguesa: los hijos nacidos de esos matrimonios han sido admitidos y algunas veces incluso titulados y recibidos entre ellos.

Nota: El mayor de los jóvenes negros, que no sabía la edad que tenía, parecía tener unos quince o dieciséis años: todavía no está bautizado. Los otros tres, que son más pequeños, fueron bautizados en su país por el difunto padre Nacquart, sacerdote de la Misión, que fue el primero de la compañía que marchó a las Indias, acompañado del difunto padre Gondreé, también sacerdote de nuestra compañía.

Un hermano coadjutor ¹ se acusó públicamente de una falta, y el padre Vicente le dijo:

Hermano mío, ciertamente es una falta de importancia, una falta grande que no sé que se cometa ni siquiera entre las pobres gentes del mundo: ¡desgarrar un hábito! ¡desgarrar un re-

¹ En las comunidades, los hermanos coadjutores forman una categoría distinta de la de los sacerdotes y estudiantes, a ellos se les confían los trabajos manuales: limpieza, cocina, carpintería, zapatería, etc.

galo que le han hecho! Debería usted haberse alegrado de que no era como a usted le gustaba. ¡Pero romperlo en pedazos! ¡Oh Salvador! ¡Hermano mío! ¡Qué falta tan grande! Humíllese mucho por ella. ¿Se ha visto alguna vez que un campesino, un aldeano, haya roto el traje que le daban, por pobre que haya sido? Y usted, hermano, ha roto un hábito que le han dado; quizás usted lo necesitaba, pero en vez de utilizarlo, fuera como fuera, y de aceptarlo con todo el corazón, lo ha destrozado. ¡Pobre hermano mío! Es una gran falta, por la que tiene que humillarse mucho.

¿Pero no provendrá esta falta de otra mucho más grave todavía, que cometió usted el día antes? Hermano mío, ¿la diré? ¡Oh Salvador!, ¿la diré? ¿Podré decirle sin enrojecer? Hermano mío, yo soy tan culpable como usted, por no haberle dado buenas instrucciones. ¿Podré decirle? Tendré yo también que sentir esa confusión lo mismo que usted, porque también soy culpable de ella. Hermano, anteayer bebió usted excesivamente, hasta darlo a conocer, por no poderlo disimular. ¡Oh Salvador! ¡Tomar demasiado vino, sin poderlo disimular! ¡realizar las acciones de un borracho! ¡Miserable de mí! Soy yo la causa de ese desorden; eso no habría ocurrido sin los pecados de este miserable. Hermano mío, ¡llenémonos los dos de confusión! Después, de eso, se echó usted a dormir en la cocina ante nuestros hermanos; ¡qué ejemplo para los nuevos! ¿Qué dirán de usted? ¿qué dirán de mí, por tener tales individuos en la Misión? ¿Así es como se vive aquí? ¿Se toleran y permiten estos vicios? ¡Oh Salvador! ¡Qué escándalo para los recién venidos! ¡Qué escándalo! Hermanos, rezad por nosotros; tened compasión de nuestro hermano y pedid fuerzas a Dios para soportarnos. Es hermano nuestro; tengamos piedad de su miseria, por amor de Dios. ¡Pobre hermano mío! Seguramente esto viene de lejos; es imposible caer de golpe en estas faltas tan graves, que son el castigo de otras faltas anteriores. Hermano mío, ahora se siente usted, gracias a Dios, muy humillado; seguramente es que se ha relajado usted y es infiel a Dios. ¿Qué vamos a hacer ahora, hermano mío? Tiene usted defectos y pasiones y se ha dejado llevar de ellos a pesar de todas estas humillaciones, plegarias, recomendaciones y resoluciones que ha hecho. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué ha pasado con ese espíritu de humildad? ¡Dónde han

ido a parar todas las recomendaciones? ¿Qué ha pasado ellas? ¿Dónde están ahora todos esos propósitos? ¿Dónde están, hermano mío? ¿Dónde están esas resoluciones que usted tomó de servir a Dios? ¿Qué ha ocurrido con todo ello? ¡Pobre hermano mío! ¿Y qué pasará con esta humillación de ahora? ¿En qué acabará esta confusión que estamos bebiéndonos? ¿Cambiará usted con esto? Así lo hemos de esperar, puesto que Dios le ha dado la gracia de humillarse. Acepte con gusto esta confusión delante de todos y acéptela como satisfacción. Rezaremos a Dios por usted y esperemos que él nos conceda, si usted quiere, la gracia de portarse mejor en el futuro.

61 [138,XI, 301-304]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
25 DE AGOSTO DE 1655

En la oración conviene atender detalladamente a nuestros defectos. Elogio de la virtud de san Luis. Graves peligros que amenazan a Polonia.

El padre Vicente alabó a un sacerdote y a dos clérigos seminaristas por haber bajado a concretar sus defectos, en su oración, y le pidió al padre Delespiney, director del seminario, que los mantuviese siempre en esa práctica, ya que de esta forma, según dijo, es como debe hacerse la oración, mientras que obrar de otro modo no es una verdadera oración. ¿No es admirable eso que acabamos de oír de aquel gran santo rey de Francia, san Luis, de quien refiere el autor de esta meditación que tenía sujetas a sus pies todas sus pasiones, para hacerlas sumisas y obedientes a la razón? Por eso san Luis ha sido el rey más generoso que hemos tenido en Francia, tal como lo demostró dejando su reino para ir a conquistar la Tierra santa, reduciendo a la razón al conde de la Marca. Este conde no quiso rendir a san Luis la obediencia que le debía y ensoberbeció su corazón, al verse asistido por el rey de Inglaterra, cuñado suyo, que le protegía; san Luis peleó contra él y le obligó a entrar en ra-

Conferencia 61. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 30 v^o.

zón, junto con el rey de Inglaterra; ciertamente los metió en razón a los dos.

¿Y qué es lo que no hizo este gran santo y generoso rey de la guerra contra los albigenses? Se había sublevado el conde de Tolosa y las regiones de Languedoc, Gascuña, gran parte de la Guyena y la Provenza, con ocasión de una herejía que se había desparramado en poco tiempo por todas esas provincias. San Luis envió allá predicadores; acudió santo Domingo y esos doctores que sabéis y de los que se decía en la meditación que consiguieron frutos maravillosos, y luego fue él mismo con su ejército para someter a todas esas provincias que se habían rebelado; todo ello con una decisión y una generosidad admirable. Metió en vereda al conde y a todos sus aliados, le obligó a entrar en razón y cumplir con su deber, a pesar de todas las grandes fuerzas que tenía.

Pues bien, hermanos míos, todo esto nos hace ver cómo la humildad no está en contra de la generosidad y que es una locura y un error defender lo contrario: que un hombre, por ser humilde, no tiene ya que ser generoso; es una equivocación de algunos, pues vemos cómo san Luis fue al mismo tiempo muy humilde y muy generoso. Hace algún tiempo tuve el honor de encontrarme con un señor distinguido y hablando de las leyes del Estado y cómo procedían del tiempo de san Luis, me dijo: «Padre, ¿cree usted que fue generoso san Luis al dejar y abandonar su reino para ir a una tierra extraña, donde sabe usted lo que pasó? — «Desde luego, señor; ¿es que san Luis hizo ver su generosidad solamente fuera de su reino? ¿No venció a los albigenses? ¿Y no demostró también mucha valentía al reducir al conde de la Marca, hermano del rey de Inglaterra, a su deber y obligación, así como al conde de Tolosa?». — «Desde luego, padre, me dijo; tiene usted razón».

Bien, ¡bendito sea Dios! En los archivos del Hôtel-Dieu de París, adonde este buen rey iba dos o tres veces por semana a servir a los pobres, lo mismo que sabéis hacen actualmente las damas de la Caridad, consta que este santo rey tenía la costumbre de pedir que le indicasen cuáles eran los que tenían enfermedades peores y más repugnantes. Un día, al enseñarle a uno cuyo mal exhalaba tan mal olor que casi no podía él soportarse a sí mismo, nos dice la historia que san Luis dejó su man- to y

se acercó a aquel pobre para asistirlo, a pesar de que aquel enfermo rogaba y conjuraba al rey que no se le acercase, debido al hedor insoponible de su cuerpo, ya que él mismo no podía resistirlo; los que formaban el séquito de su majestad no pudieron acercarse, y todos se tapaban la nariz o se retiraban de aquel lugar; y el rey respondió a aquel pobre hombre: «Bien, amigo mío, espero que nuestro Señor cambiará toda esa pestilencia en olores tan buenos, que dará gusto servirle». Realmente, padres, ¿no les parece esto muy hermoso? Pidamos a Dios, hermanos míos, que nos haga participar del espíritu de san Luis, ese gran rey que amaba tanto a los pobres y que tenía un espíritu tan mortificado. ¡Bendito sea Dios!

Supe ayer que Polonia se encuentra en muy grave peligro, debido a todos los enemigos que pelean contra ella. Resulta que el rey de Suecia ha atacado a ese reino por aquella parte, que se ha rebelado el palatino de Poznan y se ha juntado con el rey de Suecia, y que otro príncipe palatino ha hecho lo mismo. El: señor Léveque, un seglar agente de los asuntos de Polonia, que vino ayer a verme, me ha dado estas noticias; así que ya veis el estado tan lamentable a que se ha visto reducido ese pobre reino y cuánta necesidad tenemos de interesarnos delante de Dios para pedirle que quiera su divina Majestad proteger al rey, a la reina y a su reino. ¡Un rey tan bueno y una reina tan buena y tan piadosa! Pero Dios los prueba y se encuentran en la situación que acabo de indicaros: los moscovitas por un lado, los cosacos por otro; y todos ellos griegos, luteranos y cismáticos. Ved a qué quedará reducido ese pobre reino, si Dios no pone la mano. Me han dicho que en algunas ciudades que tomaron al principio, han obligado incluso a los religiosos y religiosas a abrazar su religión, a observar sus ceremonias, a que vuelvan a bautizarse. Por eso pido a la compañía que se interese por ese pobre reino, tanto más cuanto que se trata de la gloria de Dios y de la religión católica, que probablemente sería abolida; por el rey, que ha tenido con nosotros tanta consideración y estaba a punto de hacer una nueva fundación de la compañía en Varsovia. Realmente, padres, cuando me han dado estas noticias, he quedado tan afligido que no sé si alguna vez he sentido tanto alguna cosa; y en este mismo momento, siento una especie de dolor muy sensible, etc.

62 [139, XI, 304-305]

EXTRACTO DE UNA CONFERENCIA (AÑO 1655) ¹

SOBRE FRANCISCO LE BLANC, MISIONERO EN ESCOCIA

El padre Vicente da gracias a Dios por la liberación de este misionero.

Demos gracias a Dios por haber liberado de este modo al inocente, y porque entre nosotros haya habido una persona que ha sufrido todo esto por amor a su Salvador. Este buen sacerdote no ha dejado, por miedo a la muerte, de regresar a las montañas de Escocia y de seguir trabajando allí como antes. ¡Cuántos motivos tenemos para dar gracias a nuestro Señor por haber dado a esta compañía el espíritu del martirio, esta luz y esta gracia que le hace ver como algo grande, luminoso, esplendoroso y divino el morir por el prójimo, a imitación de nuestro Señor! Demos gracias a Dios por todo ello y pidámosle que nos dé a cada uno de nosotros esa misma gracia de sufrir y dar la vida por la salvación de las almas.

63 [140, XI, 305-308]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
12 DE SEPTIEMBRE DE 1655

NOTICIAS DE LAS MISIONES DE POLONIA Y DE BERBERIA

El padre Vicente pide oraciones por Polonia. Alaba a los misioneros que trabajan en Berbería.

Hablando sobre las desgracias y las guerras de Polonia, el padre Vicente dijo que el cuerpo de la compañía padecía en alguno de sus miembros, aludiendo a los misioneros de Polonia,

Conferencia 62. — L. ABELLY, *o. c.*, l. II, cap. 1, sec. 11, p. 211.
1 Año en que el Padre Francisco Le Blanc recobró la libertad.

Conferencia 63. — Manuscrit des répétitions d'oraison. nº 32.

de los que creía que habían recibido órdenes de salir de Varsovia para evitar la furia del ejército sueco, que había tomado a Poznan y había matado al vicario del obispo y a otros varios sacerdotes; Dios tiene sus razones por las que permite que las cosas vayan así y, si nos diera a conocer el motivo de su actuación, diríamos que hace bien y que tiene razón al obrar así. Una de las primeras cosas que Dios hará ver a los hombres cuando lleguen al cielo, cuando su divina Majestad les conceda esa gracia será descubrirles las razones de por qué actuó así en la tierra porque, fijaos, Dios hace todas las cosas por un buen fin y con toda justicia; por eso hemos de conformarnos totalmente con sus deseos y adorar su conducta siempre admirable, aunque muchas veces desconcertante para los hombres, y que sólo la comprenderán en el cielo.

Hay además otro motivo de sufrimiento, aunque por algo diferente. El padre Le Vacher, de Túnez, me dice que el bey, que es el monarca de aquel país, le mandó decir que se había enterado de que disuadía con unas mañas maravillosas a los cristianos que querían hacerse turcos, para que no lo hicieran, y que por eso se marchara de aquella ciudad. El padre Le Vacher obedeció y se marchó a Bizerta, acompañado de un guardia y de su intérprete; al llegar allí, se encontró con dos barcos de pobres cristianos, a quienes exhortó a confesarse, y para ello obtuvo del comandante que les quitase las cadenas, y así se lo concedió.

Entonces el padre Vicente, lanzando una exclamación, dijo:

¿Quién sabe, pues, si no habrá sido un designio de Dios permitir que le haya ocurrido esta desgracia al buen padre Le Vacher para que pudiera asistir y ayudar a esos pobres cristianos a ponerse en buen estado?

Después, dijo, el señor Husson, que es el cónsul, fue a ver al bey para rogarle que permitiese volver al padre Le Vacher, indicándole que sólo se ocupaba de los pobres cristianos, sin mezclarse para nada en la religión de los turcos, etc.; así se lo concedió, enviando órdenes al gobernador de Bizerta para que no dejase embarcar para Francia al padre Le Vacher, si así lo intentaba, sino que le dejara volver a Túnez dentro de un mes, como si no hubiera pasado nada y evitando que se hablara de ello: es que el bey temía que le tachasen de hombre ligero por haber desterrado a un hombre por una cosa así y que, si él se

pasaba a la cristiandad, haría maltratar a los turcos que estuvieran allí detenidos.

Estas fueron las razones que dicen que tuvo para permitir volver a Túnez al padre Le Vacher. Pues bien, os diré que dicho padre, mientras estaba en Bizerta, me escribió diciendo que esperaba mis órdenes para volver a Francia o para ir a Argel. Un corazón cobarde y amigo de su comodidad habría encontrado en ello una ocasión para volverse a Francia; pero él está dispuesto a irse a Argel, donde todavía hay más trabajo que en Túnez. Así es, padres, como están hechos los verdaderos siervos de Dios, animados de su espíritu.

Realmente si, por un lado, Dios permite que uno se aparte de su vocación ¹, por otro lado hay motivos de consuelo al ver tan buenos sujetos en la compañía.

El padre Le Vacher, de Argel, su hermano, ¿qué es lo que hace? Un hombre que es todo fuego, que se expone hasta el punto de que, si se hubiera sabido lo que hizo, habría perdido cien vidas que hubiera tenido. Es realmente como el fuego. Por ejemplo, lo que realizó con un religioso que se había hecho turco, hasta conseguir que renunciara a esa maldita ley. Si lo hubieran sabido, seguramente lo hubieran quemado vivo. Eso es lo que hacen en aquel país. En fin, es un hombre que trabaja continuamente. Os diré también que la Pascua pasada, al ver que sólo tenía ocho días para asistir a aquella pobre gente y que no podría hacer muchas cosas en tan poco tiempo, a no ser trabajando de una manera extraordinaria, se encerró con ellos en sus baños y pasó aquellos ocho días trabajando de día y de noche, descansando sólo un poco, y exponiendo así su vida por asistir a su prójimo.

¿No es hermoso todo esto? ¿Qué os parece? ¿No tenemos motivos para bendecir a Dios por haber dado a la compañía hombres como estos, que son sus fieles servidores? Le pido a Dios con todo mi corazón que dé a la compañía el espíritu de sufrimiento, para que se alegre de padecer por amor a nuestro Señor. Pidámoselo a Dios, padres. Y vosotros, queridos hermanos

¹ *Al margen:* Hacía 8 ó 10 días que había salido de la compañía el padre Vageot.

míos, pedid a su divina Majestad que conceda a la compañía este mismo espíritu.

64 [141, XI, 308-312]

EXTRACTO DE UNA CONFERENCIA

[SEPTIEMBRE DE 1655].¹

SOBRE LOS SACERDOTES

La depravación del clero es causa de la ruina de la iglesia. Los sacerdotes tienen que convertirse. Misión de la compañía en esta tarea.

¡Bendito seas, Señor, por las cosas buenas que se acaban de decir y que tú has inspirado a los que hablaban! Pero todo esto Salvador mío no servirá de nada, si tú no pones en ello tu mano; es menester que tu gracia lleve a cabo todo lo que se ha dicho, y que nos dé ese espíritu sin el que nada podemos. ¿Qué vamos a hacer nosotros, pobres miserables? ¡Señor, danos este espíritu de tu sacerdocio, que tenían los apóstoles y los primeros sacerdotes que les sucedieron! ¡Danos el verdadero espíritu de este sagrado carácter que pusiste en unos pobres pescadores, en unos trabajadores y hombres sencillos de aquel tiempo, a los que, por tu gracia, comunicaste este grande y divino espíritu! Porque, Señor, nosotros no somos más que unos pobres hombres, trabajadores y aldeanos, sin proporción alguna con esa misión tan santa, tan eminente y celestial. ¡Oh padres y hermanos míos, cuánto hemos de rezar a Dios por esto, y cuántos esfuerzos hemos de realizar por esta necesidad tan grande de la Iglesia, que se está arruinando en muchos lugares por la mala vida de los sacerdotes! Porque son ellos los que la pierden y la arruinan; es demasiado cierto que la depravación del estado eclesiástico es la causa principal de la ruina de la Iglesia de Dios. Hace pocos días estuve en una reunión, donde había siete prelados, que, al refle-

Conferencia 64. — L. ABELLY, *o.c.*, l. II, cap. 2, sec. 4, p. 223.

¹ El pasaje relativo a la invasión de Polonia por el rey de Suecia supone esta fecha.

xionar sobre los desórdenes que se ven en la Iglesia, decían públicamente que la causa principal de los mismos eran los eclesiásticos.

Sí, son los sacerdotes; nosotros somos la causa de esa desolación que arruina a la Iglesia, de ese deplorable retroceso que ha sufrido en muchos lugares, habiéndose quedado casi totalmente asolada en Asia y en Africa, e incluso en gran parte de Europa, como Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Holanda y otras Provincias Unidas, y en gran parte de Alemania. ¡Cuántos herejes vemos en Francia! Y Polonia, muy infectada ya anteriormente por la herejía, pero ahora en inminente peligro de perderse totalmente para la religión, tras la invasión del rey de Suecia.

¿No creéis, padres y hermanos míos, que Dios quiere trasladar su iglesia a otros países? Si; si no cambiamos, hemos de temer que Dios nos lo quite todo, sobre todo cuando vemos a esos enemigos tan poderosos de la iglesia combatir con mano fuerte. A ese terrible rey de Suecia, que en menos de cuatro meses ha ocupado gran parte de ese gran reino, mucho es de temer que lo haya suscitado Dios para castigar nuestros desórdenes. Son los mismos enemigos de quienes Dios se ha servido otras veces para lo mismo; de allí salieron los godos, visigodos y vándalos, de los que Dios se sirvió hace doce siglos para afligir a su Iglesia. Todo esto, por muy extraño que sea, tiene que ponernos en guardia. ¡Un reino de tanta extensión, invadido en un momento, en menos de cuatro meses! ¡Señor, quién sabe si tan tremendo conquistador se quedará allí! ¡Quién sabe! En fin, *ab aquilone pandetur omne malum!* ²; de allí salieron los males que sufrieron nuestros antepasados, y por ese lado es por donde hemos de temer nosotros.

Pensemos, pues, en la enmienda del estado eclesiástico, ya que los malos sacerdotes son la causa de todas esas desdichas, y son ellos quienes las atraen sobre la Iglesia. Aquellos buenos prelados lo reconocieron así por propia experiencia y lo confesaron delante de Dios. Nosotros hemos de decir: «Sí, Señor, nosotros hemos provocado tu cólera; nuestros pecados son los que han

2 Jer 1,14.

atraído esas calamidades; sí, los clérigos y los que aspiran al estado eclesiástico, los subdiáconos, los diáconos, los sacerdotes, nosotros que somos sacerdotes, somos los que hemos causado esta desolación en la Iglesia. ¿Y qué podemos hacer ahora, Señor, sino afligirnos en tu presencia y proponernos cambiar de vida? Sí, Salvador mío, queremos contribuir en todo lo que podamos a satisfacer por nuestras culpas pasadas y a mejorar el estado eclesiástico; para eso nos hemos reunido aquí y pedimos tu gracia».

¡Ay, padres! ¿qué podemos hacer? Dios nos ha confiado a nosotros esta gracia tan grande de contribuir a la restauración del estado eclesiástico. Dios no se ha dirigido para esto a los doctores ni a tantas comunidades llenas de ciencia y santidad, sino que se ha dirigido a una miserable, ruin y humilde compañía, la última y la más indigna de todas. ¿Qué es lo que Dios ha visto en nosotros para tan gran tarea? ¿Dónde están nuestros títulos? ¿Dónde las acciones ilustres y brillantes que hemos hecho? ¿Dónde esa capacidad? No hay nada de todo eso; ha sido a unos pobres idiotas a los que Dios, por pura voluntad suya, se ha dirigido para intentar una vez más reparar las brechas del reino de su Hijo y del estado eclesiástico. Padres, conservemos bien esta gracia que Dios nos ha hecho, por encima de tantas personas doctas y santas que la merecían mejor que nosotros; pues, si llegamos a hacerla inútil con nuestra negligencia, Dios nos la retirará para dársela a otros y castigarnos por nuestra infidelidad.

¡Ay! ¿Quién de nosotros será la causa de tan gran desdicha y privará a la Iglesia de tanto bien? ¿No seré yo, miserable? Que cada uno de nosotros ponga la mano en su conciencia y diga dentro de sí: «¿No seré yo ese desgraciado?». ¡Ay! ¡Basta con un solo miserable, como yo, para apartar con sus abominaciones los favores del cielo a toda una casa y hacer caer sobre ella la maldición de Dios! ¡Oh Señor, que me ves totalmente cubierto y lleno de pecados, que me llenan de confusión, no prives por ello de tus gracias a esta pequeña compañía! Haz que siga sirviéndote con humildad y fidelidad y que coopere en los designios que tú parece tener, de realizar por su ministerio un último esfuerzo por contribuir a restablecer el honor de tu Iglesia.

¿Y cuáles son los medios para ello? ¿Qué hemos de hacer por el buen resultado de esta próxima ordenación? Hay que rezar mucho, dada nuestra insuficiencia; ofrecer para ello durante este tiempo nuestras comuniones, mortificaciones y todas nuestras oraciones y plegarias, orientándolo todo a la edificación de los señores ordenandos, con los que hemos de tener además toda clase de respeto y cortesía, sin hacernos los entendidos, sino sirviéndoles con cordialidad y humildad. Esas deben ser las armas de los misioneros; por ese medio alcanzaremos nuestro mayor éxito: por la humildad que nos hace desear la confusión de nosotros mismos. Pues creedme, padres y hermanos míos, es una máxima infalible de Jesucristo, que muchas veces os he recordado de parte suya, que cuando un corazón se vacía de sí mismo, Dios lo llena; Dios es el que entonces mora y actúa en él; y el deseo de la confusión es el que nos vacía de nosotros mismos; es la humildad, la santa humildad; entonces no seremos nosotros. los que obraremos, sino Dios en nosotros, y todo irá bien.

Los que trabajáis directamente en esta obra, los que habéis de poseer el espíritu sacerdotal e inspirarlo a quienes no lo tienen, vosotros a quienes ha confiado Dios esas almas para que las dispongáis a recibir ese espíritu santo y santificador, no miréis más que a la gloria de Dios, tened con él sencillez de corazón y sed respetuosos con esos señores. Sabed que es así como podréis aprovechar; todo lo demás os servirá de poco. Solamente la humildad y la pura intención de agradar a Dios es lo que ha hecho prosperar a esta obra hasta el presente.

Os pido también que cuidéis las ceremonias y que la compañía evite las faltas que ordinariamente se hacen. Es verdad que las ceremonias no son más que la sombra, pero la sombra de otras cosas mayores que requieren que las hagamos con toda la atención posible y que observemos un religioso silencio y una gran modestia y gravedad. ¿Cómo queréis que las hagan bien esos señores, si no las hacemos bien nosotros? Que se cante con pausa y moderación, que se note en la salmodia un aire de devoción. ¡Ay! ¿qué le diremos a Dios cuando nos pida cuentas de estas cosas, si las hemos hecho mal?

SOBRE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

Razones para entregarse a Dios para hacer su voluntad. Naturaleza y actos de esta práctica. Medios para observarla.

Había tres puntos: en el primero, las razones que tenemos para entregarnos a Dios para hacer siempre y en todas las cosas su santa voluntad; en el segundo, en qué consiste esto, y los actos; y en el tercer punto, los medios para adquirir esta práctica de cumplir siempre y en todas las cosas la voluntad de Dios.

Después de anunciar de esta forma el tema de la conferencia, dijo el padre Vicente a la compañía:

Empezaré hablando yo primero, y luego algunos otros de la compañía. Las razones que tenemos para entregarnos a Dios y adquirir esta santa práctica de cumplir la voluntad de Dios siempre y en todas las cosas son las siguientes: la primera se saca del *Padre nuestro*, que todos los días repetimos y que nos enseñó nuestro Señor: *Fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra*¹; se haga tu voluntad en la tierra lo mismo que se hace en el cielo. Nuestro Señor quiere que, lo mismo que los ángeles y los bienaventurados del cielo cumplen incesantemente su santa y adorable voluntad, también lo hagamos nosotros aquí en la tierra de forma semejante y que lo hagamos con la mayor perfección que nos sea posible, etc.

La segunda razón es que nuestro Señor nos ha dado ejemplo de ello, pues no vino a la tierra más que para esto, para hacer la voluntad de Dios su Padre, llevando a cabo la obra de nuestra redención; en esto consistían sus delicias, en hacer la voluntad de Dios su Padre, etc.

¿En qué consiste cumplir la voluntad de Dios? Os diré que hemos de considerar la voluntad de Dios, bien respecto a las co-

Conferencia 65. — Manuscrit des répétitions d'oraison, nº 33

¹ Mt 6,10.

sas que nos manda o nos prohíbe, o bien respecto a las que no están mandadas ni prohibidas, y que son indiferentes, o aconsejadas, o necesarias.

En relación con la voluntad de Dios que nos manda una cosa, se nos manifiesta en su ley, en sus mandamientos y en los de su iglesia, y en lo que se nos prohíbe en dichos mandamientos; pues hay preceptos que mandan hacer una cosa, y otros que nos prohíben hacer otra; y en ambos casos se cumple la voluntad de Dios cuando se hace lo que él ordena, o no se hace lo que él prohíbe. Además, Dios quiere, y tal es su voluntad, que se obedezca a los prelados de la Iglesia, a los reyes, magistrados, cuando ellos nos ordenan o prohíben alguna cosa, a las disposiciones del reino donde uno está, al padre, a la madre, a los parientes y a los superiores; haciendo esto se hace la voluntad de Dios.

En cuanto a las acciones indiferentes que no están ni mandadas ni prohibidas, éstas o son agradables o desagradables, o bien no tienen nada de agradable ni de desagradable. Si son agradables, como comer y beber, y se trata de cosas necesarias, Dios desea que las hagamos por amor a él y porque él lo quiere así prescindiendo del placer que allí siente la naturaleza. Si no son necesarias, Dios desea que nos privemos de ellas y nos mortifiquemos; si son desagradables y mortificantes a la naturaleza, que las abracemos. «Quien quiera venir detrás de mí, dice nuestro Señor, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga» ², Si no tienen nada de agradable ni de desagradable, como estar de pie, ir por este camino o por otro, la voluntad de Dios es que las hagamos por amor a él. San Pablo dice: *Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite* ³; tanto si coméis, como si bebéis, o hacéis alguna cosa, hacedlo todo para la mayor gloria de Dios. De forma que, si queremos, podemos hacer siempre la voluntad de Dios. ¡Qué dicha, padres, hacer siempre y en todas las cosas la voluntad de Dios! ¿No es esto hacer lo que el Hijo de Dios vino a hacer en la tierra, como ya hemos dicho? El Hijo de Dios vino a evangelizar a los pobres ⁴; y nosotros, padres, ¿no hemos sido enviados a lo mis-

2 Mt 16,24

3 1 Cor 10,34.

4 Lc 4,18.

mo? Sí, los misioneros han sido enviados a evangelizar a los pobres. ¡Qué dicha hacer en la tierra lo mismo que hizo nuestro Señor, que es enseñar el camino del cielo a los pobres!

Los medios para esto consisten en tener cuidado de enderezar la intención al comienzo de cada acto que hagamos, diciéndole a Dios: «Dios mío; esto lo voy a hacer por tu amor; por tu amor voy a dejar esta cosa para hacer esta otra». Porque fijaos, padres y hermanos míos, la buena intención que formamos al comienzo de nuestras acciones es como la forma. *Verbi gratia*, lo mismo que para el bautismo no basta con echar agua al niño — que es sólo la materia — para que quede bautizado, sino que se necesita además la intención y las palabras, que son la forma; de otra manera el niño quedaría sin bautizar, del mismo modo la buena intención que formamos al comienzo de nuestras acciones, que tienen que ser hacerlas por amor a él, las eleva hasta el trono de la Majestad de Dios y las hace merecedoras de la vida eterna. Pidámosle a Dios que nos conceda esta gracia de hacer siempre y en todas las cosas su santa y adorable voluntad y de adquirir esta práctica. ¡Quiera Dios concedernos esta gracia!

66 [143, XI, 316-320]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL 17 DE OCTUBRE DE 1655

No hay que sacrificar al trabajo los ejercicios de piedad. La perfección consiste en la conformidad con la voluntad de Dios. La práctica de esta conformidad vale más que la práctica de la presencia de Dios.

El padre Vicente, interviniendo en la repetición de la oración de Un hermano coadjutor que, poniéndose de rodillas, pidió perdón a Dios y a la compañía por el escándalo que decía haber dado a la misma compañía por haber dejado de asistir a los ejercicios de la comunidad, como la oración de la mañana, los exámenes, etc., con el pretexto de tener que trabajar, le dijo:

Hermano, en adelante no deje usted de asistir a los ejercicios de la comunidad, y esté seguro de que no perderá nada con ello,

Conferencia 66. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 34.

y que Dios suplirá el tiempo que haya usted empleado en servirle y haya permanecido en este lugar. ¿No se acuerda de lo que se dice que le pasó a san Isidro, que era labrador? Era un criado, que labraba la tierra y que, cuando iba al campo por la mañana para labrar las tierras de su amo, dejaba su arado y se iba a oír la santa misa, cuando oía que tocaban las campanas. Y lo que nuestro Señor hizo en favor de su siervo fue que, cuando su amo se puso a gritarle de que abandonaba de esta forma sus mulas y su arado en el campo y se iba a oír la santa misa, entonces el buen san Isidro le dijo: «Es verdad, amo, pero le ruego que se fije cómo al cabo del año he hecho tanto trabajo como los demás labradores, mis vecinos; tengo la misma tierra que labrar que ellos, trabajo sus tierras tanto como lo hacen ellos las suyas, usted no tiene más caballos que ellos y, a pesar de todo, realizo la misma obra que ellos». Y como aquel dueño estuviera cavilando cómo efectivamente podía hacer toda aquella faena con tanta prontitud, Dios le dio a conocer cómo él se cuidaba de que se hiciera el trabajo de su siervo mientras que él oía misa, y cómo le resultaba muy agradable aquella obra de oír la santa misa todos los días.

La perfección no consiste en éxtasis, sino en cumplir bien la voluntad de Dios. ¿Qué es la perfección? Me parece que quiere decir una cosa a la que no le falta nada; pues bien, ¿qué hombre tiene la perfección hasta el punto de que no le falte nada, si ningún hombre es perfecto y hasta el justo peca siete veces al día? ¹ Podemos figurarnos dos clases de perfecciones; una más perfecta y en el último grado de perfección, y la otra menos perfecta. Por ejemplo, cuando vemos a un hombre bien proporcionado en todos sus miembros, con un rostro hermoso y bien formado, decimos: he aquí un rostro y un cuerpo hermoso, he aquí un hombre al que nada le falta, he aquí un cuerpo perfecto. Por otra parte, vemos a otros a los que les falta mucho de todo esto, a unos más y a otros menos, pero todos muy distantes de la perfección del primero. Pues bien, eso mismo digo de la perfección de los hombres de aquí abajo en la tierra. El Hijo de Dios hecho hombre tenía la perfección primera de la que acabo de hablar; no le faltaba nada; era perfectísimo en todo. En

1 Prov 24,16.

la segunda están los hombres, que son imperfectos en muchas cosas, ya que solamente el Hijo de Dios y la santísima Virgen, su madre, han llegado a ese primer grado de perfección que acabo de mencionar.

Del religioso se dice que está en estado de perfección, no que sea perfecto; pues hay que establecer una diferencia entre estado de perfección y ser perfecto; como acabo de decir, aunque el religioso haya hecho lo que dijo nuestro Señor, esto es, vender todos los bienes y dárselos a los pobres ², no por eso es perfecto, aunque esté en un estado de perfección.

Pues bien, ¿quién será el más perfecto de entre los hombres? Será aquel cuya voluntad sea más conforme con la de Dios, de forma que la perfección consiste en unir nuestra voluntad con la de Dios hasta tal punto que la suya y la nuestra no sean, propiamente hablando, más que un mismo querer y no querer; el que más sobresalga en este punto, será el más perfecto. Pues ¿qué es lo que le dijo nuestro Señor a aquel hombre del evangelio, al que quería enseñar el medio de llegar a la perfección? «Sí quieres venir detrás de mí, le dijo, renuncia a ti mismo, toma tu cruz y sígueme» ³.

Pues bien, ¿quién renuncia más a sí mismo que el que no hace nunca su voluntad, sino que hace siempre la de Dios? ¿Y quién es el que se mortifica más? Y si, por otra parte, se dice en la sagrada escritura que el que se une a Dios se hace un solo espíritu ⁴. Os pregunto: ¿quién es el que se une más a Dios que el que no hace nunca más que la voluntad del mismo Dios, y nunca la suya propia, y no quiere ni desea otra cosa más que lo que Dios quiere o no quiere? Decidme, por favor, padres y hermanos míos, si sabéis de alguien que se adhiera más a Dios y, por tanto, esté más unido a Dios que éste.

Pues si es verdad que nadie renuncia tanto a sí mismo ni sigue tan perfectamente a nuestro Señor como el que conforma por completo su voluntad con la de Dios, ni se une tan perfectamente al mismo Dios como el que no quiere más que lo que él quiere o no quiere, hay que concluir necesariamente que ningún hombre está tan perfectamente unido a Dios, formando un

² Cfr. Mt 19,21.

³ Mt 16,24.

⁴ 1 Cor 6,17.

solo espíritu con él, como el que hace lo que acabo de decir. ¡Oh, padres y hermanos míos, si consideramos bien todo esto, veremos aquí un medio de adquirir en esta vida un gran tesoro de gracias!

La práctica de la presencia de Dios es muy buena, pero me parece que adquirir la práctica de cumplir la voluntad de Dios en todas nuestras acciones es todavía mejor; pues esta abraza a la otra. Por otra parte, el que se mantiene en la práctica de la presencia de Dios puede a veces no cumplir con ello la voluntad de Dios. Además, decidme, por favor, ¿no es estar en la presencia de Dios cumplir su voluntad y procurar enderezar nuestras intenciones para ello al comienzo de cada acción y renovarla durante la misma? ¿Quién se mantiene más en la presencia de Dios, sino aquel que, desde la mañana a la tarde, hace todo lo que hace por agradarle y por su amor? ¿No es acaso un ejercicio continuo de la presencia de Dios el cumplimiento fiel de su santa voluntad? Venir a la oración, es hacer la voluntad de Dios y obedecer la regla que lo ordena; ir al examen, es cumplir la voluntad de Dios; hasta el comer y el cenar y el dormir en el tiempo que la regla lo manda, todo esto es cumplir la voluntad de Dios.

Y dirigiendo la palabra a los hermanos, dijo:

Sí, hermanos míos, podéis ser tan agradables a Dios trabajando en vuestras tareas de cocina o de despensa como nosotros los sacerdotes predicando y enseñando el catecismo; vosotros hacéis lo que hizo nuestro Señor durante treinta años y nosotros hacemos lo que hizo durante tres años solamente. ¡Quiera Dios darnos la gracia de adquirir esta santa práctica!

67 [163, XI, 389-392]

EXTRACTO DE UNA CONFERENCIA

RELATO DEL MARTIRIO DE PEDRO BORGUNY
EN ARGEL, 1654-1655

Coraje y fe de este joven, que prefirió la muerte antes que abrazar el Islam.

Conferencia 67. — L. ABELLY, *o.c.*, l. II, cap. 1, sec. 7, art. 5, p. 111 s.

No puedo menos de expresar los sentimientos que Dios me da ante este joven del que os he hablado, y al que han matado en la ciudad de Argel ¹. Se llamaba Pedro Borguny, natural de la isla de Mallorca, de veintiuno o veintidós años solamente. El dueño, del que era esclavo, pensaba venderlo para enviarlo a las galeras de Constantinopla, de donde ya no habría salido jamás. Con este temor, se fue a buscar al pachá para pedirle que tuviera piedad de él y no permitiese que le enviaran a aquellas galeras. EL pachá prometió que así lo haría, con tal que tomase el turbante. Para obligarle a cometer esta apostasía, utilizó todas las persecuciones que se le ocurrieron y finalmente, añadiendo las amenazas a las promesas, lo asustó de tal forma que le hizo renegar.

Pero aquel pobre muchacho conservaba siempre en su corazón los sentimientos de estima y de amor a su religión y cometió aquella falta solamente por miedo a caer en aquella cruel esclavitud y por deseo de facilitar la recuperación de su libertad. Incluso les declaró a algunos esclavos cristianos que le reprochaban su crimen que, si era turco por fuera, en el alma seguía siendo cristiano. Y poco a poco, reflexionando en el grave pecado que había cometido renunciando externamente a su religión, se sintió tocado de un verdadero arrepentimiento. Y al ver que sólo podía expiar su cobardía con la muerte, se decidió a ello, antes que vivir más tiempo en aquel estado de infidelidad. Les manifestó a algunos este plan y para poder ejecutarlo empezó a hablar abiertamente en favor de la religión cristiana y en contra del mahometismo, y decía de este asunto todo lo que le podía sugerir una fe viva, en presencia incluso de algunos turcos, y sobre todo de los cristianos. Seguía temiendo sin embargo la crueldad de aquellos bárbaros y, al pensar en el castigo tan riguroso que le harían sufrir, temblaba de terror. «A pesar de todo — decía —, espero que nuestro Señor me asistirá; él murió por mí; es justo que yo muera por él». Finalmente, impulsado por los remordimientos de su conciencia y por el deseo de reparar la injuria que le había hecho a Jesucristo, tomó la generosa resolución de ir a ver al pachá y, una vez en su presencia, le dijo: «Tú me has se-

¹ El 30 de agosto de 1654. El relato de Felipe Le Vacher a Propaganda Fide sobre este mártir fue impreso en la *Vida y martirio del siervo de Dios Pedro Borguny*, Mallorca 1820, 117-146.

ducido, obligándome a renunciar a mi religión, que es la buena y la verdadera, y haciéndome pasar a la tuya, que es falsa. Pues bien, te declaro que soy cristiano; y para mostrarte que abjuro de buena gana tu creencia y la religión de los turcos, rechazo y detesto el turbante que me has dado». Y con estas palabras tiró por tierra el turbante y lo pisoteó, diciendo: «Sé que me harás morir, pero no me importa, porque estoy dispuesto a sufrir toda clase de tormentos por Jesucristo, mi Salvador».

Efectivamente, el pachá, irritado por aquel atrevimiento, lo condenó inmediatamente a ser quemado vivo. Le desnudaron, dejándole solamente un calzón, le pusieron una cadena al cuello y le cargaron con un gran poste, donde sería atado y quemado. Al salir de esta forma de la casa del pachá para ser llevado al lugar del suplicio, al verse rodeado de turcos, de renegados y hasta de cristianos, dijo en voz alta estas hermosas palabras: «¡Viva Jesucristo y triunfe para siempre la fe católica, apostólica y romana! No hay ninguna otra en la que sea posible salvarse». Y dicho esto, se fue a sufrir el fuego y a recibir la muerte por Jesucristo.

Pues bien, el sentimiento mayor que me inspira esta acción tan hermosa, es que aquel valiente joven había dicho a sus compañeros: «Aunque temo la muerte, siento sin embargo algo aquí dentro (señalando entonces su frente) que me dice que Dios me dará la gracia de sufrir el suplicio que me preparen. También nuestro Señor tuvo miedo de morir, pero aceptó voluntariamente dolores más intensos que los que yo tendré que sufrir; espero en su fuerza y en su bondad». Le ataron al poste y encendieron fuego a su alrededor: pronto entregó a las manos de Dios su alma pura como el oro limpio en el crisol. El padre Le Vacher, que le había seguido, estuvo presente en su martirio; aunque algo alejado, le levantó la excomunión en que había incurrido y le dio la absolución con la señal que había convenido antes con él, mientras sufría con tanta constancia.

Eso es ser cristiano; ése es el coraje que hemos de tener para sufrir y para morir, si es preciso, por Jesucristo. Pidámosle esta gracia y roguémosle a este santo joven que la pida para nosotros, a él que fue alumno tan aventajado de tan valiente maestro, que en tres horas de tiempo se hizo verdadero discípulo y perfecto imitador suyo, muriendo por él.

¡Animo, padres y hermanos míos! Esperemos que nuestro Señor nos dará fuerzas en las cruces que nos vengan, por grandes que sean, si ve que las amamos y que confiamos en él. Digámosle a la enfermedad, cuando se presente, y a la persecución cuando llegue, a las penas exteriores e interiores, a las tentaciones y a la propia muerte, cuando él nos la envíe: «Sed bienvenidos, favores celestiales, gracias de Dios, santos ejercicios, que venís de una mano paternal y deseosa de mi bien; os recibo con un corazón lleno de respeto, de sumisión y de confianza para con aquel que os envía; me entrego a vosotros para darme a él». Aceptemos, pues, estos sentimientos, padres y hermanos míos y sobre todo confiamos mucho, lo mismo que este nuevo mártir en la ayuda de nuestro Señor, a quien encomendaremos todos, si os parece, a esos buenos misioneros de Argel y de Túnez.

68 [144, XI, 320-321]

EXTRACTO DE UNA CONFERENCIA ¹

ELOGIO DEL CELO DE JUAN LE VACHER

El bey expulsa y vuelve a llamar a Juan Le Vacher. Celo desplegado por el jubileo.

Encomiendo a las oraciones de la compañía a nuestros misioneros de Berbería, de quienes he recibido noticias: unas nos dan motivos de consuelo y otras de aflicción: las de Túnez nos consuelan, mientras que las de Argel nos preocupan.

El padre Le Vacher había sido expulsado por el bey con el pretexto de que impedía que trajeran tela para hacer velas de navío en Túnez, y por eso lo había expulsado. En efecto, él había contribuido a que no llevaran esas telas de Marsella, etc.; él impedía esto a los mercaderes cristianos porque el papa había excomulgado a los que transportasen dichas telas, armas u otras

Conferencia 68. — Vie manuscrite de Jean Le Vacher, p. 16.

¹ Esta charla es posterior al 14 de mayo de 1655, día en que se publicó en Roma el jubileo, y anterior al 19 de marzo de 1656, día en que san Vicente leyó en San Lázaro la bula del jubileo.

cosas que pudieran servir contra los cristianos. Pero finalmente el cónsul le indicó que al rey de Francia le parecería mal que echasen a una persona que él había enviado; y él le mandó volver. Ha vuelto, y los pobres esclavos salieron a su encuentro, alabando a Dios y echándose a sus pies para abrazarle, y le decían, uno: «Yo he ayunado por esto»; otro: «Yo he oído tantas misas»; y otro: «Yo he hecho tantas oraciones». Todos habían hecho algo para que pudiera volver. Aquella pobre gente no sabía qué hacer para demostrarle su alegría. Es su salvador; es su salvador; y si hay ángeles a los que Dios envía al purgatorio a consolar a las almas, del mismo modo, etc. Padres, quien dice misionero, dice salvador; hemos sido llamados para salvar a las almas; para eso estamos aquí. ¿Cumplimos debidamente con esta obligación? ¿Salvamos a las almas?

Volvamos a Túnez, donde nuestro padre Le Vacher hace el. oficio de salvador. Ha publicado el jubileo; él no ha tenido siquiera tiempo para escribirme; ha escrito otro en su lugar, el señor cónsul. Tal es la prisa que sienten aquellos pobres cautivos por celebrar el jubileo, que ellos ya lo han hecho y nosotros todavía no lo hemos empezado. ¡Cuántos motivos de consuelo y de agradecimiento a Dios!

69 [145, XI, 321-323]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
20 DE FEBRERO DE 1656

Decisión de la Sorbona contra Arnauld y sus partidarios. Agradecimiento debido a Dios por la gracia que ha concedido a la compañía de no caer en el jansenismo.

En la repetición de la oración, al final, el padre Vicente dijo; que la facultad de la Sorbona había dado un decreto censurando las opiniones de Jansenio a propósito de los puntos cuya resolución había solicitado al parlamento el señor Arnauld y sus partidarios, y que la mencionada sociedad de la Sorbona había declarado a dicho señor Arnauld indigno de su título de doctor, del

Conferencia 69. — Manuscrit des répétitions d'oraison, P^o 35

que quedará privado en adelante, y de todos los honores y privilegios que se le debían por dicho título, ya que no fue a firmar y someterse a dicha censura, y que en adelante será tenido por hereje, así como todos los que se le han unido y han sostenido su partido, hasta que vengan a firmar dicha censura; el decreto señala además que en adelante ninguno podrá presentarse a recibir el bachillerato, sin haber firmado esta censura, y que ningún doctor podrá ser admitido a enseñar teología, sin haberla firmado antes ¹.

Después que el padre Vicente indicó todo esto a la compañía, le pidió que diera gracias a Dios por todo esto, y sobre todo porque le había concedido a la congregación de la Misión la gracia de no verse envuelta en los errores de esas gentes. Padres, ¡qué protección la de Dios sobre esta pequeña compañía! ¡Qué gracia tan especial ver cómo ha mantenido siempre la pureza de la doctrina de la Iglesia! En una palabra, ¡qué gracia le :ha concedido su divina Majestad de purgarla de todo aquello que era contrario a la pura verdad y a la doctrina de nuestro Señor y de los santos! ¡Cuántas gracias hemos de darle a Dios la com-

1 El desarrollo de los acontecimientos nos ayudará a comprender mejor esta intervención de san Vicente ante su comunidad.

— El 4 de noviembre de 1655, Dionisio Guyart denuncia a la Sorbona el escrito de Arnauld (segunda carta a un duque y par), donde se propone formalmente la célebre distinción entre el hecho (las cinco proposiciones no están en Jansenio) y el derecho. A. Arnauld protesta tachando todo esto de abuso.

— El 12 de noviembre un decreto del consejo ordena que no se tenga en cuenta esta protesta.

— El 14 de enero, la facultad de teología, gracias a la exclusión de 60 doctores y a su sustitución por 40 frailes, condena por 127 votos contra 9 la cuestión de hecho.

— El 27 de enero, sale la primera carta a un provincial de Luis de Montalte, fechada el 23 de enero.

— El 29 de enero la Sorbona condena la cuestión de derecho.

— El 31 de enero se levanta acta de la censura. Arnauld tendrá que firmar la censura antes del 14 de febrero, si no quiere verse borrado de la lista de doctores. Todos los doctores y bachilleres quedan obligados a esta firma so pena de lo mismo.

— El 3 de febrero sale la segunda carta a un provincial fechada el 29 de enero.

— El 12 de febrero sale la tercera carta a un provincial, fechada el 9 de febrero

pañía en general y cada uno de nosotros en particular, por no haber permitido que cayésemos en la desdicha de tantas personas, e incluso de los más capaces de nuestro tiempo, que se han dejado llevar desgraciadamente por estas nuevas opiniones tan dañinas! De mi puedo decir que siempre he mirado y considerado como santos a los que he visto que se mantenían en la verdad de la doctrina y resistían a esas desdichadas opiniones, y que sigo mirándolos y considerándolos como tales.

70 [146, XI, 323-324]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
27 DE FEBRERO DE 1656

SOBRE LA HUMILDAD

El padre Vicente invita a la compañía a que pida a Dios la humildad. Habla luego de las necesidades de las misiones lejanas.

El padre Vicente recomendó mucho a la compañía que pidiese a Dios las virtudes propias de nuestra congregación, pero sobre todo la humildad; porque — dijo — el que tiene humildad, ¿qué es lo que deja de hacer? Hay que estar contentos de vernos despreciados, en particular, e incluso la compañía en general. Pues, decidme, ¿no veis, por ejemplo, cómo el que acepta verse despreciado en particular, pero no puede tolerar que sea menospreciada de alguna forma la compañía en general, sino que tiene que ser altamente elogiada y estimada, no veis cómo esa misma persona se encuentra en esa compañía y recoge lo que había dejado? De forma, hermanos míos, que no sólo es menester que los misioneros acepten las humillaciones que en particular les sobrevengan, sino también las que Dios permite que caigan sobre la compañía en general, de la que son miembros.

¡Ay! ¿Puede haber personas más adecuadas y que sean más conformes con los designios de Dios que las que están vacías de sí mismas y no tienen otra finalidad sino la de gastar sus vi-

Conferencia 70. — Manuscrit des répétitions d'oraison, nº 36.

das por la gloria de su divina Majestad y la salvación del prójimo? ¹.

Ayer mismo vino a hablarme una persona y a decirme que el señor mariscal de La Meilleraye estaba tratando con los directores de la asamblea de las Indias que hay en esta ciudad, y que pensaban enviar allá todos los años algún barco que habían decidido ir a establecerse en diversos lugares de la isla de Madagascar; que el citado señor mariscal de La Meilleraye les había pedido que tratarasen conmigo para enviar allá sacerdotes y hermanos. Por consiguiente, añadió... ². Está además Escocia, las Hébridas, donde se necesita más gente. Nos piden también de otros lugares de las Indias, pero no podemos abrazar tantas cosas a la vez, pues no tenemos gente para todo ello, de momento intentaremos únicamente buscar alguno para Madagascar esperando que Dios quiera mandarnos más obreros.

Ya veis, padres y hermanos míos, qué hermoso campo se nos presenta; por eso pidámosle a nuestro Señor que tenga a bien enviarnos buenos sujetos a la compañía.

71 [147, XI, 324-327]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
12 DE MARZO DE 1656

Reprimenda a un seminarista que había desobedecido a su director, a un padre poco cumplidor y curioso y a otro padre que vivía al margen de la obediencia.

El padre Vicente le dijo a un hermano seminarista ¹ que, después de repetir su oración, se puso de rodillas para pedir perdón a Dios y penitencia por una falta:

1 *Al margen*: Dijo esto a propósito de las misiones lejanas y también de los ordenandos, según creo.

2 La frase queda incompleta en este lugar del manuscrito, donde el copista ha dejado en blanco línea y media.

Conferencia 71. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 36 v^o

1 Felipe Ignacio Boucher.

Hermano, no se acusa usted de otra falta de importancia que cometió usted esta semana, pues habiendo ido a pedir permiso al padre Delespiney, su director, para ir a escuchar la conferencia que se les daba a los ordenandos, éste se lo negó por no existir la costumbre de que, durante los años del seminario, vaya nadie a escuchar las exhortaciones que se dirigen a los ordenandos; sin embargo, a pesar de no tener permiso, usted asistió a ella. De esta falta es de la que debe acusarse, hermano mío. Se trata de una desobediencia formal al director, de una desobediencia cometida por una persona que ya lleva veintiuno o veintidós meses en el seminario. ¡Ay, pobre hermano mío! Si, mientras todavía está usted en la cuna, hace esto, ¿qué habrá que esperar de usted, hermano, cuando esté fuera? ¿En qué cree usted que debe basarse la compañía para recibirle al cabo de dos años, si falta usted en lo que es principal y más necesario a una persona que desea vivir en comunidad, esto es, la obediencia y la sumisión? ¿Qué haremos con usted? ¿Para qué servirá usted, sino para dar preocupaciones a los superiores? ¿Qué es lo que ha hecho en este tiempo que lleva en el seminario? ¿En qué ha empleado su tiempo si, en los veintiuno o veintidós meses que lleva aquí, no ha logrado todavía someterse?

Hay en la compañía un individuo ² que sólo quiere hacer lo que le gusta y tiene en la fantasía: hacer oración cuando le viene bien; ir de acá para allá; curiosarse por todas partes; visitar y revolver en las habitaciones de los demás; hojear sus papeles; hasta se le ha ocurrido, hace unos días, ir a la habitación de un consejero, que estaba haciendo retiro entre nosotros, y revolver los papeles de su habitación. ¿Qué es esto, padres? ¡Es no tener ni dos dedos de frente!

También hay otro de un talante parecido en la compañía, que no quiere más que sus caprichos. Si no le gusta ir a misionar, no va. En fin, es una pena ver cómo se porta. Ese es, hermano mío el camino que está usted siguiendo, con escándalo de toda la compañía. ¿Qué haremos con toda esta gente, sino pedir a Dios que les toque el corazón y les dé a conocer el desorden en que viven? Pues será necesario que lo haga el mismo Dios, ya que nuestras advertencias no consiguen nada. Bien, hermano, para

² *Al margen:* un sacerdote.

reparar esa falta y para que se pueda ver si le recibimos o no, se quedará usted en el seminario seis meses más después del tiempo de dos años que le corresponde; esto es, en vez de dos años, se quedará usted dos años y medio. Vaya, hermano, procure mortificarse mucho y esfuércese en lograr que la compañía le reciba al cabo de ese tiempo ³.

Conviene señalar aquí que, mientras hablaba el padre Vicente, no quiso que nadie, ni siquiera los sacerdotes, salieran del coro de la iglesia, hasta después de haber hecho esta amonestación, a pesar de que se le presentaron varias personas, tanto sacerdotes como hermanos, a pedirle permiso para ir adonde les llamaban sus tareas u obligaciones con los ordenandos; creo que hacia ya mucho tiempo que no se había portado de esta forma: quizás actuó de este modo en esta ocasión, por tratarse de una desobediencia y de un motivo de escándalo.

Unos días antes había dicho a la compañía que las pasiones y las inclinaciones malas y desarregladas que tienen los hombres son otros tantos demonios que los esclavizan.

72 [148, XI, 327-332]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
16 DE MARZO DE 1656

Hay que tomar la comida en el refectorio. No buscar las comodidades. Pobreza de la familia del padre Vicente. No invitar a comer a personas extrañas. Alimentar bien a los pensionistas.

Después que uno de los hermanos coadjutores encargado de la cocina hubo repetido su oración, tomó la palabra el padre Vicente y entre otras cosas dijo que la meditación que acababa de hacerse, sobre el rico malvado, le daba ocasión de decirle a la compañía que había notado, desde hacía algún tiempo, que se había introducido un desorden que era preciso remediar, por

³ *Al margen*: Dicho hermano salió de la compañía poco después de recibir las sagradas órdenes, en el año 1660.

Conferencia 72. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 37 v^o.

culpa de sus consecuencias y del peligro que suponía: cuando alguien llega del campo, lo llevan a la enfermería o a una habitación, donde le dan de comer o de cenar; algunos incluso se tratan así durante dos o tres días después; esto es un abuso y puede causar mucho mal, ya que se ponen a hablar, a reír y a beber. Uno dirá: «Un trago a mi salud»; otro dirá lo mismo; se bebe vino sin medida, con todas las consecuencias posibles; se charla, se murmura; en fin, una lástima. Pues bien, ruego a los encargados que cuiden de que esto no se repita y que, cuando venga alguien del campo, le hagan cenar en el refectorio, donde le podrán dar alguna porción extraordinaria; si han venido de muy lejos y a pie, y están cansados y rendidos, y necesitan cambiarse de ropa por haber sudado mucho, muy bien, que descansen y tomen su comida, el almuerzo o la cena, en la enfermería o en algún cuarto destinado para ello; pero, fuera de esos casos, les ruego a todos los de la compañía que vayan al refectorio, donde se les dará todo lo necesario.

El padre Vicente dijo luego que tenía también miedo de que algunos de la compañía fuesen demasiado amigos de desear y querer tener todas las comodidades y que no les faltase nada: bien vestidos, bien alimentados, buen pan, buen vino, y así todo lo demás; esta situación es muy peligrosa. Porque decidme, padres, ¿qué razón da el evangelio de la perdición de aquel rico malvado, sino que estaba bien vestido, comía bien y no daba limosna a los pobres? ¹. Esa es la razón que da el evangelio de por qué se condenó. El pobre Lázaro estaba pidiendo limosna a su puerta, y no le daba nada, pensando sólo en comer bien y en vestir con toda suntuosidad. Esa era la situación de aquel pobre miserable. Y nosotros, padres y hermanos míos, que hemos de trabajar en el campo por la salvación de los pobres aldeanos, a quienes tenemos que mirar y considerar como nuestros dueños y señores, dado que la compañía ha sido llamada para servirles, ¿queremos sin embargo que no nos falte nada y disponer de todo abundantemente? ¿Qué le contestaremos a Dios? ¿Qué excusa podremos presentar?

Sé que hay algunos entre nosotros que no tienen cuidado de aguar bien el vino; tienen que poner cuidado. Ciertas personas,

1 Cfr. Lc 16,19-22.

hablando uno de estos días de las comunidades religiosas, decían que su vicio más frecuente era la gula y la afición a vivir holgadamente. ¡Ay, miserable de mí, que no carezco de nada, qué cuentas tendré que dar a Dios!

El señor de Saint-Martin, que se muestra tan caritativo con mis pobres parientes, me escribió uno de estos días que mis parientes tienen que pedir limosna; también me lo ha dicho el párroco; y el señor obispo de Dax, mi obispo, que estuvo ayer aquí, me decía igualmente: «Padre Vicente, sus pobres parientes están muy mal; si usted no tiene piedad de ellos, lo pasarán muy mal. Algunos han muerto durante la guerra ²; los que quedan, andan pidiendo limosna». Sin embargo, decía el padre Vicente, ¿qué puedo hacer yo? No puedo darles dinero de la casa, pues no me pertenece; si por otra parte le pido a la compañía que permita les dé alguna cosa para socorrerles, ¡qué ejemplo daría a los demás! «Si el padre Vicente hace esto, ¿por qué no lo vamos a hacer también nosotros? El socorre a los suyos con el dinero de la casa». Eso es lo que dirían, y con razón, y sería un grave escándalo. Hay que tener además en cuenta que la mayor parte de la compañía tienen parientes pobres y que entonces empezarían también a pedir ayuda. Esa es, padres y hermanos míos, la situación en que están mis pobres parientes: ¡pidiendo limosna! Y yo mismo, si Dios no me hubiera concedido la gracia de ser sacerdote y de estar aquí, estaría como ellos.

Bien, padres, todo esto me ofrece la ocasión para decir y recomendar a la compañía lo que anteriormente le he dicho y recomendado: que nadie, sea quien sea, convide a otras personas a comer aquí, ni a parientes ni a amigos; repito: nadie, sea quien sea. Más aún, prohíbo que nadie vaya a pedir permiso al superior para ello, ni al padre Alméras ³, ni al padre Admirault ⁴, ni a mí; y si esto sucede y alguno de la compañía viene a pedir permiso para ello, les ruego que le impongan una penitencia y les prohíban a ellos mismos entrar en el refectorio para comer allí.

No se extrañen, padres, de que imponga esta prohibición; lo hago porque la cosa lo merece y esto iría más lejos de lo que

2 Las revueltas de la Fronda.

3 Asistente de la casa de San Lázaro.

4 Sub-asistente de la casa de San Lázaro.

pensáis. Si se tolerase, nuestro refectorio se convertiría en una taberna en donde todo el mundo sería bienvenido. Nunca he visto que en los jesuitas inviten así a toda clase de personas, parientes y amigos, a comer; si alguna vez lo hacen con alguna persona, es señal de gran consideración y por algún motivo especial, pidiéndoselo el propio padre rector. En la Sorbona, nunca he visto a nadie que haya comido allí, a no ser que fuera algún doctor o bachiller. Así pues, si esas grandes y célebres compañías, que van por delante de nosotros, han creído conveniente obrar así, ¿por qué nosotros, que las seguimos, no vamos a hacer lo mismo?

Y dirigiendo la palabra a los hermanos, les dijo:

Con esto no quiero decir, hermanos, que no tengáis que preparar las cosas lo mejor que podáis; por el contrario, habéis de hacerlo, considerando que el pan, el vino, los manjares y las demás cosas que preparáis y sazónáis, son para sustentar y alimentar a los siervos de Dios; y tenéis que mirarlos y considerarlos como tales.

Entonces un sacerdote de la compañía se acercó al padre Vicente y parece ser que le indicó al oído algo sobre la comida de los pensionistas de aquí; entonces el padre Vicente dijo estas palabras:

A propósito de los pensionistas, hermanos, he sabido que les dan algunas veces la comida mal preparada y arreglada, incluso la carne y el vino que sobró del día anterior. Eso no está bien, hermanos; son personas cuyos parientes pagan una buena pensión; ¿no es justo que se les dé de comer cosas preparadas como es debido y buenas? En nombre de Dios, que no vuelva a repetirse esto; tratadles como a nosotros, como a los sacerdotes. Porque fijaos, hermanos, es una injusticia que cometéis con esas pobres gentes, de los que algunos son totalmente inocentes, que están encerrados y que no pueden quejarse de la injusticia que contra ellos cometéis. Si, yo llamo a esto una injusticia. Si hicieseis esto con una persona de la compañía, conmigo o con otro, podríamos exigir que nos hicieseis justicia y nos trataseis como a los demás; pero esas pobres gentes, que no están en situación de poderoslo exigir y que además no os ven para poder hacerlo, a esos pobres no les hacéis justicia vosotros mismos... ¡ciertamente, eso es una falta grave! Con frecuencia veo a sus parien-

tes, que me preguntan cómo les tratan. Yo les digo que se les trata como a nosotros. Pero ahora resulta que no es así, sino que se hace todo lo contrario. Fijaos, hermanos míos, esto es materia de confesión, y ruego a los confesores que se fijen en esto, y a los encargados que se cuiden de que se les dé a esas buenas personas lo mismo que a los sacerdotes.

Más todavía, se trata también de una injusticia que se comete con los que pagan más pensión, si no se les da algo más que a los que pagan menos. Les ruego, pues, hermanos míos, que pongan cuidado en todo esto. Mirad, prefiero que me lo quitéis a mi mismo para dárselo a ellos, antes que desobedecer a lo que acabo de recomendaros. Y como, a propósito de los parientes, de los que hablé antes, yo mismo he dado motivo de escándalo a la compañía dejando que un pariente mío pobre viniera aquí a comer durante algún tiempo, he creído que tenía que pedir perdón por ello a la compañía.

Al decir esto, el padre Vicente se puso de rodillas delante de todos y pidió perdón por ello.

73 [149,XI, 332-333]
REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
19 DE MARZO DE 1656

SOBRE EL JUBILEO

El padre Vicente hace leer la bula que anuncia el jubileo.

El padre Vicente, al acabar la oración de la mañana, mandó leer la bula del jubileo enviada por nuestro santo padre el papa Alejandro VII, con el mandato de monseñor de Saussay, obispo electo de Toul y vicario general del eminentísimo cardenal de Retz, arzobispo de París, en el cual mandato se señalaban las iglesias que había que visitar en esta ciudad y arrabales de París para ganar el jubileo.

Luego el padre Vicente, dirigiendo la palabra a la compañía, dijo que como algunos de dicha compañía podrían quizás encon-

Conferencia 73. — Manuscrit des répétitions d'oraison. f^o 39 v^o

trar sospechoso o extraño que, entre tantas iglesias designadas como estaciones, no se nombrase la de san Lázaro, les aseguro — dijo — , para que no vean en esto nada extraño, que nos lo ofreció el mencionado señor vicario; pero, después de consultar con algunos antiguos de la compañía, hemos creído que, puesto que la compañía no tiene que predicar ni confesar en las ciudades donde hay arzobispado, obispado o corte de justicia, a no ser durante la misión o con los señores ordenandos y los que hacen retiro, y como la compañía está dedicada por completo a las pobres gentes del campo, hemos creído que era mejor excusarnos con el señor vicario; para ello, fue a verle el padre Alméras, de parte de la compañía, para agradecerle el favor que nos había hecho e indicarle las razones que tenemos para no aceptar la estación en nuestra iglesia. Las razones son las que acabo de señalar. Así lo aceptó él. Y este es, padres, el motivo de que no tengamos estación aquí. Le daremos gracias a Dios por las que ha hecho a todos los fieles por medio del jubileo y procuraremos disponernos debidamente para ganarlo.

74 [150,XI, 333-335]

EXTRACTO DE LA CONFERENCIA DEL
[7 DE MAYO DE 1656].¹

PERSECUCIÓN SUSCITADA CONTRA JUAN LE VACHER POR EL BEY DE TÚNEZ

*Diferencias surgidas entre Juan Le Vacher y el bey de Túnez
por un asunto de velas para los barcos. Juan Le Vacher se
asemeja a nuestro Señor, ya que es perseguido.*

Hace unos días os hice saber² que el bey de Túnez deseaba que el cónsul le proporcionase tela de algodón de Francia (cierta tela gruesa, con la que se hacen velas para los barcos); él se excusó, no sólo porque lo prohíben las leyes de este reino, sino

Conferencia 74. — L. ABELLY, *o.c.*, l. II, cap. 1, sec. 7, art. 4, p. 109.

¹ Ver nota 2.

² En la charla 68. p. 216.

porque en bulas expresas de la Santa Sede apostólica se prohíbe bajo pena de excomunión proporcionar a los turcos cosas que les sirvan para hacer la guerra a los cristianos. El bey, al verse así tratado, se dirigió a un comerciante de Marsella que trafica en Berbería, que se comprometió a traérselas, a pesar de todo lo que hizo el cónsul por disuadirle, exponiéndole la injuria que cometía contra Dios y contra los cristianos, el daño que se haría a si mismo y el castigo que podría recibir si el rey de Francia se enteraba de aquel tráfico ilegal. Pero como aquel comerciante no cejó en sus planes, el cónsul redactó una acusación y la envió acá; y el rey ha ordenado a los oficiales de los puertos de Provenza y del Languedoc que vigilen estrechamente para que nadie cargue ninguna mercancía de contrabando para Berbería; esto seguramente habrá llegado a oídos del bey y le habrá indignado más todavía contra el cónsul francés y contra los misioneros.

Efectivamente, poco después les humilló públicamente, buscó la ocasión de armar camorra, mandó venir al padre Le Vacher y le dijo: «Quiero que me pagues las doscientas setenta y cinco piastras que me debe el caballero de La Ferriere, ya que tú eres de una religión que tiene en común los bienes y los males, y por esta razón yo quiero cobrármelos de ti». El padre Le Vacher respondió que los cristianos no estaban obligados a pagar las deudas unos de otros, y que él no debía ni podía pagar las de un caballero de Malta y capitán de navío, como es el señor de La Ferriere; que apenas tenía medios para vivir, pues era un morabito de los cristianos (esto es, un sacerdote, según la manera de hablar de ellos), venido expresamente de Túnez para asistir a los pobres esclavos. «Di lo que quieras, replicó el bey, yo lo que quiero es que me paguen». Y utilizando la violencia para ello, le obligó a pagar dicha suma.

Pero esto no es más que el comienzo; pues, si Dios no cambia el humor de ese bey, van a tener que sufrir opresiones mayores todavía. En fin, ahora pueden decir que empiezan a ser más realmente cristianos, puesto que empiezan a sufrir como siervos de Jesucristo, tal como decía el mártir san Ignacio cuando le llevaban al martirio. Y nosotros, hermanos míos, seremos discípulos de Jesucristo cuando nos conceda la gracia de padecer alguna persecución o algún daño por su nombre. «Los mundanos

se alegrarán», dice el evangelio de hoy ³; si, las gentes buscarán sus placeres y evitarán todo lo que contradiga a la naturaleza. ¡Quiera Dios que yo, miserable, no haga lo mismo y que sea del número de los que buscan su dulzura y su consuelo en el servicio de Jesucristo, amando las tribulaciones y la cruz! De lo contrario, no sería verdaderamente cristiano; para que pueda serlo, Dios me reserva la ocasión de sufrir, y me la enviará cuando él quiera. Esa es la disposición que hemos de tener todos, si queremos ser verdaderos servidores de Jesucristo.

75 [151, XI, 336-340]

CONFERENCIA DEL 9 DE JUNIO DE 1656

SOBRE LOS AVISOS

El padre Vicente recomienda la práctica del aviso. Cómo hay que portarse cuando uno es avisado. Ejemplo de nuestro Señor. El amor propio es el mayor obstáculo para el feliz resultado de los avisos. El padre Vicente hace un acto de humildad acusándose de complacencia en sí mismo por el elogio del hermano Juan Parre.

Hablando al final de la conferencia, que consistía en dos puntos: el primero, sobre las razones que tiene la compañía para recibir bien y usar debidamente de los avisos que se daban tanto en general como en particular; y segundo punto, sobre los medios para recibir y usar debidamente de estos avisos, el padre Vicente dijo entre otras cosas que esta práctica, en la compañía de la Misión, es un tesoro para la misma compañía y que tiene que hacer todo lo posible para conservarla y pedirle a Dios la gracia de que no la prive de ella; Dios quiere que el hermano amoneste al hermano cuando falte, para que se corrija ¹, y

³ Estas palabras del evangelio de Jn 16,20 se leían el tercer domingo después de Pascua.

Conferencia 75. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 40.

¹ Cfr. Mt 18,15

ha mandado que todos tengan cuidado de su prójimo ² ¡Ay, padres y hermanos míos! Decidme, por favor, ¿puede una persona con razón enfadarse porque le avisan que tiene una mancha en el rostro o que está roto su traje? Sin duda que no; debe mostrarse agradecida. ¿Por qué vamos a ver mal que nos adviertan nuestros defectos? Ciertamente que no; por el contrario, hay que estar contentos de ello e incluso pedir a nuestros hermanos que nos hagan ese favor.

Pero alguno me dirá: Es que dicen que he cometido una falta, y no es verdad; o dan de las cosas una versión distinta de como realmente sucedieron. — A esto respondo que la cosa es así o no; esto es, que lo que dicen es verdad o no lo es. Si es verdad, no tenemos motivos para ver mal que nos amonesten; por el contrario, hemos de humillarnos y corregirnos. Si no es verdad, se trata de una ocasión que la Providencia nos depara para sufrir y practicar un acto heroico de virtud. Y si exageran un poco y dicen alguna circunstancia que realmente no sucedió, como la han dicho en la amonestación, hemos de soportarlo con paciencia. Decidme, hermanos míos, el Hijo de Dios que era la misma inocencia, ¿cómo soportó las advertencias y las falsas acusaciones que le hicieron? Ya lo sabéis; no tengo necesidad de decíroslo. ¿Por qué vamos a ser tan malos y tan miserables que no queramos tolerar los avisos que nos den?

Hay una persona en la compañía ³ que, habiendo sido acusado de robar a un compañero y habiendo sido tratado de ladrón en toda la casa, aunque no era verdad, no quiso sin embargo justificarse, sino que pensó dentro de sí al verse falsamente acusado: «¿Te justificarás tú? Ahí tienes una cosa de la que te acusan, a pesar de no ser cierta. ¡No!, se dijo elevándose hasta Dios, es preciso que lo sufra con paciencia». Y así lo hizo. ¿Qué pasó después? Esto es lo que sucedió: al cabo de seis meses ⁴, encontrándose el ladrón a cien leguas de allí, reconoció su falta y escribió para pedir perdón. Mirad, Dios quiere a veces probar a las personas, y para ello permite que sucedan estas cosas.

2 Eclo 17,12.

3 El propio san Vicente (cfr. ABELLY, *o.c.*, l. I, cap. 5, p. 21).

4 «Seis años», dice en otro lugar san Vicente, según ABELLY *ibid.* p. 23.

Pero admitamos incluso que no es del todo cierta una cosa de la que un superior, por ejemplo, amonesta a una persona. Puede ser que el superior que hace esta advertencia lo sepa perfectamente, pero quiere probar a su inferior para ver si vale para tal cargo al que lo destina. El superior tiene derecho a hacerlo. Al principio uno no es dueño de sí y no puede impedir los primeros movimientos que brotan en él; cuando se amonesta a ciertas personas por alguna cosa, veis cómo al mismo tiempo van cambiando de rostro. ¿Qué es esto, padres? Son los primeros movimientos de la naturaleza, que se elevan y de los que el hombre no es dueño. Aun cuando sean santos como san Pablo, no podrían impedirlo, ya que son efectos de la naturaleza llena de amor propio, y en los que ni siquiera hay pecado. Pero si, después de haber pasado esto, el espíritu entra dentro de sí mismo, ¡ay entonces!, entonces es cuando peca, si no se reprime y no se decide al bien; y aquí es donde se ve la diferencia que hay entre la parte animal y la carne miserable; porque, decidme, ¿qué diferencia hay entre una persona sin razón y una bestia? No hay ninguna.

Bien, yo, con todas mis miserias, tengo muchos motivos para confundirme delante de Dios, tanto más cuanto que no hay pecado que se cometa en la casa del que yo no sea culpable. Hoy mismo me he dejado llevar de cierta complacencia. Lo diré inmediatamente... Se acaba de decir una frase muy hermosa: el amor propio es el que impide recibir las amonestaciones como es debido. ¡Cuánta verdad es esto! «Quitad la voluntad propia, decía san Bernardo, y no habrá infierno». Quitad ese amor propio que no puede sufrir la menor contrariedad y que hace a la persona tan delicada que no es capaz de tolerar la menor reprensión. Pidámosle a Dios fuerzas para soportar todas las amonestaciones que nos hagan.

Y queriendo el padre Vicente volver a aquella complacencia que antes dijo haber tenido, continuó:

— ¿Qué es lo que decía hace poco? ¿Se acuerda usted, padre Alméras? ¿No se acuerdan ustedes, padres? ¡Dios mío! ¿Pero qué pasa? ¿Es que nadie se acuerda?

Se levantó un hermano y dijo: Padre, era sobre una vana complacencia que dijo usted que había sentido.

— ¡Ah! Tiene usted razón; esto fue lo que me pasó. En la reunión de las damas de la caridad que se celebra para asistir a los pobres de las fronteras de Champaña y Picardía se suelen leer las cartas que nos envía el hermano Juan Parre, que está encargado de distribuir las limosnas que envían estas buenas señoras. Hoy se leyó una carta que hablaba del bien que Dios hace por medio de este buen hermano, y se empezó a hablar de una sociedad de señoras, de las más distinguidas de la ciudad de Reims, que ha reunido este buen hermano para cuidar de los pobres y de los niños huérfanos y necesitados de la ciudad y de sus alrededores; se recordó que había hecho lo mismo en San Quintin, donde las damas no son todavía tan numerosas como en Reims. Pues bien, la señora Talon ⁵, que ha vuelto de aquellos lugares con su hijo, que ha sido llamado a seguir ejerciendo su cargo de abogado general en la corte del parlamento de París, estaba hoy también en la reunión, y al oír lo que se decía del bien que por allí hace nuestro buen hermano, tomó la palabra para contarnos. lo que ella misma había visto y oído, y el bien que hace este buen hermano y las bendiciones que da Dios a sus trabajos y empresas, cómo fundó esta reunión de señoras que acabo de mencionar para asistir a los pobres, y la ayuda que reciben los pobres huérfanos, y cómo ha buscado a un buen sacerdote para dirigir la reunión de las señoras de Reims, el más indicado para ello, para que se cuidara de animarlas en este santo ejercicio. Pues bien, una de las damas de esta reunión, al oír lo que decía la señora Talón, exclamó y dijo: «Si los hermanos de la Misión tienen tanta gracia para hacer todo ese bien que nos acaban de contar, ¡cuánto más harán los sacerdotes!».

Esto es lo que pasó, mis queridos padres y hermanos; esto fue, miserable de mí, lo que causó en mí esta complacencia que os he dicho, de la que me dejé llevar, en vez de atribuirlo todo a Dios, de quien procede todo bien.

Y dirigiéndose a los hermanos coadjutores, les dijo:

⁵ Francisca Doujat, viuda de Omar Talon, abogado general del parlamento, dama de la Caridad, que falleció el 17 de abril de 1667.

Hermanos míos, no debéis sacar gloria y complacencia de lo que acabo de decir que hace vuestro hermano; porque mirad, el buen Dios se sirve de quien le place, lo mismo de un hombre malvado que de un hombre bueno, permitiendo incluso que haga milagros, como algunos creen que hizo Judas, el que traicionó a nuestro Señor. Os digo todo esto, hermanos, para que tengáis cuidado de atribuir siempre a Dios toda la gloria del bien que haga nuestro Señor por medio de la compañía en general o por medio de cada uno de vosotros y de las personas que la componen en particular. ¡Que Dios nos conceda esta gracia!

76 [152, XI, 340-342]

CONFERENCIA DEL 6 DE AGOSTO [DE 1656].¹

SOBRE EL ESPÍRITU DE COMPASIÓN Y DE MISERICORDIA

Dios da el espíritu de compasión. Los misioneros de Polonia la han ejercitado durante la guerra.

Cuando vayamos a ver a los pobres, hemos de entrar en sus sufrimientos para sufrir con ellos y ponernos en las disposiciones de aquel gran apóstol que decía: *Omnibus omnia factus sum*², me he hecho todo para todos; de forma que no recaiga sobre nosotros la queja que antaño hizo nuestro Señor por boca de un profeta; *Sustinui qui simul mecum contristaretur, et non fuit*³, esperé a ver si alguien se compadecía de mis sufrimientos, y no hubo nadie. Para ello es preciso que sepamos enternecer nuestros corazones y hacerlos capaces de sentir los sufrimientos y las miserias del prójimo, pidiendo a Dios que nos dé el verdadero espíritu de misericordia, que es el espíritu propio de

Conferencia 76. — L. ABELLY, *o.c.*, l. III, cap. 11, sec. 2, p. 121.

¹ El *Recueil de diverses exhortations*, que nos ofrece la primera parte de esta instrucción, la fecha el día 6 de agosto; la comparación de esta conferencia con la número 81 nos permite fijar el año.

² 1 Cor 9,22.

³ Sal 68.21.

Dios: pues, como dice la iglesia, es propio de Dios conceder su misericordia y dar este espíritu ⁴. Pidámosle, pues, a Dios, hermanos míos, que nos dé este espíritu de compasión y de misericordia, que nos llene de él, que nos lo conserve, de forma que quienes vean a un misionero puedan decir: «He aquí un hombre lleno de misericordia». Pensemos un poco en la necesidad que tenemos de misericordia, nosotros que debemos ejercitarla con los demás y llevar esa misericordia a toda clase de lugares, sufriendolo todo por misericordia.

¡Dichosos nuestros hermanos que están en Polonia y que han sufrido tanto durante estas últimas guerras y durante la peste, y que todavía están sufriendo por ejercitar la misericordia corporal y espiritual y por aliviar, asistir y consolar a los pobres! ¡Felices misioneros, a los que ni los cañones, ni el fuego, ni las armas, ni la peste han hecho salir de Varsovia, donde los retiene la miseria de los demás; que han perseverado y todavía perseveran animosamente, en medio de tantos peligros y sufrimientos, por misericordia con los demás! ¡Qué felices son por emplear tan bien este momento de tiempo que es nuestra vida en la misericordia! Sí, este momento, porque nuestra vida no es más que un momento, que vuela y desaparece enseguida. ¡Ay! Mis setenta y seis años de vida no me parecen ahora más que un sueño y un momento; y nada me queda de ellos, sino la pena de haber empleado tan mal esos instantes. Pensemos en el pesar que tendremos a la hora de nuestra muerte, si no utilizamos estos momentos de nuestra vida en ser misericordiosos.

Así pues, tengamos misericordia, hermanos míos, y ejercitemos con todos nuestra compasión, de forma que nunca encontremos un pobre sin consolarlo, si podemos, ni a un hombre ignorante sin enseñarle en pocas palabras las cosas que necesita creer y hacer para su salvación. ¡Oh Salvador, no permitas que abusemos de nuestra vocación ni quites de esta compañía el espíritu de misericordia! ¿Qué sería de nosotros, si nos retirases tu misericordia? Así pues, concédenos ese espíritu, junto con el espíritu de mansedumbre y de humildad.

⁴ Deus cui proprium est miserere semper et parcere: oración de las letanías de los santos.

CONSEJOS A ANTONIO DURAND, NOMBRADO SUPERIOR
DEL SEMINARIO DE AGDE ¹ [1656]. ²

El interlocutor, Antonio Durand, es una persona distinguida. Nació en 1629; desde su entrada en la congregación fue enviado a Polonia, donde recibió el sacerdocio en 1654. A los 27 años fue nombrado superior de Agde y luego, en 1662, encargado de la parroquia real de Fontainebleau (1662-1679). Murió en 1707, tras haber sido secretario general de la congregación.

La edad y la valía del sujeto explican la precisión de esta relación y la variedad de los consejos que en ella se dan. La charla es una especie de directorio espiritual. Tras haber mostrado la excelencia de la dirección de las almas, san Vicente recuerda que para continuar la obra de Jesucristo hay que revestirse de su espíritu vaciándose de sí mismo. Para ello hay que recurrir a la oración, obrar con espíritu de humildad, a imitación de Jesucristo. Además, siguiendo el ejemplo de la Providencia universal, el superior ha de saber ocuparse tanto de las cosas materiales como de las espirituales.

¡Ay, padre! ¿De qué importancia y responsabilidad cree usted que es la ocupación de gobernar a las almas, a la que Dios le llama? ¿Qué oficio cree usted que es el de los sacerdotes de la Misión, que están obligados a guiar y a conducir unos espíritus, cuyos movimientos sólo Dios conoce? *Ars artium, regimen animarum*³. Esa fue la ocupación del Hijo de Dios en la tierra; para eso bajó del cielo, nació de una virgen, entregó todos los momentos de su vida y sufrió una muerte dolorosísima. Este es

Conferencia 77. — L. ABELLY, *o.c.*, l. III, cap. 24, sec. 3, p. 360 s.

¹ Por COLLET, *o.c.*, t. II, p. 316, conocemos el nombre del destinatario de estos consejos.

² Año del nombramiento de Antonio Durand como superior.

³ San Gregorio Magno: «*Ars est artium regimen animarum*» (*Liber pastora-
lis curae*, parte 1ª PL 77, 14).

el motivo de que tenga usted que apreciar grandemente lo que va a hacer.

Pero ¿qué medio hay para desempeñar debidamente este cargo de llevar las almas a Dios, de oponerse al torrente de vicios de un pueblo o a los defectos de un seminario, de inspirar los sentimientos de virtud cristiana y eclesiástica a los que la Providencia ponga en sus manos para que contribuya a su salvación o perfección? Ciertamente, padre, en todo esto no hay nada humano: no es obra de un hombre, sino obra de Dios. *Grande opus*. Es la continuación de la obra de Jesucristo y, por tanto, el esfuerzo humano lo único que puede hacer aquí es estropearlo todo, si Dios no pone su mano. No, padre, ni la filosofía, ni la teología, ni los discursos logran nada en las almas; es preciso que Jesucristo trabaje con nosotros, o nosotros con él; que obremos en él, y él en nosotros; que hablemos como él y con su espíritu, lo mismo que él estaba en su Padre y predicaba la doctrina que le había enseñado ⁴: tal es el lenguaje de la Escritura.

Por consiguiente, padre, debe vaciarse de sí mismo para revestirse de Jesucristo. Ya sabe usted que las causas ordinarias producen los efectos propios de su naturaleza: los corderos engendran corderos, etc., y el hombre engendra otro hombre; del mismo modo, si el que guía a otros, el que los forma, el que les habla, está animado solamente del espíritu humano, quienes le vean, escuchen y quieran imitarle se convertirán en meros hombres; cualquier cosa que diga o que haga, sólo les inspirará una mera apariencia de virtud, y no el fondo de la misma; les comunicará el mismo espíritu del que está animado, lo mismo que ocurre con los maestros que inspiran sus máximas y sus maneras de obrar en el espíritu de sus discípulos.

Por el contrario, si un superior está lleno de Dios, impregnado de las máximas de nuestro Señor, todas sus palabras serán eficaces, de él saldrá una virtud que edificará, y todas sus acciones serán otras tantas instrucciones saludables que obrarán el bien en todos los que tengan conocimiento de ellas.

Para conseguir todo esto, padre, es menester que nuestro Señor mismo imprima en usted su sello y su carácter. Pues lo mismo que vemos cómo un arbolillo silvestre, en el que se ha

4 Cfr. Jn 7,16.

injertado una rama buena, produce frutos de la misma naturaleza que esa rama, también nosotros, miserables criaturas, a pesar de que no somos más que carne, ramas secas y espinas, cuando nuestro Señor imprime en nosotros su carácter y nos da, por así decirlo, la savia de su espíritu y de su gracia, estando unidos a él como los sarmientos de la viña a la cepa ⁵, hacemos lo mismo que él hizo en la tierra, esto es, realizamos obras divinas y engendramos lo mismo que san Pablo, tan lleno de su espíritu, nuevos hijos de nuestro Señor.

Una cosa importante, a la que usted debe atender de manera especial, es tener mucho trato con nuestro Señor en la oración; allí está la despena de donde podrá sacar las instrucciones que necesite para cumplir debidamente con las obligaciones que va a tener. Cuando tenga alguna duda, recurra a Dios y dígame: «Señor, tú que eres el Padre de las luces, enséñame lo que tengo que hacer en esta ocasión».

Le doy este consejo, no sólo para las dificultades con que se encuentre, sino también para que aprenda inmediatamente de Dios lo que tenga que enseñar, a imitación de Moisés, que no anunciaba al pueblo de Israel más que lo que Dios le había inspirado: *Haec dicit Dominus...*

Además, debe usted recurrir a Dios por medio de la oración para conservar su alma en su temor y en su amor; pues tengo la obligación de decirle, y lo debe usted saber, que muchas veces nos perdemos mientras contribuimos a la salvación de los demás.

A veces uno obra bien en particular, pero se olvida de sí mismo preocupándose por los otros. Saúl fue encontrado digno de ser rey, porque vivía bien en la casa de su padre; pero, después de haber sido elevado al trono, decayó miserablemente de la gracia de Dios ⁶. San Pablo castigaba su cuerpo por miedo de que, después de haber predicado a los demás y haberles enseñado el camino de la salvación, se viera a sí mismo reprobado ⁷.

A fin de no caer en la desgracia de Saúl o de Judas, debe unirse inseparablemente a nuestro Señor y decirle muchas veces, elevando el espíritu y el corazón hacia él: «¡Oh, Señor; no per-

5 Cfr. Jn 15,1.

6 Cfr. 1 Sam 15,26.

7 Cfr. 1 Cor 9,27.

mitas que, queriendo salvar a los otros, tenga la desgracia de perderme; sé tú mismo mi pastor, y no me niegues las gracias que concedes a los demás por medio de mí y de las funciones de mi ministerio».

También debe recurrir a la oración para pedir a nuestro Señor por las necesidades de las personas que están bajo su dirección. Esté seguro de que obtendrá usted más fruto con este medio que con todos los demás. Jesucristo, que debe ser el ejemplo de su forma de gobernar, no se contentó con utilizar sus predicaciones, sus trabajos, sus ayunos, su sangre y su misma muerte; sino que a todo esto añadió la oración ⁸. El no necesitaba orar por sí mismo; por nosotros fue por quienes tantas veces rezó, y para enseñarnos a hacer lo mismo, tanto por lo que a nosotros se refiere, como por lo que toca a aquellos cuyos salvadores debemos ser nosotros con El.

Otra cosa que le recomiendo es la humildad de nuestro Señor. Diga muchas veces: «Señor, ¿qué he hecho yo para tener este cargo? ¿Qué obras tengo para corresponder a la carga que han puesto sobre mis espaldas? ¡Dios mío! Lo voy a estropear todo, si tú no guías todas mis palabras y mis acciones». Consideremos siempre en nosotros todo lo que tenemos de humano y de imperfecto, y encontraremos demasiado de qué humillarnos, no sólo delante de Dios, sino también ante los hombres y en presencia de nuestros inferiores.

Sobre todo, no tenga usted la pasión de parecer superior ni de ser el maestro. No opino lo mismo que una persona que, hace unos días, me decía que para dirigir bien y mantener la autoridad, era preciso hacer ver que uno era el superior. ¡Dios mío! Nuestro Señor Jesucristo no habló de esa manera; nos enseñó todo lo contrario de palabra y de ejemplo, diciéndonos de sí mismo que había venido, no a ser servido, sino a servir a los demás, y que el que quiera ser el amo tiene que ser el servidor de todos ⁹.

Acepte, pues, este santo principio, y pórtese con aquellos con quienes va a convivir *quasi unus ex illis*, diciéndoles de antema-

8 Cfr. Mc 1,35; 6,12.46; 14,35.

9 Cfr. Mt 20,28.

no que no va usted a enseñarles nada, sino a servirles; hágalo así por dentro y por fuera y ya verá cómo le va todo bien.

Hemos de referir a Dios todo el bien que se hace por medio de nosotros; por el contrario, atribuirnos todo el mal que ocurre en la comunidad. Sí, acuérdesse que todos los desórdenes vienen principalmente del superior que, por su negligencia o su mal ejemplo, introduce el desorden, de la misma forma que todos los miembros del cuerpo se debilitan cuando la cabeza está enferma.

La humildad tiene que llevarle a evitar toda complacencia, que suele brotar principalmente en las ocupaciones que tienen cierto esplendor. ¡Ay, padre, qué veneno tan peligroso de las buenas obras es la vana complacencia! Es una peste que corrompe las acciones más santas y que hace que nos olvidemos pronto de Dios. Guárdese de este defecto, en nombre de Dios, como del más peligroso que yo conozco para el progreso en la vida espiritual y en la perfección.

Para ello entréguese a Dios, a fin de hablar con el espíritu humilde de Jesucristo, confesando que su doctrina no es de usted, sino del evangelio. Imite sobre todo la sencillez de las palabras y de las comparaciones que nuestro Señor siguió en la sagrada escritura, cuando hablaba al pueblo. ¡Qué maravillas podría él haberle enseñado al pueblo! ¡Qué secretos no habría podido descubrir de la divinidad y de sus admirables perfecciones, él que era la sabiduría eterna de su Padre! Pero ya ve usted cómo hablaba de forma inteligible y se servía de comparaciones familiares: el labrador, el viñador ¹⁰, el campo, la viña ¹¹, el grano de mostaza ¹². Así es como tiene usted que hablar, si quiere que le entienda el pueblo, al que anuncia la palabra de Dios.

Otra cosa en la que debe poner una atención especial es sentirse siempre dependiente de la conducta del Hijo de Dios; o sea, que cuando tenga que actuar, haga esta reflexión: «¿Es esto conforme con las máximas del Hijo de Dios?». Si así lo cree, diga: «Entonces, bien, digámoslo»; por el contrario, si no lo es, diga: «No lo haré».

10 Cfr. Mt 13, 21,40.

11 Cfr. Mt 13,31.38.44; Lc 12,16.28; Jn 15,1.5.

12 Cfr. Mt 13,31.

Además, cuando se trate de hacer alguna buena obra, dígame al Hijo de Dios: «Señor, si tú estuvieras en mi lugar, ¿qué harías en esta ocasión? ¿cómo instruirías a este pueblo? ¿cómo consolarías a este enfermo de espíritu o de cuerpo?».

Esta dependencia tiene que extenderse también a respetar mucho a los que representan para usted a nuestro Señor, y que ocupan el lugar de superiores suyos; créame, su experiencia y la gracia que les comunica Jesucristo por su bondad, en virtud de su cargo, les ha enseñado muchas cosas para el buen gobierno de los demás. Le digo esto para que no haga nada de importancia ni emprenda nada extraordinario, sin pedirme consejo; y si la cosa es urgente y no tiene tiempo para conocer mi decisión, diríjase al superior más cercano, preguntándole: «Padre, ¿qué haría usted en esta ocasión?». Tenemos experiencia de que Dios ha bendecido el gobierno de los que han actuado así, mientras que ha sucedido lo contrario con los que no lo han hecho, metiéndose en asuntos que no sólo les han dado muchas preocupaciones, sino que incluso nos han puesto en apuros.

Le ruego también que ponga mucha atención en no querer distinguirse en su gobierno. Deseo que no obre por afectación, sino que siga siempre *viam regiam*, el camino ancho, para poder caminar con toda seguridad y sin ninguna queja. Quiero decirle con esto que se conforme en todas las cosas con las reglas y las santas costumbres de la congregación. No introduzca nada nuevo, sino siga los avisos que han sido trazados para aquellos que dirigen las casas de la compañía y no prescindan de nada de lo que se hace en ella.

Sea, no sólo fiel, en la observancia de las reglas, sino exacto en hacerlas observar a los demás; si no, todo irá mal. Y como ocupará usted el lugar de Jesucristo, tiene que ser también como él una luz que ilumine y caliente: «Jesucristo, dice san Pablo, es el esplendor del padre»¹³. Y san Juan dice que es «la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo»¹⁴.

Vemos cómo las causas superiores influyen en las inferiores: por ejemplo, los ángeles que pertenecen a una jerarquía superior esclarecen, iluminan y perfeccionan a las inteligencias de la

13 Heb 1,3.

14 Jn 1,9.

jerarquía inferior: del mismo modo, el superior, el pastor y el director tiene que purificar, iluminar y unir con Dios a las almas que Dios mismo le ha encomendado.

Lo mismo que los cielos envían sus benéficos influjos sobre la tierra, también los que están por encima de los demás deben derramar sobre ellos el espíritu principal, que debe animarles; para ello, tiene que estar usted lleno de gracia, de luz y de obras buenas, lo mismo que vemos cómo el sol comunica a los otros astros de la plenitud de su claridad.

En fin, es preciso que sea usted como la sal: *Vos estis sal terrae* ¹⁵, impidiendo que la corrupción llegue hasta el rebaño que le tiene a usted por pastor.

Después que el padre Vicente me dijo todo esto, con un celo y una caridad inexplicable, llegó un hermano de la compañía, que le habló de un asunto temporal referente a la casa de San Lázaro; y cuando salió aquel hermano, aprovechó la ocasión para darme los consejos siguientes:

Ya ve, padre, cómo de las cosas de Dios de que estábamos hablando he de pasar a los negocios temporales; de ahí puede deducir que toca al superior mirar no solamente por las cosas espirituales, sino que ha de preocuparse también de las cosas temporales; pues, como sus dirigidos están compuestos de cuerpo y alma, debe también mirar por las necesidades del uno y de la otra, y esto según el ejemplo de Dios que, ocupado desde toda la eternidad en engendrar a su Hijo, y el Padre y el Hijo en producir al Espíritu Santo, además de estas divinas operaciones *ad intra* creó el mundo *ad extra*, ocupándose continuamente en conservarlo con todas sus dependencias y produciendo todos los años nuevos granos en la tierra y nuevos frutos en los árboles, etc. Y el mismo cuidado de su adorable Providencia llega hasta hacer que no caiga ni una sola hoja de un árbol sin su aprobación; tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza ¹⁶. Y alimenta hasta al más pequeño gusanillo y al más humilde insecto. Esta consideración me parece muy oportuna para hacerle comprender que no debe dedicarse únicamente a lo que es más elevado, como son las funciones que se refieren a las cosas

15 Mt 5,13.

16 Cfr. Mt 10,30.

espirituales, sino que además es preciso que el superior, que en cierto modo representa toda la amplitud del poder de Dios, atienda a las más menudas cosas temporales, sin creer que esta atención es indigna de él. Así pues, entréguese a Dios para buscar el bien temporal de la casa adonde va.

El Hijo de Dios, al enviar al principio a sus apóstoles, les recomendó que no llevasen dinero; pero luego, al crecer el número de sus discípulos, quiso que hubiera uno del grupo *qui loculos haberet* ¹⁷. Y que se cuidase, no sólo de alimentar a los pobres, sino también de atender a las necesidades de sus compañeros. Más aún, dejó que algunas mujeres fuesen tras él por este mismo fin, *quae ministrabant ei* ¹⁸; Y si manda en el evangelio que nadie se preocupe por el día de mañana ¹⁹, esto debe entenderse de no estar demasiado apurado ni solícito por los bienes de la tierra, pero no de que tengamos que descuidar por completo los medios para poder vivir y vestirnos; de lo contrario, no sería necesario sembrar.

Y acabo; ya basta por hoy. Repito una vez más que lo que va a hacer usted es una obra muy grande, *grande opus*. Pido a nuestro Señor que bendiga su gobierno; pídale usted, por su parte, juntamente conmigo, que me perdone todas las faltas que he cometido en el cargo en que estoy.

78 [154,XI, 351-356]

CONFERENCIA EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 1656

Noticias de Polonia. Planes de Dios sobre la difusión de la Iglesia.

Nos humillaremos mucho delante de Dios porque ha querido, si son ciertos los rumores que corren, suspender una vez más la concesión del bien que con tanta insistencia y tantas veces le habíamos pedido: sin duda, la causa de ello son nuestros peca-

17 Cfr. Jn 12,6.

18 Lc 8,3.

19 Cfr. Mt 6,34.

Conferencia 78. — L. ABELLY, *o.c.*, lib. II, cap. 1, sec. 10, p. 196 s.

dos. Se dice, aunque todavía no es seguro ni se ha confirmado el rumor, que no sólo no se han pacificado las cosas de Polonia, sino que incluso el rey, que contaba con un ejército de cerca de cien mil hombres, ha dado una batalla y la ha perdido ¹. Una persona distinguida de la corte de Polonia me había escrito que la reina se dirigía al encuentro del rey y que estaba a sólo dos jornadas del ejército. Su carta es del 28 de julio y corre el rumor que la batalla se dio el 30. Si es así, ni siquiera la persona de la reina está segura.

¡Ay, padres y hermanos míos! ¡Qué confusión hemos de sentir al ver que nuestros pecados han impedido que Dios atendiera nuestras plegarias! Llenémonos de aflicción por este reino tan grande y tan vasto, que ha sido tan fuertemente atacado y que está en peligro de perderse, si la noticia es cierta. Pero sentimos sobre todo pena por la iglesia, que se perderá en aquel país, si el rey llega a sucumbir, pues la religión no puede mantenerse más que por la conservación del rey, y la iglesia va a caer en manos de sus enemigos en aquel reino. Los moscovitas ocupan ya más de cien o ciento veinte leguas de extensión, y ahora el resto está en peligro de ser invadido por los suecos.

Todo esto me da motivos para temer que suceda lo que quería indicar el papa Clemente VIII, que era un hombre muy santo, apreciado no sólo por los católicos, sino por los mismos herejes, un hombre de Dios y de paz, a quien tributaban alabanzas sus propios enemigos; yo mismo he oído a luteranos que alababan y estimaban sus virtudes. Este santo papa recibió a dos embajadores de ciertos príncipes de oriente, donde empezaba a extenderse la fe, y queriendo dar por ello gracias a Dios en presencia de ellos, ofreció el santo sacrificio de la misa por su intención. Cuando estaba en el altar, en el *memento*, ellos le vieron derramar lágrimas, gemir y sollozar; esto les llenó de admiración, de forma que, una vez acabada la misa, se tomaron la libertad de preguntarle cuál era la causa de sus lágrimas y gemidos en una acción que solamente debería procurarle motivos de consuelo y de gozo. El les dijo con toda sencillez que era verdad que había comenzado la misa con gran satisfacción y contento,

¹ El rumor tenía fundamento. El ejército de Carlos Gustavo tomó Varsovia el día 1 de agosto, después de tres días de combate.

al ver el progreso de la religión católica; pero que este contento se había trocado de repente en tristeza y amargura, al ver las pérdidas y la disminución que todos los días le ocasionaban los herejes; de modo que había motivos para temer que Dios quisiera trasladarla a otros lugares.

También nosotros, padres y hermanos míos, hemos de tener estos sentimientos y tener miedo de que se nos quite el reino de Dios. Es muy deplorable la desgracia que vemos con nuestros ojos: seis reinos arrebatados a la Iglesia, a saber, Suecia, Dinamarca, Noruega, Inglaterra, Escocia e Irlanda; y además Holanda y gran parte de Alemania y muchas de esas grandes ciudades hanseáticas. ¡Oh Salvador! ¡Qué pérdida! Y ahora estamos a punto de ver perdido también el reino de Polonia, si no lo preserva Dios con su misericordia.

Es cierto que el Hijo de Dios ha prometido que estaría en su Iglesia hasta el fin de los tiempos; pero no ha prometido que esta Iglesia estaría en Francia, o en España, etc. Ha asegurado que no abandonaría a su Iglesia y que ésta perduraría hasta la consumación del mundo ², en algún lugar del mundo, pero no concretamente aquí o allí. Y si había algún país en donde parece que debería haberla dejado, parece que no hay lugar más digno de preferencia que la Tierra Santa, donde él nació y empezó su Iglesia y realizó tantas y tantas maravillas. Sin embargo fue a aquella tierra, por la que tanto había hecho y tanto se había complacido, a la que quitó primero su Iglesia, para dársela a los gentiles. Antiguamente, a los hijos de aquella misma tierra les quitó también el arca, permitiendo que fuese cogida por sus enemigos los filisteos, prefiriendo, por así decir, ser hecho prisionero con su arca, sí, él mismo prisionero de sus enemigos, antes que quedarse entre unos amigos que no cesaban de ofenderle ³. Así es como Dios se portó y sigue portándose todos los días con los que, a pesar de deberle tantas gracias, le provocan con toda clase de ofensas, como hacemos nosotros, tan miserables. ¡Ay de aquel pueblo al que Dios dice: «Nada quiero de vosotros, ni sacrificios ni ofrendas; ni vuestras devociones ni vuestros ayunos me agradan; no quiero ni verlos. Lo habéis en-

2 Cfr. Mt 28,2.

3 1 Sam 5.1.

suciado todo con vuestros pecados; os abandono; marchaos, no tendréis parte conmigo»⁴. ¡Ay, padres, qué desgracia!

Pero, ¡oh Salvador!, ¡qué gracia ser del número de los que Dios desea servirse para trasladar sus bendiciones y su Iglesia! Podemos verlo por la comparación con un señor desgraciado que se ve obligado a huir y a marcharse al destierro por culpa de una necesidad, de la guerra, de la peste, del incendio de sus posesiones, o por la desgracia de un príncipe, y que en medio de la ruina de todas sus fortunas ve a algunos que vienen a ayudarle, que se ofrecen a servirle y a transportar todo lo que tiene. ¡Qué alegría y qué consuelo para aquel hombre, en medio de su desgracia! ¡Ay, padres y hermanos míos, qué gozo sentirá Dios si, en la ruina de su iglesia, en medio de esos trastornos que ha causado la herejía, en el incendio que la concupiscencia ha provocado por todas partes, se encuentra con algunas personas que se le ofrecen para trasladar a otro sitio, si se puede hablar así, los restos de su iglesia, o para defender y conservar aquí lo poco que quede! ¡Oh Salvador, qué gozo sientes al ver a estos servidores y este fervor para defender y mantener lo que aquí te queda, mientras que van otros a conquistar para ti nuevas tierras! ¡Ay, padres, qué motivo de alegría! Veis cómo los conquistadores dejan una parte de sus tropas para guardar lo que poseen, y envían a los demás a conquistar nuevas plazas y extender su imperio. Así es como debemos obrar nosotros: mantener aquí animosamente las posesiones de la iglesia y los intereses de Jesucristo, y entretanto trabajar incesantemente por realizar nuevas conquistas y hacer que le reconozcan los pueblos más lejanos.

Un autor de una herejía⁵ me decía en cierta ocasión: «Dios se ha cansado finalmente de los pecados de todos estos lugares, está encolerizado y ha resuelto quitarnos la fe, de la que nos hemos hecho indignos; ¿no será, añadía, una temeridad oponerse a los designios de Dios y empeñarse en defender a la Iglesia, a la que ha decidido condenar? De mí puedo decirle, seguía di-

4 Cfr. Is 1,11-15.

5 El abad de Saint-Cyran. Sobre los diferentes juicios de san Vicente sobre el abad de Saint-Cyran: 31 marzo-2 abril de 1639 (XIII, 86-93): «Uno de los mejores hombres que conozco» y «un autor de herejías», a partir de 1648 (III, 364), cfr. J. ORCIBAL, *Les origines du Jansenisme*, III; J. DUVERGIER DE HAURANNE, p. 28-33.

ciendo, que quiero trabajar en este empeño de destruirla». ¡Ay, padres! Quizás decía la verdad al señalar que Dios, por nuestros pecados, quería quitarnos la Iglesia. Pero mentía en lo que decía que era una temeridad oponerse a Dios en esto y en trabajar por conservar y defender su Iglesia; porque Dios lo pide y hay que hacerlo. No es ninguna temeridad ayunar, mortificarse, rezar para aplacar su cólera, combatir hasta el fin para sostener y defender la Iglesia en todos los lugares en que se encuentra. Y si hasta ahora parece que nuestros esfuerzos han sido inútiles, por culpa de nuestros pecados, al menos por los efectos así parece, no por eso hemos de desistir, sino humillándonos profundamente, continuar nuestros ayunos, comunicaciones y plegarias, junto con todos los buenos servidores de Dios que ruegan incesantemente por esta misma intención. Y hemos de esperar que, finalmente, Dios con su gran misericordia se dejará conmover y nos escuchará. Humillémonos, pues, todo lo que podamos por nuestros pecados pero tengamos confianza y mucha confianza en Dios, que desea que sigamos rogando cada vez más por ese pobre reino de Polonia tan desolado y que reconozcamos que todo depende de él y de su gracia.

79 [155,XI, 356-360]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
18 DE OCTUBRE DE 1656

Al empezar la oración, hay que ver siempre adónde se dirige el tema propuesto. El padre Vicente aplica este principio a la oración del día. Noticias de los misioneros de Polonia. Necesidades de la misión de Madagascar. No utilizar la expresión «nuestros señores».

El padre Vicente, después de escuchar a cuatro personas de la compañía, a las que había hecho repetir su oración hecha sobre el evangelio del día, dijo que había observado que, en la oración, la compañía no ponía suficiente atención en la finalidad

Conferencia 79. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 42.

de cada meditación, a pesar de que cada meditación tiene un fin principal, que hemos de tener siempre presente cuando empezamos la oración, diciéndonos en nuestro interior: «Bien, ¿a qué tiende esta meditación? ¿para qué se nos ha propuesto este tema?, etc.». Porque en la meditación siempre hay que mirar, lo mismo que en las demás cosas, el fin de la cosa que se propone, o sea, la gloria que de ella viene a Dios o el bien y la utilidad que de ella sacará el prójimo.

Por ejemplo, el tema de la meditación de hoy es sobre la elección y misión de los discípulos, y cómo nuestro Señor recomienda que se pida al Dueño de la mies que mande operarios a su mies y les dice a estos discípulos que no lleven saco, ni bolso, ni zapatos ¹. Pues bien, había que considerar qué es lo que podía haber dado ocasión a nuestro Señor para ordenar esto a sus discípulos, qué es lo que pretendía, cuál es la utilidad que vio nuestro Señor que podía seguirse para su gloria, para el bien de su Iglesia y de sus discípulos y, por el contrario, el mal que preveía que se seguiría, si no se obraba de ese modo. Por consiguiente, el fin de esta meditación es excitarnos a pedir a Dios que envíe buenos operarios a su viña, buenos sacerdotes, buenos misioneros que sean desprendidos de sí mismos y de los bienes de la tierra, del dinero, de las comodidades, y examinar luego si estamos en ese estado que pide nuestro Señor a los obreros evangélicos. Algunos de los que han hablado en la repetición han tocado estos puntos, pero otros no. Lo que se necesita sobre todo es razonar poco, pero rezar mucho, mucho, mucho. Después de haber considerado lo que acabo de decir, había que elevarse a Dios y decirle: «Señor, envía buenos operarios a tu Iglesia, pero que sean buenos de verdad; envía buenos misioneros, tal como deben ser, para trabajar bien en tu viña, personas, oh Dios mío, que sean desprendidas de sí mismas, de sus propias comodidades y de los bienes de la tierra, que sean buenos de verdad, aunque sean en menos número. Señor, concede esta gracia a tu Iglesia. Pon en mí, Señor, todas las condiciones que deseas en tus discípulos, como la de no tener ningún apego a los bienes de la tierra». Y así sucesivamente.

¹ Cfr. Lc 10,1.

Gracias a Dios, la compañía sigue esta práctica de no llevar dinero, habiendo uno solamente destinado para ello, que conserva el dinero y se encarga de pagar lo que se necesita para toda la compañía, y de atender a todas las necesidades de cada uno, en el vestido, alimento, etc. Por eso hemos hecho voto de pobreza, que nos obliga a dejar nuestras rentas a disposición de la compañía, o a nuestros parientes, si son pobres, o disponer de ellas y entregarlas a quienes creamos necesario, si es que no tenemos parientes necesitados. De este modo ya veis cómo la compañía se encuentra, por la gracia de Dios, en el segundo estado en que quiso nuestro Señor que estuviesen los apóstoles, siendo ambos estados igualmente perfectos en nuestro Señor; me refiero al estado en que quiso que estuvieran sus discípulos, que consiste en no tener saco, ni dinero, etc. ²; Y el otro, que consiste en que tuvieran con qué atender a su alimento y sus necesidades vitales; pues el mismo nuestro Señor y los apóstoles tenían personas, diáconos, mujeres buenas y caritativas que les seguían y les proporcionaban lo necesario para su alimentación y subsistencia ³. Y les permitió a esos mismos apóstoles y discípulos que tuvieran con qué vivir. Pues bien, Dios que ha inspirado, por ejemplo, a los padres capuchinos que abrazasen ese primer estado del que se habló en esta meditación, inspiró a otros religiosos y comunidades este segundo estado, que es también el que Dios ha deseado para la compañía.

¿Por qué creéis que quiso nuestro Señor que sus discípulos fueran de dos en dos? ⁴. Porque, al recomendar a cada uno que ejercitase la caridad para con su prójimo y ese prójimo supone que hay una segunda persona, por eso los envió de dos en dos, para que ambos ejercitasen continuamente la caridad entre sí y si uno de los dos caía, hubiera alguien que lo levantara y le animase en sus trabajos, si lo veía cansado y abatido. ¡Oh padres y hermanos míos! ¡qué admirable es la conducta del Hijo de Dios!

He recibido noticias de Polonia. El padre Ozenne me ha escrito sobre la situación en que se encuentran los padres Desda-

² Cfr. Mt 10,9-15.

³ Cfr. Lc 8,8.

⁴ Cfr. Lc 10,1.

mes y Duperroy y sobre lo ocurrido en Varsovia. Os había recomendado muchas veces que pidierais a Dios por ellos, porque había corrido cierto rumor por esta ciudad de que habían muerto cuando el retorno de los suecos a Varsovia, tras la batalla que habían ganado a los polacos; pero como no estaba seguro de ello, no os lo había querido decir. Pues bien me escribe el padre Ozenne que, gracias a Dios, están bien, pero que lo han perdido todo, ya que, tras la victoria obtenida por los suecos hace unos dos meses, los mismos suecos que habían sido expulsados de dicha ciudad por el rey de Polonia han vuelto saqueándolo todo y se han dirigido contra el presbiterio de Santa Cruz, que es la residencia de los misioneros; se han llevado de allí todo lo que han encontrado y no han dejado nada a los padres Desdames y Duperroy. Lo principal es que nuestro Señor les ha salvado la vida.

Pido a la compañía, con todo el interés posible, que dé gracias a Dios por haber querido conservar a estos siervos suyos en la compañía, que son dos personas de las que puedo decir que nunca hemos encontrado nada criticable en ellos, por lo que yo recuerde. Al mismo tiempo ofrezcámonos a nuestro Señor para sufrir todas las aflicciones que se presenten. Pidámosle mucho esta gracia, hermanos míos, no sólo para cada uno de nosotros en particular, sino también para toda la compañía en general. La reina les ha dicho que acudieran a su lado y su majestad ha empezado ya a proveerles de ropa y de las demás cosas necesarias para ello. Tenemos necesidad de obreros semejantes.

Os decía últimamente que el señor mariscal de La Meilleraye me había escrito o hecho escribir que le enviase un sacerdote, pues había en Madagascar doce mil almas esperando convertirse a nuestra religión. «¿Pues qué?, me decía, ¿es que el padre Vicente quiere abandonar de este modo a doce mil almas que sólo esperan sacerdotes para convertirse?».

A propósito, ya les he indicado a nuestros hermanos coadjutores y a nuestros hermanos clérigos lo que les dije también a los sacerdotes, que no les llamasen «nuestros señores», sino «sacerdotes», cuando hablen de los padres de nuestra compañía.

SOBRE LAS SALIDAS A LA CIUDAD

Razones para portarse bien por la ciudad. Las faltas y sus remedios.

La conferencia era sobre las razones que tiene la compañía de portarse bien cuando vaya a la ciudad; en el segundo punto, cuáles son las faltas que pueden cometerse; y en el tercer punto, los remedios a esas faltas.

El padre Vicente recomendó mucho a la compañía que se portase con la mayor modestia que pudiera, para no escandalizar a nadie; que no llevasen el manteo de una manera garbosa, en contra de la modestia eclesiástica. Dijo que los sacerdotes de la conferencia de los martes habían tenido una conferencia sobre este tema y que, desde entonces, no había oído decir de nadie que llevase el manteo en contra de la decencia y la modestia del verdadero eclesiástico. Que no hay que escoger al compañero, ni pedir a uno o a otro, sino contentarse con quien mande el superior; y que, para ello, renovaba el buen propósito que había hecho de no conceder nunca al que tuviera que ir a la ciudad el compañero que éste le pidiera.

Y dirigiéndose a los encargados, los padres Almerás y Admirault, les dijo estas palabras:

A ustedes les ruego que no concedan nunca a los que tengan que ir a la ciudad la persona que ellos pidan como compañero; porque, fijaos, esto tiene mucha importancia, ya que nunca lo hacen sin alguna finalidad. De hecho tenemos esa experiencia con algunas personas que están en la compañía y de lo que se ha seguido de ello. Me acuerdo, entre otros, de uno que siempre pedía por compañero a una persona determinada; ¿sabéis por qué? Para ir a una taberna. Era natural que esas personas no duraran mucho tiempo ¹. O se trata quizás de ir a esta u otra

Conferencia 80. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 43 v^o.

¹ *Al margen:* Las personas a las que alude aquí el padre Vicente tuvieron que dejar la compañía después de estas faltas.

casa, adonde no quieren que el superior sepa que han ido, y esto va contra la regla, que dice, etc.

Añadió que, en los asuntos que haya que consultar o tratar, es preciso portarse con mucha discreción y modestia: si es con un magistrado, mirar en él a la justicia de Dios; si con el rey, si estamos en condición para ello, considerar en él la majestad de Dios ²; Y del mismo modo mirar la condición de las personas con quienes tratemos y prever la forma como hemos de portarnos, de tratar nuestros asuntos con ellos, de hablarles; y así en todo lo demás.

A continuación, el padre Vicente pidió perdón a la compañía por haberse portado tan mal en esto y haber dejado de hacer mucho bien, que se habría hecho si se hubiese portado debidamente y hubiera obrado como podía y debía hacerlo; por otra parte, que habría evitado mucho mal si no hubiera cometido ese escándalo. Y se puso de rodillas.

Dijo también que había que ir a saludar a nuestro Señor, al salir de casa y al volver de fuera ³.

81 [157,XI, 362-365]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
2 Y 3 DE NOVIEMBRE DE 1656

Reprimenda por haber descuidado el estudio del canto. Hijas de la Caridad enfermas. Piden hermanas de varios sitios. Hay que entregarse a las obras de misericordia. Elogio de los misioneros de Varsovia y de Roma.

El padre Vicente recomendó mucho a los seminaristas y a los estudiantes que aprendiesen a cantar, y dijo que es ésta una de las cosas que debe saber el sacerdote. ¿No es una vergüenza

² Pe 2,13-14

³ *Al margen*: Nota; el padre Vicente dijo otras muchas cosas que no he recogido; quizás lo haya hecho algún otro.

Conferencia 81. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 44.

ver cómo saben cantar los campesinos y muy bien? ¡Qué vergüenza para nosotros, que no lo sabemos hacer! Y cuando se enteró de que los estudiantes no aprendían ya el canto y que se había dejado esta práctica, exclamó y dijo:

¡Dios mío! ¡Qué cuenta tendré que darte por las cosas que dejan de hacerse por mi culpa! ¿Cuál es el motivo de que haya dejado de observarse esto? Padre Alméras y padre Berthe, les ruego que se reúnan ustedes y que llamen también al padre Portail, para ver los medios de que nadie salga del seminario y termine sus estudios sin saber cantar.

¡Pues sí que está bien que haya gente y personas que están destinadas a enseñar en los seminarios, y que no sepan cantar! ¿Cómo van a enseñar a los otros si ellos no lo han aprendido? Un gran prelado me ha hecho el honor de escribirme indicándome sus deseos de fundar en su diócesis no sólo un seminario, sino dos o tres, y me habla de la compañía para este objeto. ¿Y quiénes son esos que él pide? ¡Gentes que no saben cantar! ¡Bendito sea Dios por la idea que acaba de darme de hablar de esto a la compañía, a propósito de la recomendación que me ha hecho el padre Dehorgny de que recemos por su colegio! ¹.

Encomiendo también a las oraciones de la compañía a una buena hija de la caridad, gravemente enferma, buena sierva de Dios. Así como también a otra que ha pedido la reina para el hospital de La Fere, que está igualmente enferma; hay además otra, muy buena sierva de Dios, con la que perdería mucho esa humilde compañía si llegara a morir. No podéis imaginaros cómo las bendice Dios en todas partes y en cuántos lugares quieren tenerlas. El señor obispo de Tréguier ² me ha pedido ocho para colocarlas en tres hospitales; el obispo de Cahors ³ pide también alguna para dos hospitales que ha fundado en Cahors; el de Agde ⁴ las pide también, y su señora madre ⁵ me habló hace solamente tres o cuatro días, insistiendo en ello. Pero no es posible; no tenemos bastantes. Hace unos días le preguntaba a un

1 El colegio de Bons-Enfants.

2 Baltasar Grangier de Liverdi.

3 Alano de Solminihac.

4 Francisco Fouquet.

5 María de Maupeou, señora de Fouquet y madre del superintendente de hacienda.

párroco de esta ciudad, que tiene varias en su parroquia, si hacían mucho bien; me dijo: «¡Ay, padre! ¡Hacen tanto bien, por la gracia de Dios, que...»⁶. En fin, padres, no me atrevo a decirles lo que él me dijo.

En Nantes, donde hay algunas, sucede lo mismo desde que se dieron cuenta de la sencillez de esas pobres hermanas. En una palabra, ejercitan la misericordia, que es esa hermosa virtud de la que se ha dicho: «Lo propio de Dios es la misericordia». También la ejercitamos nosotros y hemos de ejercitarla durante toda nuestra vida: misericordia corporal, misericordia espiritual, misericordia en el campo, en las misiones, socorriendo las necesidades de nuestro prójimo; misericordia, cuando estamos en casa, con los ejercitantes y con los pobres, enseñándoles lo que necesitan para su salvación; y en tantas otras ocasiones como Dios nos presenta. En fin, hemos de ocupar toda nuestra vida en cumplir siempre y en todas partes la voluntad de Dios, que nos está marcada por la observancia de nuestras reglas. Y fijaos bien, hermanos míos, la cumpliremos siempre que no hagamos nuestra propia voluntad; y si hacemos la nuestra, nunca haremos la voluntad de Dios.

¿Qué cosa es nuestra vida, que pasa tan aprisa? Yo ya he cumplido los 76 años; sin embargo, todo este tiempo me parece ahora como si hubiera sido un sueño; todos esos años han pasado ya. ¡Ay, padres! ¡Qué felices son aquellos que emplean todos los momentos de su vida en el servicio de Dios y se ofrecen a él de la mejor manera que pueden! ¿Qué consuelo os imagináis que recibirán al final de su vida? Acordaos, por ejemplo, de los padres Desdames y Duperroy, que están en Varsovia: ¿qué es lo que han hecho? Ni los cañones, ni el fuego, ni el pillaje, ni la peste, ni todas las demás incomodidades e incertidumbres en que se encontraban, les han hecho dejar o abandonar su puesto, ni el lugar en donde los había colocado la divina Providencia, prefiriendo exponer su vida antes que faltar al ejercicio de esa hermosa virtud de la misericordia.

Me han escrito de Roma que un alumno del colegio de *Propagar, da Fide* se ha visto afectado por la peste y que los encar-

⁶ *Al margen*: El padre Vicente no quiso continuar hablando del bien que hacían esas buenas hermanas; por eso detuvo la frase.

gados de la salud de aquella ciudad han obligado a cerrar el colegio; y como es nuestra compañía la que proporciona confesores a dicho colegio, le han pedido al superior ⁷ que enviase a algún sacerdote que quisiera encerrarse allí. El superior de la Misión se lo propuso a la compañía; y el mismo confesor, que es el buen padre de Martinis se ofreció a ir y allí está encerrado con ellos. Bien, padres, ¿qué significa esto sino exponer la vida en servicio del prójimo, que es el acto más grande de amor que se le puede ofrecer a Dios, como dijo él mismo: «No hay mayor amor que dar la vida por el amigo»? ⁸. ¡Quiera Dios, padres y hermanos míos, concedernos a todos esta misma disposición!

82 [158, XI, 365-370]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
11 DE NOVIEMBRE DE 1656

No extrañarnos si cambiamos de disposición. Caridad de san Martín, que ha de imitar la compañía. Los hermanos coadjutores no deben tener recreo. Noticias de los misioneros de Polonia y de Lucas Arimondo, de Génova. Se retrasa el viaje de los misioneros destinados a Madagascar.

En la repetición de la oración, el padre Vicente tomó ocasión para hablar de lo que dijo un seminarista, al repetir su oración, hablando del cambio que había notado en él, ya que unas veces estaba bien, otras mal, unas veces fervoroso y otras cansado y perezoso. Tomando la palabra el padre Vicente, le dijo que no había que extrañarse de eso, puesto que el hombre está hecho de esta manera: hoy se ve humillado y triste, y mañana alegre y bien dispuesto. El mismo Hijo de Dios quiso abandonar el cielo para ponerse en ese estado durante algún tiempo. Vemos cómo a su nacimiento los pastores y los ángeles vinieron a adorarle, a alegrarse de su nacimiento Y a rendirle homenaje; luego

7 Edmundo Jolly.

8 Jn 15,13

Conferencia 82. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 45 v^o.

sabemos que se vio obligado, por así decirlo, a huir a un reino extranjero, para evitar la persecución de Herodes. Muerto Herodes, vuelve a su patria. Va al templo y allí, entre los doctores, da muestras de ser un niño muy inteligente. De aquel estado de admiración que sentían ante él todos cuantos le veían y oían hablar de aquel modo, pasa a otro estado, ya que, al volverse la santísima Virgen y san José, se quedó solo en el templo, como un pobre desamparado ¹. Otras veces veis cómo hace milagros, resucita muertos, hace hablar a los mudos, cura a los enfermos, pero luego se ve perseguido por sus enemigos. Ahora lo veis rodeado de esplendor en la montaña del Tabor, y después lo veis tratado cruelmente, lleno de burlas, injuriado, azotado. Y con respecto a su Iglesia, ocurre lo mismo: unas veces en paz, otras perseguida, etc. No, hermanos míos, no hay que extrañarse de ver estos cambios en uno mismo; lo que hay que hacer es dar gracias a Dios igualmente por lo uno y por lo otro, por cualquier estado en que su divina Majestad quiera que estemos, bien sea gozo y consuelo, bien tristeza y aflicción, y amar todos los estados en que Dios quiera ponernos, sean los que fueren.

Pidámosle esta gracia hoy a nuestro Señor por medio de san Martín, aquel gran santo tan venerado en toda la Iglesia; la Iglesia aprecia tanto aquel gran acto de caridad que tuvo con un pobre, cortando la mitad de su capa para dársela y que tuviera con qué cubrirse, que nos lo representa montado a caballo y dándole al pobre la mitad de su capa; el mismo nuestro Señor, para demostrar a su servidor cuán agradable le era aquel acto de caridad, se le apareció durante la noche, cubierto con aquella mitad de capa. Esto, padres y hermanos míos, nos hace ver cuánto aprecian Dios y la Iglesia, inspirada y guiada por el Espíritu Santo, la caridad que se practica con los pobres. Hermanos míos, ¡qué felicidad la nuestra de encontrarnos en una compañía que hace profesión de socorrer las necesidades del prójimo! Caridad: en la casa, caridad en el campo por medio de las misiones, caridad con los pobres, y puedo decir que, por la gracia de Dios, no se ha presentado hasta ahora ninguna ocasión de socorrer a los pobres en sus necesidades, que no la haya aprovechado la compañía. ¡Qué consuelo para esta humilde compañía ver que, a

¹ Cfr. Mt 2,1; Lc 2,41.

pesar de su ruindad, Dios quiere servirse de ella de este modo! ¡Qué consuelo para la misma compañía ver que casi no ha terminado todavía de sembrar, cuando ya, casi al mismo tiempo, recoge los frutos! Esto se ve en las misiones, donde las pobres gentes pasan dos o tres días con un trozo de pan a la puerta de las iglesias para no perder la ocasión de confesarse y ponerse en buen estado. En una palabra, lo repito, podemos considerarnos felices de encontrarnos en una condición en la que se hace profesión de hacer lo mismo que hacía san Martín en su obispado esto es, ir por las aldeas a predicar, dar la catequesis e instruir al pobre pueblo. Pidámosle a Dios por intercesión de este gran santo que nos dé la generosidad basada en la humildad. Sí, pidamos a este gran santo que le obtenga a la compañía la virtud de la generosidad basada en la humildad; fijaos bien, la generosidad basada en la humildad, porque la generosidad tiene como fundamento a la humildad.

Aun hoy se nos ha presentado una nueva ocasión para que la compañía sirva a los pobres ²; les pido, con todo el afecto de mi corazón, que le roguéis mucho a nuestro Señor que quiera darnos a conocer su voluntad en este asunto.

Entonces el hermano Alejandro, segundo en antigüedad de los hermanos coadjutores, se puso de rodillas; el padre Vicente le preguntó qué pasaba; él respondiendo a esta pregunta de su superior, se acusó de haber faltado a la prohibición que se les había hecho antes a los hermanos coadjutores de conversar, a manera de recreo, después de la comida y de la cena, charlando una vez con un hermano, durante un cuarto de hora poco más. o menos.

El padre Vicente le replicó en estos términos:

Bien, hermano mío, ¡alabado sea Dios! Es verdad que no debe hacerse esto y que ya antes lo habíamos recomendado, ya que como los hermanos están empleados en unas ocupaciones que de suyo son distraídas y no requieren ningún esfuerzo intelectual, el recreo tiene que ser sólo para los sacerdotes y para los estudiantes que, ocupados durante el día en el estudio, en el rezo del oficio, en la preparación de las misiones, necesitan al-

² El rey deseaba confiar a la congregación de la Misión la dirección espiritual del hospital general.

gún descanso y recreo para expansionar el espíritu. Bien, hermanos míos, entregaos a Dios para seguir esta práctica y no os pongáis a charlar entre vosotros después de las comidas, como se hace en el recreo, sino id cada uno a vuestra tarea; si es alguna fiesta, o domingo, o hay algunos que no tienen entonces nada que hacer, que acudan a la cocina o a la despensa para ayudar a los que hay allí.

Encomendó además a las oraciones de la compañía las necesidades de Polonia y dijo que había recibido noticias la tarde anterior, y que el señor de Fleury, capellán de la reina de Polonia, le había indicado que los asuntos del rey y de la reina iban cada vez mejor, gracias a Dios; tampoco se olvidó de alabar a los padres Desdames y Duperroy que, como ya se había dicho varias veces, no abandonaron su parroquia de Santa Cruz de Varsovia, a pesar de que les habían saqueado hasta los manteos y se lo quitaron todo; ni los cañones, ni el fuego, ni la peste habían sido capaces de hacerles abandonar el puesto en que les había colocado la divina providencia, sino que se quedaron allí haciendo todo el bien que podían.

Añadió que el padre Lucas ³, sacerdote de la Misión de Génova, en Italia, estaba haciendo ejercicios para disponerse a asistir a los apestados, por si acudían a la Misión de Génova a pedir un sacerdote para ellos; que el barco que estaba dispuesto para Madagascar, a punto de partir y de hacerse a la vela, el día de la vigilia de Todos los Santos, se vio impedido de hacerlo, por la providencia de Dios, debido a un brusco cambio de viento que se mostró totalmente contrario a la navegación; el padre Herbron, sacerdote de la Misión, que iba en aquel barco para marchar a aquella isla, se lo acababa de comunicar, diciéndole que era aquel el motivo de que no hubiera salido todavía su barco. Dijo también que Dios lo había permitido así por una providencia especial y que, si el viento no se hubiese cambiado tan bruscamente como lo hizo, el barco se habría hecho a la vela y los paquetes de cartas y otros papeles, tan útiles y necesarios para los misioneros de aquellos países, no habrían podido ser llevados en aquel barco, pues el paquete no habría llegado a tiempo a Nantes para ser entregado a dicho padre Herbron; pero,

3 Lucas Arimondo.

gracias a aquel retraso, las Hijas de la Caridad de Nantes pudieron entregar aquel paquete a los misioneros antes de partir.

83 [159,XI, 370-372]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
12 DE NOVIEMBRE DE 1656

Noticias de los misioneros de Berbería. Los misioneros han de estar dispuestos a sufrirlo todo por la gloria de Dios.

En la repetición de la oración dijo el padre Vicente, entre otras cosas, que el padre Le Vacher, el mayor, sacerdote de la compañía, que está en Túnez con el señor cónsul, se encontraba por entonces en paz y tranquilidad, tanto respecto a los turcos como respecto al cónsul inglés y los comerciantes franceses; que pedía a la compañía que diera gracias a Dios por ello; que no ocurría lo mismo en Argel, ya que desde que está allí como cónsul nuestro hermano Barreau, ha tenido que sufrir persecuciones casi continuamente, al menos muy frecuentes, por los ultrajes y malos tratos que le han hecho sufrir los turcos y por las ingratitudes de algunos cristianos, por los que había prestado su fianza, de forma que actualmente se encuentra muy comprometido en todo esto. Y me dice que está ahora amenazado por causa del mal trato a que ha sometido un francés a ciertos judíos, y dicen los turcos que la responsabilidad recae sobre el cónsul de los franceses, sin tener en consideración que se trata de faltas personales.

Luego, el padre Vicente exclamó, diciendo:

¡Quiera Dios, mis queridísimos padres y hermanos, que todos los que vengan a entrar en la compañía acudan con el pensamiento del martirio, con el deseo de sufrir en ella el martirio y de consagrarse por entero al servicio de Dios, tanto en los países lejanos como aquí, en cualquier lugar donde él quiera servirse de esta pobre y pequeña compañía! Sí, con el pensamiento del martirio. Deberíamos pedirle muchas veces a Dios esta

Conferencia 83. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 47.

gracia y esta disposición, de estar dispuestos a exponer nuestras vidas por su gloria y por la salvación del prójimo, todos los que aquí estamos, los hermanos, los estudiantes, los sacerdotes, en una palabra toda la compañía. ¡Ay, padres! ¿Puede haber algo más razonable que dar nuestra vida por aquel que entregó tan libremente la suya por todos nosotros? Si nuestro Señor nos ama hasta el punto de morir por nosotros, ¿por qué no vamos a desear tener esa misma disposición por él, para morir efectivamente si se presenta la ocasión? Vemos cómo tantos papas fueron martirizados uno tras otro; se cuentan hasta treinta y cinco seguidos. No es extraño ver cómo algunos comerciantes, por obtener una pequeña ganancia, atraviesan los mares y se exponen a mil peligros. El domingo pasado hablaba con uno de ellos, que vino a verme, y me decía que le habían propuesto ir hasta las Indias y que se había decidido a ir, con la esperanza de obtener alguna ganancia. Le pregunté si había muchos peligros y me contestó que sí, que era muy peligroso, pero que conocía a cierta persona que había vuelto de allí, y que otra, a la verdad, se había quedado. Entonces me dije a mí mismo: si esa persona, por una pequeña ganancia, por traer alguna piedra preciosa, se expone a tantos peligros, ¿con cuánta más razón hemos de hacerlo nosotros para llevar esa piedra preciosa del evangelio?

84 [160, XI, 372-380].

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
15 DE NOVIEMBRE DE 1656

Naufragio del barco que llevaba a Madagascar a Francisco Herbron, a Carlos Boussordec y al hermano Cristóbal De-launay. Lecciones que hay que sacar de este accidente.

El padre Vicente dio la señal para que se le acercaran todos, como si se tratara de hacer la repetición habitual de la oración, y les dijo:

Os ruego que os acerquéis, no para repetir la oración, ya que tuvimos ese ejercicio ayer o anteayer, que era el día de san Mar-

Conferencia 84. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 47 v^o.

tín, sino para hablaros de una gracia que Dios, con su bondad infinita, acaba de conceder a algunos de la compañía, para que se lo agradezcáis; y además para comunicaros el desastre que les ha ocurrido a otras personas. Ayer tarde recibí una carta que me ha escrito el padre Boussoordec, en la que me indica que el barco que se dirigía a Madagascar, en el que ellos iban, ha naufragado. He aquí cómo. Ya sabéis el gran viento que se levantó el último día de todos los santos, tan intenso que rompió hasta una de las ventanas de este edificio y derrumbó parte de la chimenea del edificio nuevo. Esa carta nos dice que, cuando estaba ya dispuesto a partir el barco, como os dije uno de estos días pasados, no pudo hacerlo por el cambio de viento que se presentó.

El día de todos los santos, los padres Herbron y Boussoordec dijeron la misa en el barco, que estaba en la rada, con mucha dificultad, por culpa del viento que hizo aquel día.

Al día siguiente, día de los difuntos, aumentó la tempestad; y para evitar el peligro, hicieron bajar el barco frente a San Nazario, en la ría de Nantes. Estando allí, los padres, que tenían muchas ganas de celebrar aquel día y que quizás pensaban en sus parientes y amigos que están en el purgatorio y gritaban: *Miseremini mei, saltem vos amici mei*¹, juntándose la devoción que tenían de celebrar con la necesidad que el padre Herbron tenía de bajar a tierra, como dice la carta, por no sé qué motivo, el caso es que se decidieron a salir del barco y se fueron a San Nazario, a unas cuatro leguas de allí, para decir la misa. Marcharon y dijeron misa en San Nazario. Acabada la misa, pensaban volver al barco junto con el capitán, que también había desembarcado. Al llegar a la ría de Nantes, donde estaba el barco, no encontraron a nadie que quisiera llevarles hasta él por culpa del temporal que había, pues los marineros no se atrevían a exponerse, y no tuvieron más remedio que quedarse en tierra sin poder pasar. Viendo todo esto y que la tempestad seguía durante todo el día, se volvieron a San Nazario, donde durmieron.

Y he aquí que durante la noche, a eso de las once, el temporal se hizo aún más recio y empujó el barco hacia un banco de arena, donde quedó destrozado. Pero Dios inspiró a algunos la idea instintiva de hacer una especie de balsa con maderos liga-

1 Job 19,21.

dos entre sí. ¿Cómo se hizo esto? No lo sé todavía; lo cierto es que subieron allá dieciséis o diecisiete personas a merced de las aguas y bajo la misericordia de Dios. Entre esas dieciséis o diecisiete personas estaba nuestro pobre hermano Cristóbal Delaunay que, con un crucifijo en la mano, empezó a animar a sus compañeros. «¡Animo!, les decía, ¡tenemos mucha fe y confianza en Dios, esperemos en nuestro Señor y él nos sacará del peligro!». Y empezó a desplegar su manto para que sirviese de vela. No sé si los demás tendrían también alguno; el caso es que él desplegó el suyo, dándole quizás a uno que lo tomara por un lado y a otro por el otro; y de esta manera lograron llegar a tierra, librándoles Dios del peligro en que estaban por su bondad y especial protección; llegaron a tierra todos con vida, excepto uno que murió de frío y del miedo que pasó en aquel peligro ²

¿Qué diremos de todo esto, padres y hermanos míos? Solamente que son incomprensibles los caminos de Dios y ocultos a los ojos de los hombres, incapaces de comprenderlos ³. ¡Señor, parecía que tú querías establecer tu imperio en aquellos países, en las almas de aquellos pobres infieles, y ahora sin embargo permites que perezca y caiga en ruinas en el mismo puerto todo lo que parecía iba a contribuir a ello!

Luego, dirigiéndose a la compañía, siguió diciendo:

No, padres y hermanos míos, no debe extrañarnos todo esto. Y que no se desanime por este accidente ninguno de aquellos a los que nuestro Señor les ha dado el deseo de ir a aquellos países, ya que los designios de Dios son tan ocultos que nunca los vemos. Y esto no quiere decir que él no quiera la conversión de aquellas pobres gentes. Si ha permitido este desastre, lo ha hecho por razones que ignoramos. Quizás en aquel barco se cometían ciertos pecados que Dios no ha querido soportar por más tiempo. El padre Herbron me decía, hace unos quince días o tres semanas, que había tales desórdenes y eran tan horribles los juramentos, blasfemias y abominaciones que allí se cometían, que daba verdadera lástima. Había varios a los que había cogido a la fuerza para llevarlos allá. En fin, ¿qué sabemos nosotros de

² *Al margen*: Se ha dicho que recorrieron unas dos leguas en aquel estado para salvarse antes de llegar a tierra. *Nota*: también la *Gazette de France* ha recogido este hecho como algo maravilloso.

³ Rom 11,33.

la razón de ese accidente? Por ello no hemos de acusar ni a éste ni al otro; lo que hemos de hacer es adorar la voluntad de Dios.

Y si las cosas han sucedido de este modo, ¿será razonable que a los que han recibido de Dios el deseo de marchar a aquellas tierras se les ponga la carne de gallina, por haber perecido un barco? No quiero creer que haya gente así en la compañía. Mirad, los grandes proyectos siempre se ven atravesados por diversas peripecias y dificultades, que surgen porque Dios las permite. Entonces, ¿es que no quiere que la compañía prosiga esta obra que él ha comenzado? Sí, padres, Dios quiere que la compañía la lleve adelante. Entonces, ¿cómo es que echa por tierra precisamente lo que podía contribuir a ello? No, no penséis de este modo. Al contrario, ¿no os decía anteayer, al hablar de la Iglesia, cómo hasta treinta y cinco papas habían sido martirizados, uno tras otro? ¿Y para qué esto, sino para hacer ver que tenía que cumplirse lo que Dios había decidido y que la Iglesia seguiría en pie a pesar de todas las calamidades, a pesar de todas las persecuciones, que eran tan grandes que los cristianos no se atrevían a salir a la luz del sol y se ocultaban en las cavernas, unos por un lado y otros por otro? Al ver esto, parecería como si Dios no quisiese que siguiera en pie la Iglesia; pero fue todo lo contrario, porque las gotas de sangre de todos aquellos mártires asesinados eran otras tantas semillas que servían para el robustecimiento de su iglesia.

Fijaos, Dios no cambia nunca en lo que una vez ha decidido; aunque suceda todo lo que sea que a nosotros nos parezca contrario. Podemos verlo en Abraham: Dios le había prometido a Abraham que multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo. Abraham no tenía más que un hijo, pero Dios mandó que lo sacrificara, que le cortase la cabeza, a aquel de cuya semilla habría de tomar nacimiento la madre de su propio Hijo. ¿No tenía motivos Abraham para decir: «¿Pues qué, Señor? Tú me has prometido que mi descendencia se multiplicaría como las estrellas del cielo; sin embargo, sabes que no tengo más que un hijo, ¡y me mandas que lo sacrifique!»». Pero Abraham espera contra toda esperanza, se cree en la obligación de sacrificar a su hijo ⁴; Y Dios, como acabo de decir, que no cambia jamás de re-

4 Rom 4,18.

solución en los designios que ha decidido una vez, detuvo el golpe ⁵.

Del mismo modo, hermanos míos, Dios quiere también probar nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro celo con este accidente que acaba de suceder. Dios quiere castigar a todo el mundo; envía el diluvio universal para castigar los horribles pecados que se cometían; pero ¿qué hace? Le inspira a Noé el pensamiento de construir un arca ⁶, y Noé estuvo construyéndola durante cien años. ¿Por qué creéis que quiso Dios que se tardara tanto tiempo en construir aquel arca, sino para ver si el mundo se convertía, si hacía penitencia y se aprovechaba de lo que Noé les decía por la ventana de su arca, gritando a pleno pulmón, según algunos autores: «Haced penitencia, pedid perdón a Dios»? Esto nos hace ver una vez más cómo, aunque parecía que Dios deseaba que todo el mundo quedase ahogado bajo las aguas, sus designios eran distintos, ya que quiso que Noé y toda su familia quedasen libres del naufragio, a fin de repoblar el mundo y para que se llevase a cabo lo que él había decidido desde toda la eternidad a propósito del nacimiento de su Hijo.

¿Y no vemos también cómo el Padre eterno, al enviar a su Hijo a la tierra para que fuera la luz del mundo, no quiso sin embargo que apareciera más que como un niño pequeño, como uno de esos pobrecillos que vienen a pedir limosna a esta puerta? ¡Padre eterno, tú enviaste a tu Hijo a iluminar y enseñar a todo el mundo, pero ahora lo vemos aparecer de esa manera! Pero esperad un poco y veréis los designios de Dios; como ha decidido que el mundo no se pierda, por eso, en su compasión, ese mismo Hijo dará su vida por ellos.

Pero, padres y hermanos míos, si consideramos por otra parte la gracia que les ha concedido a los de la compañía de librarse de este naufragio, ¿verdad que estaréis de acuerdo en que

5 Cfr. Gén 22.

6 Cfr. Gén 6,14.

San Vicente indica también en una conferencia a las Hijas de la Caridad que Noé tardó cien años en construir el arca (IX, 696, 25 de mayo de 1654). La intercesión de Noé y su predicación se mencionan en la tradición judía (Enoc 60,5; Abot 5,2; Jubileos 7,20-29; Flavio Josefo, *Antiquitates judaicae* 1, 31, a quien hace eco Teófilo de Antioquía). Cfr. A. AUTOLITICOS: PG 6, 1145.

Dios protege de una manera especial a esta pobre, pequeña y miserable compañía? Esto es, padres, lo que más debe animarla a que se entregue cada vez más a su divina Majestad de la mejor manera que le sea posible, para llevar a cabo su gran obra: la obra de Madagascar. ¿Quién pensaba antes en ello? ¿Habríamos tenido la temeridad de querer emprender por nosotros mismos esta gran obra, o incluso de pensar que Dios se dirigiría para esta finalidad a la compañía más pobre y miserable que había en la Iglesia? No, padres; no, hermanos míos; nosotros no pensábamos en ello; jamás pedimos ir a Madagascar; fue el señor nuncio del papa el que primero nos habló de este asunto y nos pidió que le proporcionásemos algunos sacerdotes de la compañía para enviarlos allá, atendiendo a las súplicas que para ello le hicieron algunos de los señores interesados y mercaderes que allí trabajan, creyendo dichos señores que a ningún otro podrían dirigirse mejor para tener sacerdotes, tal como se necesitaban en aquellas tierras, que el señor nuncio del papa, que puso en nosotros sus ojos; y así fue como enviamos a los padres Nacquart y Gondrée.

¿No admiráis la fuerza del espíritu de Dios en ese muchacho, nuestro buen hermano Cristóbal, que es un joven tímido, humilde y manso? Sí, es el joven más humilde y más manso que conozco. Y helo allí, con el crucifijo en la mano, gritando a sus compañeros para animarles: «Animo; esperemos en la bondad y en la misericordia de Dios, que nos sacará de este peligro». Les diré de pasada, hermanos míos, que esto debe enseñaros que nunca debéis estar sin crucifijo. No fue él, hermanos míos, el que hizo esto; el que lo hizo fue solamente Dios, actuando por medio de él. Pero, después de todo, aunque ellos hubieran muerto a la cabeza de todos cuantos iban en aquel barco, hay motivos para creer que se hubieran sentido muy felices de morir sirviendo a Dios a la cabeza de sus ovejas, ya que todas aquellas personas habían sido encomendadas a ellos, en lo espiritual, durante toda la navegación.

A propósito de esto, me acuerdo de lo que me ha contado ya varias veces hace quince o dieciocho años, el padre de la señorita Poulallion, el señor Lumague, que era de Tívoli, en Lombardía, donde murió su esposa; este señor me decía que, cuando Dios quiso destruir aquella ciudad, que estaba situada en la

ladera de una montaña, hubo algún tiempo antes un gran terremoto, que sacudió toda aquella montaña y derribó muchos árboles. Esto les inspiró a algunos el pensamiento de que Dios estaba irritado contra aquella ciudad por los desórdenes y pecados que se cometían y entre otros, a un párroco de aquel lugar, hombre muy sabio y piadoso, que hizo sonar la campana para llamar a sus feligreses. Oyeron la campana, vinieron a la iglesia; aquel buen párroco subió al púlpito, les predicó y les movió a convertirse y a pedir perdón a Dios. Entre los que estaban en aquella predicación había un hombre de bien, al que, durante el sermón Dios le inspiró la idea de salir de la ciudad y de retirarse para evitar el peligro que la amenazaba. Salió, fue a su casa, tomó en una diligencia a su mujer y a sus hijos, llevándose también las cosas más valiosas que tenían; salieron y se marcharon. Cuando estaban ya un poco lejos de la ciudad, se acordó de que no había dejado bien cerrada su tienda y le dijo a un hijo suyo que iba con él: «Mira, ve y cierra bien la tienda, pues me he olvidado de cerrarla». El muchacho se volvió y se encontró con toda la ciudad desolada en un momento; todo estaba derrumbado en un gran desorden.

Todo esto, padres y hermanos míos, nos hace ver cómo Dios tiene cuidado de los hombres y que, si los castiga, lo hace sólo en último extremo y después de haberlos incitado por diversos medios a convertirse a él, y cómo tiene un cuidado especial de quienes le sirven, como veis que lo hizo con ese hombre, al que mandó, como antiguamente a Lot cuando quiso destruir a Sodoma y a Gomorra, que saliera de la ciudad ⁷.

Bien, vamos a terminar. Me parece que tenemos que hacer dos cosas: la primera, dar gracias a Dios por la protección que ha tenido de nuestros misioneros, así como también de las demás personas que ha librado de este peligro; para ello, les ruego a todos los sacerdotes que no tengan otra obligación que ofrezcan hoy el santo sacrificio de la misa por esta intención.

La otra cosa que debemos hacer, según creo, es decir una misa solemne de difuntos por el descanso de las almas de los que se han ahogado, que son unos ciento veinte, entre quienes están el lugarteniente del capitán y otra persona importante. Ex-

7 Cfr. Gén 19.

ceptuando a los dieciséis de que he hablado y a otros dieciocho que había en tierra, todos los demás han muerto. Celebraremos mañana esa misa, si Dios quiere. Estamos tanto más obligados a ello cuanto que parece que Dios los había puesto bajo la dirección de los sacerdotes de la compañía, que debían servirles como párrocos durante todo el viaje y después de haber llegado allá. Creo que así será mejor, que vaya por delante nuestra gratitud.

Nota: He sabido también por una persona de la compañía que de este peligro se salvaron 34 personas, esto es, 16 por medio de aquella balsa o tablado del que se habló anteriormente, entre quienes estaba nuestro hermano Cristóbal; y 18 que estaban en tierra, entre ellos los padres Herbron y Boussordec, sacerdotes de la Misión, junto con el capitán del barco; y que todos los demás, 130 personas en total, perecieron con el barco.

85 [161,XI, 381-384]

CONFERENCIA DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1656

SOBRE LA OBLIGACIÓN DE CATEQUIZAR A LOS POBRES

Obligación de catequizar a los pobres. Maneras de cumplir con ella.

La conferencia tenía tres puntos: el primero era ver si se notaba si la compañía se había relajado en la práctica de lo que había hecho desde el comienzo de su fundación, o sea, dar catecismo a los pobres, a los niños y a demás personas con quienes nos encontramos de viaje, o en casa, o en las misiones; el segundo, cuáles eran los grandes beneficios que se seguían de esta práctica de dar el catecismo; el tercero, sobre los medios para renovar esta práctica en el caso de que se haya ido debilitando.

El padre Vicente, después que hablaron sobre este tema varios de los más antiguos de la compañía, tanto sacerdotes como hermanos, añadió: Voy a decir lo mismo que han dicho ya nuestros pobres hermanos; yo no sé actualmente cómo se porta cada

Conferencia 85. — Manuscrit des répétitions d'oraison, nº 51.

uno en esto; me pasa lo mismo que cuando voy a la ciudad y tengo que entrar en una casa: tengo que subir al despacho o entrar en el salón; por eso ustedes, padres, que van a misionar al campo, pueden ver ahora las cosas mejor que yo. Pero sé muy bien cómo se hacía esto al comienzo de la compañía, y cómo seguíamos exactamente la práctica de no dejar que pasase ninguna ocasión de enseñar a un pobre, si veíamos que lo necesitaba fueran los sacerdotes, los clérigos que había entonces, o los hermanos coadjutores, cuando iban o venían de algún sitio. Si se encontraban con algún pobre, con algún niño, con algún buen hombre, hablaban con él, veían si sabía los misterios necesarios para la salvación; y si se daban cuenta de que no los sabía, se los enseñaban. No sé si ahora son todos tan cuidadosos en observar esta santa práctica; me refiero a los que van al campo, cuando llegan a alguna posada o por el camino. Si así es, enhorabuena; habrá que agradecerse a Dios y pedir que persevere en ello nuestra compañía; si no, si se advierte cierto relajamiento, habrá que pedirle a Dios la gracia de levantarnos.

Por lo que se refiere al segundo punto, de cuáles son las ventajas que se siguen del ejercicio de esta santa costumbre, son muy grandes; por el contrario, los que no sean fieles a ella están en peligro de cometer males importantes. Y hablo de males importantes porque, como muy bien ha dicho el que ya ha hablado, se puede matar a una persona de dos maneras: o hiriéndola y dándole el golpe de muerte, o no dándole lo que necesita para poder vivir; de forma que, fijaos, es una falta muy grande, si se ve que el prójimo no posee la debida instrucción de los misterios necesarios para la salvación, no enseñárselos cuando se puede. Y lo que nos debe incitar a esto más todavía es lo que dicen san Agustín, santo Tomás¹ y san Atanasio, que los que no conozcan explícitamente los misterios de la Trinidad y de la Encarnación no podrán salvarse. Esa es su opinión. Sé muy bien que hay otros doctores que no son tan rigurosos y que defienden lo contrario, puesto que — según dicen — es muy duro ver que un pobre hombre, por ejemplo, que haya vivido bien, se condene por no haberse encontrado con nadie que le enseñe esos

¹ Desde 1631 (I, 121), san Vicente siguió la opinión de santo Tomás, *Summa Th. II-IIae*, q. 2, art. 7-8.

misterios. Pues bien, en la duda, padres y hermanos míos, será siempre un acto de mucha caridad para nosotros, si instruimos a esas pobres personas, sean quienes fueren; y no debemos desaprovechar ocasión alguna de hacer lo que podamos.

Gracias a Dios, sé de algunos en la compañía que no faltan casi nunca en esto, a no ser que se vean impedidos por alguna cosa. No sé si en la portería se cumple esto bien; me parece que allí no van tan bien las cosas como antes; temo que los dos hermanos encargados de la portería se han descuidado un poco en esto. Puede ser que esto se deba a que los dos son nuevos y no saben cómo se suele hacer. No sé tampoco si esto se observa en el patio de abajo y si el hermano que está allí se cuida de instruir debidamente a nuestros criados, de hablar algunas veces con cada uno en particular de estas cosas, imitando a nuestro Señor cuando fue a sentarse en la piedra que había junto al pozo, desde donde empezó a instruir a aquella mujer, pidiéndole un poco de agua: «Mujer, dame un poco de agua», le dijo ². Y así se les puede ir preguntando a cada uno: «¿Qué hay? ¿qué tal esos caballos? ¿Cómo va esto? ¿Cómo va aquello? ¿Qué tal va usted?»; y así, empezar por algo semejante, para pasar luego a nuestro intento. Los hermanos del jardín, de la zapatería, de la costura, lo mismo; y así todos los demás, para que no haya aquí nadie que no esté suficientemente instruido en todas las cosas que son necesarias para salvarse: unas veces charlando con ellos sobre la manera de confesarse bien, sobre las condiciones de la confesión, otras veces hablándoles de algún tema que sea útil necesario para ellos.

La sagrada escritura dice ³ que los que enseñan a los demás las cosas útiles y necesarias para su salvación, brillarán como estrellas en la vida eterna. Y éste será sin duda un bien inmenso que les tocará a los que enseñen a los demás el camino de la salvación y que quizás, sin ellos, no habrían podido salvarse.

Los hermanos no deben enseñar ni tener la catequesis en la iglesia; no, no conviene hacerlo allí; pero, fuera de la iglesia, podrán hacerlo en cualquier sitio y ocasión.

2 Jn 4,7

3 Dan 12,3

Bien, ya suena la hora; hay que terminar. Yo soy el más culpable de esto, de haber aburrido muchas veces a la compañía por seguir hablando demasiado tiempo después de haber sonado la hora. Me han hecho el favor de amonestarme de esta falta, ya que soy tan miserable; por eso le pido muy humildemente perdón a Dios y a la compañía por haberle dado en esto motivos de mortificación y de desedificación, y por haber dejado que pasasen tantas ocasiones como se me han presentado sin haber enseñado a tantas personas, e incluso a personas pobres que han venido a mi habitación; a pesar de ello, miserable de mí, no he obrado como debía.

Nota: en esta misma conferencia el padre Vicente reprendió a un hermano coadjutor por haber pronunciado la frase «nuestros señores», refiriéndose a los sacerdotes de la Misión de Annecy, donde había estado, y le dijo que no usase ya nunca ese título de «nuestros señores»; dos días más tarde, en la repetición de la oración, encomendando a las oraciones de la compañía al padre Lucas ⁴, que es un sacerdote de la compañía residente en Génova, lo llamó «nuestro hermano Lucas».

86 [162, XI, 385-389]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
29 DE NOVIEMBRE DE 1656

SOBRE LA PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA

La fidelidad a las reglas y a las costumbres recibidas asegura el progreso espiritual; la negligencia prepara la ruina de los particulares y de las comunidades. Servicios prestados por la casa de Marsella a los novicios de San Víctor.

Nuestro veneradísimo y bienaventurado padre Vicente empezó encomendándonos a los misioneros de Roma y luego a los de Génova a propósito de la peste, que había aumentado, según

4 Lucas Arimondo.

Conferencia 86. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 52.

decían. Nos encomendó también a nuestro santísimo padre, el papa, al sagrado colegio cardenalicio, y a los padres Desdames y Duperroy; nos dijo que el primero, el padre Desdames, ha tenido la peste y ya se ha curado, gracias a Dios: por lo que pido a la compañía que dé gracias a Dios. Fijaos un momento en la gracia de Dios y cómo cuida de sus servidores. ¡Oh padres y queridos hermanos míos! Creedme, no hay nada mejor que ser fieles a Dios y perseverar en el bien que hemos emprendido. «Como has sido fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho», dice Dios ¹ Así pues, seamos fieles, fieles en la práctica de nuestras reglas, fieles en la observancia de las santas costumbres de la compañía, fieles en la observancia de las buenas obras que hemos emprendido, en una palabra, fieles en todas las cosas.

¿Y qué pasará entonces, hermanos míos? Pasará que día tras día iremos progresando en la virtud, como ese pequeño grano de mostaza ², que a pesar de ser muy pequeño, con el tiempo llega a convertirse en un árbol grande; así espero que, si la compañía es muy fiel en ejecutar puntualmente sus reglas y todas las ocupaciones que tiene encomendadas, irá avanzando poco a poco en las gracias de Dios; y si hoy, por ejemplo, uno practica un acto de virtud en un grado determinado, mañana lo practicará hasta el segundo grado, más tarde hasta el tercer grado de perfección, y así es como irá creciendo poco a poco. Hoy un hermano, un clérigo, un sacerdote habrá practicado un acto de humildad hasta el segundo grado de virtud, por ejemplo; si es fiel a Dios, mañana lo practicará hasta el tercer y cuarto grado, y se irá elevando a medida que continúe sólidamente en la práctica de esa virtud, siempre con la gracia de Dios, sin la cual nada podemos.

¿Acaso no lo hemos visto en nuestro pobre hermano? Hemos visto cómo crecía en él la virtud en muy poco tiempo (*Nota:* Creo que se refería al hermano Cristóbal Delaunay). Y si os fijáis un poco, podréis observar lo mismo en otros varios de la compañía. Por mi parte, debo confesaros que hay algunas personas en la compañía que, al verlas, no tengo más remedio que entrar dentro de mí mismo y llenarme de confusión al compararme con ellas. Vemos en la vida de san Antonio que la consideración de todas las criaturas le servía para animarse en el ser-

1 Mt 25,21.

2 Cfr. Mt 13,31-32.

vicio de Dios. Hermanos míos, si nos fijamos en varios de la compañía, podremos ver en uno la humildad, en otro la mansedumbre, en éste la caridad para con el prójimo, en aquel el amor a Dios, en aquel otro la observancia y la exactitud en las reglas, en el de más allá la paciencia y la obediencia puntual. ¿Y quién es el que hace todo esto? ¡Dios! Es Dios, hermanos míos, el que obra en esas personas, en unas más y en otras menos, según se les comunica a ellas la fuerza del espíritu del mismo Dios. No me refiero aquí a los talentos, como el de la predicación, por ejemplo, que es una cosa que no es para nosotros, sino para los demás, y que no sirve muchas veces más que para perder a uno y llenarle de vanidad; me refiero más bien a las virtudes que nos hacen más amables a Dios; y esa consideración de las virtudes que veamos en nuestros hermanos, hará tanto más efecto en nosotros cuanto mejor veamos que se trata de personas como nosotros, a las que podemos ver con nuestros propios ojos y convivimos con ellas todos los días; y esto hace muchas veces más efecto en ciertas personas que la consideración de esos santos que ya han muerto y a los que ya no ven o no han visto nunca. ¡Ay! Cuando pienso en algunos de la compañía que hace ya un año, dos años, seis, ocho o diez años que están sufriendo, unos de un mal muy agudo, otros con enfermedades que les van agotando poco a poco, y todo esto con una paciencia tan grande y con una plena conformidad con la voluntad de Dios, mientras que yo, apenas siento un poco de dolor en las piernas, en las rodillas, me pongo a gritar y a quejarme, entonces ¿no es verdad que estos ejemplos me llenan de confusión, al verme tan ruin que no soy capaz de sufrir el menor dolor?

Padres y hermanos míos, ¡cuánta fuerza tiene el buen ejemplo y cuánto bien hace en una compañía el que es ejemplar! Por el contrario, el que empieza a relajarse, bien sea en la práctica de las virtudes, bien en la observancia de las reglas, ¡qué peligro hay de que haga mucho mal, si no se aparta cuanto antes de ese estado! Y lo mismo que los que son fieles progresan de día en día, como acabo de decirlos, por el contrario, los que se van relajando van bajando de grado en grado y llegan finalmente a caer, al no ser capaces de sostenerse en pie. No tienen más remedio que caer y les pasa lo que a un hombre que ha dado un paso en falso; veis cómo se inclina: el peso mismo de su cuerpo

le hace caer, porque no es capaz de sostenerse; no tiene más remedio que caer. Bien, ¡alabado sea Dios! ¡alabado y glorificado por siempre! Sí, hermanos míos, cuando Dios coge una vez cariño a un alma, la soporta, haga lo que haga. ¿No habéis visto alguna vez a un padre, que tiene un niño pequeño al que ama mucho? Le deja hacer a ese niño todo lo que quiere y hasta llega a decirle: «Muérdeme, hijo mío». ¿De qué proviene todo esto? De que ama a ese niño. Pues lo mismo se porta Dios con nosotros, hermanos míos.

Me dicen de Marsella que ya han empezado a enseñar a esos novicios de San Víctor a rezar el breviario y a hacer las ceremonias; hasta ahora no lo habían hecho. Pues bien, fijaos un poco en lo que esto significa y hasta qué punto ha decaído en la actualidad esa gran orden religiosa. He dicho «gran orden», pues de ella han salido un gran número de cardenales y de prelados, y hasta papas; ¡una orden que al comienzo vivía con tanta santidad! Y ya veis en qué estado se encuentra ahora. Es lo mismo que ha ocurrido también con otras órdenes y comunidades de la Iglesia de Dios, que se han relajado de su primera observancia de las reglas y de la práctica de las virtudes. Y es lo mismo que ocurrirá con todas las comunidades que se relajen.

En una palabra, sucederá exactamente lo mismo que le ha pasado al castillo de Ventadour, que está situado en la montaña de...³. Antiguamente vivían allí personas virtuosas, temerosas de Dios, hombres distinguidos; en la actualidad, ¿sabéis quien vive allí? Sapos, cornejas, lechuzas y demás viles animales. Se ha caído toda la techumbre; quedan sólo las paredes. Del mismo modo, las casas en las que empieza a fallar la virtud se encuentran en poco tiempo habitadas por personas viciosas, llenas de pasiones y de pecados. En fin, que da lástima de ellas. Bien; así pues, ánimo, padres y hermanos míos. Pongámonos en manos de Dios con todos nuestros ánimos; trabajemos sólidamente por conseguir la virtud, y especialmente la humildad, sí, la humildad; pidámosle insistentemente a Dios que quiera dar esta virtud a esta pequeña compañía de la Misión. La humildad, sí, la humildad. Lo repito: ¡la humildad!

³ El nombre se ha omitido en el manuscrito. Todavía se pueden ver en el ayuntamiento de Moustier-Ventadour (Corrèze) las ruinas de este antiguo castillo.

87 [164, XI, 392-393]

EXTRACTO DE UNA CHARLA, ENERO DE 1657

SOBRE EL AMOR A LOS POBRES

Servir a los más necesitados con afecto y humildad.

Dios ama a los pobres, y por consiguiente ama a quienes aman a los pobres; pues, cuando se ama mucho a una persona, se siente también afecto a sus amigos y servidores. Pues bien, esta pequeña compañía de la Misión procura dedicarse con afecto a servir a los pobres, que son los preferidos de Dios; por eso tenemos motivos para esperar que, por amor hacia ellos, también nos amará Dios a nosotros. Así pues, hermanos míos, vayamos y ocupémonos con un amor nuevo en el servicio de los pobres, y busquemos incluso a los más pobres y abandonados; reconozcamos delante de Dios que son ellos nuestros señores y nuestros amos, y que somos indignos de rendirles nuestros pequeños servicios.

88 [165, XI, 393-394]

EXTRACTO DE UNA CONFERENCIA

[ABRIL O MAYO DE 1657].¹

SOBRE LA HUMILDAD

Ejemplo de humildad del señor Olier, de san Francisco de Sales y de nuestro Señor.

Los señores sacerdotes que se reúnen aquí² tomaron como tema de su conferencia, el martes pasado, las virtudes que cada uno de ellos había observado en el difunto señor abad Olier³,

Conferencia 87. — L. ABELLY, *o.c.*, lib. III, cap. 11, sec. 2, p. 120.

Conferencia 88. — L. ABELLY, *o.c.* lib. III, cap. 13, sec. 2, p. 223.

¹ Ver nota 3.

² Los miembros de las conferencias de los martes.

³ El abad Olier murió el 2 de abril de 1657.

que era de su compañía; entre otras cosas que se dijeron, una de las más interesantes fue que ese gran siervo de Dios tendía ordinariamente a rebajarse en sus palabras y que, entre todas las virtudes, la que procuraba practicar de manera especial era la humildad. Pues bien, mientras ellos hablaban, yo iba considerando los cuadros de esos santos personajes que hay en nuestra sala y decía dentro de mí mismo: «¡Señor, Dios mío! ¡Si pudiéramos penetrar debidamente en las verdades cristianas como ellos lo hicieron, y conformarnos con ese conocimiento, cuánto bien haríamos y cómo seríamos mejores de lo que ahora somos!». Por ejemplo, deteniéndome en el retrato del bienaventurado obispo de Ginebra, pensaba que, si mirásemos las cosas del mundo con los mismos ojos con que él las miraba, si hablásemos de ellas con los mismos sentimientos con que él hablaba, y si nuestros oídos sólo estuvieran abiertos a las verdades eternas, y no más que a las mías, entonces la vanidad no tendría mucho que hacer en nuestros sentimientos y en nuestros espíritus.

Pero sobre todo, padres, si consideramos atentamente ese hermoso cuadro que tenemos ante los ojos, ese admirable original de la humildad, nuestro señor Jesucristo, ¿podríamos acaso dar entrada en nuestras almas a alguna buena opinión de nosotros mismos, viéndonos tan alejados de su prodigioso espíritu de humildad? ¿Seríamos tan temerarios que nos prefiriésemos a los demás, viendo que él fue pospuesto a un asesino? ⁴. ¿Tendríamos acaso miedo de que nos reconocieran como miserables, al ver al inocente tratado como Un malhechor, muriendo entre dos criminales como el más culpable? ⁵. Pidámosle a Dios, padres, que nos preserve de semejante ceguera. Pidámosle la gracia de tender siempre a nuestro rebajamiento; confesemos delante de él y delante de los hombres que por nosotros mismos no somos más. que pecado, ignorancia y malicia; deseemos que así lo crean todos, que así lo digan todos y que todos nos desprecien. En fin, no perdamos ninguna ocasión de rebajarnos por medio de esta santa virtud.

Pero no es bastante desearlo y decidirse a ello, como muchos lo hacen; es menester hacerse violencia para llegar a la

4 Cfr. Mt 27,21.

5 Cfr. Mt 27,28.

práctica de los actos de esta virtud; y esto es lo que no se hace suficientemente.

89 [166, XI, 395-400]

CONFERENCIA DEL 27 DE ABRIL DE 1657

SOBRE LAS VIRTUDES DEL HERMANO JOURDAIN

Vida del hermano Jourdain, su carácter y sus virtudes. Práctica de la humildad y medios para no desanimarse en las tentaciones.

La conferencia trataba de la muerte de nuestro difunto hermano Juan Jourdain, el primer hermano coadjutor y el más antiguo de la compañía, que falleció el día de san Marcos, 25 de abril, hacia las seis de la tarde. El padre Vicente, tomando la palabra después de que hablaron cuatro de nuestros hermanos coadjutores, dijo lo siguiente:

¡Bendito sea Dios por todo lo que se acaba de decir! Nuestro buen difunto, el hermano Jourdain, era natural de un sitio que está a diez o doce leguas de aquí ¹, de padres aldeanos. Su primera ocupación consistió en ser maestro de su pueblo, enseñando a los niños tan pronto como fue capaz de ello. Después, al cabo de algún tiempo, vino a París. Estando en París, encontró la manera de entrar en casa de la difunta señora marquesa de Maignelay, donde tuvo dos oficios: el de caballero y el de mayordomo, encargado de cuidar la casa. Eran tiempos de esplendor en casa de la señora de Maignelay. Luego estuvo sirviendo en casa de un buen eclesiástico muy rico, que se había ordenado de sacerdote por pura piedad y que vivía cerca de Notre-Dame; no sé si esto fue antes o después de entrar en casa de la señora de Maignelay. Sea lo que fuere, donde yo empecé a conocerle fue en casa de la mencionada señora marquesa, hace más de cuarenta años; me acuerdo de que éramos los dos de la misma edad. Luego, pidió que se le recibiera en la compañía, unos

Conferencia 89. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 53 v^o.

¹ La Queue-les Yvelines (Seine-et-Oise).

tres o cuatro años después de que ésta se reunió y empezó a vivir en comunidad. Se le admitió. Se le puso al principio en la cocina y luego se le llevaba a las misiones, más tarde se le encargó de la despensa y de comprar todo lo que se necesitaba; de esta forma se dedicó a las ocupaciones propias de los hermanos coadjutores.

Era un poco impulsivo y violento; pero, como se ha dicho muy bien, reparaba esta manera suya de ser pidiéndoles perdón a aquellos con los que se había portado bruscamente y había podido ofender; los abrazaba, y esto lo hacía con mucho cariño de corazón, pues también ocurría que se enternecía fácilmente; cuando yo le reprendía algunas veces por su genio pronto y porque se metía algunas veces a reprender a los demás, a corregirlos de una manera un tanto agria y a destiempo, él aceptaba gustoso la penitencia que de vez en cuando le imponía, llegándole incluso a prohibir en cierta ocasión que no se metiese a reprender o a corregir a nadie. El lo recibía bien todo esto; caía fácilmente de nuevo en las mismas faltas, pero recibía muy bien las amonestaciones que se le hacían. Y a veces venía a verme en privado y me decía: «¡Ay, padre, por amor de Dios, sopórteme, sopórteme, por favor!».

Entonces el padre Vicente dio un suspiro y dijo, hablando de sí mismo: ¡Ay, miserable de mí, le reprendía yo, que tengo tanta necesidad como él, o mucho más que él, de ser reprendido! ¡Ojalá Dios me conceda su misericordia! Sin embargo, a pesar de todo esto, Dios le ha concedido la gracia de perseverar hasta el fin en la compañía.

La virtud que sobresalía en él, como ya se ha dicho, era la gran cordialidad que demostraba con todos los de la compañía, abrazando y besando a cuantos se le acercaban. Cuando fui a verle el mismo día en que murió, me dijo:

«¡Ay, padre, voy a abrazarle por última vez!».

Se ha hablado ya de la enfermedad que le sobrevino en las piernas y que le ha dado muchos motivos para ejercitar la paciencia, de forma que acabó sufriendo el curso de su vida. En fin, padres, tal es el fin que corona la obra; y ha tenido la dicha de haber sido en cierto modo semejante a nuestro Señor Jesucristo, que acabó su vida sufriendo por todo el mundo en el árbol de la cruz. No, padres y hermanos míos, no nos extrañe-

mos de ver en ciertas personas algunos defectos, ya que Dios lo permite así por fines que no conocemos.

¿Pero qué digo? Dios se sirve incluso de los pecados para la justificación de una persona; sí, los pecados entran en el orden de nuestra predestinación, y Dios obtiene de allí que hagamos actos de penitencia, de humildad, sí, padres, de humildad, que es la virtud propia de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Decidme; las rosas, por ejemplo, llevan consigo espinas, y nunca ha habido rosas sin espinas. Los defectos que permite Dios en algunas personas, en unas más y en otras menos, sirven como de cenizas para ocultar las virtudes que se encuentran en esas personas y hacen que, al verse defectuosas, se mantengan en la humildad y el rebajamiento de sí mismas. ¿Y quién no está sujeto a algunos defectos, si los santos mismos los han tenido y solamente el Hijo de Dios y la santísima Virgen han estado exentos de ellos? Los apóstoles recibieron su enseñanza en la escuela de Jesucristo y de sus propios labios; pero sabéis muy bien lo que pasó con ellos: pequeñas rivalidades, faltas de fe; de forma que en el mismo instante en que el Hijo de Dios subía a los cielos, tuvo que reprenderles por su incredulidad ². Yo he conocido a un santo que hacía milagros; pero sentía tales tentaciones de impureza que, cuando se veía obligado a marchar durante algunos días por el campo, al despedirse de su director, le decía: «Padre mío, me siento tan horriblemente atacado por las tentaciones deshonestas que no sé si, cuando regrese, seré puro; me temo mucho que no». Sin embargo, Dios permitía esto en una persona de la que quería hacer un santo; y puesto que Dios quería hacer de él un santo, mientras que él, por su parte, era un hombre a quien gustaban las comodidades, hacer su voluntad, distinguirse de los demás, y todas estas cosas le apartaban de lo que Dios deseaba de él, por eso Dios permitía que cayera en algunas faltas que le humillasen y le hiciesen reconocer su propia naturaleza.

Un día, estando con el padre..., jesuita (él estaba también), charlando juntos, empezamos a hablar de una persona que, en cualquier lugar y compañía en que estuviera, siempre defendía el honor de todo el mundo y de aquellas personas de las que

2 Cfr. Mc 16.14.

solía hablarse mal; sin embargo, era muy impulsiva y muy propensa a la cólera; pero se humillaba enseguida, apenas se daba cuenta de haber caído en algún enfado, y se echaba a los pies de las personas a quienes había ofendido, aunque fuesen las camareras o los mismos criados. Y santa Paula, a pesar de que era muy santa, tenía sin embargo un genio muy vivo y bastantes imperfecciones, hasta llegar a estar enfadada con san Jerónimo. Un día, el mismo san Jerónimo, creyéndola digna de reprensión y no atreviéndose a amonestarla él directamente (era a propósito de sus excesivas mortificaciones), le pidió a un obispo que la reprendiera por ello. Aquel buen obispo, con toda su buena voluntad, empezó a reprenderla; ella, sin embargo, dejándose llevar por un movimiento de cólera, sin esperar a que acabase, le dijo: «Ha sido Jerónimo el que se lo ha dicho; ha sido Jerónimo el que se lo ha dicho». Sin embargo, es una santa, y una gran santa, que estuvo sujeta a aquellos defectos: pues es cierto que nadie está libre de imperfecciones, permitiéndolo Dios así para humillarnos y para hacernos practicar actos de virtud. En uno permite la cólera; en otro, la gula; en el de más allá, la impureza; y todo esto se supera, con la gracia de Dios.

De hecho, todos los que aquí estamos, ¿cómo éramos antes de entrar aquí? ¿Cómo habíamos vivido? ¡Ay! ¡Tengo que hablar de mí, miserable, que soy el escándalo de todo el mundo, y no solamente de vosotros! La verdad es que cada uno sabe la vida que ha llevado; y ahora, por la misericordia de Dios, ya no está en aquella situación, se ha recuperado. No es que ahora no surjan por una parte y por otra pequeñas faltas, pero esto no es nada en comparación con lo que éramos antes.

Pero, padre, me diréis, yo siempre vuelvo a caer en lo mismo; esto hace que tenga miedo de no amar a Dios, porque, si lo amase, no recaería con tanta frecuencia. Cae usted; bien, hay que levantarse enseguida y humillarse mucho. Dice usted que no ama a Dios; dígame, ¿verdad que quiere usted amarle? — Sí, padre. Entonces le ama ya, dice san Agustín, porque sólo se desea lo que se ama. Pero lo que tiene que temer usted, son los pecados de la inteligencia, quiero decir los pecados del entendimiento, porque de ellos no se recupera uno más que muy raras veces y casi nunca; ésas son las faltas más peligrosas; y vais a verlo por lo que voy a deciros.

Conozco a dos personas ³ que durante bastante tiempo estuvieron vi- viendo como santos, dando muchas limosnas a los pobres; se dejaron lle- var por ciertas opiniones nuevas que se pusieron de moda y se aferra- ron a ellas con todo su espíritu y su pobre cabeza de tal modo que has- ta el presente no ha habido manera de apartarlas de allí, por muchas ra- zones que se les hayan presentado en contra. Son incapaces de salir de ese estado, a pesar de lo que se les diga; ya veis qué estado tan horrible; os confieso que no he visto jamás ninguna cosa que me haya dado a co- nocer mejor al vivo la imagen del infierno que ese estado. ¡Qué situación tan deplorable y desgraciada! ¡Empeñarse en creer más a su pobre ca- becita, a sus falsos juicios, que someterse a lo que ha sido ordenado por el papa! Lo repito una vez más, no he visto nunca nada en toda mi vida que me haya dado a conocer mejor que esto lo que es el infierno, a no ser una vez que vi lo que le pasaba a una persona ⁴, que padecía cierto hu- mor negro y que en esas ocasiones era como un demonio, como el espí- ritu de un demonio, aunque luego pudo salir de esa situación, por la gra- cia de Dios, aunque hubo que hacer muchas oraciones a Dios y peregrin- aciones.

Los medios para evitar que caigamos en esta desgracia son la humil- dad y la sumisión de nuestro juicio. ¡Ojalá Dios quiera conceder a nues- tra pequeña compañía la gracia de tender siempre a eso, al desprecio de sí misma, a la santa humildad, que es la virtud propia de nuestro Se- ñor! Fijaos, padres y hermanos míos, me gustaría que esta compañía en general y cada uno de vosotros en particular tendiesen siempre a la san- ta humildad, buscando los medios para conseguirla y no dejando que pa- sase ninguna ocasión sin hacer actos de la misma. ¡Dios mío, quiera tu bondad conceder a esta compañía la gracia de darle este espíritu, el es- píritu de la santa humildad, que es la virtud propia de tu Hijo muy ama- do! Pidámosle esta gracia a su divina Majestad en nuestras oraciones, en nuestras plegarias, cuando va-

³ Parece ser que san Vicente piensa en esta ocasión en los señores de Lian- court.

⁴ En el pensamiento de San Vicente se trata probablemente de Clara María Amaury que, mientras pasaba por esta prueba, era religiosa en el primer monas- terio de la Visitación de París.

mos de un sitio a otro; en fin, que nunca nos cansemos de pedirselas.

90 [167, XI, 401-403]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
17 DE JUNIO DE 1657

No entretenerse en raciocinios durante la oración. Vicisitudes de los misioneros de Génova. No rehuir ningún sacrificio por el bien de las almas.

¡Alabado sea Dios!, dijo el padre Vicente, y repitió esta frase cuatro o cinco veces seguidas; esto fue a propósito de lo que había dicho el padre Coglée, sacerdote de la compañía, en la repetición de su oración, que se había entretenido muy poco en razonar durante su oración, pero dedicándose especialmente a hacer actos de afecto, etc. El padre Vicente alabó mucho esta forma de orar y dijo que era así como había que comportarse en la meditación, esto es, detenerse poco tiempo en buscar razones, pero insistir mucho en hacer actos de amor de Dios, de humildad, de arrepentimiento de nuestros pecados, etc.; pues ¿por qué vamos a entretenernos en buscar razones cuando estamos convencidos de la cosa que queremos meditar? ¡Oh, cuánto deseo que la compañía adopte esta práctica de seguir siempre inmediatamente las luces que Dios nos da y no dejarlas para ponerse a cavilar razones que nos son entonces inútiles, ya que no tenemos ninguna necesidad de ellas! Pidámosle hoy a Dios esta gracia, o sea, la gracia de orar bien; digámosle: «Señor, enséñanos a orar; enséñanos a orar como es debido»¹. Ruego a los sacerdotes que le pidan hoy a Dios, en la santa misa, esta gracia para la compañía; y a los estudiantes, a nuestros hermanos y al seminario, que se la pidan en la santa misa y en la comunión; y que la segunda intención que tengan al comulgar sea para obtener de Dios esta gracia para nuestra pequeña compañía.

Encomiendo a vuestras oraciones a nuestros hermanos de Génova; actualmente están sufriendo mucho porque han tenido

Conferencia 90. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 55 v^o.

¹ Cfr. Lc 11,1.

que desalojar su casa para marcharse a una casa de alquiler; y esto con el objeto de prestar su residencia a los apestados. Las fatigas que este traslado les ha causado han sido todavía mayores por el hecho de que sólo han dispuesto de siete días para desalojarla. Sin embargo, todo lo sufren como es debido, por la gracia de Dios; y en esto son muy felices porque sufren por los demás. Pues esto es sufrir por los demás: primero por Dios, y luego por todos los otros. Mirad, padres y hermanos míos, hemos de tener en nuestro interior esta disposición, y hasta este deseo, de sufrir por Dios y por el prójimo, de consumirnos por ellos. ¡Oh, qué dichosos son aquellos a los que Dios les da estas disposiciones y deseos! Sí, padres, es menester que nos pongamos totalmente al servicio de Dios y al servicio de la gente; hemos de entregarnos a Dios para esto, consumirnos por esto, dar nuestras vidas por esto, despojarnos, por así decirlo, para revestirnos de nuevo; al menos, querer estar en esta disposición si aún no estamos en ella; estar dispuestos y preparados para ir y para marchar adonde Dios quiera, bien sea a las Indias o a otra parte; en una palabra, exponernos voluntariamente en el servicio del prójimo, para dilatar el imperio de Jesucristo en las almas. Yo mismo, aunque ya soy viejo y de edad, no dejo de tener dentro de mí esta disposición y estoy dispuesto incluso a marchar a las Indias para ganar allí almas para Dios, aunque tenga que morir por el camino o en el barco. Pues ¿qué creéis que Dios pide de nosotros? ¿El cuerpo? ¡Ni mucho menos! ¿Qué es lo que pide entonces? Dios pide nuestra buena voluntad, una buena y verdadera disposición para abrazar todas las ocasiones de servirle, aunque sea con peligro de nuestra vida, de tener y avivar en nosotros ese deseo del martirio, que a veces le agrada a Dios lo mismo que si lo hubiéramos sufrido realmente. De hecho vemos cómo la Iglesia tiene tan alto concepto de este deseo que considera como mártires a los que han sido desterrados por causa de su fe y han muerto en el destierro.

¡Oh, qué bien han aprendido esta lección del sufrimiento nuestros hermanos de Varsovia, los padres Desdames y Duperroy! ¡Allí están, en medio de la guerra, de la peste y del hambre, y a pesar de todo tan firmes e inquebrantables. En las cartas que he recibido de ambos (pues me han escrito uno y otro), sólo veo una gran firmeza y una fuerza admirable en estos dos

siervos de Dios. Fijaos un poco en esta pobre y miserable compañía y en la gracia que Dios le ha concedido de que posea tales personas y tales miembros, tan fieles y tan constantes en sufrir por su amor y por amor a los demás. ¡Que su bondad y su misericordia infinita conserve a estos fieles siervos suyos en la compañía!

91 [168, XI, 403-408]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
10 DE AGOSTO DE 1657 ¹

SOBRE LA ORACIÓN

Manera de hacer bien la oración: prepararse a ella, seguir el método acostumbrado: composición de lugar, afectos, resolución.

Se conoce enseguida a los que hacen bien la oración, no sólo en la manera con que dan cuenta de ella, sino sobre todo en sus acciones y en su conducta, por la que dan a conocer el fruto que de ella han sacado; lo mismo hay que decir de los que la hacen mal, de forma que resulta fácil ver cómo aquellos progresan mientras que éstos retroceden. Pues bien, para sacar provecho de la oración, hay que prepararse a ella; cometen una gran falta los que no cuidan de esta preparación y sólo van a hacer oración por costumbre o porque los demás la hacen. *Ante orationem prae-para animam tuam*, dice el sabio ²: antes de prepararse a la oración, prepara tu alma; porque la oración es una elevación del espíritu a Dios para hacerle presentes nuestras necesidades y

Conferencia 91. — L. ABELLY, *o.c.*, lib. III, cap. 7, sec. 1, p. 60.

¹ Es ésta la fecha que nos da el editor de la obra de L. ABELLY, *Vie de saint Vincent de Paul*, publicada en 1891. No hemos podido encontrar el documento que seguramente tuvo él entre manos y que le permitió añadir dos largos pasajes al texto de Abelly, los que van de las palabras «He aquí ahora» hasta «de la santísima Virgen y de los santos», y el final, a partir de «para terminar la oración». La cita del poeta latino, tan contraria a las costumbres de san Vicente, deja en el espíritu ciertas dudas sobre la autenticidad de estas añadiduras.

² Eclo 18,23.

para implorar la ayuda de su misericordia y de su gracia. Por consiguiente, es muy razonable que, cuando haya que tratar con una tan alta y tan sublime Majestad, se piense un poco qué es lo que se va a hacer, ante quién nos vamos a presentar, qué es lo que queremos decirle, qué gracia es la que hemos de pedirle. Sin embargo, muchas veces sucede que la pereza y la negligencia nos impiden pensar en esto; o bien, por el contrario, es la precipitación y la irreflexión lo que nos aparta de ello; esto hace que caigamos en esa falta de preparación. Así pues, hemos de poner remedio a esta situación. Hemos de poner además mucho cuidado con nuestra imaginación vagabunda y veloz, para detenerla, y con la ligereza de nuestro pobre espíritu para mantenerlo en la presencia de Dios, aunque sin esforzarnos demasiado en ello, dado que el exceso siempre es perjudicial.

La oración tiene tres partes: todos sabéis ya el orden y el método. Hay que atenerse a él.

He aquí ahora lo que hay que hacer: en primer lugar, ponerse en la presencia de Dios, considerándolo bien sea como está en el cielo, sentado en el trono de su Majestad, desde donde dirige su vista hacia nosotros y contempla todas nuestras cosas; bien sea en su inmensidad, presente por doquier, aquí y allá en lo más alto de los cielos y en lo más profundo de los abismos viendo nuestros corazones y penetrando en los repliegues más secretos de nuestra conciencia; o bien presente en el santísimo sacramento del altar. ¡Oh, Salvador! ¡Aquí estoy yo, pobre y miserable pecador, a los pies del altar donde tú reposas! ¡Oh, Salvador, que no haga nada indigno de esta santa presencia! O bien, finalmente, dentro de nosotros mismos, penetrándonos por completo y alojándose en el fondo de nuestros corazones. Y no vayamos a preguntarnos si está allí; ¿quién lo duda? Los mismos paganos lo han dicho:

*Est Deus in nobis, sunt et commercia caeli
in nos; de caelo spiritus ille venit*³.

3 OVIDIO, *Ars amandi* 3, 549-550.

Est Deus in nobis et sunt commercia coeli
sedibus aetheris spiritus ille venit

Cfr. también *Fasti* 6,5: Est Deus in nobis.

No cabe duda de esta verdad. *Tu autem in nobis es, Domine* ⁴. No hay nada tan cierto. Es muy importante hacer bien este punto, ponerse debidamente en la presencia de Dios, porque de ahí depende todo el cuerpo de la oración; una vez hecho esto, lo demás va por sí mismo.

Pidámosle a Dios que nos conceda su gracia, para que podamos tratar debidamente con su divina Majestad, reconociendo que por nosotros mismos no podemos nada y conjurándole por el gran amor que nos tiene, por sus méritos infinitos, por la intercesión de la santísima Virgen y de los santos.

El tema de la oración es de una cosa sensible o insensible. Si es algo sensible, como por ejemplo un misterio, tenemos que representárnoslo y poner atención en todas sus partes y circunstancias. Si la cosa es insensible, como por ejemplo una virtud, hay que considerar en qué consiste y cuáles son sus propiedades principales, así como también cuáles son sus señales, sus efectos, y especialmente cuáles son sus actos y los medios para poder practicarla. También es conveniente buscar las razones que nos mueven a abrazar dicha virtud, y detenernos en los motivos que más nos impresionan. Se pueden sacar de la sagrada escritura o de los padres; y cuando nos vengan a la memoria algunos pasajes de sus escritos sobre el tema de la oración, conviene rumiarlos en el espíritu; pero no es necesario ponerse a buscarlos, ni tampoco detenerse en muchos de esos pasajes; pues ¿de qué sirve detener el pensamiento en un montón de pasajes y de razones, a no ser quizá para ilustrar y sutilizar nuestro entendimiento? Pero eso es más bien dedicarse al estudio que hacer oración. Cuando uno quiere obtener fuego, se busca un pedernal; se le golpea, y apenas ha prendido la chispa en la mecha que había preparada, se enciende la vela; haría el ridículo quien siguiera golpeando el pedernal, después de tener ya encendida la vela. De la misma forma, cuando un alma está ya bastante iluminada por las consideraciones hechas, ¿qué necesidad hay de andar buscando otras nuevas y dar vueltas y más vueltas al espíritu para multiplicar las razones y los pensamientos? ¿No veis que es perder el tiempo y que lo que entonces se necesita es procurar inflamar la voluntad y excitar los afectos ante la belleza de la virtud o ante la feal-

4 Cfr. Jer 14,9

dad del vicio contrario? Y eso no está mal hecho, ya que la voluntad sigue la luz del entendimiento y se inclina hacia lo que se le propone como bueno y deseable.

Pero no basta con esto: no es suficiente sentir buenos afectos. Hay que dar un paso más y llegar a las resoluciones de trabajar con todo interés en el futuro por adquirir dicha virtud, proponiéndose practicarla y realizar sus actos. Este es el punto más importante y el fruto que debe sacarse de la oración. Por eso no hay que pasar ligeramente por encima de las resoluciones, sino repetirlas varias veces y afincirlas dentro del corazón; también es conveniente prever los obstáculos que pueden presentarse y los medios que pueden ayudarnos a conseguir esa práctica, proponiéndonos evitar aquellos y abrazar éstos.

Pues bien, para esto no es necesario, ni muchas veces conveniente, tener grandes sentimientos de aquella virtud que deseamos abrazar, ni siquiera el deseo de tener esos sentimientos; porque el deseo de hacer que nos sean sensibles las virtudes, que son cualidades puramente espirituales, puede a veces perjudicar y hacer daño al espíritu, y la excesiva aplicación del entendimiento calienta el cerebro y da dolores de cabeza; lo mismo pasa también con los actos de la voluntad repetidos demasiadas veces, o demasiado violentos, que agotan el corazón y lo debilitan. Hay que ser moderado en todo, pues el exceso nunca es digno de alabanza en ninguna cosa, pero especialmente en la oración; hay que actuar con moderación y suavidad, conservando siempre la paz del espíritu y del corazón.

Para terminar la oración, hemos de dar gracias a Dios por las luces y las gracias que nos ha concedido en ella, y por las resoluciones que nos ha inspirado; y hemos de pedirle su ayuda para poder poner cuanto antes en ejecución lo que nos hemos propuesto.

¡Bendito sea Dios! Eso es todo. Bien, pongamos todos mucho interés en esta práctica de la oración, ya que por ella nos vienen todos los bienes. Si perseveramos en nuestra vocación, es gracias a la oración; si tenemos éxito en nuestras tareas, es gracias a la oración; si no caemos en el pecado, es gracias a la oración, si permanecemos en la caridad, si nos salvamos, todo esto es gracias a Dios y a la oración. Lo mismo que Dios no le niega nada a la oración, tampoco nos concede casi nada sin la

oración: *Rogate Dominum messis*⁵; no, nada; ni siquiera la extensión de su evangelio y lo que le interesa más a su gloria. Rogate Dominum messis. Pero, Señor, esto te concierne a ti y es cosa tuya. ¡No importa! Rogate Dominum messis. Así pues, pidámosle con toda humildad a Dios que nos haga entrar por esta práctica.

92 [169, XI, 408-410]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
24 DE AGOSTO DE 1657

Enfermedad de Nicolás Duperroy. Valor de los sufrimientos que se soportan con espíritu de fe. Los bienaventurados ven en el cielo las buenas obras que hacen en la tierra sus personas queridas.

El padre Vicente, hablando a propósito de los sufrimientos de esta vida y especialmente del de las enfermedades, nos dijo, después de haber encomendado a las oraciones de la compañía al buen padre Duperroy, que estaba en manos de los cirujanos para que le curasen de un mal que había dejado en él la segunda peste, pues tenía algunas costillas caria-das y tenían que aplicarles fuego; sin embargo, soportaba todos esos males con tanta paciencia que apenas le oían quejarse alguna vez.

Considerando el trato con que Dios quiere probar a este su fiel servidor, decía dentro de mí mismo: «¿Es ésa, Señor, la recompensa con que pagas a tus servidores, a ese hombre en el que jamás hemos notado la más pequeña falta, a esta persona que siempre ha permanecido fuerte como una roca en el lugar en que lo había colocado tu divina providencia, a pesar de todas esas calamidades de la guerra, de la peste y del hambre?». Sin embargo, así es como trata Dios a sus servidores. ¡Ay, padres y hermanos míos! Hemos de reconocer que Dios se complace de forma maravillosa viendo cómo sufre un alma que lo soporta todo con paciencia por amor a él.

5 Mt 9,28.

Conferencia 92. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 56 v^o.

Vi ayer a una joven que lleva varios meses enferma, sufriendo con una paciencia tan grande que, al ver su rostro, nadie diría que sufre, al verla tan contenta; sin embargo, su enfermedad es muy grande y le causa un dolor de cabeza continuo; es una joven que ha tenido que salir de su congregación debido a esa enfermedad. Pero les aseguro, padres, que me parecía ver en su rostro un no sé qué de esplendor que me daba a conocer que Dios residía en aquella alma tan afligida. Podéis imaginaros cuánto le agrada a Dios ese estado, si su propio Hijo quiso que todas las acciones santas y heroicas que practicó durante toda su vida estuvieran coronadas por el sufrimiento ¹. Y así lo hizo, dando su vida por todos los hombres. ¡Qué dichoso estado el de sufrir por Dios!

Hace cuatro o cinco días estuve en una habitación totalmente rodeada de espejos, de forma que, desde cualquier parte que se mirara, sólo se veían espejos y no era posible hacer nada que no se viera reproducido y representado en esos espejos, ni siquiera el movimiento de un dedo, ya que esos espejos hacían ver la acción más pequeña que se realizase. Al ver esto, dije para mis adentros: «Dios mío, si por medio de ese cristal que no proviene más que de la tierra, ya que el cristal se hace de la arena y de los guijarros que se hacen disolver por medio de cierta raíz, si por medio de esos cristales vemos hasta la más pequeña acción que se hace en esta habitación, ¡qué no verán los bienaventurados en Dios, que lo llena todo y en quien todas las cosas están encerradas!»; y así todas las buenas obras de los fieles, todos esos actos de paciencia, de conformidad con la voluntad de Dios y todas las demás acciones de virtud, todo esto, repito, hasta la acción más pequeña, la ven los bienaventurados en Dios, especialmente los actos de virtud; de ahí procede lo que dice san Agustín, que uno de los consuelos que Dios les da allá arriba en el cielo a los bienaventurados que tienen parientes y amigos aquí en la tierra, es hacer que vean los actos de virtud que practican, por ejemplo, la intención que tenemos cuando hacemos la oración, el fervor de espíritu, la compostura del cuerpo,

1 L. ABELLY, *o.c.*, lib. III, cap. 6, p. 51, reproduce así este pasaje: «¡Cuánto le agrada todo esto a sus ojos, ya que su Hijo quiso coronar las acciones heroicas de su santa vida con un exceso de dolor que lo condujo a la muerte!».

y así hasta la más mínima acción de virtud que hagamos; y miran también los dolores que esas almas afligidas, clavadas a la cruz, padecen por amor a Dios, como otros tantos brillantes que dan cierto resplandor.

93 [170, XI, 410-414]

EXTRACTO DE UNA CONFERENCIA ¹

Enfermedad de Nicolás Duperroy. Hay que estar dispuesto a sufrirlo todo por la salvación de las almas.

Uno de ellos ² tiene una enfermedad muy molesta de estómago, que le ha quedado como resto de una peste mal curada. Acabo de saber que le han aplicado fuego en una costilla que tenía careada, y su paciencia es tan grande que nunca se queja; lo sufre todo con mucha paz y tranquilidad de espíritu. Cualquier otro se afligiría al verse enfermo a trescientas o cuatrocientas leguas de su país, y diría: «¿Por qué me han enviado tan lejos? ¿Por qué no me sacan de aquí? ¿Es que quieren dejarme abandonado? Los demás están en Francia tan tranquilos, ¡y a mí me dejan morir en un país extranjero!». Eso es lo que diría un hombre carnal, que se adhiriese a sus sentimientos naturales y no entrase en los de nuestro Señor doliente, poniendo su felicidad en sus sufrimientos. ¡Qué hermosa lección nos da este servidor suyo para que amemos todos los estados en que quiera ponernos su divina providencia!

Del otro ³, ved cómo después de tan largo tiempo sigue trabajando con una paz de espíritu y una seguridad maravillosa, sin cansarse de la intensidad de sus trabajos, sin quejarse de las incomodidades, sin extrañarse de los peligros. Los dos permanecen indiferentes a la muerte y a la vida, resignándose humilde-

Conferencia 93. — L. ABELLY, *o.c.*, lib. II, cap. 1, sec. 10, p. 193 s.

¹ Cabe preguntarse si esta instrucción no será el desarrollo de la primera parte de la repetición de oración del 24 de agosto de 1657; sea lo que fuere, su fecha no está muy lejos de esta otra.

² Nicolás Duperroy, misionero en Polonia.

³ Guillermo Desdames, misionero en Polonia.

mente con lo que Dios ordene. No me dan ninguna señal de impaciencia ni de murmuración; al contrario, parece como si estuvieran dispuestos a sufrir todavía más.

¿Es ésa nuestra disposición, padres y hermanos míos? ¿Estamos dispuestos a padecer las penas que Dios nos envíe, y a ahogar los movimientos de la naturaleza para no vivir más que la vida de Jesucristo? ¿Estamos preparados para ir a Polonia, a Berbería, a las Indias, para sacrificar allí nuestros gustos y nuestra vida? Si así es, bendigamos a Dios. Pero si, por el contrario, hay algunos que tienen miedo de abandonar sus comodidades, que son tan blandos que se quejan de la más pequeña cosa que les falta, tan delicados que quieren cambiar de casa y de ocupación, porque el aire no es bueno y el alimento pobre, o porque no tienen suficiente libertad para ir y para venir; en una palabra, padres, si hay alguno entre nosotros que siga siendo esclavo de la naturaleza, entregado a los placeres de los sentidos, como lo es este miserable pecador que os está hablando y que a la edad de setenta [y siete]. años ⁴ sigue siendo totalmente mundano, que se consideren indignos de la condición apostólica a la que Dios los ha llamado y que acepten la confusión de ver cómo sus hermanos trabajan tan dignamente, mientras que ellos están tan lejos de su espíritu y de su coraje.

¿Y qué es lo que han sufrido en aquel país? ¿El hambre? Reina allí por doquier. ¿La peste? La han contraído los dos, y uno de ellos dos veces. ¿La guerra? Se encuentran en medio de los ejércitos y han pasado por manos de los soldados enemigos. En fin, Dios los ha probado de todas las formas. ¡Y nosotros estamos aquí tan tranquilos, sin corazón y sin celo! ¡Vemos cómo los demás se exponen a los peligros por amor a Dios y nosotros somos tan tímidos como pollos mojados! ¡Qué miseria! ¡Qué ruindad! Allá van dos mil soldados a la guerra a soportar toda clase de males, donde uno perderá un brazo, otro la pierna, y muchos la vida, por un poco de viento y por esperanzas muy inciertas; sin embargo, no tienen miedo alguno y no dejan de correr allá como tras un tesoro. Pero para ganar el cielo, padres,

4 L. Abelly escribe: «de setenta años»; el texto Original decía ciertamente: «de setenta y siete años». (Cfr. repetición de oración del 3 de noviembre de 1656, p. 329).

no hay casi nadie que se mueva; muchas veces, los que han acometido la empresa de conquistarlo llevan una vida tan cobarde y tan sensual, que es indigna no solamente de un sacerdote y de un cristiano, sino hasta de un hombre razonable; y si hubiese entre nosotros personas semejantes, no serían más que cadáveres de misioneros. Bien, Dios mío; ¡bendito seas y glorificado para siempre por las gracias que concedes a los que se abandonan a ti! ¡Sé tú mismo tu propia alabanza por haber concedido a la compañía estos dos hombres tan maravillosos!

Entreguémonos a Dios, padres, para ir por toda la tierra a llevar su santo evangelio; y en cualquier sitio donde él nos coloque, sepamos mantener nuestro puesto y nuestras prácticas hasta que quiera su divina voluntad sacarnos de allí. Que no nos arredren las dificultades; se trata de la gloria del Padre eterno y de la eficacia de la palabra y de la pasión de su Hijo. La salvación de los pueblos y nuestra propia salvación son un beneficio tan grande que merece cualquier esfuerzo, a cualquier precio que sea; no importa que muramos antes, con tal que muramos con las armas en la mano; seremos entonces más felices, y la compañía no será por ello más pobre, ya que *sanguis martyrurum semen est christianorum*⁵. Por un misionero que haya dado su vida por caridad, la bondad de Dios suscitará otros muchos que harán el bien que el primero haya dejado por hacer.

Por consiguiente, que cada uno se decida a combatir al mundo y sus máximas, a mortificar su carne y sus pasiones, a someterse a las órdenes de Dios, a consumirse en los ejercicios de nuestro estado y en el cumplimiento de su voluntad, en cualquier parte del mundo que Dios quiera. Tomemos ahora todos juntos esta resolución, pero tomémosla con el espíritu de nuestro Señor; con una perfecta confianza de que él nos ayudará en nuestras necesidades. ¿No lo queréis así, queridos hermanos seminaristas? ¿No lo queréis así, queridos hermanos estudiantes? No se lo pregunto a los sacerdotes, porque seguramente estarán ya dispuestos a ello. Sí, Dios mío, todos queremos responder a los designios que tienes sobre nosotros. Es lo que nos proponemos todos en general, y cada uno en particular, mediante tu san-

5 Cita completa de Tertuliano: «Pluries efficitur quoties metimur a vobis; semen est sanguis christianorum» (*Apologeticus*: PL 1.535).

ta gracia; en adelante ya no tendremos ningún afecto ni a la vida, ni a la salud, ni a nuestras comodidades y gustos, ni a un lugar más que a otro, ni a nada del mundo que pueda impedirte, Dios mío, concedernos esta misericordia, que te pedimos unos por otros. No sé, padres, cómo he podido decirles todo esto; no había pensado en ello; pero me he sentido tan impresionado por lo que se ha dicho y, por otra parte, tan consolado por las gracias que Dios ha concedido a nuestros padres de Polonia, que me he dejado llevar de este modo a derramar en vuestros corazones los sentimientos del mío.

94 [171, XI, 414-417]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
25 DE AGOSTO DE 1657

El padre Vicente espera noticias de los misioneros de Génova y de Madagascar. Aun cuando fueran malas, no habría que desanimarse: Dios tiene sus planes. Carta de la reina de Polonia.

Nuestro bienaventurado padre empezó esta charla encomendando a las oraciones de la compañía a nuestros misioneros de Génova, de los que dijo que no había recibido ninguna noticia; la razón de esto es, nos dijo, que por el momento no hay ninguna oportunidad para escribir, ya que se ha roto el comercio entre esta ciudad y las demás, por causa de la peste, que muestra toda su furia. ¿Estarán muertos o vivos? En cualquier estado en que se encuentren, se los encomiendo a ustedes y pido a los sacerdotes que no tengan obligación de celebrar por otra intención, que lo hagan por esa pequeña familia, y a nuestros hermanos que se acuerden de ellos durante la santa misa y en sus comuniones.

También les encomiendo a todos a los de la compañía que están en Madagascar. Hemos sabido que ha llegado un barco a Nantes, pero como no hemos recibido ninguna noticia y ningun-

Conferencia 94. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 57 v^o.

na carta, estamos esperando que alguien nos diga la situación de nuestros hermanos que están allí. ¿Estarán muertos? ¿Vivirán todavía? No lo sabemos. En cualquier estado que estén, roguemos a Dios por ellos. Y aunque fuese verdad que habían muerto, ¿habría que abandonar por ello esta obra, esa tierra que ellos y cuantos les precedieron ya han empezado a roturar? ¡No, Jesús mío, no! ¡Ni mucho menos! — ¿Pues qué, dirá quizás alguno, no será que Dios no quiere ya servirse de nosotros, ni allí, ni en Génova, puesto que permite que mueran en esos sitios tantos y tan buenos obreros? La compañía está todavía en la cuna, y sin embargo Dios permite que mueran tantos y tan buenos obreros. Padres y hermanos míos, no nos extrañemos de esto; por el contrario, consolémonos al ver que Dios quiere tratar a la compañía como trató a la Iglesia al principio, cuando acababa de nacer. ¡Qué admirables e incomprensibles para los hombres son los designios de Dios! Vemos cómo el mismo Hijo de Dios era la columna de la Iglesia, y sin embargo he aquí que el Padre eterno quiere que muera. ¿Qué es lo que hace? Escoge a un grupo de personas, a unos apóstoles para establecerla por todo el mundo ¹ y esos apóstoles, que eran el sostén de aquella misma Iglesia, quiere Dios que mueran también y que sean todos mártires; y después de ellos, suscita otros. Al ver todo esto, cualquiera hubiera creído que la voluntad de Dios era abandonar la Iglesia y dejarla completamente arruinada; pero fue todo lo contrario, porque la sangre de los cristianos fue la semilla del cristianismo por toda la tierra, y se cuentan hasta treinta y cinco papas seguidos que fueron todos ellos mártires uno después de otro. Veáis hoy a uno, y lo mataban; mañana había otro, y también a éste lo degollaban y Dios suscitaba otro; lo mismo pasaba con éste, y se presentaba uno nuevo. Y así, padres, es como Dios se portaba al comienzo de la Iglesia. Fijaos, por favor, en esta manera de proceder de Dios, que estableció y robusteció su Iglesia por medio de la destrucción y de la ruina, por así decirlo, de los que la sostenían y eran sus principales apoyos.

1 Cfr. Rom 11,13.

Os digo todo esto, hermanos míos, para que os dispongáis a recibir las noticias que lleguen, sean cuales fueren, plenamente conformes con la voluntad de Dios, y no os extrañéis si nos dicen que han muerto los dos de Génova, que han fallecido todos los que estaban en Madagascar, y no se os ocurra pensar que por ello hemos de abandonar Génova o Madagascar. ¡Dios mío, ni mucho menos! No podemos abandonar esos sitios; por el contrario, esto debe ser un motivo para que no lo hagamos, ya que fue ésta la forma como se portó Dios al comienzo de la Iglesia, y es esto una señal de que su divina Majestad, que obra de este modo, desea seguir estableciéndola en estos países.

Igualmente encomiendo a vuestras oraciones al buen padre Desdames, ese buen siervo de Dios, que tanto ha sufrido. ¿Sabéis que la reina de Polonia me ha hecho el honor de escribirme ella misma, por su propia mano? Aquí está su carta; no hay peligro en que os la lea; ya veréis cuánto os consuela lo que vais a oír.

El padre Vicente hizo que leyera esta carta uno de los hermanos; en dicha carta, fechada en el último mes de julio, su majestad le cuenta al padre Vicente las generosas acciones y los actos heroicos de virtud que ha practicado el padre Desdames.

Una vez leída la carta, dijo a la compañía: ¿No es maravilloso todo esto? ¿Qué les parece, padres? ¿qué os parece, hermanos míos? Fijaos un poco, por favor, cuánto vale un hombre que está animado del espíritu de Dios. ¡Qué de cosas lleva a cabo! ¡Bendito sea Dios por todo! Por una parte, tenemos muchos motivos de aflicción; por otra, no faltan los motivos de consuelo. Hoy nos enteramos de que la compañía ha recibido algún daño en algún sitio, por ejemplo, una confusión; mañana sabremos que en otro lugar Dios ha obrado maravillas por medio de ella; actualmente, por ejemplo, nos escriben del Piamonte que Dios da tanta bendición a las misiones que dirigen allí nuestros hermanos que, al no poder dar abasto a todos los pueblos que acuden en masa, se han visto obligados a tomar consigo a algunos sacerdotes seculares que han podido encontrar; y como tampoco ha bastado con estos, han tenido que recurrir incluso a los religiosos.

Estragos causados por la peste en Génova. Muerte de Maturino de Belleville en el mar; de Claudio Dufour y Nicolás Prévost en Madagascar. A pesar de estas pérdidas, la compañía tiene que seguir evangelizando esta isla. Reprensión a un sacerdote que no cumple con las reglas.

Encomiendo a las oraciones de la compañía a todos nuestros enfermos, al padre Alméras y a los que han ido a tomar aguas con él. También les encomiendo a la casa de Génova; hace ya bastante tiempo que no tenemos noticias suyas. El padre Martin, que está en Turín, me escribe dos cosas: una, que el senado de Génova mandó a los habitantes de una ciudad del estado de Génova situada por el lado de Turín, llamada... ¹, que les enviasen víveres; ellos cargaron una barca, pero los que conducían la barca no se atrevieron a acercarse a la ciudad de Génova por miedo al contagio; dispararon un cañonazo para avisar a los de la ciudad que viniesen a tomar lo que les traían, pero nadie salió. Al ver esto, se acercaron a la orilla, tiraron a tierra sus provisiones y volvieron a disparar otro cañonazo para avisarles. No acudió nadie. Esto les hizo creer que la desolación era muy grande en aquella ciudad. Dejaron allí sus provisiones y volvieron a su ciudad para cargar de nuevo la barca y llevarles nuevos auxilios.

El padre Vicente añadió que había sabido que las primeras lluvias que llegaron han hecho disminuir notablemente el contagio, que el aire se ha purificado un poco y que se habían empezado a abrir las tiendas; pero, dijo el padre Vicente, está tan lejos Turín que el rumor no ha podido comprobarse. Sea lo que fuere, recemos a Dios por ellos, en cualquier situación en que se encuentren, y especialmente por la pobrecilla familia de esa ciudad tan afligida.

Conferencia 95. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 58 v^o.

¹ El nombre de este lugar ha quedado en blanco.

Os decía el otro día que ha llegado a Nantes un barco procedente de Madagascar, que es uno de los tres que habían marchado por allá, pero que no habíamos recibido ninguna carta. He recibido ya una, pero no de aquel país, sino solamente de Nantes, de un buen joven llamado Balduino, que ha estado aquí algún tiempo y se marchó por ciertos inconvenientes que surgieron. Está en el seminario de Nantes. Este hombre, al saber que había llegado un barco, se fue a buscar al capitán del mismo que había ido a saludar al señor mariscal de La Meilleraye, y le pidió noticias del éxito de su viaje y, entre otras, de los misioneros; pero este capitán no le quiso decir nada, pues ante todo quería comunicarle al señor mariscal el resultado del viaje. Al ver que no podía sacar nada de aquel capitán, se fue a buscar a otro hombre del barco, que le indicó muchos detalles, y entre otras cosas le contó lo que le había sucedido a un buen sacerdote que tenía mucho talento y que había estado anteriormente en el ejército, y al que envió a aquel país el señor mariscal. Aquel sacerdote subió a la cubierta del barco y se cayó al mar. Al oírlo gritar, corrieron todos a ver qué pasaba; varios se echaron al agua para salvarlo, pero todo fue inútil; y sólo pudieron ver que se debatía en medio de las olas y gritaba: «Jesús, ten piedad de mí! ¡Virgen santísima, ayúdame!».

Esto sucedió el segundo día que se hicieron a la vela. De esto dedujeron los que iban en el barco que no sería un viaje feliz. Pero como el mencionado señor Balduino desease saber noticias de los misioneros, se las preguntó. Aquel hombre le respondió que habían muerto los tres que iban en los barcos. El padre de Belleville murió al llegar a Cabo Verde y fue arrojado al mar, que es el cementerio de los que allí mueren. Había gran mortandad en los barcos, muchos enfermos, con los que trabajaron mucho nuestros misioneros. Los padres Dufour y Prévost llegaron a Madagascar, pero el padre Dufour, al pasar un río, se cayó en él; lo sacaron vivo y los que estaban con él le dijeron que le convenía cambiarse de hábito y de ropa para no caer enfermo; no quiso hacerlo así, diciendo que eso era demasiada delicadeza y que no le pasaría nada; pero poco después empezó a tiritar y se murió; lo enterraron a la orilla del mar, al pie de una cruz que él mismo había hecho poner en la cima de un pequeño montículo.

Por lo que se refiere al padre Prévost, se sintió tan afectado por la muerte del padre Dufour, al que quería mucho, que murió también algunos días más tarde; de forma que ya no queda allí más que el buen padre Bourdaise, al que Dios bendice ampliamente, tanto en lo espiritual, que es su misión, como en la administración que tiene de lo temporal en el fuerte, donde todos le aprecian mucho y se porta con mucha prudencia y dotes de gobierno; es él el que cuida de todos los franceses que están allí y de los recién convertidos. Y eso es todo.

Quizás diga alguno de esta compañía que es preciso dejar Madagascar; es la carne y la sangre las que así hablan, diciendo que no hay que enviar allá a nadie; pero yo estoy seguro de que el espíritu habla de otro modo ². ¿Pues qué, padres? ¿Dejaremos allí completamente solo a nuestro buen padre Bourdaise? Estoy seguro de que la muerte de estos padres extrañará a algunos. Dios sacó de Egipto a seiscientos mil hombres, sin contar las mujeres y los niños ³, para llevarlos a la tierra prometida; pero de todo aquel número entraron solamente dos ⁴: ni siquiera entró Moisés, el conductor de todos ellos. Dios llamó a nuestros hermanos a aquel país, pero he aquí que algunos murieron por el camino, y los otros apenas llegar. Padres, ante esto es preciso bajar la cabeza y adorar los designios admirables e incomprensibles de nuestro Señor. ¿No habían sido llamados por Dios a aquel país? ¿Quién lo duda? Los tres me pidieron ir varias veces. El padre Dufour sentía este deseo desde que se empezó a hablar de Madagascar; esto, junto con las circunstancias y detalles que sucedieron con él, nos hacía pensar que Dios lo llamaba desde allí. Y nuestro pobre difunto, el padre Lamberto ¡cuántas veces me rogó que se lo permitiese! No son la carne ni la sangre, como podéis creer, quienes los llevaron así a exponer su vida, como lo han hecho. Y ahora no hemos de dudar ni lo más mínimo de que la compañía ha sido llamada por Dios a aquel lugar; porque no pensábamos en Madagascar, cuando vinieron a hacernos esta propuesta. Y así es como pasó todo esto.

2 Cfr. Mt 16,17; Gál 1,16.

3 Ex 12,37.

4 Núm 14,30.

Los señores de la compañía de Indias de esta ciudad, o sea, los señores que se han asociado entre sí para los negocios de aquel país, enviaron allá a un sacerdote secular, que no se portó muy bien; entonces creyeron que lo mejor que podrían hacer, para obtener algunos sacerdotes religiosos que fuesen de vida ejemplar, era dirigirse al señor nuncio del papa en esta ciudad ⁵. Así lo hicieron; hablaron con él, y aquel buen señor, pensando y repensando en quién les podría proponer para esto, puso sus ojos en esta pobre y miserable compañía y aconsejó a aquellos señores que hablaran con nosotros, diciéndoles que también él nos hablaría por su parte, pues creía que la compañía podría hacerlo con mucha bendición de Dios. Vinieron a hablarnos dichos señores; también nos habló el señor nuncio y nos conjuró a ello; nos reunimos algunos de los más antiguos de la compañía y se tomó la decisión de aceptar este encargo; para ello pusimos los ojos en dos de los mejores sujetos de la compañía, nuestros buenos difuntos los padres Nacquart y Gondrée, de los que el primero era de una prudencia y dotes de gobierno admirables, con un gran espíritu apostólico y mucho juicio; y el otro era también muy virtuoso, de mucha mansedumbre y humildad. Los monseñores de la congregación de Propaganda Fide nos enviaron las facultades necesarias y alabaron a la compañía por su celo. Esta congregación es la que tiene el poder de envía; a dichas misiones, ya que el papa, que es el único que tiene poder para enviar por todo el mundo, le ha concedido esta facultad y este encargo. Los obispos solamente tienen poder dentro del ámbito de sus respectivas archidiócesis y diócesis; pero esta congregación ha recibido poder del papa para enviar por toda la tierra, y es la que nos ha enviado a nosotros.

Pues bien, ¿no es esto una verdadera vocación? Padres y hermanos míos, después de saber esto, ¿será posible que seamos tan cobardes de corazón y tan poco hombres que abandonemos esta viña del Señor, a la que nos ha llamado su divina Majestad, solamente porque han muerto allí cuatro o cinco o seis personas? Decidme, ¿sería un buen ejército aquel que, por haber perdido dos mil o tres mil o cinco mil hombres (como se dice que pasó en el último ataque de Normandía) lo abandonase to-

5 Nicolás Bagni.

do? ¡Bonito sería ver un ejército de ese calibre, huidizo y comodón! Pues lo mismo hemos de decir de la Misión: ¡bonita compañía sería la de la Misión si, por haber tenido cinco o seis bajas, abandonase la obra de Dios! ¡una compañía cobarde, apegada a la carne y a la sangre! ⁶, No, yo no creo que en la compañía haya uno solo que tenga tan pocos ánimos y que no esté dispuesto a ir a ocupar el lugar de los que han muerto. No dudo de que la naturaleza al principio temblará un poco; pero el espíritu, que es más valiente, dirá: «Así lo quiero; Dios me ha dado este deseo; no habrá nada que pueda hacerme abandonar esta resolución».

Ya habéis oído hablar del naufragio de aquel barco que llegó el pasado día de todos los santos a la ría de Nantes. El padre Herbron me escribe diciéndome que no tiene más remedio que confesarme que esto le desanimó un poco, pero que luego volvió a tomar nuevos ánimos, la razón se impuso, desapareció todo el miedo y está dispuesto a embarcarse de nuevo, si me parece bien. También el padre Boussordec me dice que está preparado; y nuestro pobre hermano Cristóbal, ese buen joven, me escribe con tanta ingenuidad que os aseguro que me he enternecido mucho al leer su carta. Me dice que le pide a Dios muchas veces le conceda la gracia de cumplir siempre su santa voluntad, y que a veces se pregunta: «¿Dónde prefieres cumplir mejor la voluntad de Dios, aquí o en Madagascar? Y le confieso, padre — me escribe — , que me parece que prefiero cumplirla en Madagascar». Por lo demás, exponer la vida, atravesar los mares por puro amor de Dios y por la salvación del prójimo, es una especie de martirio, ya que aunque no lo sea efectivamente, al menos lo es en la voluntad, puesto que uno lo deja todo y se expone a no sé cuántos peligros. De hecho, los santos que han muerto en el destierro, adonde han sido enviados por su fidelidad a nuestro Señor Jesucristo, son tenidos como mártires por la Iglesia.

Hoy celebramos la fiesta de San Félix. Cuando lo conducían al martirio, uno llamado Aducto, que también es santo y mártir, al ver que se llevaban a san Félix, corrió a abrazarle, y al saber el motivo por el que le llevaban a la muerte, empezó a

6 Cfr. Gál 1,16.

decir a quienes lo conducían: «Si queréis matar a este siervo de Dios por ser cristiano, también lo soy yo, y tenéis el mismo derecho a matarle a él que a mí». Y así no quiso separarse de él, le siguió y fue martirizado con él. Decidme, ¿quién le había inspirado este movimiento más que Dios? ¡Cuántas veces se ha visto a los mismos carceleros que guardaban a los servidores de Dios aceptar la religión de los cristianos y de los católicos que tenían encerrados.

Me han escrito desde Roma para decirme que cinco o seis sacerdotes franceses que estuvieron aquí en la ordenación, han ido a Roma para ponerse a los pies del papa y ofrecerse a trabajar en las Indias, y que el papa ha alabado su celo y les ha dicho: «Me gustaría estar yo también en situación de poder hacer lo mismo; hace tiempo, antes de ser lo que soy, tuve también ese impulso de pedirlo; lo que me impidió hacerlo fueron las palabras que leí en el libro del bienaventurado Francisco de Sales, obispo de Ginebra: no pedir nada ni rechazar nada».

El mismo papa, como acabáis de oír, alaba el deseo de esos sacerdotes franceses que han tenido el coraje de ir a ofrecerse para ello a Su Santidad. Pues bien, padres, por nuestra parte entreguémonos también a Dios y ofrezcámonos a él para todas las tareas que su divina Majestad quiera encomendarnos; levantémonos de nuestra cobardía.

¡Ay, padres y hermanos míos! No tiene que afligirnos tanto el ver que Dios atrae hacia sí a sus servidores, los santos, como ver que hay entre nosotros algunos sacerdotes, y yo el primero, que somos un escándalo para la compañía. Padres y hermanos míos, ¡qué motivo de aflicción para toda la compañía, que ve esto! Hay entre nosotros uno que sólo acude raras veces a la oración, sobre todo desde hace algún tiempo, que durante todo el día no hace más que ir de acá para allá por el claustro, por el dormitorio; si falta algo en la habitación de los demás, se encuentra en la suya; en una palabra, lleva una vida deplorable. por esas personas es por las que hay que afligirse, padres; por ellos es por los que hay que rezar. ¡Dios mío, Dios mío, Salvador mío!

Luego el padre Vicente acabó este discurso diciendo que, no obstante, para conformarse con los deseos de la Iglesia, se reza-

se por todos estos queridos difuntos, aunque había muchas razones para creer que ya son bienaventurados.

96 [173, XI, 425-428]

CONFERENCIA DEL 7 DE SEPTIEMBRE DE 1657

SOBRE LAS VIRTUDES DE MATURINO DE BELLEVILLE

El padre Vicente hace el elogio de Maturino de Belleville, fallecido durante el viaje a Madagascar. No son grandes ingenios lo que la compañía necesita, sino hombres rectos y virtuosos. Hay que recibir a los que Dios envía, y no urgir a nadie a entrar en la compañía.

La conferencia era sobre las virtudes del difunto padre de Belleville, sacerdote de la Misión, del que se habló anteriormente y que había muerto cuando iba a Madagascar. Nuestro veneradísimo y bienaventurado padre tomó la palabra después de que hablaron dos hermanos clérigos, que señalaron las principales virtudes que habían observado en él y que eran, entre otras, la humildad, la mansedumbre, la cordialidad, la mortificación, el desprecio de sí mismo y el celo de las almas. Dijo que lo que acababan de decir estos dos hermanos era verdad y que siempre le había parecido muy virtuoso este buen difunto. Luego dijo que el padre de Belleville procedía de una familia distinguida de Normandía, que se había ordenado de sacerdote antes de entrar en la compañía, y que se le había enviado a Madagascar, a pesar de haber estado muy poco tiempo en la compañía, porque parecía persona muy virtuosa. Había solicitado con mucha insistencia entrar en la congregación, que lo recibió debido a su gran devoción y humildad, a pesar de que tenía poca ciencia.

De aquí el padre Vicente tomó ocasión para animar a los de la compañía que encontraban dificultades en aprender la filosofía, la teología y las demás ciencias, diciendo que los que se en-

Conferencia 96. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 61.

contrasen en esa situación debían tener ánimos y esperar que nuestro Señor supliría por otra parte, ya que se sirve de ordinario de personas poco considerables para llevar a cabo grandes obras ¹; que en la congregación había algunos que habían sido recibidos con mucha dificultad, pero actualmente son muy buenos sujetos, y entre ellos hay algunos superiores que dirigen a su pequeña familia con mucha prudencia y mansedumbre; de forma que hay motivos para alabar a Dios y para admirar mucho su providencia con estas personas.

A continuación, dirigiendo la palabra especialmente a los sacerdotes y a los que tenían la misión de guiar y dirigir a los ejercitantes en el retiro espiritual que aquí hacen, el padre Vicente añadió:

Padres, ustedes sobre todo, los directores de ejercicios, pongan mucho cuidado en no incitar a nadie a entrar en la compañía, sino solamente tienen que ayudarles en sus buenas resoluciones, procurando que ellos mismos determinen el lugar adonde crean que Dios les llama. Dejémosle obrar a Dios. Hasta ahora, por la misericordia de Dios, se ha hecho así en la compañía; y podemos decir que hasta ahora no ha entrado nadie en la compañía, sin que Dios no lo haya puesto en ella; nunca hemos pedido casas ni fundaciones, sino que hemos procurado corresponder a los designios de Dios; y cuando nos han llamado a un sitio o a otro, a este cargo o a aquel otro, hemos procurado ir allá y cooperar en ello con todas nuestras fuerzas ².

1 Cor 1,26-29.

2 El pasaje anterior, desde las palabras «sino solamente tienen que ayudarles», lo expone de manera muy distinta L. ABELLY, o.c., lib. I, cap. 34, p. 159: «Más aún, aunque ellos os manifestasen que tienen este deseo y os indicasen que sienten cierta inclinación, guardaos mucho de determinarlos vosotros mismos a que sean misioneros, aconsejándoselo y exhortándoles a ello. Decidles solamente que pongan cada vez con mayor interés este designio en manos de Dios, que lo piensen bien, ya que se trata de algo muy importante. Indicadles incluso las dificultades que podrán surgir según la naturaleza, y que es menester que, si abrazan este estado, esperen muchos sufrimientos y trabajos por Dios. Si, después de todo esto, toman esta decisión, enhorabuena; se les puede hacer que hablen con el superior, para que traten más ampliamente con él de su vocación. Dejemos obrar a Dios, padres, y mantengámonos humildemente en la espera y en la dependencia de las órdenes de su providencia. Por su misericordia, se ha hecho así en la compañía hasta el presente, y no po-

En nombre de Dios, padres, sigamos esta norma, por favor, y dejemos obrar a Dios, contentándonos con ser sus cooperadores. Creedme, padres, si la compañía sigue actuando de este modo, su divina Majestad la bendecirá. Por eso hemos de contentarnos con los sujetos que Dios nos mande. Si vemos que piensan marcharse a otro sitio distinto de la compañía, esto es, a alguna otra orden o comunidad religiosa, no se lo impidamos; de lo contrario, habría muchos motivos para temer que Dios castigaría a la compañía, por haber querido obtener lo que él no quería para ella. Decidme, si la compañía no hubiese permanecido en el espíritu que os acabo de decir, que consiste en no pretender más personas, por muy buenas y extraordinarias que sean, a no ser las que Dios le quiera enviar y que lo hayan deseado desde mucho antes, ¿nos hubieran enviado los padres cartujos y los padres de Santa Genoveva, para que hicieran aquí el retiro, a tantos jóvenes que piensan hacerse cartujos o canónigos regulares? Seguramente se cuidarían mucho de hacerlo. Por ejemplo hay un joven que está pensando en hacerse cartujo; lo envían aquí para que lo piense delante de nuestro Señor por medio de un retiro: ¿le vais a aconsejar vosotros que se quede aquí, porque se trata de un joven de buen espíritu? ¿No sería esto empeñarse en quedarnos con algo que no nos pertenece, desear que una persona entre en una compañía en donde Dios no la quiere, adonde Dios no la llama y donde él no había pensado entrar? ¿No sería esto atraer la desgracia de Dios sobre nuestra comunidad? ¡Pobre Misión! ¡Pobre compañía de la Misión! ¡Caerías en un estado muy lamentable si llegases a parar en ello! ¡Pidámosle a Dios, padres, pidámosle a Dios, hermanos míos, que confirme cada vez más la gracia que ha concedido a la compañía hasta el presente de no querer nada más que lo que él quiera que tenga, de no meternos por nosotros mismos en ninguna tarea, sea la que fuere, sino esperar siempre la llamada de su divina Majestad.

Luego, volviendo a hablar del buen difunto padre de Belleville, dijo el padre Vicente que había conseguido una relación

demos decir que haya en ella nada que Dios no haya puesto allí, y que no hemos buscado ni hombres, ni bienes, ni fundaciones».

verdadera de lo que había pasado durante su enfermedad y su muerte, escrita por el difunto padre Dufour, que murió luego en Madagascar. Leyó parte de la misma; pero pasó la hora entretanto y dejó de leerla, acabando la conferencia con un De profundis por el descanso del alma de este buen difunto.

97 [174, XI, 428-432]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
23 DE SEPTIEMBRE DE 1657

MUERTE DE VARIOS SACERDOTES
DE LA MISION EN GENOVA

El padre Vicente deplora la muerte de varios misioneros atacados por la peste en Génova y hace el elogio de cada uno de ellos.

En la repetición de la oración, el padre Vicente dijo, entre otras cosas, que había que tener mucha confianza en Dios y recurrir frecuentemente a él; porque el hombre — decía — ¿verdad que no es más que pecado, suciedad y miseria? Tomó la ocasión de hablar de esto al ver que un hermano estudiante, que había repetido su oración, no había recurrido suficientemente a Dios y se había detenido demasiado en raciocinios, sin haberse aficionado demasiado a la virtud ni haberle rezado mucho a Dios, recurriendo a él en su oración.

Y a continuación dijo: a propósito de la confianza en Dios, tenemos muchos motivos para pedirle que llene de ella a la compañía por el siguiente motivo que os voy a decir. Su divina Majestad ha querido por fin quitarnos a ese hombre tan grande y tan santo que fue el padre Blatirón, del que tantas veces habéis oído hablar; era un hombre apostólico por el que Dios ha hecho muchas y muy grandes cosas: Dios nos lo ha quitado. También nos ha quitado al buen padre Duport, al buen padre Tratebas y algunos otros. En fin, no os diré cuantos han sido

Conferencia 97. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 62

los que hemos perdido; será mejor, y más breve, que os diga cuantos han quedado vivos, suponiendo que no los haya llamado Dios después de las noticias que hemos recibido de Roma, ya que de Génova no hemos tenido ninguna noticia desde hace cerca de dos meses. Quedan el padre Simón y el padre Le Juge, que tuvo la peste, pero que se curó, gracias a Dios. Es un buen sacerdote italiano. Quedan en el seminario un sacerdote italiano y tres clérigos, entre los cuales, según creo, está el hermano Pinon. Así pues, quedan en el seminario cuatro personas, suponiendo que no haya caído ninguno después de las últimas noticias recibidas, como acabo de deciros. En cuanto a los hermanos coadjutores, ha muerto uno y quedan tres, entre ellos el hermano Rivet. Esta es, padres, la situación en que Dios ha querido que quede esta casa de Génova afligida por la peste ¹.

1 Es muy distinta la redacción de este pasaje en L. ABELLY, o.c. lib. III, p. 48: «¡Oh! ¡Qué cierto es, padres y hermanos míos, que hemos de tener mucha confianza en Dios y ponernos enteramente en sus manos, creyendo que su providencia dispone para nuestro bien y provecho todo lo que él quiere o permite que nos suceda! Sí, lo que Dios nos da y lo que Dios nos quita es para nuestro bien, ya que es por su voluntad y su voluntad es siempre nuestro anhelo y nuestro bien. Con este sentimiento os haré partícipes de una aflicción que nos ha sucedido y que, puedo decirlo con toda verdad, hermanos míos, es una de las mayores que nos podrían suceder: hemos perdido el mayor apoyo y el principal sostén de nuestra casa de Génova. El padre (Blatiron), superior de aquella casa gran siervo de Dios, ha fallecido. ¡Así es! Pero no es eso todo: al buen padre (Duport), que se ocupaba con tanto gozo en el servicio a los apestados y sentía tanto amor al prójimo y tanto celo y fervor por la salvación de las almas, también se lo ha llevado la peste. También ha muerto uno de nuestros sacerdotes italianos, el padre (Domingo Boccone) muy virtuoso y buen misionero. El padre (Ennery), que era también un verdadero siervo de Dios, muy buen misionero y grande en todas las virtudes, también ha muerto. El padre (Tratebas), a quien conocéis, y que en nada cede a los demás, ha muerto. El padre (Vicente) hombre sabio ejemplar y piadoso, ha muerto. Padres y hermanos míos, la enfermedad contagiosa nos ha llevado todos estos buenos obreros, Dios los ha llamado a sí. ¡Oh Salvador Jesús, cuánta pérdida y aflicción! Ahora es cuando más necesidad tenemos de resignarnos con la voluntad de Dios, pues si no, ¿qué haríamos sino lamentarnos y enristecernos inútilmente por la pérdida de estas personas tan celosas de la gloria de Dios? Con esta resignación, después de haber concedido algunas lágrimas al sentimiento por esta separación, nos elevaremos a Dios, le alabaremos y bendeciremos por todas estas pérdidas, ya que han ocurrido porque así lo ha dispuesto su

El padre Blatirón, ¡qué gran pérdida! Aquí lo vimos convertido en un vecino de la enfermería durante tres o cuatro años; pero luego ya sabéis lo que hizo y cuántas conversiones ha logrado Dios por medio de él. ¡Hasta bandidos! Es algo inaudito que se hayan convertido los bandidos. Nunca sus conversiones habían sido tan frecuentes como desde que llegaron a Italia los sacerdotes de la Misión. Los bandidos, esos ladrones del bosque, son personas que hicieron alguna fechoría en sus ciudades o aldeas y se han refugiado en el bosque. Pero cuando estos padres fueron a tener la misión en alguna aldea o villorrio, cerca del bosque, algunos de aquellos bandidos se convirtieron y se reconciliaron con los parientes de aquellos a quienes habían asesinado, y estos parientes con ellos; todo esto gracias a la misión. Actualmente, respecto a los misioneros que están en Turín, Dios bendice tanto sus misiones, que es una maravilla. Me dice que van a comenzar una misión en una ciudad que pertenece a la señora Royale ²: en esa ciudad hay mucha nobleza, y muchas divisiones y desórdenes; la señora Royale ha hecho todo lo que ha podido para acabar con esta situación y poner un poco de orden, pero sin conseguir nada hasta el presente a pesar de los medios utilizados. Y finalmente le han dicho: «Señora, si quiere usted remediar esto, es preciso que envíe a los sacerdotes de la misión a misionar allí. Parte de esa misma nobleza que hay en la ciudad solicita esta misión».

Pues bien, volviendo a nuestro padre Blatiron, un hombre que estaba siempre trabajando, me extraño cómo ha podido resistir; un sacerdote cuya mirada inspiraba por sí misma una gran veneración y respeto a su persona. Les aseguro, padres, que cuando yo lo miraba, sentía en mí cierto respeto y reverencia ante aquel hombre de Dios.

Y los padres Duport, Tratebas y Ennery, que trabajaban con tanta bendición de Dios. ¿Qué diremos de ellos? No ha-

santísima voluntad. Pero, padres y hermanos míos, ¿podemos decir que perdemos a los que Dios se lleva consigo? No, no los perdemos; hemos de creer que las cenizas de esos buenos misioneros servirá como semilla para producir otros. Estad seguros de que Dios no retirará de esta compañía las gracias que les había confiado, sino que se las dará a los que tengan el celo suficiente para ir a ocupar sus puestos».

2. Bra, en el Piamonte.

blemos solamente del bien que hicieron, sino también del mal que pudieron hacer: ¿habéis visto alguna vez en ellos algo malo? De mí os confieso que nunca he oído o advertido nada malo en ellos. Bien, roguemos a su divina Majestad que acepte disponer de otros para ocupar sus puestos. ¿Cuántos Blatiron encontraremos? ¿Donde encontraremos nuevos Duport, Ennery y Tratebas? ¡Quiera la bondad de Dios escoger él mismo las personas que desea enviar para ocupar sus puestos, y que él las anime con el mismo espíritu! ¡Confianza, padres, tengamos mucha confianza en Dios! Espero que él nos ayudará y nos dará la gracia de corresponder a los designios que tiene sobre esta pequeña compañía. Espero que no habrá ni uno solo que no esté dispuesto a ir adonde se le mande; gracias a Dios, ya hay algunos que se han ofrecido a ello, incluso de los de fuera, que me han escrito y que, estoy seguro, partirían inmediatamente tras la sola indicación de *vade*.

Bien, le doy las gracias a Dios por haber concedido a toda la compañía esta disposición; pues quiero esperar que todos cuantos somos tenemos esta misma disposición; y si nos dijeren: «Venga usted acá», «vaya para allá», estaríamos dispuestos a obedecer. ¡Bendito sea Dios!

Le pido a la compañía, en primer lugar, que dé gracias a Dios por las que les concedió a estos buenos difuntos; y después, que pidamos al Señor que, si por ventura alguno de ellos, estuviese todavía en el purgatorio, lo libre de él por su santa misericordia.

98 [175,XI, 432-435]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
1 DE NOVIEMBRE DE 1657

Festividad de todos los santos. Muerte de Dermot Duiguin.

Después de que nuestro veneradísimo padre hizo repetir a tres o cuatro personas los pensamientos que Dios les había

Conferencia 98. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 63

inspirado en la oración, dijo a la compañía que debería elevarse a Dios en esta santa festividad de todos los santos y pedirle sus gracias para las necesidades de cada uno en particular y de la compañía en general. Fijaos, dijo, nuestro Señor acostumbra derramar sus gracias con mayor abundancia en este día sobre los fieles que se las piden como es debido, y esto por la intercesión de sus santos; pues, como hay más intercesores por nosotros delante de Dios, por eso no cabe duda de que las gracias que él derrama sobre los fieles en el día de hoy son mucho más abundantes que en las demás fiestas particulares de los santos. Lo que hemos de hacer, padres y hermanos míos, es agradecer a su divina Majestad todos los dones y gracias que ha querido conceder a todos los santos del cielo en general, y a cada uno de ellos en particular, por el buen uso que hicieron de aquellas gracias y la perseverancia que demostraron en la práctica de las buenas obras hasta el fin de su vida; dar gracias a Dios por todo esto y porque practicaron tan bien aquella primera lección que nuestro Señor les enseñó a ellos y a nosotros: «¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos!»¹.

¡Oh hermosa y santa humildad! ¡Cuán agradable eres a los ojos de Dios, ya que el mismo señor nuestro Jesucristo quiso expresamente venir a enseñárnosla por su palabra y su ejemplo aquí en la tierra! Padres y hermanos míos, ¡ojalá el amor y el deseo de esta virtud estén siempre bien impresos en nuestros corazones! Sí, el amor al desprecio: aceptar de buena gana que se burlen de nosotros, que nos estimen en poco, que nadie haga caso de nosotros, que el mundo nos crea gente de poca virtud, ignorantes, que no sirven para nada.

No solamente debe querer esto cada uno de la compañía respecto a sí mismo, sino también respecto a la compañía en general. Sí, querer que se hable de ella como de la comunidad más inútil de la Iglesia de Dios, la más imperfecta; querer que digan de ella que es la más ignorante y que no sirve para nada. El hijo de Dios quiso pasar por ello; fue juzgado por el pueblo

1 Mt 5,3.

como un seductor, toleró que lo pospusiesen a Barrabás, que lo tuviesen por endemoniado, que el pueblo lo rechazase ², en una palabra, el aceptó y quiso este estado. Y si el hijo de Dios amó este estado, ¿por qué no lo vamos a amar nosotros? Mirad, hemos de esforzarnos continuamente en querer el rebajamiento, la confusión por nuestras faltas; hay que odiar y detestar el mal cuando va unido al pecado, y hacer todo lo posible por corregirnos. Pero una vez cometido, hemos de querer la confusión que nos produce y aceptar vernos menospreciados por esa causa.

Conozco a una señorita ³ que tenía una pierna más gruesa que la otra; como no pudiera por ese motivo ir al baile, etcétera, como las demás señoritas del mundo, se retiró a vivir en la soledad, sin casarse; luego, decía: «¡Bendita pierna, que has sido la causa de que me aparte del mundo! ¡Bendita confusión, que me has procurado tan gran bien!»

Ayer recibí una carta, en la que se me decía que la muerte de nuestro buen padre Duiguin ha causado muchas lágrimas en todo el mundo, al ver que perdían a su buen padre (por tal lo tenían); todos, grandes y pequeños, derramaban abundantes lágrimas; era su padre, pues los había engendrado en Cristo Jesús. Esto puede en principio dar motivos de aprecio a la compañía, al ver lo que pasó; pero lo que hemos de hacer en estas ocasiones, cuando veamos y oigamos estas cosas, es decir: «¡Señor, a ti solo la gloria! ¡A ti, Dios mío, toda la gloria!». Y de esta forma rebajar en nuestro interior todo lo que pudiera darnos algún pensamiento de vanagloria en particular o para la compañía en general. ¡Quiera Dios concederle a la compañía la gracia de dedicarse de forma especial y principal a los medios de adquirir esta santa virtud de la humildad y del rebajamiento de nosotros mismos! Sí, hermanos míos, lo repito, deberíamos buscar con todo nuestro entusiasmo la adquisición de esta virtud de la humildad. ¡Que su divina Majestad nos conceda esta gracia!

2 Cfr. Jn 7,12; Mt 27,63; Jn 1,48-49; Mt 27,21.

3 Isabel du Fay.

*Hay que seguir en todo la voluntad de Dios por amor a Dios.
Celo de los dos hermanos Juan y Felipe Le Vacher, misioneros en Berbería.*

Uno de nuestros hermanos clérigos, en la repetición de la oración que le mandó hacer nuestro veneradísimo padre, dijo que no era suficiente hacer las cosas que Dios nos pide, sino que había que hacer esas cosas por amor de Dios. Entonces el padre Vicente tomó la palabra y le dijo a aquel buen hermano: Hermano mío, acaba usted de decir una cosa que es preciso pensar y considerar, y ruego a Dios que le bendiga. En efecto, padres y hermanos míos, no basta con hacer las cosas que Dios nos ordena, sino que además es preciso hacerlas por amor a Dios; cumplir la voluntad de Dios, y cumplir esa misma voluntad de Dios según su voluntad, es decir, lo mismo que nuestro Señor cumplió la voluntad de su Padre durante su estancia en la tierra. Por ejemplo, nosotros, los sacerdotes, celebramos la santa misa, porque es ésa la voluntad de Dios; pues bien, no basta con hacer en esto la voluntad de Dios, o sea, celebrar la misa; sino que además hemos de esforzarnos en ofrecer, con la mayor perfección que nos sea posible, ese mismo sacrificio a Dios, según la voluntad del mismo Dios, de la misma forma que nuestro Señor ofreció en la tierra el sacrificio cruento y el incruento de sí mismo a su Padre eterno; también nosotros, padres, hemos de esforzarnos todo lo que podamos en ofrecer nuestros sacrificios al Padre eterno con este mismo espíritu que, como acabo de decir, fue el de nuestro Señor. Y esto tan perfectamente como nos lo pueda permitir nuestra pobre, ruin y miserable naturaleza. Lo mismo han de hacer nuestros hermanos que oyen misa: no basta con oíría, cumpliendo de este modo la voluntad de Dios, sino que además han de cumplir esta misma voluntad divina oyendo la misa con devoción, con atención y con pureza de intención. Esto mismo puede decirse de las demás obras:

Conferencia 99. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 63 v^o.

me refiero a las buenas obras, como cuando una persona observa las reglas como es debido, pues es una cosa buena observar debidamente las reglas pero eso no basta si no se hace por amor a Dios.

De forma que, cuando hacemos o sufrimos alguna cosa, si no lo hacemos o sufrimos por amor de Dios, no nos sirve de nada; aun cuando fuéramos quemados vivos, o diésemos todos nuestros bienes a los pobres, como dice san Pablo ¹, si no tenemos caridad y no lo hacemos o sufrimos por amor de Dios, no nos sirve de nada. Por ejemplo, asistir a los pobres esclavos es una obra muy excelente, y hay incluso algunas órdenes en la Iglesia de Dios que siempre han sido consideradas y tenidas como superiores a las demás por ocuparse en esta tarea, como la orden de Redención de Cautivos, cuyos miembros hacen, entre otros votos, el de ofrecerse como esclavos en lugar de los que sean tentados de apostasía, a fin de librarlos del peligro de perder la fe.

Todo esto, padres, es muy hermoso y excelente; pero me parece que hay todavía algo más en los que no solamente se marchan a Argel, a Túnez, para intentar rescatar a los pobres cristianos, sino que además se quedan allí, y se quedan allí para rescatar a aquellas pobres gentes, para asistirles espiritual y corporalmente, para socorrer sus necesidades y estar siempre a su lado para ayudarles en todo. Padres y hermanos míos, ¿veis bien la grandeza de esta obra? ¿La veis bien? ¿Hay algo que sea más conforme con lo que hizo nuestro Señor, bajando a la tierra para redimir a los hombres de la cautividad del pecado y del demonio? ¿Qué es lo que hizo el Hijo de Dios? Dejó el seno de su Padre eterno, lugar de su reposo y de su gloria. ¿Y para qué? Para bajar aquí, a la tierra, entre los hombres, para instruirles por medio de sus palabras y de su ejemplo, para librarles de la cautividad en que estaban y redimirles. Para ello, llegó a dar su propia sangre. Del mismo modo, padres, hemos de estar nosotros dispuestos a lo que sea: dejarlo todo. nuestras comodidades y nuestros gustos, para servir a Dios y al prójimo. La naturaleza no busca más que cambiar; si le hacemos caso, nos convencerá fácilmente de que debemos andar

1 Cfr. 1 Cor 13,3.

cambiando; pero hay que saber resistirle. Y para ello se necesita mucha fuerza, os lo aseguro.

En Túnez se encuentra el mayor de los hermanos Le Vacher. ¿Sabéis que trabajos lleva ahora entre manos? Con los dos que había, apenas podían hacer todo lo que había que hacer; y ahora está él allí solo, encargado del consulado, que es necesario que él lo lleve, y por otra parte atendiendo a los pobres esclavos. La naturaleza pediría verse libre de esa carga; pero hay que resistir con firmeza, mantenerse en pie y seguir en el puesto en que Dios nos ha colocado, en cualquier ocupación y en cualquier país que sea ²,

Y éste (refiriéndose al padre Felipe Le Vacher, que había venido de Argel hacía unos dos meses y se disponía a regresar allá) ³, sabéis muy bien que pasa todos los años siete u ocho noches sin dormir, para poder oír las confesiones de los pobres esclavos, a los que va a buscar por los sitios en que se encuentran retirados, pasando la noche con ellos, con esas pobres gentes que no disponen de otro tiempo para poder confesarse, ya que sus amos no quieren que se les distraiga de sus trabajos durante el día. Esto es lo que me ha indicado el cónsul en varias ocasiones, diciéndome que, si no le mando que modere sus vigilias, hay mucho peligro de que sucumba en la brecha. Os ruego que no habléis de esto ni le digáis que os he hablado de él. Quizás no haya sido conveniente que os lo dijera; pero ¿qué? ¿acaso puedo evitar hablar del bien cuando lo veo? En compensación, he de decir que tampoco puedo evitar hablar del mal, cuando lo advierto, y que no tengo más remedio que decir: «Usted ha cometido tal y tal falta» ⁴.

Bien, ¡bendito sea Dios y glorificado por siempre! El reino de Dios sufre violencia ⁵ y sólo los fuertes logran arrebatarlo,

² *Al margen:* El padre Vicente deseaba probablemente dar ánimos al padre Felipe Le Vacher, que se estaba preparando para volver a Argel.

³ *Al margen:* Aquí habla del mencionado Felipe Le Vacher, que acababa de salir de esta repetición de oración.

⁴ *Al margen:* El padre Vicente refirió un pasaje del profeta a propósito de que, habiendo visto a los enemigos, gritó contra ellos. Hay que buscar este pasaje y escribirlo aquí.

⁵ Cfr. Mt 11.12.

los que practican la virtud en medio de las mayores dificultades, sufriendo y padeciendo todo por amor de Dios; esto es lo que Dios quiere de nosotros. ¡Quiera su divina Majestad darnos a todos la gracia de cumplir siempre y en todas las cosas su santa voluntad!

100 [177, XI, 439-446]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN DEL
25 DE NOVIEMBRE DE 1657

Reprensión a un misionero que había hablado de la compañía con elogio. Razones para ser humildes y referir toda alabanza a Dios. Hacer bien lo que se hace, observar bien las reglas y dejar en la compañía una tradición de virtud. Cuando volvía a París después de sus misiones, el padre Vicente se reprochaba que dejaba a las almas abandonadas. Encomienda a las oraciones de todos a Santos Bourdaise, misionero de Madagascar.

El padre Vicente hizo que repitiera la oración un sacerdote del seminario recién admitido; dicho sacerdote, hablando de la compañía, le dio el nombre de *santa compañía* y *santa congregación*. Al oír esto el padre Vicente, detuvo el discurso de aquel buen sacerdote y le dijo: Padre, cuando hablemos de la compañía, no hemos de utilizar esos términos de *santa compañía* o *congregación*, u otros términos equivalentes y laudatorios, sino servirnos más bien de éstos: *la compañía*, *la pequeña compañía* y otros por el estilo. De esta forma imitaremos al Hijo de Dios, que llamaba a la compañía de sus apóstoles y discípulos *pequeño rebaño*, *su pequeña compañía* ¹ ¡Cuánto me gustaría que quisiera Dios conceder a esta ruin compañía la gracia de fundamentarla bien en la humildad, de que construyera y se fuera levantando sobre esta virtud, que permaneciera ahí como en su puesto, en su marco! Porque, mirad, padres,

Conferencia 100. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 66.

¹ Lc 12,32.

no nos engañemos: si no tenemos humildad, no tenemos nada Y no hablo solamente de la humildad exterior, sino principalmente de la humildad de corazón y de la que nos mueve a creer con toda verdad que no hay ninguna persona en la tierra más ruin y miserable que nosotros, que la compañía de la Misión es la peor de todas las compañías, la más miserable, deseando que todo el mundo hable de esta manera. Pero, padres ¿qué es lo que significa querer ser estimados? Querer ser tratados de una manera distinta del Hijo de Dios, ¿no es un orgullo insoportable? ¿Qué es lo que decían del Hijo de Dios, cuando estaba en la tierra? ¿Y por qué deseó que lo tuvieran entre el pueblo? Por un loco, por un sedicioso, por un idiota, por un pecador, aunque no lo fuera; llegó incluso a tolerar que lo pospusieran a Barrabás, a un ladrón y un asesino. ¡Oh Salvador! ¡Oh Salvador mío! ¡Tu santa humildad confundirá unos pecadores como yo, miserable de mí, en el día del juicio!

Hermanos, tengamos cuidado con esto. Tened cuidado con esto vosotros, los que vais a las misiones, los que habláis en público. A veces, con mucha frecuencia, se ve al pueblo impresionado por lo que se le ha dicho; se les ve llorar a todos; se encuentran algunos que, dando un paso más, se atreven a proferir palabras como éstas: «¡Bienaventurados los vientres que os llevaron, los pechos que os dieron de mamar!»². A veces hemos oído decir palabras por el estilo. Al oír todo esto, la naturaleza se llena de satisfacción, nace y se alimenta la vanidad, si uno no está atento a reprimir todas esas satisfacciones, a renunciar a la vanidad, a sí mismo, a buscar puramente la gloria de Dios, que es lo único por lo que hemos de trabajar. Sí, fijaos bien, puramente por la gloria de Dios y la salvación de las almas; porque obrar de otra manera es predicarse a sí mismo y no a los demás; y una persona que se porta de esa manera, esto es, que predica para hacerse aplaudir, para que la aprecien, la alaben y hablen de ella, ¿qué es lo que hace esa persona, ese predicador? ¿Qué es lo que hace? ¡Comete un sacrilegio, sí, un sacrilegio!

² Lc 11,27.

Al margen: Aquí hay que citar el pasaje en latín.

Dios mío, Dios mío, concede a esta pobre y pequeña compañía la gracia de que ninguno de los que la componen caiga en esa desgracia. Fijaos, padres y hermanos míos, creedme, nunca seremos las personas adecuadas para realizar la obra de Dios, si no tenemos una profunda humildad, un desprecio de nosotros mismos. Si la compañía de la Misión no es humilde y no tiene ese convencimiento y esa persuasión de que no puede hacer nada que valga la pena, de que lo estropea todo, nunca podrá hacer grandes cosas; pero cuando permanezca y viva en el espíritu que acabo de decir, entonces estad seguros de que podrá trabajar en la obra de Dios, porque de esas personas es de las que Dios se sirve para las grandes obras.

Los doctores, explicando el evangelio de hoy, en el que se hace mención de diez vírgenes? de las que cinco son necias y cinco prudentes, opinan que hay que entender esta parábola de los religiosos y de las comunidades que se han apartado del mundo. Si es así, padres, entonces se pierden la mitad de los religiosos y de las comunidades: ¡cuánto hemos de temer! ¡Miserable de mí, que soy un viejo pecador y no he hecho ningún bien en la tierra! ¡Cómo he de temblar! Bien, padres y hermanos míos, animémonos, no perdamos el coraje, entreguémonos en las manos de Dios, renunciando a nosotros mismos, a nuestras satisfacciones, a nuestros gustos y apetencias, creyendo que no tenemos peor enemigo que nosotros mismos, y haciendo todo el bien que podamos.

Y aquí hay que considerar dos cosas, a saber: que no solamente hemos de obrar el bien, sino además que ese bien lo debemos hacer bien. Porque, fijaos, no basta con hacer cosas buenas, por ejemplo, dar limosna, ayunar, y todo lo demás todo eso está bien, pero no es suficiente, además hay que hacer bien todo esto, con el espíritu de nuestro Señor, de la manera como lo hizo nuestro Señor en la tierra, y puramente por la gloria de Dios. Las plantas son incapaces de producir frutos que sean más excelentes que su esencia. Nosotros, todos nosotros, somos como la esencia de los que han de venir después de nosotros, y que probablemente no producirán mejores frutos que nosotros, ni alcanzarán una perfección más alta que nosotros. Si nosotros hemos obrado bien, ellos obrarán bien. Porque fijaos, padres, esto irá pasando de uno a otro: los que queden,

enseñarán a los otros la manera con que los primeros se entregaban a la virtud, al cumplimiento de la regla; y estos otros enseñarán a los que vengán detrás; y esto, ayudados por la gracia de Dios que les habrán merecido los primeros, sí, que habrán merecido los primeros. ¿De dónde proviene que veamos en el mundo ciertas familias que viven tan bien en el temor de Dios? Me acuerdo ahora de una de ellas, de la que conocí a los abuelos y a los padres, que eran todas personas muy de bien; y los hijos, a quienes también conozco, se portan de la misma forma. ¿De dónde proviene esto? De que sus padres merecieron de Dios esta gracia, por su vida buena y santa, para sus hijos, según la promesa de Dios mismo, de que recompensará la virtud y la vida buena y santa de los padres en sus hijos hasta la milésima generación.

Miremos las cosas por el otro lado. Vemos a veces a ciertas personas, un marido y una mujer, que son buenas y viven bien; sin embargo, todo se les va de las manos, no triunfan en nada. ¿De dónde proviene esto? De que el castigo de Dios que merecieron sus padres por alguna falta grave que cometieron pasó a sus hijos, según está escrito, que Dios castigará al pecador en los suyos hasta la séptima generación ³; y aunque esto hay que entenderlo principalmente de los bienes temporales, sin embargo podemos entenderlo también de los bienes espirituales. De forma que, si obramos bien, si guardamos con fidelidad todas nuestras reglas, si practicamos bien todas las virtudes que convienen a un buen misionero, mereceremos de Dios esta gracia para nuestros hijos, esto es, para los que vengán detrás de nosotros, y que seguirán haciendo el bien. Pero si obramos mal, hay motivos para temer que ellos harán lo mismo, y aun peor, ya que la naturaleza siempre arrastra detrás de sí e inclina continuamente al mal. Y luego se dirá de la compañía lo que se dice ordinariamente en el mundo: «Mal va la cosa; esa gente va mal; cada vez peor; ya veréis como acaba todo».

Mirad, nosotros podemos considerarnos como los padres. La compañía está todavía en la cuna; no ha hecho más que nacer; hace sólo veinticinco o treinta años que ha comenzado a nacer. ¿Qué significa esto? ¿No es estar todavía en la cuna?

3 Bar 6,2.

Y los que vengan después de nosotros, dentro de tres o cuatro siglos, nos mirarán como a padres. Incluso los que acaban de llegar serán considerados como los primeros. Los que vienen en los primeros años son considerados como los primeros padres. Cuando queréis apoyar un argumento en algún pasaje que se encuentra en algún padre de los primeros siglos, decís: «Este pasaje se encuentra en tal padre, que vivía en el primer siglo; en tal padre de la Iglesia, que vivía en los primeros siglos». Eso es lo que se dice. Lo mismo se dirá de los que actualmente forman parte de esta compañía: «En tiempos de los primeros sacerdotes de la Misión se hacía esto; ellos se portaban así; estaban en vigor tales y tales virtudes», y así en todo lo demás.

Si esto es así, hermanos míos, ¿qué ejemplo hemos de dejar a nuestros sucesores, a nuestros hijos, ya que el bien que ellos hagan depende en cierto modo del que nosotros practiquemos? Si es verdad, como dicen los padres de la Iglesia, que Dios les hace ver a los padres y madres que están condenados el mal que cometen sus hijos en la tierra, para que de esta forma aumente su tormento, y que cuanto mayores son los males que esos hijos cometen, más sufren por ellos los padres y las madres que han sido su causa por el mal ejemplo que les dieron; de la misma forma, por otra parte, dice san Agustín, Dios les hace ver a los padres y a las madres que están en el cielo el bien que hacen sus hijos que todavía están en la tierra, para que crezca su alegría. ¡Ay, padres, qué consuelo y qué gozo tendremos nosotros cuando Dios quiera hacernos ver los bienes que realice la compañía, produciendo abundante cosecha de obras buenas, observando las reglas con fidelidad y exactitud, practicando las virtudes que componen su espíritu, siguiendo los buenos ejemplos que les hayamos dado!

¡Miserable de mí que digo y no hago! ¡Les digo a los demás lo que tienen que hacer, pero yo mismo no lo practico! Rezad a Dios por mí, padres; rezad a Dios por mí, hermanos, para que me convierta.

Bien, pongámonos de corazón en las manos de Dios; trabajemos, trabajemos, vayamos a asistir a las pobres gentes del campo que nos están esperando. Gracias a Dios, hay casas en las que casi siempre están trabajando, unas más y otras menos,

en esta misión, en aquella, de esta aldea, a aquella otra, trabajando siempre, por la misericordia de Dios.

Me acuerdo (¿es menester que lo diga?) de que antiguamente, cuando volvía de alguna misión, me parecía que, al acercarme a París, se iban a caer sobre mí las puertas de la ciudad para aplastarme; muy pocas veces volvía de la misión sin que se me ocurriera este pensamiento. La razón de esto es que pensaba dentro de mí mismo: «Tú vuelves a París, y hay otras muchas aldeas que están esperando de ti lo que acabas de hacer aquí y allá. Si no hubieses ido a aquella aldea, probablemente tales y tales personas, al morir en el estado en que las encontraste, se habrían perdido y condenado. Si has visto eso, y en aquella parroquia se cometen tales y tales pecados, ¿crees que no te encontrarás con los mismos pecados y que no se cometerán faltas semejantes en la parroquia vecina? Están esperando que vayas a hacer entre ellos lo mismo que acabas de hacer con sus vecinos; están esperando una misión, ¡y tu te vas y los dejas allí! Si entretanto mueren y mueren, sin haberse arrepentido de sus pecados, tu serás en cierto modo el culpable de su pérdida y has de temer que Dios te pida cuenta de ello». Estos eran, padres y hermanos míos, los pensamientos que ocupaban mi espíritu.

Pero terminemos. Encomiendo a las oraciones de la compañía al buen padre Bourdaise, solo en Madagascar, para que Dios quiera robustecerlo con su gracia y conservárselo a la compañía. Dios ha bendecido a ese hombre de la forma que ya sabéis. ¡Y resulta que a ese hombre varias veces habíamos estado a punto de despedirlo, porque no creíamos que tuviese ciencia suficiente para poder permanecer en la compañía! ¡Ay! ;qué bueno es esperar en Dios y poner en él nuestra confianza

101 [178, XI, 446-447]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN ¹

Muerte de Catalina Butefer, madre de Juan y de Felipe Le Vacher. Elogio de Juan Le Vacher

Conferencia 101. — Vie manuscrite de M. Jean Le Vacher p. 17.

¹ Esta repetición de oración tuvo lugar entre el 30 de agosto de 1657, fecha del regreso de Felipe Le Vacher a Francia, y el 21 de sep-

Después de haber encomendado a las oraciones de la comunidad a la madre de Juan y de Felipe Le Vacher, Catalina Butefer, que acababa de morir e iba a ser enterrada, según sus deseos, en la iglesia de San Lázaro, el padre Vicente añadió:

Celebraremos a continuación la recepción, el funeral y el sepelio de esta buena madre de tan dignos hijos, pero sobre todo de los dos que son sacerdotes de la Misión, presente uno en el altar ², y el otro en Túnez ³, donde está haciendo un bien indecible. Tiene una fuerza maravillosa para las cosas, incluso temporales.

Un capitán francés les tomó a los turcos un barco con ciento cincuenta turcos, y se los llevó junto con el barco a Túnez, para venderlo allí todo; como para esto necesitaba el permiso del cónsul, el padre Le Vacher, que en ausencia del señor Husson, que había vuelto a Francia hacía el oficio, recibió del capitán el aviso para que fuera a hablar con él a bordo. Pero él le indicó que la práctica era que los capitanes fuesen primero a visitar personalmente al cónsul, que representa a la persona del rey. Vino pues el capitán y después de un largo coloquio, le manifestó sus deseos. Pero el padre Le Vacher le replicó que todo aquello le pertenecía al rey, que le había armado y equipado, y que la ley del mar era aquella.

Aquel persiste en su idea, y éste insiste en su réplica. Finalmente, el capitán dijo que lo quería y que lo haría.

El padre Le Vacher, apelando a todas sus fuerzas interiores, le dijo: «Señor, usted tiene la fuerza en la mano y puede hacer lo que guste; pero le manifiesto que yo no consentiré eso jamás; por el contrario, me opondré con todas mis energías. He de permanecer fiel al rey».

El otro, al ver aquello, no se atrevió a insistir. Más aún, el padre Le Vacher, al despedirle, le dio a conocer los medios que Dios le había puesto en las manos para rescatar a muchos desgraciados cristianos, entregando a los turcos que él tenía.

tiembre de 1658, fecha de un acta notarial posterior a la muerte de Catalina Butefer (cfr. *La famille de Jean Le Vacher*. París 1907, 15).

2 Felipe Le Vacher.

3 Juan Le Vacher.

Y creo que él entonces entregó la tercera parte, y además no vendió a ninguno.

Ya veis la fuerza y la generosidad del hijo de una madre tan buena. Así pues, se los ofreceremos a todos ellos al Señor, junto con los esclavos con quienes trabajan y consumen su vida estos dos hijos suyos tan bendecidos por Dios.

102 [179, XI, 447-449]
CONFERENCIA DE [1658].¹

ABNEGACIÓN DE JUAN LE VACHER CON LOS ESCLAVOS

Misión de Juan Le Vacher en una galera de Bizerta: su falta de medios económicos, la alegría de los forzados, la admiración de los paganos por la caridad de los cristianos entre sí.

He recibido una carta del padre Le Vacher, que está en Túnez, en la que me indica que, habiendo llegado una galera de Argel a Bizerta, que está a diez o doce leguas de allí, no sabía qué hacer para ir hasta allá, ya que ordinariamente los visita para atenderlos, no sólo espiritual, sino corporalmente; y como se veía privado de dinero, estaba muy preocupado, sin saber si debería ir o no, ya que esas pobres gentes tienen muchas necesidades corporales, así con o también espirituales; pero él se veía sin recursos, como he dicho, porque había enviado al cónsul de Argel todo el dinero que tenía para librar a aquel buen cónsul del castigo de los bastonazos y de la tiranía que se veía obligado a soportar. Sin embargo, superando todas estas preocupaciones, no pensó más que en que tenía que ayudar a aquellos pobres forzados. Reunió todo el dinero que pudo, tomó consigo a un intérprete y a otro criado que le ayudase y se fue para allá; cuando llegó, apenas pudo ser

Conferencia 102. — Vie manuscrite de Jean Le Vacher, 11.

¹ Fue en marzo de 1658 (cfr. *Correspondencia* t. VII, p. 105) cuando san Vicente se enteró de los compromisos económicos contraídos por Juan Le Vacher para socorrer al hermano Juan Barreau, cónsul en Argel.

visto desde la galera y reconocido por el hábito, aquellas pobres gentes empezaron a dar señales de júbilo con grandes gritos y a decir: «Allí está nuestro libertador, nuestro pastor, nuestro padre»; y habiendo subido a la galera, todos aquellos pobres esclavos se echaron sobre él, llorando de cariño y de alegría al ver a su libertador espiritual y corporal; se echaban de rodillas a sus pies y le cogían, uno por la sotana, otro por el manto, de forma que lo dejaron desgarrado por sus deseos de acercarse a él. Tardó más de una hora en atravesar la galera para ir a saludar al comandante, ya que le estorbaban el paso y no podía avanzar, en medio del aplauso y regocijo de aquellas gentes. El comandante mandó que cada uno volviera a su lugar y acogió con toda cortesía a aquel buen sacerdote, indicándole que alababa mucho la caridad y la manera de ser de los cristianos, que de esta forma se socorrían mutuamente en sus aflicciones. Luego el padre Le Vacher compró tres toros, los más cebados que pudo encontrar, los mandó matar y se los distribuyó; también hizo que cocieran mucho pan y de esta forma trató a aquellos pobres esclavos corporalmente, mientras que hacía todo lo posible por darles el alimento espiritual, que es mucho más necesario para la gloria de Dios, catequizándoles e instruyéndoles en los misterios de nuestra santa fe, y finalmente confortándoles con mucha caridad. Esto duró ocho días, con gran bendición y singular consuelo de aquellos pobres galeotes, que le llamaban su libertador, su consolador, el que les saciaba espiritual y corporalmente. Y los dejó de esta manera, muy consolados y robustecidos en su fe, y resueltos a soportar con paciencia sus trabajos por el amor de Dios.

Al volver a Túnez, el bey, aunque bárbaro, le dijo que así es como se ganaría el cielo, haciendo limosnas. El padre Le Vacher, con deseos de excusarse, le dijo que no hacía más que repartir las limosnas que a él le daban con esa finalidad. Y él le replicó que así se ganarían también el cielo, lo mismo que él, los que daban esas limosnas. ¡Oh Salvador, cuánto bien hace un sacerdote! Ya veis cómo es el motivo de que hasta los infieles respeten nuestra religión. Esto me lo ha confirmado igualmente el padre Felipe Le Vacher, su hermano, cuando le pregunté cómo se portaban los turcos frente a nuestra religión; me dijo que, en lo referente a las cosas espirituales, eran de-

masiado groseros y no eran ni mucho menos capaces de comprenderla, pero que, en lo referente a las cosas y ceremonias exteriores, la respetaban y veneraban, y que incluso prestaban a veces sus tapices para nuestras solemnidades. ¡Oh, Salvador! ¡Oh, sacerdotes de la Misión! ¡Oh, todos los miembros de la Misión! De esta forma podemos hacer que sea respetada nuestra santa fe, viviendo según Dios e imitando a ese buen padre Le Vacher. ¡Quiera su divina bondad concedernos esta gracia! ¡Oh Salvador! ¡Oh, santísima Virgen, pide al Señor este favor para nosotros, pídele una verdadera pureza para nosotros, para los sacerdotes, para los estudiantes, para los seminaristas, para los hermanos coadjutores y para toda la compañía! Esta es la súplica que te hacemos.

103 [180, XII,1-14]

CONFERENCIA DEL 17 DE MAYO DE 1658

SOBRE LA OBSERVANCIA DE LAS REGLAS

Conferencia tenida en San Lázaro sobre la observancia de las reglas, con ocasión de su distribución.

Aunque los misioneros están siempre obligados a recoger, si es posible, todas las palabras del padre Vicente, ya que no hay ninguna de ellas que no contenga alguna instrucción para ellos y para sus sucesores, esta obligación sin embargo es mucho más particular cuando les habla como padre y les trata como a hijos suyos muy queridos, tratando de algún asunto especialmente importante. Por eso, como el discurso que le dirigió en la conferencia del viernes 17 de mayo de 1658, en que le distribuyó el libro de nuestras reglas, estaba lleno no sólo de enseñanzas buenas y provechosas, sino sobre todo de los sentimientos paternales que él siente por la compañía, algunos ¹ procuraron recoger sus palabras con la mayor fidelidad que pu-

Conferencia 103. — Manuscrit des Conférences.

1 Santiago Eveillard y el hermano Ducournau (Testimonio del hermano Chollier en el proceso de beatificación de san Vicente de Paul)

dieron, e incluso describir todo lo que pasó en aquella ocasión, para que todos los que estuvieran ausentes pudiesen participar de la edificación y del consuelo especial de quienes tuvieron la dicha de estar presentes.

El tema de la conferencia era la observancia de las reglas y contenía dos puntos: en el primero, los motivos; en el segundo, los medios para observar debidamente nuestras reglas. El padre Vicente llegó a la sala de conferencias cuando estaba hablando un hermano, el cual dijo sobre el primer punto que, si ahora no se observaban bien las reglas, con mayor razón no se observarían debidamente dentro de cien o doscientos años; el padre Vicente hizo que repitiera esto y, dejando que acabase, empezó a hablar él mismo más o menos de esta forma.

Padres y hermanos míos, Dios no me ha concedido la gracia de presentarme motivos más urgentes para observar bien nuestras reglas, ni medios tan buenos, como los que se han dicho y acabo de escuchar. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea siempre su santo nombre!

Se detuvo aquí un poco de tiempo.

Un motivo que debe impulsarnos, padres y hermanos míos, a observar bien nuestras reglas es que me parece que, por la gracia de Dios, todas las reglas de la Misión tienden a apartarnos del pecado e incluso de la imperfección, a procurar la salvación de las almas, a servir a la Iglesia y a dar gloria a Dios. Me parece que todas, por la gracia de Dios, tienden a eso, de forma que todo el que las observe como es debido estará en el estado que Dios pide de él, libre en su persona de vicios y de pecados, será útil a la Iglesia y dará a nuestro Señor la gloria que él espera. ¡Qué motivo tan poderoso, padres, para que la compañía observe bien las reglas, estar libre de defectos, en la medida que puede permitirlo la debilidad humana, glorificar a Dios y hacer que sea servido y amado en la tierra! ¡Oh Salvador, qué felicidad! No es posible considerarlo suficientemente.

Un buen siervo de Dios me decía en cierta ocasión del libro de la *Introducción a la vida devota*: «Mire, el que observe bien todo lo que está contenido en este libro llegará a una gran perfección, aunque parezca que todas las prácticas son familiares y adecuadas a la debilidad humana» ¿No podría yo decir esto mismo de nuestras reglas, a pesar de que en apariencia sólo nos

prescriben una vida bastante común, pero con la fuerza suficiente para llevar a quienes las practiquen a una elevada perfección, y no solamente a eso, sino incluso a destruir el pecado de la imperfección en los demás? En efecto, padres, quienes no las observen ¿podrán trabajar en su propia perfección y en la del prójimo? ¿Qué gloria podrán dar a nuestro Señor? Por el contrario, si, por la gracia de Dios, la compañía ha conseguido algún progreso en la virtud, si todos han salido del estado de pecado y avanzado en la perfección, ¿no es la observancia de las reglas la que ha hecho todo esto? Si la compañía, por la misericordia de Dios, hace algún bien en las misiones y con los ordenandos, ¿no son nuestras reglas las causantes de esto? Y sin nuestras reglas, ¿cómo habríamos podido hacerlo? Por consiguiente, tenemos grandes motivos para observarlas con toda fidelidad, ¡y qué feliz será la compañía si es fiel en esto!

Otro motivo por el que debemos ser fieles a la observancia de nuestras reglas es que todas ellas están sacadas del evangelio, como veréis; sí, como veréis; y todas ellas tienden a conformar nuestra vida con la que nuestro Señor llevó en la tierra. Vino nuestro Señor y fue enviado por su Padre a evangelizar a los pobres. *Pauperibus evangelizare misit me*², *Pauperibus*, a los pobres! ¡Padres, a los pobres! ¡como por la gracia de Dios, trata de hacer la pequeña compañía!

¡Qué gran motivo para que nuestra compañía se llene de confusión al ver que nunca ha habido ninguna otra compañía pues esto es inaudito, que haya tenido la finalidad de hacer lo que nuestro Señor vino a hacer al mundo: anunciar el evangelio a los pobres solamente, a los pobres abandonados: *Pauperibus evangelizare misit me*! Pues esta es nuestra finalidad, fijaos bien, de la que Dios ha querido desde hace poco dejar como un monumento en la compañía y un memorial para la posteridad.

Una vez que la reina oyó hablar de la poca fe y de los abundantes desórdenes que reinaban en la ciudad de Metz, incluso entre el clero, tuvo la idea de mandar hacer allí una misión, y me mandó decir por medio de dos prelados que fuese a hablar con ella sobre esto. Fui y su majestad me dijo que tenía este piadoso proyecto y que deseaba que la compañía fuese a Metz

2 Lc 4,18.

para tener allí la misión; yo le respondí: «Señora, su majestad no sabe que los pobres sacerdotes de la Misión están solamente para las pobres gentes del campo; pero tenemos otra compañía de eclesiásticos que se reúnen en San Lázaro todos los martes y que podrán cumplir, si le parece bien a su majestad, este deseo más dignamente que nosotros». Entonces la reina me respondió que no sabía que la compañía no desempeñase esas funciones en las ciudades, que no deseaba apartarnos de la finalidad de nuestro instituto y que aceptaba de buena gana que los sacerdotes de la conferencia de los martes tuvieran la misión de Metz. Así lo han hecho, gracias a Dios, con mucha bendición. Están ya a punto de volver.

Así pues, padres y hermanos míos, nuestro lote son los pobres, los pobres: *Pauperibus evangelizare misit me*. ¡Qué dicha, padres, qué dicha! ¡Hacer aquello por lo que nuestro Señor vino del cielo a la tierra, y mediante lo cual nosotros iremos de la tierra al cielo! ¡Continuar la obra de Dios, que huía de las ciudades y se iba al campo en busca de los pobres! En eso es en lo que nos ocupan nuestras reglas: ayudar a los pobres, nuestros amos y señores. ¡Oh pobres pero benditas reglas de la Misión, que nos comprometen a servirles, excluyendo a las ciudades!. Se trata de algo inaudito. Y serán bienaventurados los que las observen, ya que conformarán toda su vida y todas sus acciones con las del Hijo de Dios. ¡Dios mío, qué motivos tiene la compañía en esto para observar bien las reglas: hacer lo que el Hijo de Dios vino a hacer al mundo!: Que haya una compañía, y que ésta sea la de la Misión, compuesta de pobres gentes, hecha especialmente para eso, yendo de acá para allá por las aldeas y villorrios, dejando las ciudades, como nunca se había hecho, yendo a anunciar el evangelio solamente a los pobres! ¡Y eso es precisamente lo que nos mandan nuestras reglas!

Pero ¿cuales son esas reglas? ¿Son las que la compañía ha tenido en sus manos hasta ahora? Sí; pero se ha creído oportuno explicarlas un poco y mandarlas imprimir, para que todos pudieran tenerlas con mayor comodidad. Esta misma tarde las distribuiremos a la compañía. Ya hace tiempo que las esperabais y hemos tardado mucho en entregároslas, por buenas razones. En primer lugar, para imitar la conducta de Jesucristo,

que empezó a hacer antes de enseñar: *coepit Jesús facere et docere* ³, El practicó las virtudes durante los treinta primeros años de su vida y ocupó solamente los tres últimos en predicar y enseñar. Además la compañía tiene la tarea de imitarle, no solamente haciendo lo que él vino a hacer a la tierra, sino además haciéndolo de la misma forma que él lo hizo; pues la compañía puede decir que ella ha hecho primero y ha enseñado después: *coepit facere et docere*. Hace más o menos treinta y tres años que la empezó Dios y desde entonces hasta ahora siempre ha cumplido, por la gracia de Dios, las reglas que ahora os vamos a dar. Por eso no encontraréis en ellas nada nuevo, nada que no llevéis practicando con mucha edificación desde hace varios años.

En segundo lugar, si hubiéramos dado las reglas desde el principio, habría sido difícil evitar ciertos inconvenientes, que habrían podido seguirse; y el retraso, por la gracia de Dios, nos ha preservado de ellos. Si se le hubiesen dado a la compañía unas reglas sin practicar todavía, habrían podido surgir algunas dificultades; pero al darle lo que ya llevaba practicando tantos años con edificación, y sin ninguna dificultad en el pasado, no hay nada que no le deba resultar igualmente fácil y posible en el futuro. Se ha hecho lo mismo que hicieron los recabitas, según testimonio de la sagrada Escritura, que guardaban por tradición las reglas que les habían dejado sus padres, aunque no estuviesen escritas. Ahora que tenemos las nuestras escritas e impresas, la compañía no tendrá que hacer otra cosa más que mantenerse en lo poseído durante muchos años y continuar haciendo siempre lo que ha estado haciendo y practicando hasta el presente.

En tercer lugar, padres, si hubiésemos dado las reglas desde el principio y antes de que las hubiese practicado la compañía, habría motivos para pensar que en ello había más de humano que de divino, que había sido este un proyecto concebido y ejecutado humanamente, y no una obra de Dios. Pero, padres, todas estas reglas y todo lo que estáis viendo se ha hecho sin saber cómo, pues yo nunca había pensado en ello; todo se ha ido introduciendo Poco a poco, sin que pueda decirse cuál ha

3 Hech 1,1.

sido la causa. Pues bien, es una regla de san Agustín que, cuando no se puede encontrar la causa de una cosa buena, hay que atribuírsela a Dios, reconociendo que él es su principio y su autor. Según esta regla de san Agustín, ¿no es Dios el autor de todas nuestras reglas, que se han ido estableciendo sin saber de qué forma, de manera que yo no sé deciros cómo y por qué?

¡Oh Salvador! ¡Qué reglas! ¿Y de donde vienen? ¿Había pensado yo en ellas? Ni mucho menos; jamás pensé en nuestras reglas, ni en la compañía, ni siquiera en la palabra Misión. Nunca pensé en ello. Dios es el que lo ha hecho todo. Los hombres no hemos tenido parte alguna. Por lo que a mí se refiere, cuando pienso en la forma con que Dios quiso dar origen a la compañía en su Iglesia, os confieso que no sé qué parte he tenido en ello, y que me parece que es un sueño todo lo que veo. ¡Todo esto no es humano, sino de Dios! ¿Llamaréis humano a lo que el entendimiento del hombre no ha previsto nunca, a lo que su voluntad no ha deseado ni buscado en lo más mínimo? El pobre padre Portail nunca había pensado en esto; yo tampoco; todo se hizo en contra de mis esperanzas y sin que yo me preocupase de nada. Cuando pienso en esto y veo todas las tareas que ha emprendido la compañía, realmente me parece un sueño, me parece que estoy soñando, no os lo sabría decir. Me pasa como al pobre profeta Habacuc, al que tomó un ángel por los pelos y se lo llevó muy lejos para que consolara a Daniel, que estaba en el foso con los leones; luego el ángel volvió a traerlo al lugar de donde lo había tomado, y él, al verse en el mismo sitio de donde había salido, pensaba que todo había sido un sueño y una ilusión.

¿Diréis que es obra humana el origen de nuestras misiones? Un día me llamaron para ir a confesar a un pobre hombre gravemente enfermo, que tenía fama de ser el mejor individuo o al menos uno de los mejores de su aldea. Pero resultó que estaba cargado de pecados, que nunca se había atrevido a manifestar en la confesión, tal como lo declaró él mismo en voz alta poco más tarde, en presencia de la difunta esposa del general de las galeras, diciéndole: «Señora, yo estaba condenado, si no hubiera hecho una confesión general, por culpa de unos pecados muy grandes que nunca me había atrevido a confesar». Aquel hombre murió, y aquella señora, al darse cuenta

entonces de la necesidad de las confesiones generales, quiso que al día siguiente se tuviera la predicación sobre aquel tema. Así lo hice, y Dios concedió su bendición de tal manera que todos los habitantes del lugar hicieron enseguida la confesión general, y con tanta urgencia que hubo que llamar a dos padres jesuitas para que me ayudaran a confesar, a predicar y a tener la catequesis. Esto dio origen a que se siguiera con el mismo ejercicio en otras parroquias de las tierras de dicha señora durante varios años, hasta que se le ocurrió la idea de mantener a varios sacerdotes que continuasen estas misiones, y para ello nos dio el colegio de Bons-Enfants, donde nos retiramos el padre Portail y yo; tomamos con nosotros a un buen sacerdote, al que entregábamos cincuenta escudos anuales. Los tres íbamos a predicar y a tener misiones de aldea en aldea. Al marchar, entregábamos la llave a alguno de los vecinos o le rogábamos que fuera él mismo a dormir por la noche en la casa. Sin embargo, yo no tenía entonces más que un solo sermón, al que le daba luego mil vueltas: era sobre el temor de Dios.

Eso es lo que hacíamos nosotros, mientras que Dios iba haciendo lo que había previsto desde toda la eternidad. Dio su bendición a nuestros trabajos; y al verlo, se juntaron con nosotros algunos buenos eclesiásticos y nos pidieron que les recibiéramos. ¡Oh Salvador, oh Salvador! ¿Quién hubiera pensado jamás que las cosas llegarían a la situación en que ahora las vemos? Si entonces me hubieran hablado de ello, habría creído que se burlaban de mí; sin embargo, así era como Dios quería dar principio a lo que ahora veis. Bien, padres, bien, hermanos: ¿llamaréis obra humana a la obra en que nadie había pensado? Pues ni yo, ni el pobre padre Portail lo habíamos pensado; ¡Ay! no lo habíamos pensado, ¡Ay!; estábamos muy lejos de pensar en esto.

¿Habíamos pensado alguna vez en las tareas de la compañía, por ejemplo, en los ordenandos, que son el depósito más rico y más precioso que la Iglesia podía poner en nuestras manos? Nunca se nos había ocurrido. ¿Habíamos pensado alguna vez en la cofradía de la caridad? ¿Cómo llegamos a la idea de recoger a los pobres niños abandonados? No sé cómo se hizo todo esto; por mi parte, no puedo daros ninguna expli-

cación. Aquí está el padre Portail, que os puede asegurar que en lo que menos pensábamos era en todo esto.

¿Y cómo se fueron introduciendo las prácticas de la comunidad? Lo mismo: poco a poco, y sin saber cómo. Las conferencias, por ejemplo, de las que quizás sea ésta la última que yo tenga con vosotros; no pensábamos en ellas. Y la repetición de la oración, que era antes algo nunca oído en la Iglesia de Dios, y que luego se ha introducido en varias comunidades observantes, en las que se practica ahora con mucho fruto, ¿cómo se nos ocurrió? No lo sé. ¿Cómo se nos ocurrió la idea de todos los demás ejercicios y ocupaciones de la comunidad. Tampoco lo sé.

Es algo que se fue haciendo ello solo, poco a poco, una cosa tras otra. Fue aumentando el número de los que se juntaban con nosotros; todos se esforzaban por ser virtuosos; y al mismo tiempo que iba creciendo el número de misioneros, se iban también introduciendo las buenas prácticas, a fin de poder vivir todos juntos y llevar cierta uniformidad en nuestras tareas. Esas fueron las prácticas que se observaron siempre y se siguen observando hoy todavía, gracias a Dios.

Finalmente hemos creído oportuno ponerlas por escrito y convertirlas en reglas, que son las que ahora distribuiremos a la compañía. Pues bien, hay dos clases de reglas: unas son especiales para el superior, para el asistente y para los demás oficiales; éstas sólo deben darse a los que tienen esos cargos, tal como se hace en todas las comunidades bien reguladas. Hay otras que sirven para todos, para los sacerdotes, para los estudiantes y para los hermanos; esas son las que hemos mandado imprimir y las que os vamos a dar. Espero, padres, que como la compañía siempre las ha observado con toda su buena fe y sinceridad, espero — repito — que las recibirá también ahora, que las hemos recogido por escrito, con esa misma buena fe, sinceridad y sencillez que le son habituales, y que no las mirará como procedentes de los hombres, sino como venidas de Dios y emanadas de su espíritu, *a quo bona cuncta procedunt*, y sin el cual *non sumus sufficientes cogitare aliquid quasi ex nobis*⁴.

4 2 Cor 3,5.

¡Salvador mío! ¡Oh Padres! ¿Estaré durmiendo? ¿Estaré soñando? ¡Que yo dé unas reglas! No sé qué es lo que hemos hecho para llegar a este punto; no puedo comprender lo que ha pasado; me sigue pareciendo todavía que estamos en el comienzo; y cuanto más pienso, más alejado me parece todo esto de la invención de los hombres, y más me doy cuenta de que solamente Dios ha podido inspirárselo a la compañía; sí, padres, a la compañía. Y si yo he contribuido en algo, tengo miedo de que haya sido solamente para impedir que sean bien observadas y que no produzcan todo el bien que deberían producir ¿Qué nos queda, padres, sino imitar a Moisés cuando, después, de haber dado la ley de Dios al pueblo, les prometió a cuantos. la guardasen toda clase de bendiciones en sus cuerpos, en sus. bienes y en todas sus cosas? También nosotros, padres y hermanos míos, hemos de esperar de la bondad de Dios toda clase de bienes y bendiciones para cuantos observen fielmente las reglas que él nos ha dado: bendición en sus personas, bendición en sus proyectos y en todas sus tareas, bendición en sus entradas y en sus salidas, bendición de Dios finalmente en todo cuanto les atañe.

Pero también, lo mismo que Moisés amenazó con la venganza y la maldición de Dios a los que no guardasen sus santos mandamientos, hay motivos para temer, y temer mucho, que los que no observen estas reglas, que Dios ha inspirado a la compañía, incurrirán en su maldición: maldición en sus cuerpos. y en sus almas, maldición en todos sus proyectos y empresas,. maldición finalmente en todo cuanto les atañe.

Pero yo tengo confianza en la gracia de Dios y en vuestra. bondad, padres y hermanos míos, de que renovaréis todos en esta ocasión la fidelidad con que las habéis guardado, incluso antes de estar escritas; de que el que hasta ahora las observaba hasta el tercer grado, ahora las observará hasta el cuarto,. y el que las observaba hasta el cuarto, en adelante las observará hasta el quinto y el sexto. En fin, padres, espero que esta fidelidad pasada con que habéis observado las reglas, y vuestra paciencia en esperarlas por escrito durante tanto tiempo, os alcanzarán de la bondad de Dios la gracia de observarlas todavía con mayor facilidad en el porvenir.

Pidió entonces que le trajeran los libros de las reglas y prosiguió de este modo:

¡Oh, Señor, que has dado una bendición tan grande a muchos libros, por ejemplo al que estamos ahora leyendo en la mesa ⁵, de forma que las almas que están bien preparadas sacan de ellos mucho provecho para deshacerse de sus defectos y progresar en la perfección! Concede, Señor tu bendición a este libro y acompáñale la unción de tu espíritu, para que opere en las almas de cuantos lo lean el alejamiento del pecado, el desprendimiento del mundo con todas sus vanidades y la unión contigo.

Después dijo que distribuiría los libros de las reglas solamente a los sacerdotes antiguos, que se los daría mañana a los estudiantes y que dejaría uno o dos ejemplares en el seminario, para uso común, a fin de que todos pudieran leerlos; que para los hermanos coadjutores, ya que no saben latín, mandaría imprimir las reglas en francés y que también se las daría. Luego, pidió a los antiguos que se acercasen a tomarlas, diciéndoles que, si él pudiese, les dispensaría de esa molestia y se acercaría a llevárselas a cada uno en su sitio. Y concluyó de esta forma:

Venga, padre Portail, venga usted, que ha soportado siempre mis debilidades; ¡que Dios le bendiga!

Luego se las dio al padre Alméras, al padre Becu y al padre Gicquel, que eran los que estaban más cerca de él a una parte y a otra, y dijo que se fueran acercando los demás según el orden en que estaban sentados. Cada uno las iba recibiendo de rodillas, con mucha devoción besando por respeto el libro y la mano del padre Vicente, y luego el suelo. El padre Vicente les iba diciendo a cada uno algunas palabras: «Venga, padre; ¡que Dios le bendiga!»

Una vez acabada la distribución, el padre Alméras se puso de rodillas y le pidió la bendición en nombre de toda la compañía, que se puso también de rodillas. Entonces el padre Vicente se arrodilló también y dijo estas palabras:

⁵ El copista advierte en este lugar que era la obra del padre Rodríguez.

¡Oh, Señor, que eres la ley eterna y la razón inmutable, que gobiernas con tu sabiduría infinita todo el universo! De ti emanan todas las normas de las criaturas y todas las leyes del bien vivir, como de su propia fuente. ¡Bendice a aquellos a los que tú mismo has dado estas reglas y que las reciben como procedentes de ti! ¡Concédeles, Señor, la gracia necesaria para observarlas siempre e inviolablemente hasta su muerte! Con esta confianza y en tu nombre, yo, pecador y miserable, pronunciaré las palabras de la bendición: *Benedictio Domini nostri Jesu Christi descendat super vos et maneat semper, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*

Después de acabar, empezó la oración Sancta María, etcétera, y la compañía se retiró.

Estas palabras del padre Vicente fueron pronunciadas en un tono de voz suave, humilde, dulce y devoto, y de tal forma que hacía resonar en el corazón de todos los que le escuchaban el afecto paternal del suyo. Todos los que le escuchaban creían estar con los apóstoles, oyendo hablar a nuestro Señor, especialmente en aquel último sermón que tuvo antes de su pasión, en el que también él les entregó sus reglas, dándoles el mandamiento del amor y de la caridad: *Mandatum novum do vobis; hoc est praeceptum neum ut diligatis invicem, sicut dilexi vos*⁶, Muchos no pudieron contener las lágrimas, y todos sintieron en sus almas diversos movimientos de gozo al ver y escuchar todo lo que se decía, de amor a su vocación, junto con nuevos deseos de progresar en la virtud y un firme propósito de ser fieles a la observancia de sus reglas. Si se lo hubieran permitido, aquella tarde todos se hubieran dicho mutuamente aquellas palabras del evangelio de san Lucas y de san Mateo: *Beati oculi qui vident quae vos videtis*⁷, *et aures vestrae, quia audiunt*⁸, Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis y los oídos que lo oyen.

6 Jn 13,34

7 Lc 10,23.

8 Mt 13,16.

SOBRE LA OBRA DE LOS ORDENANDOS

Importancia de la formación sacerdotal. Dios ilumina a los que se encargan de los ordenandos. Frutos de la misión de Metz. La virtud se manifiesta externamente en la modestia.

¡Dios le bendiga, hermano! Ha hecho muy bien en pedirle a Dios que nos dé buenos obispos, buenos párrocos, buenos sacerdotes: es lo que todos debemos pedirle. Como son los pastores, así son los pueblos. A los oficiales de un ejército se les atribuyen los buenos y los malos resultados de la guerra; y puede decirse del mismo modo que, si los ministros de la Iglesia son buenos, si cumplen con su deber, todo irá bien; por el contrario, si no lo cumplen, son causa de todos los desórdenes.

Todos hemos sido llamados por Dios al estado que hemos abrazado; para trabajar en una obra maestra; pues es realmente una obra maestra en este mundo conseguir buenos sacerdotes; no hay nada tan grande y tan importante como esto. También los hermanos pueden contribuir a ello con su buen ejemplo y con sus ocupaciones exteriores; pueden desempeñar su oficio por esta intención, o sea, para que Dios les conceda su espíritu a los ordenandos. Todos los demás pueden hacer también lo mismo, y todos deben esforzarse en edificarles mucho con su conducta; si fuera posible adivinar sus intenciones y sus deseos, habría que adelantarse a ellos para satisfacerlos en cuanto fuera razonable. En fin, los que tengan la dicha de hablarles y asistan a sus conferencias tienen que elevarse a Dios, cuando les hablen, para recibir de él lo que tengan que decirles. Pues Dios es una fuente inagotable de sabiduría, de luz y de amor;

Conferencia 104. — L. ABELLY, *o.c.*, lib. II, cap. 2, sec. 4, p. 229.

¹ Esta conferencia tuvo lugar pocos días después de la misión de Metz, clausurada en el mes de mayo de 1658.

en él es donde hemos de buscar lo que les digamos a los demás; hemos de aniquilar nuestro propio espíritu y nuestros sentimientos particulares para dar lugar a las operaciones de la gracia, que es la única que ilumina y calienta los corazones; hay que salir de sí mismos para entrar en Dios; hay que consultarle para aprender su lenguaje y pedirle que hable él mismo en nosotros y por medio de nosotros. De esta forma él llevará a cabo su obra, sin que nosotros la estropeemos. Nuestro Señor, cuando trataba con los hombres, no hablaba por sí mismo: «Mi ciencia, decía, no es mía, sino de mi Padre; las palabras que os digo no son mías, sino de Dios»². Esto nos demuestra cómo hemos de acudir a Dios, a fin de que no seamos nosotros los que hablemos ni los que actuemos, sino que sea Dios. Quizás, si Dios quiere que se alcance algún fruto, esto se deba a las oraciones de algún hermano, que no se haya acercado a esos señores: estará ocupado en su tarea ordinaria y, trabajando, se elevará frecuentemente a Dios para pedirle que tenga a bien bendecir a esos ordenandos; y quizás entonces, sin que él mismo se dé cuenta, Dios hará el bien que desea, debido a las buenas disposiciones de su corazón. En los salmos se dice: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus*³.

El padre Vicente se detuvo entonces, sin acordarse de la otra parte del versículo, y preguntó: «¿Cómo sigue este texto?». Entonces su asistente lo acabó, diciendo: *Praeparationem cordis eorum audivit auris tua*.

— ¡Dios le bendiga, padre!, le dijo con un gran sentimiento de alegría, al considerar la belleza de este pasaje, que repitió varias veces con mucha devoción para inculcárselo a sus hijos. ¡Maravillosa manera de hablar, añadió, digna del Espíritu Santo! El Señor ha escuchado el deseo de los pobres, se ha fijado en la preparación de sus corazones, para hacernos ver que escucha a las almas bien dispuestas, incluso antes de que le pidan alguna cosa. Esto nos puede llenar de consuelo; y ciertamente tiene que animarnos en el servicio de Dios, aunque no veamos en nosotros más que miserias y pobreza. ¿Os acordáis de aquellas cosas tan hermosas que leían ayer en el refec-

2 Jn 14,10.

3 Sal 9,20.

torio? Nos hablaban de que Dios les oculta a los humildes los tesoros de gracias que ha depositado en ellos. Hace algunos días uno de vosotros me preguntaba en qué consistía la sencillez. El no conocía esa virtud, pero la tenía; cree que no la tiene, pero sin embargo es una de las almas más cándidas de la compañía.

Algunos me han hablado de que, cuando fueron a trabajar a un sitio donde había muchos eclesiásticos, resultó que son casi todos inútiles: dicen su breviario, celebran su misa, aunque muy pobremente, algunos administran los sacramentos de cualquier manera, y eso es todo; pero lo peor es que están llenos de vicios y desórdenes. Si Dios quisiera hacernos muy espirituales y recogidos, podríamos esperar que se sirviera de nosotros, a pesar de nuestra ruindad, para hacer algún bien, no sólo con el pueblo, sino también y especialmente con los eclesiásticos. Aunque no digáis ni una sola palabra, si estáis muy llenos de Dios, tocaréis los corazones sólo con vuestra presencia. Los señores abades de Chandenier y los demás sacerdotes que acaban de tener la misión de Metz, en Lorena, con mucha bendición, iban de dos en dos, con sobrepelliz, de su residencia a la iglesia y de la iglesia a su residencia, sin decir una palabra, y tan recogidos que cuantos los veían admiraban su modestia, no habiendo visto nunca nada parecido. Así pues, su modestia era una predicación muda, pero tan eficaz que ha contribuido tanto y quizás más que todo lo demás, según se dice, al éxito de la misión; lo que los ojos ven impresiona más que lo que los oídos escuchan, y creemos más fácilmente lo que vemos que lo que oímos. Y aunque la fe entra por el oído, *fides ex auditu*⁴, las virtudes que vemos practicar causan más impresión en nosotros que las que se nos enseñan.

Las cosas físicas tienen todas ellas sus especies distintas, por las que se las puede distinguir. Cada animal, y el propio hombre, tiene sus especies, que lo hacen conocer por lo que es, y distinguirlo del otro del mismo género. De igual modo los siervos de Dios tienen sus especies, que los distinguen de los hombres carnales: cierta compostura exterior, humilde, recogida y devota, que procede de la gracia que llevan dentro,

4 Rom 10,17.

y que produce sus efectos en el alma de quienes los miran. Hay aquí algunas personas tan llenas de Dios, que no las miro nunca sin quedarme impresionado. Los pintores, en las imágenes de los santos, los representan rodeados de rayos; es que los justos que viven santamente en la tierra derraman cierta luz a su alrededor, que sólo es propia de ellos. En la santísima Virgen brillaba tanto la gracia y la modestia, que inspiraba respeto y devoción en quienes tenían la dicha de verla; y en nuestro Señor todavía se veía esto mucho más; y esto mismo, en la debida proporción, se vislumbra en los santos.

Todo esto nos hace ver, padres y hermanos míos, que, si trabajáis en la adquisición de las virtudes, si os llenáis de las cosas divinas, y si cada uno en particular tiende continuamente a la perfección, aunque no tengáis ningún talento exterior que pueda aprovechar a esos señores ordenandos, Dios hará que vuestra sola presencia lleve la luz a sus entendimientos y caliente sus voluntades para hacerlos mejores. ¡Quiera Dios concedernos esta gracia! Se trata de una obra tan difícil y tan elevada, que sólo Dios puede conseguir algo en ella; por eso hemos de pedirle continuamente que dé su bendición a los pequeños servicios que les hagáis y a las palabras que les digáis. Santa Teresa, al ver en su tiempo la necesidad que tenía la Iglesia de buenos obreros, le pedía a Dios que mandara buenos sacerdotes, y quería que las monjas de su orden pidiesen muchas veces por esta intención; quizás el cambio y la mejora que se advierte actualmente en el estado eclesiástico se deba en parte a la devoción de esa gran santa, ya que Dios siempre ha empleado instrumentos débiles en sus grandes designios. ¿No escogió en la fundación de su Iglesia a unas pobres gentes, ignorantes y rústicas? Sin embargo, por medio de ellos nuestro Señor derribó la idolatría, puso bajo la Iglesia a los príncipes. y potencias terrenales y extendió nuestra santa religión por todo el mundo. También puede servirse de nosotros, a pesar de nuestra ruindad, para ayudar al progreso del estado eclesiástico en la virtud. En nombre de nuestro Señor, padres y hermanos míos, pongámonos en sus manos para contribuir a ello con todos nuestros servicios y buenos ejemplos, con nuestras plegarias y mortificaciones.

SOBRE EL DESPRENDIMIENTO DE LOS BIENES TERRENOS

Motivos de desprendimiento. Objetos de los que hay que desprenderse. Medios de practicar esta virtud.

La conferencia era sobre el desprendimiento de las cosas de la tierra, y tenía tres puntos: el primero era sobre las razones que tiene la compañía para desprenderse por completo de las cosas de la tierra; el segundo punto, cuáles eran las cosas particulares de las que debían desprenderse los misioneros; y el tercero, los medios para desprenderse de ellas para no vivir en adelante más que en Dios y para Dios.

Esta conferencia era la segunda sobre este mismo tema; después de que hubieran hablado algunos de la compañía, tanto hermanos como sacerdotes, el padre Vicente concluyó este tema diciendo que uno de los motivos que tenía la compañía para entregarse por entero a Dios y desprenderse de todas las cosas de la tierra, de todo afecto a los bienes, honores y comodidades, es que nunca conseguirá nada sin ese desprendimiento y no será capaz de rendir nunca un gran servicio a Dios. Los apóstoles lo abandonaron todo cuando se trató de seguir al Señor; del mismo modo nosotros, que nos hemos entregado a Dios para seguirle y que incluso hemos hecho los votos: pues por el voto de castidad, le hemos prometido a Dios renunciar a los placeres del cuerpo y del espíritu, por el de pobreza hemos renunciado a los bienes y comodidades de esta vida, al oro, al dinero y a las riquezas de la tierra, y por el voto de obediencia hemos renunciado a los honores, dignidades y alabanzas del mundo. Estos tres votos, o sea el de castidad, el de pobreza y el de obediencia, van a destruir y son opuestos a esos tres vicios que reinan en la tierra, de los que habla san Juan, a saber: la

Conferencia 105. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 69.

concupiscencia de la carne, la soberbia de la vida y la codicia de los ojos ¹.

Otro motivo que se me ha ocurrido y que debe llevarnos a eso, es el que se acaba de decir y que ha indicado el que termina de hablar; no voy a repetirlo.

Segundo punto. — ¿En qué consiste este desprendimiento y cuáles son las cosas de las que los misioneros tienen que estar especialmente desprendidos? Convendrá explicarlo para provecho de nuestros hermanos coadjutores. Consiste en no tener apego ni afecto a ninguna de las cosas que acabamos de decir, en relación consigo mismo, con los sentidos, evitando todo lo que tienda a la impureza, tanto de espíritu como de cuerpo; no mimarnos tanto; no ser demasiado considerados con nosotros mismos ni tan ruines que no podamos tolerar que nos falte nada, tanto en la bebida, como en la comida. Queremos buen pan, buen vino, buenos hábitos, hablo de *buenos hábitos*, estar bien atendidos y que nada nos falte. Señores...; ¿os trataré de señores? ¿o de *hermanos míos*? Hace poco os dije que os trataría sólo de *hermanos míos*, y ahora resulta que acabo de llamaros señores; se me ha escapado esta palabra; quizás se me escape alguna vez más; sea lo que fuere, mi intención es la de llamaros siempre, de ahora en adelante, *hermanos míos*; así lo hacía nuestro Señor con sus discípulos.

Pues bien, volviendo a nuestro tema, os digo que es preciso que sepáis que ha habido uno tan ruin entre nosotros que no ha querido recibir un hábito, una sotana, que le daban, porque no le iba bien. ¿No es esto extraño? ¡Rechazar lo que a uno le presentan y decir: «No lo quiero; no me va bien»! ¿Dónde está una persona, por favor, cuando ha quedado reducida a ese estado? ¿Es eso practicar la virtud de la pobreza? ¡En vez de sentirse feliz por tener la ocasión de practicar un acto de virtud, se hace todo lo contrario! ¡Hermanos míos, hermanos míos, cuánto hemos de temer los castigos de Dios si no nos enmendamos!

¡Y yo, miserable e infame, que me sirvo de una infamia! ¡Un mendigo, un porquero, que va en carroza! ¡Qué escándalo!

1 Cfr. 1 Jn 2,16.

¡Salvador de mi alma, perdóname! Mirad un poco la miseria en que Dios ha querido que caiga, de verme obligado a utilizar una carroza, por no poder caminar de otro modo!

Bien, volviendo a nuestro tema, digo que hay que tener cuidado con las mujeres, cuando hay algo que decirles o que tratar con ellas: hay que hacerlo siempre en un sitio donde se nos pueda ver. Si es en el locutorio, no cerrar la puerta, e incluso es mejor no entrar siquiera en el locutorio. Tengo que decirlos que hay alguien entre nosotros que, apenas van a decirle que hay en la puerta una mujer preguntando por él, enseguida corre a meterse en el locutorio pequeño y cierra la puerta a medias y se está allí a veces durante mucho rato. Bien, hermanos míos, evitemos esas frecuentes conferencias inútiles con las mujeres; hablemos con ellas sólo cuando sea necesario. Sé muy bien que es un sexo con el que estamos obligados a veces a tratar, pero procuremos que sólo sea en caso de necesidad; y además hacerlo con brevedad, aunque concediéndoles el tiempo que necesiten para que nos digan lo que tienen que proponernos. Por ejemplo, esas pobres hermanas de la caridad; tengo que tratar con ellas sobre lo que ha de hacerse; no puedo estar de pie, porque me lo impide mi enfermedad, y me veo obligado a entrar en el locutorio para sentarme allí.

Mirad un poco si no es una obra de Dios la fundación de esas pobres hermanas. Esta semana he recibido tres o cuatro cartas desde diversos lugares del reino, para pedirme que les envíe algunas. La señora duquesa de Aiguillon me escribe porque desea ponerlas en el Havre de Grace. La reina también pide algunas por su parte; no es ella la que me ha escrito, sino que ha mandado que me escriba el señor de Saint-Jean, uno de sus capellanes, para que vayan a asistir a los pobres soldados heridos y enfermos. Por otra parte, también quiere que le mande algunas el señor obispo de Sarlat ², para que dirijan un pequeño hospital que hace poco ha fundado en Cahors. ¿Qué es todo esto, hermanos? ¿No es una obra de Dios? ¡Si no son más que unas pobres y humildes muchachas de aldea, la mayor parte de ellas sin educación alguna! ¡Pero he aquí que las piden de todas

2 Nicolás Sevin.

partes! Mañana tengo que darles una conferencia sobre sus reglas.

La soberbia de la vida: querer tener éxito en todas partes, escoger las palabras de moda, querer brillar en los púlpitos, en las charlas a los ordenandos, en los catecismos. ¿Y para qué? ¿qué se busca en todo esto? ¿Queréis saberlo, hermanos míos? Se busca uno a sí mismo. Quiere uno que hablen de él, que lo alaben, que digan que ha tenido éxito, que hemos hecho maravillas, que todos nos ensalcen. Ahí está la cosa, ahí está el monstruo, ahí está el bicho. ¡Oh miseria humana! ¡Oh maldita soberbia! ¡Cuántos males originas! Se trata, en una palabra, de predicarse a sí mismo, no a Jesucristo ni a las almas.

Hoy, después de comer, escuché la charla que les dirigía a los ordenandos el señor obispo de Sarlat; después, hablando con él, le dije: «Señor obispo, hoy me ha convertido usted» — «¿Cómo es esto, padre?» — «Es que todo lo que ha dicho, lo ha dicho usted tan sencilla y familiarmente que me he sentido impresionado y no he podido menos de alabar a Dios» — «¡Ay, padre!, yo podría desde luego decir otras cosas más elevadas y elegantes, pero me parece que ofendería a Dios, si lo hiciese».

Fijaos bien, hermanos, en los sentimientos de este prelado; así es como obran los que buscan a Dios y la salvación de las almas: obrar sencilla y familiarmente. Si así lo hacéis, Dios se verá obligado en cierto modo a bendecir lo que digáis, a bendecir vuestras palabras; Dios estará con vosotros, obrará con vosotros: *cum simplicibus sermocinatio ejus*³. Dios está con los sencillos y humildes, les ayuda, bendice sus trabajos, bendice sus empresas. ¡Pues qué! ¡Crear que Dios ayudará a una persona que intenta perderse! ¡Que ayuda a un hombre a perderse, como hacen los que no predicán con sencillez y humildad, sino que se predicán a sí mismos, etcétera, es algo que ni siquiera puede uno imaginarse! Queridos hermanos míos, si supieseis qué mal está predicar de una forma distinta de como lo hizo nuestro señor Jesucristo aquí en la tierra, como lo hicieron los apóstoles y como lo hacen hoy todavía muchos siervos de Dios, tendríais horror de ello.

3 Prov 3,32

Dios sabe cómo en tres ocasiones me he puesto de rodillas a los pies de uno de la compañía, que ya ha salido, durante tres días consecutivos, para rogarle con las manos juntas que predicase con sencillez y llaneza y que no dijese más que lo que estaba en los apuntes que se le habían dado; pero no pude conseguir nada de él. Dirigía entonces una plática a los ordenandos. ¡Pero fijaos hasta dónde había llegado en él ese maldito afecto a sí mismo! Dios no le bendijo; no sacó ningún fruto de sus predicaciones ni de sus pláticas; todo aquel montón de palabras y de períodos se disipó como el humo.

Así pues, sencillez, hermanos. Prediquemos a Jesucristo y a las almas; digamos lo que tenemos que decir con sencillez, con llaneza, con humildad, pero también con valentía y con caridad; no busquemos nuestra propia satisfacción, sino el convencimiento de las almas y su propósito de hacer penitencia, ya que todo lo demás no es más que vanidad y orgullo; sí, actuar de otro modo no es más que soberbia, pura soberbia; ya veréis cómo Dios castigará algún día a los que se hayan dejado llevar por ella.

Y si la Misión llegara alguna vez a ese estado tan miserable, se podría decir que ya no había nada que hacer, que todo se había perdido; todos nos dejarían. Porque decidme, por favor, ¿qué es lo que ha podido atraer a esos señores de la Sorbona, por ejemplo, a que vinieran aquí para la ordenación? Nada más que la humildad y la sencillez con que procuramos actuar, por la misericordia de Dios; es lo que hemos intentado hacer hasta ahora. Viene un licenciado en teología; ¿qué es lo que le ha hecho venir? ¿Ha venido para aprender algo distinto de la virtud? Pero cuando vean que en la compañía ha dejado de brillar la humildad, la sencillez, la caridad, ya no vendrán, porque, en lo referente a la ciencia, saben mucho más que nosotros. De forma, hermanos míos, que lo que más hemos de desear y pedir a Dios, es que conceda a cada uno de los individuos de la compañía y a toda la compañía en general la gracia de obrar con sencillez, con humildad y con llaneza; de predicar la pura verdad del evangelio de la misma manera con que la enseñó nuestro Señor, de modo que todo el mundo nos entienda y pueda aprovecharse de lo que decimos.

Por lo que se refiere al apego a los bienes, como *verbi gratia* desear tener dinero, quedarse con él cuando vuelve de la misión y luego ir en busca del superior para decirle: «Padre, me ha sobrado esto; ¿le parece bien que compre este libro, esta cosa?»; pues bien, esto es una señal de apego a los bienes y comodidades. No hay que obrar de esta manera, sino entregar al encargado o procurador de la casa todo lo que a uno le ha sobrado, apenas volver de la misión. Hay que desprenderse además de los bienes que uno tenga o que nos puedan dar, despegar el espíritu de todo esto y no sentir ningún apego, ni siquiera a parientes y amigos; sí, hermanos míos, os lo repito, hemos de despegarnos del afecto excesivo a los parientes y amigos, a sus intereses, y así con todo lo demás. En una palabra, el que dice misionero (me refiero a un misionero de verdad) dice un hombre que sólo piensa en Dios, en su salvación y en la del prójimo, dice un hombre que no tiene más apego que a lo que puede unirle más íntimamente con Dios.

Los medios. — 1.º Entregarnos a Dios de todo corazón y tomar una firme resolución, desde ahora, de no apegarnos a nada en adelante, de no sentir afecto a ninguna cosa de la tierra que nos pueda impedir de alguna forma el progreso en la virtud y en la perfección que nuestro Señor nos pide a cada uno en nuestra vocación, sino buscar siempre a Dios pura y simplemente, y jamás a nosotros mismos o nuestros intereses. Creedme, si nuestra pequeña compañía obra de esta manera, estad seguros, hermanos míos, que nuestro Señor la bendecirá en todo cuanto haga, y que ese estado es una buena disposición para recibir el Espíritu Santo.

2.º Mañana, que es el día de pentecostés, cuando el Espíritu Santo bajó sobre la santísima Virgen y sobre los apóstoles y demás discípulos reunidos, será un buen medio para obtener este desprendimiento de nosotros mismos y de todas las cosas de la tierra, unirnos espiritualmente a la santísima Virgen y a los apóstoles y pedir insistentemente a Dios que nos haga partícipes de ese mismo Espíritu. ¡Quiera su divina Majestad concedernos esta gracia!

SOBRE EL DON DE LENGUAS

El padre Vicente les recomienda a los misioneros que pidan el don de lenguas. Noticias de los misioneros de Polonia.

A propósito de lo que acaba de decirse del don de lenguas, creo que será conveniente que le pidamos hoy a Dios la gracia de aprender bien las lenguas extranjeras, para los que sean enviados a países lejanos; pues, desde que quiso su divina Majestad suscitar a esta pequeña compañía para realizar en el mundo algo de lo que hicieron los apóstoles, tenemos necesidad de participar con ellos de ese don de lenguas, tan necesario para enseñar al pueblo la doctrina de la fe; pues, si la fe entra por el oído, como dice san Pablo, *fides ex auditu*¹, es preciso que quienes la anuncian se hagan escuchar por aquellos entre quienes desean difundir esa divina luz. Pues bien, es muy grande la diversidad de lenguas, no sólo en Europa, Asia y Africa, sino incluso en el Canadá; pues vemos en las relaciones de los padres jesuitas que hay allí tantas clases de lenguas como de países. Los hurones no hablan como los iroqueses, ni estos como sus vecinos; y el que entiende a unos, no entiende a los otros.

Así pues, ¿cómo podrían los misioneros, en medio de estas diferencias de lenguaje, ir por todo el mundo a anunciar el evangelio, si no supiesen más que su propia lengua? ¿Y cómo podrían saber otras, sin pedírselo a Dios y dedicarse a su estudio? ¿Qué quiere decir misionero? Quiere decir enviado. Sí, hermanos míos, misionero quiere decir enviado de Dios; a vosotros es a quienes ha dicho el Señor: *Euntes in mundum universum, praedicate evangelium omni creaturae*². Para ello, quiere que entendáis las lenguas necesarias. Nunca llama Dios a un

Conferencia 106. — Archives des prêtres de la Mission, maison centrale de Cracovie.

1 Rom 10,17.

2 Mc 16,15

hombre para un destino, si no ve en él las cualidades necesarias, o no tenga el designio de dárselas. Según esto, hermanos míos, esperemos que, si quiere llamaros a países lejanos, os dará la gracia de aprender su lengua. Confíad en él, Dios no quiere el fin sin los medios; si os pide lo uno, os dará lo otro.

Estoy esperando de un momento a otro que me digan de Polonia que envíe algunas personas para ir a una fundación que un buen eclesiástico de aquel país nos ha procurado en Cracovia. Tenemos allá al padre Ozenne, que habla un poco el polaco; al padre Desdames, que lo habla bien; y también al padre Duperroy; pero los demás que enviemos no entenderán una sola palabra; ¿habrá que dejar por ello de enviarlos? Ni mucho menos; pero es preciso que se decidan a estudiar allí la lengua con interés y con paciencia, y lo mismo tendrán que hacer los que vayan a otros sitios.

Primero se aprenden los nombres de las cosas, y luego los verbos, que son las acciones. Se empieza por las cosas principales, el cielo, la tierra, etcétera, y poco a poco se va uno capacitando para servir a Dios en todas partes. ¿Cómo creéis que han podido los padres jesuitas trabajar tanto en el Japón y en otros países extranjeros? Ellos no aprendieron la lengua de golpe. Tuvieron que esforzarse en estudiarla; vosotros haréis bien, hermanos míos, en ofrecerlos a Dios no solamente para ir Lejos, como esos grandes hombres, para dar a conocer y amar a Jesucristo, sino también para aprender bien la lengua, sin acobardaros por las dificultades, pues de eso se trata precisamente. Hay algunos que, cuando llegan allá, se imaginan que nunca conseguirán aprenderla. Se desaniman después de algunos intentos y, en vez de rezar y de confiar en Dios para realizar algún progreso, en vez de esperar con paciencia esta gracia, de su bondad, pierden los ánimos para continuar y se convencen de que no valen para aquel país; es entonces cuando se presenta la tentación de volver.

Pidamos al Espíritu Santo, hermanos míos, por medio de esa santa reunión que recibió hoy el don de lenguas, que comunique esta gracia a la compañía, ya que ha sido llamada también para estas mismas funciones. Pidámoselo todos con interés y unamos nuestras intenciones y plegarias para conseguirlo; y confiemos, hermanos míos, confiemos en que su bondad

infinita, que ha escogido a algunos para los países extranjeros les concederá ese don de lenguas. Pero que trabajen también en ello, que esperen su hora en paz y que ocupen debidamente su tiempo en adquirir su inteligencia y su uso. Que también se lo pidan nuestros hermanos coadjutores, pues aunque ellos no estén destinados a predicar a los pueblos, les proporcionan a los sacerdotes los medios para instruirlos y salvarlos.

107 [184, XII, 29- 33]

CONFERENCIA DEL 28 DE JUNIO DE 1658

SOBRE EL BUEN USO DE LAS ENFERMEDADES

Razones para usar bien de las enfermedades. Faltas que se cometen ordinariamente en ese estado.

El padre Vicente, nuestro veneradísimo padre, llegó algo tarde a esta conferencia, una media hora después de haber comenzado. La concluyó de esta forma, después que hubo acabado de hablar uno de los sacerdotes de la compañía. Empezó saludando a todos, como de ordinario, quitándose su bonete cuadrado, y luego dijo:

He perdido mucho por no haber podido asistir a la primera conferencia que se tuvo hace ocho días sobre este mismo tema y no haber podido estar tampoco al principio de ésta. Lo que acaba de decirse me parece muy bueno, y procuraré sacar provecho de ello.

Un motivo que nos debe incitar a nosotros y a toda la compañía a usar debidamente y a portarnos bien en todas nuestras enfermedades es que hemos de considerar que todo lo que nos pasa en este mundo nos viene de Dios, o es él el que permite que nos suceda: la muerte, la vida, la salud, la enfermedad, todo esto viene por orden de la divina providencia y, de alguna manera que a veces no sabemos, siempre es por el bien y la salvación de los hombres. Ya os he dicho muchas veces, pero

Conferencia 107. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 72.

no puedo menos de repetirlo una vez más que hemos de creer que las personas enfermas de la compañía son una bendición para la misma compañía y para la casa; y esto lo hemos de tener más en cuenta por el hecho de que nuestro Señor Jesucristo quiso este estado de aflicción, que él mismo aceptó para sí, habiéndose hecho hombre para sufrir. Los santos han pasado también por aquí; y aquellos, a los que Dios no les mandó enfermedades en su vida, ellos mismos procuraron afligir su cuerpo como un castigo. Testigo de ello es san Pablo: *Castigo corpus meum et in servitutum redigo* ¹. Es lo que hemos de hacer nosotros, cuando gocemos de perfecta salud. *Castigo corpus meum*, castigarnos a nosotros mismos, afligirnos a nosotros mismos por los pecados que hemos cometido y por los que se cometen en el mundo contra su divina Majestad. Pero el hombre es tan ruin y tan miserable que no sólo no se castiga a sí mismo, sino; que incluso sufre muchas veces con mucha impaciencia el estado de enfermedad y de aflicción en el que Dios ha querido ponerle, aunque sea para su bien; es ésta una falta que cometen muchos de los que Dios quiere afligir con enfermedades y achaques.

Otra falta que se comete, o que puede cometerse en la compañía, es ese gran deseo que tienen algunos de cambiar de lugar, de casa, querer ir a un sitio o a otro, a esta casa, a esa provincia, a su tierra, con el pretexto de que el clima es allí mejor, o al menos porque así les parece a ellos. ¿Qué es esto, hermanos míos? ¿Qué diremos de esas personas, sino que están apegadas a sí mismas, que tienen espíritu de damiselas, que no quieren sufrir nada? Os diré que hay uno en la compañía que ha pedido un traslado y que le mandemos venir desde cien leguas de aquí, ¡y sólo porque ha tenido un pequeño achaque! Si le hubiéramos hecho caso, se habría ido luego a cualquier otro sitio, donde cree que es mejor el clima, y que está a ciento cincuenta leguas de aquí. No es extraño ver en la compañía personas de ese estilo, llenas de amor a sí mismas. ¡Como si las enfermedades corporales fueran un estado que es menester evitar, cuando Dios quiere que las tengamos! ¡Huir de nuestra felicidad! Sí, hermanos míos, esto es huir de nuestra felicidad,

1 Cor 9,27.

ya que el estado de sufrimiento es un estado de felicidad, puesto que santifica a las almas.

El buen difunto padre Pillé me acuerdo que se santificó en ese estado. Sí, es un santo, y siempre lo hemos mirado como un santo.

Son muy pocas las personas de la compañía que lo conocieron, a no ser el padre Portail y algunos otros antiguos ². Aquel santo varón, a los dos años de haber entrado en la compañía, se vio afligido por la enfermedad, cierto mal pulmonar, del que murió. ¡Un hombre que recibió muchas gracias de Dios! En una palabra, es un santo; el padre Pillé es un santo; vivió como un santo y murió como un santo.

Y el buen padre Senaux (*Nota*: habla aquí del padre Senaux, que murió este año en nuestra casa de Troyes), ¡cuán lejos estaba de ese espíritu tornadizo! Les diré, hermanos míos, que aunque estuvo, desde que entró en la compañía, afligido por -enfermedades casi continuas, sin embargo no sé que pidiera nunca por este motivo un cambio de aires; no, jamás el padre Senaux tocó la pluma para escribir una sola palabra para que lo cambiáramos de lugar o de clima, ni a Normandía — de donde era natural — ni a ningún otro sitio; sin embargo, en medio de sus enfermedades, no dejaba de trabajar todo lo que podía y de guardar con toda fidelidad las reglas, sí, las reglas; hemos de confesar que, mientras estuvo en nuestra casita de Troyes, aquella casa marchó muy bien. Así lo han reconocido, después de su muerte, los que siguen allí y me han escrito doliéndose de la pérdida que han sufrido de este siervo de Dios, del que dicen que fue durante toda su vida un ejemplo de fidelidad a las reglas.

Además, puede ser que haya otros que no pidan abiertamente que se les cambie de lugar, pero lo hacen de forma encubierta por medio del médico, a quién llenarán la cabeza con tantos *si* y tantos *quizás* y tantas otras razones para convencerlo de que diga que sería conveniente cambiarlos de aire, que fuesen a su país natal o a otro lugar que él acaba por aconsejarles. ¿Y sabéis luego lo que dicen esas personas? «Tengo que cambiar de aires; me lo ha prescrito el médico».

2 Falleció el 7 de octubre de 1642.

El remedio de todo esto consiste en recibir lo que suceda como venido de la mano de Dios; si no se hace así, se comete una falta. Un día le preguntaban a un buen hermano, que se llamaba hermano Antonio, del que hay un retrato aquí en esta sala... ³. Era un hombre que no sabía leer ni escribir, pero que tenía el espíritu de Dios en abundancia. Pocos de la compañía lo han conocido, a no ser el padre Portail, que ha podido verlo; yo lo conocí, hace ya mucho tiempo que murió. Aquel buen hombre llamaba a todo el mundo hermano; si hablaba con una mujer, la llamaba hermana; incluso a la reina, cuando hablaba con ella, la llamaba *hermana*. Todos en aquel tiempo deseaban verlo. Un día le preguntaron: «Pero, hermano, ¿cómo se porta usted en las enfermedades que padece? ¿Qué es lo que hace usted? ¿Qué hace para aprovecharlas?» — Contestó: «Recibo las enfermedades como si vinieran de parte de Dios». Luego, como volvieron a insistirle en este punto, dijo: «Fijese; cuando, por ejemplo, tengo un poco de fiebre, la recibo diciendo: bien, hermana enfermedad; bien, hermana fiebre; vienes de parte de Dios; puesto que es así, sé bienvenida».

Así es, hermanos míos, como se portaba aquel santo varón. Así es como suelen portarse los siervos de nuestro Señor, los amantes de su cruz. Esto no impide que podamos y tengamos que usar los remedios temporales que le ordenen a uno para el alivio y la curación de su enfermedad; hacerlo así es también honrar a Dios, que ha creado las plantas y le ha dado a cada una su virtud ⁴. Pero tener tantos mimos con nosotros mismos, *derrumbarnos* por el menor daño que tenemos que sufrir, ¡oh, Salvador!, eso es lo que tenemos que evitar. Sí, hermanos míos, tenemos que romper con ese espíritu y con ese cariño excesivo a nosotros mismos.

¡Miserable de mí! ¡Qué mal uso he hecho de las enfermedades y de los pequeños achaques que Dios ha querido enviarme! ¡Cuántos actos de impaciencia he cometido, miserable de mí, y cuanto escándalo les he dado a los que me han visto portarme de ese modo! Ayudadme, hermanos míos, a pedirle perdón

³ El hermano Antonio Flandin-Maillet nació en Saint-Geoire (Isère) en 1590; murió en Montuel (Ain) el 16 de febrero de 1629.

⁴ Eclo 38,1-8.

a Dios por haber hecho, en el pasado, tan mal uso de mis pequeñas molestias, y a suplicarle la gracia de que en el futuro use bien de todas las que quiera mandarme su divina Majestad en mi ancianidad y en el poco tiempo de vida que me queda en la tierra.

108 [185,XII, 33-38]

CONFERENCIA DEL 5 DE JULIO DE 1658

SOBRE LA NECESIDAD DE SOPORTAR A LOS DEMÁS

Su necesidad. Ocasiones de soportarse. El padre Vicente da gracias a Dios porque los misioneros saben soportarse.

Después de haber hablado varios de la compañía, el padre Vicente concluyó diciendo que había quedado muy edificado por lo que acababan de decir los que habían hablado sobre este tema. Se ha dicho muy bien que esta paciencia es en una congregación algo así como los nervios en el cuerpo del hombre. En efecto, donde no se soportan los individuos de una casa o de una comunidad, ¿verdad que sólo se aprecia un gran desorden? ¹. Nuestro Señor supo soportar a san Pedro, a pesar de haber cometido aquel pecado tan infame de renegar de su Maestro. Y a san Pablo, ¿no lo soportó también nuestro Señor? ¿Se encontrará en alguna parte a un hombre que sea perfecto y sin defecto alguno, al que no tengan que soportar los demás? ¿Se encontrará en alguna parte algún superior que carezca de defectos, y al que nunca tengan necesidad de soportar sus súbditos? ¡Ojalá hubiera alguno! Pero me atreveré a decir más: el hombre está hecho de tal manera que muchas veces no tiene más remedio que soportarse a sí mismo, ya que es cierto que esta virtud de saber soportar es necesaria a todos los hombre,

Conferencia 108. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 73 v^o.

¹ Cfr. Mt 26,69-75.

incluso para ejercerla con uno mismo, a quien a veces cuesta tanto soportar. ¡Ay, miserable de mí que hablo de los demás! ¡No hay nadie en la tierra que tenga más necesidad de ser soportado que yo! ¡Oh Salvador, cuánta necesidad siento de que me siga soportando la compañía!

¿En qué hemos de soportar a nuestros hermanos? En todas las cosas, en todas las cosas, hermanos míos: soportar su mal humor, su manera de obrar, de actuar, etcétera, que no nos gusta, que nos desagrada. Hay personas de tan mal carácter que todo le disgusta y que no pueden soportar la más mínima cosa que vaya en contra de su humor o de su capricho. ¡Qué bien sabía soportarlo todo nuestra fundadora, la difunta señora esposa del general de las galeras! Pues soportaba a todo el mundo, quienquiera que fuese. No había ninguna persona a la que ella no excusase, alegando unas veces la debilidad humana, otras la astucia del maligno espíritu, otras la impetuosidad o la violencia del carácter, etcétera; todas las personas que había en la tierra podían asegurar con toda certeza que tenían en dicha dama a la persona que mejor las soportaba y defendía.

El bienaventurado obispo de Ginebra decía que le había sido más fácil sujetarse a la voluntad de cien personas que sujetar a una sola de ellas a la propia voluntad. ¿Hay acaso dos personas que sean iguales en los rasgos de su cara, o que obren de la misma manera? A ver si sois capaces de encontrarme solamente a dos; no las encontraréis, porque Dios ha querido que los hombres fueran así para mayor gloria de su divina Majestad; por consiguiente, todos necesitan tener esta virtud de saber soportarse, tanto a sí mismos, como a los demás. ¡Ay, miserable de mí! Hablo de los demás, pero no hay nadie que tenga tanta necesidad de esta virtud como yo, que no soy capaz de soportar nada y que por otro lado tengo tantos defectos que han de soportar los demás. Algunas veces, por la noche, al pensar en qué ha transcurrido mi espíritu la jornada, encuentro que la he pasado en cosas inútiles y en no sé cuántas tonterías, de forma que apenas puedo soportarme a mí mismo; me parece que merecería que me colgasen en Montfaucon ²,

² Localidad situada entonces en las afueras de París entre la Villette y Buttes-Chaumont; era allí donde colgaban a los malhechores.

También les diré a ustedes, a este propósito, una cosa que me contaron ayer y que me hace ver cuán frágil es el hombre, hasta el punto de que no es capaz de soportar la menor cosa que le acontece, y tiene necesidad por otra parte de que lo soporten sus amigos más íntimos. Me contaron que hay dos abades, que yo conozco y de los cuales uno es un poco delicado en la comida y en la bebida, que siempre se han querido mucho, hasta el punto de que viven juntos y comen juntos los dos; pero sucedió que el sirviente o algún otro les echó de beber y uno de ellos derramó un poco de vino; esto le disgustó al otro abad, que era más susceptible, de forma que se puso a exclamar en voz alta: «Lo ha hecho usted para molestarme». ¡Fijaos lo que es el espíritu del hombre! ¡Imaginar que todo aquello había sido para molestarle! Y siguió exclamando: «¡Esto es intolerable!». De forma que, cuando el otro abad vio todo esto y que era inútil todo lo que pudiera decirle para convencerle de que no le había querido ofender, se levantó de la mesa y se retiró a su habitación para llorar. Juzgad, hermanos míos, por este ejemplo adónde puede llegar el espíritu humano y cómo está muchas veces sujeto al capricho de querer unas veces una cosa y otras otra, aficionándose a una cosa para dejarla luego y no poderla soportar.

Otro ejemplo: se trata de dos personas que no conocéis, pero muchas veces vuestra inclinación os hará más simpática a una que a otra. ¿De dónde proviene esto? De que nuestro espíritu está hecho de esta forma. Bien, Salvador mío, concédenos, por favor, esta virtud de saber soportarnos.

Creo que tengo que consolar a la compañía diciéndole que, por la misericordia de Dios, todos saben soportarse mutuamente; las cosas van bien, gracias a nuestro Señor. A veces les pregunto a algunos de mis hermanos sacerdotes qué les parece la compañía. No hace mucho le hice esta pregunta a uno y me dijo que le parecía que hacía mucho tiempo que no la encontraba tan bien. ¿De dónde creéis que procede esto, sino de que todos se soportan y se respetan? En una palabra, las cosas van bien, gracias a Dios, y hemos de saber agradecerse. Fijaos, cuando veo algo bueno, no tengo más remedio que decirlo; como, por el contrario, cuando veo algo malo, tampoco puedo menos

de indicarlo, reprendiendo a los que lo cometen y son la causa de ello. Pero hablemos de los medios.

El primero y el único, según creo, después del de pedirle a Dios esta virtud de saber soportarse, es la humildad, hermanos míos, la humildad, el desprecio de sí mismo, considerándonos los más miserables de todos, poniéndonos por debajo de todos, sin preferirnos nunca a nadie, mirando a todo el mundo como superior, como dice san Pablo ³, estar contentos de que prefieran a los demás, tanto en las misiones como en las demás tareas, en cualquier cargo que sea; que ellos tengan más éxito que nosotros; en fin, soportarlo todo alegremente, por amor a nuestro Señor. Creedme, hermanos míos, si conseguimos esto, la compañía será un pequeño paraíso; sí, la casa de San Lázaro será un pequeño paraíso en la tierra. ¡Que Dios nos conceda esta gracia por su misericordia!

A continuación, el padre Vicente se puso de rodillas y dijo:

Y como yo tengo más necesidad que todos los demás de que la compañía me soporte, por tantas miserias como siento en mí, por tantos motivos de desedificación que les doy a mis hermanos, especialmente a los que me asisten en mis achaques, os pido, hermanos míos, que me sigáis concediendo vuestra caridad y que me perdonéis mi pasado. Los ancianos, como dice David, tienen mucha necesidad de que los soporten; así pues, hermanos míos, soportadme, por favor, y rogad a Dios por mí, para que me enmiende. Luego besó el suelo como de ordinario; y toda la compañía hizo lo mismo.

Después de esto, el padre Vicente encomendó a las oraciones de la compañía al señor Hopille, canónigo de Agen, que había muerto hacía unos días, y nos dijo que era un hombre que siempre había demostrado mucho afecto y caridad a los misioneros de allí, hasta el punto de que, al morir, les ha dejado su biblioteca Les pidió a los sacerdotes una misa por el descanso del alma de ese buen difunto, y a los hermanos la primera comunión que hicieran, al menos como segunda intención, si no podían hacerlo de otra forma.

3 Flp 2,3.

Regreso de Francisco Le Blanc, misionero en Escocia. Enfermedad del hermano Cristóbal Delaunay. Muerte de dos hermanas de la caridad en Calais. Elogio de las hijas de la caridad.

El padre Vicente, cuando acabaron de repetir su oración tres o cuatro de la compañía, recomendó a todos que pidieran a Dios el celo por la salvación de las almas, el espíritu y las -virtudes necesarias para trabajar en ello. Recomendó luego que diéramos gracias a Dios por el regreso del padre Le Blanc y por haberlo preservado, junto con todos sus compañeros, de tantos peligros.

Ha caído enfermo el hermano Cristóbal Delaunay, que se ha quedado en Saintes al volver de su largo viaje. Encomiendo a las oraciones de la compañía a este buen hermano; el capitán del barco de Ostende que los cogió en el mar, le ha demostrado tanto afecto y cariño que quiso tenerlo a su lado durante casi todo el mes que permanecieron en el mar, después de la toma del barco francés por los de Ostende.

También les encomiendo a las hijas de la Caridad que hemos enviado a Calais para asistir a los pobres soldados heridos. De las cuatro que enviamos ¹, han muerto dos, precisamente las más robustas y fuertes; una de ellas, la hermana Manceau, sobrina del padre Manceau, sacerdote de la compañía, era la hermana sirviente, esto es, la encargada y directora de las demás. Era una de las hermanas más fuertes que había en la pequeña compañía de la Caridad; sin embargo fue la primera en caer, bajo el peso de esta tarea. Imaginaos lo que será aquello. ¡Cuatro pobres hermanas rodeadas de quinientos o seiscientos soldados heridos o enfermos! Fijaos un poco, por favor, en la sabiduría y la bondad de Dios, por haber suscitado en este tiempo una compañía de esta clase. ¿Para qué? Para asistir a los pobres corporal y hasta espiritualmente, diciéndoles algunas buenas pa-

Conferencia 109. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 75 v^o.

1 Francisca Manceau, Margarita Ménage, Maria Poulet y Claudia Muset.

labras, sobre todo a los moribundos, para ayudarles a disponerse a bien morir. ¡Oh Salvador! ¡Oh Salvador mío! La historia no nos dice que haya habido nunca una congregación de vírgenes (aunque es cierto que hay entre ellas algunas viudas) que se hayan entregado a Dios de este modo para asistir a los enfermos y heridos. Yo al menos no he oído nunca decir ni he leído que se haga mención de ella, sino que Dios ha querido esperar hasta el presente, y en un tiempo en el que permite que su Iglesia se vea tan perseguida, afligida y casi aniquilada en algunos sitios, como en Inglaterra, Irlanda, Escocia, ¡y quiera Dios que no suceda lo mismo en Flandes! Porque se dice que Cromwell empieza a tomar bajo su protección a todos los que son de opinión contraria a la religión católica, haciéndose intercesor de ellos y todo lo demás.

¿Y quiénes son esas hermanas que componen esa compañía? Son todas ellas mujeres aldeanas, pobres criadas; excepto una o dos que son de cierta categoría, todas las demás son lo que os he dicho; no obstante, ya veis cómo las bendice Dios y cómo están llenas del celo de su gloria y de la asistencia al prójimo. Y como la compañía de la Misión, que, aunque no sea totalmente viciosa, sí que carece de muchas virtudes, tiene cierta relación con la compañía de esas pobres hermanas, y nuestro Señor se ha querido servir de la de la Misión para dar origen a la de esas pobres hermanas, por eso tenemos una obligación muy grande de ofrecerlas a Dios: así le ruego a la compañía que lo haga, dándole gracias por todos los favores que les ha concedido hasta ahora. Así pues, le pediremos que, por su bondad infinita, siga concediéndoles las mismas gracias y bendiciones en el futuro.

La reina le ha escrito a la señorita Le Gras, y a mí también, para que enviemos otras hermanas a Calais a fin de asistir a esas pobres gentes; así lo haremos. Hoy saldrán cuatro para allá. Una de ellas, de unos cincuenta años ², vino a verme el viernes pasado al hospital, donde yo estaba, para decirme que había sabido que habían muerto dos hermanas en Calais y que venía a ofrecerse para ser enviada en su lugar, si me parecía bien. Le dije: «Hermana, pensaré en ello». Y ayer vino a saber

2 Sor Henriqueta Gesseume.

la respuesta que iba a darle. Fijaos, hermanos míos, que gran celo demuestran esas pobres hermanas al ofrecerse de ese modo. ¡Ofrecerse para ir a exponer su vida como víctimas, por amor a Jesucristo y por el bien del prójimo! ¿Verdad que es admirable? Yo no sabría que decir a todo esto, sino que esas pobres hermanas serán nuestros jueces en el día del juicio; sí, hermanos míos, esas hermanas serán nuestros jueces en el juicio de Dios si no estamos dispuestos, como ellas, a exponer nuestra vida por Dios. Y el que todavía no ha llegado a eso, creedme, puede decirse de él que todavía está muy lejos de la perfección.

¡Miserable de mí que no siento o siento muy poca disposición y atractivo por ese grado eminente de virtud! ¿Qué no he de temer? ¡Hermanos míos! ¿qué no he de temer? ¿Y que no deberán temer conmigo todos los de la compañía de la Misión que estén en el mismo estado, que no sientan dentro de sí esa disposición, que es uno de los más eminentes grados interiores que se puede tener, o mejor dicho, el más eminente de todos? Por eso, los que no se encuentren en ese estado, tienen que pedir incesantemente a Dios que los ponga en él, esto es, en la disposición de dar su vida por Jesucristo. Y los que hayan recibido ya de Dios esta gracia y la sientan dentro de sí, creedme, hermanos míos, tienen que dar muchas gracias a Dios y pedirle que no permita se hagan indignos de ella. por ninguna acción que le pueda disgustar.

110 [187, XII, 42-47]

CONFERENCIA DEL 23 DE AGOSTO DE 1658

ACERCA DE LA SOBRIEDAD

Sobriedad con el vino: cierto abuso que se ha introducido en la compañía en este sentido, medios para remediarlo

El viernes por la tarde, día 23 de agosto de este año, en la conferencia que se tuvo acerca del tema de la sobriedad tanto

Conferencia 110. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o v^o s.

en la bebida como en la comida, el padre Vicente concluyó esta conferencia, que había comenzado ya el viernes anterior diciendo:

¡Alabado sea Dios! ¡Que él nos conceda la gracia de aprovecharnos de todo lo que acaba de decirse! El tema de esta conferencia es el de la sobriedad que hemos de practicar tanto en la comida como en la bebida, las razones que nos han de llevar a ello y los medios que la compañía debe utilizar para evitar caer en estas faltas. De momento no hablaremos más que de la sobriedad que hemos de guardar en el beber, respecto al vino; nos contentaremos por ahora con este punto, ya que se trata del paso más peligroso.

Pues bien, hermanos míos, una razón que nos debe inclinar a practicar con todo esmero esta virtud de la sobriedad, son los grandes males que surgen en caso contrario, o sea, cuando uno falta a la templanza en la bebida, porque ¿qué males no provienen de allí? Ya los sabéis todos. Una persona que empieza a beber, y bebe más vino de lo necesario, cae en un estado de bestia, es incluso peor que una bestia de la peor calaña. No hay ni un solo vicio que no sean capaces de cometer esas personas; además, ese vicio de la borrachera no va nunca solo, o muy raras veces, sino que va siempre seguido de otro mayor, especialmente de ese abominable y horrible vicio de la carne, que se comete consigo mismo o con otros. ¡Qué estado tan lastimoso! ¿Qué es esto, hermanos míos, sino un estado irracional, vivir como las bestias, seguir las inclinaciones de las bestias, como un caballo, como un puerco, sí, como un puerco, y peor aún que las bestias? Porque aun las bestias siguen sus inclinaciones naturales; pero un hombre que se emborracha no sabe lo que hace; es peor que una bestia, pues hay que llevarlo, hay que sostenerlo y llevarlo por debajo de los brazos, ya que, si no, se caería a tierra como una piedra...

A propósito, hay uno en la compañía que, cuando presenta el vaso para que le echen vino, no se queda satisfecho si no le dan mucho. «Echa, echa», le dice al dispensero. Ya le he amonestado para que se corrija, pero no lo ha hecho todavía. Si no lo hace y no se corrige pronto, habrá que acudir a otro remedio, pues esto no se puede tolerar. Lo cierto es que

la compañía de la Misión no está exenta de este vicio y Dios ha permitido a Satanás que la tiente de este modo.

Pero, padre, ¿cómo dice usted esto en público? ¡Esto es un escándalo para la compañía!; aunque entre las personas que la componen haya algunos entregados a este vicio, sería mejor amonestarles en particular. — Hermanos míos, aparte de que nuestro señor Jesucristo obró personalmente de esta forma cuando estaba en la tierra ¹, y también san Agustín, que amonestaba públicamente por las faltas cometidas para que se corrigiesen sus autores y se guardasen de caer en ellas los que oían esta amonestación, eso hace, hermanos míos, que también yo obre de este modo y diga públicamente las faltas que Dios ha permitido que cometan algunos de la Compañía.

¿Les diré además, hermanos míos, que algunos de los señores ordenandos han quedado muy escandalizados de dos sacerdotes de la compañía, de dos sacerdotes, que se han portado muy mal en el refectorio comiendo y bebiendo, echándose sobre la comida como si quisieran devorarlo todo a la vez? En fin, han escandalizado tanto a algunos de esos señores ordenandos, que han creído que era su obligación indicárnoslo para que pusiéramos remedio. ¡Que dos sacerdotes de la Misión se porten de forma que, en vez de edificar al prójimo, lo escandalicen! ¡Ay, padres! ¡Ay, hermanos míos! ¿Adónde hemos llegado? ¡Qué motivo de aflicción para la compañía, especialmente para los que tienen recomendada la sobriedad y la modestia en el comer y beber!

De los medios para remediar este mal, para que no vuelva a suceder esto nunca en el futuro, el primero que me parece conveniente emplear es que el superior se ponga en un extremo de la mesa y su asistente o subasistente en el otro, para que el superior desde una parte del refectorio y el asistente desde la otra puedan ver lo que pasa; para ello habrá que dividir la mesa de abajo en dos partes, para poder pasar.

Otro medio en que hemos pensado es reducir el vino; en vez de la ración que se da, dar sólo un cuarto de litro. Hay comunidades que sólo tienen esto y se encuentran muy bien. Y si lo hacen ya otras comunidades, contentándose con un

1 Cfr. Lc 9,55; Mt 21,23.

cuarto para cada comida, ¿por qué no lo podemos hacer nosotros? Pensaremos un poco en este medio antes de ponerlo en práctica; si, después de haber intentado otros medios, no se consigue nada, habrá que llegar a esto. Ya avisaremos lo que hay que hacer.

Pero, padre, me dirá quizás alguno; hay personas y personas. Hay algunas que podrán pasar con un poco de vino, pero hay otras que necesitan algo más. Yo tengo el estómago frío y lo necesito para calentarme un poco; si no, me costará trabajo digerir la carne, la ensalada, etcétera. — Hermanos míos es un abuso creer que el estómago tiene necesidad de vino para ayudarle a digerir los alimentos. Yo así lo creía también antes, miserable de mí; pero el padre Portail me ha hecho ver que se trataba de un error; y lo que él me dijo, lo he experimentado y he visto que era verdad.

A este propósito, les diré aquí a nuestros hermanos dispenseros que no deben llenar los platos de ensalada como suelen hacer. Dan para uno solo lo que bastaría para tres o cuatro personas. ¡Ensalada! Las antiguas comunidades no suelen comerla; y si las antiguas comunidades no la comen, ¿no podríamos también nosotros prescindir de ella? Por ejemplo en el Oratorio es cierto que ponen ensalada; pero ¿cuánto creéis que le ponen a cada uno? Muy poco. Me gustaría que hubieseis visto lo que les dan; veríais qué diferencia con lo que nos ponen a nosotros. ¿Hemos de extrañarnos al ver cómo hay algunos en la compañía que con frecuencia se sienten indispuestos? No ¿Y por qué? Es que muchas veces su indisposición proviene de que comen y beben con demasiada frecuencia. Por ejemplo, hay algunos que desayunan, comen, meriendan y cenan. Por la mañana van al refectorio a desayunar. Del desayuno al almuerzo no hay mucha distancia; y aquel pobre estómago no tiene tiempo suficiente para hacer la digestión. Empiezan a almorzar antes de haber hecho la primera digestión, y poco tiempo después se echan encima la merienda. Todo esto origina vapores, que circulan y se suben al cerebro; y de allí nacen la mayor parte de los dolores de cabeza que sufrimos algunos de nosotros.

El tercer medio, en el que ya hemos pensado varias veces, consiste en hacer que haya un visitador, como se practica entre

los jesuitas, esto es, una persona encargada por el superior, cuyo oficio consiste en fijarse en todo lo que ocurre en la casa, en el refectorio, si se guarda la modestia, si se agua bien el vino; y cuando advierte alguna falta, se la comunica al superior, para que mande la penitencia adecuada; y luego éste amonesta al que ha cometido la falta públicamente: «Amonesto con espíritu de humildad y de caridad a tal padre o a tal hermano que ha cometido tal falta, y como penitencia hará tal cosa». El que es amonestado de esta forma se pone enseguida de rodillas y cumple la penitencia que se le ha impuesto. Así es como lo hacen los padres jesuitas, y por eso veis cómo reina entre ellos tan gran recato y modestia. Creo que será necesario que nosotros hagamos lo mismo. Ya veremos si será conveniente añadir a éste el oficio de prefecto de comedor, o bien crear y establecer otro encargado para esto, cuyo oficio consistirá en pasearse de un lado a otro por el refectorio para ver si todos guardan la debida moderación, si comen con demasiada avidez y poca urbanidad, si aguan bien el vino, etcétera; y cuando haya advertido alguna falta, que la avise, lo que importa en definitiva es encontrar algún medio para remediar el mal, cuando se ve. Sabemos que así se practica en algunos cabildos e iglesias catedrales. Hay una persona que se pasea por el coro para ver si se guarda la modestia, si se canta bien; y cuando hay algo que advertir, lo advierte enseguida.

4.º Y finalmente no hay que entretenerse en escuchar a nuestra naturaleza, ni capitular con nuestro temperamento, sino acostumbrarnos a aguar el vino, de forma que el agua no sea más que coloreada. Para ello, les ruego a nuestros hermanos despenseros que, para el almuerzo le den a cada uno solamente dos o tres dedos de vino, como máximo. Podéis creer, hermanos míos, que se ve con una sola ojeada cómo los seminaristas que más aguan su vino (pues, gracias a Dios, hay quienes así lo hacen, pero de buena forma y sin que nadie tenga nada que decir) son los que más avanzan en la perfección. Yo he podido observarlo: los que veo que más aguan el vino, son los que mejor avanzan de virtud en virtud; esto se ve claramente. Decidme, la mayor parte de nosotros ¿bebíamos vino antes de entrar en la compañía? Nunca o sólo lo hacíamos muy raras

veces. ¿Qué bebíamos, pues? Un poco de cerveza, y quizás de ordinario nada más que agua ².

Bien. ¡Alabado y glorificado sea el Señor! A todo esto podemos añadir otro medio, que consistirá en tener mañana la oración sobre este tema, y empezar a adquirir la costumbre de aguar bien el vino. Es verdad que mañana se tendrá la meditación sobre san Bartolomé, pues es mañana la fiesta de este gran apóstol. Sin embargo, no le vendrá mal a este tema. San Bartolomé fue desollado vivo. Nosotros también empezaremos a desollar nuestra propia voluntad, nuestro apetito de beber el vino demasiado puro. ¡Que Dios nos conceda la gracia de esforzarnos en ello con mucho interés!

111 [188, XII, 48- 51]

CONFERENCIA DEL [30 DE AGOSTO DE 1658]. ¹

SOBRE LA INDIFERENCIA ANTE LAS TAREAS

Motivos para ser indiferentes ante las tareas. Objeciones que se pueden hacer para dispensarse de ellas. Cualidades requeridas para un buen superior. La petición de misiones lejanas y la indiferencia. Dos medios para adquirir la indiferencia.

El primer motivo que algunos viejos como yo, miserable de mí, en medio de los achaques propios de la ancianidad, tienen para ponerse en un estado de indiferencia ante las diversas tareas, si no lo han hecho todavía, consiste, padres y hermanos míos, en la gloria que se le da a Dios en ese estado de indiferencia.

² *Al margen.* Nota: la mayor parte de estudiantes y seminaristas eran de los Países Bajos y de Picardía.

Conferencia 111. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 11.

¹ Esta conferencia no lleva fecha. Si consultamos la lista de Conferencias celebradas en San Lázaro después del asedio de Montmédy (6 de agosto de 1657), sólo encontramos una sobre la indiferencia ante las diversas tareas, la del 30 de Agosto de 1658; se impone esta fecha.

El que no se encuentra en ese estado de indiferencia, sino todo lo contrario, está en un estado de demonio. Para guardar bien el voto de obediencia que se ha hecho, hay que permanecer en el estado de indiferencia en todas las cosas.

Otro motivo es que uno es desgraciado si no está en ese estado de indiferencia a las tareas, a obedecer a cualquier clase de superiores que nos pongan.

Pero, me dirá alguno, yo ya soy viejo. — ¡Usted es ya viejo! ¡Bien! ¿Tendrá que ser por ello menos indiferente, menos virtuoso?

Pero yo soy sabio. — Fijaos un poco: ¡es sabio! Y porque es sabio, ya no tiene que ser indiferente, ni estar dispuesto a hacer lo que desee de él un superior o un encargado. Ved si es razonable esta objeción y si debe salir de la boca de una persona que hace profesión de servir a Dios.

Pero, padre, es un hombre tan santo. — Admito que es: un nombre muy santo. Pero ¿es ésta una razón que lo exima de hacer lo que se desee de él, lo que se le ordene, de obedecer a un superior que, si lo queréis, es menos perfecto y menos sabio que él y que, incluso, tiene no pocos defectos? ¿Creéis que es ésta una objeción válida? Ni mucho menos. Esto no debe eximirlo de la obligación de ser indiferente frente a las tareas: ir al campo, si se lo mandan; quedarse en casa, si se lo dicen; dirigir un seminario o ir a una misión; quedarse en esta casa o marchar a otra; ir a países lejanos o no; obedecer a este superior o a otro, puesto que Dios lo quiere y ha sido juzgado idóneo para el gobierno y la dirección.

Pero, padre, ¿puede usted citarnos algún ejemplo? — Sí, por cierto. He aquí uno muy adecuado para nuestro tema y que se encuentra en la sagrada Escritura. Cuando Judas cometió aquel abominable pecado de traicionar y vender a su buen Maestro y se llenó luego de desesperación, los once apóstoles se reunieron para elegir a otro que sustituyese a Judas; pusieron para ello los ojos en dos de los discípulos de nuestro Señor, uno de ellos llamado Barsabas, por sobrenombre el justo, y el otro Matías ², luego procedieron a la elección y la suerte cayó

² Hech 1,23-26.

en Matías en lugar de Barsabas, llamado el justo por causa de su vida santa. El era justo, pero la suerte cayó en Matías, del. que no se dice nada. Fijaos, padres, Dios vio que él era apropiado para gobernar, y por eso quiso que la suerte cayera sobre él. Hay algunos que son santos y viven santamente, pero que no tienen el don de gobernar. La santidad es una disposición continua y una conformidad completa con la voluntad de Dios; mientras que el gobierno reside en el juicio, esto es, requiere un buen juicio para dirigir y regular las cosas.

La ciencia no es absolutamente necesaria para gobernar bien; pero, cuando en un mismo sujeto se encuentran a la par la ciencia, el espíritu de gobierno y el buen juicio, entonces, ¡Dios mío!, ¡qué tesoro!

No siempre es preciso considerar la vejez para el gobierno,. pues a veces hay jóvenes con más espíritu de gobierno que muchos viejos y ancianos. Tenemos un ejemplo de ello en David, que fue escogido por Dios para dirigir a su pueblo, a pesar de ser el más joven de sus hermanos ³. Fijaos, un hombre con mucho juicio y mucha humildad es capaz de gobernar bien, y yo tengo la experiencia de que los que tienen el espíritu contrario a esto y ambicionan los cargos nunca han hecho nada que valga la pena.

También tengo la experiencia de que el que ha tenido algún cargo y guarda en el ánimo este espíritu y deseo de gobernar nunca ha sido buen inferior, ni buen superior.

Aquí el padre Vicente se humilló según su costumbre. Al volver de la ciudad, nos dijo, vi a diez o doce mulos cargados. a la puerta de una cantina, esperando a los arrieros que seguramente habían entrado a beber en la cantina; yo miraba a aquellos pobres animales, con la carga al lomo, sin rechistar, aguardando a sus amos y conductores ⁴.

³ 1 Sam 16,11.

⁴ *Al margen*: Este ejemplo hace ver que esos animales, aunque irracionales se dejan gobernar y se muestran indiferentes a lo que sus guías quieren de ellos, quedándose donde los ponen sin rechistar, a pesar de que los dejan con la carga sobre los lomos.

Una cuestión que se puede plantear es si es más excelente pedir que le manden a uno a los países más lejanos para trabajar allí por la salvación de las almas, o bien permanecer en la disposición continua de ir allá, pero sin pedirlo, siguiendo esta máxima: no pedir nada ni rechazar nada, permanecer en el sitio en que nos ha puesto la obediencia, hasta que ella nos saque de allí. ¡Ay, padres, qué felicidad sienten los que poseen esta disposición! ¡Dios les concede la gracia de estar siempre preparados y dispuestos a ir a los países lejanos para dar allí su vida por Jesucristo! La historia nos habla de muchos martirios de hombres sacrificados por Dios; y si vemos que, en el ejército, muchos hombres exponen su vida por un poco de honor o quizás con la esperanza de una pequeña recompensa temporal, con cuánta más razón debemos nosotros exponer nuestra vida por llevar el evangelio de Jesucristo a los países más alejados a los que nos llama la providencia. Mirad, en el asedio de Montmédy, de los treinta mil hombres, más o menos, que allí había, se dice que sólo han quedado unos veintidós mil. Pues bien, si esos hombres tuvieron el coraje de exponer así su vida por la conquista de una ciudad, ¿por qué no la vamos a exponer nosotros por la gloria de Dios y por conquistar almas a Jesucristo?

De los medios para ponernos en este estado de indiferencia, en el caso de que no lo estemos todavía, el primero es la humildad y el desprecio de nosotros mismos, creyéndonos unos irracionales y unos incapaces para el gobierno y para tener cualquier cargo o tarea.

El segundo: cuando nos den algún cargo, si vemos que tenemos alguna indisposición para poder ejercerlo, acudir a los pies de nuestro Señor en el santísimo sacramento para pedirle la gracia de que nos dé a conocer si hemos de proponérsela al superior; y después que nos haya dado a conocer que es su voluntad que se la propongamos, hacerlo y cumplir luego con lo que el superior nos ordene.

SOBRE LA PÉRDIDA DE LA FINCA DE ORSIGNY

Dios envía aflicciones a las compañías virtuosas. La pérdida de esta finca es un beneficio y una señal del cariño de Dios. Frutos que hay que sacar de este suceso.

Desde hace algún tiempo venía pensando, y con mucha frecuencia, que la compañía no tenía nada que sufrir, que todo le iba bien, que gozaba de cierta prosperidad, o mejor dicho, que Dios la bendecía de mil maneras, sin tener que sufrir ningún obstáculo ni fastidio. Empezaba a desconfiar de esta bonanza, sabiendo que es propio de Dios probar a quienes le sirven y castigar a los que ama. *Quem enim diligit Dominus, castigat* ². Me acordaba de lo que se refiere de san Ambrosio que, yendo de viaje, entró en una casa cuyo dueño le dijo que no sabía lo que era la aflicción; entonces, aquel santo prelado, iluminado por la luz celestial, juzgó que aquella casa, tratada con tanto mimo, estaba cerca de su ruina. «Salgamos de aquí, dijo; la cólera de Dios va a caer sobre esta casa»; y en efecto, apenas salió, cayó un rayo que la derribó y arrastró en su ruina a todos los que estaban dentro.

Por otro lado, veía a varias compañías agitadas de vez en cuando, especialmente a una de ellas, de las mayores y más santas que hay en la Iglesia, y que a veces se encuentra con graves contradicciones y actualmente está sufriendo una horrible persecución ³. Y me decía: «Así es como Dios trata a los

Conferencia 112. — L. ABELLY, *o.c.*, lib. III, cap. 22, p. 321 y cap. 18, p. 281. La parte sacada del capítulo 22 se detiene en estas palabras: «lo ha hecho todo bien».

¹ Esta conferencia no está fechada, pero sabemos que el proceso relativo a la finca de Orsigny se perdió en el mes de septiembre de 1658.

² Hebr 12,6; Prov 3,12.

³ Se trata de la compañía de Jesús, violentamente atacada por entonces por causa de la moral que enseñaban algunos de sus miembros.

santos, y como nos trataría a nosotros si fuésemos de una virtud robusta; pero, como conoce nuestra debilidad, nos alimenta y nutre de leche, como a los niños ⁴, y hace que todo nos salga bien, casi sin que nos tengamos que preocupar de nada». Así pues, tenía razón para temer con estas consideraciones que no le agradábamos a Dios, ni éramos dignos de sufrir nada por su amor, ya que él apartaba de nosotros las aflicciones y los golpes con que suele probar a sus servidores. Habíamos tenido algunos naufragios en los barcos para Madagascar, pero Dios nos ha librado; en el año 1649, los soldados nos causaron daños por valor de 42.000 libras, pero no se trató de una pérdida particular, ya que todo el mundo se resintió de las calamidades públicas: el mal fue común, y nosotros fuimos tratados del mismo modo que los demás. Pero bendito sea Dios, hermanos míos, porque ahora ha querido su providencia adorable despojarnos de una tierra que nos acaban de quitar. Se trata de una pérdida considerable para la compañía, pero que muy considerable. Aceptemos los sentimientos de Job cuando decía: «Dios me dio estos bienes, él me los ha quitado: ¡bendito sea su santo nombre!» ⁵. No miremos esta privación como si procediera de un juicio humano, sino digamos que es Dios el que nos ha juzgado y humillémonos bajo la mano que nos castiga, como David cuando decía: *Obmutui, et non aperui os meum, quoniam tu fecisti* ⁶; me he callado, Señor, porque has sido tú el que lo has hecho. Adoremos su justicia, y creamos que nos ha hecho un favor al tratarnos de este modo: lo ha hecho para nuestro bien. *Bene omnia fecit*, refiere san Marcos: lo ha hecho todo bien ⁷.

— *Al indicarles el padre Vicente que, apenas tomaron los jueces esta resolución, uno de ellos vino a verle para convencerle de que hiciera una apelación contra la sentencia, dijo a este propósito:*

«¡Oh, Dios mío! No lo haremos». Tú mismo, Señor, has pronunciado la sentencia; si así lo quieres, será irrevocable; y para no retrasar su ejecución, hacemos desde ahora un sacrifi-

4 1 Cor 3,1-3.

5 Job 1,21.

6 Sal 38,10.

7 Mc 7,37.

cio de estos bienes a tu divina Majestad. Os pido, padres y hermanos míos, que lo acompañéis con un sacrificio de alabanza; bendigamos a este soberano Juez de vivos y de muertos porque nos ha visitado en el día de la tribulación. Démosle infinitas gracias, no sólo porque ha apartado nuestro afecto de los bienes terrenos, sino porque nos ha despojado efectivamente de los que teníamos y nos da la gracia de amar esta privación. Quiero creer que todos estamos contentos por la privación de esta cosa temporal; pues, si el Señor dice en el Apocalipsis ⁸: *Ego quos amo castigo*, ¿no tenemos que amar los castigos, como señales de su amor? Pero no basta con amarlos; hay que alegrarse de ellos. ¡Dios mío! ¿quién nos concederá esta gracia? Tu eres la fuente de toda alegría, y fuera de ti no la hay verdadera; por eso te la pedimos a ti. Sí, padres, alegrémonos de que, al parecer, Dios nos ha juzgado dignos de sufrir ⁹. Pero ¿cómo es posible alegrarse del sufrimiento, si es algo que naturalmente nos desagrade y huimos de él? Es lo mismo que pasa con los medicamentos: sabemos muy bien que las medicinas son amargas, y que hasta las más dulces repugnan enormemente, incluso antes de tomarlas; mas no por ello dejamos de tragarlas alegremente. ¿Y por qué? Porque deseamos la salud y esperamos conservarla de ese modo o recobrarla por medio de las purgas que tomamos. De esta forma, las aflicciones son de suyo desagradables, contribuyen sin embargo al buen estado del alma y de una compañía; Dios las purifica por medio de ellas, lo mismo que el oro por medio del fuego ¹⁰. Nuestro Señor, en el huerto de los olivos, no sentía más que aflicción, y en la cruz sólo sentía dolores, que fueron tan excesivos que parecía como si, juntamente con el desamparo de los hombres, también lo hubiese abandonado su Padre; sin embargo, en los estertores de la muerte y en estos excesos de su pasión, se alegraba de cumplir la voluntad de su Padre ¹¹ y, a pesar de ser tan rigurosa, la prefería a todas las alegrías del mundo; ella era su comida y sus delicias ¹². Hermanos míos,

8 Ap 3,19.

9 Hech 5,41.

10 Sal 3,6.

11 Mt 27,46.

12 Jn 4,34.

también nosotros hemos de alegrarnos al ver que se cumple en nosotros su voluntad por medio de las humillaciones, las pérdidas y las penas que nos llegan. *Aspicientes*, dice san Pablo ¹³, *in auctorem fidei et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta*. Los antiguos cristianos tenían estos sentimientos, según el testimonio del mismo apóstol: *Rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis*¹⁴ ¿Por qué no nos vamos a alegrar hoy con ellos por la pérdida de nuestros bienes? Hermanos míos, Dios se alegra mucho al vernos aquí reunidos para ello y para excitarnos a este gozo. Por una parte, hemos sido espectáculo para el mundo, por el oprobio y la vergüenza de esta sentencia que, al parecer, nos proclama como injustos ocupantes del bien de otro: *Spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus* ¹⁵; *opprobriis et tribulationibus spectaculum facti* ¹⁶ Mas por otra parte, *omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis* ¹⁷: creed, hermanos, que os ha llegado toda la alegría cuando os veáis en diversas tentaciones y tribulaciones.

Así pues, creemos que hemos ganado mucho con esta pérdida; pues Dios nos ha quitado, con esta finca, la satisfacción que teníamos de poseerla y la que habríamos tenido de poder ir allá de vez en cuando; y ese deleite, por ser conforme con los sentidos, habría sido como un dulce veneno que mata, como un cuchillo que hiere, como un fuego que quema y destruye. Y ya estamos libres de este peligro, por la misericordia de Dios; al estar más expuestos a las necesidades temporales, su divina bondad nos quiere también elevar a una mayor confianza en su providencia y obligarnos a abandonar en ella todas nuestras preocupaciones por las necesidades de esta vida, lo mismo que por las gracias de la salvación. ¡Ojalá recompense Dios esta pérdida temporal con un aumento de confianza en su providencia, de abandono en sus manos, de un mayor desapego de las cosas de la tierra y de renuncia a nosotros mismos! ¡Oh Dios mío, qué felices seríamos entonces! Me atrevo a esperar de su

13 Heb 12,2.

14 Heb 10,14.

15 1 Cor 4,9.

16 Heb 10,33.

17 Sant 1,2.

bondad paternal, que todo lo hace por nuestro bien, que nos concederá esta gracia.

¿Cuáles son los frutos que hemos de sacar de todo esto? El primero, ofrecer a Dios todo lo que nos queda de bienes y consuelos, tanto corporales como espirituales; ofrecernos a él en general y en particular, con toda sinceridad, para que él disponga absolutamente de nuestras personas y de todo lo que tenemos, según su santísima voluntad; de forma que siempre estemos preparados a dejarlo todo para abrazar las molestias, las ignominias y las aflicciones que nos vengan y, por este medio, seguir a Jesucristo en su pobreza, en su humildad y en su paciencia.

El segundo es no pleitear nunca, por mucho derecho que tengamos; o, si nos vemos obligados a ello, que sea solamente después de haber intentado todos los caminos imaginables para ponernos de acuerdo, a no ser que el buen derecho sea totalmente claro y evidente; pues el que se fía del juicio de los hombres muchas veces queda engañado. Practicaremos el consejo de nuestro Señor, que dice: «Si te quieren quitar el manto, dales también la túnica»¹⁸ ¡Que Dios le conceda a la compañía la gracia de aceptar esta práctica! Hemos de esperar que, si es fiel en adoptarla y firme para no apartarse nunca de ella, su divina bondad la bendecirá y, si por un lado le quita, le dará mas cosas por otro.

113 [190, XII, 57-62]

C ONFERENCIA DEL 20 DE SEPTIEMBRE DE 1658

SOBRE EL SILENCIO

Razones que obligan a la compañía a observar el silencio. En qué lugares y tiempos hay que observarlo más estrictamente. Medios para guardarlo bien.

18 Mt 5,40.

Conferencia 113. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 80.

El primer motivo que tiene la compañía de la Misión para observar debidamente la virtud del silencio es que por el silencio se da gloria a Dios: *Te decet hymnus, Deus, in Sion* ¹; hay otra versión que dice: *Tibi silentium laus, Deus, in Sion* ² Dios recibe tanta gloria por el silencio como por los himnos que se cantan en su honor.

El segundo motivo es el gran provecho y los muchos bienes que recibe la compañía de la observancia del silencio, tanto para el alma, como para el estudio o las demás ocupaciones que tengamos; pues, como el espíritu del hombre no puede estar sin hacer algo, si le obligamos a guardar silencio, podrá entregarse con mayor intensidad al estudio, si se trata de un sacerdote o de un estudiante, o a cualquier otra tarea u ocupación, si se trata de otra persona. El que carece de esta virtud del silencio, si no se esfuerza con todo su interés en practicarla, no hará más que perder el tiempo; pues eso es perder el tiempo, ir de acá para allá, hablar con estos, entretenerse con aquellos, en la habitación, fuera de la habitación, hablar de este y luego de aquel, de las noticias que corren, de la guerra, y de cualquier cosa, o sea, perder el tiempo, entreteniéndose y hablando de cosas inútiles y muchas veces perniciosas para el alma.

Hace algún tiempo, cuando iba a visitar al nuncio del papa, que estaba alojado en una casa de religiosos, siempre o casi siempre se veían religiosos por el claustro o por el jardín, ocupados en charlar unos con otros, riendo, mirando lo que pasaba, paseando. ¿De dónde procedía todo esto? De que no se observaba el silencio; pues, si esas personas hubiesen sido amantes del santo silencio, no se hubieran portado de esa forma.

¿Qué es lo que ha sucedido hace poco en una casa de religiosos de esta ciudad? ³. ¿Os lo diré, hermanos míos? ¡Ay! Se trata de algo importante y demasiado público. Han sido muertos dos religiosos. ¿Y por qué? Por no haber guardado el silencio, por haberse mezclado en asuntos que no les correspondían. El parlamento, al saber que había algunos desórdenes entre ellos, cierta división, quiso poner remedio; se destina-

1 Sal 64,1.

2 La versión de S. Jerónimo.

3 Los agustinos.

ron algunos consejeros para que se trasladasen a aquella casa. Al principio los religiosos quisieron resistir; se encerraron y quisieron defenderse con armas. ¡Ay de ellos! Apenas vio esto el parlamento, envió inmediatamente algunos soldados, que — como acabo de deciros — hirieron y mataron a algunos de aquellos religiosos. Estos son, hermanos míos, los males que ocurren por no guardar el silencio, por entretenerse en chismorreos, etcétera. El mal ha sido tan grande que el mismo relator me ha dicho que había algunos que no merecían menos que ser condenados a galeras. Mirad, hermanos míos, mirad lo que esto significa ⁴.

Pero, ¿os diré, por otra parte, lo que ha sucedido aquí, en San Lázaro, sí, en San Lázaro? Ha sucedido algo parecido, aunque, gracias a Dios, sin llegar a tanto y sin que trascendiese fuera; no, ciertamente, no se ha llegado a tanto; pero es ése el camino para llegar a eso bien pronto. Sí, Dios ha permitido que sucediera algo parecido hace algunos días en San Lázaro. ¡Es extraño que pase esto en una compañía, que acaba de nacer y que está todavía en su cuna! Pero, padre, díganos qué es lo que ha pasado. Helo aquí.

Entre los estudiantes sucedió lo que os voy a decir. Se fueron a pasear por el patio; dos de ellos se adelantan a los demás y, encontrando un juego de bolos, se ponen a jugar; llegan los demás y dicen que quieren tomar parte en la partida. Uno de ellos derriba los bolos; uno de los dos que habían empezado a jugar los planta de nuevo; el otro vuelve a derribarlos. Los ánimos se calientan. Uno de los que habían empezado la partida, al ver aquello, toma uno de los bolos y le da con él un golpe en el estómago al que había derribado los bolos; no contento con eso, le da otro golpe en la espalda con tanta fuerza que todavía le sigue doliendo. Fijaos, por favor, hasta qué extremos se dejó llevar por la ira; mirad si no es éste un motivo de aflicción muy sensible para la compañía. ¡Ay! Si esto pasa en los comienzos de la compañía, ¿qué ocurrirá dentro

⁴ La Gazette de France, 1658, p. 265 ofrece una narración algo diferente del suceso que enfrentó a los agustinos con el parlamento, el 23 de agosto de 1658. Murieron dos religiosos y fueron heridos otros dos. Mazarino, por oposición al parlamento, mandó que libertaran y condujeran en triunfo a los religiosos que habían sido detenidos.

de varios años, cuando llegue a relajarse de su primitivo fervor y de la observancia de las reglas? No hemos tenido más remedio que encerrar a ese estudiante ⁵.

Otro motivo es que, según la máxima de los santos, todo marcha bien en una casa o comunidad en la que se observa bien el silencio; por el contrario, en una comunidad que no guarda el silencio, se puede decir que todo va mal.

Ahora, en relación con el segundo punto, que trata de ver los lugares en los que ha de procurarse especialmente guardar mayor silencio, son: 1.º la iglesia; 2.º el refectorio; 3.º el dormitorio; 4.º el claustro. En las horas señaladas, no estar hablando de dos en dos en las habitaciones; el que lo haga, que sepa que comete una acción escandalosa y que será la causa de que otros cometan la misma falta; por consiguiente, será culpable de ello.

En relación con el tiempo, desde una recreación a la otra. Las hermanas de santa María tienen dos clases de silencio: uno, que ellas llaman el gran silencio; y otro, silencio menor. Durante el gran silencio, que va desde las oraciones de la tarde hasta el día siguiente después de la oración de la mañana, ninguna hermana tiene permiso para hablar con otra; y esto, fijaos bien, se observa con toda exactitud y fidelidad. El otro, que llaman silencio menor, para distinguirlo del que acabo de decir, es el que observan desde la oración de la mañana hasta el final del recreo de la tarde; durante ese tiempo pueden hablar, pero en voz baja y sólo para las cosas necesarias; se exceptúan los dos tiempos de recreo después del almuerzo y de la cena. Pero, fuera de esos tiempos, no hablan más que para las cosas necesarias. Y siempre en voz baja. Pero lo más digno de atención en ellas es que nunca una hermana habla con otra en la habitación, sin permiso de la superiora. Así es, hermanos míos, como guardan el silencio.

Sé muy bien que los encargados tienen que disponer de algunas horas para poder hablar y avisar de los asuntos de la

⁵ *Al margen*: Estuvo ocho días encerrado en una habitación, alimentado durante este tiempo sólo a pan y agua. Informarme del hermano Pascual si es verdad que le tuvieron a pan y agua, para estar más cierto de ello.

casa. Utilizamos el tiempo inmediatamente después del examen general como el más indicado y menos molesto para hablar de los asuntos con mayor facilidad, sin verse interrumpidos. He preguntado cómo lo hacían en otras comunidades; me han dicho que no es posible dispensarse de eso; que es una cosa necesaria. Habrá que ver si es posible utilizar alguna otra hora durante la jornada; pero me parece que será difícil encontrar otra ocasión más fácil y adecuada para este objeto.

Un buen medio para lograr que todos guarden bien el silencio es que cada uno tome en particular una decisión firme de aceptar la práctica de esta virtud, y empezando desde mañana mismo, sí, desde mañana; que cada uno se entregue de buena gana a Dios para esto.

Otro medio al que habrá que recurrir, según creo, es que, lo mismo que se ha nombrado a una persona para que todas las mañanas vaya por las habitaciones para ver si se han levantado todos, sin que se le dispense a nadie de la oración de las cuatro y media, también habrá que encargar a alguno de la compañía que vaya por toda la casa y que sea como un vigilante sobre toda la comunidad para ver lo que pasa, y avise 21 superior de lo que observe. En los jesuitas hay un padre que recorre toda la casa; y si encuentra algo que no va bien, avisa al superior para que imponga una penitencia. Esta penitencia se la dan, escrita en un nota, al lector del comedor, para que la lea en alta voz al principio del almuerzo o de la cena.

Debería ser el subasistente el encargado de esto. Le ruego, padre Alméras, que se ponga de acuerdo con él y vean ustedes a quién hay que nombrar para esto; porque fíjense, lo que pasó con los estudiantes es una advertencia que Dios nos hace a todos; y la Misión caerá en esa misma situación de los religiosos de que antes os hablé, si pierde el silencio; no lo dudéis.

Hace algunos días, desde mi habitación, donde yo estaba con el señor párroco de San Nicolás ⁶, oí que se hacía aquí mucho ruido con los señores ordenandos: se hablaba tan alto que, os lo aseguro, daba mucha pena oír todo aquel jaleo. Antes, en Bons-Enfants, cuando empezamos a dirigir a los ordenandos, se oía hasta el vuelo de una mosca. ¿Por qué ahora no se hace

⁶ Hipólito Féret, párroco de San Nicolás du Chardonnet, en París.

así? Es que hemos perdido la virtud del silencio. ¡Dios mío! ¡Salvador mío! ¡Devuelve, Señor, esta santa virtud a la pequeña compañía de la Misión! Pidámosla, hermanos míos, roguemos con insistencia que nos la conceda de nuevo su divina Majestad ⁷.

114 [191, XII, 63-64]

CHARLA DEL 23 DE OCTUBRE DE 1658

CONSEJOS A LOS JÓVENES ESTUDIANTES QUE IBAN
A EMPEZAR LA FILOSOFÍA

El padre Vicente les recomienda que no pierdan el espíritu del seminario y que eviten el deseo de sobresalir. Rezar a nuestro Señor para alcanzar la humildad. Utilidad de la verdadera filosofía.

Una vez que los estudiantes estuvieron preparados para empezar los estudios de filosofía, se dirigieron conducidos por el padre Guillot, sacerdote de la compañía y director suyo, a visitar al padre Vicente y, puestos de rodillas ante él, le pidieron su bendición. El se la concedió, poniéndose también de rodillas como acostumbraba hacer. Les recomendó mucho que estudiaran con el espíritu que nuestro Señor desea, a fin de servir mejor a Dios y con mayor utilidad al prójimo; que tuviesen mucho cuidado de que el orgullo no se apoderase de su corazón por el deseo de sobresalir, de ser estimados, de tener éxito en los estudios; muchos jóvenes, al salir del noviciado o del seminario, se pierden con frecuencia por ese motivo y abandonan el espíritu del seminario. Pues bien, para evitar que caiga ese mal sobre vosotros, hermanos míos, no tengáis deseos de alcanzar éxitos, de llevaros premios, de distingueros en la argumentación, bien sea defendiendo o bien objetando; desead más bien, anhela y pedid mucho a nuestro Señor que os

⁷ *Al margen*: Habló también de otro medio, que se me ha olvidado; espero que lo habrá recogido otro de la compañía.

Conferencia 114. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 82.

conceda la gracia de amar y de practicar la humildad en todo y por todo, de estimar el desprecio de vosotros mismos, de no buscar ni desear más que esto, y sobre todo de creer que, si tenéis algo en vosotros mismos que os haga dignos de un poco de estimación, es porque Dios os lo ha dado y lo habéis recibido de él ¹. Vivid, hermanos míos, con este espíritu; procurad, hermanos míos, conservarlo, si es que ya lo tenéis; y si no lo tenéis, pedídselo insistentemente a nuestro Señor. Que la filosofía que vais a aprender os sirva para amar y servir mejor a Dios, para elevaros hasta él por medio del amor, y que al mismo tiempo que estudiáis la ciencia y la filosofía de Aristóteles y aprendéis todas esas divisiones, aprendáis también la de nuestro Señor y sus máximas, y las pongáis en práctica, de forma que todo lo que aprendáis os sirva, no ya para hinchar vuestro corazón, sino para servir mejor a Dios y a su Iglesia. La filosofía es muy útil a una persona, cuando uno se sirve de ella como es debido y con el espíritu que nuestro Señor lo desea; cuando se obra de otro modo, sólo sirve para perder a las personas y para hinchar su corazón.

Benedictio Domini nostri...

115 [192,XII, 64-67]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN, NOVIEMBRE DE 1658

Repreñón a un estudiante que había llamado a la compañía santa compañía. Cómo hay que hacer oración. Triste estado de la religión en varios países. La compañía tiene que pedir a Dios el don de lenguas. Manera de aprenderlas.

El padre Vicente, en la repetición de la oración, reprendió a un estudiante que, al repetir su oración, utilizó la expresión santa compañía para hablar de la compañía, diciéndole que había que decir la compañía, o esta compañía, pura y sencillamente.

1 Cor 4,7.

Conferencia 115. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 83.

Dijo además:

Convendrá ver si el asistente o el subasistente se tendrán que encar-
gar de leer ellos mismos los puntos de la meditación, pues me parece que
no se toma en serio la oración mental y que no se entra suficientemente
en la materia de la oración que se propone cada día. Quizás provenga es-
to de que no se comprenden muy bien los puntos del tema que se me-
dita. Entonces ellos podrán indicarlos y decir: «Hermanos, la meditación
tiende a esto; en el primer punto, meditaremos esto; en el segundo, esto;
y en el tercer, esto». Quizás, por este medio, podáis entrar más fácilmente
en el tema de la oración que haya que meditar.

Por ejemplo, hoy se trata de la elección que nuestro Señor hizo de sus
apóstoles. Pues bien, ¡había tantas cosas y tan hermosas que meditar en
este tema! Doce pobres campesinos, pobres pecadores fueron escogidos
para convertir y trastornar a todo el mundo, para derribar toda la ido-
latría, etcétera. Escogió solamente a doce, y no más. Se podía considerar
en esta meditación la mucha necesidad que tiene la Iglesia de buenos sa-
cerdotes, de buenos operarios. Hay muchos, es verdad; pero entre ese
número hay bastantes que no son buenos ni tienen las cualidades que de-
berían tener para trabajar útilmente en la viña de nuestro Señor; entre
ellos hay no pocos viciosos. Pedidle, pues, a Dios, hermanos míos, que
envíe buenos operarios, buenos sacerdotes, a su Iglesia ¹, buenos misio-
neros a la compañía; pero que sean buenos de verdad y bien escogidos.
Eso es lo que deberíamos haber hecho en esta meditación, que era muy
indicada para ello.

Desde Roma me escribe el padre Jolly que ha dirigido el retiro a unos
treinta alumnos del colegio que tiene en Roma la Propagación de la Fe,
y que entre ellos había uno de Moravia, que es una provincia cercana a
Hungria. Ese joven le dijo al padre Jolly que en toda su provincia, que es
muy grande, sólo había siete u ocho sacerdotes en total. ¿Por culpa de
quién? De la herejía. ¿No debería esto animarnos, hermanos míos, a
entregarnos plenamente a Dios para hacernos útiles, en cuanto podamos,
para servirle en nuestra vocación, a fin de poder ayu-

¹ Mt 9,38.

dar a esas pobres gentes, si la providencia de Dios nos llama a ello?

El señor obispo de la Rochelle, cuando era todavía obispo de Saintes ², me decía un día que en aquella diócesis había muy pocas personas que quisieran ser de Iglesia y hacerse sacerdotes; que esto se debía a la herejía, de la que dicha diócesis está muy infectada en varios lugares. Los herejes, me decía, han hecho tan despreciable el estado de sacerdote que apenas se encontraba en su diócesis algún muchacho que quisiera ser de iglesia; y si el muchacho quería, se lo impedían el padre o la madre. De hecho, en la actualidad, el seminario de Saintes cuenta solamente con cuatro o cinco seminaristas.

Es necesario que la compañía se aficione a pedirle a Dios el don de lenguas, que es el mismo que les dio a los apóstoles al elegirlos para apóstoles suyos, de forma que entendían a todos los que les hablaban, aunque fuesen de distintos países y de naciones diferentes; y los apóstoles se hacían entender igualmente por ellos, hablándoles y respondiéndoles en su propio idioma ³. Pidámosle a Dios, hermanos míos, que nos dé al menos el deseo de aprender las lenguas; todos tienen que estar dispuestos para ello y pedírsele a Dios. Esa grande y santa compañía de los padres jesuitas se ha dedicado mucho a ello, y una de las primeras cosas que hacen los que son enviados a un país cuya lengua ignoran es dedicarse a su estudio; ponen en ello todo su empeño e interés; toman a su lado a alguno del país o a cualquier otro que entienda su lengua, para que les ayude. Y esto es lo que deberán practicar también los de nuestra compañía, cuando vayan destinados a países extranjeros, cuando Dios los llame allá.

Nuestro pobre, pero bienaventurado padre Nacquart así lo hizo; pues, apenas llegó a Madagascar, tomó a su lado a un francés que entendía la lengua de aquella isla y empezó a estudiarla, a aprender los nombres, los verbos, más tarde a conjugar, y así con todo lo demás; de forma que, al cabo de cuatro meses, entendía esa lengua y era capaz de empezar a tener el catecismo.

2 Santiago Raúl de la Guibourgère.

3 Mc 16,17; Hech 2,6.

Así pues, me gustaría que la compañía se aficionase a obrar de esta manera, cuando se presente la ocasión y sea enviado alguno a un sitio cuya lengua desconozca. Pidámosle a Dios que nos dé esta facilidad de aprender las lenguas, puesto que él ha querido llamarnos para las mismas funciones que encomendó a sus apóstoles.

116 [193,XII, 67-70]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN
DEL 11 DE NOVIEMBRE DE 1658

Noticias de los misioneros de Polonia. Peligros que corre en Argel el hermano Barreau. Hay que rezar por Santos Bourdaise. Gran acto de caridad de san Martín.

Encomiendo a nuestros enfermos a las oraciones de la compañía; también les encomiendo a esos padres ¹ que han hecho el trayecto por mar con mucho peligro. Unos se han embarcado en un barco grande y fuerte, y han estado más seguros; pero los otros tomaron un barco pequeño y han pasado muchos peligros, por culpa de los piratas turcos que andan por aquellos mares, desde Marsella a Génova y Roma.

También les encomiendo a nuestros buenos padres Desdames y Duperroy. Ayer o anteayer recibí carta suya. Me dicen que todavía hay peste en Varsovia y que en su parroquia de Santa Cruz mueren todas las semanas unas veinte personas. Me escriben de forma que diríais que ellos están por encima de esos peligros, sin que en sus cartas manifiesten en lo más mínimo que tienen miedo.

Encomiendo igualmente a vuestras oraciones a uno de nuestros hermanos que se encuentra en un gran peligro por culpa de un accidente que acaba de suceder: se trata de nuestro buen hermano Barreau, que está en Argel. He aquí lo que ha pasado.

Conferencia 116. — Manuscrit des répétitions d'oraison, f^o 84.

¹ *Al margen:* Habla aquí del padre Berthe y de otros misioneros que habían ido con él a Génova y a Roma.

A cincuenta leguas de Argel, entre Túnez y Argel, Casi a medio camino entre ambas ciudades, hay una fortaleza ocupada por los franceses, donde había un gobernador con guarnición y todo; así se lo concedió al rey de Francia el Gran Señor en el tratado que firmaron, aunque con la obligación de pagar todos los años cierta retribución a la ciudad de Argel. Esa fortaleza la había obtenido el rey de Francia a fin de favorecer el comercio de los cristianos con los árabes y demás gentes de aquellos países. Hace ya varios años que no se paga este tributo. Los de Argel, al ver esto, han enviado allá cuatro emisarios con cerca de cincuenta moros. El gobernador, al ver a aquella gente que iban a exigirle dinero, no se preocupa mucho por eso. Los emisarios le amenazan y le dicen que, si no paga, vendrá un ejército, que no está lejos, y que se lo harán pagar a la fuerza. El gobernador, al oír esto, pone en armas a su guarnición, coge presos a los emisarios y a los cuarenta o cincuenta moros y demás hombres que hay con ellos, los ata, los pone en un barco, hace cargar todos los muebles que puede y que había en la fortaleza y los mete en otro barco. Hecho esto, sale de la fortaleza, le prende fuego y se marcha a Italia.

Pues bien, imaginaos, hermanos míos, en qué peligro se encuentra ahora nuestro hermano el cónsul de Argel y tantos otros pobres cristianos esclavos franceses, cuyo número se acerca a los diez mil en dicha ciudad de Argel y sus alrededores. ¡C)h Salvador mío! ¿qué pasará con esa pobre gente? ¿Qué harán? ¿Y qué hará nuestro pobre hermano, ese hombre que ha abandonado su país, su patria, sus padres, el lugar de su nacimiento, donde podría vivir tranquilamente? Sin embargo, lo ha dejado todo por Dios, para servir a Dios, para ayudar al prójimo., esto es, a los pobres esclavos.

Recemos también por el padre Bourdaise, hermanos míos, por el padre Bourdaise que se encuentra tan lejos y tan solo y que, como ya sabéis, ha engendrado para Jesucristo ², con tanto esfuerzo y fatiga, a un gran número de aquellas pobres gentes del país en que se encuentra. Padre Bourdaise, ¿sigue usted todavía vivo o no? Si está usted vivo, ¡que quiera Dios conservarle la vida! ¡Si está ya en el cielo, rece por nosotros!

2 1 Cor 4,15.

Hermanos míos, ¡qué dicha para a la compañía tener tan buenos sujetos, como son todos esos siervos de Dios que acabo de mencionar! Así es, hermanos míos, ésa es la situación en que todos nosotros tenemos que estar, esto es, dispuestos y preparados para dejarlo todo para servir a Dios y al prójimo, y al prójimo, fijaos bien, al prójimo por amor a Dios.

Acordaos de san Martín; nos acaban de decir lo que hizo. Aquel gran santo, aunque catecúmeno, al ver a un pobre que le pedía limosna, tomó su espada y cortó la mitad de su capa para dársela; una acción caritativa que agradó tanto a nuestro Señor que se le apareció él mismo aquella noche, cubierto con la mitad de la capa. Y la Iglesia ha estimado y apreciado tanto este acto caritativo de san Martín, que nos lo representa, no ya como obispo o arzobispo, a pesar de que es ésta una dignidad tan elevada, sino montado a caballo, vestido de soldado y cortando la mitad de su capa.

Luego el padre Vicente se levantó y acabó así este pequeño discurso.

117 [194,XII, 70-72]

REPETICIÓN DE LA ORACIÓN
DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1658

Repreñión a un sacerdote que se había negado a repetir su oración. Otras reprimendas. Severa penitencia.

El padre Vicente invitó a un sacerdote ya antiguo en la compañía, esto es, que ya llevaba en ella doce o trece años, para que repitiera su oración; aquel sacerdote se excusó y el padre Vicente le dijo que le amonestaba de que no era aquella la primera vez que se excusaba y se negaba a repetir la oración, y que esto era ordinario en él; que era muy extraño que se quisiera declarar exento y excusarse de hacer una cosa que era de tanta edificación y de la que todos sacaban mucho fruto

Conferencia 117. — Manuscrit des répétitions d'oraison f^o 85.

para la virtud como son las repeticiones de la oración; que todos los demás la hacen bien. Ya ve usted cómo la hacen también todos nuestros pobres hermanos coadjutores, excepto algunos pocos, refiriendo con toda sencillez lo que Dios le ha dado a cada uno, a unos más y a otros menos, y según las luces que les ha comunicado su divina Majestad. Los estudiantes lo hacen y los seminaristas también. Si a veces alguno se excusa de no haber hecho nada en la oración, ¡bien!, otra vez Dios le inspirará algo para que lo diga cuando le manden hacer la repetición. Pero usted, padre, se excusa siempre que se le pide cuenta de la oración.

Y como aquel sacerdote se quedó de pie, sin arrodillarse, le dijo estas palabras: «Padre, ¿está usted dispuesto a recibir la amonestación que le voy a hacer?». Y entonces se puso de rodillas.

El padre Vicente le amonestó también a ese sacerdote de que, el viernes anterior, se había ausentado de la conferencia de la tarde, a pesar de que le habían dicho que fuese, llamando a esto una desobediencia formal.

Y como aquel sacerdote, al verse amonestado públicamente, le indicase que él había entendido que le había dispensado de acudir aquella tarde, el padre Vicente le replicó que no, que eso no era verdad, sino que por el contrario le había dicho: «Vamos, padre, vamos», y que, cuando el hermano encargado de hacer la visita durante la conferencia le indicó que se había quedado en la habitación, en vez de ir a la conferencia, se había quedado muy sorprendido de ello. Le dijo también a aquel sacerdote, que había querido excusarse:

Padre, no se debe hablar ni excusarse uno, cuando le amonestan de una cosa; no hay que decir ni una palabra, sino humillarse, recibir la penitencia que se le impone a uno y cumplirla.

Otra cosa de la que le amonestó fue de que se quedaba en la cama con frecuencia, con el pretexto de alguna molestia, y que faltaba muchas veces a la oración.

También le amonestó de que, estando con otros dos en el patio realizó cierto acto de muy poca educación para un sacer-

dote y que, si lo hubieran visto algunos de fuera, habrían tenido motivos para quedar muy poco edificadas; que no mencionaría a los otros dos que estaban con él.

Le dijo además que, por ser ya antiguo en la casa, debería servir de ejemplo a los demás; que antes lo había visto tan devoto, incluso desde niño; en Le Mans, adonde había sido enviado, lo había hecho muy bien, y también aquí, pero que desde hace unos dos años se le notaba bastante relajado y se había dejado llevar por la pereza.

Quizás sea duro, dijo el padre Vicente, ver que, siendo usted sacerdote, le amoneste de estas faltas y de esta manera. Pero es menester que se haga esta amonestación. Cuando nuestro Señor amonestaba a sus apóstoles, a pesar de ser apóstoles, ¿cómo los amonestaba? ¿qué palabras usaba?: «Vete, Satanás, apártate de mí»¹. Así es como nuestro Señor lo amonestó. Esas son las palabras que utilizó. Y lo amonestó de una cosa que, al parecer, no era muy importante, ya que, al hablar nuestro Señor de su pasión y de lo que tendría que padecer, san Pedro creyó que era su obligación desviar esos discursos que nuestro Señor les dirigía; sin embargo nuestro Señor quiso corregirlo y se sirvió de la palabra *Satanás* para llamarle de ese modo.

Las amonestaciones señaladas por el derecho civil y canónico no se hacen ni se establecen más que para edificación de los cristianos y para que nadie caiga tan fácilmente en las culpas o, si ha caído, se levante enseguida; y para que los demás, al ver estas amonestaciones, pongan cuidado en no caer y, si han caído, se corrijan y le pidan perdón a Dios.

Y para que todos sepan en la compañía que tienen que estar dispuestos a dar cuenta de su oración, cuando se les mande hacerlo, y que nadie debe excusarse, usted padre, por haber faltado varias veces a esta norma y para que en el futuro se acuerde de que no debe faltar a ella, hoy y mañana se abstendrá de celebrar misa. Esa es la penitencia que le impuso.

1 Mc 8,33.

SOBRE LA FINALIDAD
E LA CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN

(Reglas comunes, cap. 1, art. 1)

La santificación personal, la instrucción de los pobres, la formación del clero. Enumeración de otras obras que entran secundariamente en la finalidad de la Misión. Dirección de las hijas de la caridad, apostolado en los hospitales, et-cétera... Refutación de las objeciones.

Hermanos míos, vamos a hablar esta tarde de la forma acostumbrada, que es en plan de conferencia, en la que cada uno dirá lo que piensa sobre el tema que se propone. Hemos creído que era conveniente hablar de la explicación de las reglas de la compañía; y como yo soy un miserable que no las observo como es debido, tengo miedo de no comprender bien toda la importancia de esta observancia, y por consiguiente de no poder decir nada que sea para la gloria de Dios y que explique el espíritu de la regla para darla a conocer. Sin embargo, vamos a hacer un intento para ver si habrá que continuar, yo mismo o algún otro, y de la forma con que lo vamos a empezar.

Vamos a leer primero las reglas para hablar luego de ellas.

Mandó acercar la lámpara y abrió el libro.

Esta es la primera regla, dijo, por la que la razón quiere que empecemos; la voy a leer en francés, por nuestros hermanos que no saben latín.

«La sagrada escritura nos enseña que nuestro señor Jesucristo, habiendo sido enviado al mundo para salvar al género humano, empezó primero a obrar y luego a enseñar. Llevó a cabo lo primero, practicando perfectamente toda clase de vir-

Conferencia 118. — Manuscrit des Conférences. L. ABELLY, o.c., l. II, cap. 5, p. 295 s., reproduce, con notables variantes, una parte de esta conferencia.

tudes, y lo segundo evangelizando a los pobres y dando a sus apóstoles y discípulos la ciencia necesaria para dirigir a los pueblos. Y puesto que la humilde congregación de la Misión desea imitar, mediante la divina gracia al mismo Jesucristo, nuestro Señor, *según sus posibilidades, tanto en lo que se refiere a sus virtudes como a sus ocupaciones por la salvación de las almas, e., conveniente que se sirva de medios semejantes para cumplir dignamente este piadoso intento. Por eso, su finalidad consiste: 1.º en trabajar en su propia perfección, haciendo todo lo posible por practicar las virtudes que este soberano Maestro se ha dignado enseñarnos de palabra y de obra; 2.º en predicar el evangelio a los pobres, especialmente a los del campo; 3.º en ayudar a los eclesiásticos a adquirir la ciencia y las virtudes necesarias a su estado».*

Estas son, hermanos míos, las primeras palabras de nuestras reglas, que nos hacen ver el plan de Dios sobre la compañía y cómo, desde toda la eternidad, tuvo la idea del espíritu y de los servicios de la misma compañía. Pues bien, la regla que se contiene en estas palabras que acabamos de escuchar, si es que se la puede llamar regla, dice al final de este artículo que nuestra pequeña congregación tiene que utilizar los mismos medios que nuestro Señor practicó para responder a su vocación, que son: 1.º trabajar en su propia perfección; 2.º evangelizar a los pobres, especialmente a los del campo; y, en tercer lugar servir a los eclesiásticos. Esta es la regla; y en esto se ha hecho como en los concilios en los que, antes de determinar el canon, los cardenales y los prelados enseñan la doctrina y ponen de relieve, no sólo la materia con la que van a componer dicho canon, sino también la razón que tienen para hacerlo. La parte primera de nuestra regla dice que nuestro Señor, al venir a este mundo para salvar a los hombres, empezó por obrar y luego se puso a enseñar. Lo primero lo hizo practicando todas las virtudes; todas las acciones que llevó a cabo eran otras tantas virtudes dignas de un Dios que se había hecho hombre para ser el ejemplo de los demás hombres; y practicó lo segundo instruyendo al pobre pueblo en las verdades divinas y dándoles a los apóstoles la ciencia necesaria para la salvación del mundo, para dirigir a los pueblos y hacerlos felices.

El propósito de la compañía es imitar a nuestro Señor, en la medida en que pueden hacerlo unas personas pobres y ruines. ¿Qué quiere decir esto? Que se ha propuesto conformarse con él en su comportamiento, en sus acciones, en sus tareas y en sus fines. ¿Cómo puede una persona representar a otra, si no tiene los mismos rasgos, las mismas líneas, proporciones, modales y forma de mirar? Es imposible. Por tanto, si nos hemos propuesto hacernos semejantes a este divino modelo y sentimos en nuestros corazones este deseo y esta santa afición, es menester procurar conformar nuestros pensamientos, nuestras obras y nuestras intenciones a las suyas. El no es solamente el *Deus virtutum*¹, sino que ha venido a practicar todas las virtudes; y como sus acciones y no acciones eran otras tantas virtudes, nosotros hemos de conformarnos con ellas procurando ser hombres de virtud, no sólo en nuestro interior, sino obrando externamente por virtud, de modo que todo lo que hagamos y no hagamos se acomode a este principio. Así es como hay que entender las palabras primeras de nuestra regla.

Ha sido conveniente, hermanos míos, empezar estas reglas diciendo la finalidad a la que tiende la compañía, en qué y cómo podrá servir a Dios; así es como lo han hecho también san Agustín, san Benito y todos los que han fundado alguna compañía: dicen de antemano qué es lo que tienen que hacer y empiezan por la definición del instituto. Por eso ha sido oportuno que nosotros pusiéramos al comienzo de nuestras reglas la meta o el blanco al que apuntamos. Si nos preguntasen: «¿Por qué está usted en la Misión?», habría que reconocer que es Dios el que la ha hecho, para que trabajáramos en ella: primero, en nuestra perfección; segundo, en la salvación de los pobres; y tercero, en el servicio a los sacerdotes; y decir: «Estoy aquí para eso». Padres y hermanos míos, ¿qué os parece esta finalidad? ¿Podía nuestro Señor darnos una vocación más santa y santificante, más conforme con su bondad infinita y más adecuada a su providencia en la preocupación que él tiene por llevar a los hombres a su salvación? Nuestra finalidad, por consiguiente, es la de trabajar en nuestra perfección,

1 Sal 79,5.

evangelizar a los pobres y enseñar la ciencia y las virtudes propias a los eclesiásticos.

En cuanto a lo primero, estamos todos invitados a ello por el evangelio, donde los sacerdotes y todos los cristianos tienen una regla de perfección, no ya de una perfección cualquiera, sino de una semejante a la del Padre eterno. ¡Qué mandato tan maravilloso el del Hijo de Dios! «Sed perfectos, nos dice ², como vuestro Padre celestial es perfecto». Esto apunta muy alto. ¿Quién podrá llegar hasta allá? ¡Ser perfectos como el Padre eterno! Sin embargo, ésa es la medida. Pero, como no todos los cristianos se esfuerzan en ello, Dios, por cierta providencia que los hombres deben admirar, al ver esta negligencia de la mayoría, suscita a algunos para que se entreguen a su divina Majestad y procuren, con su gracia, perfeccionarse ellos mismos y perfeccionar a los demás. ¿Para qué es esta perfección? Para hacernos agradables a los ojos de Dios, para tener la gracia justificante y para tenerla constantemente. Esa gracia es la que hace que nuestras palabras, nuestros pensamientos y nuestras obras sean agradables a Dios; incluso lo que dejemos de hacer, le es también agradable. ¡Qué felicidad! ¡Oh! ¡Qué felicidad la de un misionero que pone todo su empeño en hacerse agradable a Dios, en procurar quitar de sí todos los obstáculos para adquirir lo que le falta! Ese esfuerzo nos hace agradables a Dios. Pues bien, padres, esto supone que trabajar por la adquisición de las virtudes es trabajar por hacerse agradable a Dios. Por eso hay que esforzarse en ello continuamente, recibir gracia para ello; hay que caminar siempre hacia adelante, *plus ultra!* Y si por la mañana estamos a seis grados, que a mediodía estemos a siete, haciendo que nuestras acciones sean tan perfectas como es posible. ¿Qué es lo que hace un sacerdote o un hermano que, por la mañana, se eleva a Dios para ofrecerle todo lo que hará durante la jornada, unido a las acciones e intenciones de nuestro Señor, renunciando a la vanidad, a la complacencia y a todo propio interés? Hace un acto de perfección que lo hace más agradable a Dios que la tarde anterior. ¿Qué es lo que hace aquel que, durante la oración, observa sus malas inclinaciones, busca los

2 Mt 5,48.

medios para combatir las, se mueve al arrepentimiento de sus pecados, se aficiona a las humillaciones, al sufrimiento y al celo? Hace un acto de perfección, que lo hace más agradable a Dios que lo que fue ayer. Si esto es así, hermanos míos, nos hacemos tanto más agradables a Dios cuanto más perfectamente practicamos las virtudes. A eso es a lo que nos lleva nuestra regla. Démosle gracias a Dios por esta suerte tan dichosa. ¡Oh, Salvador! ¡Oh, hermanos míos! ¡cuán felices somos al encontrarnos en el camino de la perfección! Salvador, danos la gracia de caminar directamente y sin descanso hacia ella.

En una palabra, ¿dónde está nuestra perfección? Está en hacer bien todas nuestras acciones: 1.º como hombres racionales, tratando bien con el prójimo y siendo justos con él; 2. como cristianos, practicando las virtudes de que nos ha dado ejemplo nuestro Señor; y finalmente, como misioneros, realizando bien las obras que él hizo y con su mismo espíritu, en la medida que lo permita nuestra debilidad, que tan bien conoce Dios. A eso es a lo que hay que tender. Según esto, hermanos míos, un misionero que sólo pensase en la ciencia, en predicar bien, en decir maravillas en una provincia, en mover a todo un pueblo a la compunción y a todos los demás bienes que se llevan a cabo en las misiones, o mejor dicho, por la gracia de Dios: ese hombre, que descuida su oración y los demás ejercicios de su regla, ¿es misionero? No, falta a lo principal, que es su propia perfección. Es muy justo que las personas llamadas a un estado de la importancia que es el de servir a Dios de la manera con que nosotros lo hacemos, y que han recibido de su bondad la gracia de responder a esta llamada, se hagan agradables a sus ojos y hagan una especial profesión de complacerle. ¿No tiene que agradar la mujer a su esposo, de forma que no haya en ella nada que le pueda desagradar?

Además, nosotros somos los mediadores para reconciliar a los hombres con Dios. Pues bien, para conseguirlo, lo primero que hemos de hacer es procurar dar gusto a Dios, lo mismo que, cuando se quiere tratar un negocio con un grande, con un príncipe o con el rey, se escoge a una persona que le sea agradable, que pueda ser escuchada y que no tenga en ella nada que pueda ser un obstáculo para la gracia que se solicita.

Así pues, hermanos míos, conviene que trabajemos incesantemente por la perfección y por hacer bien nuestras acciones, para que sean agradables a Dios y de esta forma podamos ser dignos de ayudar a los demás. Según esto, el superior en una misión que descuida las prácticas espirituales y el buen orden, que deja que todo vaya según la fantasía de cada uno y no se ocupa ante todo de su perfección, falta al primer punto de su regla, que quiere que se perfeccione él mismo. Esta es una de las resoluciones que hemos de tomar: entregarnos a Dios para cumplir nuestra principal obligación, que es hacer bien nuestras acciones ordinarias en las circunstancias que puedan hacerlas agradables a Dios; ahí es donde está nuestra perfección. De lo contrario, *quid prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?* ³ ¿De qué nos servirá haber hecho maravillas por los demás, si hemos dejado abandonada nuestra alma? Nuestro Señor se retiraba a hacer oración, separándose del pueblo, y quería que los apóstoles se retirasen aparte, lo mismo que él ⁴, después de haber hecho las cosas de fuera, para no omitir sus ejercicios espirituales; y su perfección estuvo en hacer bien los unos y los otros.

Lo segundo que la regla indica que hemos de hacer, es instruir a los pueblos del campo; hemos sido llamados a eso. Sí, nuestro Señor pide de nosotros que evangelicemos a los pobres: es lo que él hizo y lo que quiere seguir haciendo por medio de nosotros. Tenemos muchos motivos para humillarnos en este punto, al ver que el Padre eterno nos destina a lo mismo que destinó a su Hijo, que vino a evangelizar a los pobres ⁵ y que indicó esto como señal de que era el Hijo de Dios y de que había venido el Mesías que el pueblo esperaba ⁶, Tenemos, pues, contraída una grave obligación con su bondad infinita, por habernos asociado a él en esta tarea divina y por habernos escogido entre tantos y tantos otros, más dignos de este honor y más capaces de responder a él que nosotros.

3 Mt 16,26

4 Mc 6,31.

5 Lc 4,18.

6 Mt 16,26

Pero, padre, no somos nosotros los únicos que instruimos a los pobres; ¿no es eso lo que hacen los párrocos? ¿Qué otra cosa hacen los predicadores, tanto en las ciudades como en el campo? ¿Qué es lo que hacen en adviento y cuaresma? Predican a los pobres y predicán mejor que nosotros.

Es verdad, pero no hay en la Iglesia de Dios una compañía que tenga como lote propio a los pobres y que se entregue por completo a los pobres para no predicar nunca en las grandes ciudades; y de esto es de lo que hacen profesión los misioneros; lo especial suyo es dedicarse, como Jesucristo, a los pobres. Por tanto, nuestra vocación es una continuación de la suya o, al menos, puede relacionarse con ella en sus circunstancias. ¡Qué felicidad, hermanos míos! ¡Y también cuánta obligación de aficionarnos a ella!

Por tanto, un gran motivo que tenemos es la grandeza de la cosa: dar a conocer a Dios a los pobres, anunciarles a Jesucristo, decirles que está cerca el reino de los cielos y que ese reino es para los pobres ⁷. ¡Qué grande es esto! Y el que hayamos sido llamados para ser compañeros y para participar en los planes del Hijo de Dios, es algo que supera nuestro entendimiento. ¡Qué! ¡Hacernos..., no me atrevo a decirlo... sí: evangelizar a los pobres es un oficio tan alto que es, por excelencia, el oficio del Hijo de Dios! Y a nosotros se nos dedica a ello como instrumentos por los que el Hijo de Dios sigue haciendo desde el cielo lo que hizo en la tierra. ¡Qué gran motivo para alabar a Dios, hermanos míos, y agradecerle incesantemente esta gracia!

Otro motivo que tenemos para dedicarnos a ello por completo, es la necesidad. Ya sabéis muy bien cuánta es, conocéis la ignorancia del pobre pueblo, una ignorancia casi increíble, y ya sabéis que no hay salvación para las personas que ignoran las verdades cristianas necesarias, pues según el parecer de san Agustín, de santo Tomás y de otros autores, una persona que no sabe lo que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ni la Encarnación ni los demás misterios, no puede salvarse. Efectivamente, ¿cómo puede creer, esperar y amar un alma que no conoce a Dios ni sabe lo que Dios ha hecho por

7 Mc 3,2

su amor? ¿Y cómo podrá salvarse sin fe, sin esperanza y sin amor? Pues bien, Dios, viendo esta necesidad y las calamidades que, por culpa de los tiempos, ocurren por negligencia de los pastores y por el nacimiento de las herejías, que han causado un grave daño a la Iglesia, ha querido, por su gran misericordia, poner remedio a esto por medio de los misioneros, enviándolos para poner a esas pobres gentes en disposición de salvarse.

Hay otros autores que encuentran esta opinión demasiado dura, aunque esté basada en aquellas palabras de nuestro Señor: *Haec est vita aeterna, ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesum Christum*⁸ la vida eterna consiste en que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo; de aquí se puede deducir que los que no conozcan la unidad de Dios, ni la Trinidad, ni a Jesucristo, no tendrán la vida eterna.

Pues bien, dicen algunos que es imposible salvarse sin este conocimiento, mientras que otros dicen lo contrario. En esta duda, ¿no vale más seguir la opinión más segura? *In dubiis tutior pars est tenenda*. Además, ¿hay algo más digno en el mundo que instruir a los ignorantes en estas verdades, como necesarias para la salvación? ¿No os parece que ha sido una bondad de Dios poner remedio a esta necesidad? ¡Oh Salvador! ¡Señor mío y Dios mío! Tú has suscitado una compañía para esto; la has enviado a los pobres y quieres que ella te dé a conocer a ellos como único Dios verdadero, y a Jesucristo como enviado tuyo al mundo, para que, por este medio, alcancen la vida eterna. Esto tiene que hacer nos preferir esta tarea a todas las ocupaciones y cargos de la tierra y que nos consideremos los más felices del mundo. ¡Dios mío! ¡Quién pudiera comprenderlo!

Además hay otro motivo para asistir a los pueblos: es en relación con los que no hacen buenas confesiones y que se callan adrede algunos pecados mortales; porque esas gentes no reciben la absolución y, al morir en ese estado, se condenan para siempre. ¡Y cuántos encontramos que se callan por vergüenza!

8 Jn 17,3.

No dejan de ir a confesarse y a comulgar; pero de esas buenas acciones ellos hacen otros tantos sacrilegios.

Conozco a uno que tenía un pecado horrible, del que nunca había tenido la fuerza de confesarse. Sucedió que, durante una enfermedad en la que estaba a punto de morir, se confesó con su párroco sin decirle ese pecado tan grave, a pesar de que sabía que, al no decirlo, cometía un sacrilegio y se condenaría si moría de esa manera; sin embargo, no quiso decirlo. Habiendo recuperado la salud, se celebró una misión cerca del sitio donde estaba y vino a confesarse y nos dijo todo lo que acabo de decirlos.

Si esto es así, fijaos cuántos motivos tenemos para alabar a Dios por habernos enviado como un remedio para esta desdicha y cómo tienen que inflamarse nuestros corazones en el amor al trabajo en la asistencia al pobre pueblo, entregándonos conscientemente a esta tarea, ya que su necesidad es extrema y Dios lo está esperando de nosotros.

Así pues, actúan en contra de la regla los que no quieren ir a una misión o los que, por haber tenido que sufrir algo en ella, no quieren volver, o que, por gustarles más el trabajo en los seminarios eclesiásticos, no quieren salir de allí, o que sintiendo gusto en otra ocupación no quieren dejarla para ir a misionar, a pesar de ser un trabajo tan necesario. Ciertamente, es cosa digna de un misionero tener y conservar este deseo de ir de misiones, de fomentar este empeño de asistir al pobre pueblo de la forma con que le asistiría nuestro Señor, si estuviese todavía en la tierra, y finalmente de dirigir su intención para vivir y morir en este santo ejercicio. Esto es lo que hay que hacer; no tienen por qué asustarnos las dificultades; es una obra de Dios, que merece que superemos todas las repugnancias y resistamos a las tentaciones. Es lo que les pasa a todos los que quieren seguir a nuestro Señor; ¿no estuvo también nuestro Señor sujeto a ellas? ⁹. El las superó y seguramente nos concederá a nosotros esa gracia, si queremos combatir lo mismo que él. Una cosa que nos ayudará mucho en esto es que seamos indiferentes ante las tareas.

9 Heb 4,15.

El tercer fin de nuestro humilde instituto es instruir a los eclesiásticos, no solamente en las ciencias, para que las sepan, sino en las virtudes para que las practiquen. ¿De qué sirve enseñarles las unas sin las otras? Nada o casi nada. Necesitan capacidad y una buena vida; sin ésta, aquella es inútil y peligrosa. Tenemos que llevarlos igualmente a las dos; eso es lo que Dios pide de nosotros. Al principio, no pensábamos ni mucho menos en servir a los eclesiásticos; sólo pensábamos en nosotros y en los pobres. ¿Cómo empezó el Hijo de Dios? Se ocultaba, parecía que pensaba sólo en sí mismo, oraba a Dios y sólo hacía acciones particulares; no aparentaba nada más, hasta que empezó a anunciar el evangelio de los pobres; luego, con el tiempo, eligió a los apóstoles, se esforzó en instruirlos, amonestarlos y formarlos ¹⁰, y finalmente los animó de su espíritu, no sólo para ellos, sino para todos los pueblos de la tierra; les enseñó además todas las máximas para hacer sacerdotes, para administrar los sacramentos y cumplir con su ministerio. Sería demasiado largo entrar en detalles. Del mismo modo, al comienzo, la compañía sólo se ocupaba de sí misma y de los pobres; durante ciertas estaciones, se retiraba a sus casas particulares; durante otras, iba a enseñar a los pobres del campo. Dios permitió que en nosotros sólo se viera esto ¹¹; pero, cuando llegó la plenitud de los tiempos ¹², nos llamó para que contribuyéramos a formar buenos sacerdotes, a dar buenos pastores a las parroquias y a enseñarles lo que tienen que saber y practicar. ¡Qué tarea tan importante! ¡qué sublime! ¡cuán por encima de nosotros! ¿Quién había pensado jamás en los ejercicios de los ordenandos y en los seminarios? Nunca se nos hubiera ocurrido esta empresa si Dios no nos hubiera demostrado que era su voluntad emplearnos en ella. Dios es, por tanto, el que ha llevado a la compañía a estos oficios sin elección por nuestra parte, pidiendo de nosotros esta dedicación, que ha de ser una dedicación seria, humilde, devota, constante y en correspondencia con la excelencia de la obra.

Esto es, poco más o menos, lo que yo tenía que decirles en la explicación de esta regla. Veamos ahora las dificultades

10 Mc 3,13-15.

11 Del 17 de abril de 1625 al mes de septiembre de 1628.

12 Gál 4,4

con que nos podemos tropezar. En primer lugar, se le hubiera podido preguntar al Hijo de Dios: «¿Para qué has venido? Para evangelizar a los pobres. Eso es lo que el Padre te ordenó; entonces, ¿para qué haces sacerdotes? ¿por qué les das el poder de consagrar, el de atar y desatar, etcétera?»¹³ Puede decirse que venir a evangelizar a los pobres no se entiende solamente enseñar los misterios necesarios para la salvación, sino hacer todas las cosas predichas y figuradas por los profetas, hacer efectivo el evangelio. Ya sabéis que antiguamente Dios rechazó a los sacerdotes manchados¹⁴, que habían profanado las cosas santas; sintió horror de sus sacrificios¹⁵ y dijo que suscitaría otros que, desde el levante hasta el poniente y desde el mediodía hasta el septentrión, harían resonar sus voces y sus palabras: *In omnem terram exivit sonus eorum*¹⁶, ¿Por medio de quién cumplió estas promesas? Por su Hijo, nuestro señor, que ordenó sacerdotes, los instruyó y los formó y les dio poder para ordenar a otros: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*¹⁷. Y esto para hacer, por medio de ellos, lo que él mismo había hecho durante su vida, para salvar a todas las naciones por medio de las instrucciones y de la administración de los sacramentos.

Podría decirse en la compañía: «Padre, yo estoy en el mundo para evangelizar a los pobres, y quiere usted que trabaje en los seminarios; quiero dedicarme a lo que he venido a hacer, que son las misiones en el campo, y no encerrarme en una ciudad para servir a los eclesiásticos». Sería un engaño, y un gran engaño, no querer dedicarse a hacer buenos sacerdotes, tanto más cuanto que no hay nada mayor que un sacerdote, a quien él le da todo poder sobre su cuerpo natural y su cuerpo místico, el poder de perdonar los pecados, etcétera. ¡Dios mío! ¡Qué poder! ¡Qué dignidad! Esta consideración nos obliga, por consiguiente, a servir a ese estado tan santo y tan elevado.

13 Mt 18,18.

14 Mt 22,26.

15 Is 1,13.

16 Sal 18,5; Mal 1,11.

17 Jn 20,21

He aquí otra consideración: la necesidad que tiene la Iglesia de buenos sacerdotes, que reparen tarta ignorancia y tantos vicios de los que está cubierta la tierra, y que libren a la pobre Iglesia de este lamentable estado, por el que las almas buenas deberían llorar lágrimas de sangre.

Puede ser que todos los desórdenes que vemos en el mundo tengan que atribuírseles a los sacerdotes. Esto podrá escandalizar a algunos, pero el tema requiere que indique, por la grandeza del mal, la importancia del remedio. Se han tenido varias conferencias sobre esta cuestión, que ya se ha tratado a fondo, para descubrir las fuentes de tanta desgracia; pero el resultado ha sido que la Iglesia no tiene peores enemigos que los sacerdotes. De ellos es de donde han nacido las herejías: testigos son esos dos heresiarcas Lutero y Calvino, que eran sacerdotes; por los sacerdotes es como se han impuesto los herejes, reinan los vicios y la ignorancia ha establecido su trono entre el pobre pueblo; y esto por culpa de sus propios desórdenes y por no haberse opuesto con todas sus fuerzas, como tenían obligación, a esos tres torrentes que han inundado la tierra.

¡Qué sacrificio hacéis a Dios, hermanos míos, trabajando en su reforma, de manera que vivan según la alteza y la dignidad de su condición y pueda la Iglesia levantarse, por este medio, del oprobio y de la desolación en que se encuentra!

Padre, pase que hagamos esto; más, ¿por qué hemos de atender a las hijas de la caridad? — ¿No ha venido el Hijo de Dios a evangelizar a los pobres, a hacer sacerdotes, etcétera? Sí. ¿No quiso que fueran en su compañía algunas mujeres? ¹⁸ Sí. ¿No las ha dirigido a la perfección y al servicio de los pobres? Sí. Pues si nuestro Señor, que hizo todas las cosas. para nuestra instrucción, así lo quiso, ¿creéis que no haremos bien en seguirle? ¿Es acaso contrario a su proceder cuidarse de esas mujeres para la asistencia de los pobres enfermos? ¿No tuvieron también los apóstoles mujeres a su cuidado? Ya sabéis que desde entonces hubo diaconisas, que hicieron maravillas en la Iglesia de Dios, que tenían por oficio colocar en su sitio a las mujeres y enseñarles las ceremonias en las asam-

18 Lc 8,1-3.

bleas, y de esta manera Dios se veía igualmente servido por el uno y por el otro sexo; ¿y creeremos nosotros que no es asunto de la Misión hacer que nuestro Señor sea servido y honrado por los dos? ¿No somos imitadores de ese divino Maestro, que parece que no venía a este mundo más que por los pobres y que, sin embargo, dirigió a un grupo de mujeres? Ved, hermanos míos, qué gran bendición de Dios es que nos encontremos en el mismo estado en que se encontró el Hijo del Padre eterno, dirigiendo como él a unas mujeres que sirven a Dios y al público de la mejor manera que esas pobres mujeres son capaces de hacer.

Pero ¿para qué, me dirá alguno, encargarse de un hospital? Ahí están esos pobres del Nombre de Jesús que nos trastornan: hay que ir a decirles misa, a instruirles, a administrarles los sacramentos y a ocuparnos de todas sus cosas; ¿y por qué hemos de ir hasta la frontera a distribuirles limosnas, exponiéndonos a muchos peligros y apartándonos de nuestras funciones? — Padres, ¿es posible criticar estas buenas obras sin ser un impío? Si los sacerdotes se dedican al cuidado de los pobres, ¿no fue también éste el oficio de nuestro Señor y de muchos grandes santos, que no sólo recomendaron el cuidado de los pobres, sino que los consolaron, animaron y cuidaron ellos mismos? ¿No son los pobres los miembros afligidos de nuestro Señor? ¿No son hermanos nuestros? Y si los sacerdotes los abandonan, ¿quién queréis que les asista? De modo que, si hay algunos entre nosotros que crean que están en la Misión para evangelizar a los pobres y no para cuidarlos, para remediar sus necesidades espirituales y no las temporales, les diré que tenemos que asistirles y hacer que les asistan de todas las maneras, nosotros y los demás, si queremos oír esas agradables palabras del soberano Juez de vivos y de muertos: «Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado, porque tuve hambre y me disteis de comer; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me cuidasteis»¹⁹. Hacer esto es evangelizar de palabra y de obra; es lo más perfecto; y es lo que nuestro Señor practicó y tienen que practicar los que lo representan en la tierra, por su cargo y por su carác-

19 Mt 25,34-36.

ter, como son los sacerdotes. Y he oído decir que lo que ayudaba a los obispos a hacerse santos era la limosna.

Pero, padre, me dirá alguno, ¿está en nuestra regla que recibamos a los locos en San Lázaro y a esas almas tan rebeldes que parecen pequeños demonios? — Le diría a ése que nuestro Señor quiso verse rodeado de lunáticos, endemoniados, locos, tentados y posesos ²⁰; se los llevaban de todas partes para que los librase y los curase, y él procuraba poner remedio. ¿Por qué vamos a condenar esto entre nosotros, cuando intentamos imitar a nuestro Señor en una cosa, que él indicó que le agradaba tanto? Si recibió a los locos y a los endemoniados, ¿por qué no los vamos a recibir nosotros? No vamos a buscarlos, sino que nos los traen; ¿qué sabemos nosotros si su providencia, que así lo ordena, no quiere servirse de nosotros para remediar la enfermedad de esas pobres gentes! si él los amó tanto que quiso pasar también él por loco y parecer como si estuviera furioso y delirante, para santificar en su sagrada persona ese estado? *Et tenuerunt eum, dicentes quoniam in furorem versus est* ²¹, ¡Oh Salvador mío y Dios mío! ¡Concedenos la gracia de mirar estas cosas con los mismos ojos con que tú las miras!

¿Y por qué encargarnos de los niños expósitos? ¿Es que no tenemos ya bastantes quehaceres? — Hermanos míos, acordémonos de lo que dijo nuestro Señor a sus discípulos: «Dejad que los niños vengan a mí» ²²; guardémonos mucho de impedir que vengan a nosotros; si no, seríamos contrarios a él. ¿Qué amistad no demostró él por los niños, hasta tomarlos en brazos y bendecirlos con su mano? ¿No fueron ellos la ocasión para que nos diera una regla para nuestra salvación, mandándonos que nos hiciéramos semejantes a ellos, si queríamos entrar en el reino de los cielos? ²³ Cuidar de los niños es, en cierto modo, hacerse niño; y cuidar de los niños expósitos es ocupar el lugar de sus padres, o mejor aún, el de Dios, que dijo que, si la madre llegara a olvidarse de su hijo, él no lo

20 Mc 1,32-34.

21 Mc 3,21; Cita inexacta.

22 Mc 10,14.

23 Mt 18,3.

olvidaría ²⁴ Si nuestro Señor viviese aún entre los hombres y viese a los niños abandonados por su padre y por su madre, como estos, ¿creéis acaso, padres y hermanos míos, que los abandonaría? Detenerse a pensar en esto sería cometer una injuria contra su bondad infinita, y seríamos infieles a su gracia, que nos ha escogido para la dirección de ese asilo, si quisiéramos librarnos de las molestias que nos causa ²⁵

Os hablo de todas estas objeciones, hermanos míos, antes de que se presenten, porque pudiera ser que algún día se presentasen. Yo no puedo ya durar mucho; pronto tendré que irme; mi edad, mis achaques y las abominaciones de mi vida no permiten que Dios me siga tolerando por mucho tiempo en la tierra. Podría suceder que, después de mi muerte, algunos espíritus de contradicción y comodones dijese: «¿Para qué molestarse en cuidar de esos hospitales? ¿Cómo poder atender a esas personas arruinadas por la guerra y para qué ir a buscarlas en sus casas? ¿Por qué cargarse de tantos asuntos y de tantos pobres? ¿Por qué dirigir a las mujeres que atienden a los enfermos y por qué perder el tiempo con los locos?». Habrá algunos que criticarán esas obras, no lo dudéis; otros dirán que es demasiado ambicioso enviar misioneros a países lejanos, a las Indias, a Berbería. Pero, Dios y Señor mío, ¿no enviaste tú a santo Tomás a las Indias y a los demás apóstoles por toda la tierra? ¿No quisiste que se encargaran del cuidado y dirección de todos los pueblos en general y de muchas personas y familias en particular? No importa; nuestra vocación es: *Evangelizare pauperibus* ²⁶.

Deseamos dar misiones aquí; ya hay bastante que hacer, sin ir más lejos; deseo ocuparme en esto; ¡que no me hablen de los niños expósitos, ni de los ancianos del Nombre de Jesús ni de esos presos! — Algún día vendrán esos espíritus mal nacidos que se pondrán a criticar todos los bienes que Dios nos ha hecho abrazar y sostener con tan gran bendición; no lo dudéis. Advierto de ello a la compañía, para que mire siempre las cosas tal como son, como obras de Dios, que Dios nos ha

24 Is 49,15.

25 La cita que trae ABELLY en la p. 127 del libro III (cap. 11 sec. 2) parece ser una redacción distinta de este mismo pasaje.

26 Lc 4,18.

confiado, sin que nosotros nos hayamos metido en ninguna de ellas ni hayamos contribuido por nuestra parte en lo más mínimo a encargarnos de ellas. El nos las ha dado, o aquellos en quienes reside el poder, o la pura necesidad, que son los caminos por los que Dios nos ha comprometido en estos designios. Por eso todo el mundo piensa que esta compañía es de Dios, porque se ve que acude a las necesidades más apremiantes y más abandonadas.

A pesar de todo esto, no faltará quien vea mal estas cosas; os advierto de ello, hermanos míos, antes de abandonaros, con el mismo espíritu con que Moisés advertía a los hijos de Israel, según se dice en el Deuteronomio ²⁷, Yo me voy, no me veréis ²⁸; sé que algunos de vosotros se levantarán para seducir a los demás; harán lo que os prohíbo ²⁹ y dejarán de hacer lo que os recomiendo de parte de Dios. No os dejéis sorprender ³⁰, porque, si obráis como ellos, caerán sobre vosotros males que os destruirán; por el contrario, si observáis las obras del Señor sin recortarlas en nada, seréis bendecidos con toda clase de bendiciones. *Post discessionem meam*, decía san Pablo, *venient lupi rapaces* ³¹ Después que yo me vaya, vendrán lobos rapaces, y de entre vosotros surgirán falsos hermanos que os anunciarán cosas perversas y os enseñarán lo contrario de lo que os he dicho; pero no los escuchéis, son falsos profetas. Llegará incluso a haber, hermanos míos, esqueletos de misioneros que intentarán insinuar falsas máximas para arruinar, si pudieran, estos fundamentos de la compañía; a éstos es a los que hay que resistir.

No sé si sería demasiado decir lo que dijo san Benito antes de morir. Había entonces, en las casas que había fundado, algunos religiosos descontentos que decían: «¿Para qué esto y aquello?», murmurando de las normas y condenando algunas prácticas santamente establecidas; llegó esto al conocimiento del santo abad, que empezó a temer que se derrumbase todo des-

27 Dt 31,29.

28 Jn 16,16

29 Mt 24,11

30 Lc 21,8.

31 Hech 20,29.

pués de su muerte. ¿Qué es lo que hizo? Se trata de una orden en la que no hay superior general; cada casa es autónoma de las demás y no recibe visita ni corrección de ninguna otra; pues bien, san Benito conjuró a los obispos vecinos para que, cuando viesen algún desorden en ellas, pusieran remedio con reprimendas y mediante suspensión, para reprimir a los monjes rebeldes y díscolos; y pide incluso a los nobles de los alrededores que acudan contra ellos por la fuerza y las armas para mantenerlos en su deber. No quiero yo decir todo esto, sino únicamente que si alguno llegara a proponer más tarde en la compañía que se quitase esta práctica, se abandonase este hospital, se retirase a los que trabajan en Berbería, se quedasen aquí, no fuesen allá, se dejase esta tarea y no se acudiese a las necesidades de lejos, que dijeseis con energía a esos falsos hermanos: «Señores, dejadnos con las leyes de nuestros padres, en la situación en que estamos; Dios nos ha puesto aquí y quiere que permanezcamos aquí». Manteneos firmes.

Pero la compañía, dirán algunos, se encuentra trabada con esa ocupación. — ¡Ay! Si en su infancia ha sostenido este peso y ha llevado tantos otros, ¿por qué no va a poder llevarlos cuando sea más fuerte? «Dejadnos, habrá que decirles, dejadnos en la situación en que estaba nuestro Señor en la tierra; estamos haciendo lo que él hizo; no nos impidáis que le imitemos». Amonestadlos, hermanos míos, amonestadlos y no les escuchéis.

¿Y quiénes serán los que intenten disuadirnos de estos bienes que hemos comenzado? Serán espíritus libertinos, libertinos, libertinos, que sólo piensan en divertirse y, con tal que haya de comer, no se preocupan de nada más. ¿Quiénes más? Serán... Más vale que no lo diga. Serán gentes comodonas (y decía esto cruzando los brazos, imitando a los perezosos), personas que no viven más que en un pequeño círculo, que limitan su visión y sus proyectos a una pequeña circunferencia en la que se encierran como en un punto, sin querer salir de allí; y si les enseñan algo fuera de ella y se acercan para verla, enseguida se vuelven a su centro, lo mismo que los caracoles a su concha.

Nota que, al decir esto, hacía ciertos gestos con las manos y con la cabeza, con cierta inflexión de la voz un poco despreciativa, de manera que con esos movimientos expresaba mejor que con sus palabras lo que quería decir.

Y recogiéndose luego, se dijo a sí mismo:

¡Miserable de ti, que eres un viejo parecido a todos esos! Las cosas pequeñas te parecen grandes y las dificultades te encogen. Sí, padres; hasta el levantarme por la mañana me parece insoportable y las menores molestias me parecen insuperables. Serán espíritus raquíuticos, gentes como yo, las que quieran separar a la compañía de sus prácticas y ocupaciones. Entreguémonos a Dios, hermanos, para que nos conceda la gracia de mantenernos firmes. Tengamos firmeza, hermanos míos, tengamos firmeza, por amor de Dios; él será fiel a sus promesas y no nos abandonará jamás, mientras le estemos sometidos para el cumplimiento de sus designios. Mantengámonos firmes en el círculo de nuestra vocación; esforcémonos en tener vida interior, en concebir grandes y santos ideales por el servicio de Dios; hagamos el bien que se nos presente de la manera que hemos dicho. No digo que haya que llegar hasta lo infinito y abrazarlo todo indiferentemente, pero sí todo lo que Dios nos dé a conocer que pide de nosotros. Nosotros somos para él y no para nosotros ³²; si aumenta nuestro trabajo, él también aumentará nuestras fuerzas. ¡Oh Salvador! ¡Qué felicidad! ¡Oh Salvador! Si hubiera varios paraísos, ¿a quién se los darías sino a un misionero que se haya mantenido con reverencia en todas las obras que le has encomendado y que no ha rebajado las obligaciones de su estado? Esto es lo que esperamos, hermanos míos, y lo que le pediremos a su divina Majestad; y todos, en este momento, le daremos gracias infinitas por habernos llamado y escogido para unas funciones tan santas y santificadas por el mismo nuestro Señor, que fue el primero en practicarlas. ¡Oh! ¡Cuántas gracias tenemos motivos para esperar, si las practicamos con su mismo espíritu, por la gloria de su Padre y por la salvación de las almas! *Amén.*

32 1 Cor 3,23; 6,19.

SOBRE LOS MIEMBROS DE LA CONGREGACIÓN
DE LA MISION Y SUS OCUPACIONES

El padre Vicente explica el primer capítulo de las reglas comunes. La compañía está compuesta de eclesiásticos y de laicos. Funciones propias de cada uno y deberes recíprocos. Medios para llegar a este fin.

Hermanos míos, seguiremos esta tarde con el tema de nuestras reglas y terminaremos con el capítulo primero, que contiene tres artículos. El viernes pasado hablamos del primero, y esta tarde hablaremos del segundo y del tercero. Esto es lo que dicen:

«Esta congregación está compuesta de eclesiásticos y de laicos. La ocupación de los eclesiásticos consiste en ir por las aldeas y los pueblos pequeños, a imitación de nuestro Señor y de sus discípulos, partiendo el pan de la palabra de Dios a los pequeños, predicando y catequizando; exhortarles a que hagan confesión general de toda su vida pasada y escucharles en el tribunal de la penitencia; arreglar las diferencias y discordias; establecer la cofradía de la caridad; dirigir los seminarios erigidos en nuestras casas para los externos y enseñar en ellos; dar los ejercicios espirituales; tener y dirigir las conferencias introducidas entre nosotros para otros eclesiásticos de fuera; y otras funciones semejantes que sean de utilidad y estén conformes con nuestro instituto.

Y en cuanto a los laicos, su ocupación consiste en ayudar a los eclesiásticos en todos estos ministerios, haciendo el oficio de Marta, según se lo prescriba el superior, pero además contribuyendo a ello con sus oraciones, lágrimas, mortificaciones y buenos ejemplos.

Y para que esta congregación llegue, mediante la gracia de Dios, al fin que se ha propuesto, tiene que hacer todo lo posible por revestirse del espíritu de Jesucristo, tal como aparece principalmente en las máximas evangélicas, en su pobreza, su castidad, su obediencia, su caridad con los enfermos, su modestia, su manera de vivir y de obrar que luego prescribió a sus discípulos, su conversación, sus ejercicios diarios de piedad, sus misiones y sus otras ocupaciones para con los pueblos. Todas estas cosas están contenidas en los siguientes capítulos».

Sobre el primero de estos dos últimos artículos diremos quiénes son los que componen esta compañía y cuáles son sus ocupaciones para llegar al fin que se ha propuesto. Esta compañía ha sido suscitada por Dios en la tierra, en estos tiempos, para trabajar por su propia perfección, por la salvación de los pueblos del campo y por el progreso del estado eclesiástico en la ciencia y la virtud.

Y sobre el segundo punto, hablaremos del medio para practicar bien todo esto, que no es otro que *revestirnos del espíritu de Jesucristo*¹, tal como se indica en este artículo. ¡Pobre compañía! ¡Pobre compañía que, sin ese espíritu, no es más que un cuerpo sin alma!

Así pues, nos dice la regla que la compañía tiene que estar compuesta de dos clases de personas: primero, los eclesiásticos, como son los sacerdotes, los ordenados *in sacris*, y los que tengan las órdenes menores o que, por estar aún en el seminario, están esperando recibirlas; y en segundo lugar, los laicos, que no tienen ninguna orden ni lo pretenden. Y que tanto los unos como los otros, aunque de forma diferente, trabajarán por la salvación de las pobres gentes del campo y por el progreso del estado eclesiástico en la piedad y en la ciencia.

Así pues, se pregunta cómo los eclesiásticos y los laicos pueden dedicarse al fin propuesto en relación con el pobre pueblo y con el clero; esto se lleva a cabo mediante los ejercicios de las misiones y la dirección de los seminarios, de los ejercitantes, etcétera; pues parece que hay alguna dificultad en decir que los hermanos se dedican a la salvación de los pueblos

1 Cfr. Rom 13,14.

del campo y a la instrucción de los eclesiásticos, ya que ni catequizan, ni predicán, ni tienen carácter ni capacidad para estas funciones; entonces, ¿cómo pueden contribuir a ello? Sin embargo, es cierto, hermanos míos, que en cierto sentido sí que lo hacen. Ayudan en estas ocupaciones, aunque no prediquen, ni enseñen, ni dirijan; y esta regla dice la verdad cuando dice que contribuyen a ello, no del modo en que lo hacen los eclesiásticos, pública e inmediatamente, sino a su modo, ayudando a los que efectivamente enseñan, exhortan y administran los sacramentos, etcétera; cooperan a todo eso de la misma forma que Marta, ya que esta santa se cuidaba de preparar la comida de nuestro Señor y de atender a su alojamiento ². Van a la misión para aliviar a los sacerdotes que trabajan por ganar las almas para Dios, para que éstos puedan dedicarse a este santo ejercicio sin verse distraídos por sus propias necesidades corporales; por eso, es verdad que nuestros hermanos ayudan a instruir a los pueblos, a procurar que se confiesen y se reconcilien entre sí y que se establezca inmediatamente la cofradía de la caridad, de la misma manera con que los miembros inferiores cooperan con los superiores para que el cuerpo desempeñe sus funciones.

Las operaciones del espíritu no se realizan ni mucho menos por medio del espíritu solamente; también ayudan a ello el estómago, el hígado, los pulmones, que sirven al entendimiento, a la recta razón y a las demás facultades intelectuales. Un cadáver no puede realizar las funciones de un hombre vivo, ya que está privado de esas partes que constituyen la sangre y la respiración, principios de vida; pero en un cuerpo animado, en una persona racional, existe cierta concavidad en la cabeza, por donde los espíritus circulan, se forman las imágenes y se produce el razonamiento por medio de las partes inferiores, que envían sus vapores al cerebro, para ayudarle a ello.

De la misma manera, los hermanos, que son los miembros inferiores de ese cuerpo de la compañía ³, concurren con sus trabajos corporales a las operaciones espirituales de los sacerdotes y a la conversión del mundo; contribuyen a darles a los

² Lc 10,40-41.

³ 1 Cor 12,12.

hombres el conocimiento de Dios, la fe, a excitarles a la penitencia, a administrarles los sacramentos y a hacerlos capaces de la vida eterna; a todo eso no podrían dedicarse los sacerdotes sin la ayuda que reciben de los hermanos. Esto hace ver la comunión que hay en la Iglesia y en las comunidades, en. donde todos buscan el mismo fin, donde cada uno contribuye a su consecución, aunque de diversas formas, donde los unos trabajan por los otros. Esto fue lo que hizo decir al real profeta: *Particeps ego sum omnium timentium te et custodientium mandata tua* ⁴; yo participo de todas las obras buenas que hacen los que te temen y guardan tus mandamientos. ¿De qué manera? De la misma forma con que, en una sociedad comercial, cada uno de los asociados se aprovecha según el dinero que ha invertido.

Todos hemos traído a la compañía la resolución de vivir y de morir en ella; hemos traído todo lo que somos, el cuerpo, el alma, la voluntad, la capacidad, la destreza y todo lo demás. ¿Para qué? Para hacer lo que hizo Jesús, para salvar al mundo. ¿Cómo? Por medio de esta vinculación que hay entre nosotros y del ofrecimiento que hemos hecho de vivir y de morir en esta sociedad y de darle todo lo que somos y todo lo que hacemos; de aquí proviene que esta comunión entre los misioneros hace que sean también comunes todos los beneficios, ya. que todos concurren al éxito, de modo que los sacerdotes no logran ellos solos las conversiones, sino que también contribuyen los hermanos, según la regla, por sus oraciones, sus ocupaciones y sus lágrimas, sus mortificaciones y sus buenos ejemplos. El músico que toca el órgano, no lo toca él solo, sino que le ayuda otro que dé aire al órgano; es verdad que éste último no lo toca, sino el músico; pero, al dar aire, contribuye a la armonía; y sin él, el otro no haría mas que mover los dedos, sin lograr ningún sonido.

De la misma manera, tanto si los hermanos sirven a los que trabajan en el evangelio, como si rezan por la conversión de las personas, o hacen penitencia, o lloran y edifican a los demás para la santificación de los eclesiásticos y de los pueblos,. puede decirse que son participantes y cooperadores del bien

4 Sal 118,63.

que se hace en las misiones, los seminarios, las ordenaciones, los retiros y todo lo demás.

Bien, hermanos míos. Vosotros no sois obreros inmediatos, como los sacerdotes, que han recibido el carácter para reconciliar a las almas con Dios y para celebrar los santos misterios; Dios no quiere recibir las hostias por vuestras manos; y si alguno se empeñase en sacrificar, como Saúl ⁵, ¡Dios mío! ¡qué sacrilegio!; y si otro quisiera ofrecer incienso ⁶, como Ozías, ¡qué crimen! Saúl y Ozías eran reyes, estaban ungidos; pero uno de ellos fue castigado con la lepra, por haber puesto las manos en el incensario, y el otro fue reprobado por haber usurpado el oficio de sacrificador. Los dos perdieron sus reinos, y Samuel, al reprender a Saúl por su temeridad, le anunció las desgracias que caerían sobre él, y que fueron muy grandes, ya que Dios, tras haberlo maldecido, permitió que se matara él mismo lleno de desesperación ⁷.

Pues bien, si el Espíritu Santo atribuye todos estos castigos a la presunción de estos reyes, que creían obrar bien, pensad, hermanos míos, cuán elevado será el oficio de los eclesiásticos por encima de las demás dignidades de la tierra, incluso de la realeza, y cómo tenéis que concebir un alto aprecio de los sacerdotes, cuyo carácter es una participación del sacerdocio eterno del Hijo de Dios, que les ha dado el poder de sacrificar su propio cuerpo y de darlo en alimento, para que los que coman de él vivan eternamente ⁸.

Ciertamente, debido al honor que han recibido de su divina Majestad, tenéis que honrarlos mucho, aun cuando hayáis sido llamados a contribuir con ellos a la salvación de las almas no ya haciendo lo mismo que ellos, sino según lo que indica la regla, de la forma que el superior lo ordene, fijaos bien, de la forma que el superior lo ordene. Hay que llegar hasta ahí, pero nada más. Tenéis que dar gracias a Dios por encontraros en esta situación de poder contribuir a los designios que tiene Jesucristo sobre la compañía. ¡Dichosos vosotros, que os en-

5 1 Sam 13,9.

6 2 Re 26,16-21.

7 1 Sam 31,4.

8 Jn 6,54-58.

contráis en un estado que, aunque sea menor, es más seguro! Por eso, habéis de alabar a Dios porque podéis ayudar al prójimo de la forma que la obediencia os señale, sin peligro de vanidad, ya que no podéis ver ese bien que hacéis, que de ordinario es atribuido a los sacerdotes, aunque quizás vosotros hayáis contribuido más que ellos al fruto de sus acciones públicas por medio de las vuestras, secretas y particulares.

Otro motivo que tenéis, hermanos míos, para dar gracias a Dios, es que habéis sido llamados a una compañía, en la que cada uno tiene por finalidad su propia perfección. Así pues, estáis aquí para trabajar por la vuestra. ¡Qué gracia! ¡Cuánto motivo para humillaros! En esto podéis vosotros llevar la virtud tan adelante como los sacerdotes. Y si trabajáis fielmente en la adquisición de las virtudes, se podrá decir con razón que estáis en un estado perfecto. Y si hay un sacerdote que trabaja en ello de una forma ruin, como yo, que soy un miserable pecador, habrá que confesar que seréis mucho más perfectos que él, aunque sea sacerdote, aunque sea anciano, aunque sea superior. ¿Por qué todo esto? Porque no es la dignidad ni la edad lo que hace que el hombre merezca, sino las obras, que lo hacen más semejante a nuestro Señor. Por ellas es por lo que se perfecciona; es la práctica de las virtudes lo que le salva. Eso es lo que se aprecia en el evangelio del juicio, donde se dice que nuestro Señor pondrá a su derecha a los que hayan trabajado en las virtudes, especialmente en la virtud de la caridad, y que solamente ellos entrarán en el reino de los cielos ⁹. Por tanto, la práctica de las virtudes es lo que nos liga a su amor, y es su amor lo que os lleva a hacer nuevos actos de virtud.

Si amaséis mucho a Dios, obraríais de ese modo. Pues bien, vosotros podéis amar a Dios tanto como los sacerdotes; y una pobre mujercilla, tanto como los sabios. El buen señor Duval me decía un día: «Padre, los pobres nos disputarán algún día el paraíso y nos lo arrebatarán ¹⁰, porque existe una gran diferencia entre su manera de amar a Dios y la nuestra». Su amor se realiza, como el de nuestro Señor, en el sufrimiento, en las

9 Mt 25,31-40.

10 Mt 11,19.

humillaciones, en el trabajo y en la conformidad con la voluntad de Dios. Y el nuestro, si es que tenemos alguno, ¿en qué se da a conocer? ¿Qué es lo que hacemos, que lleve el sello de ese verdadero amor?

Ya conocéis la historia del hermano Gil; es muy conocida ¹¹. Le decía a san Buenaventura que tenía muchos deseos de amar a Dios. ¡Oh, si yo fuese sabio!, decía, ¡si yo fuese sacerdote como usted! ¡Cómo amaría a Dios! Y cuando aquel santo doctor le dijo que, a pesar de ser hermano, sin estudios y sin órdenes sagradas, podía amar a Dios tanto como los más sabios constituidos en dignidad, y que lo mismo podía hacer cualquier mujercilla, respondió: Entonces, ¿puede un pobre ignorante como yo amar a Dios tanto como Buenaventura? — Sí — Entonces aquel hermano, lleno de alegría, se puso a gritar: «¡Animo, todos los que me escucháis! ¡Animo! ¡Podéis amar a nuestro gran Dios lo mismo que nuestro padre Buenaventura!» ¹²

- Así pues, hermanos míos, podéis igualar en esto a los sacerdotes; pero esto hay que entenderlo siempre con la condición de que trabajéis en serio en la virtud y en vuestra perfección; pues si no lo hacéis, si en vez de perfeccionaros según las reglas os hundís en vuestros defectos, seríais un escándalo a los de dentro y a los de fuera; y entonces, en vez de contribuir a la salvación de las almas, seríais en cierto modo un impedimento para ello y, lo que es peor, acabaríais perdiendo la vuestra. Tened, pues, mucho cuidado, hermanos míos.

«Pero, diréis, ¿qué es lo que hay que hacer para llegar a esa perfección?». Acabo de decirlo: guardar bien vuestras reglas, pero sobre todo la que recomienda la santa unión y la caridad mutua entre todos nosotros, pero especialmente entre los eclesiásticos y entre vosotros los hermanos, de forma que vivamos siempre juntos en buena inteligencia y perfecta unión, como miembros que componen un mismo cuerpo, aunque sean más nobles unos que otros ¹³. El ejemplo que puse antes de

11 Conocida de todos, visible para todos, «que se encuentra en el cruce de tres caminos».

12 Cfr. FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios*, libro 6, cap. 3.

13 1 Cor 12,12.

san Pablo nos hace ver esa unión tan hermosa por medio de la que existe entre el cuerpo humano y sus miembros, en que todos están de acuerdo entre sí, cada uno según su oficio, y sin que haya ninguna envidia de los unos contra los otros. Pues bien, así es como nosotros hemos de estar también unidos así es, hermanos míos, como habéis de vivir con los eclesiásticos para poder avanzar en la perfección que vuestra vocación pide de vosotros.

«Pero ¿qué medios, se dirá, son necesarios para tener y conservar esta santa unión entre todos nosotros, especialmente entre los sacerdotes y los hermanos?» La estima y el respeto entre los sacerdotes, entre los hermanos, y de unos para con otros. No hemos de tener consideraciones humanas, según la carne, sino mirarnos como criaturas de Dios, que se han entregado a Dios, que han renunciado a todo lo que no es Dios; y, con esta idea, preferirnos en el honor y la bondad unos a otros, según el consejo de san Pablo: *Honore invicem praevenientes*¹⁴. Esto se ha de entender con la distinción y preparación requeridas; pues sabido es que los hermanos coadjutores han de honrar a los sacerdotes más que los sacerdotes a los hermanos. Pues bien, hermanos míos, me preguntaréis cómo tenéis que honrar a los eclesiásticos; os diré que habéis de mirarlos como a vuestros padres¹⁵; en efecto, los padres son los que engendran, y eso es lo que hacen los sacerdotes cuando perdonan los pecados y nos ponen en gracia de Dios.

Por tanto, hermanos míos, tened mucho cuidado en no querer igualaros a los sacerdotes; no os midáis nunca con ellos, y mucho menos vuestra condición con la suya. Hay tanta diferencia como del cielo a la tierra. Ellos han recibido un carácter divino e incomparable, un poder sobre el cuerpo de Jesucristo que admiran los ángeles y la facultad de perdonar los pecados a los hombres, lo cual es para ellos un gran motivo de admiración y de gratitud. ¿Hay alguna cosa más grande, hermanos míos? ¿Hay dignidad parecida? Ellos son vuestros padres y vuestros guías en la vida espiritual. Tenéis que respetarles y humillaros mucho ante ellos; debéis a los sacerdotes

14 Rom 2,10.

15 1 Cor 5,15.

un especial respeto y una gran obediencia, especialmente al superior y a los que tienen cargos. Hablo de los «encargados», hermanos míos, que tienen el derecho de mandaros, e incluso de poner os alguna penitencia, aunque por orden del superior, ya que, si lo pueden hacer con los clérigos y hasta con los sacerdotes, mucho más lo podrán hacer con vosotros. Tenéis unos padres en la compañía: tratadlos como tales, con reverencia y sumisión; en presencia de ellos, tenéis que descubrirlos. No importa que tengan imperfecciones, lo mismo que las tengo yo, miserable de mí, que estoy cubierto de iniquidades; están constituidos en un estado santo y elevado, y por tanto digno, no sólo de respeto y de honor, sino de obediencia, sobre todo el superior y los encargados.

Hermanos míos, mientras os mantengáis en esa sumisión de verdaderos hijos, mientras cumpláis con vuestro deber ante los sacerdotes, Dios os bendecirá; pero si tenéis la temeridad de igualaros a ellos, que son vuestros padres, seréis semejantes a Satanás, que decía: *In caelum conscendam et similis ero Altissimo* ¹⁶: subiré hasta el cielo y seré semejante al Omnipotente. Cuando un laico se quiere igualar con los eclesiásticos es como si quisiera elevarse igual que el demonio. El hermano que desea igualarse con un sacerdote, al que Dios ha forjado según su corazón, es un demonio ¹⁷.

Hermanos míos, poned cuidado en esto; acordaos de que, si queréis juzgarlo todo, mezclaros en los asuntos y obrar a vuestro capricho, caeréis del espíritu de Dios; y si alguno cae en esta desgracia, ya no será un hermano de la Misión sino un esqueleto que dará horror. Eso es lo que tienen que hacer los hermanos con los sacerdotes.

Pero ¿qué es lo que deben hacer los sacerdotes con los hermanos? Les deben amar como a hijos, aunque los traten como hermanos; deben ser además tolerantes y condescendientes con ellos, y compasivos con sus debilidades; sí, padres, debéis amar a los hermanos franca y sinceramente; tenéis que condescender con ellos y compadecer sus debilidades. Y ésta es la manera de conservar a la compañía en esta santa unión:

16 Is 13,14.

17 1 Sam 2,35.

que nuestros hermanos sean respetuosos y obedientes y que los eclesiásticos tengan siempre un verdadero amor y mucha paciencia con nuestros hermanos.

Pero ¿cómo podremos conservar esta unión entre los sacerdotes, los clérigos y los hermanos, la unión entre todos nosotros? ¿cómo? Gracias a Dios, actualmente existe esta unión. ¿Qué podemos hacer para no romper nunca este amable y deseable vínculo de la caridad? Voy a hablar ahora en forma resumida de ello y le diré a la compañía que el otro día hablamos de un buen medio para ello; la manera de que contribuyan todos a ello es que practiquen los medios que unen los corazones, como son los que acabamos de decir, a saber, la estima, el respeto y la deferencia de unos con otros y, para ello, combatir incesantemente los vicios contrarios, sobre todo el de la murmuración y hablar de ello con frecuencia en nuestras conferencias, como lo hicimos últimamente al hablar de la murmuración, vicio que es la fuente de la división y el veneno de las comunidades. Por tanto, si queremos conservar esta unión, hay que desterrar necesariamente de la compañía este maldito vicio. Es cierto que, por la gracia de Dios, ya le habéis dado caza, de forma que ya no se nota, o casi no se nota; pero hay que poner cuidado en que no vuelva, y para eso ser fieles en practicar los medios que hemos decidido emplear. Fijaos, hermanos míos, si nos portamos bien en esto, estad seguros de que estamos en el camino, no sólo de mantener esta unión, sino de nuestra misma perfección. Dios bendecirá a esta compañía, aunque compuesta de unos cualesquiera, de pobres hombres en su mayoría. Esperemos que servirá a Dios por amor a Dios mismo, como ese tañedor de laúd del que hablaba ayer la lectura del comedor que, por ser sordo, sólo podía complacerse en su hermosa armonía al ver cómo agradaba al príncipe que lo escuchaba ¹⁸. Esperemos, pues, que su divina misericordia, de una forma que no podemos comprender, cuando no haya entre nosotros críticas ni maledicencias, establecerá este medio para mantener a la compañía en el camino de la perfección, para que progresen en él los sacerdotes y los hermanos.

18 Cfr. FRANCISCO DE SALES, *o.c.*, lib. 4, cap. 11.

¡Benditas reglas, que expulsan de la compañía este defecto tan contrario a nuestros progresos en la virtud! Si a veces, por fragilidad humana, faltamos en esto, el remedio consiste en ponerse enseguida de rodillas y pedir perdón a Dios y a la compañía. Gracias a Dios, hay algunos que así lo practican; esto contribuye, y no poco, a que nos enmendemos de estos dos vicios; y me parece que noto esta enmienda. Tal es el segundo medio que conservará a la compañía en el espíritu de la regla.

Finalmente, para decirlo con brevedad, un medio soberano para mantenernos en esta unión es la humildad. Si hacemos la anatomía de las antipatías y disensiones, veremos que todo proviene de la envidia. Uno tiene éxito en la predicación o en sus tareas, se complace en ello y se pone a presumir, a enorgullecerse. ¿Qué pasa entonces? Se le desprecia, se le humilla, no se puede soportar a un hombre que se eleva sobre los demás; he aquí un motivo de división. Lo contrario, pues, será fuente de paz y de unión, a saber, humillarse, querer que se sepa que somos los peores, y, si nos parece que hemos tenido éxito, reconocer enseguida nuestra impotencia para el bien y nuestra inclinación al mal, por la experiencia de nuestros propios defectos. Fácilmente podremos encontrar muchas faltas en nosotros mismos, para convencernos de que estamos engañados, de que sólo somos capaces de estropearlo todo, y así seremos miserables a nuestros propios ojos y querremos efectivamente ser despreciados. Si tenemos buena opinión y buenos sentimientos, que sea para el prójimo y no para nosotros; que los sacerdotes antiguos atribuyan a los otros la estima y el éxito; que los clérigos se consideren por debajo de los demás, y que los hermanos se sujeten al más inferior, según el consejo del príncipe de los apóstoles: «Someteos a toda criatura por amor de Dios»¹⁹. Y entonces no habrá nada tan amable y tan bien ordenado.

Podría decir otras muchas cosas sobre este tema, pero creo que habrá bastante para haceros ver la importancia que tiene el que los sacerdotes y los hermanos estén muy unidos entre sí por una verdadera caridad, de la forma que acabamos de

19 1 Pe 2,13.

decir, si quieren cooperar útil y meritoriamente con los sacerdotes en la salvación de las almas por los medios que ordena la regla. Me he extendido demasiado sobre este punto, porque creo que es muy importante.

Pasemos ahora al segundo punto, que no será largo, y veamos cuál es el medio que nos indica la regla para llegar al fin propuesto; leamos las palabras exactas de este artículo: «*Y para que esta congregación llegue, mediante la gracia de Dios, al fin que se ha propuesto, tiene que hacer todo lo posible por revestirse del espíritu de Jesucristo, etcétera*». Hemos dicho que tanto los hermanos como los sacerdotes están igualmente obligados a trabajar en su propia perfección; pero, en lo referente a la salvación de los pobres y al progreso de los eclesiásticos, ya no es lo mismo, puesto que lo propio de los sacerdotes es predicar, catequizar, trabajar en las avenencias, en la fundación de la cofradía de la caridad, en el servicio de los seminarios, ordenaciones y las otras ocupaciones con el prójimo. Esto es evidente. Pero la tarea de los hermanos consiste solamente en proporcionarles la manera de que se dediquen a estas cosas, haciendo el oficio de Marta ²⁰ y contribuyendo a ello con los demás medios que hemos detallado.

Así pues, la regla dice que, para hacer esto, lo mismo que para tender a la perfección, hay que revestirse del espíritu de Jesucristo. ¡Oh Salvador! ¡Oh padre! ¡Qué negocio tan importante éste de revestirse del espíritu de Jesucristo! Quiere esto decir que, para perfeccionarnos y atender útilmente a los pueblos, y para servir bien a los eclesiásticos, hemos de esforzarnos en imitar la perfección de Jesucristo y procurar llegar a ella. Esto significa también que nosotros no podemos nada por nosotros mismos. Hemos de llenarnos y dejarnos animar de este espíritu de Jesucristo. Para entenderlo bien, hemos de saber que su espíritu está extendido por todos los cristianos que viven según las reglas del cristianismo; sus acciones y sus obras están penetradas del espíritu de Dios, de forma que Dios ha suscitado a la compañía, y lo veis muy bien, para hacer lo mismo. Ella siempre ha apreciado las máximas cristianas y ha deseado revestirse del espíritu del evangelio, para vivir y para obrar como

20 Lc 10,40-41

vivió nuestro Señor y para hacer que su espíritu se muestre en toda la compañía y en cada uno de los misioneros, en todas sus obras en general y en cada una en particular.

Pero ¿cuál es este espíritu que se ha derramado de esta forma? Cuando se dice: «El espíritu de nuestro Señor está en tal persona o en tales obras» ²¹, ¿cómo se entiende esto? ¿Es que se ha derramado sobre ellas el mismo Espíritu Santo? Sí, el Espíritu Santo, en cuanto su persona, se derrama sobre los justos y habita personalmente en ellos. Cuando se dice que el Espíritu Santo actúa en una persona, quiere decirse que este Espíritu, al habitar en ella, le da las mismas inclinaciones y disposiciones que tenía Jesucristo en la tierra, y éstas le hacen obrar, no digo que con la misma perfección, pero sí según la medida de los dones de este divino Espíritu.

Pero ¿qué es el espíritu de nuestro Señor? Es un espíritu de perfecta caridad, lleno de una estima maravillosa a la divinidad y de un deseo infinito de honrarla dignamente, un conocimiento de las grandezas de su Padre, para admirarlas y ensalzarlas incesantemente. Jesucristo tenía de él una estima tan alta que le rendía homenaje en todas las cosas que había en su sagrada persona y en todo lo que hacía; se lo atribuía todo a él; no quería decir que fuera suya su doctrina, sino que la refería a su Padre: *Doctrina mea non est mea, sed ejus qui misit me Patris* ²². ¿Hay una estima tan elevada como la del Hijo, que es igual al Padre, pero que reconoce al Padre como único autor y principio de todo el bien que hay en él? Y su amor, ¿cómo era? ¡Oh, qué amor! ¡Salvador mío, cuán grande era el amor que tenías a tu Padre! ¿Podía acaso tener un amor más grande, hermanos míos, que anonadarse por él? Pues san Pablo, al hablar del nacimiento del Hijo de Dios en la tierra, dice que se anonadó ²³ ¿Podía testimoniar un amor mayor que muriendo por su amor de la forma en que lo hizo ²⁴ ¡Oh, amor de mi Salvador! ¡Oh, amor! ¡Tú eras incomparablemente más grande que cuanto los ángeles pudieron comprender y comprenderán jamás!

21 Rom 5,5; 8,11.

22 Jn 7,16.

23 Flp 2,17.

24 Jn 15,13.

Sus humillaciones no eran más que amor; su trabajo era amor, sus sufrimientos amor, sus oraciones amor, y todas sus operaciones exteriores e interiores no eran más que actos repetidos de su amor. Su amor le dio un gran desprecio del mundo, desprecio del espíritu del mundo, desprecio de los bienes, desprecio de los placeres y desprecio de los honores.

He aquí una descripción del espíritu de nuestro Señor, del que hemos de revestirnos, que consiste, en una palabra, en tener siempre una gran estima y un gran amor de Dios. Jesucristo estaba tan lleno de él que no hacía nada por sí mismo ni por buscar su satisfacción: *Quae placita sunt ei, facio semper* ²⁵; hago siempre la voluntad de mi Padre; hago siempre las acciones y las obras que le agradan. Y lo mismo que el Hijo eterno despreciaba el mundo, los bienes, los placeres y los honores, por ser ésa la voluntad del Padre, también nosotros entraremos en su espíritu despreciando todo eso como él.

Así pues, hermanos míos, hemos de trabajar en la estima de Dios y procurar concebir un aprecio de él muy grande. ¡Oh hermanos míos! Siuviésemos una vista tan sutil que penetrásemos un poco en lo infinito de su excelencia, ¡Oh Dios mío, oh hermanos míos qué sentimientos tan altos sacaríamos! Diríamos, como san Pablo, que ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni el espíritu comprendió nada semejante ²⁶. Es un abismo de dulzura, un ser soberano y eternamente glorioso, un bien infinito que abarca todos los bienes; todo es allí inabarcable. Pues bien, el conocimiento que de él tenemos, y que está por encima de todo entendimiento, debe bastarnos para apreciarlo infinitamente. Y este aprecio tiene que hacernos anonadar en su presencia y hacernos hablar de su suprema majestad: con un gran sentimiento de humildad, de reverencia y de sumisión; y a medida que lo vayamos apreciando, lo amaremos más; y ese aprecio y ese amor nos darán un deseo continuo de cumplir siempre su santa voluntad, un cuidadoso esmero por no hacer nada en contra suya y un gran alejamiento de las cosas de la tierra, despreciando todos sus bienes.

Dios mío, conserva en nuestros corazones una santa aversión de los bienes y placeres perecederos, que no los busque-

25 Jn 8,29

26 1 Cor 2,9

mos nunca y evitemos con cuidado las propias satisfacciones en donde la naturaleza se introduce imperceptiblemente, como es el querer que los demás se acomoden a nosotros, que todo nos salga bien, que todo nos sonría. ¡Oh Salvador, enséñanos a poner todo nuestro gusto en ti, a amar lo que tú has amado y complacernos en lo que a ti te complace!

¡Dios mío!, la necesidad nos obliga a poseer bienes perecederos y a conservar en la compañía lo que Dios le ha dado; pero hemos de aplicarnos a esos bienes lo mismo que Dios se aplica a producir y a conservar las cosas temporales para ornato del mundo y alimento de sus criaturas, de modo que cuida hasta de un insecto; lo cual no impide sus operaciones interiores, por las que engendra a su Hijo y produce al Espíritu Santo; hace éstas sin dejar aquellas. Así pues, lo mismo que Dios se complace en proporcionar alimento a las plantas, a los animales y a los hombres, también los encargados de este pequeño mundo de la compañía tienen que atender a las necesidades de los particulares que la componen. No hay más remedio que hacerlo así Dios mío; si no, todo lo que tu providencia les ha dado para su mantenimiento se perdería, tu servicio cesaría y no podríamos ir gratuitamente a evangelizar a los pobres.

Permite, pues, Dios mío, que, para seguir trabajando por tu gloria, nos dediquemos a la conservación de lo temporal, pero que esto se haga de forma que nuestro espíritu no se vea contaminado por ello, ni se lesione la justicia, ni se enreden nuestros corazones. Oh Salvador, quita el espíritu de avaricia de la compañía, dale sólo lo que baste para las necesidades de la vida y mira por ella, Señor, lo mismo que miras por todos los pueblos de la tierra y por los animales más pequeños, con una atención general y particular, sin que esas obras exteriores te aparten un solo instante de esas operaciones eternas y admirablemente fecundas que tienes en tu interior. Que los superiores y encargados de la compañía hagan lo mismo, dedicándose con vigilancia y esmero a sus tareas, proporcionando a todo el cuerpo y a cada miembro lo que le conviene, sin apartarse de la vida interior y de la unión cordial que deben tener contigo.

En cuanto a los honores, Dios mío, libranos de ese humo del infierno, aleja de nosotros esa ambición condenable que

echó a los ángeles del paraíso y que convirtió a los hombres en demonios; ese deseo insaciable de honores que le hace a uno tener una buena opinión de sí, de todo lo que hace, que origina el desprecio a los demás y lleva al soberbio a elevarse como un dragón. Es un monstruo sutil y venenoso, que se cuela por todas partes, y que infecta con su aliento emponzoñado a las almas más recogidas. Ese demonio está siempre rondando alrededor de las comunidades y de las personas que están más cerca de la santidad, intentando devorarlas ²⁷; a esas es a las que busca especialmente el demonio, para llenarlas de propia estima y satisfacción y que les vaya costando cada vez más someterse, para reducir las finalmente a que no sigan más que sus falsas luces, y hacerlas caer luego en algún precipicio. ¡Qué desgracia! ¡Que desgracia tan grande!

Bien, hermanos míos, esto es lo que tenía que deciros en general sobre el espíritu de Jesucristo; nos queda ahora hablar con mayor detalle sobre lo que dice la regla en concreto; pero, como ha pasado la hora, me contentaré con deciros que esta estima y amor de Dios, y la conformidad con su santa voluntad, y el desprecio del mundo y de nosotros mismos, que hemos de imitar en Jesucristo para revestirnos de su espíritu, no podrá mostrarse mejor en cada uno de nosotros que por medio de la práctica de las virtudes que más brillaron en nuestro Señor cuando vivió sobre la tierra, esto es, las que están comprendidas en sus máximas, en su pobreza, castidad y obediencia, en su caridad con los enfermos, etcétera; de forma que, si nos ponemos a imitar a nuestro Señor en la práctica de todo esto, según señalan las otras reglas, hemos de esperar que quedaremos revestidos de su espíritu.

¡Quiera Dios concedernos la gracia de conformar toda nuestra conducta a su conducta y nuestros sentimientos con los suyos, que él mantenga nuestras lámparas encendidas en su presencia ²⁸ y nuestros corazones atentos siempre a su amor y dedicados a revestirse cada vez más de Jesucristo de la forma que os acabo de decir! Todos los bautizados están revestidos de su espíritu, pero no todos realizan las obras debidas. Cada

27 1 Pe 5,8.

28 Lc 12 35.

uno tiene que tender, por consiguiente, a asemejarse a nuestro Señor, a apartarse de las máximas del mundo, a seguir con el afecto y en la práctica los ejemplos del Hijo de Dios, que se hizo hombre como nosotros, para que nosotros no sólo fuéramos salvados, sino también salvadores como él; a saber, cooperando con él en la salvación de las almas.

Acordémonos, padres y hermanos míos, de que no conseguiremos esta felicidad y este honor, si no nos esforzamos en conservar la santa unión que os hemos recomendado tanto; para eso, hay que emplear los medios que os hemos señalado, especialmente la estima y el respeto mutuo entre nosotros, y sobre todo la santa humildad y la huida de toda crítica y maledicencia. Pero en vano nos esforzaremos en gozar de este bien, si no nos ayuda el mismo Dios. ¿Queréis, hermanos míos, que le pidamos ahora que nos conceda esta gracia y que mañana hagamos todos la oración para animarnos en este deseo de parecernos a él en nuestros pensamientos, palabras y acciones, y practicar finalmente todo lo que acabo de recomendaros? No dudo de que ya estáis dispuestos a hacerlo así, pero hay que robustecerse en esta resolución por medio de frecuentes oraciones y nuevos propósitos. Si Dios ha querido proponernos todo esto, no dejará de ser fiel a su promesa, pues él mismo dijo que haríamos las obras que él hizo, y todavía mayores ²⁹. Y esto es lo que puedo deciros, por ahora, sobre la explicación de esta regla y de la anterior.

120 [197,XII, 114-129]

CONFERENCIA DEL 14 DE FEBRERO DE 1659

SOBRE LAS MÁXIMAS DEL EVANGELIO

(Reglas comunes, cap. 2, art. 1)

Necesidad de seguir la doctrina de Jesucristo y de huir del mundo. Razones y medios propios para adherirse a la doctrina de Nuestro Señor.

29 Jn 14,12.

Conferencia 120. — Manuscrit des Conférences.

Hermanos míos, el tema propuesto para la conferencia es sobre el empleo del tiempo. Ayer por la tarde, hablando con el padre Gicquel ¹, dudaba de si podría abusar de vuestra paciencia esta tarde, pero hoy me encuentro con menos molestias y he pensado, *in nomine Domini*, hablaros del segundo capítulo de nuestras reglas y retrasar el tema del empleo del tiempo para otro día.

Hasta ahora, hermanos míos, se os ha hablado del fin de la compañía, que es el de trabajar ante todo y sobre todo por la propia perfección, por la propia perfección (y repitió estas palabras con un tono grave y pausado, para inculcar este sentimiento en la compañía); y esto, imitando las virtudes que nuestro Señor nos ha enseñado con su ejemplo y sus palabras. Por consiguiente, hemos de tener siempre este divino cuadro ante los ojos. En segundo lugar, asistir a las pobres gentes del campo, instruir las en las virtudes cristianas, exhortarlas a una buena vida, ayudarles a hacer una buena confesión general y todo lo demás. En tercer lugar, servir al estado eclesiástico según nuestra pobreza, según la poca ciencia y virtud que tenemos; y aunque estos señores tengan más que nosotros, sin embargo hemos de atenderles en ello.

A continuación dice la regla que la compañía está compuesta de eclesiásticos y de laicos; que la tarea de los primeros es ir de aldea en aldea evangelizando a los pobres, dirigir los seminarios y las conferencias y dedicarse a las demás obras que la compañía tiene costumbre de realizar en favor del prójimo.

En cuanto a los hermanos, su tarea es la de Marta, que consiste en trabajar corporalmente al lado de los eclesiásticos, contribuyendo a sus funciones espirituales con sus oraciones, lágrimas, mortificaciones y buenos ejemplos. Se ha dicho que el espíritu de Jesucristo es necesario a los unos y a los otros para realizar útilmente sus obligaciones; pues ¿qué es el espíritu del hombre, sino miseria y vanidad? Por tanto, hay que estar animados de su espíritu para realizar las obras señaladas en nuestras reglas. Pues bien, para conocer y para tener este espíritu, se ha dicho que los siguientes artículos indicarían en que consiste y los medios para adquirirlo.

¹ Subasistente de la casa.

Leamos el capítulo segundo de este librito de nuestras reglas; esto es lo que dice:

«Ante todo, procure cada uno mantenerse bien en esta verdad, que la doctrina de Jesucristo nunca puede engañar, mientras que la del mundo siempre lleva a la mentira, ya que el mismo Jesucristo nos asegura que ésta es semejante a una casa construida sobre arena y que la suya se parece a un edificio construido sobre tierra firme; por consiguiente, la congregación hará profesión de obrar siempre según la doctrina de Jesucristo, y nunca según las máximas del mundo; y para ello, cumplirá especialmente lo que sigue».

Así pues, hay que poner como fundamento de todo que la doctrina de Jesucristo hace lo que dice, mientras que la del mundo no da nunca lo que promete; que los que hacen lo que Jesucristo enseña construyen sobre la roca, y que ni la inundación de las aguas ni el ímpetu de los vientos podrán derribarlo ²; y quienes no hacen lo que él ordena se parecen a quien construye su casa sobre la arena movediza, que se cae ante el primer huracán. Por tanto, quien dice doctrina de Jesucristo, dice roca inquebrantable, dice verdades eternas que son seguidas infaliblemente de sus efectos, de modo que el cielo se derrumbaría antes de que fallase la doctrina de Jesucristo. Por eso la regla concluye que es menester que la compañía haga profesión de abrazar siempre y practicar la doctrina de Jesucristo, y nunca la del mundo, y que al obrar de esta forma se llenará y se revestirá de Jesucristo.

Para explicar bien esta regla y, en consecuencia, para sacar fruto de ella, mantendremos el orden que ya hemos observado en la explicación de algunos de los artículos anteriores, y que seguiremos quizás en los siguientes, si el tema nos obliga a ello, como el de hoy. Diremos, pues, en qué consiste la doctrina de Jesucristo y lo que se entiende por la del mundo; 2.º señalaremos algunos motivos para aficionarnos a ella; 3.º indicaremos algunos medios para practicarla.

En cuanto al primer punto, la doctrina de Jesucristo se define de este modo: una ley divina positiva, dada a todos los

2 Mt 7.25.

hombres por Jesucristo, legislador, maestro de costumbres, institutor del santo sacrificio y de los sacramentos nuevos. Esta es la definición. Pues bien, propiamente hablando, una ley obliga a que se la observe. Pero hay que saber que esta doctrina de Jesucristo consiste en mandamientos y en consejos, que se llaman evangélicos. Los mandamientos obligan al entendimiento y a la voluntad, como éste: *Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem* ³: mi mandamiento es que os améis los unos a los otros. Esta es una ley coactiva que manda; pero hay otras que no son coactivas, sino leyes directivas, que nos proponen los consejos evangélicos para la perfección, como por ejemplo: «Vended todo lo que poseáis y dadlo en limosna» ⁴. Se trata de una ley divina y positiva que se señala y propone a todos los hombres para que cada uno la abrace según su condición y según las disposiciones y atracción que tenga para ello; pero no obliga so pena de pecado a que se la practique, aunque todos estén obligados a respetarla, de forma que pecarían si la despreciasen. Pues bien, esta doctrina o ley de Jesucristo está contenida en el nuevo testamento, bien en lo que nos enseñan los apóstoles, por vía de inspiración, o bien por sí mismo, en los evangelios, donde él nos habla de viva voz.

Para entenderlo mejor, hay que saber que el nuevo testamento se divide primero en la explicación de la sagrada escritura y la ampliación de la misma para instrucción y buena vida del pueblo; en segundo lugar se divide en la institución del santo sacrificio, de los sacramentos y de las órdenes que Jesucristo ha establecido; y en tercer lugar, en doctrina preceptiva, que manda, y directiva o de dirección, que aconseja, y que es lo que llamamos *consejos evangélicos*. De esta tercera clase de doctrina evangélica, tanto preceptiva como directiva, es de la que queremos hablar en esta charla y de la que hace mención la regla. También las llamamos *máximas evangélicas*.

Sé muy bien que, propiamente hablando, las máximas, llamadas con otro nombre axiomas, son ciertos principios que carecen de pruebas, de los que se sacan consecuencias concluyentes; pero, comúnmente hablando, se las toma, no sólo como

3 Jn 15,12.

4 Mt 19,21.

primeros principios, sino también por las conclusiones que de ellos se infieren, tanto mediata como inmediatamente, e incluso por las sentencias y dichos notables que tienden, directa o indirectamente, a la práctica de alguna virtud o a la huida de algún vicio. En todos estos sentidos tomamos la palabra máxima y así se la entiende en este capítulo de nuestras reglas, titulado: *Sobre las máximas evangélicas*.

¿Y cuáles son estas máximas? Hay un gran número de ellas en el nuevo testamento, pero las principales y fundamentales son las que se detallan en el sermón que tuvo nuestro Señor en la montaña, que comienza: «Bienaventurados los pobres de espíritu»⁵; este sermón comprende los capítulos 5, 6 y 7 de san Mateo. Pongamos por ejemplo ésta, que es de las fundamentales: «Id y tened con vuestro prójimo el mismo trato con que os gustaría ser tratados»⁶. Esta máxima es la base de la moral, y sobre este principio se pueden regular todas las acciones de la justicia secular; sobre ella estableció Justiniano sus leyes y los jurisconsultos han regulado el derecho civil y canónico. Y como toda conclusión que se saca de uno o de varios principios tiene que mostrar con seguridad lo que ordenan para la práctica de la virtud, o lo que prohíben para la huida del vicio, así también de estas máximas evangélicas se sacan consecuencias ciertas que llevan, según los designios de nuestro Señor, no sólo a huir del mal y a seguir el bien, sino también a procurar la mayor gloria de Dios, su Padre, y a adquirir la perfección cristiana.

Para tener una mayor inteligencia de estas máximas y distinguir mejor las que obligan de las que no obligan, es conveniente añadir aquí que hay algunas que obligan a su observancia, como éstas: «Guardaos de toda avaricia»⁷, «Haced penitencia»⁸, porque son mandamientos absolutos. Otras no obligan, según santo Tomás, más que *quoad praeparationem animi*, esto es, a la disposición de recibir las en caso necesario, cuando se le propongan a uno y éste tenga poder para cumplirlas, como

5 Mt 5.3

6 Mt 7,12.

7 Lc 12,15.

8 Mt 4,17.

ésta: «Haced bien a los que os odian»⁹. Hay otras que son puramente consejos, como por ejemplo: «Vended todo lo que poseéis y dadlo en limosna»¹⁰ porque nuestro Señor no obliga a nadie a vender todos sus bienes para dárselos a los pobres; esto es sólo para una mayor perfección. Finalmente, hay otras que son también puros consejos evangélicos, pero que sin embargo obligan a veces a observarlos por haberse convertido en preceptos; esto sucede cuando se ha hecho voto de guardarlos, haciendo voto de pobreza, castidad y obediencia, ya que los consejos evangélicos se refieren y se reducen a estas tres virtudes, pues no hay ninguno que no tenga que ver con la pobreza, con la castidad o con la obediencia.

Según esto, hermanos míos, nosotros que hemos hecho voto de guardar estos tres consejos evangélicos estamos obligados a observarlos; y al observarlos, podemos estar seguros de edificar sobre la roca y de levantar un edificio permanente. Esos son los consejos y las máximas de las que habla nuestra regla y las que dice que ha de abrazar nuestra compañía. Esta obligación nos compromete al mismo tiempo a huir de las máximas del mundo, ya que son opuestas a las de evangelio; y para poder huir de ellas, hay que saber cuáles son. Os he prometido explicaros qué es lo que se entiende por estas máximas del mundo. Pues bien, no sabría describirlas mejor que haciéndoos ver cómo se oponen a las de Jesucristo y en qué las contradicen. Expliquemos cómo.

En primer lugar, las máximas de nuestro Señor dicen: «Bienaventurados los pobres»¹¹; y las del mundo: «Bienaventurados los ricos». Aquellas dicen que hay que ser mansos y afables; éstas, que hay que ser duros y hacerse temer. Nuestro Señor dice que la aflicción es buena: «Bienaventurados los que lloran»; los mundanos, por el contrario: «Bienaventurados los que se divierten y se entregan a los placeres» «Bienaventurados los que tienen hambre y sed, los que están sedientos de justicia»; el mundo se burla de esto y dice: «Bienaventurados los que trabajan por sus ventajas temporales, por hacerse grandes».

9 Mt 5,44.

10 Mt 19,21.

11 Mt 5,3-6.

«Benedicid a los que os maldicen» ¹² dice el Señor; y el mundo dice que no hay que tolerar las injurias: «al que se hace oveja, lo comen los lobos»; que hay que mantener la reputación a cualquier precio, y que más vale perder la vida que el honor.

Y esto basta para conocer cuál es la doctrina del mundo y qué es lo que pretende. Por consiguiente, nuestra regla, al comprometernos a seguir la doctrina de Jesucristo, que es infalible, nos obliga al mismo tiempo, como hemos dicho, a ir contra la doctrina del mundo, que es un abuso. No es que en el mundo no haya proverbios que sean buenos y que no se opongan a las máximas cristianas, como éste: «Haz bien y encontrarás bien». Esto es verdad; los paganos y los turcos lo confiesan, y todos están de acuerdo en eso.

Un día estaba viajando con un consejero del consejo mayor; me decía que las buenas máximas del mundo son como los consejos evangélicos. Por ejemplo: «El que mucho abarca, poco aprieta». Es una verdad constante y comprobada; todos lo han experimentado. En el mundo hay máximas buenas y máximas malas; las buenas son aquellas en las que todos están de acuerdo y no contradicen al evangelio; las malas son las que se oponen a las de Jesucristo y sólo las aprueban los malvados y los mundanos.

Sin embargo, existe cierta diferencia entre las buenas máximas de este mundo y las del evangelio; porque en aquellas estamos de acuerdo por la experiencia, por haber comprobado sus efectos; mientras que de las de nuestro Señor conocemos su infalibilidad por su espíritu, que nos da su conocimiento y que nos hace ver cuáles son sus divinas consecuencias, ya que, como nos las enseña la verdad eterna, son muy verdaderas y siempre alcanzan su efecto.

Los buenos hombres del campo saben que la luna cambia, que hay eclipses de sol y de los demás astros; hablan con frecuencia de ello y son capaces de ver esos sucesos, cuando tienen lugar. Pero un astrónomo no sólo los ve como ellos, sino que los prevé de antemano, conoce los principios del arte o de la ciencia; dirá: «Tal día, a tal hora y en tal minuto habrá un eclipse». Pues bien, si los astrónomos, por su ciencia, tienen

12 Lc 6,28.

esta penetración infalible, no sólo en Europa, sino entre los chinos, y en medio de esta oscuridad del futuro penetran tan hondo con su vista que conocen con certeza los extraños efectos que tienen que ocurrir por el movimiento de los cielos de aquí a cien años, a mil años, a cuatro mil años, y hasta el fin del mundo, gracias a las reglas que tienen, si los hombres tienen este conocimiento — repito — , ¡cuánto más esta luz eterna, que penetra hasta en las más pequeñas circunstancias de las cosas más ocultas, ha visto la verdad de estas máximas!

¡Ay, padres! Estemos convencidos de que estas máximas, que nos ha propuesto la infinita caridad de Jesucristo, no pueden engañarnos. Lo malo es que no nos fiamos de ellas y atendemos más a la prudencia humana. ¿No veis que obramos mal al fiarnos más de los razonamientos humanos que de las promesas de la eterna sabiduría, de las apariencias engañosas de la tierra más que del amor paternal de nuestro salvador, que ha bajado del cielo para librarnos del error? ¡Oh Salvador, bien sabes tú el valor de esta máxima cuando nos la has dado, a pesar de que pocos pueden comprenderla: «Si te abofetean en una mejilla, pon la otra»¹³! Tu providencia permite que a veces veamos su importancia, pero nos dejamos llevar por lo contrario. Por favor, hermanos míos, ¿qué máxima será la mejor? ¿la de que presentemos la mejilla izquierda cuando nos han abofeteado en la derecha, o la del mundo que quiere que nos sintamos ofendidos? ¿Quién conoce mejor la naturaleza de estas máximas: el mundo que pide venganza o el Hijo de Dios que nos aparta de ella? Por ejemplo, un hidalgo recibe un bofetón; el resentimiento le hace echar mano a la espada; todo el mundo se pone a su lado para ayudarle a vengar esta afrenta; la venganza le lleva a la lucha: pero entonces resulta que se ve en peligro de perder sus bienes por confiscación, su vida en aquel duelo, su alma por aquel crimen, su mujer y sus hijos por esta desgracia. ¿No hubiera sido mejor que aquel desgraciado se hubiese atendido a la máxima de nuestro Señor, que habría mantenido su persona y su casa en la prosperidad y le habría atraído las gracias de Dios, en vez de seguir las máximas del

13 Mt 5.39.

mundo, que le han puesto en un trance tan apurado, con peligro inminente de eterna condenación?

¿No veis cómo las máximas del mundo son falsas, mientras que las de nuestro Señor resultan siempre ventajosas en la práctica, aunque parezcan difíciles? Por tanto, hay que atenerse a esas verdades, hermanos míos; hay que portarse siguiendo las luces del cielo.

Hay una máxima que prohíbe pleitear: «Si te quitan el manto, dales también el vestido» ¹⁴. ¿Qué consejo creéis que se debe seguir: sostener un proceso cuando quieren quitaros una cosa bien adquirida, o dejarla sin llegar a disputar? ¡Ay, padres, ya hemos experimentado demasiado bien en nosotros mismos las malas consecuencias de lo primero con la pérdida de Orsigny, que servirá de escarmiento a la compañía para que evite los procesos! ¿No hubiera sido mejor dejar aquella finca, aunque nos la dieron sin haberla buscado? Ya sabes tú, Dios mío,- que nosotros nada hicimos por tenerla; tú lo sabes, Dios mío, tú lo sabes. ¿No hubiera sido mejor dejarla de antemano a pesar de los grandes gastos que habíamos hecho en ella, en vez de pleitear, como hemos hecho, deseando conservar aquel bien tan justamente adquirido, ya que de esta forma lo hemos perdido todo? Dios lo ha permitido así para que aprendiéramos a costa nuestra cuán engañosa es la prudencia humana, y cómo su divina palabra merece todo crédito y amor.

«¡Pues qué!, dirá alguno, ¿hemos de dejarnos despojar vivos sin decir ni una sola palabra contra la injusticia? ¿No es mejor defenderse para conservar lo que tenemos?». — Le diré que a veces uno está obligado a ir ante el juez. Así lo hizo nuestro Señor y san Pablo sostuvo un proceso, defendiendo él mismo su causa ¹⁵. Cuando la justicia nos llama, estamos obligados a responder; pero previamente conviene que la compañía, para honrar el consejo de nuestro Señor y tener devoción a esta máxima, se disponga a preferir antes perder que litigar, y procure apagar toda clase de desavenencias, cueste lo que cueste, antes de obstinarse en sostener sus derechos, de forma que no acuda nunca a los tribunales sin haber buscado antes

14 Mt 5,40.

15 Mt 27; Hech 25,12.

un arreglo. Démosle a Dios esta gloria, hermanos míos, y al público este ejemplo. Nuestra regla nos obliga, pues, a mantener con firmeza las máximas de nuestro Señor; por tanto, hermanos míos, hemos de entregarnos a Dios para estimarlas y amarlas y observarlas cada una a su debido tiempo. Pidámosle esta gracia con oraciones y sacrificios; empleemos todos los medios que Dios ha inspirado a su Iglesia, para entrar en estas verdades divinas y dirijamos toda nuestra vida, nuestro proceder y nuestro afecto en esta dirección. He aquí algunas razones para excitarnos a ello.

La primera, que Jesucristo, la eterna sabiduría, ha dicho que los que escuchan su palabra y la ponen en práctica son semejantes a los sabios que construyen sobre tierra firme y tienen una casa que durará para siempre; por el contrario, los que lo escuchan pero no lo siguen, se parecen a los necios que edifican sobre la arena y se exponen a la ruina ¹⁶. Si nos atenemos a las santas máximas de nuestro Señor, construiremos sobre una roca inmovible y nos iremos elevando continuamente de virtud en virtud. Si los superiores de la compañía ponen empeño en impedir que retroceda y en hacer que siga siempre avanzando en esta santa observancia, si Dios quiere que nos mantengamos todos firmes y sólidos en esta resolución, la compañía hará grandes progresos en su perfección y en el servicio de la Iglesia y del pueblo; pero hay que poner interés en ello y convencerse de esta necesidad, si queremos evitar nuestra caída particular y general y gozar de los grandes bienes prometidos a los que se mantienen firmes.

La segunda razón se saca del capítulo 5 de san Mateo, donde nuestro Señor les dice a los apóstoles y demás discípulos: «Ved que os lo anuncio: si alguien quita un solo punto y enseña a los demás a que hagan como él, ése será un hombre malvado y muy pequeño delante de Dios; pero el que haga y enseñe lo que yo os ordeno, ése será llamado grande en el reino de os cielos» ¹⁷. Nuestro Señor veía a algunos de esos entre ellos: «Tenemos, dirán, los mandamientos de la ley; ¿no es bastante?». Quiere obligarnos a ciertos preceptos difíciles y

16 Mt 7,26.

17 Mt 5,18-19.

dice que sólo serán bienaventurados quienes los guarden. Por eso, en el capítulo 7 del mismo san Mateo, Jesucristo les responde: «Sabed que la puerta del cielo es estrecha, que el camino ancho lleva a la perdición y que es grande el número de los que entran por la puerta ancha que lleva al infierno»¹⁸.

Padres, no nos engañemos; lo ha dicho el Hijo de Dios, que conocía esa desgraciada inclinación de los hombres a vivir según su capricho y, al ver que serían pocos los que se violentarían por seguir el evangelio, nos lo ha advertido. Tengamos cuidado, veamos lo que han dicho los santos y cómo ellos opinan que se salvarán pocos. Pensemos que en el arca de Noé sólo entraron siete u ocho, y que todos los demás perecieron¹⁹, y que de diez vírgenes sólo cinco fueron admitidas²⁰, y que de diez leprosos curados sólo uno volvió a Jesucristo²¹,

Estos ejemplos son un indicio del escaso número de los elegidos. «Por sus frutos los conoceréis», dijo nuestro Señor²²; los que, habiendo sido bautizados, renuncian al mundo, al demonio y a la carne y, por medio de una fe viva, animados del espíritu de Jesucristo, realizan las obras del evangelio, esos son los que llegan al trono de Jesucristo. ¡Oh, qué pocos son esos! Usted nos habla de ese pequeño número, pero vemos que los que han observado la ley de Moisés han hecho milagros, tal como dirán ellos mismos al Salvador del mundo el último día; pero él les responde de antemano: «No todos los que me dicen: ¡Señor, Señor! entrarán en el reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre»²³; «Muchos me dirán aquel día: Señor, Señor, ¿no hemos echado a los demonios, profetizado y hecho muchos prodigios en tu nombre? Y entonces yo les diré: No os conozco; marchaos, malvados, apartaos de mí; yo os abandono» ¡Qué grande será el número de esos desventurados! ¿Nos expondremos quizás nosotros a esta desgracia ya caminar con ellos por el camino ancho, después de haber sido llamados al camino estrecho, para ser del pequeño número

18 Mt 7,14.

19 1 Pe 3 20.

20 Mt 25,1-12.

21 Lc 17,17.

22 Mt 7,16.

23 Mt 7,21.

de los que se salvan? ²⁴ ¿Seremos como esos obreros de la iniquidad que construyen sobre arena y que perecen miserablemente? ¡Oh, Jesús, Salvador mío, somos tuyos y queremos, con tu gracia, abrazar tus máximas!

Y esta es la tercera razón que nos obliga a ello: que nuestro Señor, que nos dio estos divinos consejos, fue el primero en observarlos. Que me señalen una máxima que no haya practicado este divino legislador. Es verdad que no se arrancó los ojos ni se cortó la mano; pero tampoco les ordenó estas cosas más que a los que tienen ojos ambiciosos y manos que escandalizan ²⁵, y además, no hay que tomar estas cosas al pie de la letra; lo que se dice es que no hay más que cerrar los ojos para no ver la ocasión maldita que provoca al pecado, y que hay que cortar toda amistad y conversación peligrosa. Fuera de esto, se trata de perderlo todo, de no tener nada, de sufrir las injurias, de amar a los enemigos, de rezar por los perseguidores ²⁶, de renunciar a sí mismo y de llevar la cruz ²⁷; y todas esas cosas las hizo él para cumplir con la voluntad de su Padre. Pues bien, si somos sus hijos, hemos de seguirle, abrazando como él la pobreza, las humillaciones, los sufrimientos, despegándonos de todo lo que no es Dios, y uniéndonos con el prójimo por la caridad para unirnos con Dios mismo por Jesucristo. A todo esto es a lo que nos llevan estas máximas; y entonces construiremos sobre roca, de forma que no podrán derribarnos las tentaciones de nuestras pasiones, como derriban de ordinario a los que basan su conducta en las máximas del mundo.

Los medios para mantenernos bien en las máximas del evangelio son que todos lean con atención y devoción el nuevo testamento, especialmente los capítulos de san Mateo que las contienen, o sea, el quinto, el sexto, el séptimo y el décimo, y que, desde mañana, empiecen a leerlos con elevación del espíritu a Dios para pedirle su estima y su inteligencia, y excitarse al deseo de cumplirlas sin faltar nunca a ellas, y procurar — desde el primer día — ponerlas en práctica.

24 Mt 7,14.

25 Mt 5,29-30.

26 Mt 5,44-45.

27 Mt 16,24.

Pero no basta con esto; conviene hacer la oración sobre este tema. No sé todavía si pondremos como lectura de la meditación una máxima, o si cada uno en particular meditará la que crea que más necesita. Ya veremos. Entretanto, que cada uno siga la inclinación que Dios le dé después de haber leído estos cuatro capítulos, tomando como materia de la primera oración que haga luego las máximas que más le convengan.

2º. Otro medio muy bueno para llevarnos a la práctica de estas máximas es considerar con frecuencia que la compañía, desde el principio, ha tenido el deseo de unirse a nuestro Señor para hacer lo que él hizo al practicar estas máximas y hacerse, como él, agradable al Padre eterno y útil a su Iglesia, y que efectivamente ha procurado progresar y perfeccionarse en ello, si no en el grado que deberíamos haber alcanzado, sí de la forma menos mala que hemos podido. Esta consideración tiene que animar a los nuevos y a los antiguos, pensando que es ése el espíritu del que han de estar animados los misioneros de una manera especial.

Señor, perdónanos las faltas que en ello hemos cometido, renueva en nosotros el corazón con que las abrazamos un día, aumentándonos la gracia de cumplirlas tal y como están en nuestras humildes reglas, donde, al obrar de esta forma, hermanos míos, encontraremos el espíritu de nuestro Señor, el espíritu de sus máximas y todo lo que él nos señala en ellas, para hacernos dignos obreros de su evangelio. Esta ha sido la devoción que siempre ha existido entre nosotros, pero, por culpa mía, la compañía no ha producido los frutos que debería haber producido. Hay que esperar de la bondad de Dios, hermanos míos, de vuestras disposiciones actuales y de la gracia de la compañía, que ha hecho estas reglas como un resumen del evangelio, acomodado al uso que más necesitamos para unirnos a Jesucristo y responder a sus designios, que nos concederá la gracia de llevar cada máxima y cada regla al último grado de perfección. Se trata de formar una compañía animada del espíritu de Dios y que se conserve en la práctica de este espíritu. ¡Bendito sea Dios, que ha puesto los fundamentos y que os ha escogido para ello! ¡Bendito sea su santo nombre por haber puesto en vosotros estas disposiciones! Esto se demuestra en que habéis abandonado el mundo y habéis hecho los

votos para aplicaros más a la santa imitación de nuestro Señor. Así pues, por su misericordia, estamos muy dispuestos y obligados a practicar sus máximas, si no son contrarias al nuevo instituto ²⁸, Llenemos de ellas nuestro espíritu, llenemos nuestro corazón de su amor y vivamos en consecuencia. Recemos a los apóstoles, que tanto las amaron y tan bien las observaron; recemos a la santísima Virgen que, mejor que ningún otro, penetró en su sentido y las practicó; recemos, finalmente, a nuestro Señor, que las ha establecido, para que nos dé la gracia de ser fieles a su práctica, excitándonos a ello con la consideración de sus virtudes y con su ejemplo. Hay motivos para esperar que, al vernos aquí en camino de vivir según estas máximas, nos serán favorables en el tiempo y en la eternidad. Amén.

121 [198,XII, 130-150]

CONFERENCIA DEL 21 DE FEBRERO DE 1659

SOBRE LA BÚSQUEDA DEL REINO DE DIOS

(Reglas comunes, cap. 2, art. 2)

Explicación de la máxima del evangelio: «Buscad ante todo el reino de Dios». Motivos y medios adecuados para ponerla en práctica.

Padres y hermanos míos, ya que mis achaques me permiten hablaros esta tarde, seguiremos explicando el segundo capítulo de nuestras reglas. La charla anterior y la primera sobre dicho capítulo fueron sobre las máximas evangélicas en general, de las que esta compañía tiene que hacer una especial profesión, como de una divina doctrina dada principalmente para las almas que aspiran a la perfección, para las almas justas y escogidas por Dios para ser, como dice nuestro Señor, luz del mundo y tener luego la posesión del cielo. Ya os dijimos algo

²⁸ No hay por qué extrañarse de esta restricción, no todos los consejos evangélicos son para todos.

Conferencia 121. — Manuscrit des Conférences.

de esto el viernes pasado; os aburriría si os hablase más de ello, pero quiero recordaros, de pasada, que es sobre todo a nosotros a los que van dirigidas estas máximas, tanto porque se trata de los medios para llegar al fin primero que nos hemos propuesto, que es nuestra propia perfección, como en virtud de la especial obligación que hemos contraído de practicarlas, después de que las hemos convertido en reglas nuestras.

Pasemos ahora al segundo artículo, donde la regla dice con Jesucristo: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas que necesitéis se os darán por añadidura»? ¹ Si nuestro Señor nos ha recomendado esto, hemos de aceptarlo así; él lo quiere; él es la regla de la Misión, él es el que habla y a nosotros nos toca estar atentos a sus palabras y entregarnos a su majestad para ponerlas en práctica. Es conveniente ir explicando palabra por palabra las que acabamos de referirnos, al menos las primeras y principales.

Así pues, se dice que hay que buscar el reino de Dios. Eso de buscarlo no es más que una palabra, pero me parece que dice muchas cosas; quiere decir que hemos de obrar de tal forma que aspiremos siempre a lo que se nos recomienda, que trabajemos incesantemente por el reino de Dios, sin quedarnos en una situación cómoda y parados, prestar atención a su interior para arreglarlo bien, pero no a su exterior para dedicarnos a él. *Buscad, buscad*, esto dice, *preocupación*, esto dice *acción*. Buscad a Dios en vosotros, ya que san Agustín confiesa que, mientras lo andaba buscando fuera de él, no pudo encontrarlo; buscadlo en vuestra alma, como en su morada predilecta; es en el fondo donde sus servidores, que procuran practicar todas las virtudes, las establecen. Se necesita la vida interior, hay que procurarla; si falta, falta todo; y los que ya se han quedado sin ella, tienen que llenarse de confusión, pedirle a Dios misericordia y enmendarse. Si hay un hombre en el mundo que lo necesita, es este miserable que os está hablando; caigo y vuelvo a caer, salgo muchas veces fuera de mí y pocas veces entro en mi propio interior; voy acumulando faltas sobre faltas; es ésa la miserable vida que llevo y el mal ejemplo que os doy.

Y recogiendo un momento, el padre Vicente añadió:

1 Mt 6,33

¡Pobre hombre! Tienes mucha obligación de ser un hombre interior y no haces más que caer y volver a caer. ¡Que Dios me perdone!

Procuremos, hermanos míos, hacernos interiores, hacer que Jesucristo reine en nosotros; busquemos, salgamos de ese estado de tibieza y de disipación, de esa situación secular y profana, que hace que nos ocupemos de los objetos que nos muestran los sentidos, sin pensar en el creador que los ha hecho, sin hacer oración para desprendernos de los bienes de la tierra y sin buscar el soberano bien. Busquemos, pues, hermanos míos. ¿El qué? Busquemos la gloria de Dios, busquemos el reino de Jesucristo.

Después de la palabra *buscad* viene la palabra *primero*, esto es, buscad el reino de Dios antes que todo lo demás. Pero, padre, hay tantas cosas que hacer, tantas tareas en la casa, tantas ocupaciones en la ciudad, en el campo; trabajo por todas partes; ¿habrá que dejarlo todo para no pensar más que en Dios? No, pero hay que santificar esas ocupaciones buscando en ellas a Dios, y hacerlas más por encontrarle a él allí que por verlas hechas. Nuestro Señor quiere que ante todo busquemos su gloria, su reino, su justicia, y para eso que insistamos sobre todo en la vida interior, en la fe, la confianza, el amor, los ejercicios de religión, la oración, la confusión, las humillaciones, los trabajos y las penas, con vistas a Dios, nuestro señor soberano; que le presentemos continuas oblaciones de servicio y de anhelos por ganar reinos para su bondad, gracias para su Iglesia y virtudes para la compañía. Si por fin nos asentamos firmemente en la búsqueda de la gloria de Dios, podemos estar seguros de que lo demás vendrá después.

Nuestro Señor nos ha prometido que atenderá a todas nuestras necesidades, sin que tengamos que preocuparnos de ellas; no obstante, hay que atender a los asuntos temporales y velar por ellos en la medida en que Dios lo desea, pero sin hacer de eso nuestra preocupación principal. Dios espera que así lo hagamos y la compañía hará bien en preocuparse de las cosas exteriores; pero si se ocupa en buscar esas cosas percederas, descuidando las interiores y divinas, dejará de ser Misión; será un cuerpo sin alma; y este lugar será, como ha sido otras veces, un motivo de pena para las buenas personas y de aban-

dono de Dios. Así es como hemos de buscar ante todo y sobretodo el reino de Dios. Pero ¿qué es ese reino de Dios?

Se dan diversas explicaciones de esta palabra: 1.º Se entiende del dominio de Dios sobre todas las criaturas, angélicas y humanas, animadas e inanimadas, sobre los condenados y los demonios; Dios es el dueño, señor y soberano de todo y de todas las cosas. 2.º El gobierno de su Iglesia, compuesta de elegidos y de réprobos; Dios es su rey; ha dado leyes a esta Iglesia, inspira a sus gobernantes la buena dirección que siguen, reina sobre los concilios canónicos y las santas asambleas que se celebran para el buen orden del estado cristiano, y para ello las preside el Espíritu Santo. Él es el que ha dado las luces esparcidas por toda la tierra, que han iluminado a los santos, ofuscado a los malvados, disipado las dudas, manifestado las verdades, descubierto los errores y mostrado los caminos por donde la Iglesia en general y cada uno de los fieles en particular pueden caminar con toda seguridad.

3.º Reina de una manera especial sobre los justos, que lo honran y le sirven; sobre las almas buenas, que se entregan a Dios y no respiran más que a Dios; sobre los elegidos, que deberán glorificarle eternamente. Sobre esas personas es sobre las que reina de una manera especial, por medio de las virtudes que practican y que han recibido de él. El es el Dios de las virtudes, y no hay ninguna que no venga de él. Todas ellas proceden de esta fuente infinita, que las envía a las almas escogidas que siempre dispuestas a recibirlas, son siempre fieles en practicarlas. Y de este modo ellas procuran el reino de Dios, y es así como Dios reina siempre en ellas.

¡Ay, hermanos míos! ¿Estamos nosotros en esta situación? ¿Tenemos la dicha de que Dios sea el dueño en nosotros, de forma que sus virtudes realicen sus operaciones en nosotros sin resistencia alguna? Hermanos míos, preguntémonos a nosotros mismos: «¿Hago yo lo que hacen esas almas? ¿Estoy pronto ante los atractivos de Dios, fiel a sus deseos, exacto en mis prácticas y dispuesto siempre a obrar según su voluntad?». Si es así, decid con entusiasmo lo mismo que decía nuestro Señor: «Como mi Padre que vive me ha enviado, por eso yo vivo

por mi Padre»², Estad seguros de que, si el Dios de las virtudes os ha escogido para practicarlas, vosotros vivís por él y su reino está en vosotros³. Pero, si no es así, ¿qué habrá que hacer? Entregarnos a él sin regateos y sin reservas desde este momento, para que acepte disponernos a esta vida de elegidos y aparte de nosotros tanta voluntad propia y nuestros afanes de propia satisfacción, que es lo que impide que Dios resida apacible y absolutamente en nosotros. ¿Por qué no vamos a hacer ahora todos juntos este acto de abandono en su divina bondad? Digámosle pues: «¡Oh, rey de nuestros corazones y de nuestras almas! Aquí estamos humildemente postrados a tus pies, entregados por entero a tu obediencia y a tu amor; nos consagramos de nuevo por completo y para siempre a la gloria -de tu majestad; te suplicamos con todas nuestras fuerzas que establezcas tu reino en la compañía y le concedas la gracia de que ella te entregue el gobierno de sí misma y que nadie se aparte de él, sino que todos seamos conducidos según las normas de tu Hijo y de los que tú has puesto para gobernarla».

Así es, hermanos míos, como deben entenderse estas palabras: «Buscad el reino de Dios»; pero además se dice: «y su justicia». Fijaos que añade justicia. Sé muy bien que algunos no ponen casi ninguna diferencia entre buscar el reino de Dios y buscar su justicia y que, por tanto, no sería necesario que me detuviese más en la explicación de estas palabras; sin embargo, como hay otros que las distinguen y como en la sagrada escritura no hay ninguna palabra de la que no se pueda sacar algún fruto, si se explica y se medita con cuidado, no será inconveniente que os diga aquí lo que se puede entender por estas palabras: «Buscad la justicia de Dios». Para ello, hay que saber antes cuál es esa justicia de Dios. Padres, vosotros habéis estudiado teología y yo soy un ignorante, un alumno de primaria; sabéis que hay dos clases de justicia, la conmutativa y la distributiva; ambas se encuentran en Dios: *justus Dominus et justitias dilexit*⁴. También se encuentran en los hombres, pero con el defecto de que son dependientes, mientras que la justicia de Dios es soberana. No obstante, nuestras justicias no

2 Jn 6,58.

3 Lc 17,21.

4 Sal 10,7.

dejan de tener sus propiedades, por las que guardan cierta relación y semejanza con la divina, de la que dependen. Así pues, la de Dios es conmutativa y distributiva a la vez.

1.º Conmutativa, ya que Dios transforma los trabajos de los hombres en virtudes, y sus méritos en recompensas; y como los cuerpos se corrompen el alma toma posesión de la gloria que ellos han merecido. Esta conmutación de los méritos en recompensa se hace por medida y por número o, como dicen los teólogos, *en proporción aritmética*. Sí, Dios proporciona las virtudes según el esfuerzo que se pone por adquirirlas y da la gloria según el número y el valor de las buenas acciones. Esto tiene que impresionarnos, padres; Dios nos recompensará por la justicia y por la cuenta de nuestras obras. Esforcémonos, hermanos míos, esforcémonos en la virtud, multipliquemos el empeño, busquemos el honor y el beneplácito de nuestro soberano Salvador; llevemos vida interior, aumentemos el reino de Dios en nosotros. Hay un pasaje en la carta de san Pablo a los corintios: *Opera illorum sequuntur illos* ⁵: las obras buenas del justo lo acompañarán y Dios se las recompensará, lo mismo que castigará también a los malos, en proporción con sus iniquidades, con la pena del infierno; pero lo hará estrictamente y con esa proporción aritmética de la que acabamos de hablar. Disminuyamos las miserias de nuestra alma y progreseemos en la virtud; Dios será exacto en recompensar nuestras buenas obras y en castigar las malas. Esto es cierto, hace poco que lo he leído. Así pues, si Dios obra de esta forma, padres, ¿no hemos de mirar su justicia buscando su gloria, y mirar su gloria buscando su justicia? ¿no hemos de hacer todo el bien que podamos para este fin, para que nuestras obras sean dignas de esta conmutación de la gloria y que la gloria responda a las obras? No podemos esperar que Dios nos conceda una buena medida, y sobreabundante ⁶, si nosotros nos portamos roñosamente con él; hay que sembrar mucho con nuestras buenas acciones, para recoger mucho en recompensa, y así es como buscaremos la justicia de Dios, en cuanto conmutativa y propia solamente de él.

5 Más exactamente Ap 14,13.

6 Cfr. Lc 6,38.

2.º También es distributiva, en cuanto que conserva cierta proporción llamada geométrica, cuando Dios distribuye el cielo a los buenos y el infierno a los malos, tales como yo, que no puedo esperar más que un riguroso castigo. El cielo es un conjunto de bienes infinitos que Dios distribuye a las almas justas. ¿Y qué es el infierno? Un lugar donde abundan toda clase de males que no acabarán nunca, distribuidos entre los que se han prostituido al pecado; y esta justicia se llama distributiva. ¿Por qué? Porque el cielo es la paga o el salario con que recompensa a sus servidores, y el infierno es la pena con que castiga a los malos. Es propio de Dios darle a cada uno según sus obras Padres, no nos engañemos: tenemos que ser castigados; tengamos miedo.

Hace algunos días leí, o mejor dicho, me refirieron que un religioso decía que en su orden parecía como si se temiese a Dios; el temor reinaba allí, pero no en todos, pues exceptuaba a algunos que no pensaban en los castigos de Dios y en los que no cabía el temor; eran los espíritus abandonados, que no pensaban ni se preocupaban de los fines últimos. «Yo hago oración, decía, rezo el oficio y hago todos mis ejercicios, pero con miedo de hacerlos mal, o por lo menos de no hacerlos bastante bien».

Padres, recordemos la forma con que nosotros cumplimos con los nuestros; sólo encontraremos en ellos mucho motivo para temer que, en vez de merecer alguna recompensa, Dios nos encuentre dignos de castigo. Pero ¿adónde vamos con todo, este discurso sobre la justicia conmutativa y la distributiva? A que comprendamos, en breves palabras, que para buscar debidamente y para encontrar felizmente esta divina justicia, hay que considerarla a la vez como conmutativa y como distributiva, esto es, mirarla como dispuesta a recompensarnos abundantemente, si procuramos merecerla por la práctica de las virtudes convenientes a nuestro estado; lo cual es, en cierto modo imitar a la justicia divina.

He aquí, padres, una larga explicación de esta máxima; pero no es eso todo; hay que saber que, por estas palabras: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia», nuestro Señor no pide solamente de nosotros que busquemos primero el reino de Dios y su justicia de la manera que acabamos de señalar;

quiero decir que no basta con obrar de modo que Dios reine en nosotros, buscando así su reino y su justicia, sino que además es preciso que deseemos y procuremos que el reino de Dios se extienda por doquier, que Dios reine en todas las almas, que no haya más que una verdadera religión en la tierra y que el mundo viva de una manera distinta de como vive, por la fuerza de la virtud de Dios y por los medios establecidos en su Iglesia; finalmente, que su justicia sea buscada e imitada por todos con una vida santa, y así sea él perfectamente glorificado en el tiempo y en la eternidad.

Esto es, por consiguiente, lo que hemos de hacer: desear que se propague la gloria de Dios y trabajar por ello.

Hablo de *su gloria* y hablo de *su reino*, tomando así lo uno por lo otro, ya que se trata de lo mismo. La gloria de Dios está en el cielo; y su reino, en las almas. Tengamos, pues, ese continuo deseo de que se extienda el reino de Dios y ese anhelo de trabajar con todas nuestras fuerzas para que, después de haber procurado el reino de Dios en la tierra, vayamos a gozar de él en el cielo. Tengamos siempre esta lámpara encendida en nuestros corazones ⁷.

¡Ay, padres! ¡Qué felices somos de estar en una compañía que tiene como finalidad, no sólo hacernos dignos de que él reine en nosotros, sino también que sea amado y servido por todo el mundo y que todo el mundo se salve! Cuando leamos la regla, veremos que nos recomienda en primer lugar que nos perfeccionemos, esto es, que hagamos reinar a Dios en vosotros y en mí, y en segundo lugar que cooperemos con él por la extensión de su reino. ¿No os parece esto maravilloso? Es hacer lo que hacen los ángeles de Dios, escogidos por él para llevar e indicar su voluntad a los hombres, para que estos obren según ella. ¿Habrá en la tierra una situación más digna de ser deseada que la nuestra?

Esta es, padres, la explicación global de estas palabras: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia». Pasemos a los motivos que tenemos para entregarnos a Dios con este fin. El primero es que no sólo nos obliga a ello la regla, sino que nos lo ordena Jesucristo; ésa es la primera de sus máximas, la

7 Cfr. Lc 12,35.

principal de sus prácticas: aspirar a que Dios sea conocido, servido, amado, que su reino y su justicia sean buscados antes que todo lo demás. Pues bien, si nuestro Señor nos exhorta a ello y nos lo manda, también da la gracia para hacerlo a todos cuantos se la pidan, y la aumenta a los que le son fieles. ¿A qué se deberá, hermanos míos, que no respondamos a una cosa tan santa, tan provechosa y tan adecuada a nuestra profesión? Ahí está mi regla, que me dice que he de obrar de forma que Dios reine. Nada podrá impedirme que, con la ayuda de Dios, me dedique por entero a un deber tan justo.

El segundo motivo para ello es la promesa de nuestro Señor. ¿Cuál? Si nosotros atendemos a sus negocios, él hará los nuestros. Busquemos su gloria, ocupémonos de ella, no nos preocupemos de nada más: *et haec omnia adjicientur vobis*: y todas las demás cosas que necesitéis se os darán por añadidura. Preocupémonos de buscar que Dios reine en nosotros y en los demás por medio de todas las virtudes; y dejémosle a él el cuidado de todas las cosas temporales; así lo quiere él. Sí, el nos proveerá de alimento, de vestido, y hasta de ciencia. ¡Pobres de nosotros si no la tenemos! ¡Ay de los misioneros que no estudian para tenerla! Pero antes hay que esforzarse en las virtudes, trabajar por la vida interior, preferir las cosas espirituales a las temporales, y entonces ya vendrá todo lo demás.

A este propósito, acordaos de Abraham, a quien Dios le había prometido poblar toda la tierra por medio de un hijo que tenía. Pero Dios le pide que se lo sacrifique. Si Abraham hace morir a su hijo, ¿cómo cumplirá Dios su promesa? Sin embargo, Abraham, que tenía su espíritu acostumbrado a cumplir la voluntad de Dios, acepta la obligación de ejecutar esta orden, sin preocuparse de nada más.⁸ A Dios le toca pensar en ello, podía decir; si yo cumplo su mandato, él cumplirá su promesa; pero ¿cómo? No lo sé. Sólo sé que es todopoderoso. Le voy a ofrecer lo más querido que tengo en el mundo, ya que así lo quiere. ¡Pero es mi hijo único! ¡No importa! ¡Pero, si le quito la vida a este niño, ya no habrá medio de que Dios cumpla su palabra! ¡Es lo mismo! Si él así lo quiere, habrá que hacerlo. Pero, si lo conservo, mi descendencia será bendi-

8 Cfr. Gén 22.

ta: Dios lo ha dicho. Sí, pero también ha dicho que le dé muerte; me lo ha indicado; obedeceré, pase lo que pase, y esperaré en sus palabras. Admirad esta confianza: no se preocupa para nada de lo que puede pasar; sin embargo, la cosa le tocaba muy de cerca; pero espera que todo saldrá bien, ya que Dios se mete en ello. ¿Por qué no tendremos nosotros esa misma esperanza, si le dejamos a Dios el cuidado de todo lo que nos preocupa y preferimos lo que él nos mande?

También a propósito de esto, ¿os acordáis de la fidelidad de los hijos de Recab ⁹? Recab era un buen hombre, que recibió de Dios la inspiración de vivir de manera distinta de los demás hombres; sólo podía morar en tiendas de campaña, y no en casas: por eso abandonó la que tenía. Y se fue al campo donde se le ocurrió no plantar ninguna viña, para no beber vino; en efecto, no las plantó y no bebió jamás. Prohibió a sus hijos sembrar trigo y otros granos, plantar árboles y tener huertos, de modo que estaban todos sin trigo, sin pan y sin frutos. ¿Qué harás entonces, pobre Recab? ¿Crees que tu familia podrá prescindir de alimento, y tampoco tú? — Comeremos lo que Dios nos mande — Fijaos si es duro esto, padres. No hacen esto ni los religiosos más pobres, que no llevan su renuncia hasta ese extremo. Pero la confianza de aquel hombre fue tan grande que se privó de todas las comodidades de la vida, para depender solamente del cuidado de la providencia viviendo en esta situación 350 años; esto fue tan agradable a Dios que, al reprocharle a Jeremías la dureza de su pueblo, abandonado a sus placeres, le dijo: «Vete a esos hombres duros y diles que hay un hombre que hace esto, esto y esto». Jeremías hizo venir a un hijo de Recab para probar la gran abstinencia del padre y de los hijos; para ello, mandó poner sobre la mesa pan, vino, vasos, etcétera. Cuando llegó el muchacho, Jeremías le dijo: «Tengo de Dios el encargo de decirte que bebas vino» — «Y yo, dijo el muchacho, tengo el encargo de no beber; hace mucho que no lo hemos bebido, porque nos lo ha prohibido nuestro padre».

Pues bien, si aquel padre tenía la confianza de que Dios atendería a la subsistencia de su familia sin que él se preocu-

9 Jer 35

pase de ella, y si los hijos eran tan fieles en cumplir la intención de su padre, ¡que confianza hemos de tener nosotros de que, en cualquier situación donde nos ponga Dios, mirará también por lo que necesitamos! ¿Cuál es nuestra fidelidad a las reglas, en comparación con la de esos hijos que, a pesar de no estar obligados a abstenerse de esas cosas usuales en la vida, vivían no obstante en tanta pobreza? ¡Dios mío! Pidámosle a su divina bondad una gran confianza en todas las ocasiones que se nos presenten; si somos fieles a él, nada nos faltará; vivirá él mismo en nosotros, nos guiará, nos defenderá y nos amará; todo lo que hagamos y digamos le será agradable.

El tercer motivo que tenemos para ello es que nuestro Señor, en san Mateo ¹⁰, al hablar de esa confianza que hemos de tener en Dios, dice: «Ved los pájaros que ni siembran ni cosechan; sin embargo, Dios les pone la mesa en todas partes los viste y los alimenta; hasta las hierbas del campo, y los lirios, tienen unos adornos tan maravillosos que ni Salomón, en toda su gloria, ha tenido otros semejantes». Pues bien, si Dios mira por las aves y las plantas, ¿por qué no os vais a fiar vosotros, incrédulos, de un Dios tan bueno y providente? ¡Fiaros más de vosotros mismos que de él! Él lo puede todo, y vosotros nada; ¡y os atrevéis a apoyaros más en vuestra industria que en su bondad, en vuestra pobreza que en su abundancia! ¡Oh miseria del hombre! He de decir aquí que los superiores están obligados a velar por las necesidades de cada uno y de proveer a todo lo necesario. Lo mismo que Dios se ha obligado a proporcionar la vida a todas sus criaturas, hasta a un insecto, también quiere que los superiores y encargados, como instrumentos de su providencia, velen para que no les falte nada necesario ni a los sacerdotes, ni a los clérigos, ni a los hermanos, ni a cien, o doscientas, o trescientas personas o más, que estuviesen aquí, ni al menor, ni al más grande. Pero también, hermanos míos, tenéis que descansar en los cuidados amorosos de la misma providencia para vuestro sustento, y contentaros con lo que se os dé, sin indagar si la comunidad tiene con qué, o no tiene, ni preocuparos más que de buscar el reino de Dios, ya que su sabiduría infinita proveerá a todo lo demás.

10 Mt 6,26.28.29.

Hace poco le preguntaba a un cartujo, que está de superior en una casa, si llamaba a los religiosos a consejo para el gobierno de lo temporal. Me respondió: «Llamamos a los encargados, como el subprior, el procurador y yo; todos los demás se quedan tranquilos; sólo se cuidan de cantar las alabanzas de Dios y de hacer lo que la regla y la obediencia les ordenan». Aquí observamos esta misma práctica, gracias a Dios; sigamos así. Estamos obligados a tener algunos bienes y hacerlos rendir para atender a todo. Hubo un tiempo en que el Hijo de Dios envió a sus discípulos sin dinero ni provisiones ¹¹; luego creyó conveniente poseer algo, recibir limosnas y reunir algunas cosas para el sustento de su compañía y la ayuda a los pobres ¹². Los apóstoles siguieron esta norma, y san Pablo dice de sí mismo que trabajaba con sus manos y reunía con qué aliviar a los cristianos necesitados ¹³. Les toca, pues, a los superiores velar por la economía; pero que procuren también que esta vigilancia de lo temporal no haga disminuir la de las virtudes; que obren de modo que se mantenga en vigor esta práctica en la compañía y que Dios reine en ella sobre todo; es ésa la primera finalidad que han de tener.

Y para que lo hagamos todos, la regla nos proporciona un cuarto motivo: *Por tanto, dice, el misionero no ha de preocuparse de los bienes de este mundo, sino que pondrá todos sus cuidados en la providencia del Señor, teniendo por cierto que, mientras se mantenga en su caridad y en esta confianza, estará siempre bajo la protección de Dios y no le sucederá ningún mal ni le faltará ningún bien, etcétera.* No es ésta una idea nuestra, sino de la sagrada escritura, que dice: *Qui habitat in adiutorio Altissimi, in protectione Dei caeli commorabitur* ¹⁴. A esos no les sucederá nada malo, porque todo se les tornará en bien y no les faltará ninguna cosa, ya que Dios no dejará de darles lo que necesiten, tanto para el cuerpo como para el alma; en fin, todo les saldrá bien, aun cuando parezca que los males les amenazan. Por eso, hermanos míos, tenemos motivos para esperar que, mientras estéis firmes en esta confianza, no

11 Mt 10,9-10.

12 Jn 13,29

13 Hech 20,34-35.

14 Sal 90,1.

sólo estaréis preservados de todo daño, sino que gozaréis de toda clase de bienes; sí, tenéis motivo para esperarlo, incluso cuando parezca que todo está perdido.

Los santos, padres, los santos quisieron atestiguar al cielo y a la tierra su perfecta confianza en el Señor mediante este apartamiento de las criaturas y de sus propias comodidades; para ello, abandonaron sus bienes, placeres, honores, su vida y sus almas. ¿Para qué? Para que él fuera su dueño, para que reinase absolutamente sobre ellos y dependiesen sólo de él en todas las cosas, en el tiempo y en la eternidad. ¡Qué gran abandono! ¡Qué gran confianza! Pero el santo de los santos, que les desbrozó el camino, ¿hasta dónde no llevó la práctica de estas cosas que acabo de deciros? (He de abreviar, que los minutos corren) Bien, el Hijo de Dios declara de sí mismo que no busca su gloria, sino la del Padre ¹⁵. Todo lo que hace y lo que dice es para glorificarle, sin reservar para sí más que la desnudez, el sufrimiento y la ignominia. Hermoso ejemplo, hermanos míos, por el que Jesucristo nos obliga mansamente a entrar en sus inclinaciones, afectos, prácticas y consejos. El no buscó nunca su gloria. ¿Y nosotros? ¿Queremos imitarle? ¿queremos renunciar a toda pretensión de honor? ¿queremos buscar sólo el suyo, no obrar más que para establecer su gloria en las almas, para hacer que llegue su reino y que su voluntad se haga en la tierra como en el cielo? Si así lo hacemos, lo tendremos todo ¹⁶, Me parece que son éstos unos motivos muy poderosos para llevarnos a la práctica de esta santa máxima; pero ¿cuáles son los medios para ello?

Los medios son: 1º pedírselo incesantemente a Dios. Somos unos mendigos; portémonos ante Dios como tales; somos pobres y ruines, necesitamos de Dios para todo, sobre todo para observar esta máxima que nos obliga a buscar a Dios lo primero: esto sólo podemos hacerlo con su espíritu. Pero no basta con pedírselo; hay que empezar a practicar esta regla cuanto antes. ¿Qué hacer para ello? Practicar las virtudes que esto supone: celo de su gloria, despego de las criaturas y confianza en él

15 Jn 8,50; 7,18.

16 Mt 6,10.

Creador; hacer actos interiores y exteriores, pensar con frecuencia en ello y, si caemos, volver a levantarnos.

2.º En la misma regla se dice que todos preferirán las cosas espirituales a las temporales, el alma al cuerpo, Dios al mundo, y que finalmente escogerán la pobreza, la infamia, los tormentos y la misma muerte antes que verse separados de Jesucristo. Cuando se encuentre uno en una ocasión en que se trate de escoger una cosa espiritual o una cosa temporal, tiene que abrazar la primera y dejar la segunda, es lo que Dios nos pide; esto es hacer que reine en nosotros atender a sus asuntos más que a los nuestros, preferir la vida del alma a la del cuerpo, hermanos míos, la vida del alma a la del cuerpo. Mirad, se presenta la ocasión de que los enfermos le den a Dios parte de sus enfermedades; tienen que hacerlo. Hermanos míos, es propio del reino de Dios preferir el alma al cuerpo, el honor de Dios al del mundo. Bebamos el cáliz, abracemos la confusión, con la confianza de que todo vendrá en provecho nuestro. En fin, hay que decidirse, como el apóstol, a escoger los tormentos, y la misma muerte, antes que separarse de la caridad de Dios ¹⁷. Quizás se presente la ocasión de seguir a Jesucristo y sufrir la prisión, la tortura, el fuego, el martirio; ¡benditas ocasiones, que nos ofrecen el medio de hacer que reine soberanamente el Hijo de Dios! Entreguémonos a él, hermanos míos, os lo pido por su santo nombre, para que nos conceda la gracia de preferir las penas y la muerte al peligro tremendo de perder su amor; tal debe ser nuestra decisión desde ahora. Sí, Dios mío, sí padres, si se presenta la ocasión de perder el honor, los placeres y la vida, para que Jesucristo sea conocido y servido, viviendo y reinando por doquier, hemos de estar dispuestos, por su misericordia. Hagámosle, pues, de antemano este ofrecimiento, aunque la naturaleza sienta alguna repugnancia; tengamos la confianza de que Dios nos dará fortaleza cuando la necesitemos. «Os envío como corderos en medio de lobos», decía nuestro Señor a sus apóstoles ¹⁸, El no quería que pensasen en la respuesta que habrían de dar a los príncipes y a los tiranos; «porque entonces, les decía, se os dirá lo que tenéis

17 Cfr. Rom 8,35.

18 Mt 10,16.

que decir». No dudéis, hermanos míos, de que así ocurrirá con vosotros en ocasiones semejantes, cuando tengáis que hablar y sufrir como perfectos cristianos. Dejémosle obrar a él y no pensemos más que en su amorosa y santa voluntad. ¡Quién nos diera el celo de santa Teresa, que hizo voto de escoger siempre la gloria de su Señor, y no sólo su gloria, sino su mayor gloria! Se presenta la ocasión de hacer una obra buena en su honor; pero se presenta luego otra de mayor importancia: ella acudía a ésta y dejaba para luego la otra. Y se comprometió de palabra y en conciencia a obrar siempre de este modo. Esa era también la norma de san Ignacio: *Ad majorem Dei gloriam*. Un gran prelado de estos tiempos sigue esta misma práctica de animar sus acciones y sus obras con esta intención de buscar siempre el mayor bien: es el señor obispo de Cahors¹⁹, que tiende siempre a lo más perfecto; y lo consigue.

Si hay alguno entre nosotros que sienta este mismo deseo, enhorabuena, hermanos míos; abrid vuestros corazones a esta divina inspiración y seguid este noble movimiento, que siempre os llevará hacia arriba. Los demás que se arrastran por debajo, como yo, miserable de mí, que se levanten. Entreguémonos a Dios para desear y para hacer que se extienda a nosotros el reino de Dios, que se extienda sobre el estado eclesiástico y sobre todos los pueblos; al obrar de esta forma, practicaremos lo que nuestro Señor y nuestro celo piden de nosotros por este artículo.

¡Salvador mío Jesucristo, que te santificaste para que fueran santificados los hombres, que huiste de los reinos de la tierra, de sus riquezas y de su gloria y sólo pensaste en el reino de tu Padre en las almas: *non quaero gloriam meam, etcétera, sed honorifico Patrem meum*²⁰! Si tú viste así para con un otro tú, ya que eres Dios en relación con tu Padre, ¿qué deberemos hacer nosotros para imitarte a ti, que nos sacaste del polvo y nos llamaste a observar tus consejos y aspirar a la perfección? ¡Ay, Señor! Atráenos a ti, danos la gracia de entrar en la práctica de tu ejemplo y de nuestra regla, que nos lleva a buscar el reino de Dios y su justicia y a abandonarnos a él

19 Alano de Solminihac.

20 Jn 8,54.

en todo lo demás; haz que tu Padre reine en nosotros y reina tú mismo haciendo que nosotros reinemos en ti por la fe, por la esperanza y por el amor, por la humildad, por la obediencia y por la unión con tu divina majestad. Al hacer así, tenemos motivos de esperar que algún día reinarémos en tu gloria, que nos has merecido con tu preciosa sangre ²¹. Esto es, hermanos míos, lo que hemos de pedirle en la oración; y durante todo el día, desde que nos despertemos, decirse cada uno en su interior: «¿Qué hacer para que Dios reine como soberano en mi corazón? ¿Qué hacer para extender por todo el mundo el conocimiento y el amor de Jesucristo? ¡Mi buen Jesús, enséñame a hacerlo y haz que así lo haga!».

Cuando suene el reloj, renovemos esta oración y la resolución de trabajar en ello, y sobre todo en la santa misa, establecida para reconocer de forma soberana la suprema majestad de Dios y alcanzarnos las gracias necesarias para vivir y morir bajo el reino glorioso de su Hijo eterno. *Amén.*

Después de la oración, el padre Vicente dijo con muchos sentimientos de humildad y de gratitud:

Esperen un poco, por favor. Hemos hablado de la providencia, hermanos míos, y del deseo que Dios tiene de que confiemos en él. Ha querido su bondad hacer que experimentemos hace poco cómo es siempre fiel a sus promesas. Le inspiró a una señora, que ha muerto recientemente (ayer falleció), la idea de hacer un favor a esta pobre y ruin compañía y a otra casa distinta de la nuestra; ha dejado en testamento 18.000 libras, una cantidad importante, ¡18.000 libras! ¡Oh bondad de Dios, qué admirable eres! ¡Oh conducta admirable, qué digna de amor eres! ¡Oh providencia infinita, que velas por las necesidades de cada uno! El día que teníamos que hablar de ti, tú te nos muestras de forma tan clara; el mismo día que teníamos que excitarnos a descansar en tus cuidados paternales en lo referente a las cosas temporales, para no pensar más que en las espirituales, ése mismo día tú nos envías un muchacho para que nos dé el primer aviso de esta limosna tan considerable. Cuando llegó ese muchacho a la puerta, pidió hablar conmigo; le dijeron que no estaba yo en disposición para ello; él insistió y

21 1 Pe 1,19.

logró entrar en mi habitación, donde me presentó el extracto del testamento de la difunta; es la señora marquesa de Vins, que ha puesto los ojos en la casa más pobre y más útil de la compañía: la de Marsella, a la que ha dejado esta suma, para ponerla en renta, con la condición de dar misiones en la diócesis de Marsella y, de vez en cuando, en unas tierras que ella posee por allí. El párroco de San Nicolás de Chardonnet ²² me ha pasado también aviso. ¿Cómo no admirar, padres, esta gracia de Dios que, al ver a esa pobre familia en peligro de sucumbir, la ha levantado y robustecido con esta ayuda tan considerable? Se encuentra esa casa a medio camino entre París y Roma, es un puerto de mar donde se toma el barco para Italia y para el Levante: por consiguiente, es muy útil para la compañía. Cuidan allí de la salvación y del alivio de los pobres galeotes, sanos y enfermos, y llevan los asuntos de los esclavos de Berbería, además de llevar a cabo las demás cosas que se realizan en las otras casas.

Padres y hermanos míos, he aquí un gran motivo para humillarnos delante de Dios por el cuidado que pone en mantenernos en esta fundación tan importante, y de una forma tan eficaz, en la que no pensábamos. Es este un gran motivo para reconocer con todas nuestras fuerzas el bien que le hace a esa pobre casa, donde nuestros hermanos trabajan con tanto fruto y bendición. Le digo todo esto a la compañía para que, por una parte, dé gracias a Dios por las que su divina bondad ha hecho a esa buena señora, que era muy piadosa, así como también por el favor que su infinita misericordia nos ha hecho por su medio; y por otra parte, que pida a nuestro Señor que sea él mismo la recompensa eterna de su alma y le aplique el mérito de los bienes que habrán de hacerse en virtud de esa limosna. Les ruego a todos los sacerdotes que celebren mañana por esta intención, si no tienen otra obligación. Me había olvidado de deciros esto, aunque me lo había propuesto. Nada más.

22 Hipólito Féret.

SOBRE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

(Reglas comunes, cap. 2, art. 3)

Inspirándose en la «Regla de perfección del capuchino Benito de Canfield (París, Chastellain 1609), el padre Vicente demuestra cómo la conformidad con la voluntad de Dios contiene todas las demás virtudes. La conformidad activa consiste: 1.ª en hacer lo que está mandado; 2.ª en huir de lo que está prohibido; 3.ª en realizar, entre varios proyectos indiferentes, el que nos mortifica; 4.ª en seguir las inspiraciones con gran prudencia; 5.ª en ejecutar lo que es razonable. Medios: rezar y mortificarse.

Hermanos míos, estamos en la explicación del segundo capítulo de nuestras reglas, que se refiere a las máximas evangélicas. Hace poco hablamos de ésta: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia», contenida en el segundo artículo de dicho capítulo.

Pasamos ahora al tercer artículo que dice:

Y como la santa práctica de hacer siempre y en todas las cosas la voluntad de Dios es un medio seguro para poder adquirir pronto la perfección cristiana, cada uno procurará, dentro de sus posibilidades, hacer que le resulte familiar, cumpliendo estas cuatro cosas:

1.ª Ejecutar debidamente las cosas que están mandadas, huyendo cuidadosamente de las que están prohibidas, siempre que tal mandamiento o tal prohibición venga de parte de Dios, o de la Iglesia, o de nuestros superiores, o de nuestras reglas y constituciones.

2.º *Entre las cosas indiferentes que haya que hacer, escoger las que repugnan a nuestra naturaleza antes que las que la satisfacen, a no ser que sean necesarias estas últimas; pues entonces hay que preferirlas a las demás, aunque considerándolas, no por lo que deleitan a los sentidos, sino en cuanto que son más agradables a Dios. Y si se presentan para hacer al mismo tiempo varias cosas indiferentes por su naturaleza, igualmente agradables o desagradables, entonces convendrá aceptar indiferentemente lo que se quiera, como viniendo de la divina providencia.*

3.º *Y por lo que se refiere a las cosas que nos vienen sin esperarlas, como son las aflicciones o los consuelos, tanto corporales como espirituales, recibirlas todas con igualdad de ánimo, como salidas de la mano paternal de nuestro Señor.*

4.º *Hacer todas estas cosas por el motivo de ser ésta la voluntad de Dios, y para imitar en ello, en cuanto nos sea posible, a nuestro señor Jesucristo, que siempre hizo estas mismas cosas, y por el mismo fin, tal como nos lo asegura él mismo, cuando dice: «Yo hago siempre las cosas que son según la voluntad de mi Padre».*

Pues bien, al leer esto, he advertido que se ha deslizado una falta del impresor, en la que no nos habíamos fijado; es donde se dice: *Si se presentan para hacer al mismo tiempo varias cosas indiferentes por su naturaleza, igualmente agradables o desagradables*; tiene que decir: *Si se presentan para hacer al mismo tiempo varias cosas indiferentes por su naturaleza, que no son ni agradables ni desagradables*, entonces conviene aceptar indiferentemente lo que se quiera.

Así pues, la regla dice que lo que nos ayuda a conseguir la perfección de cristianos y de misioneros es este ejercicio de la voluntad de Dios. Hay que advertir que hay diversos ejercicios propuestos por los maestros de la vida espiritual, y que ellos practicaron de diversas maneras. Algunos se han propuesto la indiferencia en todo, y han creído que la perfección consistía en no desear nada ni rechazar nada de lo que Dios nos envía. En todas las ocasiones se elevaban a Dios y se hacían indiferentes ante unas cosas o ante otras. Esta indiferencia es un

santo ejercicio. ¡Qué ejercicio tan santo querer lo que Dios quiere en general y nada en particular!

2.º Otros se han propuesto obrar con pureza de intención, ver a Dios en todo lo que ocurre, para hacerlo y sufrirlo todo por él. Esto es muy sutil. En resumen, el ejercicio de hacer siempre la voluntad de Dios es más excelente que todo esto, ya que comprende la indiferencia y la pureza de intención y todas las demás maneras practicadas y aconsejadas; y si hay algún otro ejercicio que lleve a la perfección, se encontrará: eminentemente en este. ¿Hay alguien más indiferente que el que cumple la voluntad de Dios en cada cosa, que no se busca a sí mismo en ninguna de ellas, y que no quiere, incluso las que podría querer, más que porque Dios también las quiere? ¿Hay alguien más libre y más dispuesto a cumplir la voluntad divina? ¿Y la pureza de intención? ¿cómo practicarla mejor que con la práctica de la voluntad de Dios? ¿Hay alguien que tenga una pureza más perfecta que el que quiere y hace todo lo que Dios quiere y de la manera como lo quiere? Que se comparen todos estos ejercicios y se verá que Dios es más glorificado en la práctica de su voluntad que en todos los demás, y que no hay nadie que lo honre más que el que se entrega de forma especial a esta santa práctica. Es éste un motivo para que nos entreguemos firmemente a Dios para observar esta regla.

Y he aquí un segundo motivo: es cierto que las obras hechas de forma humana y mezquina, sin darles un fin noble, como es el de cumplir la voluntad de Dios, son obras muertas. Asistir al oficio divino, meditar, predicar y trabajar sin dirección, todas estas obras ¿no son acaso sólo acciones inanimadas? Es una moneda que no vale, porque no está acuñada con sello del príncipe, ya que Dios mira las obras, sólo si se ve en ellas y se las dedicamos.

Nuestro padre Adán era un árbol fecundo en el paraíso terrenal ¹, que daba naturalmente frutos agradables a los ojos de su Señor; pero cuando el diablo le hizo cometer aquel pecado, se desvió su voluntad y, al separarse de la de Dios, fue incapaz por sí mismo de producir nada que pudiera agradar a

1 Cfr. Rom 11,17.

Dios; y nosotros, todos los que hemos salido de aquel tronco viciado, nos encontramos humanamente hablando en esta misma imposibilidad, de forma que todo lo que procede de allí, las acciones que provienen del viejo Adán, no son agradables a Dios, ya que son obras de la naturaleza que no tienen ninguna relación con Dios, ya que no están dirigidas a él.

Si hay algunos doctores que creen que lo que no se hace por Dios es pecado, ¿por qué no vamos a creer nosotros que, aunque no sea pecado, al menos carece de valor ante él? Pues bien, para hacer que nuestras acciones y omisiones sean buenas, que cuanto hagamos y cuanto dejemos de hacer tenga las condiciones requeridas para agradar a Dios, la regla nos enseña el medio para ello, cuando nos ordena hacer siempre y en todas las cosas la voluntad de Dios, y nos dice que procuremos, dentro de nuestras posibilidades, hacer que esta práctica nos sea familiar. Si tenemos suficiente gracia de Dios y bastante confianza en su bondad, ya que él siempre nos la da en abundancia, ¿no vamos a entregarnos a él desde ahora para darle gusto y para obrar desde ahora en él y por él? *Deus virtutum*: él es el Dios de las virtudes. ¡Que se practiquen, pues estas virtudes! ¡Que se haga todo por Dios! Si hubiera algunos en la compañía que fuesen fieles en esto, si fuera grande su número, si todos fuéramos de este feliz número, ¡oh Salvador! ¡qué bendición! ¡Oh Dios mío! ¡qué agradable te sería la Misión! Tú lo sabes, bondad divina, y nosotros sabemos, hermanos míos, que nuestras obras no tienen ningún valor, si no son vivas y no están animadas por la intención de Dios. Es éste el consejo del evangelio, que nos lleva a hacerlo todo por darle gusto. Hemos de alabar mucho a su majestad infinita por la gracia que ha concedido a la compañía de emprender esta práctica tan santa y tan santificadora. Sí, desde el principio hemos deseado todos entrar por el camino de la perfección, que consiste en honrar a nuestro Señor en todas nuestras obras; y si no lo hemos hecho con toda la perfección conveniente, no hay por qué preguntar la causa de ello, ya que la culpa la tiene este miserable, que no he dado el debido ejemplo.

Nuestro Señor es nuestro tercer motivo. Su norma era cumplir la voluntad de su Padre en todo, y dice que para ello

bajó a la tierra, no para hacer su voluntad, sino la del Padre ². ¡Oh Salvador! ¡Qué bondad! ¡Cuánto brillo y esplendor das al ejercicio de tus virtudes! Tú eres el rey de la gloria, pero vienes a este mundo con la única finalidad de cumplir la voluntad del que te ha enviado. Ya sabéis, hermanos míos, cómo anidaba este afecto sagrado en el corazón de nuestro Señor. *Cibus meus est*, decía, *ut faciam voluntatem ejus qui misit me* ³: lo que me alimenta, me deleita y me robustece es hacer la voluntad de mi Padre.

Si esto es así, hermanos míos, ¿no hemos de considerarnos dichosos de haber entrado en una compañía que profesa de manera especial practicar lo que practicó el Hijo de Dios? ¿No hemos de elevarnos muchas veces a él para conocer la altura, la profundidad, la anchura de este ejercicio, que llega hasta Dios, que nos llena de Dios, que comprende todas las cosas buenas y nos aparta de las malas? *Cibus meus est un faciam voluntatem ejus qui misit me*. ¡Salvador mío, ésta es tu práctica! San Juan seguía la de la penitencia; estaba lleno del deseo de hacerla y de aconsejarla a los demás; por eso vino al mundo. Y tú, cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo ⁴, tú viniste lleno del anhelo de cumplir y de inculcarnos la voluntad de tu Padre. Elías sentía un ardor y un celo admirable por la gloria de su Dios ⁵; lo quemaba y lo inflamaba todo para imprimir su respeto y su temor en el corazón de los hombres; y tú, Salvador mío, estabas animado de ese deseo inmenso e incomparable de que todas las criaturas hiciesen la voluntad de Dios; por eso pusiste en la oración dominical: *Fiat voluntas tua*. Esa fue la oración que enseñaste a tus discípulos; es lo que quisiste que todos los hombres pidieran e hiciesen. ¿Qué? La voluntad del padre eterno. ¿Dónde? En la tierra como en el cielo. ¿Cómo? Como la hacen los ángeles y los santos: con prontitud, en todo, de forma constante, amorosamente. Estoy seguro de que no hay aquí ningún sacerdote que haya dicho la misa, y ninguna persona que haya hecho otras acciones que sean en sí mismas santas, más que para honrar la

2 Cfr. Jn 6,38.

3 Jn 6,34.

4 Cfr. Jn 1,29.

5 Cfr. 1 Re 19,10-14.

majestad de Dios; sin embargo, puede ser que Dios haya rechazado nuestras oblacones, por haber hecho en estos días nuestra propia voluntad. ¿No es eso lo que declaró el profeta cuando dijo de parte de Dios: «No quiero vuestros ayunos; creéis que me honráis, pero hacéis todo lo contrario, ya que cuando ayunáis, hacéis vuestra propia voluntad, y así estropeáis el ayuno». Lo mismo puede decirse de todas las obras: hacer vuestra voluntad es estropear vuestras devociones, vuestros trabajos, vuestras penitencias, etcétera. Hace veinte años que no leo nunca esta epístola, sacada del capítulo 58 de Isaías, sin sentir una gran emoción, aunque no por ello me vuelvo mejor.

¿Qué hacer, pues, para no perder nuestro tiempo y nuestras fatigas? No obrar nunca siguiendo el movimiento de nuestro propio interés o fantasía, sino acostumbrarnos a hacer la voluntad de Dios en todo, fijaos bien, en todo, y no en parte. Es la gracia santificante la que hace que una acción y una persona sean agradables a Dios. ¡Qué consuelo pensar que, cuando guardo mis reglas, cuando cumplo con mis obligaciones, cuando obedezco a mis superiores y me elevo a Dios para sufrir todas estas cosas, es cuando me hago incesantemente agradable a Dios! Por tanto, es la gracia santificante la que hemos de pedir, poseer y poner en práctica; si no, todo está perdido.

«Muchos me dirán — decía Jesucristo, como recordábamos el otro día — : Señor, Señor, ¿no hemos profetizado, echado los demonios y hecho muchos milagros en tu nombre?» — «Nunca os he conocido, les responderá, apartaos, los que obráis inicualemente» — «Pero, Señor, ¿llamas obras inicuas a las profecías y milagros que hemos hecho en tu nombre?» — «Apartaos de mí, malditos, no os conozco» — «¿Quiénes serán entonces los que entren en el reino de los cielos?» — «Los que hagan la voluntad de mi Padre, que está en los cielos»⁶, Por consiguiente, nunca le dirá nuestro Señor a una persona que se haya esforzado en seguir siempre su voluntad: «No te conozco». Al contrario, a ése es al que hará entrar en su gloria. ¡Oh Salvador! Concédenos la gracia de llenarnos de este deseo, para que no produzcamos ningún fruto silvestre, sino que todas nuestras

6 Mt 7,21-23.

obras se hagan por ti y para ti, para ser agradables a los ojos de tu Padre; haznos entrar, por favor, en esta fidelidad y actuar siempre según tu voluntad.

Entreguémonos a Dios, hermanos míos, para estar atentos y permanecer firmes en esto; pues, en ese caso, ¡cuántos motivos tendremos para alabar a Dios! ¡Con qué ojos mirará él a la compañía en general y a cada uno en particular! *In nomine domini*. Y estos son los motivos que nos obligan a hacernos familiar la práctica de cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas, y a decidimos a seguir esta máxima de nuestro Señor: *Cibus meus est ut faciam uoluntatem ejus qui misit me*⁷. Veamos ahora en qué consiste.

Estoy convencido de que hay que practicarla, pero ¿cómo? — Hay que saber que todas las obras que se hacen o que se dejan de hacer, están mandadas, o prohibidas, o son indiferentes; y que las indiferentes son tales, porque no están ni mandadas ni prohibidas. Así es como podemos conocer la voluntad de Dios. Todo lo que el hombre hace, repito, son obras mandadas, o prohibidas, o que no son ni lo uno ni lo otro. En cuanto a las obras mandadas o prohibidas, Dios quiere que hagamos aquellas y que no hagamos éstas. Esto está mandado: tengo que hacerlo; aquello está prohibido: tengo que dejarlo. Tenemos que hacer siempre las cosas que están mandadas por Dios, directa o indirectamente, por sí mismo o por la Iglesia. Todo lo que nos manda, tenemos que ejecutarlo; todo lo que la Iglesia ordena, hay que hacerlo; ella es su esposa y él es el padre de familia que quiere que los hijos obedezcan a su madre como a él mismo. Cumpliremos la voluntad de Dios si, dirigiéndole la acción que se nos manda, le decimos o proponemos: «Quiero hacer esto para ser agradable a Dios», o: «No quiero hacer eso que está prohibido, por complacerle». Si obramos de ese modo, cumpliremos infaliblemente la voluntad de Dios. ¿Cómo cumple un niño la voluntad de su padre, y un súbdito la voluntad del rey? Haciendo lo que le ordenan y evitando lo que le prohíben; el niño lo hace para honrar a su padre y el súbdito para obedecer a su rey; los dos cumplen su voluntad respectiva acatando sus palabras y sus órdenes.

7 Jn 4,34

También vosotros, hermanos míos, haréis la voluntad de Dios cuando, haciendo lo que manda o no haciendo lo que prohíbe tengáis intención de honrar a este padre admirable y de obedecer amorosamente a este rey de amor. Pero, para insistir más en esta práctica conviene decir: «Dios mío, hago esto o dejo de hacer aquello porque ésa es tu voluntad». He aquí el alma de la cosa.

He dicho que la Iglesia también manda y que hemos de obedecerla como a esposa de Jesucristo, ya que, en calidad de tal, tiene derecho a dar leyes y a obligar a los fieles; sí, la Iglesia obliga a la observancia de lo que está ordenado por los concilios y los papas y obispos. Al obrar de esta forma, parece como si no tuviéramos ningún mérito, pero sin embargo podemos hacer que estas obras sean buenas ofreciéndoselas a Dios, incluso las acciones naturales, como el comer, el dormir y todo lo demás, haciéndolas en nombre de nuestro Señor, como dice el apóstol ⁸.

Así pues, de todas estas formas cumplimos la voluntad de Dios: 1.º haciendo lo que está mandado y no haciendo lo que está prohibido, no sólo por Dios, por su Iglesia, por nuestras reglas y superiores espirituales y eclesiásticos, sino también por el rey, los gobernadores, magistrados, oficiales y jefes de policía, puestos por Dios para las cosas temporales ⁹; obedecerles es cumplir la voluntad de Dios, ya que Dios así lo quiere. 2.º Haciendo, en las cosas indiferentes, las que más contribuyan a mortificar al hombre viejo. Y en tercer lugar, haciendo por Dios las que ni nos gustan ni disgustan, ni al cuerpo ni al espíritu, y hasta las cosas naturales, aunque las apetezca la parte inferior, siempre que la necesidad nos obligue a ellas.

Existe una cuarta manera de conocer la voluntad de Dios, que son las inspiraciones; pues muchas veces Dios ilumina el entendimiento y mueve el corazón para inspirar su voluntad; pero se necesita el granito de sal, para que no nos engañemos. Entre esa muchedumbre de pensamientos y de sentimientos que se nos echan encima, hay algunos aparentemente buenos, pero que no provienen de Dios ni son según su voluntad; por tanto,

8 1 Cor 10,31

9 Cfr. 1 Pe 2,13-14.

hay que examinarlos bien, recurrir al mismo Dios, preguntarle cómo puede hacerse eso, considerar los motivos, el fin y los medios, para ver si todo está sazonado según su gusto, consultar a los hombres prudentes y aconsejarse de los que tienen cuidado de nosotros, que son los depositarios de los tesoros de la sabiduría de Dios; si hacemos como ellos nos indican, cumpliremos la voluntad de Dios.

La quinta manera de conocerla y cumplirla es considerar y hacer las cosas que sean razonables. Se presenta una que no está ni ordenada ni prohibida; pero es conforme a la razón y, por consiguiente, es según la voluntad de Dios, que nunca es contrario a la razón; debemos hacerla incluso según la intención de la Iglesia, que nos manda pedirle a Dios esta gracia en aquella oración: *Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut, semper rationabilia meditantes, quae tibi sunt placita et dictis exsequamur et factis*¹⁰: te suplicamos, Dios todopoderoso que, meditando siempre las cosas razonables, hagamos en nuestras acciones y conversaciones las cosas que te agradan. De modo que, según esta oración, hacer una cosa que parezca razonable es cumplir la voluntad de Dios. Esto se debe entender siempre con ese grano de sal de la prudencia cristiana y con el consejo de los que nos dirigen, ya que pudiera ser que una cosa fuera razonable por su naturaleza, pero no en las presentes circunstancias de lugar, de tiempo o de forma; en ese caso, no habría que hacerla.

Hay que advertir que cumplir la voluntad de Dios activamente es cumplirla de todas las maneras que hemos dicho. También puede cumplirse pasivamente, aceptando que Dios haga su voluntad en nosotros, como en las cosas imprevistas que nos ocurren sin que pensemos en ellas. He aquí que nos llega un motivo de consuelo: nos llegan noticias — a cualquiera, a mí por ejemplo — de la conversión importante de una persona distinguida, o de todo un país, o de que Dios es bien servido por las personas que amamos, o de que se han hecho las paces entre dos familias o entre dos provincias divididas, cuya división era un escándalo para la Iglesia; hay que recibir todo esto como de la mano de Dios y alegrarse espiritualmente por ello, como hizo

10 Colecta del séptimo domingo del tiempo ordinario.

nuestro Señor cuando le dio gracias al Padre por haber revelado sus secretos a los sencillos ¹¹. Por el contrario, a veces surge un motivo de pena, una enfermedad, una pérdida, una calumnia, etcétera: hay que recibirla también como venida de Dios, que desea probarnos de esta manera, sabiendo que es él el que nos manda estas aflicciones: *non est malum in civitate quod non fecerit Dominus* ¹², Nuestro Señor, al meditar en el huerto de los olivos en los tormentos que tendría que sufrir, los miraba como queridos por su Padre; nosotros hemos de decir como él: «Que no se haga, Señor, mi voluntad, sino la tuya» ¹³. De forma que, conociendo la voluntad de Dios por esos acontecimientos repentinos de una desgracia o de un consuelo, podemos practicar su voluntad pasiva, aceptándolos como venidos de Dios, que es el único que puede dar la vida y la muerte. Así pues, la voluntad de Dios es activa y pasiva: es activa, cuando la cumplimos por la observancia de sus preceptos y por la práctica de las cosas que le son agradables; y es pasiva, cuando dejamos que la cumpla él mismo en nosotros sin nosotros. No quedan las cosas claras, pero el tiempo es demasiado corto para poder explicarme mejor. Se darán algunas conferencias sobre este tema y entonces se verá con mayor claridad lo que es la voluntad de Dios y cómo hay que practicarla de todas las maneras. Desearía, entretanto, que os acostumbraseis a ofrecer a Dios todo lo que hagáis o sufráis, diciéndole: «Dios mío, es voluntad tuya que me prepare a predicar, a decir la santa misa, a hacer esta obra; que esté cansado, tentado, afligido; que esté perturbado o en paz, triste o alegre; así lo quiero yo también, Señor, y lo quiero porque es tu voluntad». Indiquemos ahora algunos medios para que nos resulte más fácil esta santa práctica.

El primer medio para ello es el que nos enseña la oración dominical: *Fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra* ¹⁴; si nuestro Señor ha puesto estas palabras en la oración de cada día, es porque quiere que todos los días le pidamos la gracia de cumplir su voluntad en la tierra lo mismo que se cumple

11 Cfr. Mt 11,25.

12 Am 3,6

13 Lc 22,42

14 Mt 6,10.

en el cielo, incesante y perfectamente, con una conformidad sencilla e invariable con la voluntad de nuestro Señor. Así pues, pidámosle con frecuencia que nos haga conformes con todo lo que él quiera y ordene de nosotros; y éste será un buen medio para obtener la gracia de practicar este santo ejercicio.

El segundo medio es acostumbrarnos, no sólo a esta oración, sino a la práctica de lo que dice, empezando desde mañana mismo, desde ahora; por ejemplo, ofreciéndole a Dios vuestra paciencia de tener que escuchar a este pobre hombre que os habla, y decirle: «Señor, yo quiero escuchar y hacer todo lo que se me indique de parte tuya, para glorificar-te». Fijaos, hermanos míos, resulta importante excitar así la voluntad y habituarse a renovar con frecuencia nuestra intención, sobre todo cuando nos levantamos por la mañana: «Dios mío, me levanto para servirte; voy a la oración para darte gusto; oiré o diré la misa para honrarte; trabajaré porque tú así lo quieras». En fin, hay que procurar elevarnos hasta él en las acciones principales, para consagrárselas por entero y para hacerlas según su voluntad.

Pero, padre, es que no me acuerdo; paso horas, ratos largos y jornadas enteras sin pensar en Dios, o sin acordarme de ofrecerle lo que hago. Si entre nosotros hay alguno de esos, tiene que humillarse mucho, afligirse por la pérdida del mérito de esas acciones, o al menos por no haberle dado a Dios todo el gusto que habría recibido si se las hubiera ofrecido; y que, para suplir este defecto, al comenzar la jornada, cada uno le haga un ofrecimiento general de todas las obras del día; además, conviene repetir esta ofrenda una o dos veces por la mañana, y otras tantas después de comer, diciéndole: «Dios mío, acepta los movimientos de mi corazón y de mi cuerpo; atráelos hacia ti, ya que te los ofrezco juntamente con mis reglas, mis trabajos y sufrimientos». Y cuanto más hagamos esto, hermanos míos, más facilidad y provecho lograremos. Hacerlo cuatro veces al día, por lo menos. Por este medio adquiriremos nuevos títulos de amor, y el amor nos hará perseverar y crecer en esta santa práctica. Se necesita, pues, la práctica, hermanos míos: practicar lo que acabo de deciros para practicar la voluntad de Dios.

También es necesaria la mortificación, ya que, para quitarle a nuestro gusto lo que le ofrecemos a Dios, hay mucho que luchar, y esta virtud es la que nos permitirá vencer; por ella renunciamos a las comodidades y satisfacciones de la vida, ella nos lleva a hacer lo que le repugna a la naturaleza y lo que Dios pide. Por eso hemos de esforzarnos en esta virtud, acostumbrarnos a la mortificación interna y externa en todas las cosas que agradan a la naturaleza. Este es el tercer medio que tenemos para hacer que nos sea familiar esta práctica de cumplir incesantemente la voluntad de Dios. Poco a poco se irá habituando a ella nuestro espíritu; pasará a ser una costumbre en nosotros o, mejor dicho, una gracia de Dios, de modo que, como muchos, con actos reiterados, se habitúan a ella, al final nos sentiremos todos nosotros animados y dispuestos a hacerlo. -¡Ay, cuántos son los que nunca pierden a Dios de vista! Vemos a algunos de nosotros que caminan y obran siempre en su presencia. ¡Cuántos hay también en el mundo que así lo hacen! Hace poco estaba con una persona que se hacía cargo de conciencia de haberse distraído tres veces en un día del pensamiento de Dios. Esos serán nuestros jueces y nos condenarán algún día, delante de la divina majestad, por el olvido en que tenemos a Dios, a pesar de que no tenemos otra cosa que hacer más que amarle y demostrarle nuestro amor en nuestras intenciones y nuestros servicios.

Hermanos míos, pidámosle a nuestro Señor que nos dé la gracia de decir como él: *Cibus meus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me* ¹⁵. Padres y hermanos míos, entreguémonos totalmente a Dios desde ahora, y mañana en la oración, para que siempre y en todas partes sintamos hambre y sed de esta justicia ¹⁶, Pensemos en ello; aclaremos sobre todo lo que os he dicho de una forma tan confusa y desordenada; incendie-mos nuestra voluntad diciendo y cumpliendo estas divinas palabras de Jesucristo: «Mi comida es hacer su voluntad y llevara cabo su obra». Tu gusto, Salvador del mundo, tu ambrosía y tu néctar es cumplir la voluntad de tu Padre. Nosotros somos tus hijos, que nos ponemos en tus brazos para seguir tu ejem-

15 Jn 4,34

16 Cfr. Mt 5,6.

plo; concédenos esta gracia. Como no podemos hacerlo por nosotros mismos, te lo pedimos a ti, lo esperamos alcanzar de ti, pero con toda confianza y con un gran deseo de seguirte. Señor, si quieres darle este espíritu a la compañía, ella trabajará por hacerse cada vez más agradable a tus ojos y tú la llenarás de ardor para que sea semejante a ti; y este anhelo la hace ya vivir de tu vida, de modo que cada uno puede decir como san Pablo: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus* ¹⁷. ¡Bendita compañía! ¡Bienaventurados todos nosotros! Si tendemos a ello, lo alcanzaremos infaliblemente. ¡Qué dicha poder comprobar en nosotros estas palabras: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus!* Pues ya no vivimos una vida humana, sino una vida divina, y viviremos esa vida, hermanos míos, si nuestros corazones están llenos y nuestras acciones van acompañadas de esa intención de cumplir la voluntad de Dios. Pues bien, si algunos pueden decir que así lo han hecho, como es verdad, otros pueden decir, como yo: «¡Qué desgraciado soy al ver cómo mis hermanos viven la vida de Jesucristo y son agradables a los ojos de su Padre eterno, mientras que yo vivo una vida sensual y animal y merezco ser arrojado lejos de su trato, como objeto de disgusto para Dios!».* Quiera su bondad que este sentimiento penetre tan hondo en nuestra alma que avergonzados de nuestra cobardía, redoblemos el paso para alcanzar a los más adelantados en el camino de la perfección. ¡Que Dios nos conceda esta gracia!

123 [200,XII, 165-167]

CHARLA CON LUIS LANGLOIS,
SACERDOTE DE LA MISION. MARZO DE 1659.

El padre Vicente advierte al padre Langlois que le va a encargar de una obra nueva, que se le ha confiado a la compañía. Se la impone a pesar de su resistencia.

17 Gál 2,20.

* Se ha rehecho el párrafo anterior, dado que la presentación de la traducción española era deficiente.

Conferencia 123. — Manuscrit des répétitions d'oraison.

El padre Vicente llamó al padre Langlois, sacerdote de la compañía, y le dijo que el señor arzobispo de Narbona ¹, coadjutor solamente por entonces, le había escrito pidiéndole que le indicase el nombre de aquel que se encargaría de dirigir a las personas que iba a enviar a San Lázaro para hacer el retiro y formarse en lo que hay que hacer para enseñar en las escuelas de niños; que había puesto sus ojos en él y le llamaba para rogarle que lo hiciera él y se cuidase de esas personas; que así se lo indicaría al señor obispo coadjutor de Narbona.

El padre Vicente le pidió a dicho padre Langlois que se entregase a Dios para hacer este servicio a su divina majestad; el padre Langlois se excusó y dijo incluso que los sacerdotes de San Nicolás de Chardonnet ² podrían hacerlo mejor que los de la compañía, ya que ellos tienen de esas escuelas y conocen mejor, por consiguiente, las cualidades que se requieren para ser maestros.

El padre Vicente le contestó que, puesto que nos lo mandaba para esto, no había que rechazarlos, sino hacer ese servicio a Dios y a la Iglesia; que él podría informarse, por algunos de esos sacerdotes de San Nicolás, de lo que se acostumbra observar en semejantes ocasiones y de lo que tiene que hacer un maestro de escuela para desempeñar bien este oficio.

Volvió a decirle el padre Langlois que él se consideraba incapaz de esto y que tenía muy poca virtud, ya que era un hombre sin oración, y que cualquier otro lo haría mejor que él. Entonces el padre Vicente le dijo estas palabras:

Es verdad, padre, que de usted mismo y por usted mismo no hará nada que valga la pena, más bien estropeará que hará nada de valor y por eso tiene usted razón al decir que lo va a estropear todo. Pero, padre, Dios será el que haga todo el bien que resulte de estos ejercicios, y no usted; pues por nosotros mismos, padre, no haríamos más que estropearlo todo. Bien, padre, vaya y haga lo que pueda de su parte, S Dios hará lo demás; animeles mucho a entregarse a Dios en esta ocupación; y para animarlos más, hágales ver los bienes que

1 Francisco Bourquet

2 Los sacerdotes del padre Bourdoise.

de allí se seguirán para la Iglesia y el honor que Dios alcanzará con ello.

Luego, el padre Langlois le dijo: «Padre, puesto que usted desea que yo haga y emprenda este trabajo, a pesar de mi falta de capacidad y de mi poca virtud, haré lo que pueda; le ruego, padre, que me dé su bendición». Y el padre Vicente se la dio.

Nota: el padre Vicente nos dijo al padre Langlois y a mí que el señor obispo coadjutor de Narbona y algunos otros habían creído que era ésta una obra muy buena y útil a la Iglesia y que había que formar personas para que fueran maestros de escuela en las parroquias donde no había.

124 [201, XII, 167-181]

CONFERENCIA DEL 21 DE MARZO DE 1659

SOBRE LA SENCILLEZ Y LA PRUDENCIA

(Reglas comunes, cap. 2, art. 4 y 5)

Necesidad de la virtud de la sencillez unida a la de la prudencia. Cuánto estima nuestro Señor esta virtud. Diferencia entre la sencillez según Dios y la sencillez según el mundo.

He aquí, hermanos míos, los artículos cuarto y quinto del segundo capítulo de nuestras reglas a propósito de las máximas del evangelio, que nos servirán para la conferencia de esta tarde.

Este es el primero:

Como nuestro Señor pide de nosotros la sencillez de la paloma, que consiste en decir las cosas con toda sencillez, como se las piensa, sin reflexiones inútiles, y en obrar bienamente, sin artificios ni complicaciones, mirando solamente a Dios, por eso cada uno se esforzará en hacer sus acciones con este mismo

Conferencia 124. — Manuscrit des conférences. Esta conferencia ha sido publicada en gran parte por L. ABELLY, *o.c.*, lib. III, cap. 15, p. 238 s., en una redacción bastante diferente.

espíritu de sencillez, pensando que Dios se complace en comunicarse a los sencillos y en revelarles sus secretos, teniéndolos ocultos a los sabios y a los prudentes del siglo.

Y el segundo:

Pero, como al mismo tiempo que Jesucristo nos recomienda la sencillez de la paloma, nos ordena también que tengamos la prudencia de la serpiente, que es una virtud que nos hace hablar y obrar con discreción, por eso nos callaremos prudentemente las cosas que no conviene decir, especialmente si son de suyo malas e ilícitas, y recortaremos de las que en cierto modo son buenas las circunstancias que van contra el honor de Dios o contienen algún perjuicio contra el prójimo o pueden proporcionarnos motivo de vanidad. Y como esta virtud se refiere también, en la práctica, a la elección de los medios adecuados para conseguir el fin, tendremos como máxima inviolable usar siempre de los medios divinos para las cosas divinas y juzgar de las cosas según el sentimiento y el juicio de Jesucristo, y nunca según el del mundo ni según los débiles razonamientos de nuestro espíritu. Y de esta forma seremos prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.

Hablaremos de estas dos virtudes, si el tiempo lo permite.

Hermanos míos, estas reglas hablan por sí mismas y todos vosotros las comprendéis mejor que yo; por eso, si quiero deciros algo para que las entendáis, no haré más que abusar de vuestra paciencia.

Se trata de la sencillez. ¡Oh Salvador! El tema de nuestra charla va a ser, por tanto, el de la sencillez que nos recomienda la regla.

Veamos las razones que tenemos para entregarnos a Dios para practicar esta virtud tan amable. En primer lugar, nos invita a ella cuando dice: *Estote prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbae*¹. Cuando nuestro Señor les dijo a los apóstoles que los enviaba como ovejas en medio de lobos, les dijo al mismo tiempo que habían de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Luego añadió: «Tened cui-

1 Mt 10,16.

dado; los hombres os citarán ante los tribunales y os azotarán en las sinagogas, y seréis llevados ante los gobernadores y los reyes por mi causa; pero, cuando os hagan comparecer, no os apuréis por lo que hayáis de decir ni cómo tenéis que hablar; ya se os dará entonces lo que tengáis que decir; el Espíritu Santo hablará en vosotros»², Habla primero de la prudencia y luego de la sencillez; la primera es para ir como ovejas en medio de lobos, donde corrían el peligro de verse maltratados. «Sed prudentes, les dice, sed avisados; pero sed sencillos»; *cavete ab hominibus*, tened cuidado de vosotros mismos siendo prudentes; pero si os citan ante los jueces, no os preocupéis por vuestras respuestas. Eso es la sencillez. Veis cómo nuestro Señor relaciona estas dos virtudes, de forma que quiere que las practiquemos en la misma ocasión; nos recomienda que usemos igualmente de ellas y nos da a entender que la prudencia y la sencillez están perfectamente de acuerdo entre sí, cuando se las entiende como es debido. Tal es la doctrina de Jesucristo; y nos la enseña a nosotros, que queremos practicar los consejos del evangelio y que tenemos que abrazarlos con reverencia, amor y resolución decidida, y para ello pedirle muchas veces a Dios estas virtudes que nos recomienda y esforzarnos enérgicamente en adquirir las.

¡Qué agradable a Dios es la sencillez! Ya sabéis que la Escritura dice que se deleita tratando con los más sencillos, con los sencillos de corazón, que proceden con toda sencillez y bondad: *Cum simplicibus sermocinatio ejus*³. ¿Queréis encontrar a Dios? Está con los sencillos. ¡Oh Salvador mío! Hermanos míos, los que sintáis ese deseo de ser sencillos, ¡qué felicidad! Animo, ya que tenéis esta promesa de que Dios se complace en estar con los hombres sencillos.

Otra cosa que nos anima maravillosamente a la sencillez son aquellas palabras de nuestro Señor: *Confiteor tibi, Pater, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis*⁴. Te doy las gracias, Padre mío, porque la doctrina que yo he aprendido de tu divina majestad y que he esparcido entre los hombres, sólo es conocida por los sencillos y permites que

2 Mt 10,17 s.

3 Prov 3,32.

4 Mt 11,25.

no la entiendan los prudentes de este mundo; tú les has ocultado, si no las palabras, al menos su espíritu.

¡Oh Salvador! ¡Oh Dios mío! Esto tiene que llenarnos de espanto. Corremos detrás de la ciencia como si toda nuestra felicidad dependiera de ella. ¡Pobres de nosotros si no la tenemos! Hay que tener ciencia, la que sea suficiente; hay que estudiar, pero sobriamente ⁵. Otros presumen de tener inteligencia en los negocios, de ser gente espabilada y lista en las cosas de fuera. A esos es a los que Dios les quita la penetración de las verdades cristianas: a los sabios y a los entendidos del mundo. ¿A quiénes se la da entonces? Al pueblo sencillo, a las buenas gentes. Podemos comprobar esto en la diferencia que se advierte en la fe de los campesinos y la nuestra. Lo que me queda de la experiencia que tengo, es el juicio que siempre me he hecho: que la verdadera religión, hermanos míos, la verdadera religión está entre los pobres. Dios los ha enriquecido con una fe viva: ellos creen, palpan, saborean las palabras de vida. No los veréis nunca, en medio de sus enfermedades, aflicciones y necesidades, murmurar, quejarse, dejarse llevar de la impaciencia; nunca, o muy raras veces.

Lo ordinario es que sepan conservar la paz en medio de sus penas y calamidades. ¿Cuál es la causa de esto? La fe. ¿Por qué? Porque son sencillos y Dios hace abundar en ellos las gracias que les niega a los ricos y sabios del mundo.

Añadamos a ello que todo el mundo ama a los sencillos, a la gente cándida que no entiende de finuras ni de etiquetas, que obra bien y habla con sinceridad, de modo que todo lo que dice responde a lo que lleva en su corazón. Cuando alguno de ellos va a la corte, son estimados por todos, en una comunidad ordenada, todos sienten por ellos un afecto especial, pues, aunque no todos obren con la debida candidez, incluso esos que no tienen ese candor saben apreciarlo en los demás.

Por todas estas razones, hemos de entregarnos a Dios para hacernos agradables a sus ojos por medio de esta virtud de la sencillez. Hay algunos en la compañía, ¡y qué bien se nota!, que se han esmerado en la adquisición de esta virtud y la predicán con su ejemplo.

⁵ Cfr. Rom 12,3.

Pero, padre, ¿en qué consiste esa virtud? No sé cómo practicarla. Algunos dicen que hay dos clases de sencillez: una puramente natural e ingenua, que se encuentra en ciertas personas sin juicio ni discernimiento, que tienen más..., no me atrevo a decirlo, que razón. Hablad con ellos y enseguida veréis que son idiotas. Es una sencillez que no vale nada o que, por lo menos, nada tiene que ver con la virtud.

Hay otra que guarda cierta relación con Dios. ¡Qué virtud tan hermosa! Dios es un ser simple, sencillo, que no recibe ningún otro ser, una esencia soberana e infinita que no admite que entre nada en composición con ella; es un ser puro, que no sufre nunca alteración alguna. Pues bien, esta virtud del Creador se encuentra en algunas criaturas por comunicación y está en ellas de la forma que indica nuestra regla.

También hay otra definición, a saber, es una virtud que aparta de nosotros las cosas que no guardan relación con la sencillez de Adán, cuando estaba en gracia, ni con la del segundo Adán, nuestro Señor, la de los apóstoles y los demás santos, cuando vivían en la tierra, cuyas obras y palabras no tenían ningún artificio ni más objeto que a Dios. Según estas definiciones, la sencillez se refiere a las palabras y a las acciones, para hacer que sean rectas y sinceras.

Sé muy bien que la sencillez en general equivale a la verdad, o a la pureza de intención: a la verdad, en cuanto que hace que nuestro pensamiento sea conforme con las palabras y con los otros signos que nos sirven de expresión; a la pureza de intención, en cuanto que hace que todos nuestros actos de virtud tiendan rectamente hacia Dios. Pero, cuando se toma a la sencillez por una virtud especial y propiamente dicha, comprende no sólo la pureza y la verdad, sino también esa propiedad que tiene de apartar de nuestras palabras y acciones toda falsía, doblez y astucia; este es el sentido con que habla de ella nuestra regla y el que le damos en esta charla. Y para que lo veáis con más claridad y utilidad, la dividiremos en dos: la sencillez que se refiere a las palabras y la que se refiere a las acciones.

La que se refiere a las palabras consiste en decir las cosas como las sentimos en el corazón, fijaos bien, como las sentimos en el corazón, como las pensamos. Todo lo que no es esto es

doblez, apariencia, falsía, que son contrarias a la virtud de que estamos hablando, la cual quiere que se digan las cosas como son, sin dar muchas vueltas, hablando ingenuamente y sin malicia, y además con la pura intención de agradar a Dios. No es que la sencillez consista en manifestar toda clase de pensamientos, ya que esta virtud es discreta y no va jamás contra prudencia, que nos hace distinguir entre lo que conviene y lo que no conviene decir. Así pues, lo que se ha de decir, lo debe expresar la lengua por fuera lo mismo que lo pensamos por dentro; si no, es preferible callarse. Por ejemplo, se presenta la ocasión en una charla de proponer alguna cosa buena en su substancia y en sus circunstancias; hay que decirlo con toda sencillez; pero a veces se trata de decir algunas cosas que pueden ser inconvenientes por alguna circunstancia: entonces, si se dice su substancia, hay que prescindir de esa circunstancia. La sagrada escritura es de suyo totalmente limpia y es posible utilizarla en toda clase de discursos; pero si se la usa en plan de broma, está mal hecho; si se sirve uno de ella para dañar a alguien, está prohibido; y si alguna vez la citamos por orgullo, es vanidad. Utilicemos siempre las cosas buenas para fines buenos, o no digamos una sola palabra. Estas tres circunstancias son viciosas y nos hacen ver cómo no tenemos que decir las cosas como las tenemos en el corazón, cuando van en contra de Dios, en contra del prójimo, o en alabanza propia.

La pobre difunta esposa del general de las galeras ⁶ me preguntó más de cien veces qué era la sencillez, y era la persona más sencilla que jamás he conocido: no podía abrir la boca ni realizar ninguna acción, a no ser con toda sencillez de corazón; pero tenía la habilidad de separar de la naturaleza de las cosas las circunstancias perjudiciales e inútiles, pues era también de las personas más prudentes. Tenía la sencillez y la prudencia en muy alto grado, pero no se daba cuenta de ello. Es que hay personas que tienen muchas virtudes, pero Dios se las oculta, porque así lo cree conveniente; unos son realmente sencillos, pero no lo saben; por el contrario, algunos creen que lo son, pero no es así.

6 La señora de Gondi.

De forma, hermanos míos, que, volviendo a los actos de la sencillez, cuando hablamos, tenemos que hacerlo con toda sencillez, y nunca en un doble sentido, ni en propio provecho, sensual o temporal, ni para atraer a nadie a nuestro partido, ni en propia alabanza o ventaja, sino siempre para agradar a Dios. Si la Misión obra de este modo, todo esto resultará muy hermoso delante de Dios y delante de los hombres. Esto es lo más indicado para atraer a las buenas personas. Y así es como hemos de hablar.

En cuanto a la otra parte de la sencillez que se refiere a las acciones, consiste, como hemos dicho, en obrar normalmente, con rectitud y siempre teniendo a Dios ante los ojos, en los negocios, en los cargos y en los ejercicios de piedad, excluyendo toda clase de hipocresía, de artificios y de vanas pretensiones. Por ejemplo, una persona le hace a otra un regalo, fingiendo que lo hace por afecto, pero en realidad lo hace para conseguir de ella algo que valga más; según el mundo, esto es lícito, y quizás según Dios; pero va contra la sencillez, que no puede tolerar que atestigüemos una cosa y pensemos en otra. Si esta virtud nos hace hablar según los sentimientos interiores, también nos hace obrar del mismo modo, con franqueza y rectitud cristiana, y por Dios, ya que hemos de tener esta finalidad.

Si esto es así, esta sencillez en las acciones no existe en aquellas personas que, por respeto humano, desean aparentar lo que no son; lo mismo que tampoco son simples o sencillos sus trajes cuando son dobles, esto es, cubiertos de forros y de remiendos. También va contra esta virtud tener unas habitaciones bien amuebladas, adornadas de imágenes, de cuadros, de muebles superfluos, tener un montón de libros para presumir, complacerse en cosas vanas e inútiles, en la abundancia de las necesarias cuando una basta, predicar con elegancia, con un estilo hinchado, y finalmente buscar en nuestros ejercicios otra finalidad distinta de Dios; todo esto va contra la sencillez cristiana en las acciones. En esto consiste esa sencillez que nos pide la regla.

Y pasemos a la prudencia. Ya conocéis las definiciones de los doctores y los diversos sentidos que tiene en la sagrada escritura. No hablaré de ello. Pero, en el fondo, la prudencia es

en sí misma tal como nos la describe la regla, sus operaciones se refieren a las palabras y a las obras; es oficio del prudente hablar con prudencia y no indiscretamente de todas las cosas, y sin hacer daño a nadie. ¡Oh Salvador! ¿Dónde encontrar a esas personas que hablan solamente con la debida reserva, cuando conviene y con términos juiciosos? En fin, esta virtud quiere que se diga con discreción y juicio lo que haya que decir.

Es también oficio suyo hacer lo que se hace de una forma sensata y prudente y por un buen motivo, no sólo en cuanto a la substancia de la acción, sino en sus circunstancias, de modo que el prudente obra como es debido, cuando es debido y por el fin que es debido; y el imprudente, por el contrario, no observa las maneras, la oportunidad ni la finalidad que debería observar. Ese es su defecto, mientras que la prudencia, al obrar con discreción, hace todo según peso, número y medida ⁷.

Pues bien, si la sencillez tiene por objeto las palabras y las acciones, lo mismo pasa con la prudencia: regula las palabras y las acciones. Y lo mismo que los sencillos no tienen que decir más que las cosas que son buenas en sí mismas y en sus circunstancias, callando las que van contra Dios, o perjudican al prójimo, o tienden a su propia alabanza, también los prudentes, para ser prudentes, tienen que guardar el debido recato, circunspección y discreción.

¿Qué diferencia hay, por tanto, entre estas dos virtudes? Ninguna; son lo mismo en cuanto a su naturaleza y sus efectos. La prudencia y la sencillez tienen el mismo fin, que consiste en hablar bien y obrar bien, y ninguna de ellas puede existir sin la otra. Sin embargo, sé que puede advertirse cierta diferencia entre ellas por distinción de razón; pero, en realidad, no tienen más que la misma substancia y el mismo objeto. La prudencia de la carne y del mundo busca las riquezas ⁸, los honores y los placeres, y se opone por completo a la verdadera prudencia y sencillez cristiana, que nos aparta del afecto a esos bienes percederos y aparentes para hacernos abrazar los bienes sólidos y permanentes; ¡son dos buenas hermanas inse-

⁷ Sab 11,21.

⁸ Cfr. Rom 8.6.

parables! Quien pudiera tratarlas como es debido, alcanzaría grandes tesoros de gracias y de méritos; por tanto, hermanos míos, hemos de ejercitarnos en ellas hasta lograr poseerlas. ¿Y quiénes serán los que lo logren? Los que aspiren sin cesar a seguir a nuestro Señor y se esfuercen en ello; éstos las conseguirán, con la gracia de Dios.

La prudencia tiene además otro objeto, que consiste en escoger los medios para llegar al fin que se pretende. Es objeto de la prudencia cristiana tomar el camino más corto y más seguro para la perfección. Dejemos la prudencia política y temporal, que sólo busca éxitos temporales y a veces injustos, utilizando sólo medios humanos e inciertos; hablemos de esta santa virtud que nuestro Señor aconseja a cuantos desean seguirle; es esta virtud la que nos hace llegar al fin al que él nos quiere conducir, que es Dios. Es misión de la prudencia producir este maravilloso efecto; por medio de ella discernimos lo que es bueno y lo que es mejor para eso, y hace que nos sirvamos de medios divinos para las cosas divinas.

Los hombres pueden escoger los medios proporcionados a los fines que se proponen de dos maneras: la primera es por su razonamiento, proyectando hacer esto o aquello, según les muestra la luz natural; la segunda es por las máximas de la fe, usando los medios que Dios nos ha enseñado en la tierra. Por ejemplo, se trata de un joven que se presenta para ser recibido en una comunidad; antes de entrar, acude a un doctor para pedir su parecer: «Me siento inclinado, le diré, a entregarme a Dios en tal congregación, pero no quiero dar ningún paso sin aconsejarme». El doctor, para juzgar de su vocación, debe juzgar según los principios infalibles de nuestro Señor, que dice: «Bienaventurados los que dejan padre, madre, hermanos, hermanas, bienes, placeres, etcétera, y me siguen»⁹. Si juzga según esto, juzgará según Dios; pero, si según su propia razón, le dice: «Amigo mío, se trata de un deseo impulsivo y eres joven todavía; la congregación esa es muy austera; espera un poco; si dejas a tu padre y a tu madre, se llevarán un disgusto; creo que hay que tomar las cosas con calma». Juzgar de esta manera, según creo, es juzgar según la prudencia del

9 Mt 19,29.

mundo, pasando por encima del evangelio; es decirle al Hijo de Dios: «Tú no entiendes nada, Señor, no has considerado las dificultades que hay en dejarlo todo». Así pues, para juzgar bien de las cosas y obrar con prudencia, hay que formar nuestros juicios sobre las máximas cristianas, siempre seguras, y no sobre las máximas engañosas de los mundanos. «Vended vuestros bienes, dice el Señor, dádselos a los pobres y seguidme»¹⁰. Viene una persona y os dice: «Yo siento esta inclinación; ¿qué es lo más seguro para mí: mirar lo que tengo y seguir como estoy, o abrazar la pobreza y la vida evangélica?»

Para usar bien de nuestro espíritu y de nuestra razón, hemos de tener como regla inviolable la de juzgar en todo como ha juzgado nuestro Señor; repito, juzgar siempre y en todas las cosas como él, preguntándonos cuando se presente la ocasión: «¿Cómo juzgaba de esto nuestro Señor? ¿Cómo se comportaba en un caso semejante? ¿Qué es lo que dijo? Es preciso que yo ajuste mi conducta a sus máximas y a su ejemplo». Sigamos esta norma, hermanos míos, caminemos por este camino con toda seguridad; es una regla soberana; el cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán¹¹. Si obramos en contra de las máximas de Jesucristo, si vamos en contra de sus consejos, ahí está el peligro, ahí es donde fracasan miserablemente los que se empeñan en navegar contra viento y marea, guiados por la estrella de su propia razón.

¡Ojalá Dios nos conceda la gracia de obrar de esta manera: no seguir jamás los juicios del razonamiento humano, porque no alcanza nunca la verdad, no alcanza nunca a Dios, ni las razones divinas; jamás. Pero si creemos que nuestro puro razonamiento es mentiroso y obramos según el evangelio, entonces, hermanos míos, bendigamos a nuestro Señor, y tratemos de juzgar como él y hacer lo que él nos recomendó con su palabra y con su ejemplo. Y no sólo esto; entremos en su espíritu para entrar en sus acciones. No basta con hacer el bien, hay que hacerlo bien, a ejemplo de nuestro Señor, de quien se dice en el evangelio que lo hizo todo bien: *Bene omnia fecit*¹². No basta con ayunar, con cumplir las reglas, con traba-

10 Mt 19,21

11 Cfr. Mc 13,31.

12 Mc 7,37.

jar para Dios; hay que hacer todo eso con su espíritu, esto es, con perfección, con los fines y las circunstancias con que él mismo lo hizo. La prudencia consiste, por tanto, en juzgar y en obrar como ha juzgado y obrado la eterna sabiduría.

Bien, hermanos míos, ánimo: si así lo hacemos, viviremos contentos; si no lo hacemos, será un motivo de tristeza y de enmienda. Las dos virtudes están relacionadas entre sí: casi son la misma cosa. Bendigamos a Dios por habernos llamado a este lugar para que las profesemos de una forma especial. El Hijo de Dios las practicó en todas las ocasiones de un modo excelente; por ejemplo, cuando le trajeron a la mujer adúltera para que la condenase, él no quiso hacer de juez, aunque deseaba su libertad; ¿qué hacer entonces? «El que de vosotros, les dijo a los judíos, esté sin pecado, tire sobre ella la primera piedra» ¹³.

Fijaos, la sencillez y la prudencia están en estas palabras. La sencillez responde al deseo que tenía su corazón de salvar a aquella pobre criatura y de cumplir la voluntad de su Padre; y la prudencia se nota en la manera con que logra obtener lo que quería; de ese modo supo compaginar perfectamente esas dos virtudes. Lo mismo pasó cuando lo tentaron por el tributo del César: «¿Hay que pagarlo?, le dijeron, ¿qué te parece?». Nuestro Señor, por un lado, quería que se le rindiese el honor debido a su Padre y, por otro, que no se lesionase el del César, aunque sin ordenar que le pagaran tributo, para no entrometerse en las disputas de aquellas gentes, que habrían dicho que favorecía los monopolios. ¿Qué les dirá, pues? Pide que le enseñen la moneda del tributo y, al oír de ellos que traía la imagen del príncipe acuñada en ella, les dijo: «Dad a César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» ¹⁴. En esta respuesta es admirable la sencillez, ya que responde a la intención que Jesucristo tenía en el corazón de que se rindiera al rey del cielo y al de la tierra el honor que les pertenece, y evita prudentemente la trampa que aquellos malvados le tendían para sorprenderle.

13 Jn 8,7.

14 Mt 22,21.

¡Oh, Salvador, que practicaste estas virtudes en tan alto grado! Concédenos la gracia de entrar en ellas para agradarte, y practicarlas para honrarte. Sabemos, Señor, que por medio de ellas tú glorificaste a tu Padre, y que te son agradables todos los que se esfuerzan en conseguirlas; te pedimos que sean éstas también las virtudes de los sacerdotes de la Misión, y que en sus palabras y acciones reinen el candor y la discreción.

Estas virtudes resplandecen, hermanos míos, en los sacerdotes de la conferencia de los martes, asociados a esta casa, que se portan con sencillez y prudencia y que, habiendo tomado a veces como tema para sus conferencias el espíritu de su compañía, han hecho ver que existe en ella el espíritu de sencillez. Pues bien, hermanos míos, si esos señores, que no están tan ligados a Dios como nosotros, tienen un espíritu tan sencillo y tan prudente; si ellos, que no están tan obligados a tender a la perfección como nosotros, en virtud de nuestra vocación y de nuestros votos, demuestran con su manera de obrar que tienen estas virtudes, con cuánta mayor razón hemos de esforzarnos nosotros en adquirirlas y cómo hemos de esperar de Dios que nos las dará con su gracia, si ponemos todo nuestro interés en practicarlas, ¿Hay algo más fácil y más justo, algo más recomendable que apartarse de esas acciones fingidas, dobles, inconsideradas y tontas? ¿Y cómo? Con la práctica continua de esta sencillez y de esta prudencia, que son su mejor remedio. Y como la humillación, según san Bernardo, es un verdadero medio para llegar a ser humildes, así también, por medio de los frecuentes actos que todos vamos a hacer de estas dos virtudes tan unidas entre sí, pronto llegaremos a ser sencillos y prudentes. Contando siempre, como es lógico, con la gracia de Dios, que tendremos que pedir con frecuencia.

Ahora dirijámonos a la misma sencillez, nuestro Señor, y digámosle todos juntos:

¡Oh benigno Jesús! Tú viniste a este mundo a enseñarnos la sencillez, para destruir el vicio contrario y a educarnos en la prudencia divina, para destruir la del mundo; he aquí una compañía, que sólo desea obtener la gracia de observar tus máximas, amoldarse a tu conducta y progresar en el camino de la perfección que tú le has prescrito: ése es todo su deseo y todo lo que te pide. Concédenos, Señor, una parte en esas di-

vinas virtudes que tú tuviste en un grado tan eminente; llénanos a cada uno de nosotros de ese deseo de ser sencillos y de hacernos más prudentes con la prudencia cristiana. Tal es: la oración que te hacemos en unidad de corazón y con la confianza de hijos para con su padre. Presenta a la majestad del Padre eterno nuestros deseos y nuestras intenciones, nuestras palabras y nuestras obras, para que en ellas sea por siempre glorificado. *Amén.*

125 [202, XII, 182- 194]

CONFERENCIA DEL 28 DE MARZO DE 1659

SOBRE LA MANSEDUMBRE

(Reglas comunes, cap. 2, art. 6)

Resumen de las conferencias anteriores. Explicación de la virtud de la mansedumbre y su belleza. El padre Vicente expone los diversos actos de esta virtud de la mansedumbre y muestra cómo brillaba en nuestro Señor.

Unas pequeñas molestias que hoy he tenido me han hecho dudar de si podría probar una vez más esta tarde vuestra paciencia en la explicación del sexto artículo de nuestras reglas, que sigue a aquel otro que nos sirvió de tema el último día.

Hasta ahora hemos recorrido cinco artículos del segundo capítulo: el primero era sobre las máximas del evangelio en las que se debe edificar la compañía; se dijo entonces que habíamos de entregarnos de veras a Dios para alimentarnos de esa ambrosía del cielo, para vivir de la manera con que vivió nuestro Señor, y que debíamos dirigir hacia él todas nuestras obras para moldearlas según las suyas; de este modo, conformaremos nuestra vida con la vida del autor de esta doctrina admirable, que él fue el primero en practicar.

Conferencia 125. — Manuscrit des conférences.

Esta conferencia se encuentra casi por entero en L. ABELLY, *o.c.*, lib. I, cap. 19, p. 79 s.; lib. II, cap. 12, sec. 15, p. 191 s.

La máxima primera que él señaló era buscar siempre la gloria de Dios y su justicia, siempre y por encima de todo lo demás. ¡Qué hermoso es esto, padres! ¡Buscar primero el reino de Dios en nosotros y procurarlo en los demás! Una congregación que siguiera esta máxima de hacer que progresara cada vez más la gloria de Dios, ¡cuánto avanzaría también en SU propia felicidad! ¡Cuántos motivos tendría para esperar que todo contribuiría para su bien! Si Dios quisiera concedernos a nosotros esta gracia, nuestra dicha sería incomparable. Conocí a un hombre sabio en el mundo, pero sabio con la sabiduría de Dios, el difunto señor comendador de Sillery, bienhechor nuestro, que así lo practicaba; me decía: «Siempre y en cada cosa hemos de mirar adónde dirigimos nuestros pasos». Pues bien, si entre las personas sabias con una sabiduría común, hay algunas que miran si camina uno derecho, y se preguntan: «¿Adónde vas»? ¡cuánto más habrán de hacerlo los que hacen profesión de las máximas evangélicas, especialmente de la de buscar en todas las cosas la gloria de Dios! ¹. Por eso hemos de preguntarnos: «¿Por qué hago esto? ¿es acaso para mi propia satisfacción? ¿es porque siento aversión a las otras cosas? ¿es para complacerme en una vulgar criatura? ¿O es, por el contrario, para procurar ante todo la gloria de Dios y buscar su justicia?» ¡Qué vida sería ésa, hermanos míos! ¿Acaso una vida humana? No, una vida angelical, ya que haríamos las cosas o las dejaríamos de hacer sólo por el amor que le tenemos a Dios.

Cuando las reglas añaden el artículo siguiente de la voluntad de Dios, que es el alma de la compañía y una de las prácticas en las que más ha de insistir con todo su corazón, es para ofrecernos a cada uno en particular un medio de perfección muy fácil, excelente e infalible, y que hace que nuestras acciones no sean ya acciones humanas, ni angelicales, sino acciones de Dios, ya que las hacemos en él y por él. ¡Qué vida será entonces la de los misioneros! ¡Qué compañía, si consigue portarse así!

¹ Mt 6,33.

Viene luego la sencillez, que hace que Dios ponga sus delicias en el alma que tiene esta virtud ². Fijémonos en aquellos de nosotros en los que más se nota el carácter de esta virtud; ¿no es verdad que son los más amables, que su candor nos conquista y que sentimos consuelo al tratar con ellos? ¿Cómo no, si el propio nuestro Señor se complace en los sencillos?

Igualmente, la prudencia bien entendida nos hace agradables a Dios, ya que nos conduce hacia las cosas que se refieren a su gloria y nos hace evitar las que nos apartan de ella, no sólo nos hace huir de la doblez en acciones y palabras, sino que nos hace obrar con sabiduría, rectitud y circunspección, para llegar a nuestros fines por los medios que el evangelio nos enseña, no por cierto tiempo, sino siempre. Es por ahí por donde los prudentes caminan incesantemente. ¡Qué vida! ¡Qué compañía sería ésa!

Si a ello añadís la mansedumbre y la humildad, ¿qué podrá faltarnos? ¡La mansedumbre! ¡La mansedumbre! ¡Qué virtud tan hermosa! Es de la que vamos a hablar ahora, y también de la humildad, si el tiempo lo permite. Son dos hermanas gemelas que están siempre unidas, lo mismo que la sencillez y la prudencia, que no se pueden separar.

¿Qué es lo que será un sacerdote o un hermano que busque el reino de Dios, que abrace la santa práctica de su voluntad, que se ejercite en la sencillez y prudencia cristianas, y finalmente en la mansedumbre y la humildad de nuestro Señor? ¿Qué es lo que seremos todos nosotros, si somos fieles a todo esto? ¿Qué compañía será entonces la Misión? Sólo Dios os lo puede dar a conocer; yo soy incapaz de expresarlo. Mañana, en la oración, poneos a pensar qué es lo que llegaría a ser la compañía y un hombre particular, si así lo hiciera.

Esto es lo que la regla dice de la mansedumbre:

Todos estudiarán con interés la lección que nos ha enseñado Jesucristo cuando dijo. «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» ³, considerando que, como él mismo nos lo asegura, por la mansedumbre se posee la tierra ⁴, ya que,

² Prov 3,32.

³ Mt 11,29.

⁴ Mt 5,4.

obrando con este espíritu, se gana el corazón de los hombres para convertirlos a Dios, mientras que el espíritu de rigor pone impedimentos para ello; y que por la humildad se conquista el cielo, adonde nos eleva el deseo de nuestra propia humillación, haciéndonos subir, como por grados, de virtud en virtud. hasta llegar allá

No voy a tratar de la humildad, pues queda poco tiempo para hablar de ella esta tarde.

Se trata de una lección. De una lección de nuestro Señor Jesucristo que nos enseña que hemos de aprender de él, que es manso y humilde de corazón. «Aprended de mí», nos dice. ¡Oh Salvador! ¡Qué hermosas palabras! ¡Qué honor ser alumnos tuyos y aprender esta lección tan corta y tan escueta, pero tan excelente, que nos hace ser como tú eres. ¡Oh Salvador! ¿No vas a tener tú sobre nosotros la misma autoridad que antaño tuvieron los filósofos sobre sus seguidores, los cuales se apegaban tanto a sus sentencias, que bastaba con decir: «El maestro lo ha dicho», para que las aceptasen y no se apartasen nunca de ellas?

Si los filósofos, con sus razonamientos, producían ese efecto de adquirir tanto crédito entre sus discípulos que sus palabras eran órdenes en lo referente a las cosas del mundo, ¡cuánto más nuestro Señor, la sabiduría eterna, merecerá ser creído y obedecido en las cosas divinas! ¡Oh Salvador! Hermanos míos, ¿qué le responderemos cuando nos pida cuentas de las lecciones que nos ha enseñado? ¿Qué le diremos en la hora de nuestra muerte cuando nos reproche por haberlas aprendido tan mal, a pesar de haber sido sus alumnos, a los que él ha enseñado verdades que obran la gracia efectiva, si uno se aficiona a ponerlas en práctica? Entonces resultará que no nos hemos aprovechado de ellas, que no hemos entrado en sus sentimientos, que hemos descuidado todo lo que él nos ha ordenado.

«Aprended de mí, nos dice, a ser mansos» ⁵. Si sólo fuese un san Pablo o un san Pedro el que, por sí mismo, nos exhortase a aprender de él la mansedumbre, quizás podríamos excusarnos; pero, hermanos míos, es un Dios hecho hombre, que

5 Mt 11,29.

ha venido a la tierra para mostrarnos que estamos hechos para ser agradables a nuestro Padre; es el maestro de los maestros el que nos enseña... ¿qué?, que seamos mansos;... ¿qué más?, que seamos humildes. Danos, Señor, una parte en tu gran mansedumbre; te lo suplicamos en nombre de esa misma mansedumbre, que no puede negar nada.

La mansedumbre, hermanos míos, tiene varios actos, que se reducen a tres principales. El primer acto tiene dos oficios. El primero consiste en reprimir los movimientos de la cólera, las chispas de ese fuego que suben hasta el rostro, que perturban al alma y que hacen que uno no sea ya lo que era. Un rostro sereno cambia de color y se pone negro o gris o inflamado por completo. ¿Qué hace entonces la mansedumbre? Es propio de esta virtud detener todo esto e impedir que nos dejemos arrastrar a esos malos efectos. El que la posee no deja, sin embargo, de sentir esos movimientos, pero se mantiene firme, para no dejarse llevar de ellos; quizás se note alguna contracción en su rostro, pero pronto se tranquiliza. No hemos de extrañarnos de que nos ataque esta pasión; los movimientos de la naturaleza son anteriores a los de la gracia, pero éstos los superan. Por tanto, no hay que extrañarse del ataque, sino pedir gracia para vencer, seguros de que, aunque experimentemos sentimientos contrarios a la mansedumbre, ella tiene la propiedad de reprimirlos. Este es el primer acto, que es maravillosamente bello, y tan hermoso que impide que salga a flote la fealdad del vicio; es una especie de resorte en los espíritus y en las almas, que no sólo templó el ardor de la cólera, sino que apaga sus más mínimos sentimientos.

¡Qué miserable soy! Hace tanto tiempo que estudio esta lección, y todavía no me la he aprendido. Me enfado, cambio de humor, me quejo, murmuro; esta misma tarde me enfadé con el hermano portero, que venía a avisarme que tenía visita; le dije: «Por favor, hermano, ¿qué hace usted? Le había dicho que no quería hablar con nadie» ¡Que me lo perdone Dios y también ese hermano! Otras veces trato con aspereza a la gente, hablo en voz alta y con sequedad; todavía no he aprendido a ser manso. ¡Miserable de mí! Ruego a la compañía que me soporte y me perdone. Una persona que tenga esta

virtud no cae en estas miserias; y aunque a veces se encuentre amargado, solamente produce frutos dulces.

El otro oficio de este primer acto de mansedumbre es el siguiente: consiste en que, siendo a veces conveniente demostrar un poco de cólera, gritar, reprender a alguien, castigar, etcétera, las almas que tienen esta virtud de la mansedumbre no hacen esas cosas por un arrebato natural, sino porque creen que así tienen que hacerlo, como el Hijo de Dios, cuando llamó a san Pedro «Satanás»⁶, o cuando les dijo a los judíos: «Id, hipócritas», no una vez sino varias; vemos cómo se repite esta palabra en un sólo capítulo hasta diez o doce veces⁷; y en otra ocasión echó a los vendedores del templo, derribó sus mesas y se mostró como un hombre encolerizado⁸. ¿Eran éstos arrebatos de cólera? No; él tenía la mansedumbre en un grado supremo, que regulaba todos sus movimientos. En nosotros, esta virtud hace que uno sea dueño de su pasión; pero en nuestro Señor, que sólo tenía propasiones, lo único que hacía era adelantarse o retrasar los actos de cólera, según era conveniente. Por tanto, si se mostraba severo en ciertas ocasiones, él que era esencialmente manso y benigno, era para corregir a las personas con las que hablaba, para expulsar el pecado y quitar el escándalo; era también para edificación de las almas y para nuestra instrucción.

¡Cuántos frutos produciría un superior que obrase de esa manera! Sus correcciones serían bien recibidas, porque estarían hechas siguiendo la razón y no el humor; cuando reprendiese con energía, no sería nunca por arrebato, sino por el bien de la persona amonestada. Como nuestro Señor tiene que ser nuestro modelo, en cualquier condición que sea la nuestra, los superiores tienen que fijarse en cómo gobernó él y regirse por él. El gobernaba por amor; si a veces prometía la recompensa, otras proponía el castigo. Lo mismo hay que hacer, pero siempre por este principio del amor; se está entonces en el estado en el que el profeta quería que Dios estuviese, cuando decía: *Domine in furore tuo arguas me*⁹. Aquel pobre rey creía que Dios

6 Mt 16,23.

7 Mt 23,13. La palabra «hipócritas» se repite 6 veces.

8 Mt 21,12.

9 Sal 6,2.

estaba enfadado con él, y por eso le pedía que no le castigase en su furor. Todos los hombres están en la misma situación; nadie quiere ser corregido con cólera; por eso han de dominar la cólera y los deseos de venganza, de forma que no proceda de ellos nada que no sea por amor. Pocos son los que no sienten los primeros movimientos, como he dicho; pero el hombre manso enseguida logra dominarse.

Este es, por tanto, el primer acto de la mansedumbre, que consiste en reprimir los movimientos contrarios, apenas se dejen sentir, bien sea deteniendo por completo la cólera, bien utilizándola debidamente en casos necesarios, de forma que nunca vaya separada de la mansedumbre. Por eso, padres, ahora que hablamos de ella, tomemos el propósito de que, siempre que se nos presente alguna ocasión de enojo, detengamos cuanto antes este apetito y, recogiéndonos, nos elevemos a Dios y le digamos: «Señor, ya que me ves asaltado por esta tentación, líbrame del mal que ella me sugiere». Que todos hagan este propósito. Y que Dios nos conceda esta gracia.

El segundo acto de la mansedumbre consiste en tener mucha afabilidad, cordialidad y serenidad de rostro con las personas que se nos acercan, de forma que sientan consuelo de estar con nosotros. De ahí proviene que algunos, con sus modales sonrientes y llenos de amabilidad contenten a todo el mundo, ya que Dios les ha concedido esa gracia de darles una acogida cordial, dulce y amable, por la que dan la impresión de ofrecer su corazón y pedirlos el vuestro; mientras que otros, como yo, hosco de mí, siempre se presentan de mal talante y con cara de pocos amigos; esto va contra la mansedumbre. Así pues, hermanos míos, convendrá que un misionero imite a los primeros, de forma que pueda ofrecer consuelo y confianza a todos los que se le acercan. Podéis ver por propia experiencia cómo esta actitud conquista y atrae a los corazones; por el contrario, se puede observar en las personas que ocupan algún cargo elevado que, cuando son demasiado serias y frías, todos las temen y huyen de ellas. Y como nosotros tenemos que trabajar con los pobres del campo, con los señores ordenandos, con los ejercitantes y con toda clase de personas, no es posible que podamos producir buenos frutos si somos como esas tierras rese-

cas que sólo tienen cardos. Se necesita un aspecto agradable, para que nadie se asuste de nosotros.

Hace tres o cuatro días me consoló mucho la alegría de una persona que había estado aquí algunos días me dijo que había notado entre nosotros un ambiente cordial, una apertura de corazón y una sencillez encantadora (ésas son sus palabras), que le habían dejado muy impresionado.

Bien, hermanos míos, si hay personas en el mundo que deben preocuparse de esto, son los que hacen lo que nosotros hacemos: misiones, seminarios y todo lo demás, donde se trata de insinuarse en las almas para conquistarlas; y esto no se puede hacer más que con unos modales afables y cordiales.

¡Oh Salvador! ¡qué dichosos eran los que tenían la gracia de acercarse a ti! ¡Qué rostro! ¡Qué mansedumbre, qué cordialidad les demostrabas a todos, para atraerlos! ¡Qué confianza inspirabas a todos los que acudían a tu lado! Al primero que captaste fue a san Andrés, y por él a san Pedro, y luego a todos los demás ¹⁰. ¡Salvador mío! ¡Quien tuviera ese aspecto amoroso y esa benignidad encantadora! ¡Cuánto fruto daría en tu Iglesia! Los pecadores y los justos acudirían a él, unos para convertirse, otros para animarse cada vez más. Isaías dice de nuestro Señor... Se dice en la sagrada escritura que nuestro Señor se alimentaría de manteca y miel, esto es para señalarnos su dulzura, que le sería dada para poder discernir el bien y el mal. ¿Cómo es esto? ¿Se acuerda alguien de eso?

Se levantó el padre Portail y dijo: *Butyrum et mel comedet, ut sciat reprobare malum et eligere bonum* ¹¹. Le dio las gracias el padre Vicente y repitió este pasaje en francés: «Comerá manteca y miel, para que sepa reprobare el mal y elegir el bien»; y luego añadió:

Creo que sólo a las almas que tienen mansedumbre se les concede poder discernir las cosas; pues, como la cólera es una pasión que ciega la razón, la virtud contraria tiene que ser la que da el discernimiento. ¡Amable Salvador nuestro! Concédenos esa mansedumbre. Hay algunos en la casa que así lo prac-

10 Cfr. Jn 1,40-41.

11 Is 7,15.

tican, por tu misericordia; concédeles a todos esta misma gracia, y a mí la de imitarlos en esa suavidad.

El tercer acto de la mansedumbre es cuando, habiendo recibido de alguien algún disgusto, se pasa por encima de todo, no se demuestra ningún enfado, o bien se le excusa diciendo: «No se daba cuenta, lo ha hecho sin pensarlo; ha sido cuestión del primer impulso»; en una palabra, se aparta el pensamiento de la ofensa recibida; y cuando esa persona les dice alguna cosa molesta a esos espíritus dóciles para enfadarlos, no abren la boca para contestar y hacen como si nada hubieran oído.

He oído contar de un canciller de Francia que un día, al salir del consejo, cuando iba a subir a la mula (entonces todavía no se usaban las carrozas), un hombre que había perdido su proceso le dijo: «Juez malvado, tú me has quitado mis bienes; Dios te castigará; apelo a su juicio». La historia dice que aquel señor siguió adelante, sin volver la cabeza y sin decir una sola palabra. Si fue la virtud cristiana la que le hizo tragarse aquella injuria, ¡qué ejemplo para nosotros! Y si no hubiera sido por esa virtud, sino por un principio moral por lo que soportó esa indignidad, ¡qué confusión hemos de sentir cuando nos irritamos por cualquier tontería!

Fue al señor canciller de Sillery al que le aconteció esto; apreciaba en sumo grado la mansedumbre desde que, en cierta ocasión, siendo consejero del parlamento, vio a dos compañeros suyos insultarse y llenarse de injurias; habiéndose dado cuenta de que tenían sus rostros contraídos, pálidos y enfurecidos, se hizo esta reflexión: «¡Vaya! A esos que tenían rostros de hombre, los veo ahora convertidos en bestias, con la boca abierta y llena de espumas y tratándose como animales». Esto se le grabó tanto en el alma que, juzgando de la enormidad del vicio por la fealdad de sus señales, se propuso trabajar sin cesar en la paciencia y la mansedumbre.

Pues bien, si este ejemplo tuvo tanta fuerza ante el primer magistrado de este reino, hasta hacerle sufrir el reproche vergonzoso de aquel hombre sin guardarle ningún resentimiento, cosa muy digna de admiración por el cargo que ocupaba, donde no le faltaban razones humanas ni medios para castigar semejante temeridad, ¿no tendrá tu ejemplo, Salvador mío, más poder sobre nosotros? ¿Te veremos practicar una mansedumbre

tan incomparable con los más criminales sin hacernos nosotros mansos? ¿No nos sentiremos impresionados por los ejemplos y enseñanzas que encontramos en tu escuela? Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, haznos en esto semejantes a ti ¹²,

La mansedumbre no solamente nos hace excusar las afrentas e injurias que recibimos, sino que incluso pide que tratemos mansamente a quienes nos maltratan, con palabras amigables y, si llegasen incluso a darnos un bofetón, que lo suframos por Dios; es esta virtud la que produce este efecto. Sí, un siervo de Dios que la posea, cuando se sienta ultrajado por alguien, ofrecerá a su divina bondad este rudo trato y se quedará en paz.

Hermanos míos, si el Hijo de Dios se mostraba tan bondadoso en su trato con los demás, su mansedumbre brilló todavía más en su pasión, hasta el punto de que no se le escapó ninguna palabra hiriente contra los deicidas que le cubrían de injurias y de bofetones y se reían de sus dolores. A Judas, que lo entregaba a sus enemigos, lo llamó amigo ¹³. ¡Vaya amigo! Lo veía venir a cien pasos, a veinte pasos; más aún, había visto a aquel traidor desde su nacimiento, y sale a su encuentro con aquella palabra tan cariñosa: «Amigo». Y siguió tratando lo mismo a los demás: «¿A quién buscáis?», les dijo, «¡Aquí estoy!» ¹⁴. Meditemos todo esto, hermanos míos y encontraremos actos prodigiosos de mansedumbre que superan el entendimiento humano; consideremos cómo conservó esta misma mansedumbre en todas las ocasiones. Le coronan de espinas, le cargan con la cruz, lo extienden sobre ella, le clavan a la fuerza las manos y los pies, lo levantan y hacen caer a la cruz con violencia en el hoyo que habían preparado; en una palabra, lo tratan con la mayor crueldad que pueden, sin poner en todo esto nada de dulzura.

Hermanos míos, os ruego a todos que penséis en aquel horrible tormento, la pesadez de su cuerpo, la rigidez de sus brazos, el rigor de los clavos, el número y delicadeza de sus nervios. ¡Qué dolor, hermanos míos! ¿Es posible imaginar

12 Jn 1,29.

13 Mt 26,50

14 Jn 18,4.

mayor dolor? Si queréis meditar en todos los excesos de su pasión tan amarga, admiraréis cómo pudo y cómo quiso padecerlos aquel que no tenía que hacer más que transfigurarse en el Calvario, lo mismo que lo hizo en el Tabor, para hacerse temer y adorar. Y después de esta admiración, diréis como nuestro manso redentor: «Ved si hay dolor semejante a mi dolor» ¹⁵.

¿Y qué es lo que dijo en la cruz? Cinco palabras, de las que ni una sola demuestra la menor impaciencia. Es verdad que dijo: «Eli, Eli, Padre mío, Padre mío ¿por qué me has abandonado?» ¹⁶; pero esto no es una queja, sino una expresión de la naturaleza que sufre, que padece hasta el extremo sin consuelo alguno, mientras que la parte superior de su alma lo acepta todo mansamente; si no, con el poder que tenía de destruir a todos aquellos canallas y de hacerlos perecer para librarse de sus manos, lo habría hecho; pero no lo hizo. ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué ejemplo para nosotros que nos ocupamos en imitarte! ¡Qué lección para los que no quieren sufrir nada!

Después de esto, hermanos míos, ¿no hemos de animarnos y aficionarnos a esta virtud, por la que Dios no solamente nos concederá la gracia de reprimir los movimientos de la cólera, de portarnos amablemente con el prójimo y de devolver bien por mal, sino también la de sufrir con paciencia las aflicciones, las heridas, las angustias y la misma muerte, que podrían darnos los hombres? Señor, concédenos la gracia de aprovecharnos de todo lo que padeciste con tanto amor y mansedumbre. Muchos se han aprovechado de ellos, por tu bondad infinita, y quizás sea yo el único que todavía no he empezado a ser al mismo tiempo manso y paciente. Pedidle a Dios, hermanos míos, pedidle que me haga participar de esa virtud de Jesucristo y que no permita que me hunda siempre en las faltas que con tanta frecuencia cometo contra la mansedumbre. Y como un viejo es difícil que se levante de sus malos hábitos, os pido que tengáis paciencia conmigo y que no dejéis de pedirle a nuestro Señor que me cambie y me perdone.

15 Lam 1,2.

16 Mt 27,46. Son siete las palabras de Jesucristo en la Cruz que nos relatan los evangelistas.

SOBRE LA HUMILDAD
(Reglas comunes, cap. 2, art. 7)

*Naturaleza de la virtud de la humildad. Belleza de esta virtud.
Medios para ponerla en práctica. Condiciones necesarias para poseerla realmente.*

Hermanos míos, hemos llegado al artículo séptimo del capítulo segundo de nuestras reglas. En la última conferencia sobre este tema, dijimos que nuestro Señor nos ha invitado a que aprendiéramos de él una lección que nos ha enseñado: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»¹.

«Que soy manso»: de eso ya hablamos entonces; «que soy humilde de corazón»: no hablamos entonces, aunque había pensado hacerlo. Pasó el tiempo y mi miseria es tan grande que no logro avanzar. Nos quedamos, pues, en la segunda lección, de la que vamos a hablar ahora. Esto es lo que dice nuestra regla:

Pues bien, esta humildad, que tantas veces nos recomienda Jesucristo con su palabra y su ejemplo y en cuya adquisición debe trabajar la compañía con todas sus fuerzas, ha de tener tres condiciones: la primera, juzgarnos con toda sinceridad dignos de desprecio; la segunda, sentirnos contentos de que los demás conozcan nuestros defectos y nos desprecien por ellos; la tercera, ocultar el poco bien que Dios haga por medio de nosotros o en nosotros, pensando en nuestra propia bajeza, y si esto no es posible, atribuirlo totalmente a la misericordia de Dios y a los méritos de los demás. Aquí es donde está el fundamento de la perfección evangélica y el nudo de toda la

Conferencia 126. — Manuscrit des conférences.

Puede verse otra redacción de esta conferencia en L. Abelly, que ha publicado un extenso extracto de la misma (*o. c.* lib. III, cap. 13, sec. 2, p. 216 s.).

¹ Mt 11,29.

vida espiritual. Quien tenga esta virtud obtendrá fácilmente todas las demás; y el que no la tenga, se verá también privado de las que parece que tiene y vivirá en continuas preocupaciones.

El sentido de este artículo de nuestras reglas está tan claro que no hay nadie que no lo entienda, y casi no tiene necesidad de ninguna explicación.

Se trata pues, hermanos míos, de la santa humildad, tan estimada y tan recomendada por nuestro Señor, y que hemos de abrazar precisamente por recomendación y por consejo suyo. Si mandase hablar a alguno de la compañía, cualquiera que fuese, nos diría un montón de motivos y de razones para ello; también yo os podría decir algunos; pero para honrar lo que nuestro Señor dijo de esta virtud y sus sentimientos sobre ella, solamente diremos que él mismo nos la recomendó: «Aprended de mí, que soy humilde»². Si fuera un apóstol, si fuera san Pedro o san Pablo el que nos diera esta lección, si fueran los profetas o algún santo, se podría decir que eran alumnos como nosotros; si fueran filósofos... ¡Ay! Ellos no han conocido esta virtud y Aristóteles nada dice de ella, a pesar de que habló tan bien de las demás virtudes morales.

Solamente nuestro Señor es el que ha dicho y ha podido decir: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde*. ¡Oh, que palabras! Aprended de mí, no de otro, no de un hombre, sino de un Dios; aprended de mí... ¿Qué quieres, Señor, que aprendamos? Que soy humilde. ¡Oh Salvador, qué palabra! ¡Qué eres humilde! Sí, yo lo soy, no sólo en lo exterior, por ostentación o por jactancia, sino humilde de corazón: no por una humillación ligera o pasajera, sino con un corazón verdaderamente humillado ante mi Padre eterno, con un corazón humillado siempre ante los hombres y por los hombres pecadores, buscando siempre las cosas viles y rastroseras, y abrazándolas siempre cordial, activa y pasivamente. Aprended de mí cuán humilde soy, y aprended a serlo también vosotros.

Hermanos míos, esto es tan contrario al espíritu del mundo y a lo que en él se practica, está tan lejos de la disposición

2 Mt 11,29

de los hombres y de la naturaleza de cada uno que, si Dios no lo hubiese dicho y lo hubiese hecho, nadie querría ni siquiera oír hablar de ello, pues todos aprecian tanto lo que hay en ellos y lo que hacen, que no hay ni uno solo que naturalmente no quiera tener una buena reputación y no haga todo lo posible por ser estimado, alabado y preferido; debido a nuestra naturaleza estropeada por el primer hombre, todo el mundo cae en esta inclinación maligna y en esta trampa miserable.

Sin embargo, padres, os voy a decir una cosa extraña: habiendo preguntado muchas veces tanto en el confesionario como en las visitas: «¿Cuál es la virtud que más desea usted? ¿Por cuál siente más atractivo?», he observado que casi todos me han respondido que es la humildad. «Es una virtud, me han dicho, a la que tengo especial afecto; a pesar de ello, no dejo de sentirme lleno de orgullo, soy un importuno con todos los demás poniéndolos por debajo de mí, y resulto insoportable para mí mismo, que no querría elevarme tanto como lo suelo hacer». ¿De qué proviene todo esto? De que, aunque sintamos una inclinación natural a la soberbia, también la sentimos hacia la humildad, debido a su belleza; o al menos, ya que en una misma persona no puede haber al mismo tiempo dos inclinaciones contrarias, nos gustaría tener esta inclinación hacia la humildad. ¿Y por qué? Porque la gracia que hemos recibido en el bautismo nos da esta apetencia. Sí, el espíritu de nuestro Señor pone en nosotros la misma inclinación hacia la virtud que la que pone la naturaleza hacia el vicio.

Si os preguntase, hermanos míos, cuál es la virtud que más queréis, y si me lo preguntase a mí mismo, todos diríamos que es la humildad; pero si se nos preguntase: «¿Y cómo se encuentra usted respecto a ella? ¿Practica esta virtud?» — No, me siento muy lejos de ella; me inclino a las acciones exteriores que me dan a conocer, deseo que me honren, quiero que me escuchen, peso mis palabras, modulo mis períodos, en una palabra, me gusta presumir» — «Pero, ¿no sabe usted que eso es predicarse a sí mismo, y no a Jesucristo? ¿que eso es hacerse inútil al pueblo con esas elevadas predicaciones que se lleva el viento?» — «Es verdad; pero es necesario que los demás me estimen». ¡Qué ceguera! ¡Qué desgracia! Padres, si quisiera la

bondad de nuestro Señor sacarnos de esta práctica detestable y ponernos en la práctica de la santa humildad, si quisiera darnos esta gracia santificante de querer nuestro desprecio, ¡qué gran gracia sería esto, Dios mío! ¡cuánto deberíamos apreciarla!

Es preciso confesar que todos sentimos un extraño atractivo hacia el vicio contrario y que hay en el hombre una fuerza secreta y muy poderosa del espíritu maligno que nos obliga, a pesar del conocimiento que tenemos de la belleza y de la santidad de la humildad, a que nos dejemos llevar por la violencia del orgullo. Pero, ¡Oh Salvador!, hermanos míos, ¿no va siendo ya tiempo de resistirla? El Hijo de Dios nos ha dicho que seamos humildes, y nos ha asegurado además: «El que se humille, será ensalzado»³. Se trata de una doctrina de salvación venida del cielo; ¿y no es acaso un prodigio y un motivo de extrañeza que creamos en la verdad de estas palabras, pero nos neguemos a buscar sus efectos?

Sabemos que nuestro Señor dijo en cierta ocasión: «El que se humilla, será ensalzado; el que se ensalza, será humillado»⁴. Pero hay algunos que quieren pasar por sabios, por espíritus decididos y juiciosos, por hombres prudentes, por buenos superiores y encargados responsables; y no se dan cuenta de que entonces precisamente es cuando se verán rebajados y humillados. ¡Oh Salvador, qué locura!

Bien, padres, ¿no vamos a reconocer que es verdaderamente desgraciado aquel que, a pesar de conocer las ventajas de la humildad, no hace todo lo posible por ocultarse en las entrañas de la tierra, que no huye del honor, de la estima y del aprecio de los hombres y no se considera el menor de todos? ¡Salvador mío! ¡Qué bien nos han enseñado también de obra aquella lección que antes nos explicaste con palabras: «Aprended de mí, que soy manso y humilde»!

Padres, ¿qué otra cosa es su vida sino una serie de ejercicios de humildad? Es una humillación continua, activa y pasiva; él la amó tanto, que no se apartó nunca de ella en la tierra; y no sólo la amó mientras vivía, sino incluso después de su preciosa muerte, ya que nos dejó un monumento inmor-

3 Mt 23,12.

4 Mt 18,14.

tal de las humillaciones de su persona divina, un crucifijo, para que lo recordáramos como criminal y ajusticiado, y quiso que la Iglesia nos lo presentara ante los ojos en ese estado de ignominia, muerto así por nosotros. Dios ha querido que nuestro bienhechor se nos representase como un malvado y que el autor de la vida sufriese la muerte más afrentosa y más infamante que podemos imaginarnos. ¡Salvador mío! ¡Hasta dónde llevaste tu amor a esa virtud! ¿Por qué te entregaste a ese envilecimiento supremo? Porque conocías la excelencia de las humillaciones y la malicia del pecado contrario, que no sólo agrava los demás pecados, sino que hace viciosas las obras que de suyo no son malas, e incluso las que son buenas, y hasta las más santas.

Así pues, toda su vida fue una continua humillación. El cuerpo admirable formado por el Espíritu Santo permaneció largo tiempo encerrado en el seno de una virgen. Quiso que se dijera que le habían negado la posada y que había tenido que nacer en un establo ⁵; que, después de haber recibido el homenaje, parte del cielo y parte de la tierra, de los ángeles y de los hombres, cayó enseguida en el desprecio, se vio obligado a huir a Egipto pobremente, como un niño, ¿qué digo?, como un Dios débil e impotente.

Sería esta la ocasión de imaginarnos, si el tiempo nos lo permitiera, cómo toda la vida de nuestro Señor fue un continuo acto de estima y de afecto al menosprecio; su espíritu estaba lleno de esa estima; si hubiéramos hecho su anatomía, como se ha hecho a veces con los santos, abriéndolos para ver lo que tenían en el corazón, donde muchas veces se veían las señales de lo que más habían amado durante su vida, habríamos encontrado sin duda en el corazón adorable de Jesús que estaba allí especialmente grabada la santa humildad y quizás, no creo que exagere al decirlo, con preferencia sobre todas las demás virtudes.

¡Dios mío!, hermanos míos, ahora que ha llegado el momento en que su divina bondad nos permite hablar de todo esto, pidámosle con toda humildad que nos conceda la gracia de participar en esa humildad suya y de practicarla como él lo

5 Lc 2,7.

hizo, durante toda la vida. ¡Dichosos de nosotros, si se pudiera decir de cada uno lo que san Pablo decía de nuestro Señor humillado: *Humillavit semetipsum, formam servi accipiens* ⁶.

¡Padre eterno, que quisiste que tu Hijo se vistiera de nuestra carne para ser semejante a nosotros, *in similitudinem hominum factus et habitu inventus ut homo* ⁷, revistenos de su virtud de la humildad, para que seamos semejantes a él!

¡Oh Salvador! ¡Qué deseo, qué ardor, qué sed tenías tú por esta virtud, ya que trabajaste incesantemente en ella, y te esforzaste en rebajarte ante todos, y quisiste que todas las criaturas contribuyesen a tu humillación! ¿Quién podrá imitarte? ¿Quién podrá aunque sólo sea hablar de esta virtud? Señor, concédenos la gracia de hablarnos tú mismo de ella, las palabras de los hombres hieren los oídos, pero no penetran en el interior; pero una de las tuyas, pronunciadas en el oído de nuestros corazones, nos hará renunciar a la vana reputación por la que la mayoría de la gente se queda sin el mérito de sus acciones. Hay muchas personas que son buenas en apariencia, pero están llenas de ese humo de la propia estimación, y por eso carecen de peso y de consistencia y se disipan como una nube.

Tú sabes, Dios mío, que en nuestra naturaleza se da una gran repugnancia a esta renuncia al honor; que, si tú no nos hablas, nunca empezaremos a tomarlo en serio. Háblanos, pues, Señor; háblanos tú mismo; seremos como otros tantos siervos que te escuchan. Los hijos de Israel querían que les hablase Moisés y no tú ⁸; temían que el esplendor de tu majestad les hiciese morir; nosotros, por el contrario, te suplicamos que nos hables tú, para que vivamos, y vivamos la vida de Jesucristo. Decid, pues, hermanos míos, decidle a Dios: «Háblanos, Señor, háblanos tú, y no ese pobre hombre que nos está hablando, porque lo que él nos dice es tan vulgar y tan poco eficaz que no nos impresiona. Hijo único del Padre, dinos de una vez: Aprended de mí la humildad; y haz que esta palabra realice en nosotros lo que significa».

6 Flp 2,7.

7 Ibíd, 2,7.

8 Ex 20,19

¿Y en qué consiste la humildad? En querer el desprecio, en desear la humillación, en alegrarse cuando nos vemos humillados, por amor a Jesucristo. Es algo muy difícil; pero ¿qué es lo que no puede la gracia, y el hombre con ella? El amor al menosprecio y lo que acabo de decirnos es lo mismo. Por consiguiente, hemos de sentirnos felices de que nos tengan por espíritus ruines, por personas antipáticas, por hombres sin virtud, sujetos a toda clase de pobrezas y de que, efectivamente, nos injurien y rechacen, nos traten como ignorantes, reprochen nuestros defectos y digan de nosotros que somos viciosos e insoportables.

Pero, padre, ¿qué es lo que usted dice? ¡Eso está muy lejos. de nuestras prácticas pasadas y de nuestra disposición actual! *Durus est hic sermo* ⁹. — Ciertamente, esto es muy duro; pero, cuando se dice que se trata de hacer todo esto por amor de Dios y que Dios ha ligado grandes ventajas a la práctica de la humildad, como por ejemplo, que los últimos serán los primeros y los que se hagan pequeños serán los más grandes ¹⁰, y que los que se humillan serán exaltados ¹¹, todo esto tiene que animarnos en la adquisición de esta virtud. Por tanto, yo quiero abrazarme con ella, con la gracia de Dios, puesto que él así lo quiere. Haremos algo muy agradable a sus ojos si nos decidimos todos a practicarla, no ya por algún tiempo, sino para siempre, renovando frecuentemente nuestra intención, que es. la de honrar a Dios, glorificarle, darle gusto y amarlo. No hay nada tan importante como la voluntad de Dios, nada más emocionante que el pensamiento de su bondad y de sus deseos, nada. que nos dé tantas fuerzas como decir: «Quiero humillarme por un Dios que me ama; quiero esta humillación por él». Así hay que hacerlo, hermanos míos; todos tenemos que llegar a ello, y hacer que llegue también a la compañía.

Ya es algo que uno particularmente se aficione a este desprecio de sí mismo, pero no basta: hay que aficionarse también por la compañía. No basta con que aceptemos las humillaciones cada uno en particular; hemos de aceptarlas en general,

9 Jn 6,60.

10 Mt 19,60.

11 Ibid, 18,4.

contentos de que se diga que la Misión es inútil en la Iglesia, que está compuesta de unos pobres hombres, que hace mal todo lo que hace, que no saca ningún fruto de sus trabajos en el campo, que van mal los seminarios, que las ordenaciones son un desorden. Fijaos, hermanos míos: si tenemos el espíritu de Dios, hemos de aceptar que la compañía sea considerada tal como acabamos de decir y puesta por debajo de todas las demás congregaciones, y no desear que digan maravillas de ella, ni que se sepa que ha hecho esto o aquello, que es apreciada por los grandes y bien vista por los obispos. ¡Que Dios nos guarde de esta locura! Solamente el espíritu del mundo y la malicia del orgullo pueden sugerirnos estos pensamientos. Por el contrario, hemos de desear y de alegrarnos de que se vea actualmente menospreciada; y digan lo que digan la naturaleza y la prudencia de este siglo, apegarnos a este menosprecio, mientras quiera Dios que dure y por muy grande que sea.

Y todo lo que se refiera a la primacía, la virtud, la utilidad, la buena fama, hemos de cedérselas a todo el mundo y hablar siempre bien de todas las comunidades, y nunca con desprecio de ellas, atribuyéndoles todos los éxitos y los bienes que se consigan. Encontraré gente que habla mal de ellas, pero no les creáis: sólo quieren destruir a unos y halagar a otros. Tened en mucho aprecio todos los estados y todas las órdenes de la Iglesia, pero estimadlas en Dios para mérito suyo, y amadlas con todo el corazón, y no creáis que les hacéis mucho. favor al preferirlas a esta nada que somos nosotros.

Nuestro Señor ha concedido a varios de la compañía la gracia de ir a vuelo de águila en esta virtud, de animar sus acciones con el deseo de su propio anonadamiento y buscar su propio ocultamiento y confusión. Dios mío, concédenos a todos la gracia de obrar de esta manera, para que la humildad sea la virtud de la Misión. ¡Qué virtud tan santa y tan hermosa! ¡Oh, pequeña compañía, qué amable serás si Dios te concede esta gracia!

Fijaos bien en esto: si alguna vez habéis oído hablar a alguien de los bienes que ha hecho la compañía, habréis visto cómo se debe esto a que han visto en ella una pequeña imagen de la humildad en sus acciones bajas y humildes, como la de instruir a los aldeanos y servir a los pobres. Si os fijáis en los

ordenandos que se marchan llenos de edificación de nuestras casas, es porque han visto en ellas la manera de obrar humilde y sencilla, que es una novedad para ellos y un encanto y atractivo para todo el mundo. En la última ordenación hubo uno que me entregó por escrito las impresiones que se llevaba de aquí, y hablaba de ese tinte de humildad que aquí pudo observar.

La Iglesia, que conoce la importancia de esta virtud, cuando investiga la vida de un santo para canonizarlo, entre las diversas preguntas que hace, me parece que acostumbra hacer ésta entre las primeras: «¿Era humilde?» Si uno de los primeros artículos de un investigador es la humildad, hermanos míos, ¿por qué no la ponemos también nosotros entre las primeras, e incluso la primera de todas, en nuestro corazón y en nuestros exámenes, sabiendo que es el fundamento de todas las demás virtudes?

Si Dios quisiera ponerlos a todos en esa humilde disposición que desea de vosotros, ¡cuántas gracias os concederá, para vuestra propia santificación y para la salvación del prójimo! Pidámosle, pues, no solamente cada uno para sí mismo, sino para todos juntamente, el conocimiento de nuestra propia miseria, el odio contra toda estima, alabanza o reputación, junto con el amor a nuestro menosprecio.

Nuestro Señor no sólo fue humilde en sí mismo, sino también en su pequeña compañía, que quiso estuviera compuesta de unos pocos hombres, pobres y sin educación, sin ciencia ni urbanidad, que ni siquiera estaban de acuerdo entre sí, que acabaron abandonándolo y que, después de su muerte, se vieron tratados como él, expulsados, menospreciados, acusados, condenados y ajusticiados. Ayudémonos mutuamente, hermanos míos, para participar todos de sus humillaciones; ellos recibieron las primeras instrucciones y el ejemplo de nuestro Maestro; no tengamos vergüenza de seguirles. El mismo nos habla también a nosotros. En este momento, os dice como a ellos: «Aprended de mí, que soy humilde de corazón; haced lo que me habéis visto hacer a mí, ya que desde mis primeros pasos hasta el fin os he enseñado la práctica de la humildad; siempre ha sido esta lección la que os he enseñado».

Estaba el otro día con algunos señores de fuera, y me decía uno de ellos: «No sé lo que es la humildad, a no ser de la forma con que la describen los filósofos: una modestia educada, un recato honesto, una deferencia respetuosa, etcétera».

«Pero, señor, le dijeron, ¿quién conocía la naturaleza de las virtudes mejor que nuestro Señor? ¿Quién conoce mejor que él la importancia de la humildad, la fuerza de atracción que posee sobre las demás virtudes y que, sin ella, un cristiano queda desposeído de los adornos de la gracia que deben acompañarle?». La cosa todavía fue adelante... Pero más vale que me calle.

Los apóstoles hicieron un símbolo: *Credo in Deum Patrem, etcétera*, no sólo para estar de acuerdo en su creencia, sino también para distinguir a los cristianos de los judíos y de los infieles, de forma que, cuando se les preguntaba: «¿Tú qué eres?», ellos respondían: *Credo in Deum; credo in Jesum Christum*.

Hermanos míos, si nos fuera posible tomar hoy a la humildad como el sello de un misionero, de forma que se le distinguiera más por esta virtud que por su nombre entre los demás cristianos y sacerdotes, ¡qué gracia tan importante nos haría nuestro Señor para nuestro estado! Pidámosle que, cuando nos pregunten sobre nuestra condición, nos permita decir: «Es la humildad». Que sea ésta nuestra virtud. Si se nos dice: «¿Quién va?» — «La humildad». Que sea esta nuestra contraseña.

Nuestra regla dice que esta humildad debe tener tres condiciones, la primera de las cuales es despreciarse a sí mismo. Realmente, si nos fijamos bien, veremos que esto es perfectamente razonable. Sí, después de que nos hayamos examinado sobre la corrupción de nuestra naturaleza, la ligereza de nuestro espíritu, las tinieblas de nuestro entendimiento, el desorden de nuestra voluntad y la impureza de nuestros afectos, y después de que hayamos pesado con el peso del santuario nuestras obras y nuestros frutos, veremos que todo eso es digno de desprecio. ¡Cómo! ¿Las predicaciones que hemos hecho, las confesiones que hemos oído, las fatigas y esfuerzos que hemos puesto por el prójimo y por todos nuestros asuntos? ¡Sí! Si repasamos las cosas mejores que hayamos hecho, descubriremos que nos hemos portado mal en cuanto a la manera de hacerlas, que nos hemos

equivocado respecto al fin, que de todas formas se ha hecho más mal que bien.

Y necesariamente tiene que ser así, hermanos míos, pues ¿qué puede esperarse de la debilidad del hombre? La nada, ¿qué es lo que puede producir? ¿Qué puede hacer el pecado? ¿Y qué es lo que somos nosotros? Si cada uno se examina debidamente, verá que no merece más que desprecio, no sólo en algunas cosas, sino generalmente en todas. Tengamos por cierto, hermanos míos, que somos despreciables en todo y siempre, debido a la oposición que llevamos dentro de nosotros mismos contra el ser y la santidad de Dios, y lo muy alejados que estamos de la vida y de las obras de Jesucristo. Y de lo que nos persuade esta virtud es de la inclinación natural y continua que tenemos al mal, de nuestra impotencia para el bien y de la experiencia que tenemos de que, incluso cuando creemos que hemos acertado en alguna acción o que hemos tenido razón en nuestros juicios y opiniones, sucede lo contrario; y Dios permite que seamos despreciados por ello.

Estudiémonos bien y veremos que en todo lo que pensamos, decimos y hacemos, en la substancia o en las circunstancias, estamos llenos y rodeados de motivos de oprobio y menosprecio. Estudiémonos bien, pero bien: no sólo nos sentiremos peores que los demás hombres, sino peores que los diablos. Hay en la compañía algunos que se creen peores que los demonios del infierno, ya que, si esos miserables espíritus tuvieran a su disposición los medios que tenemos nosotros para ser mejores, los utilizarían mil y mil veces mejor que nosotros. En efecto, ¿no dijeron ellos a ciertas personas: «¡Desgraciado de ti! ¡Estás ahora en situación de poder honrar a Dios y lo ofendes! Si nosotros no tuviéramos contra él este odio y esta perversidad en el mal de la que no podemos apartarnos, si nos fuese posible hacer penitencia, si su Hijo nos hubiera concedido la gracia de morir por nosotros, si nos hubiese dado los buenos pensamientos, las ayudas y el tiempo que vosotros tenéis para enmendaros y servirle, y sobre todo el ejemplo de sus humillaciones prodigiosas, ¡oh!, entonces nos portaríamos de manera muy distinta que vosotros. ¡Cómo! ¡Creéis en Dios y vivís tan mal! ¡Recibís con tanta frecuencia los sacramentos y os llueven encima cada día tantas gracias, y no sois mejores!» ¡Oh,

cielos! ¡Oh, tierra! ¡Pasmaos ante tamaña insensibilidad e ingratitud ante los beneficios de Dios! ¡Qué confusión, hermanos míos! ¡Somos peores que los demonios!

La segunda condición que debe tener nuestra humildad es que veamos de buena gana que los demás conozcan nuestros defectos y nos desprecien por ellos. La verdad es que esto no resulta muy agradable al hombre viejo, y que todos podríais decirme: «*Durus est hic sermo* ¹²; es algo muy difícil». Pero hay que llegar hasta ese extremo; hay que aceptar que los demás desprecien nuestro estado, nuestras personas, nuestra manera de obrar, nuestra forma de hablar. Nuestro Señor podía evitar las burlas, las injurias y los reproches que recibió de los judíos, y no los evitó. No quiera Dios, hermanos míos, que cuando haya que sufrir alguna confusión, la rechacemos y busquemos excusas, pues eso es lo que la santa humildad no puede permitir.

Sonó entonces el reloj y el padre Vicente se detuvo a preguntar si eran las nueve; como le dijeran que sí, demostró su sorpresa y dijo que todavía le quedaban muchas cosas por decir. Y añadió:

¡Qué vamos a hacer! Tenemos que dejarlo; Dios os dirá lo restante en la oración de mañana, en la que escucharéis su lenguaje mucho mejor que el mío. Fijaos en la recomendación que él os hace de que practiquéis esta virtud y pedidle que os dé la inteligencia de ella.

Y si él quisiera inflamaros, aunque sólo fuera en el deseo de las humillaciones, sería ya bastante, aunque no conociéramos la humildad como nuestro Señor que, al practicarla, veía su altura, su profundidad, su anchura y toda su amplitud ¹³, y sabía la relación que guarda esta virtud con las perfecciones de Dios, su Padre, con la bajeza de la criatura y del hombre pecador. Nosotros nunca lograremos ver todo esto más que con mucha oscuridad; sin embargo, en nuestras tinieblas, tengamos confianza de que, si empezamos a sentir afecto a las humillaciones Dios pondrá y aumentará en nosotros esta virtud por medio de los actos que nos hará hacer. Una humillación atrae a otra

12 Jn 6,60

13 Cfr. Ef 3,18.

y el primer grado de humildad sirve para bajar al segundo, y el segundo al tercero, al cuarto y al quinto.

¡Oh Salvador, oh Salvador, que dijiste que la oración del publicano había sido escuchada! Hermanos míos, si él dio ese testimonio de aquel hombre, que era un malvado, ¿qué no hemos de esperar nosotros, si somos humildes? ¿Y que pasó con el fariseo? Era un hombre separado del pueblo por su condición, que era como una congregación religiosa entre los judíos, que daba gracias a Dios, ayunaba y cumplía con la justicia ¹⁴. Pero Dios lo reprueba; ¿por qué? Porque él se fija en sus obras, se complace en ellas, cree que es él mismo el que las realiza.

He aquí, pues, a un justo y a un pecador; para el justo las virtudes no han sido más que vicios y la causa de su condenación, por carecer de humildad; por el contrario, para el pecador una sola humillación ha sido un medio de salvación. Se queda junto a la puerta y golpea su pecho; no se atreve a levantar los ojos al cielo y, a pesar de ser malo, se va justificado.

La humildad hace nacer en el alma todas las demás virtudes; si uno es pecador, al humillarse, se hace agradable a Dios. Aunque fuéramos unos criminales, si recurrimos a la humildad, la humildad nos cambiará en justos; y aunque fuéramos como ángeles, si estamos privados de esta humildad, aunque tengamos las demás virtudes, la verdad es que nos quedaremos sin ellas al faltarnos la humildad, y seremos semejantes a los condenados, que no tienen ninguna virtud. Un hombre, por muy caritativo que sea, si no es humilde, no tiene caridad; y sin la caridad, aunque tuviera por otra parte tanta fe que trasladase las montañas y diese sus bienes a los pobres y entregase su cuerpo al fuego, todo esto no le serviría de nada ¹⁵.

Hermanos míos, retirémonos con este pensamiento: «Si poseo todas las virtudes, menos la de la humildad, no tengo más que pecado, no soy más que un fariseo soberbio y un misionero abominable».

14 Cfr. Lc 18,11-14.

15 1 Cor 13,23.

Salvador mío, persuádenos de esta verdad, danos a conocerla excelencia de esta virtud, haz que la amemos y, al amarla, rechacemos todos los pensamientos de vanidad. Empecemos desde ahora, hermanos míos, a ver qué hermosa y qué agradable es esta virtud en los que procuran humillarse siempre; cómo permanecen en paz y cómo los quieren todos los demás; cómo, por el contrario, consideramos desgraciados a los que corren tras los honores y se esfuerzan en ser estimados; ¿no es verdad que se atormentan en vano, que la mayor parte del mundo los desprecia, que se burlan y se ríen de ellos? ¿Y vamos a ver todo esto y, a pesar de ello, correr con tan poco juicio tras estos caprichos de la naturaleza ciega y corrompida?

La humildad tiene la propiedad de impedirnos pretender alguna estima que no sea de ti mismo, Dios mío, que eres el que das valor a todas las cosas. Los hombres no saben lo que vale la humildad. ¿No es locura y más que locura preferir la estima del mundo a la tuya, la sombra al cuerpo, la mentira a la verdad?

Salvador de mi alma, llénanos de ese afecto que te ha hecho humillarte tanto, de ese afecto que te hacía preferir el oprobio a la alabanza, de ese afecto que te hacía buscar la gloria del Padre en medio de tu propia confusión. Que empecemos desde ahora a rechazar todo lo que no sea tu honor y nuestro menosprecio, todo lo que pretende la vanidad, la ostentación y la propia estima; que procuremos realizar desde ahora actos de verdadera humildad; que renunciemos de una vez para siempre al aplauso de los hombres engañados y engañosos, a la vana imaginación del éxito de nuestras obras; y finalmente, Señor mío, que aprendamos a ser verdaderamente humildes de corazón, por tu gracia y por tu ejemplo.

CONCORDANCIAS

Este índice da la concordancia entre los números de los textos de san Vicente de Paúl en la edición de Pedro Coste (París 1920-1925), la edición de A. Dodin (París 1960) y el presente volumen.

Castell. N.º	Dodin N.º	Coste N.º	Tomo 1	Castell. N.º	Dodin N.º	Coste N.º	Tomo
1	1	83	XI	31	31		
2	2	84		32	32	109	
3	3	85		33	33	110	
4	4	86		34	34	111	
5	5	87		35	35	112	
6	6	88		36	36	113	
7	7	89		37	37	114	
8	8	90		38	38	115	
9	9	91		39	39	116	
10	10	92		40	40	117	
11	11	93		41	41	118	
12	12	94		42	42	119	
13	13	95		43	43	120	
14	14	96		44	44	121	
15	15	97		45	45	122	
16	16			46	46	123	
17	17	98		47	47	124	
18	18	99		48	48	125	
19	19	100		49	49	126	
20	20	101		50	50	127	
21	21	102		51	51	128	
22	22	103		52	52	129	
23	23	104		53	53	130	
24	24			54	54	131	
25	25	105		55	55	132	
26	26			56	56	133	
27	27	106		57	57	134	
28	28	107		58	58	135	
29	29	224	XII	59	59	136	
30	30	108	XI	60	60	137	

Castell. N.º	Dodin N.º	Coste N.º	Tomo	Castell. N.º	Dodin N.º	Coste N.º	Tomo
61	61	138		94	94	171	
62	62	139		95	95	172	
63	63	140		96	96	173	
64	64	141		97	97	174	
65	65	142		98	98	175	
66	66	143		99	99	176	
67	67	163		100	100	177	
68	68	144		101	101	178	
69	69	145		102	102	179	
70	70	146		103	103	180	XII
71	71	147		104	104	181	
72	72	148		105	105	182	
73	73	149		106	106	183	
74	74	150		107	107	184	
75	75	151		108	108	185	
76	76	152		109	109	186	
77	77	153		110	110	187	
78	78	154		111	111	188	
79	79	155		112	112	189	
80	80	156		113	113	190	
81	81	157		114	114	191	XII
82	82	158		115	115	192	
83	83	159		116	116	193	
84	84	160		117	117	194	
85	85	161		118	118	195	
86	86	162		119	119	196	
87	87	164		120	120	197	
88	88	165		121	121	198	
89	89	166		122	122	199	
90	90	167		123	123	200	
91	91	168		124	124	201	
92	92	169		125	125	202	
93	93	170		126	126	203	

INDICE DE MATERIAS

<i>Nota a la edición castellana</i>	7
<i>Carta del Superior general, William M. Slattery</i>	9
Prólogo	11
Introducción	14

CONFERENCIAS

1. Consejos en el retiro anual de 1632	27
2. Consejos durante el retiro anual de 1635	29
3. Capítulo del 29 de octubre de 1638	31
4. Conferencia del 29 de octubre de 1638 sobre la perseverancia en la vocación	33
5. Capítulo del 17 de diciembre de 1638	35
6. Capítulo del 19 de enero de 1642	37
7. Conferencia del 19 de febrero de 1642	38
8. Repetición de la oración del 18 de marzo de 1642	39
9. Conferencia del 21 de marzo de 1642 sobre la sobriedad y el silencio en la mesa	40
10. Conferencia del 22 de marzo de 1642 sobre las virtudes teológicas	40
11. Repetición de la oración del 26 de junio de 1642	41
12. Capítulo del 27 de junio de 1642	43
13. Conferencia del 27 de junio de 1642 sobre la unión entre las casas de la compañía	44
14. Repetición de la oración del 20 de julio de 1642	47
15. Conferencia del 5 de septiembre de 1642	48
16. Conversación entre Richelieu y san Vicente (1638-1642)	49
17. Repetición de la oración de octubre de 1643	49
18. Repetición de la oración del 21 de octubre de 1643	51
19. Repetición de la oración del 25 de octubre de 1643	55
20. Conferencia de 1644, sobre los cargos y oficios	58
21. Exhortación a un Hermano moribundo, 1645	63
22. Repetición de la oración de 1645 sobre las tentaciones	67
23. Repetición de la oración, sobre la lectura en voz alta	69

24.	Alocución sobre la caridad y la unión (finales de 1646)	71
25.	Extracto de una conferencia sobre la obra de los ordenandos ...	71
26.	Conferencia sobre la comunión frecuente (1648?)	72
27.	Conferencia del 1 de octubre de 1649 sobre las virtudes del Her- mano Simón Busson	74
28.	Alocución del 9 de abril de 1651: Deuda de gratitud al prior Adrián Le Bon	75
29.	Resumen de una conferencia sobre cómo ocuparse de los ejerci- tantes	76
30.	Extracto de la conferencia [junio de 1653] sobre la condenacion de Jansenio	83
31.	Condenación de Jansenio, junio de 1653	83
32.	Extracto de una conferencia: Elogio de Juan Le Vacher	84
33.	Conferencias de los días 16 y 23 de octubre de 1654 sobre la po- breza	85
34.	Conferencia del 13 de noviembre de 1654 sobre la castidad	91
35.	Repeticón de la oración del 25 de enero de 1655 sobre los orige- nes de la Congregación de la Misión	94
36.	Repeticón de la oración del domingo 4 de abril de 1655 sobre la hospitalidad que se le dio al cardenal de Retz en la casa de Roma	97
37.	Extracto de una conferencia de abril de 1655: noticias de Francis- co Le Blanc, misionero en Escocia	98
38.	Repeticón de la oración del 11 de abril de 1655 sobre la prueba de la tentación	101
39.	Final de una conferencia sobre la templanza, abril de 1655: elección de Alejandro VII	102
40.	Conclusión de la conferencia del 30 de abril de 1655 sobre el ofre- cimiento de nuestras acciones a Dios	103
41.	Repeticón de la oración del 23 de mayo de 1655 sobre la fiesta de la Santísima Trinidad	104
42.	Repeticón de, la oración del 27 de mayo de 1655	106
43.	Conferencia del 11 de junio de 1655 sobre la soberbia.	109
44.	Repeticón de la oración del 13 de junio de 1655	111
45.	Repeticón de la oración del 14 de julio de 1655	112
46.	Repeticón de la oración del 18 de julio de 1655: elogio de Adrián Bourdoise	115
47.	Repeticón de la oración del 20 de julio de 1655	116
48.	Repeticón de la oración del 24 de julio de 1655	119
49.	Repeticón de la oración del 28 de julio de 1655 sobre la ge- nuflexión	124
50.	Conferencia del 30 de julio de 1655 sobre la castidad	126
51.	Repeticón de la oración del 1 de agosto de 1655	128

52.	Repetición de la oración del 4 de agosto de 1655 sobre los excesos que hay, que evitar en el amor de Dios	132
53.	Conferencia del 6 de agosto de 1655 sobre la pobreza	138
54.	Repetición de la oración del 10 de agosto de 1655 sobre la obra de los retiros	142
55.	Conferencia del 13 de agosto de 1655 sobre la pobreza	145
56.	Repetición de la oración del 16 de agosto de 1655	161
57.	Conferencia del 20 de agosto de 1655 sobre el método que hay que seguir en las predicaciones	164
58.	Repetición de la oración del 22 de agosto de 1655	187
59.	Conferencia del 22 de agosto de 1655 sobre el método que hay que seguir en la predicación	191
60.	Repetición de la oración del 24 de agosto de 1655	195
61.	Repetición de la oración del 25 de agosto de 1655	198
62.	Extracto de una conferencia (1655) sobre Francisco Le Blanc, misionero en Escocia	201
63.	Repetición de la oración del 12 de septiembre de 1655: noticias de las misiones de Polonia y de Berbería	201
64.	Extracto de una conferencia [septiembre de 1655] sobre los sacerdotes	204
65.	Conferencia del 15 de octubre de 1655 sobre la conformidad con la voluntad de Dios	208
66.	Repetición de la oración del 17 de octubre de 1655	210
67.	Extracto de una conferencia: relato del martirio de Pedro Borguny en Argel, 1654-1655	213
68.	Extracto de una conferencia: elogio del celo de Juan Le Vacher	216
69.	Repetición de la oración del 20 de febrero de 1656	217
70.	Repetición de la oración del 27 de febrero de 1656 sobre la humildad	219
71.	Repetición de la oración del 12 de marzo de 1656	220
72.	Repetición de la oración del 16 de marzo de 1656	222
73.	Repetición de la oración del 19 de marzo de 1656 sobre el jubileo	226
74.	Extracto de la conferencia [del 7 de mayo de 1656] sobre la persecución suscitada contra Juan Le Vacher por el rey de Túnez	227
75.	Conferencia del 9 de junio de 1656 sobre los avisos	229
76.	Conferencia del 6 de agosto [de 1656] sobre el espíritu de compasión y de misericordia	233
77.	Consejos a Antonio Durand, nombrado superior del seminario de Agde [1656]	235
78.	Conferencia en el mes de septiembre de 1656	242
79.	Repetición de la oración del 18 de octubre de 1656	246
80.	Conferencia del 27 de octubre de 1656 sobre las salidas a la ciudad	250

81.	Repetición de la oración del 2 y 3 de noviembre de 1656	251
82.	Repetición de la oración del 11 de noviembre de 1656	254
83.	Repetición de la oración del 12 de noviembre de 1656	258
84.	Repetición de la oración del 15 de noviembre de 1656	259
85.	Conferencia del 17 de noviembre de 1656 sobre la obligación de catequizar a los pobres	266
86.	Repetición de la oración del 29 de noviembre de 1656 sobre la parábola del grano de mostaza	269
87.	Extracto de una charla de enero de 1657 sobre el amor a los pobres	273
88.	Extracto de una conferencia [abril o mayo de 1657] sobre la humildad	273
89.	Conferencia del 27 de abril de 1657 sobre las virtudes del Hermano Jourdain	275
90.	Repetición de la oración del 17 de junio de 1657	280
91.	Repetición de la oración del 10 de agosto de 1657 sobre la oración	282
92.	Repetición de la oración del 24 de agosto de 1657	286
93.	Extracto de una conferencia	288
94.	Repetición de la oración del 25 de agosto de 1657	291
95.	Repetición de la oración del 30 de agosto de 1657	294
96.	Conferencia del 7 de septiembre de 1657 sobre las virtudes de Maturino de Belleville	300
97.	Repetición de la oración del 23 de septiembre de 1657 sobre la muerte de varios sacerdotes de la Misión en Génova	303
98.	Repetición de la oración del 1 de noviembre de 1657	306
99.	Repetición de la oración del 11 de noviembre de 1657	309
100.	Repetición de la oración del 25 de noviembre de 1657	312
101.	Repetición de la oración	317
102.	Conferencia [1658] sobre la abnegación de Juan Le Vacher con los esclavos	319
103.	Conferencia del 17 de mayo de 1658 sobre la observancia de las reglas	321
104.	Repetición de la oración [1658] sobre la obra de los ordenandos	332
105.	Conferencia del 8 de junio de 1658 sobre el desprendimiento de los bienes terrenos	336
106.	Repetición de la oración del 9 de junio de 1658 sobre el don de lenguas	342
107.	Conferencia del 28 de junio de 1658 sobre el buen uso de las enfermedades	344
108.	Conferencia del 5 de julio de 1658 sobre la necesidad de soportar a los demás	348
109.	Repetición de la oración del 4 de agosto de 1658	352

110.	Conferencia del 23 de agosto de 1658 acerca de la sobriedad ...	354
111.	Conferencia [30 de agosto de 1658] sobre la indiferencia ante las tareas ...	359
112.	Conferencia [septiembre de 1658] sobre la pérdida de la finca de Orsigny ...	363
113.	Conferencia del 20 de septiembre de 1658 sobre el silencio ...	367
114.	Charla del 23 de octubre de 1658 sobre consejos a los jóvenes estudiantes que iban a empezar la filosofía ...	372
115.	Repetición de la oración de noviembre de 1658 ...	373
116.	Repetición de la oración del 11 de noviembre de 1658 ...	376
117.	Repetición de la oración del 17 de noviembre de 1658 ...	378
118.	Conferencia del 6 de diciembre de 1658 sobre la finalidad de la Congregación de la Misión ...	381
119.	Conferencia del 13 de diciembre de 1658 sobre los miembros de la Congregación de la Misión y sus ocupaciones ...	399
120.	Conferencia del 14 de febrero de 1659 sobre las máximas del evangelio ...	415
121.	Conferencia del 21 de febrero de 1659 sobre la búsqueda del reino de Dios ...	428
122.	Conferencia del 7 de marzo de 1659 sobre la conformidad con la voluntad de Dios ...	445
123.	Charla con Luis Langlois, sacerdote de la Misión, en marzo de 1659 ...	457
124.	Conferencia del 21 de marzo de 1659 sobre la sencillez y la prudencia ...	459
125.	Conferencia del 28 de marzo de 1659 sobre la mansedumbre ...	471
126.	Conferencia del 18 de abril de 1659 sobre la humildad ...	482
	<i>Concordancias</i> ...	497